BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DE MÉJICO

POBLACION Y PROGRESOS

DE LA AMÉRICA SEPTENTRIONAL

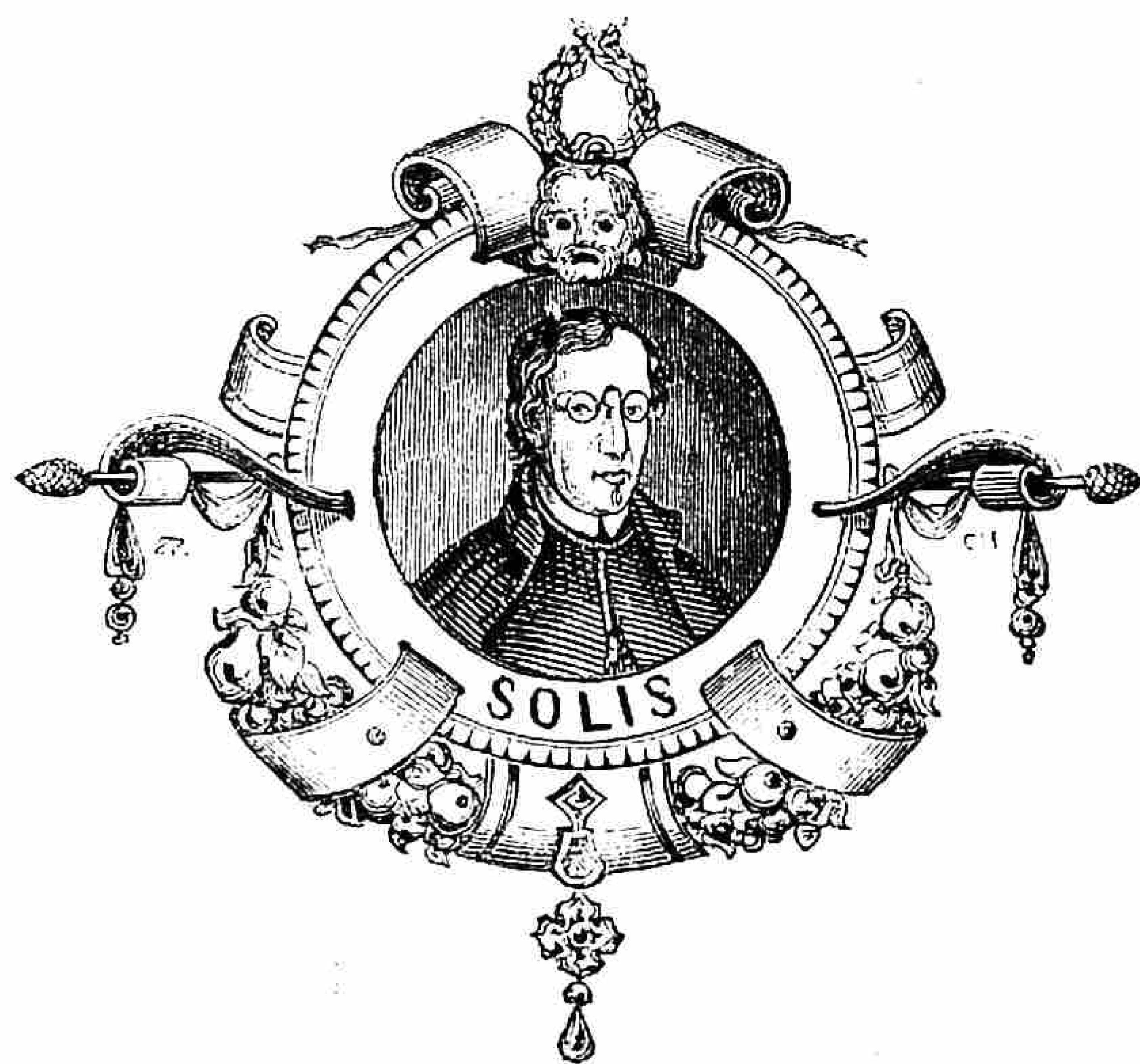
CONOCIDA POR EL NOMBRE

DE NUEVA ESPAÑA

Escrita por

Don Antonio Solis

Adornada con 38 viñetas.



MADRID

IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES

Calle del Principe, Núm. 4

1851



HISTORIA

DE LA

CONQUISTA, POBLACION Y PROGRESOS

DE

LA AMÉRICA SEPTENTRIONAL

CONOCIDA POR EL NOMBRE

DE NUEVA ESPAÑA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

Motivos que obligan á tener por necesario que se divida en diferentes partes la historia de las Indias para que pueda comprenderse.

Duró algunos dias en nuestra inclinacion el intento de continuar la historia general de las Indias occidentales que dejó el cronista Antonio de Herrera en el año de 1554 (1) de la reparacion humana. Y perseverando en este animoso dictámen, lo que tardó en descubrirse la dificultad, hemos leido con diligente observacion lo que antes y despues de sus décadas escribieron de aquellos descubrimientos y conquistas diferentes plumas naturales y estranjeras; pero como las regiones de aquel nuevo mundo son tan distantes de nuestro emisferio, hallamos en los autores estranjeros grande osadía y no menor malignidad para inventar lo que quisieron contra nuestra nacion, gastando libros enteros en culpar lo que erraron algunos para deslucir lo que acertaron todos; y en los naturales poca uniformidad y concordia en la narracion de los sucesos: conociéndose en esta diversidad de noticias aquel peligro ordinario de la verdad, que suele desfigurarse cuando viene de lejos, degenerando de su ingenuidad todo aquello que se aparta de su orígen.

La obligacion de redargüir á los primeros, y el deseo de conciliar á los segundos, nos ha detenido en buscar papeles y esperar relaciones que den fundamento y razon á nuestros escritos: trabajo deslucido, pues sin dejarse ver del mundo consume oscuramente el tiempo y el cuidado; pero trabajo necesario, pues ha de salir de esta confusion y mezcla de noticias pura y sencilla verdad, que es el alma de la historia: siendo este cuidado en los escritores semejante al de los arquitectos que amontonan primero que fabriquen, y forman despues la ejecucion de sus ideas del embrion de los materiales, sacando poco á poco de entre el polvo y la confusion de la oficina la hermosura y la proporcion del edificio.

Pero llegando á lo estrecho de la pluma con mejores noticias, hallamos en la historia general tanta mul-

(1) Esta fecha está equivocada. Felipe II no le mandó escribir aquella historia hasta el año 1596: Felipe III dió el privilegio de impresion en 1600; la dedicatoria del autor al rey, es de 1601; y en el mismo año se imprimió la obra.

titud de cabos pendientes, que nos pareció poco menos que imposible (culpa será de nuestra comprension) el atarlos sin confundirlos. Consta la historia de las Indias de tres acciones grandes que pueden competir con las mayores que han visto los siglos: porque los hechos de Cristóbal Colon en su admirable navegacion y en las primeras empresas de aquel nuevo mundo: lo que obró Hernan Cortés con el consejo y con las armas en la conquista de Nueva España, cuyas vastas regiones duran todavía en la incertidumbre de sus términos; y lo que se debió á Francisco Pizarro, y trabajaron los que le sucedieron en sojuzgar aquel dilatadísimo imperio de la América meridional, teatro de varias tragedias y estraordinarias novedades, son tres argumentos de historias grandes, compuestas de aquellas ilustres hazañas y admirables accidentes de ambas fortunas que dan materia digna á los anales, agradable alimento á la memoria, y útiles ejemplos al entendimiento y al valor de los hombres. Pero en la historia general de las Indias, como se hallan mezclados entre sí los tres argumentos, y cualquiera de ellos con infinidad de empresas menores, no es fácil reducirlos al contesto de una sola narracion, ni guardar la série de los tiempos sin interrumpir y despedazar muchas veces lo principal con lo accesorio.

Quieren los maestros del arte que en las transiciones de la historia (así llaman el paso que se hace de unos sucesos á otros) se guarde tal conformidad de las partes con el todo, que ni se haga monstruoso el cuerpo de la historia con la demasía de los miembros, ni deje de tener los que son necesarios para conseguir la hermosura de la variedad; pero deben estar, segun su doctrina, tan unidos entre sí, que ni se vean las ataduras, ni sea tanta la diferencia de las cosas, que se deje conocer la desemejanza ó sentir la confusion. Y este primor de entreteger los sucesos sin que parezcan los unos digresiones de los otros, es la mayor dificultad de los historiadores; porque si se dan muchas señas del suceso que se dejó atrasado, cuando le vuelve á recoger la narracion se incurre en el inconveniente de la repeticion y de la prolijidad; y si se dan pocas se tropieza en la oscuridad y en la desunion: vicios que se deben huir con igual cuidado porque destruyen los demas aciertos del escritor.

Ese peligro comun de todas las historias generales es mayor y casi imposible de vencer en la nuestra; porque las Indias occidentales se componen de dos monarquías muy dilatadas, y estas de infinidad de provincias y de innumerables islas, dentro de cuyos límites mandaban diferentes régulos ó caciques: unos dependientes y tributarios de los dos emperadores de Méjico y el Perú, y otros que amparados en la distancia se defendian de la sujecion. Todas estas provincias ó reinos pequeños eran diferentes conquistas con diferentes conquistadores. Traíanse entre las manos muchas empresas á un tiempo; salian á ellas diversos capitanes de mucho valor, pero de pocas señas: llevaban á su cargo unas tropas de soldados que se llamaban ejércitos, y no sin alguna propiedad por lo que intentaban y por lo que conseguian: peleábase en estas espediciones con unos príncipes y en unas provincias y lugares de nombres esquisitos, no solo dificultosos á la memoria sino á la pronunciacion; de que nacia el ser frecuentes y oscuras las transiciones, y el peligrar en su abundancia la narracion: hallándose el historiador obligado á dejar y recoger muchas veces los sucesos menores, y el lector á volver sobre los que dejó pendientes, ó á tener en pesado ejercicio la memoria.

No negamos que Antonio de Herrera, escritor diligente (á quien no solo procuraremos seguir, pero querríamos imitar), trabajó con acierto una vez elegido el empeño de la historia general; pero no hallamos en sus décadas todo aquel desahogo y claridad de que necesitan para comprenderse; ni podria dársele mayor habiendo de acudir con la pluma á tanta muchedumbre de acaecimientos, dejándolos y volviendo á ellos segun el arbitrio del tiempo y sin pisar alguna vez la línea de los años.

CAPITULO II.

Tócanse las razones que han obligado á escribir con separacion la historia de la América septentrional ó Nueva España.

Nuestro intento es sacar de este laberinto y poner fuera de esta oscuridad á la historia de Nueva España para poder escribirla separadamente, franqueándola (si cupiere tanto en nuestra cortedad) de modo que en lo admirable de ella se deje hallar sin violencia la suspension, y en lo útil se logre sin desabrimiento la enseñanza. Y nos hallamos obligados á elegir este de los tres argumentos que propusimos; porque los hechos de Cristóbal Colon, y las primeras conquistas de las islas y el Darien, como no tuvieron otros sucesos en que mezclarse, están escritas con felicidad y bastante distincion en la primera y segunda década de Antonio de Herrera; y la historia del Perú anda separada en los dos tomos que escribió Garcilaso Inga, tan puntual en las noticias y tan suave y ameno en el estilo (segun la elegancia de su tiempo) que culpariamos de ambicioso al que intentase mejorarle, alabando mucho al que supiese imitarle para proseguirle. Pero la Nueva España, ó está sin historia que merezca este nombre, ó necesita de ponerse en defensa contra las plumas que se encargaron de su posteridad.

Escribióla primero Francisco Lopez de Gomara con poco exámen y puntualidad, porque dice lo que oyó, y lo afirma con sobrada credulidad, fiándose tanto de sus oidos como pudiera de sus ojos, sin hallar dificultad en lo inverosímil, ni resistencia en lo imposible.

Siguióle en el tiempo y en alguna parte de sus noticias Antonio de Herrera, y á este Bartolomé Leonardo de Argensola, incurriendo en la misma desunion y con menor disculpa; porque nos dejó los primeros sucesos de esta conquista entretegidos y mezclados en sus Anales de Aragon, tratándolos como accesorios, y traidos de lejos al propósito de su argumento. Escribió lo mismo que halló en Antonio de Herrera con mejor carácter, pero tan interrumpido y ofuscado con la mezcla de otros acaecimientos, que se disminuye en las digresiones lo heróico del asunto, ó no se conoce su grandeza como se mira de muchas veces.

Salió despues una historia particular de Nueva España, obra póstuma de Bernal Diaz del Castillo, que sacó á luz un religioso de la órden de nuestra Señora de la Merced, habiéndola hallado manuscrita en la librería de un ministro grande y erudito, donde estuvo muchos años retirada, quizá por los inconvenientes que al tiempo que se imprimió se perdonaron ó no se conocieron. Pasa hoy por historia verdadera ayudándose del mismo desaliño y poco adorno de su estilo para parecerse á la verdad y acreditar con algunos la sinceridad del escritor: pero aunque le asiste la circunstancia de haber visto lo que escribió, se conoce de su misma obra que no tuvo la vista libre de pasiones, para que fuese bien gobernada la pluma: muéstrase tan satisfecho de su ingenuidad, como quejoso de su fortuna: andan entre sus renglones muy descubiertas la envidia y la ambicion; y paran muchas veces estos afectos destemplados en quejas contra Hernan Cortés, principal héroe de esta historia, procurando penetrar sus designios para deslucir y enmendar sus consejos, y diciendo muchas veces como infalible no lo que ordenaba y disponia su capitan, sino lo que murmuraban los soldados; en cuya república hay tanto vulgo como en las demas; siendo en todas

de igual peligro, que se permita el discurrir á los que nacieron para obedecer.

Por cuyos motivos nos hallamos obligados á entrar en este argumento, procurando desagraviarle de los embarazos que se encuentran en su contesto, y de las ofensas que ha padecido su verdad. Valdrémonos de los mismos autores que dejamos referidos en todo aquello que no hubiere fundamento para desviarnos de lo que escribieron; y nos serviremos de otras relaciones y papeles particulares que hemos juntado para ir formando, con eleccion desapasionada, de lo mas fidedigno nuestra narracion, sin referir de propósito lo que se debe suponer ó se halla repetido, ni gastar el tiempo en las circunstancias menudas que, ó manchan el papel con lo indecente, ó le llenan de lo menos digno, atendiendo mas al volúmen que á la grandeza de la historia. Pero antes de llegar á lo inmediato de nuestro empeño, será bien que digamos en qué postura se hallaban las cosas de España cuando se dió principio á la conquista de aquel nuevo mundo, para que se vea su principio primero que su aumento; y sirva esta noticia de fundamento al edificio que emprendemos.

CAPITULO III.

Refiérense las calamidades que se padecian en España cuando se puso la mano en la conquista de Nueva España.

Corria el año de mil y quinientos y diez y siete, digno de particular memoria en esta monarquía, no menos por sus turbaciones, que por sus felicidades. Hallábase á la sazon España combatida por todas partes de tumultos, discordias y parcialidades, congojada su quietud con los males internos que amenazaban su ruina; y durando en su fidelidad, mas como reprimida de su propia obligacion, que como enfrenada y obediente á las riendas del gobierno; y al mismo tiempo se andaba disponiendo en las Indias occidentales su mayor prosperidad con el descubrimiento de otra Nueva España, en que no solo se dilatasen sus términos, sino se renovase y duplicase su nombre: así juegan con el mundo la fortuna y el tiempo; y así se suceden ó se mezclan con perpétua alteracion los bienes y los males.

Murió en los principios del año antecedente el rey don Fernando el Católico; y desvaneciendo con la falta de su artífice las líneas que tenia tiradas para la conservacion y acrecentamiento de sus estados, se fue conociendo poco á poco en la turbacion y desconcierto de las cosas públicas la gran pérdida que hicieron estos reinos; al modo que suele rastrearse por el tamaño de los efectos la grandeza de las causas.

Quedó la suma del gobierno á cargo del cardenal arzobispo de Toledo, don fray Francisco Jimenez de Cisneros, varon de espíritu resuelto, de superior capacidad, de corazon magnánimo, y en el mismo grado religioso, prudente y sufrido: juntándose en él sin embarazarse con su diversidad, estas virtudes morales y aquellos atributos heróicos; pero tan amigo de los aciertos, y tan activo en la justificacion de sus dictámenes, que perdia muchas veces lo conveniente por esforzar lo mejor; y no bastaba su celo á corregir los ánimos inquietos tanto como á irritarlos su integridad.

La reina doña Juana, hija de los reyes don Fernando y doña Isabel, á quien tocaba legítimamente la sucesion del reino, se hallaba en Tordesillas, retirada de la comunicacion humana, por aquel accidente lastimoso que destempló la armonía de su entendimiento; y del sobrado aprender, la trujo á no discurrir, ó á discurrir desconcertadamente en lo que aprendia.

El príncipe don Cárlos, primero de este nombre en España, y quinto en el imperio de Alemania, á quien anticipó la corona el impedimento de su madre, residia en Flandes; y su poca edad, que no llegaba á los diez y siete años, el no haberse criado en estos reinos, y las noticias que en ellos habia de cuán apoderados estaban los ministros flamencos de la primera inclinacion de su adolescencia, eran unas circunstancias melancólicas que le hacian poco deseado aun de los que le esperaban como necesario.

El infante don Fernando, su hermano, se hallaba, aunque de menos años, no sin alguna madurez, desabrido de que el rey don Fernando su abuelo no le dejase en su último testamento nombrado por principal gobernador de estos reinos, como lo estuvo en el antecedente que se otorgó en Búrgos; y aunque se esforzaba á contenerse dentro de su propia obligacion, ponderaba muchas veces y oia ponderar lo mismo á los que le asistian, que el no nombrarle pudiera pasar por disfavor hecho á su poca edad, pero que el escluirle despues de nombrado, era otro género de inconfidencia que tocaba en ofensa de su persona y dignidad: con que se vino á declarar por mal satisfecho del nuevo gobierno; siendo sumamente peligroso para descontento, porque andaban los ánimos inquietos, y por su afabilidad, y ser nacido y criado en Castilla, tenia de su parte la inclinacion del pueblo, que, dado el caso de la turbacion, como se recelaba, le habia de seguir, sirviéndose para sus violencias del movimiento natural.

Sobrevino á este embarazo otro de no menor cuerpo en la estimulacion del cardenal, porque el dean de Lobaina, Adriano Florencio, que fue despues sumo Pontífice, sesto de este nombre, habia venido desde Flandes con título y apariencias de embajador al rey don Fernando; y luego que sucedió su muerte, manifestó los poderes que tenia ocultos del príncipe don Cárlos para que en llegando este caso tomase posesion del reino en su nombre, y se encargase de su gobierno; de que resultó una controversia muy reñida, sobre si este poder habia de prevalecer y ser de mejor calidad que el que tenia el cardenal. En cuyo punto discurrian los políticos de aquel tiempo con poco recato, y no sin alguna irreverencia, vistiéndose en todos el discurso del color de la intencion. Decian los apasionados de la novedad que el cardenal era gobernador nombrado por otro gobernador: pues el rey don Fernando solo tenia este título en Castilla despues que murió la reina doña Isabel. Replicaban otros de no menor atrevimiento, porque caminaban á la esclusion de entrambos, que el nombramiento de Adriano padecia el mismo defecto; porque el príncipe don Cárlos, aunque estaba asistido de la prerogativa de heredero del reino, solo podia, viviendo la reina doña Juana su madre, usar de la facultad de gobernador, de la misma suerte que la tuvo su abuelo: con que dejaban á los dos príncipes incapaces de poder comunicar á sus magistrados aquella suprema potestad que falta en el gobernador, por ser inseparable de la persona del rey.

Pero reconociendo los dos gobernadores que estas disputas se iban encendiendo con ofensa de la magestad y de su misma jurisdiccion, trataron de unirse en el gobierno: sana determinacion si se conformáran los génios, pero discordaban ó se compadecian mal la entereza del cardenal con la mansedumbre de Adriano; inclinado el uno á no sufrir compañero en sus resoluciones, y acompañándolas el otro con poca actividad y sin noticia de las leyes y costumbres de la nacion. Produjo este imperio dividido la misma division en los súbditos; con que andaba parcial la obediencia y desunido el poder, obrando esta diferencia de impulsos en la república lo que obrarian en la nave dos timones, que aun en tiempo de bonanza formarian de su propio movimiento la tempestad.

Conociéronse muy presto los efectos de esta mala constitucion, destemplándose enteramente los hú-

mores mal corregidos de que abundaba la república. Mandó el cardenal (y necesitó de poca persuasion para que viniese en ello su compañero) que se armasen las ciudades y villas del reino, y que cada una tuviese alistada su milicia, ejercitando la gente en el manejo de las armas y en la obediencia de sus cabos; para cuyo fin señaló sueldos á los capitanes y concedió exenciones á los soldados. Dicen unos que miró á su propia seguridad, y otros que á tener un nervio de gente con que reprimir el orgullo de los grandes; pero la esperiencia mostró brevemente que en aquella sazon no era conveniente este movimiento, porque los grandes y señores heredados (brazo dificultoso de moderar en tiempos tan revueltos) se dieron por ofendidos de que se armasen los pueblos, creyendo que no carecia de algun fundamento la voz que habia corrido de que los gobernadores querian examinar con esta fuerza reservada el orígen de sus señoríos y el fundamento de sus alcabalas. Y en los mismos pueblos se esperimentaron diferentes efectos, porque algunas ciudades alistaron su gente, hicieron sus alardes, y formaron su escuela militar: pero en otras se miraron estos remedos de la guerra como pension de la libertad y como peligros de la paz, siendo en una y otras igual el inconveniente de la novedad; porque las ciudades que se dispusieron á obedecer, supieron la fuerza que tenian para resistir; y las que resistieron se hallaron con la que habian menester, para llevarse tras sí á los obedientes y ponerlo todo en confusion.

CAPITULO IV.

Estado en que se hallaban los reinos distantes y las islas de la América que se llamaban Indias occidentales.

No padecian á este tiempo menos que Castilla los demas dominios de la corona de España, donde apenas hubo piedra que no se moviese, ni parte donde no se temiese con alguna razon el desconcierto de todo el edificio.

Andalucía se hallaba oprimida y asustada con la guerra civil que ocasionó don Pedro Giron, hijo del conde de Ureña, para ocultar los estados del duque de Medina Sidonia, cuya sucesion pretendia por doña Mencía de Guzman su mujer; poniendo en el juicio de las armas la interpretacion de su derecho, y autorizando la violencia con el nombre de la justicia.

En Navarra se volvieron á encender impetuosamente aquellas dos parcialidades beamontesa y agramontesa, que hicieron insigne su nombre á costa de su patria. Los beamonteses, que seguian la voz del rey de Castilla trataban como defensa de la razon la ofensa de sus enemigos. Y los agramonteses, que, muerto Juan de Labrit y la reina doña Catalina, aclamaban al príncipe de Bearne su hijo, fundaban su atrevimiento en las amenazas de Francia; siendo unos y otros dificultosos de reducir, porque andaba en ambos partidos el odio envuelto en apariencias de fidelidad; y mal colocado el nombre del rey, servia de pretesto á la venganza y la sedicion.

En Aragon se movieron cuestiones poco seguras sobre el gobierno de la corona, que por el testamento del rey don Fernando quedó encargado al arzobispo de Zaragoza don Alfonso de Aragon su hijo, á quien se opuso, no sin alguna tenacidad, el justicia don Juan de Lanuza, con dictámen, ó verdadero ó afectado, de que no convenia para la quietud de aquel reino que residiese la potestad absoluta en persona de tan altos pensamientos; de cuyo principio resultaron otras disputas, que corrian entre los nobles como sutilezas de la fidelidad, y pasando á la rudeza del pueblo, se convirtieron en peligros de la obediencia y de la sujecion.

Cataluña y Valencia se abrasaban en la natural inclemencia de sus bandos; que, no contentos con la jurisdiccion de la campaña, se apoderaban de los pueblos menores, y se hacian temer de las ciudades, con tal insolencia y seguridad, que turbado el órden de la república se escondian los magistrados, y se celebraba la atrocidad tratándose como hazañas los delitos, y como fama la miserable posteridad de los delincuentes.

En Nápoles se oyeron con aplauso las primeras aclamaciones de la reina doña Juana y el príncipe don Cárlos; pero entre ellas mismas se esparció una voz sediciosa de incierto orígen, aunque de conocida malignidad.

Decíase que el rey don Fernando dejaba nombrado por heredero de aquel reino al duque de Calabria, detenido entonces en el castillo de Játiva. Y esta voz, que se desestimó dignamente á los principios, bajó como despreciada á los oidos del vulgo, donde corrió algunos dias con recato de murmuracion, hasta que tomando cuerpo en el misterio con que se fomentaba, vino á romper en alarido popular y en tumulto declarado, que puso en congoja mas que vulgar á la nobleza, y á todos los que tenian la parte de la razon y de la verdad.

En Sicilia tambien tomó el pueblo las armas contra el virey don Hugo de Moncada con tanto arrojamiento, que le obligó á dejar el reino en manos de la plebe, cuyas inquietudes llegaron á echar mas hondas raices que las de Nápoles, porque las fomentaban algunos nobles, tomando por pretesto el bien público, que es el primer sobrescrito de las sediciones, y por instrumento al pueblo, para ejecutar sus venganzas, y pasar con el pensamiento á los mayores precipicios de la ambicion.

No por distantes se libraron las Indias de la mala constitucion del tiempo, que á fuer de influencia universal alcanzó tambien á las partes mas remotas de la monarquía. Reducíase entonces todo lo conquistado de aquel nuevo mundo á las cuatro islas de Santo Domingo, Cuba, San Juan de Puerto Rico y Jamáica, y á una pequeña parte de tierra firme que se habia poblado en el Darien, á la entrada del golfo de Uraba, de cuyos términos constaba lo que se comprendia en este nombre de las Indias occidentales. Llamáronlas así los primeros conquistadores, solo porque se parecian aquellas regiones en la riqueza y en la distancia á las orientales que tomaron este nombre del rio Indo que las baña. Lo demas de aquel imperio consistia no tanto en la verdad, como en las esperanzas que se habian concebido de diferentes descubrimientos y entradas que hicieron nuestros capitanes con varios sucesos, y con mayor peligro que utilidad; pero en aquello poco que se poseía, estaba tan olvidado el valor de los primeros conquistadores, y tan arraigada en los ánimos la codicia, que solo se trataba de enriquecer, rompiendo con la conciencia y con la reputacion; dos frenos sin cuyas riendas queda el hombre á solas con su naturaleza, y tan indómito y feroz en ella como los brutos mas enemigos del hombre. Ya solo venian de aquellas partes lamentos y querellas de lo que allí se padecia: el celo de la religion y la causa pública cedian enteramente su lugar al interes y al antojo de los particulares, y al mismo paso que se iban acabando aquellos pobres indios que gemian debajo del peso, anhelando por el oro para la avaricia agena, obligados á buscar con el sudor de su rostro lo mismo que despreciaban, y á pagar con su esclavitud la ingrata fertilidad de su patria.

Pusieron en gran cuidado estos desórdenes al rey don Fernando, y particularmente la defensa y conversion de los indios, que fue siempre la principal atencion de nuestros reyes; para cuyo fin formó instrucciones, promulgó leyes y aplicó diferentes me-

dios que perdian la fuerza en la distancia; al modo que la flecha se deja caer á vista del blanco, cuando se aparta sobradamente del brazo que la encamina. Pero sobreviniendo la muerte del rey antes que se lograse el fruto de sus diligencias, entró el cardenal con grandes veras en la sucesion de este cuidado, deseando poner de una vez en razon aquel gobierno; para cuyo efecto se valió de cuatro religiosos graves de la órden de San Gerónimo, enviándolos con título de visitadores; y de un ministro de su eleccion que los acompañase, con despachos de juez de residencia, para que unidas estas dos jurisdicciones lo comprendiese todo: pero apenas llegaron á las islas, cuando hallaron desarmada toda la severidad de sus instrucciones, con la diferencia que hay entre la práctica y la especulacion; y obraron poco mas que conocer y esperimentar el daño de aquella república, poniéndose de peor condicion la enfermedad con la poca eficacia del remedio.

CAPITULO V.

Cesan las calamidades de la monarquía con la venida del rey don Cárlos: dase principio en este tiempo á la conquista de Nueva España.

ESTE estado tenian las cosas de la monarquía cuando entró en la posesion de ella el rey don Cárlos, que llegó á España por setiembre de este año: con cuya venida empezó á serenar la tempestad y se fue poco á poco introduciendo el sosiego, como influido de la presencia del rey, sea por virtud oculta de la corona, ó porque asiste Dios con igual providencia tanto á la magestad del que gobierna, como á la obligacion ó al temor natural del que obedece. Sintiéronse los primeros efectos de esta felicidad en Castilla, cuya quietud se fue comunicando á los demas reinos de España, y pasó á los dominios de afuera, como suele en el cuerpo humano distribuirse el calor natural, saliendo del corazon en beneficio de los miembros mas distantes. Llegaron brevemente á las islas de la América las influencias del nuevo rey, obrando en ellas su nombre tanto como en España su presencia. Dispusiéronse los ánimos á mayores empresas, creció el esfuerzo en los soldados, y se puso la mano en las primeras operaciones que precedieron á la conquista de Nueva España, cuyo imperio tenia el cielo destinado para engrandecer los principios de este augusto monarca.

Gobernaba entonces la isla de Cuba el capitan Diego Velazquez, que pasó á ella como teniente del segundo almirante de las Indias don Diego Colon, con tan buena fortuna que se le debió toda su conquista y la mayor parte de su poblacion. Habia en aquella isla (por ser la mas occidental de las descubiertas, y mas vecina al continente de la América septentrional) grandes noticias de otras tierras no muy distantes, que se dudaba si eran islas; pero se hablaba en sus riquezas con la misma certidumbre que si se hubieran visto, fuese por lo que prometian las esperiencias de lo descubierto hasta entonces, ó por lo poco que tienen que andar las prosperidades en nuestra aprension para pasar de imaginadas á creidas.

Creció por este tiempo la noticia y la opinion de aquella tierra con lo que referian de ella los soldados que acompañaron á Francisco Fernandez de Córdoba en el descubrimiento de Yucatan, península situada en los confines de Nueva España, y aunque fue poco dichosa esta jornada, y no se pudo lograr entonces la conquista porque murieron valerosamente en ella el capitan y la mayor parte de su gente, se logró por lo menos la evidencia de aquellas regiones; y los soldados que iban llegando á esta sazon, aunque heridos y derrotados, traian tan poco escarmentado el valor, que entre los mismos encarecimientos de lo que habian padecido se les conocia el ánimo de volver á la empresa, y le infundian en los demas españoles de la isla, no tanto con la voz y con el ejemplo, como con mostrar algunas joyuelas de oro que traian de la tierra descubierta, bajo de ley y en corta cantidad, pero de tan crecidos quilates en la ponderacion y en el aplauso, que se empezaron todos á prometer grandes riquezas de aquella conquista, volviendo á levantar sus fábricas la imaginacion, fundadas ya sobre esta verdad de los ojos.

Algunos escritores no quieren pasar este primer oro ó metal con mezcla del que vino entonces de Yucatan: fúndanse en que no le hay en aquella provincia, ó en lo poco que es menester para contradecir á quien no se defiende. Nosotros seguimos á los que escriben lo que vieron, sin hallar gran dificultad en que pudiese venir el oro de otra parte á Yucatan, pues no es lo mismo producirle que tenerle. Y el no haberse hallado, segun lo refieren, sino en los adoratorios de aquellos indios, es circunstancia que da á entender que le estimaban como esquisito, pues le aplicaban solamente al culto de sus dioses y á los instrumentos de su adoracion.

Viendo pues Diego Velazquez tan bien acreditado con todos el nombre de Yucatan, empezó á entrar en pensamientos de mayor gerarquía, como quien se hallaba embarazado con reconocer por superior en aquel gobierno al almirante Diego Colon: dependencia que consistia ya mas en el nombre que en la sustancia; pero que á vista de su condicion y de sus buenos sucesos le hacia interior disonancia, y tenia como desairada su felicidad. Trató con este fin de que se volviese á intentar aquel descubrimiento; y concibiendo nuevas esperanzas del fervor con que se le ofrecian los soldados, se publicó la jornada, se alistó la gente, y se previnieron tres bajeles y un bergantin con todo lo necesario para la faccion y para el sustento de la gente. Nombró por cabo principal de la empresa á Juan de Grijalva, pariente suyo, y por capitanes á Pedro de Alvarado, Francisco Montejo y Alonso Dávila, sugetos de calidad conocida, y mas conocidos en aquellas islas por su valor y proceder: segunda y mayor nobleza de los hombres. Pero aunque se juntaron con facilidad hasta doscientos y cincuenta soldados incluyéndose en este número los pilotos y marineros, y andaban todos solícitos contra la dilacion, procurando tener parte en adelantar el viaje, tardaron finalmente en hacerse á la mar hasta los ocho de abril del año siguiente de mil y quinientos y diez y ocho.

Iban con ánimo de seguir la misma derrota de la jornada antecedente; pero decayendo algunos grados por el impulso de las corrientes, dieron en la isla de Cozumel, primer descubrimiento de este viaje, donde se repararon sin contradiccion de los naturales. Y volviendo á su navegacion cobraron el rumbo, y se hallaron en pocos dias á la vista de Yucatan; en cuya demanda doblaron la punta de Cotoche por lo mas oriental de aquella provincia, y dando las proas al poniente, y el costado izquierdo á la tierra, la fueron costeando hasta que arribaron al parage de Potonchan, ó Champoton, donde fue desbaratado Francisco Fernandez de Córdoba, cuya venganza aun mas que su necesidad los obligó á saltar en tierra; y dejando vencidos y amedrentados aquellos indios, determinaron seguir su descubrimiento.

Navegaron de comun acuerdo la vuelta del poniente sin apartarse de la tierra mas de lo que hubieron menester para no peligrar en ella, y fueron descubriendo en una costa muy dilatada y al parecer deliciosa, diferentes poblaciones con edificios de piedra, que hicieron novedad, y que á vista del alborozo con que se iban observando parecian grandes ciudades. Señalábanse con la mano las torres y capiteles que se fingian con el deseo, creciendo esta vez los objetos en la distancia; y porque alguno de los soldados dijo

entonces que aquella tierra era semejante á la de España, agradó tanto á los oyentes esta comparacion, y quedó tan impresa en la memoria de todos, que no se halla otro principio de haber quedado aquellas regiones con el nombre de Nueva España: palabras dichas casualmente con fortuna de repetidas, sin que se halle la propiedad ó la gracia de que se valieron para cautivar la memoria de los hombres (1).

CAPITULO VI.

Entrada que hizo Juan de Grijalva en el rio de Tabasco: sucesos della.

SIGUIERON la costa nuestros bajeles hasta llegar al parage donde se derrama por dos bocas en el mar el rio Tabasco, uno de los navegables que dan el tributo de sus aguas al golfo mejicano. Llamóse desde aquel descubrimiento rio de Grijalva, pero dejó su nombre á la provincia que baña su corriente, situada en el principio de Nueva España, entre Yucatan y Guazacoalco. Descubríanse por aquella parte grandes arboledas y tantas poblaciones en las dos riberas, que no sin esperanza de algun progreso considerable resolvió Juan de Grijalva, con aplauso de los suyos, entrar por el rio á reconocer la tierra, y hallando con la sonda en la mano, que solo podia servirse para este intento de los dos navíos menores, embarcó en ellos la gente de guerra, y dejó sobre las áncoras con parte de la marinería los otros dos bajeles.

Empezaban á vencer no sin dificultad el impulso de la corriente, cuando reconocieron á poca distancia considerable número de canoas guarnecidas de indios armados, y en la tierra algunas cuadrillas inquietas que al parecer intimaban la guerra, y con las voces y los movimientos que ya se distinguian, daban á entender la dificultad de la entrada: ademanes que suele producir el temor en los que desean apartar el peligro con la amenaza. Pero los nuestros, enseñados á mayores intentos, se fueron acercando en buena órden hasta ponerse en parage de ofender y ser ofendidos. Mandó el general que ninguno disparase ni hiciese demostracion que no fuese pacífica; y á ellos les debió de ordenar lo mismo su admiracion, porque estrañando la fábrica de las naves, y la diferencia de los hombres y de los trages, quedaron sin movimiento, impedidas violentamente las manos en la suspension natural de los ojos. Sirvióse Juan de Grijalva de esta oportuna y casual diversion del enemigo para saltar en tierra: siguióle parte de su gente con mas diligencia que peligro: púsola en escuadron, arbolóse la bandera real, y hechas aquellas ordinarias solemnidades, que siendo poco mas que ceremonias se llamaban actos de posesion, trató de que entendiesen aquellos indios que venia de paz y sin ánimo de ofenderlos. Llevaron este mensage dos indios muchachos que se hicieron prisioneros en la primera entrada de Yucatan, y tomaron en el bautismo los nombres de Julian y Melchor. Entendian aquella lengua de Tabasco por ser semejante á la de su patria, y habian aprendido la nuestra, de manera que se daban á entender con alguna dificultad; pero donde se hablaba por señas se tenia por elocuencia su corta esplicacion.

Resultó de esta embajada el acercarse con recatada osadía hasta treinta indios en cuatro canoas. Eran las canoas unas embarcaciones que formaban de los troncos de sus árboles, labrando en ellos el vaso y la quilla con tal disposicion, que cada tronco era un bajel, y los habia capaces de quince y de veinte hombres: tal es la corpulencia de aquellos árboles, y tal la fecundidad de la tierra que los produce. Saludáronse unos y otros cortesmente, y Juan de Grijalva, despues de asegurarlos con algunas dádivas, les hizo un breve razonamiento, dándoles á entender por medio de sus intérpretes como él y todos aquellos soldados eran vasallos de un poderoso monarca, que tenia su imperio donde sale el sol, en cuyo nombre venian á ofrecerles la paz y grandes felicidades si trataban de reducirse á su obediencia. Oyeron esta proposicion con señales de atencion desabrida; y no es de omitir la natural discrecion de uno de aquellos bárbaros que poniendo silencio á los demas, respondió á Grijalva con entereza y resolucion: «que no le »parecia buen género de paz la que se queria intro- »ducir, envuelta en la sujecion y en el vasallaje; ni »podia dejar de estrañar como cosa intempestiva el »hablarles en nuevo señor hasta saber si estaban »descontentos con el que tenian; pero que en el pun- »to de la paz ó la guerra, pues allí no habia otro en »que discurrir, hablarian con sus mayores y volve- »rian con la respuesta.»

Despidiéronse con esta resolucion, y quedaron los nuestros igualmente admirados que cuidadosos; mezclándose el gusto de haber hallado indios de mas razon y mejor discurso con la imaginacion de que serian mas dificultosos de vencer, pues sabrian pelear los que discurrir; ó por lo menos se debia temer otro género de valor en otro género de entendimiento: siendo cierto que en la guerra pelea mas la cabeza que las manos. Pero estas consideraciones del peligro, en que discurrian variamente los capitanes y los soldados, pasaban como avisos de la prudencia que ó no tocaban ó tocaban poco en la region del ánimo. Desengañáronse brevemente, porque volvieron los mismos indios con señales de paz, diciendo: «que »sus caciques la admitian, no porque temiesen la »guerra, ni porque fuesen tan fáciles de vencer »como los de Yucatan (1) (cuyo suceso habia llega- »do ya á su noticia, sino porque dejando los nues- »tros en su arbitrio la paz ó la guerra, se hallaban »obligados á elegir lo mejor.» Y en señas de la nueva amistad que venian á establecer, trajeron un regalo abundante de bastimentos y frutos de la tierra. Llegó poco despues el cacique principal con moderado acompañamiento de gente desarmada, dando á entender la confianza que hacia de sus huéspedes, y que venia seguro en su propia sinceridad. Recibióle Grijalva con demostraciones de agrado y cortesía, y él correspondió con otro género de sumisiones á su modo en que no dejaba de reconocerse alguna gravedad afectada ó verdadera, y despues de los primeros cumplimientos, mandó que llegasen sus criados con otro presente que traian de diversas alhajas de mas artificio que valor, plumajes de varios colores, ropas sutiles de algodon, y algunas figuras de animales para su adorno, hechas de oro sencillo y ligero, ó formadas de madera primorosamente con engastes y láminas de oro sobrepuesto. Y sin esperar el agradecimiento de Grijalva, le dió á entender el cacique por medio de los intérpretes: «que su fin era la paz, y »el intento de aquel regalo despedir á los huéspedes »para poder mantenerla.» Respondióle: «que hacia »toda estimacion de su liberalidad, y que su ánimo era »pasar adelante sin detenerse ni hacerles disgusto:» resolucion á que se hallaba inclinado, parte por corresponder generosamente á la confianza y buen término de aquella gente, y parte por la conveniencia de tener retirada, y dejar amigos á las espaldas para cualquier accidente que se le ofreciese; y así se des-

(1) En la carta que Hernan Cortés dirigió al rey en 30 de octubre de 1520, supone ser él quien puso á aquel pais el nombre de Nueva España; y pide al monarca apruebe esa denominacion.

(1) Al llegar los españoles por primera vez á la península que lleva ese nombre, preguntaron a los indios cómo se llamaba aquella tierra, y estos contestaron *Matan cauyi athán*, que significa, *no entiendo lo que dices*; los españoles contrayendo esa frase pronunciaron *Yucatan*; y creyendo que ese era el nombre de aquella península, se le han conservado hasta el dia.

pidió y volvió á embarcar, regalando primero al cacique y á sus criados con algunas bujerías de Castilla, que siendo de cortísimo valor llevaban el precio en la novedad: menos lo estrañarán hoy los españoles hechos á comprar como diamantes los vidrios estranjeros.

Antonio de Herrera y los que le siguen, ó los que escribieron despues, afirman que este cacique presentó á Grijalva unas armas de oro fino con todas las piezas de que se compone un cumplido arnes, que le armó con ellas diestramente, y que le vinieron tan bien como si se hubieran hecho á su medida, circunstancias notables para omitidas por los autores mas antiguos. Pudo tomarlo de Francisco Lopez de Gomara, á quien suele refutar en otras noticias; pero Bernal Diaz del Castillo que se halló presente, y Gonzalo Fernandez de Oviedo, que escribió por aquel tiempo en la isla de Santo Domingo, no hacen mencion de estas armas, refiriendo menudamente todas las alhajas que se trajeron de Tabasco. Quede á discrecion del lector la fé que se debe á estos autores, y séanos permitido el referirlo sin hacer desvio á la razon de dudarlo.

CAPITULO VII.

Prosigue Juan de Grijalva su navegacion, y entra en el rio de Banderas, donde se halló la primer noticia del rey de Méjico Motezuma.

Prosiguieron su viaje Grijalva y sus compañeros por la misma derrota, descubriendo nuevas tierras y poblaciones sin suceso memorable, hasta que llegaron á un rio que llamaron de Banderas, porque en su márgen y por la costa vecina á él andaban muchos indios con banderas blancas pendientes de sus astas; y en el modo de tremolarlas, acompañado con las señas, voces y movimientos que se distinguian, daban á entender que estaban de paz, y que llamaban al parecer mas que despedian á los pasajeros. Ordenó Grijalva que el capitan Francisco de Montejo se adelantase con alguna gente repartida en dos bajeles, para reconocer la entrada y examinar el intento de aquellos indios; el cual hallando buen surgidero y poco que recelar en el modo de la gente, avisó á los demas que podian acercarse. Desembarcaron todos, y fueron recibidos con grande admiracion y agasajo de los indios; entre cuyo numeroso concurso se adelantaron tres, que en el adorno parecian los principales de la tierra; y deteniéndose lo que hubieron menester para observar en el respeto de los otros cual era el superior, se fueron derechos á Grijalva haciéndole grandes reverencias, y él los recibió con igual demostracion. No entendian aquella lengua nuestros intérpretes, y así se redujeron los cumplimientos á señas de urbanidad, ayudadas con algunas palabras de mas sonido que significacion.

Ofrecióse luego á la vista un banquete que tenian prevenido de mucha diferencia de manjares, puestos ó arrojados sobre algunas esteras de palma que ocupaban las sombras de los árboles: rústica y desaliñada opulencia; pero nada ingrata al apetito de los soldados: despues de cuyo refresco mandaron los tres indios á su gente que manifestase algunas piezas de oro que tenian reservadas; y en el modo de mostrarlas y de tenerlas se conoció que no trataban de presentarlas, sino de comprar con ellas la mercadería de nuestras naves, cuya fama habia llegado ya á su noticia. Pusiéronse luego en feria aquellas sartas de vidrio, peines, cuchillos y otros instrumentos de hierro y de alquimia, que en aquella tierra podian llamarse joyas de mucho precio; pues el engaño con que se codiciaban era ya verdad en lo que valian. Fuéronse trocando estas bujerías á diferentes alhajas y preseas de oro, no de muchos quilates, pero en tanta abundancia, que en seis dias que se detuvieron aquí los españoles, importaron los rescates mas de quince mil pesos.

No sabemos con qué propiedad se dió el nombre de rescates á este género de permutaciones, ni por qué se llamó rescatado el oro que en la verdad pasaba á mayor cautiverio, y estaba con mas libertad donde le estimaban menos; pero usaremos de este mismo término por hallarle introducido en nuestras historias, y primero en las de la India oriental; puesto que en los modos de hablar con que se esplican las cosas, no se debe buscar tanto la razon como el uso: que segun el sentir de Horacio, es árbitro legítimo de los aciertos de la lengua, y pone ó quita como quiere aquella congruencia que halla el oido entre las voces y lo que significan.

Viendo pues Juan de Grijalva que habian cesado ya los rescates, y que las naves estaban con algun peligro descubiertas á la travesía de los nortes, se despidió de aquella gente, dejándola gustosa y agradecida; y trató de volver á su descubrimiento, llevando entendido á fuerza de preguntas y señas, que aquellos tres indios principales eran súbditos de un monarca que llamaban Motezuma (1); que las tierras en que dominaba eran muchas y muy abundantes de oro y otras riquezas, y que habian venido de órden suya á examinar pacíficamente el intento de nuestra gente, cuya vecindad le tenia al parecer cuidadoso. A otras noticias se alargaron los escritores; pero no parece posible que se adquiriesen entonces, ni fue poco percibir esto, donde se hablaba con las manos y se entendia con los ojos, que usurpaban necesariamente el oficio de la lengua y de los oidos.

Prosiguieron su navegacion sin perder la tierra de vista; y dejando atras dos ó tres islas de poco nombre, hicieron pie en una que llamaron de Sacrificios; porque entrando á reconocer unos edificios de cal y canto que sobresalian á los demas, hallaron en ellos diferentes ídolos de horrible figura, y mas horrible culto; pues cerca de las gradas donde estaban colocados habia seis ó siete cadáveres de hombres recien sacrificados hechos pedazos y abiertas las entrañas; miserable espectáculo que dejó á nuestra gente suspensa y atemorizada, vacilando entre contrarios afectos, pues se compadecia el corazon de lo que se irritaba el entendimiento.

Detuviéronse poco en esta isla, porque los habitadores de ella andaban amedrentados; con que no rendian considerable fruto los rescates; y así pasaron á otra que estaba poco apartada de la tierra firme, y en tal disposicion, que entre ella y la costa se halló parage capaz y abrigado para la seguridad de las naves. Llamáronla isla de San Juan por haber llegado á ella dia del Bautista, y por tener su nombre el general, en que andaria la devocion mezclada con la lisonja; y un indio que señalando con la mano hácia la tierra firme, y dando á entender que la nombraba, repetia mal pronunciada la voz *culúa*, *culúa* (2), dió la ocasion del sobrenombre con que la diferenciaron de San Juan de Puerto-Rico, llamándola San Juan de Ulúa, isla pequeña de mas arena que terreno; cuya campaña tenia sobre las aguas tan moderada superioridad, que algunas veces se dejaba dominar de las inundaciones del mar; pero de estos principios pasó despues á ser el puerto mas frecuentado y mas insigne de la Nueva España en todo lo que mira al mar del norte.

(1) Hernan Cortés equivoca con frecuencia los nombres americanos por no saberlos escribir; pero respecto del nombre de Motezuma á quien el llama ***Muctezuma***, debe dársele crédito; por el mucho tiempo que estuvo a su lado y la proporcion de oir continuamente pronunciar el nombre de aquel príncipe.

(2) Con esta palabra daban á entender los indios que aquella era una provincia de ***Culhúa***, ó sea dependiente del imperio mejicano, llamado entonces de ***Culhuacán***; por ser este el nombre del primer pueblo conquistado por los mejicanos al establecerse en aquel inmenso territorio.

Aquí se detuvieron algunos dias, porque los indios de la tierra cercana acudian con algunas piezas de oro, creyendo que engañaban con trocarle á cuentas de vidrio. Y viendo Juan de Grijalva que su instruccion era limitada, para que solo descubriese y rescatase sin hacer poblacion, cuyo intento se le prohibia espresamente, trató de dar cuenta á Diego Velazquez de las grandes tierras que habia descubierto, para que en caso de resolver que se poblase en ellas, le enviase la órden, y le socorriese con alguna gente y otros pertrechos de que necesitaba. Despachó con esta noticia al capitan Pedro de Alvarado en uno de los cuatro navíos, entregándole todo el oro y las demas alhajas que hasta entónces se habian adquirido, para que con la muestra de aquellas riquezas fuese mejor recibida su embajada, y se facilitase la proposicion de poblar á que estuvo siempre inclinado por mas que lo niegue Francisco Lopez de Gomara que le culpa en esto de pusilánime.

CAPITULO VIII.

Prosigue Juan de Grijalva su descubrimiento hasta costear la provincia de Panuco. Sucesos del rio de Canoas, y resolucion de volverse á la isla de Cuba.

Apenas tomó Pedro de Alvarado la vuelta de Cuba, cuando partieron los demas navíos de San Juan de Ulúa en seguimiento de su derrota; y dejándose guiar de la tierra, fueron volviendo con ella hácia la parte del septentrion, llevando en la vista las dos sierras de Tuspa y de Tusta, que corren largo trecho entre el mar y la provincia de Tlascala: despues de cuya travesía entraron en la ribera de Panuco, última region de Nueva España, por la parte que mira al golfo mejicano, y surgieron en el rio de Canoas, que tomó entónces este nombre, porque á poco rato que se detuvieron en reconocerle, fueron asaltados de diez y seis canoas armadas y guarnecidas de indios guerreros, que ayudados de la corriente embistieron al navío que gobernaba Alfonso Dávila; y disparando sobre él la lluvia impetuosa de sus flechas, intentaron llevársele, y tuvieron cortada una de las amarras, bárbara resolucion, que si la hubiera favorecido el suceso, pudiera merecer el nombre de hazaña; pero acudieron luego al socorro los otros dos navíos, y la gente que se arrojó apresuradamente en los bateles, cargando sobre las canoas con tanto ardor, que sin que se conociese el tiempo que hubo entre el embestir y el vencer, quedaron algunas de ellas echadas á pique, muertos muchos indios y puestos en fuga los que fueron mas avisados en conocer el peligro ó mas diligentes en apartarse de él.

No pareció conveniente seguir esta victoria por el poco fruto que se podia esperar de gente fugitiva y escarmentada; y así levantaron las áncoras y prosiguieron su viaje hasta que llegaron á un promontorio ó punta de tierra introducida en la jurisdiccion del mar, que al parecer se enfurecia con ella sobre cobrar lo usurpado, y estaba en contínua inquietud porfiando con la resistencia de los peñascos. Grandes diligencias se hicieron para doblar este cabo; pero siempre retrocedian las naves al arbitrio del agua no sin peligro de zozobrar ó embestir con la tierra; cuyo accidente dió ocasion á los pilotos para que hiciesen sus protestas, y á la gente para que las prosiguiese con repetidos clamores: melancólica ya de tan prolija navegacion, y mas discursiva en la aprension de los riesgos. Pero Juan de Grijalva, hombre en quien se daban las manos la prudencia y el valor, convocó á los pilotos y á los capitanes para que se discurriese en lo que se debia obrar segun el estado en que se hallaban. Consideróse en esta junta la dificultad de pasar adelante y la incertidumbre de la vuelta: que una de las naves venia maltratada y necesitaba de repararse: que los bastimentos empezaban á padecer corrupcion: que la gente venia desabrida y fatigada; y que el intento de poblar tenia contra sí la instruccion de Diego Velazquez, y la poca seguridad de poderlo conseguir sin el socorro que habian pedido: y últimamente se resolvió, sin controversia, que se tomase la vuelta de Cuba, para rehacerse de los medios con que se debia emprender tercera vez aquella grande faccion que dejaban imperfecta. Ejecutóse luego esta resolucion, y volviendo las naves á desandar los rumbos que habian traido, y á reconocer otros parajes de la misma costa con poca detencion y alguna utilidad en los rescates, arribaron últimamente al puerto de Santiago de Cuba en quince de noviembre de mil y quinientos y diez y ocho.

Habia llegado pocos dias antes al mismo puerto Pedro de Alvarado, y fue muy bien recibido del gobernador Diego Velazquez, que celebró con increible alborozo la noticia de aquellas grandes tierras que se habian descubierto; y sobre todo los quince mil pesos de oro que apoyaban su relacion sin necesitar de su encarecimiento.

Miraba el gobernador aquellas riquezas, y no acertando á creer á sus ojos, volvia á socorrerse de los oidos, preguntando segunda y tercera vez á Pedro de Alvarado lo que le habia referido, y hallando novedad en lo mismo que acababa de oir, como el músico que se deleita en las cláusulas repetidas. No tardó mucho este alborozo en descubrir sus quilates, mezclándose con el desabrimiento: porque luego empezó á sentir con impaciencia que Juan de Grijalva no hubiese fundado alguna poblacion en aquellas tierras donde le hicieron buena acogida: y aunque Pedro de Alvarado intentaba disculparle, fue de los que sintieron que se debia poblar en el rio de Banderas; y siempre se dice flojamente lo que se procura esforzar contra el propio dictámen. Acusábale Diego Velazquez de poco resuelto; y enojándose con su eleccion, confesaba la culpa de haberle enviado, proponiendo encargar aquella faccion á persona de mayor actividad, sin reparar en el desaire de su pariente, á quien debia aquella misma felicidad que ponderaba; pero lo primero que hace la fortuna en los ambiciosos, es cautivar la razon para que no se ponga de parte del agradecimiento. Ya nada le hacia fuerza, sino el conseguir apriesa y á cualquiera costa toda la prosperidad que se prometia de aquel descubrimiento, elevando á grandes cosas la imaginacion, y llegando con las esperanzas adonde antes no llegaba con los deseos.

Trató luego de prevenir los medios para la nueva conquista, acreditándola con el nombre de Nueva-España, que daba grande recomendacion y sonido á la empresa. Comunicó su resolucion á los religiosos de San Gerónimo, que residian en la isla de Santo Domingo, con palabras que se inclinaban mas á pedir aprobacion que licencia; y envió persona á la córte con larga relacion y encarecidas señas de lo descubierto, y un memorial en que no iban oscurecidos de mal ponderados sus servicios; por cuya recompensa pedia algunas mercedes, y el título de adelantado de las tierras que conquistase (1).

Ya tenia comprados algunos bajeles y empezado el apresto de nueva armada, cuando llegó Juan de Grijalva, y le halló tan irritado como pudiera esperarle agradecido. Reprendióle con aspereza y publicidad, y el desayudaba con su modestia sus disculpas, aunque le puso delante de los ojos su misma instruccion, en que le ordenaba que no se detuviese á poblar; pero estaba ya tan fuera de los términos razonables con

(1) Velazquez tuvo sagacidad para arrancar á Cárlos V, una capitulacion fecha en Barcelona á 13 de noviembre de 1518, por la que se le nombraba Adelantado y Capitan por el Rey, de todo lo descubierto hasta entonces y que en adelante se descubriese á costa suya; concediéndole ademas varias mercedes y privilegios. (*Coleccion de documentos inéditos de los señores Navarrete, Salvá y Baranda.*)

la novedad de sus pensamientos, que confesaba la órden, y trataba como delito la obediencia.

CAPITULO IX.

Dificultades que se ofrecieron en la eleccion de cabo para la nueva armada; y quién era Hernan Cortés, que últimamente la llevó á su cargo.

Pero conociendo entonces Diego Velazquez cuánto importa la celeridad en las resoluciones, y que si se deja perder el tiempo suele desazonarse la ocasion, ordenó luego que se diese carena á los cuatro bajeles que sirvieron en la jornada de Grijalva; con los cuales, y con los que se habian comprado, se juntaron diez de ochenta hasta cien toneladas: y caminando al mismo paso en el cuidado de armarlos, pertrecharlos y bastecerlos, se halló brevemente indeciso y receloso en la dificultad de nombrar cabo que los gobernase. Era su intento buscar persona tan resuelta que supiese desembarazarse de las dificultades, y tomar partido con los accidentes; pero tan apagada, que no supiese dar unos celos, ni tener otra ambicion que de la gloria agena. Lo cual, en su modo de discurrir, era lo mismo que buscar un hombre de mucho corazon y de poco espíritu; pero no siendo fáciles de juntar estos estremos, tardó la resolucion algunos dias. La gente se inclinaba á Juan de Grijalva, y la voz comun suele hacer justicia en sus elecciones, porque le asistian sus buenas partes, lo que habia trabajado en aquel descubrimiento, y la noticia con que se hallaba de la navegacion y de la tierra.

Salieron á la pretension Antonio y Bernardino Velazquez, parientes mas cercanos del gobernador, Baltasar Bermudez, Vasco Porcallo, y otros caballeros que habia en aquella isla capaces de aspirar á mayores empleos; y cada uno discurria en este como si estuviera sola su razon: que ordinariamente quien dilata la provision de los cargos, convida pretendientes, y parece que trata de atesorar quejosos.

Pero Diego Velazquez duraba en su irresolucion, hallando en unos que temer, y en otros que desear; hasta que aconsejándose con amador de Lariz, contador del rey, y con Andres de Duero, su secretario, que eran toda su confianza, y conocian su condicion, le propusieron á Hernan Cortés, grande amigo de los dos, alabándole con moderacion por no hacer sospechoso el consejo: y dando á entender que hablaban por el acierto de la eleccion mas que por la conveniencia de su amigo. Fue bien oida la proposicion, y ellos se contentaron con verle inclinado, dándole tiempo para que lo meditase y volviese persuadido á la plática, ó mejor dispuesto para dejarse persuadir.

Pero antes que pasemos adelante, será bien que digamos quién era Hernan Cortés, y por cuántos rodeos vino á ser de su valor y de su entendimiento aquella grande obra de la conquista de Nueva España, que puso en sus manos la felicidad de su destino: llamamos destino, hablando cristianamente, aquella soberana y altísima disposicion de la primera causa que deja obrar á las segundas, como dependientes suyas y medianeras de la naturaleza, en órden á que suceda con la eleccion del hombre, lo que permite ó lo que ordena Dios. Nació en Medellin, villa de Estremadura, hijo de Martin Cortés de Monroy y doña Catalina Pizarro Altamirano, cuyos apellidos no solo dicen, sino encarecen lo ilustre de su sangre. Dióse á las letras en primera edad, y cursó en Salamanca dos años, que le bastaron para conocer que iba contra su natural, y que no convenia con la viveza de su espíritu aquella diligencia perezosa de los estudios. Volvió á su casa resuelto á seguir la guerra; y sus padres le encaminaron á la de Italia, que entonces era la de mas pundonor, por estar calificada con el nombre del Gran Capitan; pero al tiempo de embarcarse le sobrevino una enfermedad que le duró muchos dias, de cuyo accidente resultó el hallarse obligado á mudar de intento aunque no de profesion. Inclinóse á pasar á las Indias, que como entonces duraba su conquista se apetecian con el valor mas que con la codicia. Ejecutó su pasage con gusto de sus padres el año de mil quinientos y cuatro, y llevó cartas de recomendacion para don Nicolas de Ovando, comendador mayor de la órden de Alcántara, que era su deudo y gobernaba en esta sazon la isla de Santo Domingo. Luego que llegó á ella y se dió á conocer, halló grande agasajo y estimacion en todos, y tan agradable acogida en el gobernador, que le admitió desde luego entre los suyos, y ofreció cuidar de sus aumentos con particular aplicacion. Pero no bastaron estos favores para divertir su inclinacion, porque se hallaba tan violento en la ociosidad de aquella isla, ya pacificada y poseida sin contradiccion de sus naturales, que pidió licencia para empezar á servir en la de Cuba, donde se traian por entonces las armas en las manos: haciendo este viaje con beneplácito de su pariente, trató de acreditar en las ocasiones de aquella guerra su valor y su obediencia, que son los primeros rudimentos de aquella facultad. Consiguió brevemente la opinion de valeroso, y tardó poco mas en darse á conocer su entendimiento; porque sabiendo adelantarse entre los soldados, sabia tambien dificultar y resolver entre los capitanes.

Era mozo de gentil presencia y agradable rostro (1) y sobre estas recomendaciones comunes de la naturaleza, tenia otras de su propio natural que le hacian amable porque hablaba bien de los ausentes: era festivo y discreto en las conversaciones, y partia con sus compañeros cuanto adquiria, con tal generosidad, que sabia ganar amigos sin buscar agradecidos. Casó en aquella isla con doña Catalina Suarez Pacheco, doncella noble y recatada; sobre cuyo galanteo tuvo muchos embarazos, en que se mezcló Diego Velazquez, y le tuvo preso hasta que ajustado el casamiento fue su padrino; y quedaron tan amigos que se trataban con familiaridad; y le dió brevemente repartimiento de indios y la vara de alcalde en la misma villa de Santiago; ocupacion que servian entonces las personas de mas cuenta, y que solia andar entre los conquistadores mas calificados.

En este paraje se hallaba Hernan Cortés, cuando Amador de Lariz y Andres de Duero le propusieron para la conquista de Nueva España; y fue con tanta destreza que cuando volvieron á verse con Diego Velazquez, prevenidos de nuevas razones para esforzar su intento, le hallaron declarado por Hernan Cortés, y tan discursivo en las conveniencias de fiarle aquella empresa, que se les convirtió en lisonja la persuasion que llevaban meditada, y trataron solo de obligarle con asentir á lo mismo que deseaban. Discurrióse en la conveniencia de que se hiciese luego el nombramiento para desarmar de una vez á los pretendientes; y no se descuidó Andres de Duero en pasar por diligencia de su profesion la brevedad del despacho, cuya sustancia fue, «que Diego Velazquez, »como gobernador de la isla de Cuba, y promovedor »de los descubrimientos de Yucatan y Nueva España, »nombraba á Hernan Cortés por capitan general de la »armada, y tierras descubiertas y que se descubrie-

(1) Bernal Diaz del Castillo le retrató del modo siguiente: «Fue de buena estatura y cuerpo, y bien proporcionado, y membrudo; y la color de la cara tiraba algo á cenicienta, é no muy alegre; y si tuviera el rostro mas largo mejor le pareciera: los ojos en el mirar amorosos, y por otra graves: las barbas tenia algo prietas, y pocas y ralas, y el cabello que en aquel tiempo se usaba, era de la misma manera que las barbas, y tenia el pecho alto, y la espalda de buena manera, y era cenceño, y de poca barriga y algo estevado, y las piernas y los muslos bien sacados, y era buen ginete, y diestro de todas armas, ansí á pie como á caballo, y sabia muy bien menearlas, y sobre todo corazon, y ánimo, que es lo que hace al caso.»

»sen,» con todas aquellas estensiones de jurisdiccion, y cláusulas honoríficas que la amistad del secretario puede ingerir como primores de la formalidad.

CAPITULO X.

Tratan los émulos de Cortés vivamente de descomponerle con Diego Velazquez : no lo consiguen, y sale con la armada del puerto de Santiago.

Aceptó Cortés el nuevo cargo con todo rendimiento y estimacion, agradeciendo entonces la confianza que se hacia de su persona, con las mismas veras que sintió depues la desconfianza. Publicóse la resolucion, y fue bien recibida entre los que deseaban el acierto ; pero murmurada de los que deseaban el cargo entre los cuales sacaron la cara con mayor osadía los parientes de Diego Velazquez, que hicieron grandes esfuerzos para desconfiarle de Hernan Cortés: Decíanle: «que fiaba mucho de un hombre poco »arraigado en su obligacion: que si volvia los ojos á »su modo de obrar y discurrir, le hallaria de ánimo »poco seguro, porque no solian andar juntas su in»tencion y sus palabras: que su agrado y liberalidad »tenian mucho de astucia, y le hacian sospechoso á »los que no se gobiernan por las apariencias de la »virtud; porque cuidaba demasiadamente de ganar »voluntades; y los amigos cuando son muchos sue»len abultar como parciales : que se acordase de que »le tuvo preso y disgustado, y que pocas veces sa»len buenos los confidentes que se hacen de los que»josos; porque en las heridas del ánimo quedan »cicatrices como en las demas, y suelen estas acor»dar la ofensa cuando se mira como posible la ven»ganza.» A que añadian otras razones de mas ruido que sustancia, sin acertar con el camino de la sinceridad, porque querian parecer celosos para disimular que lo estaban.

Cuentan que saliendo un dia á pasearse Diego Ve-

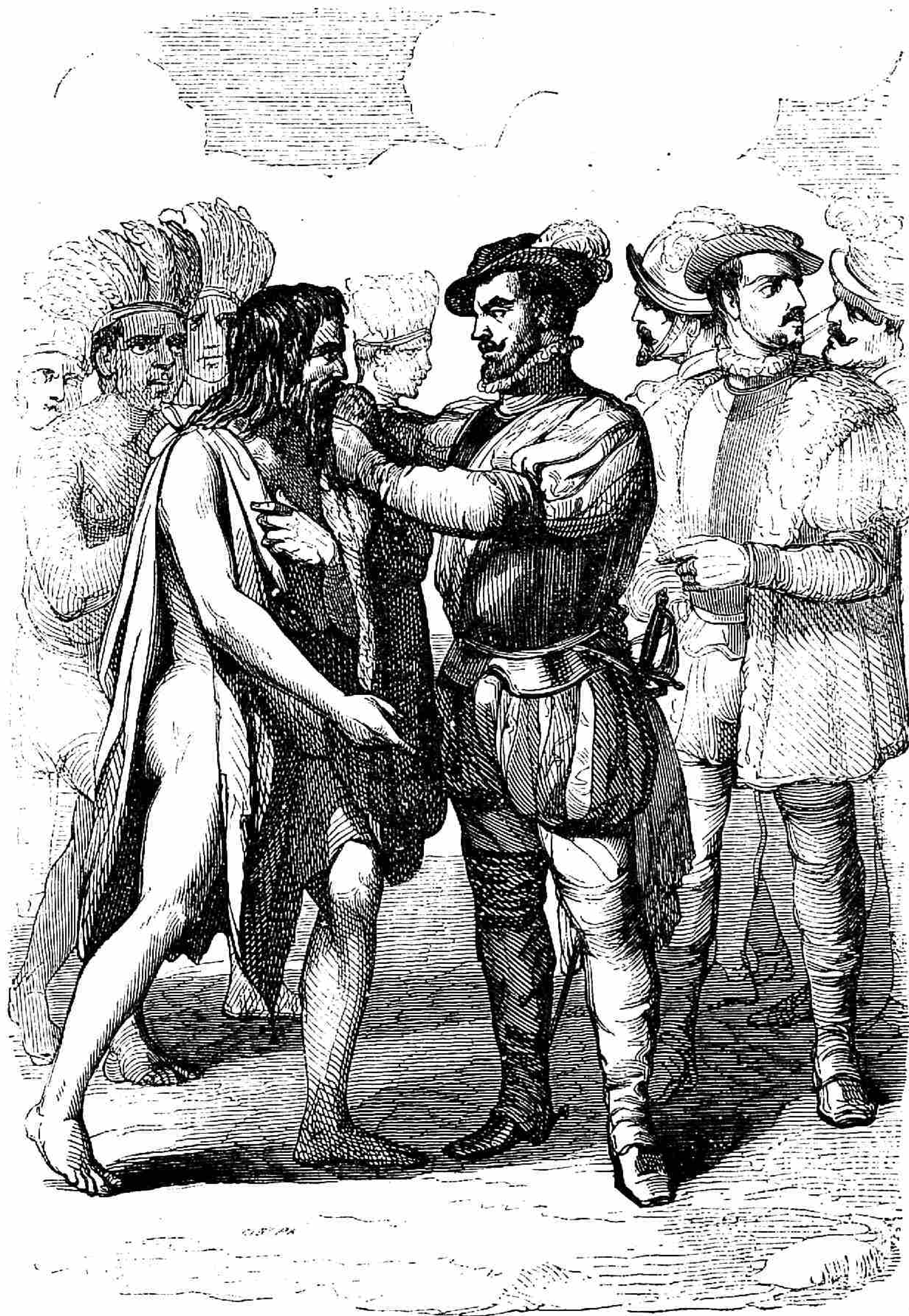


Hernan Cortés.

lazquez con Hernan Cortés y con sus parientes y amigos, le dijo un loco gracioso, de cuyos delirios gustaba: «buena la has hecho, amigo Diego: pres»to será menester otra armada para salir á caza de »Cortés.» Y hay quien lo refiera como vaticinio, ponderando lo que suelen acertar los locos, y la impresion que hizo esta profecía (así se resuelven á llamarla) en el ánimo de Diego Velazquez. Dejemos á los filósofos el discurrir sobre si cabe el acierto de las cosas futuras entre los errores de la imaginacion, ó si es posible á la destemplanza del juicio el encontrar con la adivinacion: que ellos gustarán el ingenio en fingir habilidades á la melancolía, y nosotros creeremos que lo dijo el loco porque le impusieron

en ello los émulos de Cortés; y que andaba pobre de medios de malicia, cuando se llegaba á socorrer de la locura.

Pero Diego Velazquez mantuvo á rostro firme su resolucion, y Hernan Cortés trató de ganar el tiempo en sus prevenciones. Fue la primera arbolar su estandarte, poniendo en él por empresa la señal de la cruz con una letra latina, cuya version era: *sigamos la cruz, que en esta señal venceremos.* Dejóse ver con galas de soldado que parecian bien en su talle, y venian mejor á su inclinacion: empezó á gastar liberalmente el caudal con que se hallaba, y el dinero que pudo juntar entre sus amigos en comprar vituallas y prevenirse de armas y municiones para



Gerónimo de Aguilar es presentado á Cortés despues de ocho años de esclavitud entre los indios.

ayudar el apresto de la armada, cuidando al mismo tiempo de atraer y ganar la gente que le habia de seguir; en que fue menester poca diligencia, porque el ruido de las cajas tenia sus ecos en el nombre de la empresa y en la fama del capitan. Alistáronse en pocos dias trescientos soldados, y entre ellos sentaron plaza Diego de Ordaz, criado principal del gobernador, Francisco de Morla, Bernal Diaz del Castillo, escritor de nuestra historia, y otros hidalgos que se irán nombrando en su lugar.

Llegó el tiempo de la partida, y se ordenó á la gente con bando público que se embarcase; lo cual se ejecutó de dia concurriendo todo el pueblo: y aquella misma noche fue Hernan Cortés acompañado de sus amigos á la casa del gobernador, donde se despidieron los dos dándose los brazos y las manos con amigable sinceridad; y la mañana siguiente le acompañó Diego Velazquez hasta la marina, y asistió á la embarcacion: circunstancias menores que hacen poco en la narracion, y se pudieran omitir si no fueran necesarias para borrar la temprana ingratitud con que manchan á Cortés los que dicen que salió del puerto alzado con la armada. Así lo refieren Antonio de Herrera y todos los que le trasladan; afirmando con poca razon que en el medio silencio de la noche convocó á los soldados por sus casas, y se embarcó furtivamente con ellos; y que saliendo al amanecer Diego Velazquez en seguimiento de esta novedad, se acercó á él en un barco guarnecido de gente armada, y le dió á entender con despego y libertad su inobediencia. Nosotros seguimos á Bernal Diaz del Castillo, que dice lo que vió, y lo mas semejante á la verdad; pues no cabe en humano discurso que un hombre tan avisado como Hernan Cortés, cuando tuviera entonces esta resolucion, se adelantase á desconfiar descubiertamente á Diego Velazquez has-

ta salir de su jurisdiccion, pues habia de tocar con la armada en otros lugares de la misma isla, para recoger los bastimentos y la gente que le aguardaba en ellos: ni cuando diéramos en su entendimiento y sagacidad esta inadvertencia, parece creible que en un lugar de tan corta poblacion como era entonces la villa de Santiago, se pudiesen embarcar trescientos hombres llamados de noche por sus casas, y entre ellos Diego de Ordaz y otros familiares del gobernador, sin que hubiese uno entre tantos que le avisase de aquella novedad, ó despertasen los que observaban sus acciones al ruido de tanta conmocion, admirable silencio en los unos, y estraordinario descuido en los otros. No negaremos que Hernan Cortés se apartó de la obediencia de Diego Velazquez, pero fue despues, y con la causa que veremos.

CAPITULO XI.

Pasa Cortés con la armada á la villa de la Trinidad, donde la refuerza con número considerable de gente: consiguen sus émulos la desconfianza de Velazquez, que hace vivas diligencias para detenerle.

Partió la armada del puerto de Santiago de Cuba en diez y ocho de noviembre del año de mil quinientos y diez y ocho; y costeando la isla por la banda del norte hácia el oriente, llegó en pocos dias á la villa de la Trinidad, donde tenia Cortés algunos amigos que le hicieron grata acogida. Publicó luego su jornada, y se ofrecieron á seguirle en ella Juan de Escalante, Pedro Sanchez Farfan, Gonzalo Mejía, y otras personas principales de aquella poblacion. Llegaron poco despues en su seguimiento Pedro de Alvarado y Alonso Dávila, que fueron capitanes en la entrada de Juan de Grijalva, y cuatro hermanos de Pedro de Alvarado, que se llamaban Gonzalo, Jorje, Gomez y Juan de Alvarado. Pasó la noticia á la villa de Sancti Spíritus, que estaba poco distante de la Trinidad, y de ella vinieron con el mismo intento de seguir á Cortés, Alonso Hernandez Portocarrero, Gonzalo de Sandoval, Rodrigo Rangel, Juan Velazquez de Leon, pariente del gobernador, y otras personas de calidad, cuyos nombres tendrán mejor lugar cuando se refieran sus hazañas. Con este refuerzo de gente noble, y con otros cien soldados que se juntaron de ambas poblaciones, iba tomando considerable cuerpo la armada; y al mismo tiempo se compraban bastimentos, municiones, armas y algunos caballos, ayudando todos á Cortés con su caudal y con sus diligencias; porque sabia grangear los ánimos con el agrado y con las esperanzas, y ser superior sin dejar de ser compañero.

Pero apenas volvió las espaldas al puerto de Santiago, cuando sus émulos empezaron á levantar la voz contra él, hablando ya en su inobediencia con aquel atrevimiento cobarde que suele facilitar los cargos del ausente. Oyólos Diego Velazquez, y aunque fue con desagrado, reconocieron en su ánimo una seguridad inclinada al recelo, y fácil de llevar hácia la desconfianza; para cuyo fin se ayudaron de un viejo que llamaban Juan Millan, hombre que sin dejar de ser ignorante profesaba la astrología; loco de otro género, y locura de otra especie. Este, inducido de los demas, le dijo con grandes prevenciones del secreto algunas palabras misteriosas de la incierta inseguridad de aquella armada, dándole á entender que hablaban en su lengua las estrellas; y aunque Diego Velazquez tenia entendimiento para conocer la vanidad de estos pronósticos, pudo tanto el hablarle á propósito de lo que temia, que el despreciar el astrólogo fue principio de creer á los demas.

De tan débiles principios como estos nació la primera resolucion que tomó Diego Velazquez de romper con Hernan Cortés, quitándole el gobierno de la armada. Despachó luego dos correos á la villa de la Trinidad, con cartas para todos sus confidentes, y una órden espresa para que Francisco Verdugo, su cuñado, que entonces era su alcalde mayor en aquella villa, le desposeyese judicialmente de la capitanía general; suponiendo que ya estaba revocado el título con que la servia, y nombrada persona en su lugar. Llegó brevemente á noticia de Cortés este contratiempo, y sin rendir el ánimo á la dificultad del remedio, se dejó ver de sus amigos y soldados para saber cómo tomaban el agravio de su capitan, y conocer si podia fiarse de su razon en el juicio que hacian de ella los demas. Hallólos á todos no solo de su parte, sino resueltos á defenderle de semejante injuria, sin negarse al último empeño de las armas. Y aunque Diego de Ordaz y Juan Velazquez de Leon estuvieron algo remisos, como mas dependientes del gobernador, se redujeron fácilmente á lo que no pudieran resistir; con cuya seguridad pasó despues á verse con el alcalde mayor; sabiendo ya lo que llevaba en su queja. Ponderóle cuánto aventuraba en ponerse de parte de aquella sinrazon, disgustando á tanta gente principal como le seguia, y cuánto se podia temer la irritacion de los soldados, cuya voluntad habia grangeado para servir mejor con ellos á Diego Velazquez, y le embarazaba ya para poder obedecerle; hablando en uno y otro con un género de resolucion que sin dejar de ser modestia, estaba lejos de parecer humildad ó falta de espíritu. Conoció Francisco Verdugo la razon que le asistia, y poco inclinado por su misma generosidad á ser instrumento de semejante violencia, le ofreció no solamente suspender la órden, sino replicar á ella y escribir á Diego Velazquez para que desistiese de aquella resolucion, que ya no era practicable por el disgusto de los soldados, ni se podria ejecutar sin graves inconvenientes. Ofrecieron lo mismo Diego de Ordaz, y los demas que tenian con él alguna autoridad, cuyo medio se ejecutó luego, y Hernan Cortés le escribió tambien, doliéndose amigablemente de su desconfianza, sin ponderar su desaire ni olvidar el rendimiento, como quien se hallaba obligado á quejarse, y deseaba no tener razon de parecer quejoso, ni ponerse en términos de agraviado.

CAPITULO XII.

Pasa Hernan Cortés desde la Trinidad á la Habana, donde consigue el último refuerzo de la armada, y padece segunda persecucion de Diego Velazquez.

Hecha esta diligencia, que pareció entonces bastante para sosegar el ánimo de Diego Velazquez, trató Hernan Cortés de proseguir su navegacion; y enviando por tierra á Pedro de Alvarado con parte de los soldados, para que cuidase de conducir los caballos y hacer alguna gente en las estancias del camino, partió con la armada al puerto de la Habana, último parage de aquella isla, por donde empieza lo mas occidental de ella á dejarse ver del Septentrion. Salieron los navíos de la Trinidad con viento favorable; pero sobreviniendo la noche se desviaron de la capitana donde iba Cortés, sin observar como debian su derrota, ni echarle menos, hasta que la luz del dia les puso á la vista el error de sus pilotos; y empeñados ya en proseguirle continuaron su viaje, y llegaron al puerto donde saltó la gente en tierra. Hospedóla con agasajo y liberalidad Pedro de Barba, que á la sazon era gobernador de la Habana por Diego Velazquez; y andaban todos pesarosos de no haber esperado á su capitan ó vuelto en su demanda; sin pasar entonces con el discurso á mas que prevenir sus disculpas para cuando llegase.

Pero viendo que tardaba mas de lo que parecia posible, sin haberle sucedido algun fracaso, empezaron á inquietarse divididos en varias opiniones: porque unos clamaban que volviesen dos ó tres baje-

les á buscarle por las islas de aquella vecindad; otros proponian que se nombrase gobernador en su ausencia, y algunos tenian por intempestiva ó sospechosa esta proposicion: y como no habia quien mandase, resolvian todos, y ninguno ejecutaba. El que mas insistia en la opinion de que se nombrase gobernador era Diego de Ordaz, que como primero en la confianza de Diego Velazquez, queria preferir á todos, y hallarse con el ínterin para estar mas cerca de la propiedad; pero despues de siete dias que duraron estas diferencias, llegó á salvamento Hernan Cortés con su capitana.

Fue la causa de su detencion, que aquella noche navegando la armada sobre unos bajos, que están entre el puerto de la Trinidad y el cabo de San Anton, poco distantes de la isla de Pinos, tocó en ellos la capitana, como navío de mayor porte, y quedó encallada en la arena, de suerte que estuvo á pique de zozobrar: accidente de gran cuidado, en que se empezó á descubrir y acreditar el espíritu y la actividad de Cortés; porque animando á todos á vista del peligro, supo templar la diligencia con el sosiego, y obrar lo que convenia sin detenerse ni apresurarse. Su primer cuidado fue que se echase el esquife á la mar; y luego ordenó que en él se fuese trasportando la carga del navío á una isleta ó arrecife de arena que estaba á la vista, por cuyo medio le aligeró hasta que pudo nadar sobre los bajíos, y sacándole despues al agua, volvió á cobrar la carga, y prosiguió su derrota; habiendo gastado en esta obra los dias de su detencion, y salido de aquel aprieto con tanto crédito como felicidad.

Alojóle Pedro de Barba en su misma casa, y fue notable la aclamacion con que le recibió la gente; cuyo número empezó luego á crecer, alistándose por sus soldados algunos vecinos de la Habana, y entre ellos Francisco de Montejo, que fue despues adelantado de Yucatan, Diego de Soto el de Toro, Garci Caro, Juan Sedeño y otras personas de calidad y acomodadas que autorizaron la empresa, y ayudaron con sus haciendas al último apresto de la armada. Gastáronse en estas prevenciones algunos dias; pero no sabia Cortés perder el tiempo que se detenia: y así ordenó que se sacase á tierra la artillería, que se limpiasen y probasen las piezas, observando los artilleros el alcance de las balas: y por haber en aquella tierra copia de algodon, mandó hacer cantidad de armas defensivas de unos colchados en forma de casacas, que llamaban escaupiles; invencion de la necesidad, que aprobó despues la esperiencia, dando á conocer que un poco de algodon flojamente punteado y sujeto entre dos lienzos, era mejor defensa que el acero para resistir á las flechas y dardos arrojadizos de que usaban los indios; porque perdian la fuerza entre la misma flojedad del reparo, y quedaban sin actividad para ofender á otro con la resulta del golpe.

Al mismo tiempo hacia que los soldados se habilitasen en el uso de los arcabuces y las ballestas, y se enseñasen á manejar la pica, á formar y desfilar un escuadron, á dar una carga y á ocupar un puesto, adiestrándolos él mismo con la voz y con el ejemplo en estos ensayos ó rudimentos del arte militar, como lo observaban los antiguos capitanes, que fingian las batallas y los asaltos para enseñar á los visoños la verdad de la guerra; cuya disciplina, practicada cuidadosamente en el tiempo de la paz, tuvo tanta estimacion entre los romanos, que de este ejercicio tomaron el nombre los ejércitos.

Al mismo paso y con el mismo fervor se iba caminando en las demas prevenciones; pero cuando estaban todos mas gustosos con la vecindad del dia señalado para la partida, llegó á la Habana Gaspar de Garnica, criado de Diego Velazquez, con nuevos despachos para Pedro de Barba, en que le ordenaba, sin dejarle arbitrio, que quitase luego la armada á Cortés, y se le enviase preso con toda seguridad: ponderándole cuán irritado quedaba con Francisco Verdugo, porque le dejó pasar de la Trinidad; y dándole á entender con este enojo lo que aventuraba en no obedecerle con mayor resolucion. Escribió tambien á Diego de Ordaz y Juan Velazquez de Leon, que asistiesen á Pedro de Barba en la ejecucion de esta órden. Pero no faltó quien avisase á Cortés con el mismo Garnica de todo lo que pasaba, exhortándole á que mirase por sí, pues el que le hizo el beneficio de fiarle aquella empresa, trataba de quitársela con tanto desdoro suyo, y le libraba del riesgo de ingrato, arrojándole violentamente de la obligacion en que le habia puesto.

CAPITULO XIII.

Resuélvese Hernan Cortés á no dejarse atropellar de Diego Velazquez: motivos justos de esta resolucion, y lo demas que pasó hasta que llegó el tiempo de partir de la Habana.

Aunque Hernan Cortés era hombre de gran corazon, no pudo dejar de sobresaltarse con esta noticia, que traia de mas sensible todo aquello que tuvo de menos esperada; porque estaba creyendo que Diego Velazquez se habria dado por satisfecho con lo que le escribieron y aseguraron todos en respuesta de la primera órden que llegó á la villa de la Trinidad. Pero viendo que esta nueva órden venia ya con señales de obstinacion irremediable, empezó á discurrir con menos templanza en el modo de volver por sí. Considerábase por una parte aplaudido y aclamado de todos los que le seguian, y por otra abatido y condenado á una prision como delincuente. Reconocia que Diego Velazquez tenia empleado algun dinero en la primera formacion de aquella armada; pero que tambien era suya y de sus amigos la mayor parte del gasto, y todo el nervio de la gente. Revolvia en su imaginacion todas las circunstancias de su agravio; y poniendo los ojos en los desaires que habia sufrido hasta entonces, se volvia contra sí, llegando á enojarse con su paciencia, y no sin alguna causa; porque esta virtud se deja irritar y aflijir dentro de los límites de la razon, pero en pasando de ellos, declina en bajeza de ánimo y en falta de sentido. Congojábale tambien el mal logro de aquella empresa, que se perderia enteramente si él volviese las espaldas; y sobre todo le apretaba en lo mas vivo del corazon el ver aventurada su honra, cuyos riesgos, en quien sabe lo que vale, tienen el primer lugar en la defensa natural.

Sobre estos discursos, á este tiempo, y con esta irritacion, tomó Hernan Cortés la primera resolucion de romper con Diego Velazquez; de que se convence lo poco que le favoreció Antonio de Herrera, poniendo este rompimiento en la ciudad de Santiago, y en un hombre acabado de obligar. Estamos á lo que refiere Bernal Diaz del Castillo en esta noticia; y no es el autor mas favorable, porque Gonzalo Fernandez de Oviedo asienta que se mantuvo en la dependencia del gobernador Diego Velazquez, hasta que ya dentro de Nueva España llegó el caso de obrar por sí dando cuenta al emperador de los primeros sucesos de su conquista.

No parezca digresion agena del asunto el habernos detenido en preservar de estos primeros deslucimientos á nuestro Hernan Cortés. Tan lejos tenemos las causas de la lisonja en lo que defendemos, como las del odio en lo que impugnamos: pero cuando la verdad abre camino para desagraviar los principios de un hombre que supo hacerse tan grande con sus obras, debemos seguir sus pasos, y complacernos de que sea lo mas cierto lo que está mejor á su fama.

Bien conocemos que no se debe callar en la historia lo que se tuviere por culpable, ni omitir lo que

fuere digno de reprension; pues sirven tanto en ella los ejemplos que hacen aborrecible el vicio, como los que persuaden á la imitacion de la virtud: pero esto de inquirir lo peor de las acciones, y referir como verdad lo que se imaginó, es mala inclinacion del ingenio, y culpa conocida en algunos escritores que leyeron á Cornelio Tácito, con ambicion de imitar lo inimitable; y se persuaden á que le beben el espíritu en lo que malician ó interpretan con menos artificio que veneno.

Volviendo pues á nuestra narracion, resuelto ya Hernan Cortés á que no le convenia disimular su queja, ni era tiempo de consejos, medios que ordinariamente son enemigos de las resoluciones grandes, trató de mirar por sí, usando de la fuerza con que se hallaba segun la hubiese menester; y antes que Pedro de Barba se determinase á publicar la órden que tenia contra él, puso toda su diligencia en apartar de la Habana á Diego de Ordaz, de quien se recelaba mas, despues que supo los intentos que tuvo de hacerse nombrar por gobernador en su ausencia: y así le ordenó que se embarcase luego en uno de los bajeles, y fuese á Guanicanico, poblacion situada de la otra parte del cabo de San Anton, para recoger unos bastimentos que se habian encaminado por aquel parage mientras él llegaba, con el resto de la armada: y asistiendo á la ejecucion de esta órden con sosegada actividad, se halló brevemente desembarazado del sugeto que podia hacerle alguna oposicion, y pasó á verse con Juan Velazquez de Leon, á quien redujo fácilmente á su partido, porque estaba algo desabrido con su pariente, y era hombre de mas docilidad y menos artificio que Diego de Ordaz.

Con estas prevenciones se dejó ver de sus soldados, publicando la nueva persecucion de que estaba amenazado; corrió la voz, y vinieron todos á ofrecérsele, conformes en la resolucion de asistirle aunque diferentes en el modo de darse á entender: porque los nobles manifestaban su ánimo como efecto natural de su obligacion; pero los demas tomaron su causa con sobrado fervor, rompiendo en voces descompuestas, que llegaron á poner en cuidado al mismo que favorecian, verificándose en su inquietud y en sus amenazas lo que suele perder la razon cuando se deja tratar de la muchedumbre.

Pero antes que tomase cuerpo este primer movimiento de la gente, conociendo Pedro de Barba lo que aventuraba en la dilacion, buscó á Hernan Cortés, y entró desarmando todo aquel aparato con decir á voces que no trataba de poner en ejecucion la órden de Diego Velazquez, ni queria que por su mano se obrase una sinrazon tan conocida; con que se convirtieron las amenazas en aplausos, y aseguró luego la sinceridad de su ánimo, despachando públicamente á Gaspar de Garnica con una carta para Diego Velazquez, en que le decia que ya no era tiempo de detener á Cortés, porque se hallaba con mucha gente para dejarse maltratar, ó reducirse á obedecer; y le ponderaba, no sin encarecimiento, la inquietud que ocasionó su órden en aquellos soldados, y el peligro en que se vió aquel pueblo de alguna turbacion: concluyendo la carta con aconsejarle que llevase á Cortés por el camino de la confianza, cobrando el beneficio pasado con nuevos beneficios; y se aventurase á fiar de su agradecimiento, lo que ya no se podia esperar de la persuasion ni de la fuerza.

Hecha esta diligencia, se puso todo el cuidado en abreviar la partida, y fue necesario para sosegar la gente, que mal hallada, al parecer, sin la cólera que habia concebido, volvia nuevamente á inquietarse con una voz que corrió, de que Diego Velazquez trataba de venir á ejecutar personalmente aquella violencia, como dicen que lo tuvo resuelto; pero aventurara mucho, y no lo hubiera conseguido, porque suele ser flaco argumento el de la autoridad para disputar con los que tienen la razon y la fuerza de su parte.

CAPITULO XIV.

Distribuye Cortés los cargos de su armada: parte de la Habana, y llega á la isla de Cozumel (1) donde pasa muestra, y anima sus soldados á la empresa.

Habíase agregado un bergantin de mediano porte á los diez bajeles que estaban prevenidos, y así formó Cortés de su gente once compañías, dando una á cada bajel; para cuyo gobierno nombró por capitanes á Juan Velazquez de Leon, Alonso Hernandez Portocarrero, Francisco de Montejo, Cristóbal de Olid, Juan de Escalante, Francisco de Morla, Pedro de Alvarado, Francisco Saucedo y Diego de Ordaz, que no le apartó para olvidarle, ni se resolvió á tenerle ocioso dejándole desobligado: y reservando para sí el gobierno de la capitana, encargó el bergantin á Gines de Nortes. Dió tambien el cuidado de la artillería á Francisco de Orozco, soldado de reputacion en las guerras de Italia; y el cargo de piloto mayor á Anton de Alaminos, diestro en aquellos mares, por haber tenido esta misma ocupacion en los dos viajes de Francisco Fernandez de Córdoba y Juan de Grijalva. Formó sus instrucciones, previniendo con cuidadosa prolijidad las contingencias, y llegado el dia de la embarcacion, se dijo con solemnidad una misa del Espíritu Santo, que oyeron todos con devocion, poniendo á Dios en el principio para asegurar los progresos de la obra que emprendian; y Hernan Cortés, en el primer acto de su jurisdiccion, dió para el regimiento de la armada el nombre de San Pedro, que fue lo mismo que invocarle y reconocerle por patron de aquella empresa, como lo habia sido de todas sus acciones desde sus primeros años. Ordenó luego á Pedro de Alvarado que adelantándose por la banda del norte, buscase en Guanicanico á Diego de Ordaz, para que juntos le esperasen en el cabo de San Anton y á los demas que siguiesen la capitana; y en caso que el viento ó algun accidente los apartase, tomasen el rumbo de la isla de Cozumel, que descubrió Juan de Grijalva, poco distante de la tierra que buscaban, donde se habia de tratar y resolver lo que conviniese para entrar en ella y proseguir el intento de su jornada.

Partieron últimamente del puerto de la Habana en diez de febrero del año de mil quinientos y diez y nueve, favorecidos al principio del viento; pero tardó poco en declararles su inconstancia, porque al caer el sol se levantó un recio temporal que los puso en grande turbacion, y al cerrar de la noche fue necesario que los bajeles se apartasen para no ofenderse, y corriesen impetuosamente dejándose llevar del viento, y eligiendo como voluntaria la velocidad que no podian resistir. El navío que gobernaba Francisco de Morla padeció mas que todos, porque un embate de mar le llevó de traves el timon y le dejó á pique de perderse. Hizo diferentes llamadas con que puso en nuevo cuidado á los compañeros, que atentos al peligro ageno, sin olvidar el propio, hicieron cuanto les fue posible para mantenerse cerca, forcejeando á veces, y á veces contemporizando con el viento. Cesó la tormenta con la noche, y cuando se pudieron distinguir con la primera luz de los bajeles, acudió Cortés y se acercaron todos al que zozobraba, y á costa de alguna detencion se remedió el daño que habia padecido.

En este tiempo Pedro de Alvarado, que como vimos se adelantó en busca de Diego de Ordaz, se halló con el dia arrojado de la tempestad mas dentro del golfo que pensaba, porque el mismo cuidado de apar-

(1) Tambien suelen llamarla Santa Cruz; y así la designa Diego Velazquez en sus instrucciones á Cortés.

tarse de la tierra que iba costeando le obligó á correr sin reserva, tomando como seguridad el peligro menor. Roconoció el piloto por la brújula y carta de marear que habian decaido tanto del rumbo que traian, y se hallaban ya tan distantes del cabo de San Anton, que seria temeridad el volver atras; y propuso como conveniente el pasar de una vez á la isla de Cozumel. Dejólo á su arbitrio Pedro de Alvarado, acordándole con flojedad la órden que traia de Hernan Cortés, que fue lo mismo que dispensarla; y así continuaron su viaje y surgieron en la isla dos dias antes que la armada. Saltaron en tierra con ánimo de alojarse en un pueblo vecino á la costa, que el capitan y algunos de los soldados conocian ya desde el viaje de Juan de Grijalva; pero le hallaron despoblado, porque los indios que le habitaban al reconocer el desembarco de los estranjeros dejaron sus casas, retirándose la tierra adentro con sus pobres alhajas, pequeño estorbo de la fuga.

Era Pedro de Alvarado mozo de espíritu y valor, hecho á obedecer con resolucion, pero nuevo en el mandar para tomarla por sí (1). Engañóse creyendo que mientras llegase la armada seria virtud en un soldado todo lo que no fuese ociosidad, y asi ordenó que marchase la gente á reconocer lo interior de la isla; y á poco mas de una legua hallaron otro lugar despoblado tambien, pero no tan desproveido como el primero, porque habia en él alguna ropa, gallinas y otros bastimentos que se aplicaron los soldados como bienes sin dueño, ó como despojos de la guerra que no habia; y entrando en un adoratorio de aquellos sus ídolos abominables, hallaron algunas joyuelas ó pendientes que servian á su adorno, y algunos instrumentos del sacrificio hechos de oro con mezcla de cobre, que aun siendo baladí se les hacia ligero: jornada sin utilidad ni consejo, que solo sirvió de escarmentar á los naturales de la isla y embarazar el intento que se llevaba de pacificarlos. Conoció aunque tarde Pedro de Alvarado que era licencia lo que tuvo por actividad, y así se retiró con su gente al primer alojamiento, haciendo en el camino tres prisioneros, dos indios y una india, desgraciados en huir, que se dieron sin resistencia.

Llegó la armada el dia siguiente, habiendo recogido el bajel de Diego de Ordaz, porque Hernan Cortés le avisó desde el cabo de San Anton que viniese á incorporarse con ella, temiendo la contingencia de que se hubiese descaminado con la tempestad Pedro de Alvarado, que le traia cuidadoso; y aunque se alegró interiormente de hallarle ya en salvamento, mandó prender al piloto y rependió ásperamente al capitan porque no habia guardado ni hecho guardar su órden, y por el atrevimiento de hacer entrada en la isla y permitir á sus soldados que saqueasen el lugar donde llegaron: sobre lo cual le dijo algunos pesares en público, y con toda la voz, como quien deseaba que su reprension fuese doctrina para los demas. Llamó luego á los tres prisioneros, y por medio de Melchor el intérprete (que venia solo en esta jornada porque habia muerto su compañero) les dió á entender lo que sentia el mal pasage que hicieron á su pueblo aquellos soldados, y mandando que se les restituyese el oro y la ropa que ellos mismos elijieron, los puso en libertad y les dio algunas bujerías que llevasen de presente á sus caciques, para que a vista de estas señales de paz perdiesen el miedo que habian concebido.

Alojóse la gente en el puerto mas vecino á la costa, y descansó tres dias sin pasar adelante por no aumentar la turbacion de los isleños. Pasó muestra en escuadron el ejército, y se hallaron quiniéntos y ocho soldados, diez y seis caballos, y ciento y nueve entre maestres, pilotos y marineros, sin los dos capellanes el licenciado Juan Diaz y el padre fray Bartolomé de Olmedo, religioso de la órden de nuestra Señora de la Merced, que asistieron á Cortés hasta el fin de la conquista.

Pasada la muestra volvió á su alojamiento acompañado de los capitanes y soldados mas principales, y tomando entre ellos lugar poco diferente los habló en esta sustancia: «Cuando considero, amigos y compañeros mios, cómo nos ha juntado en esta isla la nuestra felicidad, cuántos estorbos y persecuciones dejamos atras, y cómo se nos han deshecho las dificultades, conozco la mano de Dios en esta obra que emprendemos, y entiendo que en su altísima providencia es lo mismo favorecer los principios que prometer los sucesos. Su causa nos lleva y la de nuestro rey, que tambien es suya, á conquistar regiones no conocidas, y ella misma volverá por sí mirando por nosotros. No es mi ánimo facilitaros la empresa que acometemos: combates nos esperan sangrientos, facciones increibles, batallas desiguales en que habreis menester socorreros de todo vuestro valor; miserias de la necesidad, inclemencias del tiempo y asperezas de la tierra, en que os será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres, y tan hijo del corazon como el primero: que en la guerra mas veces sirve la paciencia que las manos, y quizá por esta razon tuvo Hércules el nombre de invencible, y se llamaron trabajos sus hazañas. Hechos estais á padecer y hechos á pelear en estas islas que dejais conquistadas: mayor es nuestra empresa, y debemos ir prevenidos de mayor osadía, que siempre son las dificultades del tamaño de los intentos. La antigüedad pintó en lo mas alto de los montes el templo de la fama, y su simulacro en lo mas alto del templo; dando á entender que para hallarla, aun despues de vencida la cumbre, era menester el trabajo de los ojos. Pocos somos, pero la union multiplica los ejércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza: uno, amigos, ha de ser el consejo en cuanto se resolviere: una la mano en la ejecucion; comun en la utilidad, y comun la gloria en lo que se conquistare. Del valor de cualquiera de nosotros se ha de fabricar y componer la seguridad de todos. Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados: mas tendreis que obedecer en mi ejemplo que en mis órdenes; y puedo aseguraros de mí que me basta el ánimo á conquistar un mundo entero, y aun me lo promete el corazon con no sé qué movimiento estraordinario, que suele ser el mejor de los presagios. Alto, pues, á convertir en obras las palabras; y no os parezca temeridad esta confianza mia, pues se funda en que os tengo á mi lado, y dejo de fiar de mí todo lo que espero de vosotros.»

Así los persuadia y animaba, cuando llegó noticia de que se habian dejado ver algunos indios á pequeña distancia, y aunque al parecer venian desunidos y sin aparato de guerra, mandó Cortés que se previniese la gente sin ruido de cajas, y que estuviese encubierta al abrigo del mismo alojamiento, hasta ver si se acercaban y con qué determinacion.

CAPITULO XV.

Pacifica Hernan Cortés los isleños de Cozumel: hace amistad con el cacique: derriba los ídolos: da principio á la introduccion del Evangelio; y procura cobrar unos españoles que estaban prisioneros en Yucatan.

Estaban los indios en pequeñas tropas discurriendo al parecer entre sí, como quien observaba el movimiento, y se animaba en la quietud de nuestra gente. Ibanse acercando los mas atrevidos; y como estos no

(1) Dice Bernal Diaz en el Cap. XXV, pág. 245 vuelta: «Fue de muy buen cuerpo é bien proporcionado, é tenia el rostro y cara muy alegre, y en el mirar muy amoroso: é por ser tan agraciado, le pusieron por nombre los indios mexicanos *Tonatio*, que quiere decir el Sol. Era muy suelto, é buen ginete, y sobre todo ser franco é de buena conversacion.»

recibian daño se atrevian los cobardes: con que en breve rato llegaron algunos al cuartel, y hallaron en Cortés y en los demas tan favorable acogida, que convocaron á sus compañeros. Vinieron muchos aquel dia, y andaban entre los soldados con alegre familiaridad, tan hallados con sus huéspedes, que apenas se les conocia la admiracion: antes se portaban como gente enseñada á tratar con forasteros. Habia en esta isla un ídolo muy venerado entre aquellos bárbaros, cuyo nombre tenia inficionada la devocion de diferentes provincias de la tierra firme, que frecuentaban su templo en contínuas peregrinaciones: y así estaban los isleños de Cozumel hechos á comerciar con naciones estranjeras de diversos trajes y lenguas; por cuya causa, ó no estrañarian la novedad de nuestra gente, ó la estrañarian sin encogimiento.

Aquella noche se retiraron todos á sus casas; y el dia siguiente vino el cacique principal de la isla á visitar á Cortés con grande aunque deslucido acompañamiento, trayendo él mismo su embajada y su regalo. Recibióle con agasajo y cortesía, y por medio del intérprete le aseguró de su benevolencia, y le ofreció su amistad y la de su gente; á que respondió que la admitia, y que era hombre que la sabria mantener. Oyóse entre los indios que le acompañaban uno que al parecer repetia mal pronunciado el nombre de Castilla; y Hernan Cortés, en quien nunca el divertimiento llegaba á ser descuido, reparó en ello y mandó al intérprete que averiguase la significacion de aquella palabra; cuya advertencia, aunque pareció entónces casual, fue de tanta consideracion para facilitar la conquista de Nueva España como veremos despues.

Decia el indio que nuestra gente se parecia mucho á unos prisioneros que estaban en Yucatan, naturales de una tierra que se llamaba Castilla; y apenas lo oyó Cortés, cuando resolvió ponerlos en libertad y traerlos á su compañía (1). Informóse mejor, y hallando que estaban en poder de unos indios principales que residian dos jornadas la tierra adentro de Yucatan, comunicó su intento al cacique para que le dijese si eran indios guerreros los que tenian en su dominio aquellos cristianos, y con qué fuerza se podria conseguir el sacarlos de la esclavitud. Respondióle con pronta y notable advertencia que seria lo mas seguro tratar de rescatarlos á trueque de algunas dádivas; porque entrando de guerra se espondria á que matasen los esclavos, y á no quedar airoso con el castigo de sus dueños. Abrazó Hernan Cortés su consejo, admirándose de hallar tan buena política en el cacique, á quien debió de enseñar algo de la razon que llaman de estado aquello poco que tenia de príncipe.

Dispuso luego que Diego de Ordaz pasase con su bajel y con la gente de su cargo á la costa de Yucatan por la parte mas vecina á Cozumel, que serian cuatro leguas de travesía, y que echase en tierra los indios que señaló el mismo cacique, para esta diligencia: los cuales llevaron carta de Cortés para los prisioneros, con algunas bujerías que sirviesen de precio á su rescate; y Diego de Ordaz órden para esperarlos ocho dias, en cuyo término ofrecieron los indios volver con la respuesta.

Entre tanto Cortés marchó con su gente unida á reconocer la isla, no porque le pareciese necesario ir en defensa, sino porque no se desmandasen los soldados, y recibiesen algun daño los naturales. Decíales: «que aquella era una pobre gente sin resistencia, »cuya sinceridad pedia como deuda el buen trata»miento, y cuya pobreza ataba las manos á la codicia: »que de aquel pequeño pedazo de tierra no se habia de »sacar otra riqueza que la buena fama. Y no penseis, »proseguia, que la opinion que aquí se ganare se es»trecha á los cortos límites de una isla miserable; »pues el concurso de los peregrinos que suelen acu»dir á ella, como habeis entendido, llevará vuestro »nombre á otras regiones, donde habremos menester »despues el crédito de piadosos y amigos de la razon »para facilitar nuestros intentos, y tener menos que »pelear donde haya mas que adquirir.» Con estas y otras amigables pláticas los llevaba contentos y reprimidos. Iban siempre acompañados del cacique y de muchos indios que acudian con bastimentos, y pasaban cuentas de vidrio por buena moneda, creyendo que hacian á los compradores el mismo engaño que padecian.

A poco trecho de la costa se hallaron en el templo (1) de aquel ídolo tan venerado, fábrica de piedra en forma cuadrada, y de no despreciable arquitectura. Era el ídolo de figura humana; pero de horrible aspecto y espantosa fiereza, en que se dejaba conocer la semejanza de su original. Observóse esta misma circunstancia en todos los ídolos que adoraba aquella gentilidad, diferentes en la hechura y en la significacion; pero conformes en lo feo y abominable: ó acertasen aquellos bárbaros en lo que fingian; ó fuese que el demonio se les aparecia como es, y dejaba en su imaginacion aquellas especies; con que seria primorosa imitacion del artífice la fealdad del simulacro.

Dicen que se llamaba este ídolo Cozumel, y que dió á la isla el nombre que se conserva hoy en ella: mal conservado, si es el mismo que el demonio tomó para sí: falta de advertencia que se ha vinculado en los mapas contra toda razon. Habia gran concurso de indios cuando llegaron los españoles; y en medio de ellos estaba un sacerdote que se diferenciaba de los demas en no sé qué ornamento ó media vestidura, de que tenia mal cubiertas las carnes: y al parecer los predicaba ó inducia con voces y ademanes dignos de risa; porque desvariaba en tono de sermon, y con toda aquella gravedad y ponderacion que cabe en un hombre desnudo. Interrumpióle Cortés, y vuelto al cacique le dijo: «que para mantener la amistad que »entre los dos tenian asentada, era necesario que de»jase la falsa adoracion de sus ídolos, y que á su ejem»plo hiciesen lo mismo sus vasallos.» Y apartándose con él y con el intérprete, le dió á entender su engaño, y la verdad de nuestra religion, con argumentos manuables acomodados á la rudeza de sus oidos; pero tan eficaces, que el indio quedó asombrado sin acertar á responder, como quien tenia entendimiento para conocer su ignorancia. Cobróse y pidió licencia para comunicar aquel negocio á los sacerdotes: porque en puntos de religion les dejaba ó les cedia la suprema autoridad. De cuya conferencia resultó el venir aquel venerable predicador acompañado de otros de su profesion, y el dar todos grandes voces que, descifradas por el intérprete, contenian diferentes protestas de parte del cielo contra cualquiera que se atreviese á turbar el culto de sus dioses, intimando que se veria el castigo al mismo instante que se intentase el atrevimiento. Irritóse Cortés de oir semejante amenaza, y los soldados, hechos á observar su semblante, conocieron su determinacion y embistieron con el ídolo, arrojándole del altar hecho pedazos, y ejecutando lo mismo con otros ídolos menores que ocupaban diferentes nichos. Quedaron atónitos los indios de ver posible aquel destrozo: y como el cielo se estuvo quedo, y tardó la venganza que esperaban, se fue convirtiendo en desprecio la adoracion, y empezaron á correrse de tener dioses tan sufridos: siendo esta vergüenza el primer esfuerzo que hizo la verdad en sus corazones. Corrieron la misma fortuna

(1) Solís no estaba bien informado de este asunto. En las instrucciones que Velazquez dió á Cortés cuando este se hizo á la vela, le encargó estraordinariamente el rescate de los seis españoles que estaban prisioneros en Yucatan; luego está probado que Cortés lo sabia antes que se lo dijesen los indios.

(1) Los indios llamaban á sus templos *Taucalli*, palabra compuesta de *Teull, Dios*; y *calli*, *casa*: esto es, casa de Dios; igual significacion á la que dan los cristianos á los suyos.

otros adoratorios; y en el principal de ellos, limpio ya de aquellos fragmentos inmundos, se fabricó un altar y se colocó una imágen de nuestra Señora, fijando á la entrada una cruz grande que labraron con piadosa diligencia los carpinteros de la armada. Díjose misa en aquel altar el dia siguiente, y asistieron á ella mezclados con los españoles, el cacique y mucho número de indios con un silencio que parecia devocion; y pudo ser efecto natural del respeto que infunden aquellas santas ceremonias, ó sobrenatural del mismo inefable misterio.

Así ocuparon el tiempo Cortés y sus soldados, hasta que pasados los ocho dias que llevó de término Diego de Ordaz para esperar á los españoles que estaban cautivos en Yucatan, volvió á la isla sin traer noticia de ellos ni de los indios que se encargaron de buscarlos. Sintiólo mucho Hernan Cortés; pero en la duda de que le hubiesen engañado aquellos bárbaros por quedarse con los rescates que tanto codiciaban, no quiso detener su viaje ni dar á entender su recelo al cacique; antes se despidió de él con urbanidad y agasajo, encargándole mucho la cruz y aquella santa imágen que dejaba en su poder, cuya veneracion fiaba de su amistad, entre tanto que mejor instruido pudiese abrazar la verdad con el entendimiento.

CAPITULO XVI.

Prosigue Hernan Cortés su viaje, y se halla obligado de un accidente á volver á la misma isla: recoge con esta detencion á Gerónimo de Aguilar, que estaba cautivo en Yucatan, y se da cuenta de su cautiverio.

Volvió Cortés á su navegacion con ánimo de seguir el mismo rumbo que abrió Juan de Grijalva y buscar aquellas tierras de donde le retiró su demasiada obediencia. Iba la armada viento en popa, y todos alegres de verse ya en viaje; pero á pocas horas de prosperidad se hallaron en un accidente que los puso en cuidado. Disparó una pieza el navío de Juan de Escalante; y volviendo todos á mirarle, repararon al principio en que seguia con dificultad, y despues en que tomaba la vuelta de la isla. Conoció Hernan Cortés lo que aquellas señas daban á entender; y sin detener en el discurso la resolucion mandó que toda la armada volviese en su seguimiento. Fue bien necesaria la diligencia de Juan de Escalante para escapar el bajel; porque se iba llenando de agua tan irremediablemente, que llegó á la isla en términos de anegarse, aunque tardaron poco los que venian en su socorro. Desembarcó la gente; y acudieron luego á la costa el cacique y algunos de sus indios, que al parecer no dejaban de estrañar con algun recelo la brevedad de la vuelta; pero luego que entendieron la causa ayudaron con alegre solicitud á la descarga del bajel, y asistieron despues á los reparos y á la carena de que necesitaba; siendo en uno y en otro de mucho servicio sus canoas, y la destreza con que las manejaban.

Entre tanto que esto se disponia, fué Hernan Cortés acompañado del cacique y de algunos de sus soldados, á visitar y reconocer el templo; y hallóla cruz y la imágen de nuestra Señora en el mismo lugar donde quedaron colocadas: notando con gran consuelo suyo algunas señales de veneracion que se reconocian en la limpieza y perfumes del templo, y en diferentes flores y ramos con que tenian adornado el altar. Dió las gracias al cacique de que se hubiese tenido en su ausencia aquel cuidado; y él las admitia, y se congratulaba con todos, encareciendo como hazaña de su buen proceder aquellas dos ó tres horas de constancia.

Digno es de particular reparo este accidente que detuvo el viaje de Cortés, obligándole á desandar aquellas leguas que habia navegado. Algunos sucesos, aunque caben en la posibilidad y en la contingencia, se hacen advertir como algo mas que casuales. Quien vió interrumpida la navegacion de la armada, y aquel navío que se anegaba, pudo tener este embarazo por una desgracia fácil de suceder; pero quien viere que aquel mismo tiempo que fue necesario para reparar el navío, lo fue tambien para que llegase á la isla uno de los cautivos cristianos que estaban en Yucatan, y que se hallaba este con bastante noticia de aquellas lenguas para suplir la falta del intérprete, y que fue despues uno de los principales instrumentos de aquella conquista, no se contentará con poner todo este suceso en la jurisdiccion de los acasos, ni dejará de buscar, á mayores fines, superior providencia.

Cuatro dias tardaron en el aderezo del bajel; y el último de ellos, cuando ya se trataba de la embarcacion, se dejó ver á larga distancia una canoa que venia atravesando el golfo de Yucatan en derechura de la isla. Conocióse á breve rato que traia indios armados, y pareció novedad la diligencia con que se aprovechaban de los remos, y se iban acercando á la isla sin recelarse de nuestra armada. Llegó esta novedad á noticia de Hernan Cortés, y ordenó que Andres de Tapia se alargase con algunos soldados hácia el paraje donde se encaminaba la canoa, y procurase examinar el intento de aquellos indios. Tomó Andres de Tapia puesto acomodado para no ser descubierto; pero al reconocer que saltaban en tierra con prevencion de arcos y flechas, los dejó que se apartasen de la costa, y los embistió con la mar á las espaldas, porque no se le pudiesen escapar. Quisieron huir luego que le descubrieron; pero uno de ellos, sosegando á los demas, se detuvo á tres ó cuatro pasos, y dijo en voz alta algunas palabras castellanas, dándose á conocer por el nombre de cristiano. Recibióle Andres de Tapia con los brazos; y gustoso de su buena suerte le llevó á la presencia de Hernan Cortés acompañado de aquellos indios, que segun lo que se conoció despues, eran los mensajeros que dejó Diego de Ordaz en la costa de Yucatan. Venia desnudo el cristiano, aunque no sin algun género de ropa que hacia decente la desnudez: ocupado el un hombro con el arco y el carcax, y terciada sobre el otro una manta á manera de capa, en cuyo estremo traia atacadas unas horas de nuestra Señora, que manifestó luego, enseñándolas á todos los españoles, y atribuyendo á su devocion la dicha de verse con los cristianos: tan bozal en las cortesías, que no acertaba á desasirse de la costumbre ni á formar cláusulas enteras sin que tropezase la lengua en palabras que no se dejaban entender. Agasajósele mucho Hernan Cortés; y cubriéndole entónces con su mismo capote, se informó por mayor de quién era, y ordenó que le vistiesen y regalasen; celebrando entre todos sus soldados como felicidad suya y de su jornada el haber redimido de aquella esclavitud á un cristiano; que por entonces solo se habian descubierto los motivos de la piedad.

Llamábase Gerónimo de Aguilar, natural de Ecija: estaba ordenado de Evangelio; y segun lo que despues refirió de su fortuna y sucesos, habia estado cerca de ocho años en aquel miserable cautiverio. Padeció naufragio en los bajos que llaman de los Alacranes una carabela en que pasaba del Darien á la isla de Santo Domingo; y escapando en el esquife con otros veinte compañeros, se hallaron todos arrojados del mar en la costa de Yucatan, donde los prendieron y llevaron á una tierra de indios caribes: cuyo cacique mandó apartar luego á los que venian mejor tratados para sacrificarlos á sus ídolos, y celebrar despues un banquete con los miserables despojos del sacrificio. Uno de los que se reservaron para otra ocasion (defendidos entonces de su misma flaqueza) fue Gerónimo de Aguilar; pero le prendieron rigurosamente, y le regalaban con igual inhumanidad, pues le iban disponiendo para el segundo banquete. ¡ Rara bestialidad, horrible á la naturaleza y á la pluma! Escapó como

pudo de una jaula de madera en que le tenian, no tanto porque le pareciese posible salvar la vida, como para buscar otro género de muerte: y caminando algunos dias apartado de las poblaciones, sin otro alimento que el que le daban las yerbas del campo, cayó despues en manos de unos indios que le presentaron á otro cacique enemigo del primero, á quien hizo menos inhumano la oposicion á su contrario, y el deseo de afectar mejores costumbres. Sirvióle algunos años, esperimentando en esta nueva esclavitud diferentes fortunas, porque al principio le obligó á trabajar mas de lo que alcanzaban sus fuerzas; pero despues le hizo mejor tratamiento, pagado al parecer de su obediencia, y particularmente de su honestidad, para cuya esperiencia le puso en algunas ocasiones menos decentes en la narracion, que admirables en su continencia: que no hay tan bárbaro entendimiento donde no se deje conocer alguna inclinacion á las virtudes. Dióle ocupacion cerca de su persona, y en breves dias tuvo su estimacion y su confianza.

Muerto este cacique, le dejó recomendado á un hijo suyo, con quien se hizo el mismo lugar, y le favorecieron mas las ocasiones de acreditarse; porque le movieron guerra los caciques comarcanos, y en ella se debieron á su valor y consejo diferentes victorias: con que ya tenia el valimiento de su amo y la veneracion de todos, hallándose con tanta autoridad, que cuando llegó la carta de Cortés pudo fácilmente disponer su libertad, tratándola como recompensa de sus servicios, y ofrecer como dádiva suya las preseas que se le enviaron para su rescate.

Así lo referia él: y que de los otros españoles que estaban cautivos en aquella tierra, solo vivia un marinero natural de Palos de Moguer, que se llamaba Gonzalo Guerrero; pero que habiéndole manifestado la carta de Hernan Cortés, y procurado traerle consigo, no lo pudo conseguir porque se hallaba casado con una india bien acomodada, y tenia en ella tres ó cuatro hijos, á cuyo amor atribuia su ceguedad, fingiendo estos afectos naturales para no dejar aquella lastimosa comodidad que en sus cortas obligaciones pesaba mas que la honra y que la religion. No hallamos que se refiera de otro español en estas conquistas semejante maldad (1): indigno por cierto de esta memoria que hacemos de su nombre, pero no podemos borrar lo que escribieron otros, ni dejan de tener su enseñanza estas miserias á que está sujeta nuestra naturaleza, pues se conoce por ellas á lo que puede llegar el hombre, si le deja Dios.

CAPITULO XVII.

Prosigue Hernan Cortés su navegacion, y llega al rio de Grijalva, donde halla resistencia en los indios y pelea con ellos en el mismo rio, y en la desembarcacion.

PARTIERON segunda vez de aquella isla en cuatro de marzo del mismo año de mil quinientos diez y nueve; y sin que se les ofreciese acaecimiento digno de memoria, doblaron la punta de Cotoche, que, como vimos, está en lo mas oriental de Yucatan; y siguiendo la costa llegaron al paraje de Champoton, donde se disputó si convenia salir á tierra: opinion á que se inclinaba Hernan Cortés por castigar en aquellos indios la resistencia que hicieron á Juan de Grijalva, y antes á Francisco Fernandez de Córdoba: y algunos soldados de los que se hallaron en ambas ocasiones, fomentaban con espíritu de venganza esta resolucion; pero el piloto mayor y los demas de su profesion se opusieron á ella con evidente demostracion, porque el viento que favorecia para pasar adelante era contrario para acercarse por aquella parte á la tierra; y así continuaron su viaje y llegaron al rio de Grijalva, donde hubo menos que discurrir, porque el buen pasaje que hicieron á su armada los indios de Tabasco, y el oro que entonces se llevó de aquella provincia eran dos incentivos poderosos que llamaban los ánimos á la tierra. Y Hernan Cortés condescendió con el voto comun de sus soldados, mirando á la conveniencia de conservar aquellos amigos, aunque no pensaba detenerse muchos dias en Tabasco, y siempre llevaba la mira en los dominios del príncipe Motezuma, cuyas noticias tuvo Juan de Grijalva en aquella provincia: siendo su dictámen que en este género de conquistas se debia ir primero á la cabeza que á los miembros, para llegar con las fuerzas enteras á lo mas dificultoso.

Sirvióse de la esperiencia que ya se tenia de aquel paraje para disponer la entrada: y dejando aferrados los navíos de mayor porte, hizo pasar á los que podian navegar por el rio, y á los esquifes toda la gente prevenida de sus armas, y empezó á caminar contra la corriente, observando el órden con que gobernó su faccion Juan de Grijalva. Reconocieron á breve rato considerable número de canoas de indios armados, que ocupaban las dos riberas al abrigo de diferentes tropas que se descubrian en la tierra. Fuese acercando Hernan Cortés con su fuerza unida, y ordenó que ninguno disparase ni diese á entender que se trataba de ofenderlos: imitando tambien en esto á Grijalva, como quien deseaba sin vanidad el acierto, y sabia cuánto se aventuraban los que se precian de abrir sendas, y tiran solo á diferenciarse de sus antecesores. Eran grandes las voces con que los indios procuraban detener á los forasteros: y luego que se pudieron distinguir, se conoció que Gerónimo de Aguilar entendia la lengua de aquella nacion, por ser la misma ó muy semejante á la que se hablaba en Yucatan: y Hernan Cortés tuvo por obra del cielo el hallarse con intérprete de tanta satisfaccion. Dijo Aguilar que las voces que se percibian eran amenazas, y que aquellos indios estaban de guerra; por cuya causa se fue deteniendo Cortés, y le ordenó que se adelantase en uno de los esquifes y los requiriese con la paz, procurando ponerlos en razon. Ejecutólo así, y volvió brevemente con noticia de que era grande el número de indios que estaban prevenidos para defender la entrada del rio; tan obstinados en su resolucion, que negaron con insolencia los oidos á su embajada. No quisiera Hernan Cortés dar principio en aquella tierra á su conquista, ni embarazar el curso de su navegacion; pero considerando que se hallaba ya en el empeño, no le pareció conveniente volver atras, ni de buena consecuencia el dejar consentido aquel atrevimiento.

Ibase acercando la noche, que en tierra no conocida trae sobre los soldados segunda oscuridad; y así determinó hacer alto para esperar el dia: y dando al mayor acierto de la faccion aquel tiempo que la dilataba, dispuso que se trajese la artillería de los bajeles mayores, y que se armase toda la gente con aquellos escaupiles ó capotes de algodon que resistian á las flechas; y dió las demas órdenes que tuvo por necesarias sin encarecer el riesgo ni desestimarle. Puso gran cuidado en esta primera empresa de su armada, conociendo lo que importa siempre el empezar bien; y particularmente en la guerra, donde los buenos principios sirven al crédito de las armas y al mismo valor de los soldados: siendo como propiedad de la primera ocasion el influir en las que vienen despues, ó el tener no sé qué fuerza oculta sobre los demas sucesos.

Luego que llegó la mañana se dispusieron los bajeles en forma de media luna que se iba disminuyendo en su mismo tamaño, y remataba en los esquifes:

(1) En tiempo de Solis podia juzgarse como maldad el que un hombre no abandonase á su muger y sus hijos por seguir á los cristianos. En el siglo presente no puede reputarse así. Guerrero obedeció en aquel acto á la naturaleza y á la religion sin desentenderse de esta, puesto que la guardó en su alma, que es el verdadero templo de Dios.

para cuya ordenanza daba sobrado término la grandeza del rio, y se prosiguió la entrada con un género de sosiego que iba convidando con la paz; pero á breve rato se descubrieron las canoas de los indios que esperaban en la misma disposicion, y con las mismas amenazas que la tarde antes. Ordenó Cortés que ninguno de los suyos se moviese hasta que diesen la carga: diciendo á todos que allí se debia usar primero de la rodela que de la espada, por ser aquella una guerra cuya justicia consistia en la provocacion; y deseoso de hacer algo mas por la razon para tenerla de su parte, dispuso que se adelantase Aguilar segunda vez, y los volviese á requerir con la paz, dándolos á entender que aquella armada era de amigos que solo entraban á tratar de su bien en fé de la confederacion que tenian hecha con Juan de Grijalva; y que el no admitirlos seria faltar á ella, y ocasionarlos á que se abriesen el paso con las armas, quedando por su cuenta el daño que recibiesen.

Respondieron á este segundo requerimiento con hacer la seña de embestir, y se fueron mejorando ayudados de la corriente, hasta que puestos en distancia proporcionada con el alcance de sus flechas, dispararon á un tiempo tanta multitud de ellas desde las canoas, y desde la márgen mas vecina del rio, que anduvo algo apresurada en los españoles la necesidad de cubrirse y cuidar de su defensa; pero recibida la primera carga, conforme á la órden que llevaban, usaron luego de sus armas y de sus esfuerzos con tanta diligencia, que los indios de las canoas desembarazaron el paso puestos en confusion, arrojándose muchos al agua con el espanto que concibieron del mismo daño que conocian en los suyos. Prosiguieron nuestros bajeles su entrada sin otra oposicion, y acostándose á la ribera sobre el lado izquierdo, trataron de salir á tierra; pero en parage tan pantanoso y cubierto de maleza, que se vieron en segundo conflicto; porque los indios que estaban emboscados, y los que escaparon del rio, se unieron á repetir sus cargas con nueva obstinacion; cuyas flechas, dardos y piedras hacian mayor la dificultad del pantano. Pero Hernan Cortés fue doblando su gente sin dejar de pelear, en tal disposicion, que las hileras que formaba detenian el ímpetu de los indios, y cubrian á los menos diligentes en la desembarcacion.

Formado su escuadron á vista de los enemigos, cuyo número crecia por instantes, ordenó al capitan Alonso Dávila que con cien soldados se adelantase por el bosque á ocupar la villa principal de aquella provincia, que tambien se llamaba Tabasco, y distaba poco de aquel paraje, segun las noticias que se tenian de la primera entrada. Cerró luego con la multitud enemiga, y la fue retirando con igual ardimiento que dificultad; porque se peleaba muchas veces con el lodo á la rodilla: y se refiere de Hernan Cortés, que forcejeando para vencer aquel impedimento, perdió en el lodo uno de los zapatos, y peleó mucho rato con el pie descalzo sin conocer la falta ni el desabrigo: generoso divertimiento, dejar de estar en sí para estar mejor en lo que hacia.

Vencido el pantano se conoció flaqueza en los indios, que en un instante desaparecieron entre la maleza, parte atemorizados de verse ya sin las ventajas del terreno; y parte cuidadosos de acudir á Tabasco: de cuyo riesgo tuvieron noticia por haberse descubierto la marcha de Alonso Dávila; como se verificó despues en la multitud de gente que acudió á la defensa de aquella poblacion.

Teníanla fortificada con un género de muralla que usaban casi en todas las Indias, hecha de troncos robustos de árboles fijos en la tierra, al modo de nuestras estacadas; pero apretados entre sí con tal disposicion, que las junturas les servian de troneras para despedir sus flechas. Era el recinto de figura redonda, sin traveses ni otras defensas; y al cerrarse el círculo dejaba hecha la entrada, cruzando por algun espacio las dos líneas que componian una calle angosta en forma de caracol, donde acomodaban dos ó tres garitas ó castillejos de madera que estrechaban el paso, y servian de ordinario á sus centinelas: bastante fortaleza para las armas de aquel nuevo mundo, donde no se entendian, con feliz ignorancia, las artes de la guerra, ni aquellas ofensas y reparos que enseñó la malicia y aprendió la necesidad de los hombres.

CAPITULO XVIII.

Ganan los españoles á Tabasco: salen despues doscientos hombres á reconocer la tierra, los cuales vuelven rechazados de los indios, mostrando su valor en la resistencia y en la retirada.

A ESTA villa, córte de aquella provincia, y de esta suerte fortificada, llegó Hernan Cortés algo antes que Alonso Dávila, á quien detuvieron otros pantanos y lagunas, donde le llevó engañosamente el camino; y sin dar tiempo á los indios para que se reparasen, ni á los suyos para que discurriesen en la dificultad, incorporó con su gente los cien hombres que venian de refresco: y repartiendo algunos instrumentos que parecieron necesarios para deshacer la estacada, dió la señal de acometer, deteniéndose á decir solamente: «aquel pueblo, amigos, ha de ser esta noche nuestro »alojamiento: en él se han retraido los mismos que »acabais de vencer en la campaña. Esa frágil muralla »que los defiende, sirve mas á su temor que á su se»guridad. Vamos, pues, á seguir la victoria comen»zada, antes que pierdan estos bárbaros la costumbre »de huir, ó sirva nuestra detencion á su atrevi»miento.» Esto acabó de pronunciar con la espada en la mano; y diciendo lo demas con el ejemplo, se adelantó á todos, infundiendo en todos el deseo de adelantarse.

Embistieron á un tiempo con igual resolucion; y desviando con las rodelas y con las espadas la lluvia de flechas que cegaba el camino, se hallaron brevemente al pie de aquella rústica fortificacion que cercaba al lugar. Sirvieron entonces sus mismas troneras á los arcabuces y ballestas de nuestra gente, con que se apartó el enemigo, y tuvieron lugar los que no peleaban de echar en tierra parte de la estacada. No hubo dificultad en la entrada, porque los indios se retiraron á lo interior de la villa; pero á pocos pasos se reconoció que tenian atajadas las calles con otras estacadas del mismo género, donde iban haciendo rostro y dando sus cargas, aunque con poco efecto, porque se embarazaban en su muchedumbre, y los que se retiraban huyendo de un reparo en otro, desordenaban á los que acometian.

Habia en el centro de la villa una gran plaza donde los indios hicieron el último esfuerzo; pero á breve resistencia volvieron las espaldas, desamparando el lugar, y corriendo atropelladamente á los bosques. No quiso Hernan Cortés seguir el alcance, por dar tiempo á sus soldados para que descansasen, y á los fugitivos para que se inclinasen á la paz, dejándose aconsejar de su escarmiento.

Quedó entonces Tabasco por los españoles: poblacion grande y con todas las prevenciones de puesta en defensa, porque habian retirado sus familias y haciendas, y tenian hecha su provision de bastimentos, con que faltó el pillaje á la codicia; pero se halló lo que pedia la necesidad. Quedaron heridos catorce ó quince de nuestros soldados, y con ellos nuestro historiador Bernal Diaz del Castillo: sigámosle tambien en lo que dice de sí, pues no se puede negar que fue valiente soldado, y en el estilo de su historia se conoce que se esplicaba mejor con la espada. Murieron de los indios considerable número, y no se averiguó el de sus heridos porque cuidaban mucho de retirarlos;

teniendo á gran primor en su milicia que el enemigo no se alegrase de ver el daño que recibian.

Aquella noche se alojó nuestro ejército en tres adoratorios (1) que estaban dentro de la misma plaza donde sucedió el último combate; y Hernan Cortés echó su ronda y distribuyó sus centinelas, tan cuidadoso y tan desvelado como si estuviera en la frente de un ejército enemigo y veterano: que nunca sobran en la guerra estas prevenciones, donde suelen nacer de la seguridad los mayores peligros, y sirve tanto el recelo como el valor de los capitanes.

Hallóse con el dia la campaña desierta, y al parecer segura, porque en todo lo que alcanzaban la vista y el oido, ni habia señal, ni se percibia rumor del enemigo: reconociéronse y se hallaron con la misma soledad los bosques vecinos al cuartel, pero no se resolvió Hernan Cortés á desampararle, ni dejó de tener por sospechosa tanta quietud; entrando en mayor cuidado cuando supo que el intérprete Melchor, que vino de la isla de Cuba, se habia escapado aquella misma noche, dejando pendientes de un árbol los vestidos de cristiano: cuyos informes podian hacer daño entre aquellos bárbaros, como se verificó despues, siendo él quien los indujo á que prosiguiesen la guerra, dándoles á entender el corto número de nuestros soldados, y que no eran inmortales como creian, ni rayos las armas de fuego que manejaban; cuya aprension los tenia en términos de rogar con la paz. Pero no tardó mucho en pagar su delito; pues aquellos mismos que tomaron las armas á su persuasion, hallándose vencidos segunda vez, se vengaron de su consejo, sacrificándole miserablemente á sus ídolos.

Resolvió Hernan Cortés en esta incertidumbre de indicios, que Pedro de Alvarado y Francisco de Lugo, cada uno con cien hombres, marchasen por dos sendas que se descubrian algo distantes á reconocer la tierra; y que si hallasen gente de guerra, procurasen retirarse al cuartel, sin entrar en empeño superior á sus fuerzas. Ejecutóse luego esta resolucion, y Francisco de Lugo, á poco mas de una hora de marcha, dió en una emboscada de innumerables indios que le acometieron por todas partes, cargándole con tanta ferocidad, que se halló necesitado á formar de sus cien hombres un escuadroncillo pequeño con cuatro frentes, donde peleaban todos á un tiempo, y no habia parte que no fuese vanguardia. Crecia el número de los enemigos y la fatiga de los españoles, cuando permitió Dios que Pedro de Alvarado, á quien iba apartando de su compañero la misma senda que seguia, encontrase con unos pantanos que le obligaron á torcer el camino, poniéndole este accidente en paraje donde pudo oir las respuestas de los arcabuces: con cuyo aviso aceleró la marcha, dejándose llevar del rumor de la batalla, y llegó á descubrir los escuadrones del enemigo á tiempo que los nuestros andaban forcejeando con la última necesidad. Acercóse cuanto pudo, amparado entre la maleza de un bosque, y avisando á Cortés de aquella novedad, con un indio de Cuba que venia en su compañía, puso en órden su gente, y cerró con el escuadron de su banda tan determinadamente, que los indios atemorizados del repentino asalto, le abrieron la entrada, huyendo á diversas partes, sin darle lugar para que los rompiese.

Respiraron con este socorro los soldados de Francisco de Lugo; y luego que los dos capitanes tuvieron unida su gente y dobladas sus hileras, embistieron con otro escuadron que cerraba el camino del cuartel, para ponerse en disposicion de ejecutar la órden que tenian de retirarse.

Hallaron resistencia; pero últimamente se abrieron el paso con la espada, y empezaron su marcha, siempre combatidos y alguna vez atropellados. Peleaban los unos mientras los otros se mejoraban: y siempre que alargaban el paso para ganar algun pedazo de tierra, cargaba sobre todos el grueso de los enemigos, sin hallar á quien ofender cuando volvian el rostro; porque se retiraban con la misma velocidad que acometian, moviéndose á una parte y otra estas avenidas de gente, con aquel ímpetu al parecer que obedecen las olas del mar á la oposicion de los vientos.

Tres cuartos de legua habrian caminado los españoles, teniendo siempre en ejercicio las armas y el cuidado, cuando se dejó ver á poca distancia Hernan Cortés, que con el aviso que tuvo de Pedro de Alvarado, venia marchando al socorro de estas dos compañías con todo el resto de la gente: y luego que le descubrieron los indios se detuvieron, dejando alejar á los que le perseguian, y estuvieron un rato á la vista, dando á entender que amenazaban ó que no temian; aunque despues se fueron deshaciendo en varias tropas, y dejaron á sus enemigos la campaña. Pero Hernan Cortés se volvió á su cuartel sin entrar en mayor empeño; porque instaba la necesidad de que curasen los que venian heridos, que fueron once de ambas compañías, de los cuales murieron dos; que en esta guerra era número de mayor sonido, y se ponderó entre todos como pérdida que hizo costosa la jornada.

CAPITULO XIX.

Pelean los españoles con un ejército poderoso de los indios de Tabasco y su comarca; descríbese su modo de guerrear, y cómo quedó por Hernan Cortés la victoria.

Hiciéronse en esta ocasion algunos prisioneros: y Hernan Cortés ordenó que Gerónimo de Aguilar los fuese examinando separadamente, para saber en qué fundaban su obstinacion aquellos indios, y con qué fuerza se hallaban para mantenerla. Respondieron con alguna variedad de las circunstancias; pero concordaron en decir que estaban convocados todos los caciques de la comarca para asistir á los de Tabasco; y que el dia siguiente habia de juntar un ejército poderoso para acabar con los españoles, de cuya prevencion era un pequeño trozo el que peleó con Francisco de Lugo y Pedro de Alvarado. Pusieron en algun cuidado á Hernan Cortés estas noticias; y sin dudar en lo que convenia, resolvió preguntarlo á sus capitanes, y obrar con su consejo lo que se habia de ejecutar con sus manos. Propúsoles «la dificultad en que »se hallaban, el corto número de su gente, y la pre»vencion grande que tenian hecha los indios para »deshacerlos,» sin encubrirles circunstancia alguna de lo que decian los prisioneros. Y pasó despues á considerar por otra parte «el empeño de sus armas, »poniéndoles delante de su mismo valor la desnudez »y flaqueza de sus contrarios, y la facilidad con que »los habian vencido en Tabasco y en la desembarca»cion.» Y sobre todo cargó la consideracion «en la »mala consecuencia de volver las espaldas á la ame»naza de aquellos bárbaros, cuya jactancia podria »llevar la voz á la misma tierra donde caminaban: »siendo de tanto peso este descrédito, que en su modo »de entender, ó se debia dejar enteramente la em»presa de Nueva España, ó no pasar de allí sin que se »consiguiese la paz ó la sujecion de aquella provincia, »pero que este dictámen suyo se quedaba en términos »de proposicion, porque su ánimo era ejecutar lo que »tuviesen por mejor.»

Bien sabian todos que no era afectada en él esta docilidad, porque se preciaba mucho de amigo del consejo, y de conocer el acierto aunque le hallase en opinion agena: siendo esta una de sus mejores propiedades, y bastante argumento de su prudencia; pues no sobresale tanto el entendimiento en la razon

(1) Los indios daban á los adoratorios y altares el nombre de *Cues* ó *Zues*: de ambos modos suelen llamarlos nuestros historiadores.

que forma como en la que reconoce. Votaron con esta seguridad, y concordaron todos en que ya no era practicable el salir de aquella tierra, sin que sus habitadores quedasen reducidos ó castigados; con que pasó Cortés á las prevenciones de su empresa. Hizo luego que se llevasen los heridos á los bajeles, que se sacasen á la tierra los caballos, y que se previniese la artillería, y estuviese todo á punto para la mañana siguiente, que fue dia de la Anunciacion de Nuestra Señora: memorable hasta hoy en aquella tierra por el suceso de esta batalla.

Luego que amaneció dispuso que oyese misa toda la gente: y encargando el gobierno de la infantería á Diego de Ordaz, montaron á caballo él y los demas capitanes, y empezaron su marcha al paso de la artillería, que caminaba con dificultad por ser la tierra pantanosa y quebrada. Fuéronse acercando al paraje donde, segun las noticias de los prisioneros, se habia de juntar la gente del enemigo; y no hallaron persona de quien poder informarse, hasta que llegando cerca de un lugar que llamaban Cinthla, poco menos de una legua del cuartel, descubrieron á larga distancia un ejército de indios tan numeroso y tan dilatado que no se le hallaba el término con lo que alcanzaba la vista.

Describiremos cómo venian, y su modo de guerrear, cuya noticia servirá para las demas ocasiones de esta conquista, por ser uno en casi todas las naciones de Nueva España el arte de la guerra. Eran arcos y flechas la mayor parte de sus armas: sujetaban el arco con nervios de animales, ó correas torcidas de piel de venado; y en las flechas suplian la falta del hierro con puntas de hueso y espinas de pescados. Usaban tambien un género de dardos, que jugaban ó despedian segun la necesidad, y unas espadas largas, que esgrimian á dos manos, al modo que se manejan nuestros montantes, hechas de madera, en que ingerian, para formar el corte, agudos pedernales. Servíanse de algunas mazas de pesado golpe, con puntas de pedernal en los extremos, que encargaban á los mas robustos: y habia indios pedreros, que revolvian y disparaban sus hondas con igual pujanza que destreza. Las armas defensivas, de que usaban solamente los capitanes y personas de cuenta, eran colchados de algodon mal aplicados al pecho; petos y rodelas de tabla ó conchas de tortuga, guarnecidas con láminas del metal que alcanzaban; y en algunos era el oro lo que en nosotros el hierro. Los demas venian desnudos, y todos afeados con varias tintas y colores, de que se pintaban el cuerpo y el rostro: gala militar de que usaban, creyendo que se hacian horribles á sus enemigos, y sirviéndose de la fealdad para la fiereza, como se cuenta de los Arios de la Germania: por cuya costumbre, semejante á la de estos indios, dice Tácito, que son los ojos los primeros que se han de vencer en las batallas. Ceñian las cabezas con unas como coronas, hechas de diversas plumas levantadas en alto; persuadidos tambien á que el penacho los hacia mayores y daba cuerpo á sus ejércitos. Tenian sus instrumentos y toques de guerra, con que se entendian y animaban en las ocasiones: flautas de gruesas cañas, caracoles marítimos, y un género de cajas que labraban de troncos huecos y adelgazados por el cóncavo, hasta que respondiesen á la baqueta con el sonido: desapacible música, que debia de ajustarse con la desproporcion de sus ánimos.

Formaban sus escuadrones amontonando mas que distribuyendo la gente; y dejaban algunas tropas de reten que socorriesen á los que peligraban. Embestian con ferocidad, espantosos en el estruendo con que peleaban, porque daban grandes alaridos y voces para amedrentar al enemigo: costumbre que refieren algunos entre las barbaridades y rudezas de aquellos indios, sin reparar en que la tuvieron diferentes naciones de la antigüedad, y no la despreciaron los romanos; pues Julio César alaba los clamores de sus soldados, culpando el silencio en los de Pompeyo; y Caton el Mayor, solia decir que debia mas victorias á las voces que á las espadas: creyendo unos y otros que se formaba el grito del soldado en el aliento del corazon. No disputamos sobre el acierto de esta costumbre; solo decimos que no era tan bárbara en los indios que no tuviese algunos ejemplares. Componíanse aquellos ejércitos de la gente natural, y diferentes tropas auxiliares de las provincias comarcanas, que acudian á sus confederados, conducidas por sus caciques, ó por algun indio principal de su parentela, y se dividian en compañías, cuyos capitanes guiaban; pero apenas gobernaban su gente, porque en llegando la ocasion mandaba la ira, y á veces el miedo: batallas de muchedumbre, donde se llegaba con igual ímpetu al acometimiento que á la fuga.

De este género era la milicia de los indios; y con este género de aparato se iba acercando poco á poco á nuestros españoles aquel ejército, ó aquella inundacion de gente, que venia, al parecer, anegando la campaña. Reconoció Hernan Cortés la dificultad en que se hallaba, pero no desconfió del suceso, antes animó con alegre semblante á sus soldados; y poniéndolos al abrigo de una eminencia que les guardaba las espaldas, y la artillería en sitio que pudiese hacer operacion, se emboscó con sus quince caballos, alargándose entre la maleza, para salir de traves cuando lo dictase la ocasion. Llegó el ejército de los indios á distancia proporcionada, y dando primero la carga de sus flechas, embistieron con el escuadron de los españoles tan impetuosamente y tan de tropel, que no bastando los arcabuces y las ballestas á detenerlos, se llegó brevemente á las espadas. Era grande el estrago que se hacia en ellos: y la artillería, como venian tan cerrados, derribaba tropas enteras; pero estaban tan obstinados y tan en sí, que en pasando la bala se volvian á cerrar, y encubrian á su modo el daño que padecian, levantando el grito, y arrojando al aire puñados de tierra, para que no se viesen los que caian, ni se pudiesen percibir sus lamentos.

Acudia Diego de Ordaz á todas partes, haciendo el oficio de capitan sin olvidar el de soldado; pero como eran tantos los enemigos, no se hacia poco en resistir: y ya se empezaba á conocer la desigualdad de las fuerzas, cuando Hernan Cortés, que no pudo acudir antes al socorro de los suyos por haber dado en unas acequias, salió á la campaña, y embestió con todo aquel ejército, rompiendo por lo mas denso de los escuadrones, y haciéndose tanto lugar con sus caballos, que los indios heridos y atropellados cuidaban solo de apartarse de ellos, y arrojaban las armas para huir, tratándolas ya como impedimento de su ligereza.

Conoció Diego de Ordaz que habia llegado el socorro que esperaba, por la flaqueza de la vanguardia enemiga, que empezó á remolinar con la turbacion que tenia á las espaldas; y sin perder tiempo avanzó con su infantería, cargando á los que le oprimian con tanta resolucion que los obligó á ceder, y fué ganando la tierra que perdian, hasta que llegó al paraje que tenian despejado Hernan Cortés y sus capitanes. Uniéronse todos para hacer el último esfuerzo, y fue necesario alargar el paso, porque los indios se iban retirando con diligencia, aunque caminaban haciendo cara, y no dejaban de pelear á lo largo con las armas arrojadizas: en cuya forma de apartarse, y escusar concertadamente el combate, perseveraron hasta que estrechándose el alcance, y viéndose otra vez acometidos, volvieron las espaldas, y se declaró en fuga la retirada.

Mandó Hernan Cortés que hiciese alto su gente, sin permitir que se ensangrentase mas la victoria: solo dispuso que se trajesen algunos prisioneros, porque pensaba servirse de ellos para volver á las pláticas de

la paz, único fin de aquella guerra, que se miraba solo como circunstancia del intento principal. Quedaron muertos en la campaña mas de ochocientos indios, y fue grande el número de los heridos. De los nuestros murieron dos soldados, y salieron heridos setenta.

Constaba el ejército enemigo de cuarenta mil hombres (1), segun lo que hallamos escrito; que aunque bárbaros y desnudos, como ponderan algunos estranjeros, tenian manos para ofender; y cuando les faltase el valor, que es propio de los hombres, no les faltaria la ferocidad de que son capaces los brutos.

Fue la faccion de Tabasco, diga lo que quisiere la envidia, verdaderamente digna de la demostracion que se hizo despues, edificando en memoria de ella y del dia en que sucedió, un templo con la advocacion de Nuestra Señora de la Victoria, y dando el mismo nombre á la primera villa que se pobló de españoles en esta provincia. Débese atribuir al valor de los soldados la mayor parte del suceso, pues suplieron la desigualdad del número con la constancia y con la resolucion; aunque tuvieron de su parte la ventaja de pelear bien ordenados contra un ejército sin disciplina. Hizo Hernan Cortés posible la victoria rompiendo con sus caballos la batalla del ejército enemigo: accion en que lucieron igualmente las manos y el consejo del capitan, siendo tanto el discurrirlo antes, como el ejecutarlo despues; y no se puede negar que tuvieron su parte los mismos caballos, cuya novedad atemorizó totalmente á los indios, porque no los habian visto hasta entonces, y aprendieron con el primer asombro que eran mónstruos feroces, compuestos de hombre y bruto, al modo que, con menor disculpa, creyó la otra gentilidad sus centáuros.

Algunos escriben que anduvo en esta batalla el apóstol Santiago peleando en un caballo blanco por sus españoles: y añaden que Hernan Cortés, fiado en su devocion, aplicaba este socorro al apóstol San Pedro; pero Bernal Diaz del Castillo niega con aseveracion este milagro, diciendo que ni le vió, ni oyó hablar en él á sus compañeros. Esceso es de la piedad el atribuir al cielo estas cosas que suceden contra la esperanza ó fuera de la opinion: á que confesamos poca inclinacion, y que en cualquier acontecimiento estraordinario dejamos voluntariamente su primera instancia á las causas naturales; pero es cierto que los que leyeren la historia de las Indias, hallarán muchas verdades que parecen encarecimientos, y muchos sucesos que para hacerse creibles fue necesario tenerlos por milagrosos.

CAPITULO XX.

Efectúase la paz con el cacique de Tabasco; y celebrándose en esta provincia la festividad del Domingo de Ramos, se vuelven á embarcar los españoles para continuar su viaje.

El dia siguiente mandó Hernan Cortés que se trajesen á su presencia los prisioneros; entre los cuales habia dos ó tres capitanes. Venian temerosos, creyendo hallar en el vencedor la misma crueldad que usaban ellos con sus rendidos: pero Hernan Cortés los recibió con grande benignidad: y animándoles con el semblante y con los brazos, los puso en libertad, dándoles algunas bujerías, y diciéndoles solamente: «que él sabia vencer, y sabia perdonar.»

Pudo tanto esta piadosa demostracion, que dentro de pocas horas vinieron al cuartel algunos indios cargados de maiz, gallinas y otros bastimentos, para facilitar con este regalo la paz, que venian á proponer de parte del cacique principal de Tabasco. Era gente vulgar y deslucida la que traia esta embajada; reparo que hizo Gerónimo de Aguilar, por ser estilo de aquella tierra el enviar á semejantes funciones indios principales con el mejor adorno de sus galas. Y aunque Hernan Cortés deseaba la paz, no quiso admitirla sin que viniese la proposicion como debia; antes mandó que los despidiesen, y sin dejarse ver respondió al cacique por medio del intérprete: «que si »deseaba su amistad, enviase personas de mas razon »y mas decentes á solicitarla.» Siendo de opinion, que no se debia dispensar en estas esterioridades de que se compone la autoridad, ni sufrir inadvertencias en el respeto del que viene á rogar: porque en este género de negocios suele andar el modo muy cerca de la sustancia.



Alvarado.

Enmendó el cacique su falta de reparo, enviando el dia despues treinta indios de mayor porte, con aquellos adornos de plumas y pendientes, á que se reducia toda su ostentacion. Traian estos su acompañamiento de indios cargados con otro regalo del mismo género, pero mas abundante. Admitiólos Hernan Cortés á su presencia asistido de todos sus capitanes, afectando alguna gravedad y entereza, porque le pareció conveniente suspender en aquel acto su agrado natural. Llegaron con grandes sumisiones; y hecha la ceremonia de incensarle con unos braserillos en que se administraba el humo del aníme copal y otros perfumes, obsequio de que usaban en las ocasiones de su mayor veneracion, propusieron su embajada,

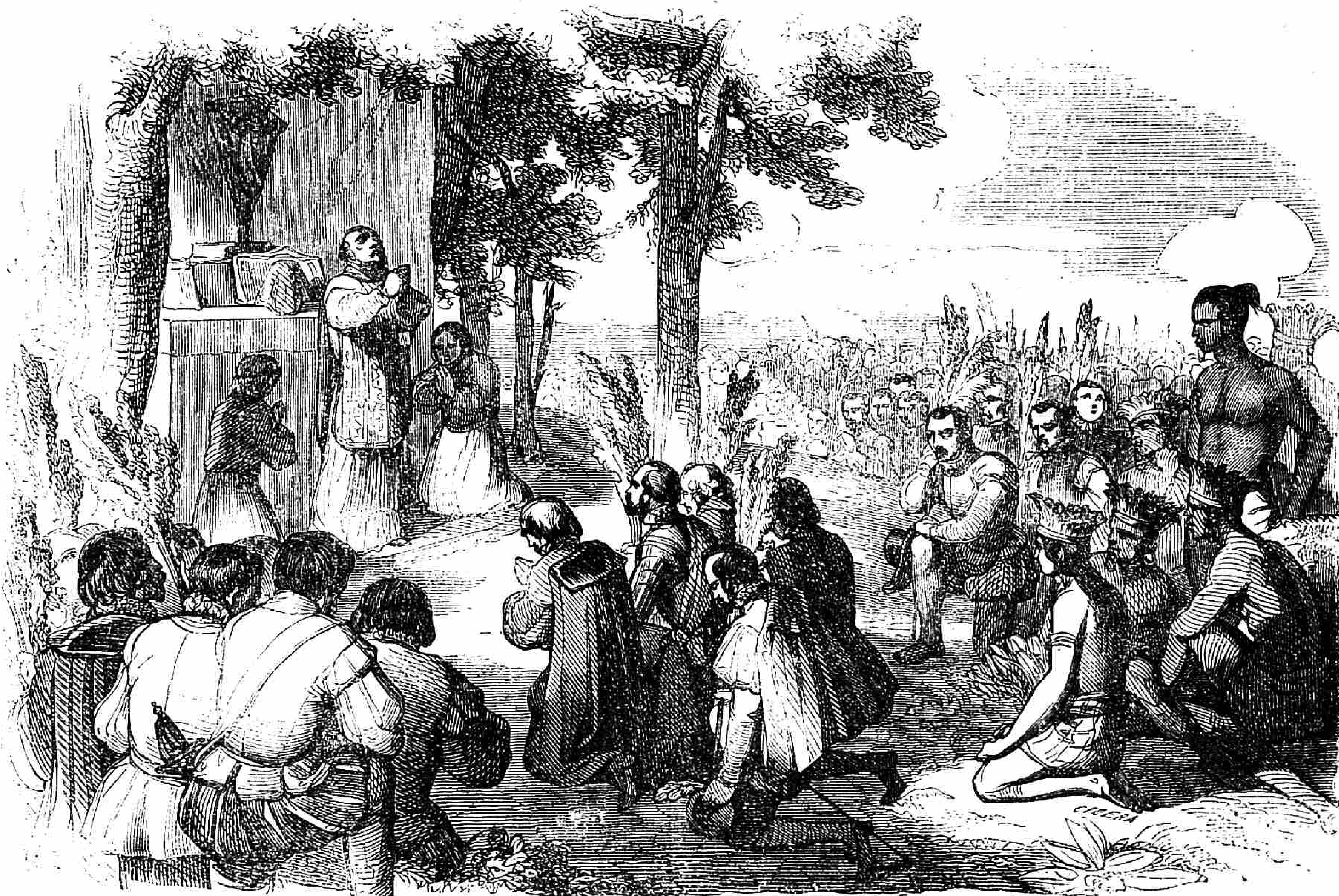
(1) Este es el número que escribe Cortés, y de él lo tomaron los demas historiadores; pero debe estar exajerado.

que empezó en disculpas frívolas de la guerra pasada, y paró en pedir rendidamente la paz. Respondió Hernan Cortés ponderando su irritacion, para que se hiciese mas estimable lo que concedia á vista de las ofensas que olvidaba; y últimamente se asentó la paz con grande aplauso de los embajadores, que se retiraron muy contentos, y fácilmente enriquecidos con aquellas preseas baladíes de que hacian tanta estimacion.

Vino despues el cacique á visitar á Cortés con todo el séquito de sus capitanes y aliados, y con un presente de ropas de algodon, plumas de varios colores, y algunas piezas de oro bajo de mas artificio que valor. Manifestó luego su regalo como quien obligaba para ser admitido, y ponia la liberalidad al principio del rendimiento. Agasajóle mucho Hernan Cortés y la visita fue toda cumplimientos y seguridades de la nueva amistad, dadas y recibidas por medio del intérprete con igual correspondencia. Hacian el mismo agasajo los capitanes españoles á los indios principales del acompañamiento; y andaba entre unos y otros la paz alegrando los semblantes, y supliendo con los brazos los defectos de la lengua.

Despidióse el cacique, dejando aplazada sesion para otro dia; y dió á entender su confianza y sinceridad con mandar á sus vasallos que volviesen luego á poblar el lugar de Tabasco, y llevasen consigo sus familias para que asistiesen al servicio de los españoles.

El dia siguiente volvió al cuartel con el mismo acompañamiento, y con veinte indias bien adornadas á la usanza de su tierra, las cuales dijo traia de presente á Cortés para que en el viaje cuidasen de su



Celebra Cortés, en Tabasco, la festividad del Domingo de Ramos

regalo y el de sus compañeros, por ser diestras en acomodar al apetito la variedad de sus manjares, y en hacer el pan de maiz, cuya fábrica era desde su principio ministerio de mujeres.

Molian estas el grano entre dos piedras, al modo de las que nos dió á conocer el uso del chocolate: y hecho harina lo reducian á masa, sin necesitar de levadura, y lo tendian ó amoldaban sobre unos instrumentos como torteras de barro, de que se valian para darle en el fuego la última sazon: siendo este el pan, de cuya abundancia proveyó Dios aquel nuevo mundo para suplir la falta del trigo, y un género de mantenimiento agradable al paladar sin ofensa del estómago. Venia con estas mujeres una india principal de buen talle y mas que ordinaria hermosura, que recibió despues con el bautismo el nombre de Marina, y fue tan necesaria en la conquista como veremos en su lugar.

Apartóse Hernan Cortés con el cacique y con los principales de su séquito, y les hizo un razonamiento con la voz de su intérprete, dándoles á entender: «como era vasallo y ministro de un poderoso monarca, »y que su intento era hacerlos felices poniéndolos en »la obediencia de su príncipe; reducirlos á la verda»dera religion, y destruir los errores de su idolatría.» Esforzó estas dos proposiciones con su natural elocuencia y con su autoridad, de modo que los indios quedaron persuadidos, ó por lo menos inclinados á la razon. Su respuesta fue: «que tendrian á gran con»veniencia suya el obedecer á un monarca, cuyo

»poder y grandeza se dejaba conocer en el valor de »tales vasallos.» Pero en el punto de la religion anduvieron mas detenidos.

Hacíales fuerza el ver deshecho su ejército por tan pocos españoles, para dudar si estaban asistidos de algun Dios superior á los suyos; pero no se resolvian á confesarlo, ni en admitir entonces la duda hicieron poco por la verdad.

Instaban los pilotos en que se abreviase la partida, porque segun sus observaciones, se aventuraba la armada en la detencion. Y aunque Hernan Cortés sentia el apartarse de aquella gente hasta dejarla mejor instruida, se halló obligado á tratar del viaje. Y por venir cerca el domingo de Ramos, señaló este dia para la embarcacion, disponiendo que se celebrase primero su festividad, segun el rito de la Iglesia, observantísimo siempre en estas piedades religiosas: para cuyo efecto se fabricó un altar en el campo, y se cubrió de una enramada en forma de capilla: rústico, pero decente edificio, que tuvo la felicidad de segundo templo en Nueva España; y al mismo tiempo se iban embarcando bastimentos, y caminando en las demas prevenciones del viaje. Ayudaban á todo los indios con oficiosa actividad, y el cacique asistia á Cortés con sus capitanes; durando todos en su veneracion, y convidando siempre con su obediencia: de cuya ocasion se valieron algunas veces el padre fray Bartolomé de Olmedo, y el licenciado Juan Diaz para intentar reducirlos al camino de la verdad, prosiguiendo los buenos principios que dió Cortés á esta plática y aprovechándose de los deseos de acertar que manifestaron en su respuesta: pero solo se encontraba en ellos una docilidad de rendidos, mas inclinada á recibir otro Dios, que á dejar alguno de los suyos. Oian con agrado, y deseaban al parecer hacerse capaces de lo que oian; pero apenas se hallaba la razon admitida de la voluntad, cuando volvia arrojada del entendimiento. Lo mas que pudieron conseguir entonces los dos sacerdotes fue dejarlos bien dispuestos, y conocer que pedia mas tiempo la obra de habilitar su rudeza, para entenderse mejor con su ceguedad.

El domingo por la mañana acudieron innumerables indios de toda aquella comarca á ver la fiesta de los cristianos, y hecha la bendicion de los ramos con la solemnidad que se acostumbra, se distribuyeron entre los soldados, y se ordenó la procesion, á que asistieron todos con igual modestia y devocion: digno espectáculo de mejor concurso, y que tendria algo de mayor realce á vista de aquella infidelidad, como sobresale ó resalta la luz en la oposicion de las sombras: pero no dejó de influir algun género de edificacion en los mismos infieles, pues decian á voces segun lo refirió despues Aguilar: «gran Dios debe de ser este »á quien se rinden tanto unos hombres tan valerosos.» Erraban el motivo, y sentian la verdad.

Acabada la misa, se despidió Cortés del cacique y de todos los indios principales; y volviendo á renovar la paz con mayores ofertas y demostraciones de amistad, ejecutó su embarcacion; dejando aquella gente, en cuanto al rey, mas obediente que sujeta; y en cuanto á la religion, con aquella parte de salud, que consiste en desear ó no resistir el remedio.

CAPITULO XXI.

Prosigue Hernan Cortés su viaje: llegan los bajeles á San Juan de Ulúa: salta la gente en tierra, y reciben embajada de los gobernadores de Motezuma: dáse noticia de quién era doña Marina.

El lunes siguiente al domingo de Ramos, se hicieron á la vela nuestros españoles; y siguiendo la costa con las proas al poniente, dieron vista á la provincia de Guazacoalco, y reconocieron, sin detenerse en el rio de Banderas, la isla de Sacrificios y los demas parages que descubrió y desamparó Juan de Grijalva, cuyos sucesos iban refiriendo con presuncion de noticiosos los soldados que le acompañaron; y Cortés aprendiendo en la infelicidad de aquella jornada lo que debia enmendar en la suya, con aquel género de prudencia que se aprovecha del error ageno. Llegaron finalmente á San Juan de Ulúa, el Jueves Santo á medio dia: y apenas aferraron las naves entre la isla y la tierra buscando el resguardo de los nortes, cuando vieron salir de la costa vecina dos canoas grandes que en aquella tierra se llamaban piraguas, y en ellas algunos indios que se fueron acercando con poco recelo á la armada, y daban á entender con esta seguridad y con algunos ademanes, que venian de paz y con necesidad de ser oidos.

Puestos á poca distancia de la capitana, empezaron á hablar en otro idioma diferente, que no entendió Gerónimo de Aguilar; y fue grande la confusion en que se halló Hernan Cortés, sintiendo como estorbo capital de sus intentos, el hallarse sin intérprete cuando mas le habia menester: pero no tardó el cielo en socorrer esta necesidad (grande artífice de traer como casuales las obras de su providencia). Hallábase cerca de los dos aquella india que llamaremos ya doña Marina, y conociendo en los semblantes de entrambos lo que discurrian ó lo que ignoraban, dijo en lengua de Yucatan á Gerónimo de Aguilar, que aquellos indios hablaban la mejicana, y pedian audiencia al capitan de parte del gobernador de aquella provincia. Mandó con esta noticia Hernan Cortés que subiesen á su navío, y cobrándose del cuidado antecedente, volvió el corazon á Dios, conociendo que venia de su mano la felicidad de hallarse ya con instrumento, tan fuera de su esperanza, para darse á entender en aquella tierra tan deseada.

Era doña Marina, segun Bernal Diaz del Castillo, hija de un cacique de Guazacoalco, una de las provincias sujetas al rey de Méjico, que partia sus términos con la de Tabasco; y por ciertos accidentes de su fortuna, que refieren con variedad los autores, fue trasportada en sus primeros años y Xicalango, plaza fuerte que se conservaba entonces en los confines de Yucatan, con presidio mejicano. Aquí se crió pobremente, desmentida en paños vulgares su nobleza, hasta que declinando mas su fortuna vino á ser, por venta ó por despojo de guerra, esclava del cacique de Tabasco, cuya liberalidad la puso en el dominio de Cortés. Hablábase en Guazacoalco y en Xicalango el idioma general de Méjico, y en Tabasco el de Yucatan; que sabia Gerónimo de Aguilar; con que se hallaba doña Marina capaz de ambas lenguas, y decia á los indios en la mejicana lo que Aguilar á ella en la de Yucatan, durando Hernan Cortés en este rodeo de hablar con dos intérpretes, hasta que doña Marina aprendió la castellana, en que tardó pocos dias, porque tenia rara viveza de espíritu y algunos dotes naturales que acordaban la calidad de su nacimiento. Antonio de Herrera dice que fue natural de Xalisco, trayéndola desde muy lejos á Tabasco, pues está Xalisco sobre el otro mar, en lo último de la Nueva Galicia. Pudo hallarlo así en Francisco Lopez de Gomara; pero no sabemos por qué se aparta en esto y en otras noticias mas sustanciales de Bernal Diaz del Castillo, cuya obra manuscrita tuvo á la mano, pues le sigue y le cita en muchas partes de su historia. Fue siempre doña Marina fidelísima intérprete de Hernan Cortés, y él la estrechó en esta confidencia por términos menos decentes que debiera, pues tuvo en ella un hijo que se llamó don Martin Cortés, y se puso el hábito de Santiago, calificando la nobleza de su madre: reprensible medio de asegurarla en su fidelidad, que dicen algunos tuvo parte de política; pero nosotros creeríamos antes que fue desacierto de una pasion mal corregida, y que no es nuevo en el mundo llamarse razon de estado, la flaqueza de la razon.

Lo que dijeron aquellos indios cuando llegaron á la presencia de Cortés, fue: «que Pilpatoe y Teutile, » gobernador el uno, y el otro capitan general de aque- » lla provincia por el grande emperador Motezuma, » los enviaban á saber del capitan de aquella armada » con qué intento habia surgido en sus costas, y á » ofrecerle el socorro y la asistencia de que necesitase » para continuar su viaje. » Hernan Cortés los agasajó mucho, dióles algunas bujerías, hizo que los regalasen con manjares y vino de Castilla; y teniéndolos antes obligados que atentos, les respondió: «que su » venida era á tratar, sin género de hostilidad, mate- » rias muy importantes á su príncipe y á toda la mo- » narquía; para cuyo efecto se veria con sus gober- » nadores, y esperaba hallar en ellos la buena acogida » que el año antes esperimentaron los de su nacion.» Y tomando algunas noticias por mayor de la grandeza de Motezuma, de sus riquezas y forma de gobierno, los despidió contentos y asegurados.

El dia siguiente, Viernes Santo, por la mañana, desembarcaron todos en la playa mas vecina, y mandó Cortés que se sacasen á tierra los caballos y la artillería, y que los soldados repartidos en tropas hiciesen fagina, sin descuidarse con las avenidas, y fabricasen número suficiente de barracas en que defenderse del sol, que ardia con bastante fuerza. Plantóse la artillería en parte que mandase la campaña, y tardaron poco en hallarse todos debajo de cubierto, porque acudieron al trabajo muchos indios que envió Teutile con bastimentos y órden para que ayudasen en aquella obra; los cuales fueron de grande alivio, porque traian sus instrumentos de pedernal con que cortaban las estacas, y fijándolas en tierra, entretegian con ellas ramos y hojas de palma, formando las paredes y el techo con presteza y facilidad: maestros en este género de arquitectura que usaban en muchas partes para sus habitaciones, y menos bárbaros en medir sus edificios con la necesidad de la naturaleza que los que fabrican grandes palacios para que viva estrechamente su vanidad. Traian tambien algunas mantas de algodon que acomodaron sobre las barracas principales para que estuviesen mas defendidas del sol; y en la mejor de ellas ordenó Hernan Cortés que se levantase un altar, sobre cuyos adornos se colocó una imágen de nuestra Señora, y se puso una cruz grande á la entrada: prevencion para celebrar la Páscua, y primera atencion de Cortés en que andaba siempre su cuidado compitiendo con el de los sacerdotes. Bernal Diaz del Castillo asienta que se dijo misa en este altar el mismo dia de la desembarcacion: no creemos que el P. Fr. Bartolomé de Olmedo, y el licenciado Juan Diaz, ignorasen que no se podia decir en Viernes Santo. Fíase muchas veces de su memoria con sobrada celeridad; pero mas se debe estrañar que le siga, ó casi le traslade en esto Antonio de Herrera: seria en ambos inadvertencia, cuyo reparo nos obliga menos á la correccion agena, que á temer, para nuestra enseñanza, las facilidades de la pluma.

Súpose de aquellos indios que el general Teutile se hallaba con número considerable de gente militar, y andaba introduciendo con las armas el dominio de Motezuma en unos lugares recien conquistados de aquel paraje, cuyo gobierno político estaba á cargo de Pilpatoe; y la demostracion de enviar bastimentos, y aquellos paisanos que ayudasen en la obra de las barracas, tuvo, segun lo que se pudo colegir, algo de artificio, porque se hallaban asombrados y recelosos de haber entendido el suceso de Tabasco, cuya noticia se habia divulgado ya por todo el contorno; y considerándose con menores fuerzas, se valieron de aquellos presentes y socorros para obligar á los que no podian resistir: diligencias del temor que suele hacer liberales á los que no se atreven á ser enemigos.

LIBRO II.

CAPITULO PRIMERO.

Vienen el general Teutile y el gobernador Pilpatoe á visitar á Cortés en nombre de Motezuma. Dase cuenta de lo que pasó con ellos, y con los pintores que andaban dibujando el ejército de los españoles.

Pasáronse aquella noche y el dia siguiente con mas sosiego que descuido, acudiendo siempre algunos indios al trabajo del alojamiento, y á traer víveres á trueco de bujerías; sin que hubiese novedad, hasta que el primer dia de la Páscua por la mañana vinieron Teutile y Pilpatoe con grande acompañamiento á visitar á Cortés, que los recibió con igual aparato, adornándose del respeto de sus capitanes y soldados, porque le pareció conveniente crecer en la autoridad para tratar con ministros de mayor príncipe. Pasadas las primeras cortesías y cumplimientos, en que cedieron los indios, y Cortés procuró templar la severidad con el agrado, los llevó consigo á la barraca mayor, que tenia veces de templo, por ser ya hora de los divinos oficios, haciendo que Aguilar y doña Marina les dijesen, que antes de proponerles el fin de su jornada queria cumplir con su religion, y encomendar al Dios de sus dioses el acierto de su proposicion.

Celebróse luego la misa con toda la solemnidad que fue posible: cantóla fray Bartolomé de Olmedo, y la oficiaron el licenciado Juan Diaz, Gerónimo de Aguilar y algunos soldados que entendian el canto de la iglesia; asistiendo á todos aquellos indios con un género de asombro que, siendo efecto de la novedad, imitaba la devocion. Volvieron luego á la barraca de Cortés y comieron con él los dos gobernadores, poniéndose igual cuidado en el regalo y en la ostentacion.

Acabado el banquete llamó Hernan Cortés á sus intérpretes, y no sin alguna entereza dijo: «Que su »venida era tratar con el emperador Motezuma de »parte de don Cárlos de Austria, monarca del Orien- »te, materias de gran consideracion, convenientes »no solo á su persona y estados, sino al bien de to- »dos sus vasallos; para cuya introduccion necesitaba »de llegar á su real presencia, y esperaba ser admiti- »do á ella con toda la benignidad y atencion que se »debia á la misma grandeza del rey que le enviaba.» Torcieron el semblante ambos gorbernadores á esta proposicion, oyéndola al parecer con desagrado, y antes de responder á ella mandó Teutile que trajesen á la barraca un regalo que tenia prevenido, y fueron entrando en ella hasta veinte ó treinta indios cargados de bastimentos, ropas sutiles de algodon, plumas de varios colores, y una caja grande en que venian diferentes piezas de oro primorosamente labradas. Hizo su presente con despejo y urbanidad; y despues de verle admitido y celebrado, se volvió á Cortés, y por medio de los mismos intérpretes le dijo: «que recibiese aquella pequeña demostracion »con que le agasajaban dos esclavos de Motezuma, »que tenian órden para regalar á los estranjeros que »llegasen á sus costas; pero que tratase luego de »proseguir su viaje, llevando entendido que el hablar »á su príncipe era negocio muy árduo, y que no an- »daban menos liberales en darle de presente aquel »desengaño, antes que esperimentase la dificultad »de su pretension.»

Replicóle Cortés con algun enfado: «que los reyes »nunca negaban los oidos á las embajadas de otros »reyes; ni sus ministros podian, sin consulta suya, »tomar sobre sí tan atrevida resolucion: que lo que »en este caso les tocaba era avisar á Motezuma de su »venida, para cuya diligencia les daria tiempo; pero »que le avisasen tambien de que venia resuelto á ver-

»le, y con ánimo determinado de no salir de su tier»ra llevando desairada la representacion de su rey.» Puso en tanto cuidado á los indios esta animosa determinacion de Cortés, que no se atrevieron á replicarle, antes le pidieron encarecidamente que no se moviese de aquel alojamiento hasta que llegase la respuesta de Motezuma, ofreciendo asistirle con todo lo que hubiese menester para el sustento de sus soldados.

Andaban á este tiempo algunos pintores mejicanos, que vinieron entre el acompañamiento de los dos gobernadores, copiando con gran dilijencia sobre lienzos de algodon, que traian prevenidos y emprimados para este ministerio, las naves, los soldados, las armas, la artillería y los caballos, con todo lo demas que se hacia reparable á sus ojos; de cuya variedad de objetos formaban diferentes paises de no despreciable dibujo y colorido.

Nuestro Bernal Diaz se alarga demasiado en la habilidad de estos pintores, pues dice que retrataron á todos los capitanes, y que iban muy parecidos los retratos. Pase por encarecimiento menos parecido á la verdad; porque dado que poseyesen con fundamento el arte de la pintura, tuvieron poco tiempo para detenerse á las prolijidades ó primores de la imitacion (1).

Hacíanse estas pinturas de órden de Teutile para avisar con ellas á Motezuma de aquella novedad; y á fin de facilitar su inteligencia iban poniendo á trechos algunos caractéres, con que al parecer esplicaban y daban significacion á lo pintado. Era este su modo de escribir, porque no alcanzaron el uso de las letras, ni supieron fingir aquellas señales ó elementos que inventaron otras naciones para retratar las sílabas y hacer visibles las palabras; pero se daban á entender con los pinceles, significando las cosas materiales con sus propias imágenes, y lo demas con números y señales significativas; en tal disposicion, que el número, la letra y la figura formaban concepto, y daban entera la razon: primoroso artificio, de que se infiere su capacidad semejante á los geroglíficos que practicaron los egipcios, siendo en ellos ostentacion del ingenio lo que en estos indios estilo familiar, de que usaron con tanta destreza y felicidad los mejicanos, que tenian libros enteros de este género de caractéres y figuras legibles, en que conservaban la memoria de sus antigüedades, y daban á la posteridad los anales de sus reyes (2).

Llegó á noticia de Cortés la obra en que se ocupaban estos pintores, y salió á verlos no sin alguna admiracion de su habilidad; pero advertido de que se iba dibujando en aquellos lienzos la consulta que Teutile formaba para que supiese Motezuma su proposicion y las fuerzas con que se hallaba para mantenerla, reparó con la viveza de su ingenio, en que estaban con poca accion y movimiento aquellas imágenes mudas para que se entendiese por ellas el valor de sus soldados, y así resolvió ponerlos en ejercicio para dar mayor actividad ó representacion á la pintura.

Mandó con este fin que se tomasen las armas; puso en escuadron toda su gente: hizo que se previniese la artillería; y diciendo á Teutile y á Pilpatoe que los queria festejar á la usanza de su tierra, montó á caballo con sus capitanes. Corriéronse primero algunas parejas, y despues se formó una escaramuza con sus ademanes de guerra; en cuya novedad estuvieron los indios como embelesados y fuera de sí, porque reparando en la ferocidad obediente de aquellos brutos, pasaban á considerar algo mas que natural en los hombres que los manejaban. Respondieron luego á una seña de Cortés los arcabuces, y poco despues la artillería; creciendo al paso que se repetia y se aumentaba el estruendo, la turbacion y el asombro de aquella gente, con tan varios efectos que unos se dejaron caer en tierra, otros empezaron á huir, y los mas advertidos afectaban la admiracion para disimular el miedo.

Asegurólos Hernan Cortés, dándoles á entender que entre los españoles eran así las fiestas militares, como quien deseaba hacer formidables las veras con el horror de los entretenimientos; y se reconoció luego que los pintores andaban inventando nuevas efigies y caractéres con que suplir lo que faltaba en sus lienzos. Dibujaban unos la gente armada y puesta en escuadron: otros los caballos en su ejercicio y movimiento: figuraban con la llama y el humo el oficio de la artillería; y pintaban hasta el estruendo con la semejanza del rayo, sin omitir alguna de aquellas circunstancias espantosas que hablaban mas derechamente con el cuidado de su rey.

Entre tanto Cortés se volvió á su barraca con los gobernadores; y despues de agasajarlos con algunas joyuelas de Castilla, dispuso un presente de varias preseas que remitiesen de su parte á Motezuma; para cuyo regalo se escogieron diferentes curiosidades del vidrio menos baladí ó mas resplandeciente, á que se añadió una camisa de holanda, una gorra de terciopelo carmesí, adornada con una medalla de oro en que estaba la imágen de San Jorge, y una silla labrada de taracea, en que debieron de hacer tanto reparo los indios que se tuvo por alhaja de emperador. Con esta corta demostracion de su liberalidad, entre aquella gente pareció magnificencia, suavizó Hernan Cortés la dureza de su pretension, y despidió á los dos gobernadores igualmente agradecidos y cuidadosos.

CAPITULO II.

Vuelve la respuesta de Motezuma con un presente de mucha riqueza; pero negada la licencia que se pedia para ir á Méjico.

Hicieron alto los indios á poca distancia del cuartel, y entraron al parecer en consulta sobre lo que debian obrar; porque resultó de esta detencion el quedarse Pilpatoe á la mira de lo que obraban los españoles; para cuyo efecto, determinado el sitio, se formaron diferentes barracas, y en breves horas amaneció fundado un lugar en la campaña de considerable poblacion. Previnose luego Pilpatoe contra el reparo que podia causar esta novedad, avisando á Hernan Cortés que se quedaba en aquel parage para cuidar de su regalo, y asistir mejor á las provisiones de su ejército; y aunque se conoció el artificio de este mensage, porque su fin principal era estar á la vista del ejército y velar sobre sus movimientos, se les dejó el uso de su disimulacion, sacando fruto del mismo pretesto; porque acudian con todo lo necesario, y los traia mas puntuales y cuidadosos el recelo de que se llegase á entender su desconfianza.

Teutile pasó al lugar de su alojamiento, y despachó á Motezuma el aviso de lo que pasaba en aquella costa, remitiéndole con toda diligencia los lienzos que se pintaron de su órden y el regalo de Cortés. Tenian para este efecto los reyes de Méjico grande prevencion de correos distribuidos por todos los caminos principales del reino; á cuyo ministerio aplicaban los indios mas veloces, y los criaban cuidadosamente desde niños, señalando premios del erario público á favor de los que llegasen primero al sitio destinado: y el padre José de Acosta, fiel observador de las costumbres de aquella gente, dice que la escuela principal

(1) Exajeracion de Bernal Diaz. El dibujo entre los indios era muy tosco, y especialmente en la figura humana: su principal habilidad consistia en dibujar animales, plantas, y otros objetos que les servian de geroglíficos á falta de escritura.

(2) Se distinguian las provincias tributarias de Méjico por atributos que las eran peculiares; su verdadero nombre estaba fiado solo á la palabra.

donde se agilitaban estos indios corredores, era el primer adoratorio de Méjico, donde estaba el ídolo sobre ciento y veinte gradas de piedra, y ganaban el premio los que llegaban primero á sus pies. Notable ejercicio para enseñado en el templo; y seria esta la menor indecencia de aquella miserable palestra. Mudábanse estos correos de lugar en lugar, como los caballos de nuestras postas; y hacian mayor diligencia, porque se iban sucediendo unos á otros antes de fatigarse: con que duraba sin cesar el primer ímpetu de la carrera.

En la historia general hallamos referido que llevó sus despachos y pinturas el mismo Teutile, y que volvió en siete dias con la respuesta: sobrada ligereza para un general. No parece verosímil, habiendo sesenta leguas por el camino mas breve desde Méjico á San Juan de Ulúa: ni se puede creer fácilmente que viniese á esta funcion el embajador mejicano, que nuestro Bernal Diaz llama Quintalbor, ó los cien indios nobles con que le acompaña el rector de Villahermosa; pero esto hace poco en la sustancia. La respuesta llegó en siete dias, número en que concuerdan todos, y Teutile vino con ella al cuartel de los españoles. Traia delante de sí un presente de Motezuma, que ocupaba los hombros de cien indios de carga; y antes de dar su embajada, hizo que se tendiesen sobre la tierra unas esteras de palma, que llamaban petates, y que sobre ellas se fuesen acomodando y poniendo, como en aparador, las alhajas de que se componia el presente.

Venian diferentes ropas de algodon tan delgadas y bien tejidas, que necesitaban del tacto para diferenciarse de la seda; cantidad de penachos, y otras curiosidades de pluma, cuya hermosa y natural variedad de colores, buscados en las aves esquisitas que produce aquella tierra, sobreponian y mezclaban con admirable prolijidad, distribuyendo los matices, y sirviéndose del claro y oscuro tan acertadamente, que sin necesitar de los colores artificiales ni valerse del pincel, llegaban á formar pintura, y se atrevian á la imitacion del natural. Sacaron despues muchas armas, arcos, flechas y rodelas de maderas estraordinarias. Dos láminas muy grandes de hechura circular, la una de oro, que mostraba entre sus relieves la imágen del sol, y la otra de plata, en que venia figurada la luna; y últimamente cantidad considerable de joyas y piezas de oro con alguna pedrería, collares, sortijas y pendientes á su modo, y otros adornos de mayor peso en figuras de aves y animales, tan primorosamente labrados, que á vista del precio se dejaba reparar el artificio.

Luego que Teutile tuvo á la vista de los españoles toda esta riqueza, se volvió á Cortés, y haciendo seña á los intérpretes, le dijo: «que el grande emperador »Motezuma le enviaba aquellas alhajas en agradeci»miento de su regalo, y en fé de lo que estimaba la »amistad de su rey; pero que no tenia por convenien»te, ni entonces era posible segun el estado presente »de sus cosas, el conceder su beneplácito á la per»mision que pedia para pasar á su córte.» Cuya repulsa procuró Teutile honestar, fingiendo asperezas en el camino, indios indómitos, que tomarian las armas para embarazar el paso, y otras dificultades que traian muy descubierta la intencion, y daban á entender con algun misterio, que habia razon particular, y era esta la que veremos despues, para que Motezuma no se dejase ver de los españoles.

Agradeció Cortés el presente con palabras de toda veneracion, y respondió á Teutile: «que no era su »intento faltar á la obediencia de Motezuma; pero »que tampoco le seria posible retroceder contra el »decoro de su rey, ni dejar de persistir en su deman»da con todo el empeño á que obligaba la reputacion »de una corona venerada y atendida entre los ma»yores príncipes de la tierra.» Discurriendo en este punto con tanta viveza y resolucion, que los indios no se atrevieron á replicarle; antes le ofrecieron hacer segunda instancia á Motezuma: y él los despidió con otro regalo como el primero, dándoles á entender que esperaria sin moverse de aquel lugar la respuesta de su rey; pero que sentiria mucho que tardase, y hallarse obligado á solicitarla desde mas cerca.

Admiró á todos los españoles el presente de Motezuma, pero no todos hicieron igual concepto de aquellas opulencias: antes discurrian con variedad, y porfiaban entre sí, no sin presuncion de lo que discurrian. Unos entraban en esperanzas de mejor fortuna, prometiéndose grandes progresos de tan favorables principios: otros ponderaban la grandeza del presente, para colegir de ella el poder de Motezuma, y pasar con el discurso á la dificultad de la empresa: muchos acusaban absolutamente como temeridad el intentar con tan poca gente obra tan grande; y los mas defendian el valor y la constancia de su capitan, dando por hecha la conquista, y entendiendo cada uno aquella prosperidad, segun el afecto que predominaba en su ánimo: porfías y corrillos de soldados, donde se conoce mejor que en otras partes lo que puede el corazon con el entendimiento. Pero Hernan Cortés los dejaba discurrir sin manifestar su dictámen, hasta aconsejarse con el tiempo: y para no tener ociosa la gente, que es el mejor camino de tenerla menos discursiva, ordenó que saliesen dos bajeles á reconocer la costa, y á buscar algun puerto ó ensenada de mejor abrigo para la armada, que en aquel parage estaba con poco resguardo contra los vientos septentrionales, y algun pedazo de tierra menos estéril donde acomodar el alojamiento, entre tanto que llegase la respuesta de Motezuma; tomando pretesto de lo que padecia la gente en aquellos arenales, donde heria y reverberaba el sol con doblada fuerza, y habia otra persecucion de mosquitos que hacian menos tolerables las horas del descanso. Nombró por cabo de esta jornada al capitan Francisco de Montejo, y eligió los soldados que le habian de acompañar, entresacando los que se inclinaban menos á su opinion. Ordenóle que se alargase cuanto pudiese por el mismo rumbo que llevó el año antes en compañía de Grijalva, y que trajese observadas las poblaciones que se descubriesen desde la costa, sin salir á reconocerlas, señalándole diez dias de término para la vuelta, por cuyo medio dispuso lo que parecia conveniente: dió que hacer á los inquietos, y entretuvo á los demas con la esperanza del alivio: quedando cuidadoso y desvelado entre la grandeza del intento y la cortedad de los medios; pero resuelto á mantenerse hasta ver todo el fondo á la dificultad, y tan dueño de sí, que desmentia la batalla interior con el sosiego y alegría del semblante.

CAPITULO III.

Dáse cuenta de lo mal que se recibió en Méjico la porfia de Cortés, de quién era Motezuma, la grandeza de su imperio, y el estado en que se hallaba su monarquía cuando llegaron los españoles.

Causó grande turbacion en Méjico la segunda instancia de Cortés. Enojóse Motezuma, y propuso con el primer ímpetu acabar de una vez con aquellos estranjeros que se atrevian á porfiar contra su resolucion; pero entrando despues en mayor consideracion, se cayó de ánimo, y ocupó el lugar de la ira la tristeza y la confusion. Llamó luego á sus ministros y parientes; hiciéronse misteriosas juntas; acudióse á los templos con públicos sacrificios; y el pueblo empezó á desconsolarse de ver tan cuidadoso á su rey, y tan asustados á los que tenian por su cuenta el gobierno: de que resultó el hablarse con poca reserva en la ruina de aquel imperio, y en las señales y presagios de

que estaba segun sus tradiciones amenazado. Pero ya parece necesario que averigüemos quién era Motezuma, qué estado tenia en esta sazon su monarquía, y por qué razon se asustaron tanto él y sus vasallos con la venida de los españoles.

Hallábase entonces en su mayor aumento el imperio de Méjico, cuyo dominio reconocian casi todas las provincias y regiones que se habian descubierto en la América septentrional, gobernadas entónces por él y por otros régulos ó caciques tributarios suyos. Corria su longitud de oriente á poniente mas de quinientas leguas; y su latitud de norte á sur llegaba por algunas partes á doscientas: tierra poblada, rica y abundante. Por el oriente partia sus límites con el mar Atlántico, que hoy se llama del Norte, y discurria sobre sus aguas aquel largo espacio que hay desde Panuco á Yucatan. Por el occidente tocaba con el otro mar, registrando el Occéano Asiático, ó sea el golfo de Anian, desde el cabo de Mendocino hasta los estremos de la Nueva Galicia. Por la parte del mediodia se dilataba mas, corriendo sobre el mar del Sur desde Acapulco á Guatemala, y llegaba á introducirse por Nicaruagua en aquel istmo ó estrecho de tierra que divide y engarza las dos Américas. Por la banda del Norte se alargaba hácia la parte de Panuco hasta comprender aquella provincia; pero se dejaba estrechar considerablemente de los montes ó serranías que ocupaban los chichimecas y otomíes, gente bárbara sin república ni policía, que habitaba en las cavernas de la tierra, ó en las quiebras de los peñascos, sustentándose de la caza y frutas de árboles silvestres; pero tan diestros en el uso de sus flechas, y en servirse de las asperezas y ventajas de la montaña, que resistieron varias veces á todo el poder mejicano, enemigos de la sujecion, que se contentaban con no dejarse vencer, y aspiraban solo á conservar entre las fieras su libertad.

Creció este imperio de humildes principios á tan desmesurada grandeza en poco mas de ciento y treinta años: porque los mejicanos, nacion belicosa por naturaleza, se fueron haciendo lugar con las armas entre las demas naciones que poblaban aquella parte del mundo. Obedecieron primero á un capitan valeroso que los hizo soldados, y les dió á conocer la gloria militar: despues eligieron rey, dando el supremo dominio al que tenia mayor crédito de valiente, porque no conocian otra virtud que la fortaleza, y si conocian otras, eran inferiores en su estimacion. Observaron siempre esta costumbre de elegir por su rey al mayor soldado, sin atender á la sucesion, aunque en igualdad de hazañas preferian la sangre real; y la guerra que hacian los reyes, iba poco á poco ensanchando la monarquía. Tuvieron al principio de su parte la justicia de las armas, porque la opresion de sus confinantes los puso en términos de inculpable defensa, y el cielo favoreció su causa con los primeros sucesos; pero creciendo despues el poder, perdió la razon y se hizo tiranía.

Veremos los progresos de esta nacion y sus grandes conquistas cuando hablemos de la serie de sus reyes, y esté menos pendiente la narracion principal. Fue el undécimo de ellos, segun lo pintaban sus anales, Motezuma, segundo de este nombre, varon señalado y venerable entre los mejicanos aun antes de reinar.

Era de la sangre real, y en su juventud siguió la guerra, donde se acreditó de valeroso y esforzado capitan con diferentes hazañas que le dieron grande opinion. Volvió á la córte algo elevado con estas lisonjas de la fama; y viéndose aplaudido y estimado como el primero de su nacion, entró en esperanzas de empuñar el cetro en la primera eleccion: tratándose en lo interior de su ánimo como quien empezaba á coronarse con los pensamientos de la corona.

Puso luego toda su felicidad en ir ganando voluntades, á cuyo fin se sirvió de algunas artes de política: ciencia que no todas veces se desdeña de andar entre los bárbaros, y que antes suele hacerlos, cuando la razon que llaman de estado se apodera de la razon natural. Afectaba grande obediencia y veneracion á su rey, y estraordinaria modestia y compostura en sus acciones y palabras: cuidando tanto de la gravedad y entereza del semblante, que solian decir los indios que le venia bien el nombre de Motezuma, que en su lengua significa *príncipe sañudo*, aunque procuraba templar esta severidad forzando el agrado con la liberalidad.

Acreditábase tambien de muy observante en el culto de su religion: poderoso medio para cautivar á los que se gobiernan por lo esterior; y con este fin labró en el templo mas frecuentado un apartamiento á manera de tribuna, donde se recogia muy á la vista de todos, y se estaba muchas horas entregado á la devocion del aura popular, ó colocando entre sus dioses el ídolo de su ambicion.

Hízose tan venerable con este género de esterioridades, que cuando llegó el caso de morir el rey su antecesor, le dieron su voto sin controversia todos los electores, y le admitió el pueblo con grande aclamacion. Tuvo sus ademanes de resistencia, dejándose buscar para lo que deseaba, y dió su aceptacion con especies de repugnancia: pero apenas ocupó la silla imperial cuando cesó aquel artificio en que traia violentado su natural, y se fueron conociendo los vicios que andaban encubiertos con nombre de virtudes.

La primera accion en que manifestó su altivez fue despedir toda la familia real, que hasta él se componia de gente mediana y plebeya; y con pretexto de mayor decencia, se hizo servir de los nobles hasta en los ministerios menos decentes de su casa. Dejábase ver pocas veces de sus vasallos, y solamente lo muy necesario de sus ministros y criados, tomando el retiro y la melancolía como parte de la magestad. Para los que conseguian el llegar á su presencia inventó nuevas reverencias y ceremonias, estendiendo el respeto hasta los confines de la adoracion. Persuadióse á que podia mandar en la libertad y en la vida de sus vasallos, y ejecutó grandes crueldades para persuadirlo á los demas.

Impuso nuevos tributos sin pública necesidad, que se repartian por cabezas entre aquella inmensidad de súbditos; y con tanto rigor, que hasta los pobres mendigos reconocian miserablemente el vasallaje, trayendo á sus erarios algunas cosas viles, que se recibian, y se arrojaban en su presencia (1).

Consiguió con estas violencias que le temiesen sus pueblos; pero como suelen andar juntos el temor y el aborrecimiento, se le rebelaron algunas provincias, á cuya sujecion salió personalmente, por ser tan celoso de su autoridad, que se ajustaba mal á que mandase otro en sus ejércitos; aunque no se le puede negar que tenia inclinacion y espíritu militar. Solo resistieron á su poder y se mantuvieron en su rebeldía las provincias de Mechoacan, Tlascala y Tepeaca; y solia decir él, que no las sojuzgaba porque habia menester aquellos enemigos para proveerse de cautivos que aplicar á los sacrificios de sus dioses: tirano hasta en lo que sufria, ó en lo que dejaba de castigar.

Habia reinado catorce años cuando llegó á sus costas Hernan Cortés, y el último de ellos fue todo presagios y portentos de grande horror y admiracion, ordenados ó permitidos por el cielo para quebrantar aquellos ánimos feroces, y hacer menos imposible á

(1) Entre otros los sacos ó zurrones llenos del piojillo y de hormigas con que obligaba á contribuir semanalmente á las personas pobres de Méjico. Si bien esta exigencia parece tiránica, tenia sin embargo un objeto laudable, la estirpacion de aquellos insectos que allí se multiplicaban estraordinariamente y aniquilaban las sementeras. Al censurar Solis esta medida no descubrió en ella una providencia de buen gobierno.

los españoles aquella grande obra que con medios tan desiguales iba disponiendo y encaminando su providencia.

CAPITULO IV.

Refiérense diferentes prodigios y señales que se vieron en Méjico antes que llegase Cortés, de que aprendieron los indios que se acercaba la ruina de aquel imperio.

Sabido quién era Motezuma y el estado y grandeza de su imperio, resta inquirir los motivos en que se fundaron este príncipe y sus ministros para resistir porfiadamente á la instancia de Hernan Cortés; primera diligencia del demonio, y primera dificultad de la empresa. Luego que se tuvo en Méjico noticia de los españoles, cuando el año antes arribó á sus costas Juan de Grijalva, empezaron á verse en aquella tierra diferentes prodigios y señales de grande asombro, que pusieron á Motezuma en una como certidumbre de que se acercaba la ruina de su imperio, y á todos sus vasallos en igual confusion y desaliento.

Duró muchos dias un cometa espantoso, de forma piramidal, que descubriéndose á la media noche, caminaba lentamente hasta lo mas alto del cielo donde se deshacia con la presencia del sol.

Vióse despues en medio del dia salir por el poniente otro cometa ó exhalacion á manera de una serpiente de fuego con tres cabezas, que corria velocísimamente hasta desaparecer por el horizonte contrapuesto, arrojando infinidad de centellas que se desvanecian en el aire.

La gran laguna de Méjico rompió sus márgenes, y salió impetuosamente á inundar la tierra, llevándose tras sí algunos edificios con un género de ondas que parecian hervores, sin que hubiese avenida ó temporal á que atribuir este movimiento de las aguas. Encendióse de sí mismo uno de sus templos; y sin que se hallase el orígen ó la causa del incendio, ni medio con que apagarle, se vieron arder hasta las piedras, y quedó todo reducido á poco mas que ceniza. Oyéronse en el aire por diferentes partes voces lastimosas que pronosticaban el fin de aquella monarquía; y sonaba repetidamente el mismo vaticinio en las respuestas de los ídolos, pronunciando en ellos el demonio lo que pudo conjeturar de las causas naturales que andaban movidas; ó lo que entenderia quizá del autor de la naturaleza, que algunas veces le atormenta con hacerle instrumento de la verdad. Trajéronse á la presencia del rey diferentes mónstruos de horrible y nunca vista deformidad, y denotaban grandes infortunios; que á su parecer contenian significacion, y si se llamaron mónstruos de lo que demuestran, como lo creyó la antigüedad que los puso este nombre, no era mucho que se tuviesen por presagios entre aquella gente bárbara, donde andaban juntas la ignorancia y la supersticion.

Dos casos muy notables refieren las historias que acabaron de turbar el ánimo de Motezuma, y no son para omitidos, puesto que no los desestiman el padre José de Acosta, Juan Botero y otros escritores de juicio y autoridad. Cogieron unos pescadores cerca de la laguna de Méjico un pájaro monstruoso de estraordinaria hechura y tamaño, y dando estimacion á la novedad, se le presentaron al rey. Era horrible su deformidad, y tenia sobre la cabeza una lámina resplandeciente á manera de espejo, donde reverberaba el sol con un género de luz maligna y melancólica. Reparó en ella Motezuma, y acercándose á reconocerla mejor, vió dentro una representacion de la noche, entre cuya oscuridad se descubrian algunos espacios de cielo estrellado, tan distintamente figurados, que volvió los ojos al sol como quien no acababa de creer el dia; y al ponerlos segunda vez en el espejo, halló en lugar de la noche otro mayor asombro, porque se le ofreció á la vista un ejército de gente armada que venia de la parte del oriente haciendo grande estrago en los de su nacion. Llamó á sus agoreros y sacerdotes para consultarles este prodigio, y el ave estuvo inmóvil hasta que muchos de ellos hicieron la misma esperiencia; pero luego se les fue, ó se les deshizo entre las manos, dejándoles otro agüero en el asombro de la fuga.

Pocos dias despues vino al palacio un labrador, tenido en opinion de hombre sencillo, que solicitó con porfiadas y misteriosas instancias la audiencia del rey. Fue introducido á su presencia despues de varias consultas; y hechas sus humillaciones sin género de turbacion ni encogimiento, le dijo en su idioma rústico, pero con un género de libertad y elocuencia que daba á entender algun furor mas que natural, ó que no eran suyas sus palabras: «Ayer tarde, señor, es»tando en mi heredad ocupado en el beneficio de la »tierra, ví un águila de estraordinaria grandeza que »se abatió impetuosamente sobre mí, y arrebatándo»me entre sus garras, me llevó largo trecho por el »aire hasta ponerme cerca de una gruta espaciosa, »donde estaba un hombre con vestiduras reales dur»miendo entre diversas flores y perfumes, con un pe»bete encendido en la mano. Acerquéme algo mas y »ví una imágen tuya, ó fuese tu misma persona, que »no sabré afirmarlo, aunque á mi parecer tenia libres »los sentidos. Quise retirarme atemorizado y respe»tivo; pero una voz impetuosa me detuvo y me so»bresaltó de nuevo, mandándome que te quitase el »pebete de la mano y le aplicase á una parte del mus»lo que tenias descubierta: rehusé cuanto pude el »cometer semejante maldad; pero la misma voz, con »horrible superioridad, me violentó á que obedeciese. »Yo mismo, señor, sin poder resistir, hecho entónces »del temor el atrevimiento, te apliqué el pebete en»cendido sobre el muslo, y tú sufriste el cauterio sin »despertar ni hacer movimiento. Creyera que estabas »muerto, si no se diera á conocer la vida en la misma »quietud de tu respiracion, declarándose el sosiego »en falta de sentido; y luego me dijo aquella voz, que »al parecer se formaba en el viento: así duerme tu »rey, entregado á sus delicias y vanidades, cuando »tiene sobre sí el enojo de los dioses, y tantos enemi»gos que vienen de la otra parte del mundo á destruir »su monarquía y su religion. Dirásle que despierte á »remediar si puede las miserias y calamidades que le »amenazan: y apenas pronunció esta razon que traigo »impresa en la memoria, cuando me prendió el águila »entre sus garras y me puso en mi heredad sin ofen»derme. Yo cumplo así lo que me ordenan los dioses: »despierta, señor, que los tiene irritados tu soberbia y »tu crueldad. Despierta, digo otra vez, ó mira cómo »duermes, pues no te recuerdan los cauterios de tu »conciencia; ni ya puedes ignorar que los clamores »de tus pueblos llegaron al cielo primero que á tus »oidos.»

Estas ó semejantes palabras dijo el villano, ó el espíritu que hablaba en él, y volvió las espaldas con tanto denuedo, que nadie se atrevió á detenerle. Iba Motezuma con el primer movimiento de su ferocidad á mandar que le matasen, y le detuvo un nuevo dolor que sintió en el muslo, donde halló y reconocieron todos estampada la señal del fuego, cuya pavorosa demostracion le dejó atemorizado y discursivo; pero con resolucion de castigar al villano, sacrificándole á la aplacacion de sus dioses: avisos ó amonestaciones motivadas por el demonio que traian consigo el vicio de su orígen, sirviendo mas á la ira y á la obstinacion que al conocimiento de la culpa.

En ambos acontecimientos pudo tener alguna parte (1) la credulidad de aquellos bárbaros, de cuya re-

(1) Mas que alguna parte, el todo; contribuyendo mas aun la ciega credulidad de los escritores, y su afan por lo maravilloso.

lacion lo entendieron así los españoles. Dejamos su recurso á la verdad; pero no tenemos por inverosímil que el demonio se valiese de semejantes artificios para irritar á Motezuma contra los españoles, y poner estorbos á la introduccion del Evangelio: pues es cierto que pudo (suponiendo la permision divina en el uso de su ciencia) fingir ó fabricar estos fantasmas y apariciones monstruosas, ó bien formarse aquellos cuerpos visibles, condensando el aire con la mezcla de otros elementos, ó lo que mas veces sucede, viciando los sentidos y engañando la imaginacion, de que tenemos algunos ejemplos en las sagradas letras, que hacen creibles los que se hallan del mismo género en las historias profanas.

Estas y otras señales portentosas que se vieron en Méjico y en diferentes partes del imperio, tenian tan abatido el ánimo de Motezuma, y tan asustados á los prudentes de su consejo, que cuando llegó la segunda embajada de Cortés, creyeron que tenian sobre sí toda la calamidad y ruina de que estaban amenazados.

Fueron largas las conferencias, y varios los pareceres. Unos se inclinaban á que viniendo aquella gente armada y forastera en tiempo de tantos prodigios, debia ser tratada como enemiga; porque el admitirla ó el fiarse de ella, seria oponerse á la voluntad de sus dioses, que enviaban delante del golpe aquellos avisos para que procurasen evitarle. Otros andaban mas detenidos ó temerosos, y procuraban escusar el rompimiento, encareciendo el valor de los estranjeros, el rigor de sus armas y la ferocidad de los caballos; y trayendo á la memoria el estrago y mortandad que hicieron en Tabasco, de cuya guerra tuvieron luego noticia; y aunque no se persuadian á que fuesen mortales, como lo publica el temor de aquellos vencidos, no acertaban á considerarlos como animales de su especie, ni dejaban de hallar en ellos alguna semejanza de sus dioses, por el manejo de los rayos con que á su parecer peleaban, y por el predominio con que se hacian obedecer de aquellos brutos que entendian sus órdenes y militaban de su parte.

Oyólos Motezuma; y mediando entre ambas opiniones, determinó que se negase á Cortés con toda resolucion la licencia que pedia para venir á su córte, mandándole que desembarazase luego aquellas costas, y enviándole otro regalo como el antecedente para obligarle á obedecer. Pero que si esto no bastase á detenerle, se discurria en los medios violentos, juntando un ejército poderoso, de tal calidad, que no se pudiese temer otro suceso como el de Tabasco: pues no se debia de estimar el corto número de aquellos estranjeros, en cuyas armas prodigiosas y valor estraordinario se conocian tantas ventajas, particularmente cuando llegaban á sus costas en tiempo tan calamitoso, y de tantas señales espantosas, que al parecer encarecian sus fuerzas, pues llegaban á merecer el cuidado y la prevencion de sus dioses.

CAPITULO V.

Vuelve Francisco de Montejo con noticia del lugar de Quiabislan: llegan los embajadores de Motezuma y se despiden con desabrimiento: muévense algunos rumores entre los soldados, y Hernan Cortés usa de artificio para sosegarlos.

Mientras duraban en la córte de Motezuma estos discursos melancólicos, trataba Hernan Cortés de adquirir noticias de la tierra, de ganar las voluntades de los indios que acudian al cuartel y de animar á sus soldados, procurando infundir en ellos aquellas grandes esperanzas que le anunciaba su corazon. Volvió de su viaje Francisco de Montejo, habiendo seguido la costa por espacio de algunas leguas la vuelta del norte, y descubierto una poblacion que se llamaba Quiabislan, situada en tierra fértil y cultivada, cerca de un paraje ó ensenada bastantemente capaz, donde al parecer de los pilotos podian surgir los navíos, y mantenerse al abrigo de unos grandes peñascos en que desarmaba la fuerza de los vientos. Distaba este lugar de San Juan de Ulúa como doce leguas, y Hernan Cortés empezó á mirarle como sitio acomodado para mudar á él su alojamiento; pero antes que lo resolviese llegó la respuesta de Motezuma.

Vinieron Teutile y los cabos principales de sus tropas con aquellos braserillos de copal, y despues de andar un rato envueltas en humo las cortesías, hizo demostracion del presente, que fue algo menor, pero del mismo género de alhajas y piezas de oro que vinieron con la primera embajada: solo traia de particular cuatro piedras verdes, al modo de esmeraldas, que llamaban chalcuítes; y dijo Teutile á Cortés con gran ponderacion, que las enviaba Motezuma señaladamente para el rey de los españoles, por ser joyas de inestimable valor: encarecimiento de que se pudo hacer poco aprecio donde tenia el vidrio tanta estimacion.

La embajada fue resuelta y desabrida, y el fin de ella despedir á los huéspedes, sin dejarles arbitrio para replicar. Era cerca de la noche, y al empezar su respuesta Hernan Cortés, hicieron en la barraca que servia de iglesia la señal del Ave María. Púsose de rodillas á rezarla, y á su imitacion todos los que le asistian, de cuyo silencio y devocion quedaron admirados los indios; y Teutile preguntó á doña Marina la significacion de aquella ceremonia. Entendiólo Cortés, y tuvo por conveniente que con ocasion de satisfacer á su curiosidad se les hablase algo en la religion. Tomó la mano el padre fray Bartolomé de Olmedo, y procuró ajustarse á su ceguedad, dándolés alguna escasa luz de los misterios de nuestra fé. Hizo lo que pudo su elocuencia para que entendiesen que solo habia un Dios, principio y fin de todas las cosas, y que en sus ídolos adoraban al demonio, enemigo mortal del género humano, vistiendo esta proposicion con algunas razones fáciles de comprender, que escuchaban los indios con un género de atencion, como que sentian la fuerza de la verdad. Y Hernan Cortés se valió de este principio para volver á su respuesta, diciendo á Teutile: «que uno de los »puntos de su embajada, y el principal motivo que »tenia su rey para proponer su amistad á Mote»zuma; era la obligacion con que deben los prínci»pes cristianos oponerse á los errores de la idolatría, »y lo que deseaba instruirle para que conociese la »verdad, y ayudarle á salir de aquella esclavitud del »demonio, tirano invisible de todos sus reinos, que »en lo esencial le tenia sujeto y avasallado, aunque »en lo esterior fuese tan poderoso monarca. Y que »viniendo él de tierras tan distantes á negocios de »semejante calidad, y en nombre de otro rey mas »poderoso, no podia dejar de hacer nuevos esfuer»zos, y perseverar en sus instancias hasta conseguir »que se le oyese, pues venia de paz como lo daba »á entender el corto número de su gente, de cuya »limitada prevencion no se podian recelar mayores »intentos.»

Apenas oyó Teutile esta resolucion de Cortés, cuando se levantó apresuradamente, y con un género de impaciencia entre cólera y turbacion, le dijo: «que »el gran Motezuma habia usado hasta entonces de su »benignidad, tratándole como á huésped; pero que »determinándose á replicarle, seria suya la culpa si »se hallase tratado como enemigo.» Y sin esperar otra razon ni despedirse, volvió las espaldas, y partió de su presencia con paso acelerado, siguiéndole Pilpatoe y los demas que le acompañaban. Quedó Hernan Cortés algo embarazado al ver semejante resolucion; pero tan en sí que volviendo á los suyos mas inclinado á la risa que á la suspension, les dijo: «veremos

»en qué para este desafio; que ya sabemos cómo pe-»lean sus ejércitos, y las mas veces son diligencias »del temor las amenazas.» Y entre tanto que se recogia el presente, prosiguió dando á entender: «que no »conseguirian aquellos bárbaros el comprar á tan »corto precio la retirada de un ejército español, por-»que aquellas riquezas se debian mirar como dádi-»vas fuera de tiempo, que traian mas de flaqueza que »de liberalidad.» Así procuraba lograr las ocasiones de alentar á los suyos, y aquella noche, aunque no parecia verosímil que los mejicanos tuviesen prevenido ejército con que asaltar el cuartel, se doblaron las guardias, y se miró como contingente lo posible: que nunca sobra el cuidado en los capitanes, y muchas veces suele parecer ocioso, y salir necesario.

Luego que llegó el dia se ofreció novedad considerable que ocasionó alguna turbacion; porque se habian retirado la tierra adentro los indios que poblaban las barracas de Pilpatoe, y no parecia un hombre por toda la campaña. Faltaron tambien los que solian acudir con bastimentos de las poblaciones comarcanas; y estos principios de necesidad, temida mas que tolerada, bastaron para que se empezasen á desazonar algunos soldados, mirando como desacierto el detenerse á poblar en aquella tierra; de cuya murmuracion se valieron para levantar la voz algunos parciales de Diego Velazquez, diciendo con menos recato en las conversaciones: «que Hernan Cortés »queria perderlos, y pasar con su ambicion adonde »no alcanzaban sus fuerzas; que nadie podria escusar »de temeridad el intento de mantenerse con tan poca »gente en los dominios de un príncipe tan poderoso; »y que ya era necesario que clamasen todos sobre »volver á la isla de Cuba, para que se rehiciesen »la armada y el ejército, y se tomase aquella em-»presa con mayor fundamento.»

Entendiólo Hernan Cortés, y valiéndose de sus amigos y confidentes, procuró examinar de qué opinion estaba el resto principal de su gente, y halló que tenia de su parte á los mas y á los mejores, sobre cuya seguridad se dejó hallar de los malcontentos. Hablóle en nombre de todos Diego de Ordaz, y no sin alguna destemplanza, en que se dejaba conocer su pasion, le dijo: «que la gente del ejército estaba su-»mamente desconsolada, y en términos de romper el »freno de la obediencia porque habia llegado á en-»tender que se trataba de proseguir aquella empresa; »y que no se le podia negar la razon, porque ni »el número de los soldados, ni el estado de los bajeles, »ni los bastimentos de reserva, ni las demas preven-»ciones tenian proporcion con el intento de conquis-»tar un imperio tan dilatado y tan poderoso; que »nadie estaba tan mal consigo que se quisiese perder »por capricho ageno; y que ya era menester que tra-»tase de dar la vuelta á la isla de Cuba, para que »Diego Velazquez reforzase su armada, y tomase »aquel empeño con mejor acuerdo y con mayores »fuerzas.»

Oyóle Hernan Cortés sin darse por ofendido, como pudiera, de la proposicion y del estilo de ella; antes le respondió, sosegada la voz y el semblante: «que »estimaba su advertencia, porque no sabia la desazon »de los soldados; antes creia que estaban contentos »y animosos, porque en aquella jornada no se po-»dian quejar de la fortuna sino los tenia cansados la »felicidad; pues un viaje tan sin zozobras, lisonjeado »del mar y de los vientos; unos sucesos como los »pudo fingir el deseo; tan conocidos favores del cielo »en Cozumel; una victoria en Tabasco, y en aquella »tierra tanto regalo y prosperidad, no eran antece-»dentes de que se debia inferir semejante desaliento, »ni era de mucho garbo el desistir antes de ver la cara »del peligro; particularmente cuando las dificultades »solian parecer mayores desde lejos, y deshacerse »luego en las manos los encarecimientos de la imagi-»nacion; pero que si la gente estaba ya tan descon-»fiada y temerosa como decia, seria locura fiarse de »ella para una empresa tan dificultosa, y que así tra-»taria luego de tomar la vuelta de la isla de Cuba, »como se lo proponian; confesando que no le hacia »tanta fuerza el ver esta opinion en el vulgo de los »soldados, como el hallarla asegurada en el consejo »de sus amigos.» Con estas y otras palabras de este género, desarmó por entonces la intencion de aquellos parciales inquietos, sin dejarles qué desear hasta que llegase el tiempo de su desengaño; y con esta disimulacion artificiosa, primor algunas veces permitido á la prudencia, dió á entender que cedia para dar mayores fuerzas á su resolucion.

CAPITULO VI.

Publícase la jornada para la isla de Cuba: claman los soldados que tenia prevenidos Cortés: solicita su amistad el cacique de Zempoala (1); y últimamente, hace la poblacion.

Poco rato despues que se apartaron de Hernan Cortés Diego de Ordaz y los demas de su séquito, hizo que se publicase la jornada para la isla de Cuba, distribuyendo las órdenes para que se embarcasen los capitanes con sus compañías en los mismos bajeles de su cargo, y estuviesen á punto de partir el dia siguiente al amanecer; pero no bien se divulgó entre los soldados esta resolucion, cuando se conmovieron los que estaban prevenidos, diciendo á voces: «que »Hernan Cortés los habia llevado engañados, dándo-»les á entender que iban á poblar en aquella tierra, »y que no querian salir de ella ni volver á la isla de »Cuba; á que añadian, que si él estaba en dictámen de »retirarse, podria ejecutarlo con los que se ajustasen »á seguirle, que á ellos no les faltaria alguno de »aquellos caballeros que se encargase de su go-»bierno.» Creció tanto y tan bien adornado este clamor, que se llevó tras sí á muchos de los que entraron violentos ó persuadidos en la contraria faccion; y fue menester que los mismos amigos de Cortés que movieron á los unos, apaciguasen á los otros. Alabaron su determinacion, ofrecieron que hablarian á Cortés para que se suspendiese la ejecucion del viaje; y antes que se entibiase aquel reciente fervor de los ánimos, partieron á buscarle asistidos de mucha gente, en cuya presencia le dijeron, levantando la voz: «que el ejército estaba en términos de amoti-»narse sobre aquella novedad: quejáronse, ó hicie-»ron que se quejaban, de que hubiese tomado se-»mejante resolucion sin el consejo de sus capitanes: »ponderábanle, como desaire indigno de españoles, »el dejar aquella empresa en los primeros rumores »de la dificultad, y el volver las espaldas antes de »sacar la espada. Traíanle á la memoria lo que su-»cedió á Juan de Grijalva; pues todo el enojo de »Diego Velazquez fue porque no hizo alguna pobla-»cion en la tierra que descubrió y se mantuvo en »ella, por cuya resolucion le trató de pusilámine y »quitó el gobierno de la armada.» Y últimamente le dijéronlo que él mismo habia dictado; y él lo escuchó como noticia en que hallaba novedad; y dejándose rogar y persuadir, hizo lo que deseaba, y dió á entender que se reducia. Respondióles: «que estaba »mal informado, porque algunos de los mas intere-»sados en el acierto de aquella faccion (y no los nom-»bró por dar mayor misterio á su razon) le habian »asegurado que toda la gente clamaba desconsolada-»mente sobre dejar aquella tierra y volverse á la isla »de Cuba; y que de la misma suerte que tomó aque-»lla resolucion contra su dictámen, por complacer á

(1) Este nombre viene de *Zempoalli*; que significa *veinte*: tal vez aludiendo á un mercado que allí se celebraba de veinte en veinte dias.

»sus soldados, se quedaria con mayor satisfaccion »suya, cuando los hallaba en opinion mas conve- »niente al servicio de su rey, y á la obligacion de »buenos españoles; pero que tuviesen entendido que »no queria soldados sin voluntad, ni era la guerra »ejercicio de forzados; que cualquiera que tuviese »por bien el retirarse á la isla de Cuba, podria eje- »cutarlo sin embarazo; y que desde luego manda- »ria prevenir embarcacion y bastimentos para el viaje »de todos los que no se ajustasen á seguir volunta- »riamente su fortuna.» Tuvo grande aplauso esta resolucion: oyóse aclamado el nombre de Cortés: llenóse el aire de voces y de sombreros, al modo que suelen esplicar su contento los soldados: unos se alegraban porque lo sentian así, y otros por no diferenciarse de los que sentian lo mejor. Ninguno se atrevió por entonces á contradecir la poblacion, ni los mismos que tomaron la voz de los mal contentos, acertaban á volver por sí; pero Hernan Cortés oyó sus disculpas sin apurarlas, y guardó su queja para mejor ocasion.

Sucedió á este tiempo, que estando de centinela en una de las avenidas Bernal Diaz del Castillo y otro soldado, vieron asomar por el paraje mas vecino á la playa cinco indios que venian caminando hácia el cuartel; y pareciéndoles poco número para poner en arma al ejército, los dejaron acercar. Detuviéronse á poca distancia, y dieron á entender con las señas, que venian de paz, y que traian embajada para el general de aquel ejército. Llevólos consigo Bernal Diaz, dejando á su compañero en el mismo sitio, para que cuidase de observar si los seguian algunas tropas. Recibiólos Hernan Cortés con toda gratitud, y mandando que los regalasen antes de oirlos, reparó en que parecian de otra nacion, porque se diferenciaban de los mejicanos en el traje aunque traian como ellos penetradas las orejas y el labio inferior de gruesos zarcillos y pendientes, que aun siendo de oro los afeaban. La lengua tambien sonaba con otro género de pronunciacion, hasta que viniendo Aguilar y doña Marina, se conoció que hablaban en idioma diferente, y se tuvo á dicha que uno de ellos entendiese y pronunciase dificultosamente la lengua mejicana (1), por cuyo medio, no sin algun embarazo, se averiguó que los enviaba el señor de Zempoala, provincia poco distante, para que visitasen de su parte al caudillo de aquella gente valerosa; porque habian llegado á sus oidos las maravillas que obraron sus armas en la provincia de Tabasco; y por ser príncipe guerrero y amigo de hombres valerosos deseaba su amistad, ponderando mucho la estimacion que hacia su dueño de los grandes soldados, como quien procuraba que no se atribuyese al miedo lo que tenia mejor sonido en la inclinacion.

Admitió Hernan Cortés con toda estimacion la buena correspondencia y amistad que le proponian de parte de su cacique, teniendo á favor del cielo el recibir esta embajada en tiempo que estaba despedido y receloso de los mejicanos: celebrándola mas cuando entendió que la provincia de Zempoala estaba en el paso de aquel lugar que descubrió desde la costa Francisco de Montejo, donde pensaba entonces mudar su alojamiento. Hizo algunas preguntas á los indios para informarse de la intencion y fuerzas de aquel cacique, y una de ellas fue ¿cómo estando tan vecinos habian tardado tanto en venir con aquella proposicion? á que respondieron, que no podian concurrir los de Zempoala donde asistian los mejicanos, cuyas crueldades se sufrian mal entre los de su nacion.

No le sonó mal esta noticia á Hernan Cortés, y apurándola con alguna curiosidad, vino á entender que Motezuma era príncipe violento, y aborrecible por su soberbia y tiranías, que tenia muchos de sus pueblos mas atemorizados que sujetos, y que habia por aquel paraje algunas provincias que deseaban sacudir el yugo de su dominio; con que se le hizo menos formidable su poder, y ocurrieron á su imaginacion varias especies de ardides y caminos de aumentar su ejército, que le animaban confusamente. Lo primero que se le ofreció fue ponerse de parte de aquellos afligidos, y que no seria dificultoso ni fuera de razon el formar partido contra un tirano entre sus mismos rebeldes. Así lo discurrió entonces, y así le sucedió despues, verificándose con otro ejemplo en la ruina de aquel imperio tan poderoso, que la mayor fuerza de los reyes consiste en el amor de sus vasallos. Despachó luego á los indios con algunas dádivas en señal de benevolencia, y les ofreció que iria brevemente á visitar á su dueño para establecer su amistad, y estar á su lado en cuanto necesitase de su asistencia.

Era su intento pasar por aquella provincia y reconocer á Quiabislan, donde pensaba fundar su primera poblacion, por los buenos informes que tenia de su fertilidad; pero le importaba para otros fines que iba madurando, adelantar la formacion de su república en aquellas mismas barracas, suponiendo que se habia de mudar la situacion del pueblo á parte menos desacomodada. Comunicó su resolucion á los capitanes de su confidencia, y suavizada por este medio la proposicion, se convocó la gente para nombrar los ministros del gobierno, en cuya breve conferencia prevalecieron los que sabian el ánimo de Cortés, y salieron por alcaldes Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo: por regidores Alonso Dávila, Pedro y Alonso de Alvarado y Gonzalo de Sandoval; y por alguacil mayor y procurador general Juan de Escalante y Francisco Alvarez Chico. Nombróse tambien el escribano de ayuntamiento, con otros ministros inferiores; y hecho el juramento ordinario de guardar razon y justicia, segun su obligacion, al mayor servicio de Dios y del rey, tomaron su posesion con la solemnidad que se acostumbra, y comenzaron á ejercer sus oficios, dando á la nueva poblacion el nombre de la *Villa Rica de la Vera-Cruz*, cuyo título conservó despues en la parte donde quedó situada, llamándose *Villa Rica*, en memoria del oro que se vió en aquella tierra; y de la *Vera-Cruz*, en reconocimiento de haber saltado en ella el viernes de la Cruz.

Asistió Hernan Cortés á estas funciones como uno de aquella república, haciendo por entonces persona de particular entre los demas vecinos; y aunque no podia fácilmente apartarse de sí aquel género de superioridad, que suele consistir en la veneracion agena, procuraba autorizar con su respeto aquellos nuevos ministros, para introducir la obediencia en los demas, cuya modestia tenia en el fondo alguna razon de estado, porque le importaba la autoridad de aquel ayuntamiento, y la dependencia de aquellos súbditos, para que el brazo de la justicia y la voz del pueblo llenasen los vacíos de la jurisdiccion militar, que residia en él por delegacion de Diego Velazquez, y á la verdad estaba revocada, y se mantenia sobre flacos cimientos para entrar con ella en una empresa tan dificultosa: defecto que le traia cuidadoso, porque andaba disimulado entre los que le obedecian, y le embarazaba en su misma resolucion para hacerse obedecer.

CAPITULO VII.

Renuncia Hernan Cortés, en el primer ayuntamiento que se hizo en la Vera-Cruz, el título de capitan general que tenia por Diego Velazquez: vuélvenle á elegir la villa y el pueblo.

El dia siguiente por la mañana se juntó el ayuntamiento, con pretesto de tratar algunos puntos concernientes á la conservacion y aumento de aquella

(1) Designábanla los indios con el nombre de *Nahualt*.

poblacion; y poco despues pidió licencia Hernan Cortés para entrar en él á proponer un negocio del mismo intento. Pusiéronse en pie los capitulares para recibirle, y él haciendo reverencia á la villa, pasó á tomar el asiento inmediato al primer regidor, y habló en esta sustancia, ó poco diferente.

«Ya, señores, por la misericordia de Dios, tene»mos en este consistorio representada la persona de »nuestro rey, á quien debemos descubrir nuestros »corazones, y decir sin artificio la verdad, que es »el vasallaje en que mas le reconocemos los hom»bres de bien. Yo vengo á vuestra presencia, como »si llegara á la suya, sin otro fin que el de su servi»cio, en cuyo celo me permitireis la ambicion de no »confesarme vuestro inferior. Discurriendo estais en »los medios de establecer esta nueva república, di»chosa ya de estar pendiente de vuestra direccion. »No será fuera de propósito que oigais de mí lo que »tengo premeditado y resuelto, para que no camineis »sobre algun presupuesto menos seguro, cuya falta »os obligue á nuevo discurso y nueva resolucion. »Esta villa, que empieza hoy á crecer al abrigo de »vuestro gobierno, se ha fundado en tierra no co»nocida y de grande poblacion, donde se han visto »ya señales de resistencia, bastantes para creer que »nos hallamos en una empresa dificultosa, donde ne»cesitaremos igualmente del consejo y de las manos; »y donde muchas veces habrá de proseguir la fuerza »lo que empezare y no consiguiere la prudencia. No »es tiempo de máximas políticas, ni de consejos des»armados. Vuestro primer cuidado debe atender á »la conservacion de este ejército que os sirve de mu»ralla: y mi primera obligacion es advertiros que no »está hoy como debe, para fiarle nuestra seguridad »y nuestras esperanzas. Bien sabeis que yo gobierno »el ejército, sin otro título que un nombramiento de »Diego Velazquez, que fue con poca intermision es»crito y revocado. Dejo aparte la sinrazon de su des»confianza, por ser de otro propósito; pero no puedo »negar que la jurisdiccion militar, de que tanto ne»cesitamos, se conserva hoy en mí contra la voluntad »de su dueño, y se funda en un título violento, que »trae consigo mal disimulada la flaqueza de su ori»gen. No ignoran este defecto los soldados, ni yo »tengo tan humilde el espíritu, que quiera mandar»los con autoridad escrupulosa; ni es el empeño en »que nos hallamos para entrar en él con un ejército »que se mantiene mas en la costumbre de obedecer, »que en la razon de la obediencia. A vosotros, seño»res, toca el remedio de este inconveniente; y el »ayuntamiento, en quien reside hoy la representa»cion de nuestro rey, puede en su real nombre pro»veer el gobierno de sus armas, eligiendo persona »en quien no concurran estas nulidades. Muchos su»getos hay en el ejército capaces de esta ocupacion, »y en cualquiera que tenga otro género de autoridad, »ó que la reciba de vuestra mano, estará mejor em»pleado. Yo desisto desde luego del derecho que »pudo comunicarme la posesion, y renuncio en »vuestras manos el título que me puso en ella, para »que discurrais con todo el arbitrio en vuestra elec»cion, y puedo aseguraros, que toda mi ambicion »se reduce al acierto de nuestra empresa; y que sa»bré sin violentarme acomodar la pica en la mano »que deja el baston; que si en la guerra se aprende »el mandar obedeciendo, tambien hay casos en que »el haber mandado enseña á obedecer.»

Dicho esto, arrojó sobre la mesa el título de Diego Velazquez, besó el baston, y dejándolo entregado á los alcaldes, se retiró á su barraca. No debia de llevar inquieto el ánimo con la incertidumbre del suceso, porque tenia dispuestas las cosas de manera, que aventuró poco en esta resolucion; pero no carece de alabanza la hidalguía del reparo, y el arte con que apartó de sí la debilidad ó menos decencia de su autoridad. Los capitulares se detuvieron poco en su eleccion, porque algunos tendrian meditado lo que habian de proponer, y otros no hallarian que replicar. Votaron todos que se admitiese la dejacion de Cortés; pero que se le debia obligar á que tomase de nuevo á su cargo el gobierno del ejército, dándole su título la villa en nombre del rey, por el tiempo y en el ínterin que su magestad otra cosa ordenase; y resolvieron que se comunicase al pueblo la nueva eleccion, para ver cómo se recibia, ó porque no se dudaba de su beneplácito. Convocóse la gente á voz de pregonero; y publicada la renuncia de Cortés y el acuerdo del ayuntamiento, se oyó el aplauso que se esperaba ó el que se habia prevenido. Fueron grandes las aclamaciones y el regocijo de la gente: unos vitoreaban al ayuntamiento por su buena eleccion; otros pedian á Cortés, como si se le negaran; y si algunos eran de contrario sentir, ó fingian el contento á voces, ó cuidaban de que no se hiciese reparar el silencio. Hecha esta diligencia partieron los alcaldes y regidores, llevando tras sí la mayor parte de aquellos soldados, que ya representaban el pueblo, á la barraca de Hernan Cortés, y le dijeron ó notificaron que la Villa Rica de la Vera-Cruz, en nombre del rey don Cárlos, y con sabiduría y aprobacion de sus vecinos en concejo abierto, le habia elegido y nombrado por gobernador del ejército de Nueva España; y en caso necesario le requeria y ordenaba que se encargase de esta ocupacion, por ser así conveniente al bien público de la villa, y al mayor servicio de su magestad.

Aceptó Hernan Cortés con grande urbanidad y estimacion el nuevo cargo, que así le llamaba para diferenciarle hasta en el nombre del que habia renunciado; y empezó á gobernar la milicia con otro género de seguridad interior, que hacia sus efectos en la obeciencia de los soldados.

Sintieron esta novedad con grande imprudencia los dependientes de Diego Velazquez, porque no se ajustaron á disimular su pasion, ni supieron ceder á la corriente cuando no la podian contrastar. Procuraban desautorizar el ayuntamiento, y desacreditar á Cortés, culpando su ambicion, y hablando con desprecio de los engañados que no la conocian. Y como la murmuracion tiene oculto el veneno, y no sé qué dominio sobre la inclinacion de los oidos, se hacia lugar en las conversaciones; y no faltaba quien la escuchase y procurase adelantar. Hizo lo que pudo Hernan Cortés para remediar en los principios este inconveniente, no sin recelo de que se llevase tras sí á los inquietos, ó perturbase á los fáciles de inquietar. Tenia ya esperimentado el poco fruto de su paciencia, y que los medios suaves le producian contrarios efectos, poniendo el daño de peor calidad, y así determinó valerse del rigor, que suele ser mas poderoso con los atrevidos. Mandó que se hiciesen algunas prisiones, y que públicamente fuesen llevados á la armada y puestos en cadenas Diego de Ordaz, Pedro Escudero y Juan Velazquez de Leon. Puso grande terror en el ejército esta demostracion, y él trataba de aumentarle, diciendo con entereza y resolucion, que los prendia por sediciosos y turbadores de la quietud pública; y que habia de proceder contra ellos hasta que pagasen con la cabeza su obstinacion, en cuya severidad, verdadera ó afectada, se mantuvo algunos dias, sin llegar á lo estrecho de la justicia, porque deseaba mas su enmienda que su castigo. Estuvieron al principio sin comunicacion, pero despues se la concedió dando á entender que la toleraba; y se valió mañosamente de esta permision para introducir algunos de sus confidentes, que procurasen reducirlos y ponerlos en razon, como lo consiguió con el tiempo, dejándose desenojar tan autorizadamente, que los hizo sus amigos, y estuvieron á su lado en todos los accidentes que se le ofrecieron despues.

CAPITULO VIII.

Marchan los españoles, y parte la armada la vuelta de Quiabislan; entran de paso en Zempoala, donde los hace buena acogida el cacique, y se toma nueva noticia de las tiranías de Motezuma.

Luego que se ejecutaron estas prisiones, salió Pedro de Alvarado con cien hombres á reconocer la tierra y traer algunas vituallas, porque ya se hacia sentir la falta de los indios que proveian el ejército. Ordenósele que no hiciese hostilidad, ni llegase á las armas sin necesidad, en que le pusiesen la defensa ó la provocacion; y tuvo suerte de ejecutarlo así con poca diligencia, porque á breve distancia se halló en unos pueblos ó caserías, cuyos moradores le dejaron libre la entrada huyendo á los bosques. Reconociéronse las casas, que estaban desiertas de gente, pero bien proveidas de maiz, gallinas y otros bastimentos, y sin hacer daño en los edificios ni en las alhajas, tomaron los soldados lo que habian menester, como adquirido con el derecho de la nececidad, y volvieron al cuartel cargados y contentos.

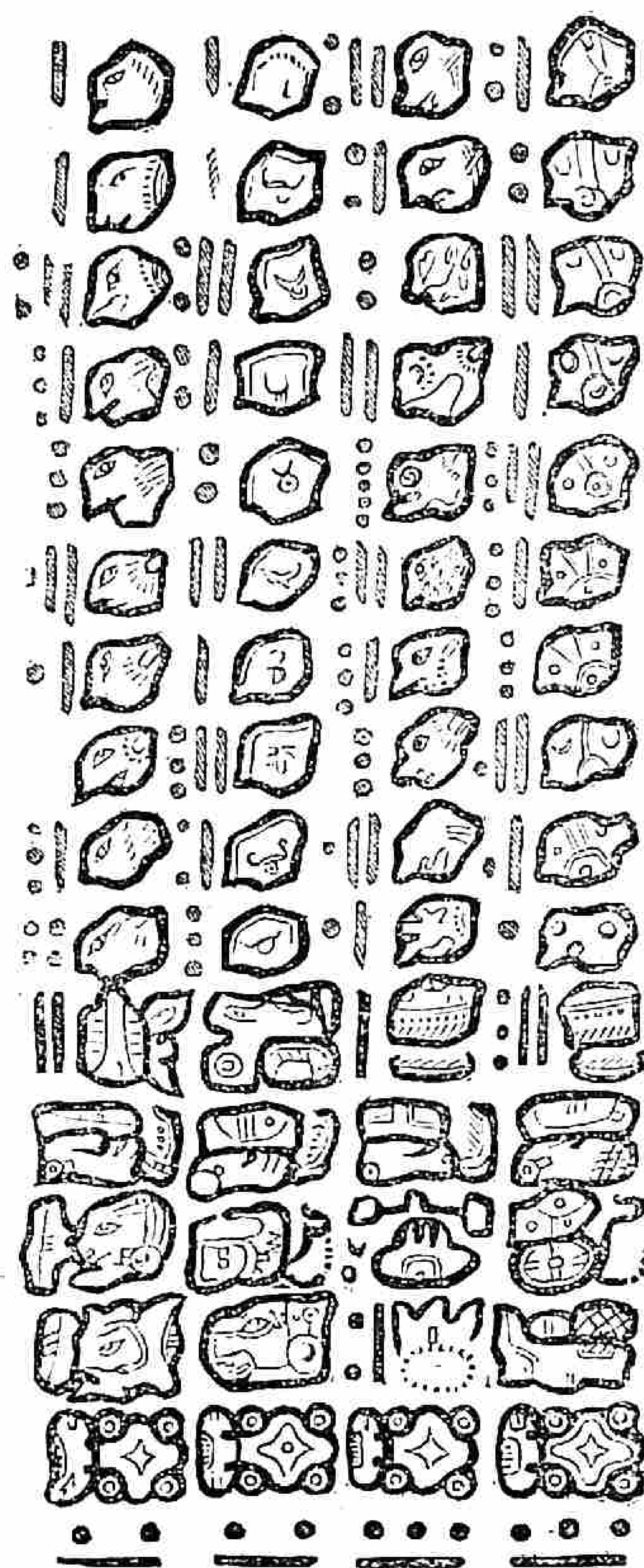
Dispuso luego su marcha Hernan Cortés como lo tenia resuelto y partieron los bajeles á la ensenada de Quiabislan, y él siguió por tierra el camino Zempoala, dando el costado derecho á la costa; y echó sus batidores delante que reconociesen la campaña, previniendo advertidamente los accidentes que se podian ofrecer, en tierra donde fuera descuido la seguridad.

Halláronse á pocas horas sobre el rio de Zempoala, en cuya vecindad se situó despues la villa de la Vera-Cruz (1); y porque iba profundo, fue necesario recoger algunas canoas y embarcaciones de pescadores que hallaron en la orilla, donde pasó la gente, dejando nadar á los caballos. Vencida esta dificultad, llegaron á unos pueblos del distrito de Zempoala, segun se averiguó despues, y no se tuvo á buena señal el hallarlos desamparados, no solo de los indios, sino de sus alhajas y mantenimientos, con indicios de fuga prevenida y cuidadosa: solo dejaron en sus adoratorios diferentes ídolos, varios instrumentos ó cuchillos de pedernal, y arrojados por el suelo algunos despojos miserables de víctimas humanas, que hicieron á un tiempo lástima y horror.

Aquí fue donde se vieron la primera vez, aunque no sin admiracion, los libros mejicanos, de que dejamos hecha mencion. Habia tres ó cuatro en los adoratorios, que debian de contener los ritos de su religion, y eran de una membrana larga ó lienzo barnizado, que plegaban en iguales dobleces, de modo que cada doblez formaba una hoja, y todos juntos componian el volúmen; parecidos á los nuestros por la vista esterior, y por el testo escritos ó dibujados con aquel género de imágenes y cifras que dieron á conocer los pintores de Teutile (2).

Alojóse luego el éjército en las mejores casas, y se pasó la noche no sin alguna incomodidad, prevenidas las armas, y con centinelas á lo largo, en cuyo desvelo sosegasen los demas.

El dia siguiente se volvió á la marcha en la misma ordenanza por el camino mas hollado que declinaba la vuelta del poniente, con algun desvío de la costa; y en toda la mañana no se halló persona de quien tomar lengua, ni mas que una soledad sospechosa, cuyo silencio les hacia ruido en la imaginacion y en el cuidado. Hasta que entrando en unos prados de grande amenidad, se descubrieron doce indios que venian en busca de Hernan Cortés con un regalo de gallinas y pan de maiz que le enviaba el cacique de Zempoala, pidiéndole con encarecimiento que no dejase de llegar á su pueblo, donde tenia prevenido alojamiento para su gente, y seria regalado con mayor liberalidad. Súpose de estos indios, que el lugar donde residia su cacique distaba un sol de aquel paraje, que en su lengua era lo mismo que un dia de marcha; porque no conocian la division de las leguas, y median la distancia con los soles, contando el tiempo, y no los pasos del camino. Despachó Cortés á los seis indios con grande estimacion del regalo y de la oferta, quedándose con los otros seis para que le guiasen, y para hacerles algunas preguntas; porque no acababa de reducirse á la sinceridad de este agasajo, que no esperado parecia poco seguro.



Manuscrito mejicano.

Aquella noche se hizo alto en un pueblo de corta vecindad; cuyos moradores anduvieron solícitos en el hospedaje de los españoles, y al parecer poco recelosos; de cuya quietud se conjeturaba que estarian de paz los de su nacion, y no se engañó la esperanza, aunque suele consolarse con facilidad. A la mañana se movió el ejército con la frente á Zempoala, dejándose llevar de los guias con la cautela y prevencion conveniente. Y al declinar el dia, estando ya cerca del pueblo, vinieron veinte indios al recibimiento de Cortés, galanes á su modo; y hechas sus ceremonias, dijeron; «que no salia con ellos su cacique por »estar impedido; y así los enviaba para que cumplie»sen por él con aquella demostracion, quedando con »mucho deseo de conocer á tan valerosos huéspe»des, y recibir con su amistad á los que ya tenia en »su inclinacion.»

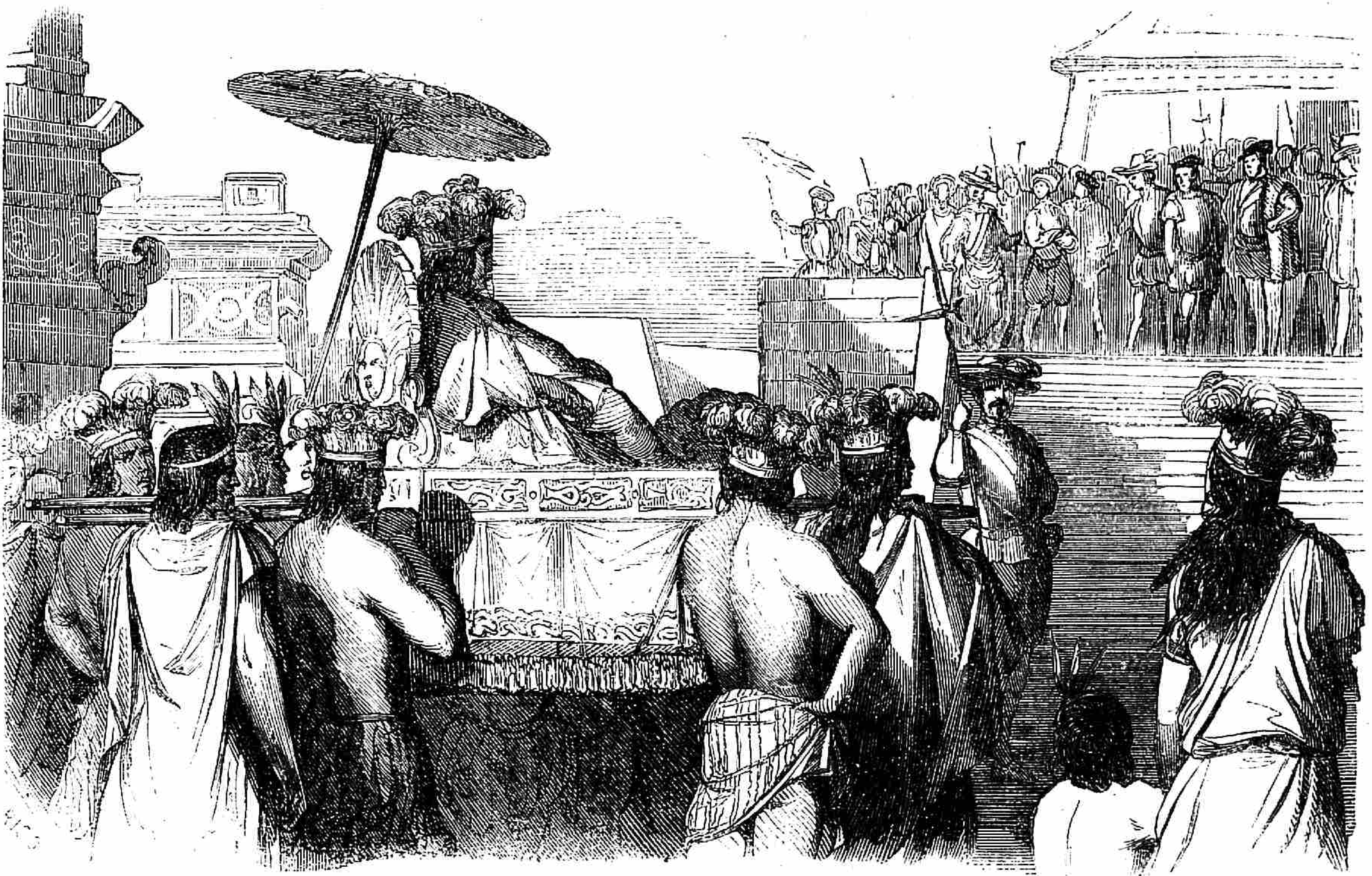
(1) Es otra que la fundada por Hernan Cortés. (Véase el capítulo VII.)

(2) Todos los indios, y especialmente los mejicanos, tenian dos clases de papel; una llamada *melt* que se hacia de las pencas del *maguei*, que nosotros llamamos pita, pudriéndola para sacar, lavar y unir sus fibras por medio de goma: este le bruñian para pintar en él. La otra clase se hacia de las hojas de la palmera; por igual método que el anterior: era muy blando y blanco, y tan suave como la seda, porque tambien le bruñian.

Era lugar de grande poblacion y de hermosa vista, situado entre dos rios que fertilizaban la campaña, bajando de lo alto de unas sierras poco distantes, de frondosa y apacible aspereza: los edificios eran de piedra, cubiertos ó adornados con un género de cal muy blanca y resplandeciente, de agradables y suntuosos lejos; tanto que uno de los batidores que iban delante volvió aceleradamente, diciendo á voces que las paredes eran de plata, de cuyo engaño se hizo grande fiesta en el ejército; y pudo ser que lo creyesen entonces los que despues se burlaban de su credulidad.

Estaban las plazas y las calles ocupadas de innumerable pueblo, que concurió á ver la entrada, sin armas que pudiesen dar cuidado, ni otro rumor que el de la muchedumbre. Salió el cacique á la puerta de su palacio; y era su impedimento una gordura monstruosa que le oprimia y le desfiguraba. Fuese acercando con dificultad, apoyado en los brazos de algunos indios nobles, que al parecer le daban todo el movimiento. Su trage, sobre cuerpo desnudo, una manta de fino algodon, enriquecida con varias joyas y pendientés, de que traia tambien empedradas las orejas y los lábios: príncipe de rara hechura, en quien hacian notable consonancia el peso y la gravedad. Fue necesario que Cortés detuviese la risa de los soldados; y porque tenia que reprimir en sí, dió la órden con forzada severidad; pero luego que empezó el cacique su razonamiento, recibiendo con los brazos á Cortés, y agasajando á los demas capitanes, dió á conocer su buena razon, y ganó por el oido la estimacion de los ojos. Habló concertadamente y cortó la plática de los cumplimientos con despejo y discrecion, diciendo á Cortés que se retirase á descansar del camino y alojar su gente, que despues le visitaria en su cuartel, para que hablasen mas despacio en los intereses comunes.

Tenian prevenido el alojamiento en unos patios de grandes aposentos, donde pudieron acomodarse todos con bastante desahogo, y fueron asistidos con abun-



Recibimiento que hace á Cortés el cacique de Zempoala.

dancia de cuanto hubieron menester. Envió despues el cacique á prevenir su visita con un regalo de alhajas de oro y otras curiosidades, que valdrian hasta dos mil pesos, y vino á poco rato con lucido acompañamiento en unas andas que traian sobre sus hombros los mas principales de su familia, y tendrian entónces esta dignidad los mas robustos. Salió Cortés á recibirle asistido de sus capitanes; y dándole la puerta y el lugar, se retiró con él y con sus intérpretes, porque le pareció conveniente hablarle sin testigos. Y despues de hacerle aquella oracion acostumbrada sobre el intento de su venida, la grandeza de su rey y los errores de la idolatría, pasó á decirle: «que uno de los fines de aquel ejército valeroso era »deshacer agravios, castigar violencias y ponerse de »parte de la justicia y de la razon:» tocando este punto advertidamente, porque deseaba introducirle poco á poco en la queja de Motezuma, y ver, segun las premisas que traia, lo que podia fiar de su indignacion. Conocióse luego en la variacion del semblante que se le habia tocado en la herida, y antes de resolverse á la respuesta empezó á suspirar como quien sentia la dificultad de quejarse; pero despues venció la pasion, y prorumpiendo en lamentos de su infelicidad le dijo: «que todos los caciques de aquella »comarca se hallaban en miserable y vergonzosa es»clavitud, gimiendo entre las violencias y tiranías de »Motezuma, sin fuerzas para volver por sí, ni espí»ritu para discurrir en el remedio: que se hacia ser»vir y adorar de sus vasallos como uno de sus dioses, »y queria que se venerasen sus violencias y sinrazones »como decretos celestiales: pero que no era su áni»mo proponerle que se aventurase á favorecerlos, por»que Motezuma tenia mucho poder y muchas fuerzas »para que se resolviese, con tan poca obligacion, á »declararse por su enemigo; ni seria en él buena ur»banidad pretender su benevolencia, vendiendo á tan »costoso precio tan corto servicio.»

Procuró Hernan Cortés consolarle, dándole á entender: «que temeria poco las fuerzas de Motezuma, »porque las suyas tenian al cielo de su parte y natural »predominio contra los tiranos; pero que necesitaba

»de pasar luego á Quiabislan, donde le hallarian »los oprimidos y menesterosos, que teniendo la razon »de su parte necesitasen de sus armas; cuya noticia »podria comunicar á sus amigos y confederados, »asegurando á todos que Motezuma dejaria de ofen- »derlos, ó no lo podria conseguir mientras él asis- »tiese á su defensa.» Con esto se despidieron los dos, y Hernan Cortés trató luego de su marcha, dejando ganada la voluntad de este cacique, y celebrando para consigo la minoria de sus intentos, que por aquellos lejos ó espacios de la imaginacion iban pareciendo posibles.

CAPITULO IX.

Prosiguen los españoles su marcha desde Zempoala á Quiabislan; refiérese lo que pasó en la entrada de esta villa, donde se halla nueva noticia de la inquietud de aquellas provincias, y se prenden seis ministros de Motezuma.

Al tiempo de partir el ejército se hallaron prevenidos cuatrocientos indios de carga para que llevasen las balijas y los bastimentos, y ayudasen á conducir la artillería, que fue grande alivio para los soldados; y se ponderaba como atencion estraordinaria del cacique, hasta que se supo de doña Marina que entre aquellos señores de vasallos era estilo corriente asistir á los ejércitos de sus aliados con este género de bagajes humanos, que en su lengua se llamaban tamenes, y tenian por oficio el caminar de cinco á seis leguas con dos ó tres arrobas de peso. Era la tierra que se iba descubriendo amena y deliciosa, parte ocupada con la poblacion natural de grandes arboledas, y parte fertilizada con el beneficio de las semillas, á cuya vista caminaban nuestros españoles alegres y divertidos, celebrando la dicha de pisar una campaña tan abundante. Halláronse al caer del sol cerca de un lugarcillo despoblado donde se hizo mansion por escusar el inconveniente de entrar de noche en Quiabislan, adonde llegaron el dia siguiente á las diez de la mañana.

Descubríanse á largo trecho sus edificios sobre una eminencia de peñascos, que al parecer servian de muralla; sitio fuerte por naturaleza, de surtidas estrechas y pendientes, que se hallaron sin resistencia y se penetraron con dificultad. Habíanse retirado el cacique y los vecinos para averiguar desde lejos la intencion de nuestra gente, y el ejército fue ocupando la villa sin hallar persona de quien informarse, hasta que llegando á una plaza donde tenian sus adoratorios, le salieron al encuentro catorce ó quince indios de trage mas que plebeyo, con grande prevencion de reverencias y perfumes, y anduvieron un rato afectando cortesía y seguridad, ó procurando esconder el temor en el respeto; afectos parecidos y fáciles de equivocar. Animólos Hernan Cortés, tratándolos con mucho agrado, y les dió algunas cuentas de vidrio azules y verdes; moneda que por sus efectos se estimaba ya entre los mismos que la conocian, con cuyo agasajo se cobraron del susto que disimulaban, y dieron á entender: «que su »cacique se habia retirado advertidamente por no »llamar la guerra con ponerse en defensa, ni aven- »turar su persona, fiándose de gente armada que no »conocia; y que con este ejemplo no fue posible im- »pedir la fuga de los vecinos menos obligados á es- »perar el riesgo: accion á que se habian ofrecido »ellos como personas de mas porte y mayor osadía: »pero en sabiendo todos la benignidad de tan honra- »dos huéspedes volverian á poblar sus casas, y ten- »drian á mucha felicidad el servirlos y obedecerlos.» Asegurólos de nuevo Hernan Cortés: y luego que partieron con esta noticia, encargó mucho á sus soldados el buen pasage de los indios, cuya confianza se conoció tan presto, que aquella misma noche vinieron algunas familias, y en breve tiempo estuvo el lugar con todos sus moradores.

Entró despues el cacique, trayendo al de Zempoala por su padrino, ambos en sus andas ó literas sobre hombros humanos. Disculpó el de Zempoala, no sin alguna discrecion, á su vecino, y á pocos lances se introdujeron ellos mismos en las quejas de Motezuma, refiriendo con impaciencia, y algunas veces con lágrimas, sus tiranías y crueldades, la congoja de sus pueblos y la desesperacion de sus nobles; á que añadió el de Zempoala por última ponderacion: « es » tan soberbio y tan feroz este mónstruo, que sobre » apurarnos y empobrecernos con sus tributos for- » mando sus riquezas de nuestras calamidades, » quiere tambien mandar en la honra de sus vasa- » llos, quitándonos violentamente las hijas y las mu- » jeres para manchar con nuestra sangre las aras de » sus dioses, despues de sacrificarlas á otros usos » mas crueles de menos honestos. »

Procuró Hernan Cortés alentarlos y disponerlos para entrar en su confederacion; pero al mismo tiempo que trataba de inquirir sus fuerzas y el número de gente que tomaria las armas en defensa de la libertad, llegaron dos ó tres indios muy sobresaltados, y hablando con ellos al oido, los pusieron en tanta confusion que se levantaron perdido el ánimo y el color, y se fueron á paso largo sin despedirse ni acabar la razon. Súpose luego la causa de su turbacion, porque se vieron pasar por el mismo cuartel de los españoles seis ministros ó comisarios, reales de aquellos que andaban por el reino cobrando y recogiendo los tributos de Motezuma. Venian adornados con mucha pompa de plumas y pendientes de oro, sobre delgado y limpio algodon, y con bastante número de criados ó ministros inferiores que moviendo segun la necesidad unos abanicos grandes hechos de la misma pluma, les comunicaban el aire ó la sombra con oficiosa inquietud. Salió Cortés á la puerta con sus capitanes, y ellos pasaron sin hacerle cortesía, vario el semblante entre la indignacion y el desprecio; de cuya soberbia quedaron con algun remordimiento los soldados, y partieran á castigarla si él no los reprimiera, contentándose por entonces con enviar á doña Marina con guardia suficiente para que se informase de lo que obraban.

Entendióse por este medio que asentada su audiencia en la casa de la villa, hicieron llamar á los caciques, y los reprendieron públicamente con grande aspereza el atrevimiento de haber admitido en sus pueblos una gente forastera enemiga de su rey; y que ademas del servicio ordinario á que estaban obligados, les pedian veinte indios que sacrificar á sus dioses en satisfaccion y enmienda de semejante delito.

Llamó Hernan Cortés á los dos caciques, enviando algunos soldados que sin hacer ruido los trajese á su presencia, y dándoles á entender que penetraba lo mas oculto de sus intentos, para autorizar con este misterio su proposicion, les dijo: «que ya sabia » la violencia de aquellos comisarios, y que sin otra » culpa que haber admitido su ejército trataban de » imponerles nuevos tributos de sangre humana: que » ya no era tiempo de semejantes abominaciones, ni » él permitiria que á sus ojos se ejecutase tan horri- » ble precepto; antes les ordenaba precisamente » que, juntando su gente, fuesen luego á prender- » los, y dejasen á cuenta de sus armas la defensa de » lo que obrasen por su consejo. »

Deteníanse los caciques, rehusando entrar en ejecucion tan violenta, como envilecidos con la costumbre de sufrir el dolor y respetar el azote; pero Hernan Cortés repitió su órden con tanta resolucion, que pasaron luego á ejecutarla, y con grande aplauso de los indios fueron puestos aquellos bár-

baros en un género de cepos que usaban en sus cárceles muy desacomodados, porque prendian el delincuente por la garganta, obligando los hombros á forcejear con el peso para el desahogo de la respiracion. Eran dignas de risa las demostraciones de entereza y rectitud con que volvieron los caciques á dar cuenta de su hazaña, porque trataban de ajusticiarlos aquel mismo dia, segun la pena que señalaban sus leyes contra los traidores; y viendo que no se les permitia tanto, pedian licencia para sacrificarlos á sus dioses como por via de menor atrocidad.

Asegurada la prision con guardia bastante de soldados españoles, se retiró Hernan Cortés á su alojamiento, y entró en consulta consigo sobre lo que debia obrar para salir del empeño en que se hallaba de amparar y defender aquellos caciques del daño que les amenazaba por haberle obedecido; pero no quisiera desconfiar enteramente á Motezuma, ni dejar de tenerle pendiente y cuidadoso. Hacíale disonancia el tomar las armas para defender la razon escrupulosa de unos vasallos quejosos de su rey; dejando sin nueva provocacion ó mejor pretesto el camino de la paz. Y por otra parte consideraba como punto necesario el mantener aquel partido que se iba formando, por si llegase el caso de haberle menester. Tuvo finalmente por lo mas acertado cumplir con Motezuma, sacando mérito de suspender los efectos de aquel desacato, y dándose á entender que por lo menos cumpliria consigo en no fomentar la sedicion, ni servirse de ella hasta la última necesidad. Lo que resultó de esta conferencia interior, que le tuvo algunas horas desvelado, fue mandar á la media noche que le trajesen dos de los prisioneros con todo recato, y recibiéndolos benignamente les dijo, como quien no queria que le atribuyesen lo que habian padecido, que los llamaba para ponerlos en libertad, y que en fé de que la recibian únicamente de su mano podrian asegurar á su príncipe: «que con toda brevedad »procuraria enviarle los otros compañeros suyos »que quedaban en poder de los caciques; para cuya »enmienda y reduccion obraria lo que fuese de su »mayor servicio, porque deseaba la paz, y mere»cerle con su respeto y atenciones toda la gratitud »que se le debia por embajador y ministro de mayor »príncipe.» No se atrevian los indios á ponerse en camino, temiendo que los matasen ó volviesen á prender en el paso, y fue menester asegurarlos con alguna escolta de soldados españoles que los guiasen á la vecina ensenada donde se hallaban los bajeles, con órden para que en uno de los esquifes los sacasen de los términos de Zempoala.

Vinieron á la mañana los caciques muy sobresaltados y pesarosos de que se hubiesen escapado los dos prisioneros; y Hernan Cortés recibió la noticia con señas de novedad y sentimiento, culpándoles de poco vigilantes, y con este motivo mandó en su presencia que los otros fuesen llevados á la armada, como quien tomaba por suya la importancia de aquella prision, y secretamente ordenó á los cabos marítimos que los tratasen bien, teniéndolos contentos y seguros, con lo cual dejó confiados á los caciques sin olvidar la satisfaccion de Motezuma, cuyo poder tan ponderado y temido entre aquellos indios, le tenia cuidadoso; y así procuraba ocurrir á todo, conservando aquel partido sin empeñarse demasiado en él, ni perder de vista los accidentes que le podrian poner en obligacion de abrazarle: grande artífice de medir lo que disponia con lo que recelaba, y prudente capitan el que sabe caminar en alcance de las contingencias, y madrugar con el discurso para quitar la fuerza ó la novedad á los sucesos.

CAPITULO X.

Vienen á dar la obediencia y ofrecerse á Cortés los caciques de la serranía: edifícase y pónese en defensa la villa de la Vera-Cruz, donde llegan nuevos embajadores de Motezuma.

Divulgóse por aquellos contornos la benignidad y agradable trato de los españoles, y los dos caciques de Zempoala y Quiabislan avisaron á sus amigos y confederados de la felicidad en que se hallaban libres de tributos, y afianzada su libertad con el amparo de una gente invencible que entendia los pensamientos de los hombres, y parecia de superior naturaleza; con que pasó la palabra, y fue, como suele, adquiriendo fuerzas la fama, en cuyo lenguage tiene sus adiciones la verdad ó se confunde con el encarecimiento. Ya se decia públicamente por aquellos pueblos que habitaban sus dioses en Quiabislan, vibrando rayos contra Motezuma, y duró algunos dias esta credulidad entre los indios, cuya engañada veneracion facilitó mucho los principios de aquella conquista; pero no se apartaban totalmente de la verdad en mirar como enviados del cielo á los que por decreto y ordenacion suya venian á ser instrumentos de su salud: aprension de su rudeza, en que pudo mezclarse alguna luz superior dispensada en favor de su misma sinceridad.

Creció tanto esta opinion de los españoles, y suena tan bien el nombre de la libertad á los oprimidos, que en pocos dias vinieron á Quiabislan mas de treinta caciques, dueños de la montaña que estaba á la vista, donde habia numerosas poblaciones de unos indios que llamaban totonaques, gente rústica, de diferente lengua y costumbres, pero robusta y no sin presuncion de valiente. Dieron todos la obediencia, ofrecieron sus huestes, y en la forma que se les propuso juraron fidelidad y vasallage al señor de los españoles, de que se recibió auto solemne ante el escribano del ayuntamiento. Dice Antonio de Herrera que pasaria de cien mil hombres la gente de armas que ofrecieron estos caciques: no la contó Bernal Diaz del Castillo, ni llegó el caso de alistarla: seria grande el número por ser muchos los pueblos, y fáciles de mover contra Motezuma, particularmente cuando la serranía constaba de indios belicosos, recien sujetos ó mal conquistados (1).

Hecho este género de confederacion, se retiraron los caciques á sus casas, prontos á obedecer lo que se les ordenase; y Hernan Cortés trató de dar asiento á la villa rica de la Vera-Cruz, que hasta entonces se movia con el ejército, aunque observaba sus distinciones de república. Eligióse el sitio en lo llano, entre la mar y Quiabislan, media legua de esta poblacion, tierra que convidaba con su fertilidad; abundante de agua y copiosa de árboles, cuya vecindad facilitaba el corte de madera para los edificios. Abriéronse las zanjas, empezando por el templo: repartiéronse los oficiales carpinteros y albañiles que venian con plaza de soldados, y ayudando los indios de Zempoala y Quiabislan con igual maña y actividad, se fueron levantando las casas de humilde arquitectura que miraban mas al cubierto que á la comodidad. Formóse luego el recinto de la muralla con sus traveses de tapia corpulenta; bastante reparo contra las armas de los indios; y en aquella tierra tuvo alguna propiedad al nombre que se le dió de fortaleza. Asistian á la obra con la mano y con el hombro los soldados principales del ejército; y trabajaba como todos Hernan Cortés, pendiente al parecer de su tarea, ó no contento con aquella escasa diligencia que basta en el superior para el ejemplo.

Entre tanto llegaron á Méjico los primeros avisos de

(1) Segun Cortés, en Zempoala y las sierras comarcanas habia 50,000 combatientes.

que estaban los españoles en Zempoala, admitidos por aquel cacique, hombre á su parecer de fidelidad sospechosa, y de vecinos poco seguros; cuya noticia irritó de suerte á Motezuma que propuso juntar sus fuerzas, y salir personalmente á castigar este delito de los zempoales, y poner debajo del yugo á las demas naciones de la serranía; prendiendo vivos á los españoles destinados ya en su imaginacion para un solemne sacrificio de sus dioses.

Pero al mismo tiempo que se empezaban á disponer las grandes prevenciones de esta jornada, llegaron á Méjico los dos indios que despachó Cortés desde Quiabislan, y refirieron el suceso de su prision, y que debian su libertad al caudillo de los estranjeros, y el haberlos puesto en camino para que le representasen cuánto deseaba la paz, y cuán lejos estaba su ánimo de hacerle algun deservicio; encareciendo su benignidad y mansedumbre con tanta ponderacion, que pudiera conocerse de las alabanzas que daban á Cortés el miedo que tuvieron á los caciques.

Mudaron semblante las cosas con esta novedad: mitigóse la ira de Motezuma: cesaron las prevenciones de la guerra, y se volvió á tentar el camino del ruego, procurando desviar el intento de Cortés con nueva embajada y regalo, á cuyo temperamento se inclinó con facilidad; porque en medio de su irritacion y soberbia no podia olvidar las señales del cielo, y las respuestas de sus ídolos que miraba como agüeros de su jornada, ó por lo menos le obligaban á la dilacion del rompimiento, procurando entenderse con su temor; de manera que los hombres le tuviesen por prudencia, y los dioses por obsequio.

Llegó esta embajada cuando se hallaba perfeccionando la nueva poblacion y fortaleza de la Vera-Cruz. Vinieron con ella dos mancebos de poca edad sobrinos de Motezuma, asistidos de cuatro caciques ancianos que los encaminaban como consejeros, y los autorizaban con su respeto. Era lucido el acompañamiento, y traian un regalo de oro, pluma y algodon que valdria dos mil pesos. El razonamiento de los embajadores fue: «Que el grande emperador Mote» zuma, habiendo entendido la inobediencia de » aquellos caciques, y el atrevimiento de prender » y maltratar á sus ministros, tenia prevenido un » ejército poderoso para venir personalmente á casti» garlos; y lo habia suspendido por no hallarse obli» gado á romper con los españoles, cuya amistad de» seaba, y á cuyo capitan debia estimar y agradecer » la atencion de enviarle aquellos dos criados suyos, » sacándolos de prision tan rigurosa. Pero que des» pues de quedar con toda confianza de que obraria » lo mismo en la libertad de sus compañeros, no po» dia dejar de quejarse amigablemente de que un » hombre tan valeroso y tan puesto en razon se aco» modase á vivir entre sus rebeldes, haciéndolos » mas insolentes con la sombra de sus armas, y sien» do poco menos que aprobar la traicion el dar atre» vimiento á los traidores; por cuya consideracion le » pedia que se apartase luego de aquella tierra para » que pudiese entrar en ella su castigo sin ofensa de » su amistad: y con el mismo buen corazon le amo» nestaba que no tratase de pasar á su córte, por ser » grandes los estorbos y peligros de esta jornada.» En cuya ponderacion se alargaron con misteriosa proligidad, por ser esta la particular advertencia de su instruccion.

Hernan Cortés recibió la embajada y el regalo con respeto y estimacion; y antes de dar su respuesta, mandó que entrasen los cuatro ministros presos que hizo traer de la armada prevenidamente: y captando la benevolencia de los embajadores, con la accion de entregárselos bien tratados y agradecidos, les dijo en sustancia: «que el error de los caciques de Zem» poala y Quiabislan quedaba enmendado con la res» titucion de aquellos ministros, y él muy gustoso » de acreditar con ella su atencion, y dar á Motezu» ma esta primera señal de su obediencia: que no de» jaba de conocer y confesar el atrevimiento de la » prision, aunque pudiera disculparle con el esceso » de los mismos ministros: pues no contentos con los » tributos debidos á su corona, pedian con propia auto» ridad veinte indios de muerte para sus sacrificios: » dura proposicion, y abuso que no podian tolerar » los españoles por ser hijos de otra religion mas » amiga de la piedad y de la naturaleza: que él se » hallaba obligado de aquellos caciques, porque la » admitieron y albergaron en sus tierras, cuando sus » gobernadores Teutile y Pilpatoe le abandonaron » desabridamente, faltando á la hospitalidad y al de» recho de las gentes: accion que se obraria sin su » órden, y le seria desagradable; ó por lo menos él » lo debia entender así, porque mirando á la paz, » deseaba enflaquecer la razon de su queja: que » aquella tierra ni la serranía de los totonaques, no » se moverian en deservicio suyo, ni él se lo permi» tiria; porque los caciques estaban á su devocion, » y no saldrian de sus órdenes: por cuyo motivo se » hallaba en obligacion de interceder por ellos para » que se les perdonase la resistencia que hicieron á » sus ministros por la accion de haber admitido y » alojado su ejército; y que en lo demas solo podia » responder, que cuando consiguiese la dicha de » acercarse á sus pies, se conoceria la importancia » de su embajada: sin que le hiciesen fuerza los es» torbos y peligros que le representaban, porque los » españoles no conocian al temor; antes se azoraban » y encendian con los impedimentos, como enseña» ñados á grandes peligros, y hechos á buscar la » gloria entre ias dificultades.»

Con esta breve y resuelta oracion en que se debe notar la constancia de Hernan Cortés, y el arte con que procuraba dar estimacion á sus intentos, respondió á los embajadores que partieron muy agasajados y ricos de bujerías castellanas; llevando para su rey en forma de presente otra magnificencia del mismo género.

Reconocióse que iban cuidadosos de no haber conseguido que se retirase aquel ejército, á cuyo punto caminaban todas las líneas de su negociacion. Ganóse mucho crédito con esta embajada entre aquellas naciones, porque se confirmaron en la opinion de que venia en la persona de Hernan Cortés alguna deidad, y no de las menos poderosas; pues Motezuma, cuya soberbia se desdeñaba de doblar la rodilla en la presencia de sus dioses, le buscaba con aquel rendimiento, y solicitaba sus amistad con dádivas que á su parecer serian poco menos que sacrificios: de cuya notable aprension resultó que perdiesen mucha parte del miedo que tenian á su rey, entregándose con mayor sujecion á la obediencia de los españoles. Y hasta la desproporcion de semejante delirio fue menester para que una obra tan admirable como la que se intentaba con fuerzas tan limitadas, se fuese haciendo posible con estas permisiones del Altísimo sin dejarla toda en términos de milagro, ó en descrédito de temeridad.

CAPITULO XI.

Mueven los zempoales con engaño las armas de Hernan Cortés contra los de Zimpacingo sus enemigos: hácelos amigos, y deja reducida aquella tierra.

Poco despues vino á la Vera-Cruz el cacique de Zempoala en compañía de algunos indios principales que traia como testigos de su proposicion; y dijo á Hernan Cortés, que ya llegaba el caso de amparar y defender su tierra; porque unas tropas de gente mejicana habian hecho pie en Zimpacingo, lugar fuerte que distaria de allí poco menos de dos soles, y salian

á correr la campaña, destruyendo los sembrados, y haciendo en su distrito algunas hostilidades con que al parecer daban principio á su venganza. Hallábase Hernan Cortés empeñado en favorecer á los zempoales para mantener el crédito de sus ofertas: parecióle que no seria bien dejar consentido á sus ojos aquel atrevimiento de los mejicanos; y que en caso de ser algunas tropas avanzadas del ejército de Motezuma; convendria enviarlas escarmentadas; para que desanimasen á los de su nacion; á cuyo efecto determinó salir personalmente á esta faccion; entrando en el empeño con alguna ligereza, porque no conocia los engaños y mentiras de aquella gente (vicio capital entre los indios), y se dejó llevar de lo verosímil con poco exámen de la verdad. Ofreciòles que saldria luego con su ejército á castigar aquellos enemigos que turbaban la quietud de sus aliados, y mandando que le previniesen indios de carga para el bagage y la artillería, dispuso brevemente su marcha, y partió la vuelta de Zimpacingo con cuatrocientos soldados, dejando á los demas en el presidio de la Vera-Cruz.

Al pasar por Zempoala halló dos mil indios de guerra que le tenia prevenidos el cacique para que sirviesen debajo de su mano en esta jornada, divididos en cuatro escuadrones ó capitanías, con sus cabos, insignias y armas á la usanza de su milicia. Agradecióle mucho Hernan Cortés la providencia de este socorro; y aunque le dió á entender que no necesitaba de aquellos soldados suyos para una empresa de tan poco cuidado, los dejó ir por lo que sucediese, como quien se lo permitia para darles parte en la gloria del suceso.

Aquella noche se alojaron en unas estancias tres leguas de Zimpacingo, y otro dia á poco mas de las tres de la tarde se descubrió esta poblacion en lo alto de una colina, ramo de la sierra entre grandes peñas que escondian parte de los edificios, y amenazaban desde lejos con la dificultad del camino. Empezaron los españoles á vencer la aspereza del monte, no sin trabajo considerable, porque recelosos de dar en alguna emboscada, se iban doblando y desfilando á voluntad del terreno; pero los zempoales, ó mas diestros, ó menos embarazados en lo estrecho de las sendas, se adelantaron con un género de ímpetu que parecia valor, siendo venganza y latrocinio. Hallóse obligado Hernan Cortés á mandar que hiciesen alto, á tiempo que estaban ya dentro del pueblo algunas tropas de su vanguardia.

Fue prosiguiendo la marcha sin resistencia; y cuando ya se trataba de asaltar la villa por diferentes partes, salieron de ella ocho sacerdotes ancianos que buscaban al capitan de aquel ejército, á cuya presencia llegaron haciendo grandes sumisiones, y pronunciando algunas palabras humildes y asustadas que sin necesitar de los intérpretes sonaban á rendimiento. Era su traje ó su ornamento unas mantas negras, cuyos estremos llegaban al suelo, y por la parte superior se recogian y plegaban al cuello, dejando suelto un pedazo en forma de capilla con que abrigaban la cabeza, largo hasta los hombros el cabello, salpicado y endurecido con la sangre humana de los sacrificios, cuyas manchas conservaban supersticiosamente en el rostro y en las manos, porque no les era lícito lavarse: propios ministros de dioses inmundos, cuya torpeza se dejaba conocer en estas y otras deformidades.

Dieron principio á su oracion, preguntando á Cortés: «¿por qué resistencia, ó por qué delito merecian »los pobres habitadores de aquel pueblo inocente la »indignacion ó el castigo de una gente conocida ya »por su clemencia en aquellos contornos?» Respondióles: «que no trataba de ofender á los vecinos del »pueblo, sino de castigar á los mejicanos que se al»bergaban en él y salian á infestar las tierras de sus »amigos.»

A que replicaron: «que la gente de guerra meji»cana que asistia de guarnicion en Zimpacingo, se »habia retirado, huyendo la tierra adentro luego que »se divulgó la prision de los ministros de Motezuma, »ejecutada en Quiabislan; y que si venia contra ellos »por influencia ó sugestion de aquellos indios que le »acompañaban, tuviese entendido que los zempoa»les eran sus enemigos, y que le traian engaña»do, fingiendo aquellas correrías de los mejicanos »para destruirlos, y hacerle instrumento de su ven»ganza.»

Averiguóse fácilmente con la turbacion y frívolas disculpas de los mismos cabos zempoales que decian verdad estos sacerdotes; y Hernan Cortés sintió el engaño como desaire de sus armas, enojado á un tiempo con la malicia de los indios, y con su propia sinceridad; pero acudiendo con el discurso á lo que mas importaba en aquel caso, mandó prontamente que los capitanes Cristóbal de Olid y Pedro de Alvarado, fuesen con sus compañías á recoger los indios que se adelantaron á entrar en el pueblo, los cuales andaban ya cebados en el pillage, y tenian hecha considerable presa de ropa y alhajas y maniatados algunos prisioneros. Fueron traidos al ejército, cargados afrentosamente de su mismo robo, y venian en su alcance los miserables despojados clamando por su hacienda; para cuya satisfaccion y consuelo mandó Hernan Cortés que se desatasen los prisioneros, y que la ropa se entregase á los sacerdotes para que la restituyesen á sus dueños. Y llamando á los capitanes y cabos de los zempoales, reprendió públicamente su atrevimiento con palabras de grande indignacion, dándoles á entender que habian incurrido en pena de muerte por el delito de obligarle á mover el ejército para conseguir su venganza: y haciéndose rogar de los capitanes españoles que tenia prevenidos para que le templasen y detuviesen, les concedió el perdon por aquella vez, encareciendo la hazaña de su mansedumbre; aunque á la verdad no se atrevió por entonces á castigarlos con el rigor que merecian, pareciéndole que entre aquellos nuevos amigos tenia sus inconvenientes la satisfaccion de la justicia, ó peligraban menos los escesos de la clemencia.

Hecha esta demostracion que le dió crédito con ambas naciones, ordenó que los zempoales se acuartelasen fuera del poblado, y él entró con sus españoles en el lugar, donde tuvo aplausos de libertador, y le visitaron luego en su alojamiento el cacique de Zimpacingo y otros del contorno, los cuales convidaron con su amistad y su obediencia, reconociendo por su rey al príncipe de los españoles, amado ya con fervorosa emulacion en aquella tierra, donde le iba ganando súbditos cierto género de razon que les suministraba entonces el aborrecimiento de Motezuma.

Trató despues de ajustar las disensiones que traian entre sí aquellos indios con los de Zempoala, cuyo principio fue sobre division de términos y celos de jurisdiccion que anduvo primero entre los caciques, y ya se habia hecho rencor de los vecinos, viviendo unos y otros en contínua hostilidad, para cuyo efecto dió forma en la composicion de sus diferencias; y tomando á su cuenta el beneplácito del señor de Zempoala, consiguió el hacerlos amigos, y tomó la vuelta de la Vera-Cruz, dejando adelantado su partido con la obediencia de nuevos caciques, y apagada la enemistad de sus parciales, cuya desunion pudiera embarazarle para servirse de ellos: con que sacó utilidad, y halló conveniencia en el mismo desacierto de su jornada; siendo este fruto que suelen producir los errores, uno de los desengaños de la prudencia humana, cuyas disposiciones se quedan las mas veces en la primera region de las cosas.

CAPITULO XII.

Vuelven los españoles á Zempoala, donde se consigue el derribar los ídolos con alguna resistencia de los indios, y queda hecho templo de nuestra Señora el principal de sus adoratorios.

Estaba el cacique de Zempoala esperando á Cortés en una casería poco distante de su pueblo con grande prevencion de vituallas y manjares, para dar un refresco á su gente; pero muy avergonzado y pesaroso de que se hubiese descubierto su engaño. Quiso disculparse, y Hernan Cortés no se lo permitió diciéndole que ya venia desenojado, y que solo deseaba la enmienda, única satisfaccion de los delitos perdonados. Pasaron luego al lugar donde le tenia prevenido segundo presente de ocho doncellas, vistosamente adornadas: era la una sobrina suya, y la traia destinada para que Hernan Cortés le honrase recibiéndola por su mujer; y las otras para que las repartiese á sus capitanes como le pareciese: haciendo este ofrecimiento como quien deseaba estrechar su amistad con los vínculos de la sangre. Respondióle que estimaba mucho aquella demostracion de su voluntad y de su ánimo; pero que no era lícito á los españoles el admitir mujeres de otra religion, por cuya causa suspendia el recibirlas hasta que fuesen cristianas. Y con esta ocasion le apretó de nuevo en que dejase la idolatría, porque no podia ser buen amigo suyo quien se quedaba su contrario en lo mas esencial; y como le tenia por hombre de razon, entró con alguna confianza en el intento de convencerle y reducirle; pero él estuvo tan lejos de abrir los ojos, ó sentir la fuerza de la verdad, que fiado en la presuncion de su entendimiento, quiso argumentar en defensa de sus dioses, y Hernan Cortés se enfadó con él, dejándose llevar del celo de la religion, y le volvió las espaldas con algun desabrimiento.

Ocurrió en esta sazon una de las festividades mas solemnes de sus ídolos; y los zempoales se juntaron, no sin algun recato de los españoles, en el principal de sus adoratorios, donde se celebró un sacrificio de sangre humana, cuya horrible funcion se ejecutaba por mano de los sacerdotes con las ceremonias que veremos en su lugar. Vendíanse despues á pedazos aquellas víctimas infelices, y se compraban y apetecian como sagrados manjares: bestialidad abominable en la gula, y peor en la devocion. Vieron parte de este destrozo algunos españoles que vinieron á Cortés con la noticia de su escándalo; y fue tan grande su irritacion, que se le conoció luego en el semblante la piadosa turbacion de su ánimo. Cesaron á vista de mayor causa los motivos que obligaron á conservar aquellos confederados; y como tiene tambien sus primeros ímpetus la ira cuando se acompaña con la razon, prorumpió en amenazas, mandando que tomasen las armas sus soldados, y que le llamasen al cacique y á los demas indios principales que solian asistirle; y luego que llegaron á su presencia, marchó con ellos al adoratorio, llevando en órden su gente.

Salieron á la puerta de él los sacerdotes que estaban ya recelosos del suceso, y á grandes voces empezaron á convocar el pueblo en defensa de sus dioses; á cuyo tiempo se dejaron ver algunas tropas de indios armados, que segun se entendió despues, habian prevenido los mismos sacerdotes, porque temieron alguna violencia, dando por descubierto el sacrificio que tanto aborrecian los españoles. Era de alguna consideracion el número de la gente que iba ocupando las bocas de las calles; pero Hernan Cortés, poco embarazado en estos accidentes, mandó que doña Marina dijese en voz alta, que á la primera flecha que disparasen, haria degollar al cacique y á los demas zempoales que tenia en su poder, y despues daria permision á sus soldados para que castigasen á sangre y fuego aquel atrevimiento. Temblaron los indios al terror de semejante amenaza; y temblando como todos el cacique, mandó á grandes voces que dejasen las armas y se retirasen, cuyo precepto se ejecutó apresuradamente, conociéndose en la prontitud con que desaparecieron lo que deseaba su temor parecer obediencia.

Quedóse Hernan Cortés con el cacique y con los de su séquito, y llamando á los sacerdotes, oró contra la idolatría con mas que militar elocuencia: «animólos »para que no le oyesen atemorizados: procuró servir- »se de los términos suaves, y que callase la violencia »donde hablaba la razon: lastimóse con ellos del engaño »en que vivian: quejóse de que siendo sus amigos, »no le diesen crédito en lo que mas les importaba: »ponderóles lo que deseaba su bien; y de las caricias »que hablan con el corazon, pasó á los motivos que »hablaban con el entendimiento: hízoles manifiesta »demostracion de sus errores: púsoles delante, casi »en forma visible, la verdad; y últimamente les dijo »que venia resuelto á destruir aquellos simulacros del »demonio y que esta obra le seria mas acepta, si ellos »mismos la ejecutasen por sus manos:» á cuyo intento los persuadia y animaba para que se subiesen por las gradas del templo á derribar los ídolos; pero ellos se contristaron de manera con esta proposicion, que solo respondian con el llanto y el gemido, hasta que arrojándose en tierra, dijeron á grandes voces que primero se dejarian hacer pedazos, que poner las manos en sus dioses. No quiso Hernan Cortés empeñarse demasiado en esta circunstancia que tanto resistian; y así mandó que sus soldados lo ejecutasen; por cuya diligencia fueron arrojados desde lo alto de las gradas, y llegaron al pavimento hechos pedazos el ídolo principal y sus colaterales, seguidos y atropellados de sus mismas aras, y de los instrumentos detestables de su adoracion. Fue grande la conmocion y el asombro de los indios: mirábanse unos á otros como echando menos el castigo del cielo, y á breve rato sucedió lo mismo que en Cozumel; porque viendo á sus dioses en aquel abatimiento, sin poder ni actividad para vengarse, les perdieron el miedo, y conocieron su flaqueza: al modo que suele conocer el mundo los engaños de su adoracion en la ruina de sus poderosos.

Quedaron con esta esperiencia los zempoales mas fáciles á la persuasion, y mas atentos á la obediencia de los españoles; porque si antes los miraban como sugetos de superior naturaleza, ya se hallaban obligados á confesar que podian mas que sus dioses. Y Hernan Cortés, conociendo lo que habia crecido con ellos su autoridad, les mandó que limpiasen el templo, cuya órden se ejecutó con tanto fervor y alegría, que afectando su desengaño, arrojaban al fuego los fragmentos de sus ídolos. Ordenó luego el cacique á sus arquitectos que rozasen las paredes, borrando las manchas de sangre humana que se conservaban como adorno. Blanqueáronse despues con una capa de aquel yeso resplandeciente que usaban en sus edificios, y se fabricó un altar, donde se colocó una imágen de nuestra Señora, con algunos adornos de flores y luces; y el dia siguiente se celebró el santo sacrificio de la misa con la mayor solemnidad que fue posible, á vista de muchos indios que asistian á la novedad, mas admirados que atentos, aunque algunos doblaban la rodilla, y procuraban remedar la devocion de los españoles.

No hubo lugar entonces de instruirlos con fundamento en los principios de la religion, porque pedia mas espacio su rudeza; y Hernan Cortés llevaba intento de empezar tambien su conquista espiritual desde la córte de Motezuma; pero quedaron inclinados al desprecio de sus ídolos, y dispuestos á la veneracion de aquella santa imágen, ofreciendo que la tendrian por su abogada, para que los favoreciese el Dios de los cristianos; cuyo poder reconocian ya por

los efectos, y por algunas vislumbres de la luz natural, bastantes siempre á conocer lo mejor, y á sentir la fuerza de los auxilios con que asiste Dios á todos los racionales.

Y no es de omitir la piadosa resolucion de un soldado anciano que se quedó solo entre aquella gente mal reducida, para cuidar del culto de la imágen, coronando su vejez con este santo ministerio; llamábase Juan de Torres, natural de la ciudad de Córdoba. Accion verdaderamente digna de andar con el nombre de su dueño, y virtud de soldado en que hubo mucha parte de valor.

CAPITULO XIII.

Vuelve el ejército á la Vera-Cruz: despáchanse comisarios al rey con noticia de lo que se habia obrado: sosiégase otra sedicion con el castigo de algunos delincuentes, y Hernan Cortés ejecuta la resolucion de dar al traves con la armada.

Partieron luego los españoles de Zempoala, cuya poblacion se llamó unos dias la Nueva Sevilla, y cuando llegaron á la Vera-Cruz, acababa de arribar al paraje donde estaba surta la armada, un bajel de poco porte que venia de la isla de Cuba, á cargo del capitan Francisco de Saucedo, natural de Medina de Rioseco, á quien acompañaba el capitan Luis Marin, que lo fue despues en la conquista de Méjico, y traian diez soldados, un caballo y una yegua, que en aquella ocurrencia se tuvo á socorro considerable. Omitieron nuestros escritores el intento de su viaje; y en esta duda parece lo mas verosímil que saliesen de Cuba con ánimo de buscar á Cortés para seguir su fortuna: á que persuade la misma facilidad con que se incorporaron en su ejército. Súpose por este medio que el gobernador Diego Velazquez quedaba nuevamente encendido en sus amenazas contra Hernan Cortés, porque se hallaba con título de adelantado de aquella isla, y con despachos reales para descubrir y poblar, obtenidos por la negociacion de un capellan suyo que habia despachado á la córte para esta y otras pretensiones, cuya merced la tenia inexorable ó persuadido á que su mayor autoridad era nueva razon de su queja.

Pero Hernan Cortés, empeñado ya en mayores pensamientos, trató esta noticia como negocio indiferente, aunque le apresuró algo en la resolucion de dar cuenta al rey de su persona: para cuyo efecto dispuso que la Vera-Cruz, en nombre de villa, formase una carta, poniendo á los pies de S. M. aquella nueva república, y refiriendo por menor los sucesos de la jornada; las provincias que estaban ya reducidas á su obediencia; la riqueza, fertilidad y abundancia de aquel nuevo mundo; lo que se habia conseguido en favor de la religion, y lo que se iba disponiendo en órden á reconocer lo interior del imperio de Motezuma. Pidió encarecidamente á los capitulares del ayuntamiento, que sin omitir las violencias intentadas por Diego Velazquez y su poca razon, ponderasen mucho el valor y constancia de aquellos españoles, y les dejó el campo abierto para que hablasen de su persona como cada uno sintiese. No seria modestia, sino fiar de su mérito mas que de sus palabras, y desear que se alargasen ellos con mejor tinta en sus alabanzas, que á nadie suenan mal sus mismas acciones bien ponderadas, y mas en esta profesion militar, donde se usan unas virtudes poco desengañadas, que se pagan de su mismo nombre.

La carta (1) se escribió en forma conveniente, cuya conclusion fue pedir á S. M. que le enviase el nombramiento de capitan general de aquella empresa, revalidando el que tenia de la villa y ejército, sin dependencia de Diego Velazquez; y él escribió en la misma sustancia, hablando con mas fundamento en las esperanzas que tenia de traer aquel imperio á la obediencia de S. M., y en lo que iba disponiendo para contrastar el poder de Motezuma con su misma tiranía.

Formados los despachos, se cometió á los capitanes Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo esta legacía; y se dispuso que llevasen al rey todo el oro y alhajas de precio y curiosidad que se habian adquirido, así de los presentes de Motezuma, como de los rescates y dádivas de los otros caciques, cediendo su parte los oficiales y soldados, para que fuese mas cuantioso el regalo: llevaron tambien algunos indios que se ofrecieron voluntarios á este viaje; primicias de aquellos nuevos vasallos que se iban conquistando: y Hernan Cortés envió regalo aparte para su padre Martin Cortés: digno cuidado entre las demas atenciones suyas. Fletóse luego el mejor navío de la armada: encargóse el regimiento de la navegacion al piloto mayor Anton de Alaminos; y cuando llegó el dia señalado para la embarcacion, se encomendó al favor divino el acierto del viaje con una misa solemne del Espíritu Santo; y con este feliz auspicio se hicieron á la vela en diez y seis de julio de mil quinientos diez y nueve, con órden precisa de seguir su derrota la vuelta de España, procurando tomar el canal de Bahama, sin tocar en la isla de Cuba, donde se debian recelar como peligro evidente las asechanzas de Diego Velazquez.

En el tiempo que se andaban tratando las prevenciones de esta jornada, se inquietaron nuevamente algunos soldados y marineros, gente de pocas obligaciones, tratando de escaparse para dar aviso á Diego Velazquez de los despachos y riquezas que se remitian al rey en nombre de Cortés: y era su ánimo adelantarse con esta noticia, para que pudiese ocupar los pasos y apresar el navío, á cuyo fin tenian ya ganados los marineros de otro, y prevenido en él todo lo necesario para su viaje; pero la misma noche de la fuga se arrepintió uno de los conjurados que se llamaba Bernardino de Coria. Iba con los demas á embarcarse, y conociendo desde mas cerca la fealdad de su delito, se apartó cautelosamente de sus compañeros, y vino con el aviso á Cortés. Tratóse luego del remedio, y se dispuso con tanto secreto y diligencia, que fueron aprehendidos todos los cómplices en el mismo bajel sin que pudiesen negar la culpa que cometian. Y Hernan Cortés la tuvo por digna de castigo ejemplar, desconfiando ya de su misma benignidad. Sustancióse en breve la causa, y se dió pena de muerte á dos de los soldados que fueron promovedores del trato, y de azotes á otros dos que tuvieron contra sí la reincidencia; los demas se perdonaron como persuadidos ó engañados: pretesto de que se valió Cortés para no deshacerse de todos los culpados; aunque ordenó tambien que al marinero principal del navío destinado para la fuga, se le cortase uno de los pies. Sentencia estraordinaria, y en aquella ocasion conveniente, para que no se olvidase con el tiempo la culpa que mereció tan severo castigo: materia en que necesita de los ojos la memoria, porque retiene con dificultad las especies que duelen á la imaginacion.

Bernal Diaz del Castillo, y á su imitacion Antonio de Herrera, dicen que tuvo la culpa en este delito el licenciado Juan Diaz, y que por el respeto del sacerdocio no se hizo con él la demostracion que merecia. Pudiera valerle contra sus plumas esta inmunidad, particularmente cuando es cierto que en una carta que escribió Hernan Cortés al emperador en treinta de octubre de mil quinientos veinte, cuyo contesto debemos á Juan Bautista Ramusio en sus navegaciones, no hace mencion de este sacerdote, aunque nombra todos los

(1) Esta carta, escrita en 10 de julio de 1519, contenia la relacion circunstanciada de todo lo descubierto hasta aquella fecha. Robertson equivoca esta data, tomando la del dia de la partida de los dos comisionados, que fue el 16 del mismo mes.

cómplices de la misma sedicion; ó no seria verdad el delito que se le imputa, ó tendremos para no creerlo la razon que él tuvo para callarlo.

El dia que se ejecutó la sentencia se fué Cortés con algunos de sus amigos á Zempoala, donde le asaltaron varios pensamientos. Púsole en gran cuidado el atrevimiento de estos soldados: mirábale como resulta de las inquietudes pasadas, y como centella de incendio mal apagado: llegaba ya el caso de pasar adelante con su ejército, y era muy probable la necesidad de medir sus fuerzas con las de Motezuma; obra desigual para intentada con gente desunida y sospechosa. Discurria en mantenerse algunos dias entre aquellos caciques amigos, en divertir su ejército á menores empresas, en hacer nuevas poblaciones que se diesen la mano con la Vera-Cruz; pero en todo hallaba inconvenientes: y de esta misma turbacion de su espíritu nació una de las acciones en que mas se reconoce la grandeza de su ánimo. Resolvióse á deshacer la armada y romper todos los bajeles, para acabar de asegurarse de sus soldados, y quedarse con ellos á morir ó vencer; en cuyo dictámen hallaba tambien la conveniencia de aumentar el ejército con mas de cien hombres que se ocupaban en el ejercicio de pilotos y marineros. Comunicó esta resolucion á sus confidentes; y por su medio se dispuso, con algunas dádivas y con el secreto conveniente, que los mismos marineros publicasen á una voz que las naves se iban á pique sin remedio con el descalabro que habian padecido en la demora y mala calidad de quel puerto: sobre cuya deposicion cayó como providencia necesaria la órden que les dió Cortés, para que sacando á tierra el velámen, jarcias y tablazon que podia ser de servicio, diesen al traves con los buques mayores, reservando solamente los esquífes para el uso de la pesca: resolucion dignamente ponderada por una de las mayores de esta conquista; y no sabemos si de su género se hallará mayor alguna en todo el campo de las historias.

De Agatocles refiere Justino, que desembarcando con su ejército en las costas de Africa, encendió los bajeles en que le condujo, para quitar á sus soldados el auxilio de la fuga.

Con igual osadía ilustra Polieno la memoria de Timarco, capitan de los etolos. Y Quinto Fabio Máximo nos dejó entre sus advertencias militares otro incendio semejante, si creemos á la narracion de Frontino mas que al silencio de Plutarco. Pero no se disminuye alguna de estas hazañas en el ejemplo de las otras; y si consideramos á Hernan Cortés con menos gente que todos, en tierra mas distante y menos conocida, sin esperanza de humano socorro, entre unos bárbaros de costumbres tan feroces, y en la oposicion de un tirano tan soberbio y tan poderoso, hallaremos que fue mayor su empeño y mas heróica su resolucion; ó concediendo á estos grandes capitanes la gloria de ser imitados porque fueron primero, dejaremos á Cortés la de haber hallado sobre sus mismas huellas el camino de escederlos.

No es sufrible que Bernal Diaz del Castillo con su acostumbrada, no sabemos si malicia ó sinceridad, se quiera introducir á consejero de obra tan grande, usurpando á Cortés la gloria de haberla discurrido. «Le aconsejamos, dice, sus amigos, que no dejase »navío en el puerto, sino que diese al traves con »ellos.» Pero no supo entenderse con su ambicion, pues añadió poco despues: «y esta plática de dar al »traves con los navíos lo tenia ya concertado, sino »que quiso que saliese de nosotros:» con que solo se le debe el consejo, que llegó despues de la resolucion. Menos tolerable nota es la que puso Antonio de Herrera en la misma accion; pues asienta que se rompió la armada á instancia de los soldados, «y que fueron »persuadidos y solicitados por la astucia de Cortés,» término es suyo, «por no quedar él solo obligado á la »paga de los navíos, sino que el ejército los pagase.» No parece que Hernan Cortés se hallaba entonces en estado ni en paraje de temer pleitos civiles con Diego Velazquez; ni este modo de discurrir tiene conexion con los altos designios que se andaban forjando en su entendimiento: si tomó esta noticia del mismo Bernal Diaz, que lo presumió así, temeroso quizá de que le tocase alguna parte en la paga de los bajeles, pudiera desestimarla como una de sus murmuraciones, que ordinariamente pecan de interesadas; y si fue congetura suya, como lo da á entender, y tuvo á destreza de historiador el penetrar lo interior de las acciones que refiere, desautorizó la misma accion con la poca nobleza del motivo, y faltó á la proporcion atribuyendo efectos grandes á causas ordinarias (1).

CAPITULO XIV.

Dispuesta la jornada llega noticia de que andaban navíos en la costa: parte Cortés á la Vera-Cruz, y prende siete soldados de la armada de Francisco de Garay: dáse principio á la marcha y penetrada con mucho trabajo la sierra, entra el ejército en la provincia de Zocothlán.

Sintieron mucho algunos soldados este destrozo de la armada; pero se pusieron fácilmente en razon con la memoria del castigo pasado, y con el ejemplo de los que discurrian mejor. Tratóse luego de la jornada; y Hernan Cortés juntó su ejército en Zempoala, que constaba de quinientos infantes, quince caballos y seis piezas de artillería, dejando ciento cincuenta hombres y dos caballos de guarnicion en la Vera-Cruz, y por su gobernador al capitan Juan de Escalante, soldado de valor, muy diligente y de toda su confianza. Encargó mucho á los caciques del contorno que en su ausencia le obedeciesen y respetasen como á persona en quien dejaba toda su autoridad, y que cuidasen de asistirle con bastimentos y gente que ayudase en la fábrica de la iglesia y en las fortificaciones de la villa: á que se atendia, no tanto porque se temiese inquietud entre aquellos indios de la vecindad, como por el recelo de alguna invasion ó contratiempo de Diego Velazquez.

El cacique de Zempoala tenia prevenidos doscientos tamenes ó indios de carga para el bagaje, y algunas tropas armadas para agregar al ejército, de los cuales entresacó Hernan Cortés hasta cuatrocientos hombres, incluyendo en este número cuarenta ó cincuenta indios nobles, de los que mas suponian en aquella tierra; y aunque los trató desde luego como á soldados suyos, en lo interior de su ánimo los llevó como rehenes, librando en ellos la seguridad del templo que dejaba en Zempoala, de los españoles que quedaban en la Vera-Cruz, y de un page suyo de poca edad que dejó encargado al cacique para que aprendiese la lengua mejicana, por si le faltasen los intérpretes; adminículo en que se conoce su cuidado, y cuánto se alargaba con el discurso á todo lo posible de los sucesos.

Estando ya en órden las disposiciones de la marcha, llegó un correo de Juan Escalante con aviso de que andaban navíos en la costa de la Vera-Cruz, sin querer dar plática, aunque se habian hecho señas de paz y diferentes diligencias. No era este accidente para dejado á las espaldas; y así partió luego Hernan Cortés con algunos de los suyos á la Vera-Cruz; encargando el gobierno del ejército á Pedro de Alvarado y á Gonzalo de Sandoval. Estaba cuando llegó, uno de los bajeles sobre el ferro, al parecer en distancia considerable de la tierra, y á breve rato descubrió en la

(1) Al destruir Cortés sus naves, no tuvo otra razon sino la poca confianza en la constancia de sus soldados: las alteraciones que estos promovieron con deseo de regresar á Cuba, de que ya se ha hecho relacion, le hicieron conocer que solamente podia confiar en ellos quitándoles toda esperanza de salvacion, como no la buscasen en sus fuerzas y valor. El mismo Cortés lo da á entender así en sus relaciones.

costa cuatro españoles, que se acercaron sin recelo, dando á entender que le buscaban.

Era el uno de ellos escribano, y los otros venian para testigos de una notificacion que intentaron hacer á Cortés en nombre de su capitan. Traíanla por escrito, y contenia que Francisco Garay, gobernador de la isla de Jamáica, con la órden que tenia del rey, para descubrir y poblar, habia fletado tres navíos con doscientos y setenta españoles á cargo del capitan Alonso de Pineda, y tomado posesion de aquella tierra por la parte del rio de Panuco; y porque se trataba de hacer una poblacion cerca de Naothlan, doce ó catorce leguas al poniente, le intimaban y requerian que no se alargase con sus poblaciones por aquel paraje.

Respondió Hernan Cortés al escribano que no entendia de requerimientos, ni aquella era materia de autos judiciales: que el capitan viniese á verse con él, y se ajustaria lo mas conveniente. pues todos eran vasallos de un rey, y se debian asistir con igual obligacion á su servicio. Decíales que volviesen con este recado; y porque no salieron á ello, antes porfiaba el escribano con poca reverencia en que respondiese derechamente á su notificacion, los mandó prender, y se ocultó con su gente entre unas montañuelas de arena, frecuentes en aquella playa, donde estuvo toda la noche y parte del dia siguiente, sin que se moviese la nave, ni se conociese en ella otro designio que esperar á sus mensajeros, cuya suspension le obligó á probar con alguna estratajema si podia sacar la gente á tierra. Y lo primero que le ocurrió fue mandar que se desnudasen los presos, y que con sus vestidos se dejasen ver en la playa cuatro de sus soldados, haciendo llamada con las capas y otras señas. Lo que resultó de esta diligencia, fue venir en el esquife doce á catorce hombres armados con arcabuces y ballestas; pero como se retiraban los cuatro disfrazados por no ser conocidos, y respondian á sus voces recatando el rostro, no se atrevieron á desembarcar, y solo se prendieron tres que saltaron en tierra mas animosos ó menos advertidos, los demas se recogieron al navío, que con este desengaño levó sus áncoras y siguió su derrota. Dudó Hernan Cortés al principió si serian estos bajeles de Diego Velazquez, y temió que le obligasen á detenerse; pero le embarazaron poco los intentos de Francisco de Garay, mas fáciles de ajustar con el tiempo; y así volvió á Zempoala menos cuidadoso, y no sin alguna ganancia, pues llevó siete soldados mas á su ejército; que donde montaba tanto un español pareció felicidad, y se celebró como recluta.

Tratóse poco despues de la jornada; y al tiempo de partir se puso en órden el ejército formando un cuerpo de los españoles á la vanguardia, y otro de los indios en la retaguardia gobernados por Mamegí, Teuche y Tamellí, caciques de la serranía. Encargóse á los tamenes mas robustos la conduccion de la artillería, quedando los demas para el bagaje: y con esta ordenanza y sus batidores delante se dió principio á la marcha el dia diez y seis de agosto de este año. Fue bien recibido el ejército en los primeros tránsitos Jalapa, Socochima y Texucla, pueblos de la misma confederacion. Ibase derramando entre aquellos indios pacíficos la semilla de la religion, no tanto para informarlos de la verdad, como para dejarlos sospechosos de su engaño. Y Hernan Cortés, viéndolos tan dóciles y bien dispuestos, era de parecer que se dejase una cruz en cada pueblo por donde pasase el ejército, y quedase por lo menos introducida su adoracion; pero el padre fray Bartolomé de Olmedo y el licenciado Juan Diaz, se opusieron á este dictámen, persuadiéndole á que seria temeridad fiar la santa cruz de unos bárbaros mal instruidos, que podrian hacer alguna indecencia con ella, ó por lo menos la tratarian como á sus ídolos, si la venerasen supersticiosamente, sin saber el misterio de su representacion. Fue de su piedad el primer movimiento de la proposicion; pero de su entendimiento el conocer sin repugnancia la fuerza de la razon.

Entróse luego en lo áspero de la sierra; primera dificultad del camino de Méjico, donde padeció mucho la gente porque fue necesario marchar tres dias por una montaña inhabitable, cuyas sendas se formaban de precipicios. Pasaron á fuerza de brazos y de ingenio las piezas de artillería, y fatigaban mas las inclemencias del tiempo. Era destemplado el frio; recios y frecuentes los aguaceros; y los pobres soldados sin forma de abarracarse para pasar las noches, ni otro abrigo que el de sus armas, caminaban para entrar en calor, obligados á buscar el alivio en el cansancio. Faltaron los bastimentos, última calamidad en estos conflictos, y ya empezaba el aliento á porfiar con las fuerzas cuando llegaron á la cumbre. Hallaron en ella un adoratorio y gran cantidad de leña; pero no se detuvieron porque se descubrian de la otra parte algunas poblaciones cercanas, donde acudieron apresuradamente á guarecerse, y hallaron bastante comodidad para olvidar lo padecido.

Empezaba en este paraje la tierra de Zocothlan, provincia entónces dilatada y populosa, cuyo cacique residia en una ciudad del mismo nombre, situada en el valle donde terminaba la sierra. Dióle cuenta Hernan Cortés de su venida y designios, haciendo que se adelantasen con esta noticia dos indios zempoales, que volvieron brevemente con grata respuesta, y tardó poco en descubrirse la ciudad, poblacion grande que ocupaba el llano suntuosamente. Blanqueaban desde lejos sus torres (1) y sus edificios; y porque un soldado portugues la comparó á Castilblanco de Portugal, quedó unos dias con este nombre. Salió el cacique á recibir á Cortés con mucho acompañamiento; pero con un género de agasajo violento, que tenia mas de artificio que de voluntad. La acogida que se hizo al ejército fue poco agradable, desacomodado el alojamiento, limitada la asistencia de los víveres, y en todo se conocia el poco gusto del hospedage; pero Hernan Cortés disimuló su queja, y reprimió el sentimiento de sus soldados, por no desconfiar aquellos indios de la paz que les habia propuesto cuando trataba solo de pasar adelante, conservando la opinion de sus armas, sin detenerse á quedar mejor en los empeños menores.

CAPITULO XV.

Visita segunda vez el cacique de Zocothlan á Cortés: pondera mucho las grandezas de Motezuma: resuélvese el viaje por Tlascala, de cuya provincia y forma de gobierno se halla noticia en Xacacingo.

El dia siguiente repitió el cacique su visita, y vino á ella con mayor séquito de parientes y criados: llamábase Olinteth, y era hombre de capacidad, señor de muchos pueblos, y venerado por el mayor entre sus comarcanos. Adornóse Cortés para recibirle con todas las esterioridades que acostumbraba; y fue notable esta sesion, porque despues de agasajarle mucho, y satisfacer á la cortesía sin faltar á la gravedad le preguntó, creyendo hallar en él la misma queja que en los demas, «si era súbdito del rey de Méjico.» A que respondió prontamente: «¿pues hay alguno en »la tierra que no sea vasallo y esclavo de Motezuma?» Pudiera embarazarse Cortés de que le respondiesen con otra pregunta de arrojamiento, pero estuvo tan en sí, que no sin alguna irrision le dijo: «que sabia »poco del mundo; pues él y aquellos compañeros su»yos eran vasallos de otro rey tan poderoso, que tenia

(1) Ignoramos el sentido en que Solís usa la palabra *torres.* Las que nosotros llamamos así, no fueron conocidas de los americanos hasta que los españoles las construyeron en sus templos. Las de los indios tenian la forma de una pirámide truncada pero sin remate alguno.

»muchos súbditos mayores príncipes que Motezu-»ma.» No se alteró el cacique de esta proposicion, antes sin entrar en la disputa ni en la comparacion, pasó á referir las grandezas de su rey, como quien no queria esperar á que se las preguntasen, diciendo con mucha ponderacion: «que Motezuma era el mayor prín-»cipe que en aquel mundo se conocia: que no cabian »en la memoria ni en el número las provincias de su »dominio: que tenia su córte en una ciudad incontras-»table, fundada en el agua sobre grandes lagunas; que »la entrada era por algunos diques ó calzadas interrum-»pidas con puentes levadizos sobre diferentes aber-»turas, por donde se comunicaban las aguas. Enca-»reció mucho la inmensidad de sus riquezas, la fuerza »de sus ejércitos, y sobre todo la infelicidad de los que »no le obedecian, pues se llenaba con ellos el número »de sus sacrificios, y morian todos los años mas de »veinte mil hombres, enemigos ó rebeldes suyos, en »las aras de sus dioses (1).» Era verdad lo que afirmaba, pero la decia como encarecimiento, y se conocia en su voz la influencia de Motezuma, y que referia sus grandezas mas para causar espanto que admiracion.

Penetró Hernan Cortés lo interior de su razonamiento, y teniendo por necesario el brio para desarmar el aparato de aquellas ponderaciones, le respondió: «que ya traia bastante noticia del imperio y »grandezas de Motezuma, y que á ser menor prínci-»pe, no viniera de tierras tan distantes á introducir-»le en la amistad de otro príncipe mayor: que su »embajada era pacífica, y aquellas armas que le acom-»pañaban servian mas á la autoridad que á la fuerza; »pero que tuviesen entendido él y todos los caciques »de su imperio que deseaba la paz sin temer la guerra, »porque el menor de sus soldados bastaria contra »un ejército de su rey: que nunca sacaria la espada »sin justa provocacion; pero que una vez desnuda, »llevaré, dijo, á sangre y fuego cuanto se me pusiere »delante, y me asistirá la naturaleza con sus prodi-»gios, y el cielo con sus rayos, pues vengo á defender »su causa, desterrando vuestros vicios, los errores »de vuestra religion, y esos mismos sacrificios de »sangre humana, que referis como grandeza de vues-»tro rey.» Y luego á sus soldados, disolviendo la vista: «Esto, amigos, es lo que buscamos, grandes di-»ficultades y grandes riquezas: de las unas se hace la »fama, y de las otras la fortuna.» Con cuya breve oracion dejó á los indios menos orgullosos, y con nuevo aliento á los españoles; diciendo á unos y otros con poco artificio lo mismo que sentia, porque desde el principio de esta empresa puso Dios en su corazon una seguridad tan estraordinaria, que sin despreciar ni dejar de conocer los peligros, entraba en ellos como si tuviera en la mano los sucesos.

Cinco dias se detuvieron los españoles en Zocothlan, y se conoció luego en el cacique otro genero de atencion, porque mejoraron las asistencias del ejército, y andaba mas puntual en el agasajo de sus huéspedes. Dióle gran cuidado la respuesta de Cortés, y se conocia en él una especie de inquietud discursiva, que se formaba de sus mismas observaciones, como lo comunicó despues al padre fray Bartolomé de Olmedo. Juzgaba por una parte que no eran hombres los que se atrevian á Motezuma, y por otra que eran algo mas los que hablaban con tanto desprecio de sus dioses. Notaba con esta aprension la diferencia de los semblantes, la novedad de las armas, la estrañeza de los trajes, y la obediencia de los caballos: pareciéndole tambien que tenian los españoles superior razon en lo que discurrian contra la inhumanidad de sus sacrificios, contra la injusticia de sus leyes, y contra las permisiones de la sensualidad, tan desenfrenada entre aquellos bárbaros, que les eran lícitas las mayores injurias de la naturaleza; y de todos estos principios sacaba consecuencias su estimacion, para creer que residia en ellos alguna deidad: que no hay entendimiento tan incapaz, que no conozca la fealdad de los vicios, por mas que los abrace la voluntad y los desfigure la costumbre. Pero le tenia tan poseido el temor de Motezuma, que aun para confesar la fuerza que le hacian estas consideraciones, echaba menos su licencia. Contentóse con dar lo necesario para el sustento de la gente; y no atreviéndose á manifestar sus riquezas, anduvo escaso en los presentes; y fueron su mayor liberalidad cuatro esclavas, que dió á Cortés para la fábrica del pan, y veinte indios nobles que ofreció para que guiasen el ejército.

Movióse cuestion sobre el camino que se debia elegir para la marcha, y el cacique proponia el de la provincia de Cholula, por ser tierra pingüe y muy poblada; cuya gente mas inclinada á la mercancía que á las armas, daria seguro y acomodado paso al ejército; y aconsejaba con grande aseveracion que no se intentase la marcha por el camino de Tlascala (1), por ser una provincia que estaba siempre de guerra, y sus habitadores de tan sangrienta inclinacion, que ponian su felicidad en hacer y conservar enemigos. Pero los indios principales que gobernaban la gente de Zempoala, dijeron reservadamente á Cortés que no se fiase de este consejo, porque Cholula era una ciudad muy populosa, de gente poco segura, y que en ella y las poblaciones de su distrito se alojaban ordinariamente los ejércitos de Motezuma; siendo muy posible que aquel cacique los encaminase al riesgo con siniestra intencion, porque la provincia de Tlascala, por mas que fuese grande y belicosa, tenia confederacion y amistad con los totonaques y zempoales que venian en su ejército, y estaba en contínua guerra contra Motezuma: por cuyas dos consideraciones seria mas seguro el paso por su tierra, y en compañía de sus aliados perderian los españoles el horror de estranjeros. Pareció bien este discurso á Cortés, y hallando mayor razon para fiarse de los indios amigos, que de un cacique tan atento á Motezuma, mandó que marchase el ejército á la provincia de Tlascala, cuyos términos tardaron poco en descubrirse, porque confinaban con los de Zocothlan, y en los primeros tránsitos no se ofreció accidente de consideracion; pero despues se fueron hallando algunos rumores de guerra, y se supo que estaba la tierra puesta en armas, y secreto el designio de este movimiento; por cuya causa resolvió Hernan Cortés que se hiciese alto en un lugar de mediana poblacion, que se llamaba Xacacingo, para informarse mejor de esta novedad.

Era entonces Tlascala una provincia de numerosa poblacion, cuyo circuito pasaba de cincuenta leguas, tierra montuosa y desigual, compuesta de frecuentes collados, hijos al parecer de la montaña que se llama hoy la Gran Cordillera. Los pueblos, de fábrica menos hermosa que durable, ocupaban las eminencias donde tenian su habitacion, parte por aprovechar en su defensa las ventajas del terreno, y parte por dejar los llanos á la fertilidad de la tierra. Tuvieron reyes al principio, y duró su dominio algunos años, hasta que sobreviniendo unas guerras civiles, perdieron la inclinacion de obedecer, y sacudieron el yugo. Pero como el pueblo no se puede mantener por sí, enemi-

(1) Sin duda alguna exajeraba este cacique. Los historiadores, sin embargo, andan discordes acerca del número de víctimas humanas que se sacrificaban anualmente en Méjico Bernal Diaz, dice que subian á 2.000, cuyo número nos parece mas verosímil, aun cuando escediese en tiempo de guerra; porque sabido es que los prisioneros eran sacrificados irremisiblemente en las aras de los dioses.

(1) Cortés la llama *Trascalteca*. Débese leer *Tlaxcala*; teniendo presente que la *x* tenia entre los indios valor igual en su sonido que el que nosotros le damos actualmente. Por eso Cortés, remendando la pronunciacion de aquellos, escribe *Sicuengal* por *Xicotencal*.

go de la sujecion hasta que conoce los daños de la libertad, se redujeron á república, nombrando muchos príncipes para deshacerse de uno. Dividiéronse sus poblaciones en diferentes partidos ó cabeceras, y cada faccion nombraba uno de sus magnates que residiese en la córte de Tlascala, donde se formaba un senado, cuyas resoluciones obedecian: notable género de aristocracia, que hallada entre la rudeza de aquella gente, deja menos autorizados los documentos de nuestra política. Con esta forma de gobierno se mantuvieron largo tiempo contra los reyes de Méjico, y entonces se hallaban en su mayor pujanza, porque las tiranías de Motezuma aumentaban sus confederados, y ya estaban en su partido los otomíes, nacion bárbara entre los mismos bárbaros; pero muy solicitada para una guerra, donde no sabian diferenciar la valentía de la ferocidad.

Informado Cortés de estas noticias, y no hallando razon para despreciarlas, trató de enviar sus mensajeros á la república, para facilitar el tránsito de su ejército, cuya legacía encargó á cuatro zempoales de los que mas suponian, instruyéndolos por medio de doña Marina y Aguilar en la oracion que habian de hacer al senado, hasta que la tomaron casi de memoria, y los eligió de los mismos que le propusieron en Zocothlan el camino de Tlascala, para que llevasen á la vista su consejo, y fuesen interesados en el buen suceso de la misma negociacion.

CAPITULO XVI.

Parten los cuatro enviados de Cortés á Tlascala: dáse noticia del trage y estilo con que se daban las embajadas en aquella tierra, y de lo que discurrió la república sobre el punto de admitir de paz á los españoles.

ADORNÁRONSE luego los cuatro zempoales con sus insignias de embajadores, para cuya funcion se ponian sobre los hombros una manta ó beca de algodon torcida y anudada por los estremos; en la mano derecha una saeta larga con las plumas en alto, y en el brazo izquierdo una rodela de concha. Conocíase por las plumas de la saeta el intento de la embajada, porque las rojas anunciaban la guerra, y las blancas denotaban la paz, al modo que los romanos distinguian con diferentes símbolos á sus feciales y caduceadores. Por estas señas eran conocidos y respetados en los tránsitos; pero no podian salir de los caminos reales de la provincia donde iban, porque si los hallaban fuera de ellos perdian el fuero y la inmunidad, cuyas exenciones tenian por sacrosantas, observando religiosamente este género de fé pública, que inventó la necesidad, y puso entre sus leyes el derecho de las gentes.

Con estas insignias de su ministerio, entraron en Tlascala los cuatro enviados de Cortés, y conocidos por ellas, se les dió su alojamiento en la calpisca; llamábase así la casa que tenian deputada para el recibimiento de los embajadores: y el dia siguiente se convocó el senado para oirlos en una sala grande del consistorio, donde se juntaban á sus conferencias. Estaban los senadores sentados por su antigüedad sobre unos taburetes bajos de maderas estraordinarias, hechos de una pieza, que llamaban yopales; y luego que se dejaron ver los embajadores, se levantaron un poco de sus asientos, y los agasajaron con moderada cortesía. Entraron ellos con las saetas levantadas en alto, y las becas sobre las cabezas, que entre sus ceremonias era la de mayor sumision; y hecho el acatamiento al senado, caminaron poco á poco hasta la mitad de la sala, donde se pusieron de rodillas, y sin levantar los ojos, esperaron á que se les diese licencia para hablar. Ordenóles el mas antiguo que dijesen á lo que venian; y tomando asiento sobre sus mismas piernas, dijo uno de ellos á quien tocó la oracion por mas despejado:

«Noble república, valientes y poderosos tlascaltecas: el señor de Zempoala, y los caciques de la serranía, vuestros amigos y confederados, os envian salud; y deseando la fertilidad de vuestras cosechas y la muerte de vuestros enemigos, os hacen saber que de las partes del oriente, han llegado á su tierra unos hombres invencibles, que parecen deidades, porque navegan sobre grandes palacios, y manejan los truenos y los rayos, armas reservadas al cielo; ministros de otro Dios superior á los nuestros, á quien ofenden las tiranías y los sacrificios de sangre humana: que su capitan es embajador de un príncipe muy poderoso, que con impulso de su religion desea remediar los abusos de nuestra tierra, y las violencias de Motezuma; y habiendo redimido ya nuestras provincias de la opresion en que vivian, se halla obligado á seguir por vuestra república el camino de Méjico, y quiere saber en qué os tiene ofendidos aquel tirano, para tomar por suya vuestra causa, y ponerla entre las demas que justifican su demanda. Con esta noticia, pues, de sus designios, y con esta esperiencia de su benignidad, nos hemos adelantado á pediros y á amonestaros de parte de nuestros caciques y toda su confederacion, que admitais á estos estranjeros, como á bienhechores y aliados de vuestros aliados. Y de parte de su capitan, os hacemos saber que viene de paz: y solo pretende que le concedais el paso de vuestras tierras, teniendo entendido que desea vuestro bien, y que sus armas son instrumentos de la justicia y de la razon que defienden la causa del cielo: benignas por su propia naturaleza, y solo rigorosas con el delito y la provocacion.» Dicho esto, se levantaron los cuatro sobre las rodillas, y haciendo una profunda humillacion al senado, se volvieron á sentar como estaban para esperar la respuesta.

Confiriéronla entre sí brevemente los senadores, y uno de ellos les dijo en nombre de todos, que se admitia con toda gratitud la proposicion de los zempoales y totonaques sus confederados, pero que pedia mayor deliberacion lo que se debia responder al capitan de aquellos estranjeros: con cuya resolucion se retiraron los embajadores á su alojamiento, y el senado se encerró para discurrir en las dificultades ó conveniencias de aquella demanda. Ponderóse mucho al principio la importancia del negocio, digno á su parecer de grande consideracion, y luego fueron discordando los votos, hasta que se redujo á porfía la variedad de los dictámenes. Unos esforzaban que se diese á los estranjeros el paso que pedian; otros que se les hiciese guerra, procurando acabar con ellos de una vez, y otros que se les negase el paso, pero que se les permitiese la marcha por fuera de sus términos: cuya diferencia de pareceres duró con mas voces que resolucion, hasta que Magiscatzin, uno de los senadores, el mas anciano y de mayor autoridad en la república, tomó la mano, y haciéndose escuchar de todos, es tradicion que habló en esta sustancia.

«Bien sabeis, nobles y valerosos tlascaltecas, que fue revelado á nuestros sacerdotes en los primeros siglos de nuestra antigüedad, y se tiene hoy entre nosotros como punto de religion, que ha de venir á este mundo que habitamos, una gente invencible de las regiones orientales, con tanto dominio sobre los elementos, que fundará ciudades movibles sobre las aguas, sirviéndose del fuego y del aire para sujetar la tierra; y aunque entre la gente de juicio no se crea que han de ser dioses vivos, como lo entiende la rudeza del vulgo, nos dice la misma tradicion que serán unos hombres celestiales, tan valerosos, que valdrá uno por mil, y tan benignos, que tratarán solo de que vivamos segun razon y justicia. No puedo negaros que me ha puesto en gran cuidado lo que conforman estas señas con las de esos estranjeros que teneis en vuestra vecindad. Ellos vienen por el

»rumbo del oriente: sus armas son de fuego: casas »marítimas sus embarcaciones: de su valentía ya os »ha dicho la fama lo que obraron en Tabasco: su be»nignidad ya la veis en el agradecimiento de vuestros »mismos confederados; y si volvemos los ojos á esos »cometas y señales del cielo, que repetidamente nos »asombran, parece que nos hablan al cuidado, y vie»nen como avisos ó mensageros de esta gran novedad.

»¿Pues quién habrá tan atrevido y temerario, que si »es esta la gente de nuestras profecías, quiera probar »sus fuerzas con el cielo, y tratar como enemigos á »los que traen por armas sus mismos decretos? Yo



Sandoval.

»por lo menos temeria la indignacion de los dioses, »que castigan rigurosamente á sus rebeldes, y con »sus mismos rayos parece que nos están enseñando á »obedecer, pues habla con todos la amenaza del true»no, y solo se ve el estrago donde se conoció la resis»tencia. Pero yo quiero que se desestimen como ca»suales estas evidencias, y que los estranjeros sean »hombres como nosotros; ¿qué daño nos han hecho »para que tratemos de la venganza? ¿Sobre qué in»juria se ha de fundar esta violencia? Tlascala, que »mantiene su libertad con sus victorias, y sus victo»rias con la razon de sus armas ¿moverá una guerra »voluntaria que desacredite su gobierno y su valor? »Esta gente viene de paz, su pretension es pasar por »nuestra república, no lo intenta sin nuestra permi»sion; ¿pues dónde está su delito? ¿dónde nuestra »provocacion? Llegan á nuestros umbrales fiados en »la sombra de nuestros amigos; ¿y perderemos los »amigos por atropellar á los que desean nuestra amis»tad? ¿Qué dirán de esta accion los demas confede»rados? ¿Y qué dirá la fama de nosotros, si quinien»tos hombres nos obligan á tomar las armas? ¿Ganaráse »tanto en vencerlos, como se perderá en haberlos te»mido? Mi sentir es que los admitamos con benigni»dad, y se les conceda el paso que pretenden: si son »hombres, porque está de su parte la razon; y si son »algo mas, porque les basta para razon la voluntad de »los dioses.»

Tuvo grande aplauso el parecer de Magiscatzin, y todos los votos se inclinaban á seguirle por aclamacion, cuando pidió licencia para hablar uno de los senadores, que se llamaba Xicotencal, mozo de grande espíritu, que por su talento y hazañas ocupaba el puesto de general de las armas; y conseguida la licencia, y poco despues el silencio: «no en todos los »negocios, dijo, se debe á las canas la primera segu»ridad de los aciertos, mas inclinadas al recelo que »á la osadía, y mejores consejeras de la paciencia que »del valor. Venero como vosotros la autoridad y el »discurso de Magiscatzin, pero no estrañareis en mi »edad y en mi profesion otros dictámenes menos des»engañados, y no sé si mejores; que cuando se habla »de la guerra, suele ser engañosa virtud la prudencia, »porque tiene de pasion todo aquello que se parece al »miedo. Verdad es que se esperaban entre nosotros »esos reformadores orientales, cuya venida dura en »el vaticinio, y tarda en el desengaño. No es mi áni»mo desvanecer esta voz, que se ha hecho venerable »con el sufrimiento de los siglos; pero dejadme que »os pregunte ¿qué seguridad tenemos de que sean »nuestros prometidos esos estranjeros? ¿Es lo mis»mo caminar por el rumbo del oriente, que venir de »las regiones celestiales, que consideramos donde »nace el sol? Las armas de fuego y las grandes em»barcaciones que llamais palacios marítimos ¿no pue»den ser obra de la industria humana, que se admi»ran porque no se han visto? Y quizá serán ilusiones »de algun encantamento semejantes á los engaños de »la vista, que llamamos ciencia en nuestros agoreros. »Lo que obraron en Tabasco ¿fue mas que romper un »ejército superior? ¿Esto se pondera en Tlascala co»mo sobrenatural, donde se obran cada dia con la »fuerza ordinaria mayores hazañas? Y esa benignidad »que han usado con los zempoales ¿no puede ser ar»tificio para ganar á menos costa los pueblos? Yo por »lo menos la tendria por dulzura sospechosa de las »que regalan al paladar para introducir el veneno; »porque no conforma con lo demas que sabemos de »su codicia, soberbia y ambicion. Estos hombres (si »ya no son algunos mónstruos que arrojó la mar en »nuestras costas) roban nuestros pueblos, viven al »arbitrio de su antojo, sedientos del oro y de la plata, »y dados á las delicias de la tierra: desprecian nues»tras leyes: intentan novedades peligrosas en la jus»ticia y en la religion: destruyen los templos: despe»dazan las aras: blasfeman de los dioses ¿y se les da »estimacion de celestiales? ¿y se duda la razon de »nuestra resistencia? ¿y se escucha sin escándalo el »nombre de la paz? Si los zempoales y totonaques »los admitieron en su amistad, fue sin consulta de »nuestra república; y vienen amparados en una falta »de atencion que merece castigo en sus valedores. Y »esas impresiones del aire, y señales espantosas tan »encarecidas por Magiscatzin, antes nos persuaden á »que los tratemos como enemigos, porque siempre »denotan calamidades y miserias. No nos avisa el cie»lo con sus prodigios de lo que esperamos, sino de lo »que debemos temer: que nunca se acompañan de »errores sus felicidades, ni enciende sus cometas pa»ra que se adormezca nuestro cuidado y se deje estar

»nuestra negligencia. Mi sentir es que se junten nues»tras fuerzas y se acabe de una vez con ellos, pues »vienen á nuestro poder señalados con el índice de »las estrellas, para que los miremos como tiranos de »la patria y de los dioses; y librando en su castigo la »reputacion de nuestras armas, conozca el mundo que »no es lo mismo ser inmortales en Tabasco, que in»vencibles en Tlascala.»

Hicieron mayor fuerza en el senado estas razones que las de Magiscatzin, porque conformaban mas con la inclinacion de aquella gente, criada entre las armas, y llena de espíritus militares; pero vuelto á conferir el negocio, se resolvió, como temperamento de ambas opiniones, que Xicotencal juntase luego sus tropas, y saliese á probar la mano con los españoles, suponiendo que si los vencia, se lograba el crédito de la nacion y que si fuese vencido, quedaria lugar para que la república tratase de la paz, echando la culpa de este acometimiento á los otomíes, y dando á entender que fue desórden y contratiempo de su ferocidad; para cuyo efecto dispusieron que fuesen detenidos en prision disimulada los embajadores zempoales, mirando tambien á la conservacion de sus confederados; porque no dejaron de conocer el peligro de aquella guerra, aunque la intentaron con poco recelo: tan valientes, que fiaron de su valor el suceso; pero tan avisados, que perdieron de vista los accidentes de la otra fortuna.

CAPITULO XVII.

Determinan los españoles acercarse á Tlascala, teniendo á mala señal la detencion de sus mensajeros: pelean con un grueso de cinco mil indios que los esperaban emboscados, y despues con todo el poder de la república.

Ocho dias se detuvieron los españoles en Xacazingo esperando á sus mensajeros, cuya tardanza se tenia ya por novedad considerable. Y Hernan Cortés, con acuerdo de sus capitanes y parecer de los cabos zempoales, que tambien solia favorecerlos y confiarlos con oir su dictámen, resolvió continuar su marcha, y ponerse mas cerca de Tlascala para descubrir los intentos de aquellos indios, considerando que si estaban de guerra, como lo daban á entender los indicios antecedentes, confirmados ya con la detencion de los embajadores, seria mejor estrechar el tiempo á sus prevenciones y buscarlos en su misma ciudad, antes que lograsen la ventaja de juntar sus tropas, y acometer ordenados en la campaña. Movióse luego el ejército puesto en órden, sin que se perdonase alguna de las cautelas que suelen observarse cuando se pisa tierra de enemigos; y caminando entre dos montes, de cuyas faldas se formaba un valle de mucha amenidad, á poco mas de dos leguas se encontró una gran muralla que corria desde el un monte al otro, cerrando enteramente el camino: fábrica suntuosa y fuerte,



Pedro de Moron peleando en la batalla que queda prisionero.

que denotaba el poder y la grandeza de su dueño. Era de piedra labrada por lo esterior, y unida con argamasa de rara tenacidad. Tenia veinte pies de grueso, de alto estado y medio y remataba en un parapeto al modo que se practica en nuestras fortificaciones. La entrada era torcida y angosta, dividiéndose por aquella parte la muralla en dos paredes que se cruzaban circularmente por espacio de diez pasos. Súpose de los indios de Zocothlan que aquella fortaleza señalaba y dividia los términos de la provincia de Tlascala, cuyos antiguos la edificaron para defenderse de las invasiones enemigas; y fue dicha que no la ocupasen contra los españoles, ó porque no se les dió lugar para que saliesen á recibirlos en este reparo, ó porque se resolvieron á esperar en campo abierto para embestir con todas sus fuerzas, y quitar al ejército inferior la ventaja de pelear en lo estrecho.

Pasó la gente de la otra parte sin desórden ni dificultad, y vueltos á formar los escuadrones, se prosiguió la marcha poco á poco, hasta que saliendo á

tierra mas espaciosa descubrieron los batidores á larga distancia veinte ó treinta indios, cuyos penachos (ornamento de que solo usaban los soldados) daban á entender que habia gente de guerra en la campaña. Vinieron con el aviso á Cortés, y les ordenó que volviesen alargando el paso y procurasen llamarlos con señas de paz, sin empeñarse demasiado en seguirlos, porque el parage donde estaban era desigual y se ofrecian á la vista diferentes quiebras y ribazos, capaces de ocultar alguna emboscada. Partió luego en su seguimiento con ocho caballos, dejando á los capitanes órden para que avanzasen con la infantería sin apresurarla mucho, que nunca es acierto gastar en la diligencia el aliento del soldado, y entrar en la ocasion con gente fatigada.

Esperaron los indios en el mismo puesto á que se acercasen los caballos de los batidores, y sin atender á las voces y ademanes con que procuraban persuadirlos á la paz, volvieron las espaldas corriendo hasta incorporarse con una tropa que se descubria mas adelante, donde hicieron cara y se pusieron en defensa. Uniéronse al mismo tiempo los catorce caballos y cerraron con aquella tropa, mas para descubrir la campaña que porque se hiciese caso de su corto número; pero los indios resistieron el choque perdiendo poca tierra, y sirviéndose de sus armas tan valerosamente, que sin atender al daño que recibian hirieron dos soldados y cinco caballos. Salió entonces al socorro de los suyos la emboscada que tenian prevenida, y se dejó ver en lo descubierto un grueso de hasta cinco mil hombres, á tiempo que llegó la infantería y se puso en batalla el ejército para recibir el ímpetu con que venian cerrando los enemigos. Pero á la primera carga de las bocas de fuego conocieron el estrago de los suyos, y dieron principio á la fuga con retirarse apresuradamente, de cuya primera turbacion se valieron los españoles para embestir con ellos; y lo ejecutaron con tan buena órden y tanta resolucion, que á breve rato cedieron la campaña, dejando en ella muertos mas de sesenta hombres y algunos prisioneros. No quiso Hernan Cortés seguir el alcance porque iba declinando el dia, y porque deseaba mas escarmentarlos que destruirlos. Ocupáronse luego unas caserías que estaban á la vista, donde se hallaron algunos bastimentos, y se pasó la noche con alegría, pero sin descuido, reposando los unos en la vigilancia de los otros.

El dia siguiente se volvió á la marcha con el mismo acierto, y se descubrió segunda vez el enemigo, que con un grueso poco mayor que el pasado venia caminando mas presuroso que ordenado. Acercáronse á nuestro ejército sus tropas con grande orgullo y algazara, y sin proporcionarse con el alcance de sus flechas, dieron la carga inútilmente, y al mismo tiempo empezaron á retirarse, sin dejar de pelear á lo largo, particularmente los pedreros, que á mayor distancia se mostraban mas animosos. Conoció luego Hernan Cortés que aquella retirada tenia mas de estratagema que de temor, y receloso interiormente de mayor combate, fué siguiendo con su fuerza unida la huella del enemigo, hasta que vencida una eminencia que se interponia en el camino, se descubrió en lo llano de la otra parte un ejército que dicen pasaria de cuarenta mil hombres. Componíase de varias naciones, que se distinguian por los colores de las divisas y plumajes. Venian en él los nobles de Tlascala y toda su confederacion. Gobernábale Xicotencal, que como dijimos, tenia por su cuenta las armas de la república, y dependientes de su órden mandaban las tropas auxiliares sus mismos caciques ó sus mayores soldados.

Pudieran desanimarse los españoles de ver á su oposicion tan desiguales fuerzas; pero sirvió en esta ocasion la esperiencia de Tabasco, y Hernan Cortés se detuvo poco en persuadirlos á la batalla, porque se conocia en los semblantes y en las demostraciones el deseo de pelear. Empezaron luego á bajar la cuesta con alegre seguridad; y por ser la tierra quebrada y desigual, donde no se podian manejar los caballos, ni hacian efecto disparadas de alto abajo las bocas de fuego, se trabajó mucho en apartar al enemigo, que alargó algunas mangas para que disputasen el paso; pero luego que mejoraron de terreno los caballos y salió á lo llano parte de nuestra infantería, se despejó la campaña, y se hizo lugar para que bajase la artillería y acabase de afirmar el pie la retaguardia. Estaba el grueso del enemigo á poco mas que tiro de arcabuz, peleando solamente con los gritos y las amenazas; y apenas se movió nuestro ejército, hecha la señal de embestir, cuando se empezaron á retirar los indios con apariencias de fuga, siendo en la verdad segunda estratagema de que usó Xicotencal para lograr con el avance de los españoles la intencion que traia de cogerlos en medio y combatirlos por todas partes, como se esperimentó brevemente; porque apenas los reconoció distantes de la eminencia en que pudieran asegurar las espaldas, cuando la mayor parte de su ejército se abrió en dos alas, que corriendo impetuosamente ocuparon por ambos lados la campaña, y cerrando el círculo consiguieron el intento de sitiarlos á lo largo: fuéronse luego doblando con increible diligencia, y trataron de estrechar el sitio, tan cerrados y resueltos, que fue necesario dar cuatro frentes al escuadron y cuidar antes de resistir que de ofender, supliendo con la union y la buena ordenanza la desigualdad del número.

Llenóse el aire de flechas, herido tambien de las voces y del estruendo; llovian dardos y piedras sobre los españoles, y conociendo los indios el poco efecto que hacian sus armas arrojadizas, llegaron brevemente á los chuzos y las espadas. Era grande el estrago que recibian, y mayor su obstinacion: Hernan Cortés acudia con sus caballos á la mayor necesidad, rompiendo y atropellando á los que mas se acercaban. Las bocas de fuego peleaban con el daño que hacian y con el espanto que ocasionaban: la artillería lograba todos sus tiros, derribando el asombro á los que perdonaban las balas. Y como era uno de los primores de su milicia el esconder los heridos y retirar los muertos, se ocupaba en esto mucha gente y se iban disminuyendo sus tropas; con que se redujeron á mayor distancia y empezaron á pelear menos atrevidos; pero Hernan Cortés, antes que se reparasen ó rehiciesen para volver á lo estrecho, determinó embestir con la parte mas flaca de su ejército, y abrir el paso para ocupar algun puesto donde pudiese dar toda la frente al enemigo. Comunicó su intento á todos los capitanes, y puestos en ala sus caballos, seguidos á paso largo de la infantería, cerró con los indios, apellidando á voces el nombre de San Pedro. Resistieron al principio, jugando valerosamente sus armas; pero la ferocidad de los caballos, sobrenatural ó monstruosa en su imaginacion, los puso en tanto pavor y desórden, que huyendo á todas partes se atropellaban y herian unos á otros, haciéndose el mismo daño que recelaban.

Empeñóse demasiado en la escaramuza Pedro de Moron, que iba en una yegua muy revuelta y de grande velocidad, á tiempo que unos tlascaltecas principales, que se convocaron para esta faccion, viéndole solo cerraron con él, y haciendo presa en la misma lanza y en el brazo de la rienda, dieron tantas heridas á la yegua que cayó muerta, y en un instante le cortaron la cabeza, dicen que de una cuchillada: poco añaden á la sustancia los encarecimientos. Pedro de Moron recibió algunas heridas ligeras y le hicieron prisionero; pero fue socorrido brevemente de otros caballos, que con muerte de algunos indios consiguieron su libertad, y le retiraron al ejército, siendo este accidente poco favorable al intento que

se llevaba, porque se dió tiempo al enemigo para que se volviese á cerrar y componer por aquella parte; de modo que los españoles fatigados ya de la batalla, que duró por espacio de una hora, empezaron á dudar del suceso; pero esforzados nuevamente de la última necesidad en que se hallaban, se iban disponiendo para volver á embestir cuando cesaron de una vez los gritos del enemigo, y cayendo sobre aquella muchedumbre un repentino silencio, se oyeron solamente sus atabalillos y bocinas, que segun su costumbre tocaban á recoger, como se conoció brevemente, porque al mismo tiempo se empezaron á mover las tropas, y marchando poco á poco por el camino de Tlascala traspusieron por lo alto de una colina, y dejaron á sus enemigos la campaña.

Respiraron los españoles con esta novedad, que parecia milagrosa, porque no se hallaba causa natural á que atribuirla; pero supieron despues por medio de algunos prisioneros que Xicotencal ordenó la retirada, porque habiendo muerto en la batalla la mayor parte de sus capitanes, no se atrevió á manejar tanta gente sin cabos que la gobernasen. Murieron tambien muchos nobles, que hicieron costosa la faccion, y fue grande el número de los heridos; pero sobre tanta pérdida, y sobre quedar entero nuestro ejército, y ser ellos los que se retiraban, entraron triunfantes en su alojamiento, teniendo por victoria el no volver vencidos, y siendo la cabeza de la yegua toda la razon y todo el aparato del triunfo. Llevábala delante de sí Xicotencal sobre la punta de una lanza, y la remitió luego á Tlascala, haciendo presente al senado aquel formidable despojo de la guerra, que causó á todos grande admiracion, y fue despues sacrificada en uno de sus templos con estraordinaria solemnidad: víctima propia de aquellas aras, y menos inmunda que los mismos dioses que se honraban con ella.

De los nuestros quedaron heridos nueve ó diez soldados, y algunos zempoales, cuya asistencia fue de mucho servicio en esta ocasion, porque los hizo valientes el ejemplo de los españoles y la irritacion de ver despreciada y rota su alianza. Descubríase á poca distancia un lugar pequeño en sitio eminente que mandaba la campaña, y Hernan Cortés, atendiendo á la fatiga de su gente, y á lo que necesitaba de repararse, trató de ocuparle para su alojamiento; lo cual se consiguió sin dificultad, porque los vecinos le desampararon luego que se retiró su ejército, dejando en él abundancia de bastimentos, que ayudaron á conservar la provision y á reparar el cansancio. No se halló bastante comodidad para que estuviese toda la gente debajo de cubierto, pero los zempoales cuidaron del suyo fabricando brevemente algunas barracas; y el sitio que por naturaleza era fuerte, se aseguró lo mejor que fue posible con algunos reparos de tierra y fagina, en que trabajaron todos lo que restaba del dia, con tanto aliento y tan alegres, que al parecer descansaban en su misma diligencia, no porque dejasen de conocer el conflicto en que se hallaron ni diesen por acabada la guerra, sino porque reconocian al cielo todo lo que no esperaron de sus fuerzas, y viéndole ya declarado en su favor, se les hacia posible lo que poco antes tuvieron por milagroso.

CAPITULO XVIII.

Reháccse el ejército de Tlascala: vuelven á segunda batalla con mayores fuerzas, y quedan rotos y desbaratados por el valor de los españoles y por otro nuevo accidente que los puso en desconcierto.

En Tlascala fueron varios los discursos que se ocasionaron de este suceso: lloróse con pública demostracion la muerte de sus capitanes y caciques, y de este mismo sentimiento procedian contrarias opiniones: unos clamaban por la paz, calificando á los españoles con el nombre de inmortales; y otros prorumpian en oprobios y amenazas contra ellos, consolándose con la muerte de la yegua, única ganancia de la guerra: Magiscatzin se jactaba de haber prevenido el suceso, repitiendo á sus amigos lo que representó en el senado, y hablando en la materia como quien halla vanidad en el desaire de su consejo. Xicotencal desde su alojamiento pedia que se reforzase con nuevas reclutas su ejército, disminuyendo la pérdida, y sirviéndose de ella para mover á la venganza. Llegó á Tlascala en esta ocasion uno de los caciques confederados con diez mil guerreros de su nacion, cuyo socorro se tuvo á providencia de los dioses; y creciendo con las fuerzas el ánimo, resolvió el senado que se alistasen nuevas tropas y se prosiguiese con todo empeño la guerra.

Hernan Cortés, el dia siguiente á la batalla, trató solamente de mejorar sus fortificaciones y cerrar su cuartel, añadiendo nuevos reparos que se diesen la mano con las defensas naturales del sitio. Quisiera volver á las pláticas de la paz, y no hallaba camino de introducir negociacion, porque los cuatro mensageros zempoales que fueron llegando al ejército por diferentes sendas y rodeos, venian escarmentados y atemorizaban á los demas. Rompieron dichosamente una estrecha prision, donde los pusieron el dia que salió á la campaña Xicotencal, destinados ya para mitigar con su sangre los dioses de la guerra; y á vista de esta inhumanidad no parecia conveniente ni seria fácil esponer otros al mismo peligro.

Dábale cuidado tambien la misma quietud del enemigo, porque no se oia rumor de guerra en todo el contorno; y la retirada de Xicotencal tuvo todas las señales de quedar pendiente la disputa. Debia segun buena razon, mantener aquel puesto para su retirada en caso de haberla menester, y hallaba inconvenientes en esta misma resolucion, porque los indios interpretarian á falta de valor el encierro del cuartel: reparo digno de consideracion en una guerra donde se peleaba mas con la opinion que con la fuerza.

Pero atendiendo á todo como diligente capitan, resolvió salir otro dia por la mañana con alguna gente á tomar lengua, reconocer la campaña y poner en cuidado al enemigo; cuya faccion ejecutó personalmente con sus caballos y doscientos infantes, mitad españoles y mitad zempoales.

No dejamos de conocer que tuvo peligro esta faccion, conocidas las fuerzas del enemigo, y en tierra tan dispuesta para emboscadas. Pudiera Hernan Cortés aventurar menos su persona, consistiendo en ella la suma de las cosas: y en nuestro sentir no es digno de imitacion este ardimiento en los que gobiernan ejércitos, cuya salud se debe tratatar como pública, y cuyo valor nació para inspirado en otros corazones. Pudiéramos disculparle con diferentes ejemplos de varones grandes, que fueron los primeros en el peligro de las batallas, mandando con la voz lo mismo que obraban con la espada; pero mas obligados al acierto que á sus descargos, le dejaremos con esta honrada objeccion, que en la verdad es la mejor culpa de los capitanes.

Alargáronse á reconocer algunos lugares por el camino de Tlascala, donde hallaron abundante provision de víveres, y se hicieron diferentes prisioneros, por cuyo medio se supo que Xicotencal tenia su alojamiento dos leguas de allí, no lejos de la ciudad, y que andaba previniendo nuevas fuerzas contra los españoles, con cuya noticia se volvieron al cuartel, dejando hecho algun daño en las poblaciones vecinas; porque los zempoales, que obraban ya con propia irritacion, dieron al hierro y á la llama cuanto encontraron: esceso que reprendia Cortés no sin alguna flojedad, porque no le pesaba de que entendiesen los tlascaltecas cuán lejos estaba de temer la guerra quien los provocaba con la hostilidad.

Dióse luego libertad á los prisioneros de esta salida

haciéndoles todo aquel agasajo que pareció necesario, para que perdiesen el miedo á los españoles, y llevasen noticia de su benignidad. Mandó luego buscar entre los otros prisioneros que se hicieron el dia de la ocasion, los que pareciesen mas despiertos, y eligió dos ó tres para que llevasen un recado suyo á Xicotencal, cuya sustancia fue: «que se hallaba con »mucho sentimiento del daño que habia padecido su »gente en la batalla; de cuyo rigor tuvo la culpa quien »dió la ocasion, recibiendo con las armas á los que »venian proponiendo la paz: que de nuevo le reque»ria con ella, deponiendo enteramente la razon de su »enojo; pero que si no desarmaban luego y trataban »de admitirla, le obligarian á que los aniquilase y des»truyese de una vez, dando al escarmiento de sus ve»cinos el nombre de su nacion.» Partieron los indios con este mensage bien industriados y contentos, ofreciendo volver con la respuesta, y tardaron pocas horas en cumplir su palabra; pero vinieron sangrientos y maltratados, porque Xicotencal mandó castigar en ellos el atrevimiento de llevarle semejante proposicion, y no los hizo matar porque volviesen heridos á los ojos de Cortés; y llevando esta circunstancia mas de su resolucion, le digesen de su parte: «que al »primer nacimiento del sol se verian en campaña: »que su ánimo era llevarle vivo con todos los suyos á »las aras de sus dioses, para lisonjearlos con la sangre »de sus corazones; y que se lo avisaba desde luego »para que tuviese tiempo de prevenirse;» dando á entender que no acostumbraba disminuir sus victorias con el descuido de sus enemigos.

Causó mayor irritacion que cuidado en el ánimo de Cortés la insolencia del bárbaro; pero no desestimó su aviso ni despreció su consejo: antes con la primera luz del dia sacó su gente á la campaña, dejando en el cuartel la que le pareció necesaria para su defensa y alargándose poco mas de media legua, eligió puesto conveniente para recibir al enemigo con alguna ventaja, donde formó sus hileras segun el terreno y conforme á la esperiencia que ya se tenia de aquella guerra. Guarneció luego los costados con la artillería, midiendo y regulando sus ofensas: alargó sus batidores, y quedándose con los caballos para cuidar de los socorros, esperó el suceso, manifiesta en el semblante la seguridad del ánimo, sin necesitar mucho de su elocuencia para instruir y animar á sus soldados, porque venian todos alegres y alentados, hecha ya deseo de pelear la misma costumbre de vencer.

No tardaron mucho los batidores en volver con el aviso de que venia marchando el enemigo con un poderoso ejército, y poco mas en descubrirse su vanguardia. Fuese llenando la campaña de indios armados: no se alcanzaba con la vista el fin de sus tropas, escondiéndose ó formándose de nuevo en ellas todo el horizonte. Pasaba el ejército de cincuenta mil hombres (así lo confesaron ellos mismos), último esfuerzo de la república y de todos sus aliados, para coger vivos á los españoles y llevarlos maniatados, primero al sacrificio, y luego al banquete. Traian de novedad una grande águila de oro levantada en alto: insignia de Tlascala, que solo acompañaba sus huestes en las mayores empresas. Ibanse acercando con increible ligereza; y cuando estuvieron á tiro de cañon empezó á reprimir su celeridad la artillería, poniéndolos en tanto asombro, que se detuvieron un tanto neutrales entre la ira y el miedo; pero venciendo la ira, se adelantaron de tropel hasta llegar á distancia que pudieron jugar sus hondas y disipar sus flechas, donde los detuvo segunda vez el terror de los arcabuces y el rigor de las ballestas.

Duró largo tiempo el combate, sangriento de parte de los indios, y con poco daño de los españoles, porque militaba en su favor la diferencia de las armas, y el órden y concierto con que daban y recibian las cargas. Pero reconociendo los indios la sangre que perdian, y que los iba destruyendo su misma tardanza, se movieron de una vez, impelidos al parecer los primeros de los que venian detras, y cayó toda la multitud sobre los españoles y zempoales, con tanto ímpetu y desesperacion, que los rompieron y desbarataron, deshaciendo enteramente la union y buena ordenanza en que se mantenian; y fue necesario todo el valor de los soldados, todo el aliento y diligencia de los capitanes, todo el esfuerzo de los caballos y toda la ignorancia militar de los indios, para que pudiesen volverse á formar, como lo consiguieron á viva fuerza, con muerte de los que tardaron mas en retirarse.

Sucedió á este tiempo un accidente como el pasado, en que se conoció segunda vez la especial providencia con que miraba el cielo por su causa. Reconocióse gran turbacion en la batalla del campo enemigo, movíanse las tropas á diferentes partes, dividiéndose unos de otros, y volviendo contra sí las frentes y las armas; de que resultó el retirarse todos tumultuosamente, y el volver las espaldas en fuga deshecha los que peleaban en su vanguardia, cuyo alcance se siguió con moderada ejecucion, porque Hernan Cortés no quiso esponerse á que le volviesen á cargar lejos de su cuartel.

Súpose despues que la causa de esta revolucion, y el motivo de esta segunda retirada, fue que Xicotencal, hombre destemplado y soberbio, que fundaba su autoridad en la paciencia de los que le obedecian, reprendió con sobrada libertad á uno de los caciques principales, que servia debajo de su mano con mas de diez mil guerreros auxiliares: tratóle de cobarde y pusilánime, porque se detuvo cuando cerraron los demas; y él volvió por sí con tanta osadía, que llegó el caso á términos de rompimiento y desafío de persona á persona; y brevemente se hizo causa de toda la nacion, que sintió el agravio de su capitan, y se previno á su defensa; con cuyo ejemplo se tumultuaron otros caciques parciales del ofendido: y tomando resolucion de retirar sus tropas de un ejército donde se desestimaba su valor, lo ejecutaron con tanto enojo y celeridad, que pusieron en desórden y turbacion á los demas; y Xicotencal conociendo su flaqueza, trató solamente de ponerse en salvo, dejando á sus enemigos el campo y la victoria.

No es nuestro ánimo referir como milagro este suceso tan favorable y tan oportuno á los españoles; antes confesamos que fue casual la desunion de aquellos caciques, y fácil de suceder donde mandaba un general impaciente, con poca superioridad entre los confederados de su república; pero quien viere quebrantado y deshecho primera y segunda vez aquel ejército poderoso de innumerables bárbaros, obra negada ó superior á las fuerzas humanas, conocerá en esta misma casualidad la mano de Dios, cuya inefable sabiduría suele fabricar sus altos fines sobre contingencias ordinarias, sirviéndose muchas veces de lo que permite para encaminar lo mismo que dispone.

Fue grande el número de los indios que murieron en esta ocasion, y mayor el de los heridos (así lo referian ellos despues); y de los nuestros murió solo un soldado, y salieron veinte con algunas heridas de tan poca consideracion, que pudieron asistir á las guardias aquella misma noche. Pero siendo esta victoria tan grande, y mas llenamente admirable que la pasada, porque se peleó con mayor ejército y se retiró, deshecho el enemigo; pudo tanto en alguno de los soldados españoles la novedad de haberse visto rotos y desordenados en la batalla, que volvieron al cuartel melancólicos y desalentados con ánimo y semblante de vencidos. Eran muchos los que decian con poco recato, que no querian perderse de conocido por el antojo de Cortés, y que tratase de volverse á la Vera-Cruz, pues era imposible pasar adelante, ó lo ejecutarian ellos dejándole solo con su ambicion y su teme-

ridad. Entendiólo Hernan Cortés, y se retiró á su barraca sin tratar de reducirlos, hasta que se cobrasen de aquel reciente pavor, y tuviesen tiempo de conocer el desacierto de su proposicion; que en este género de males irritan mas que corrigen los remedios apresurados, siendo el temor en los hombres una pasion violenta que suele tener sus primeros ímpetus contra la razon.

CAPITULO XIX.

Sosiega Hernan Cortés la nueva turbacion de su gente: los de Tlascala tienen por encantadores á los españoles: consultan sus adivinos, y por su consejo los asaltan de noche en su cuartel.

Iba tomando cuerpo la inquietud de los malcontentos; y no bastando á reducirlos la diligencia de los capitanes, ni el contrario sentir de la gente de obligaciones, fue necesario que Hernan Cortés sacase la cara y tratase de ponerlos en razon: para cuyo efecto mandó que se juntasen en la plaza de armas todos los españoles, con pretesto de tomar acuerdo sobre el estado presente de las cosas: y acomodando cerca de sí á los mas inquietos (especie de favor en que iba envuelta la importancia de que le oyesen mejor) «poco »tenemos, dijo, que discurrir en lo que debe obrar »nuestro ejército, vencidas en poco tiempo dos bata»llas, en que se ha conocido igualmente vuestro valor »y la flaqueza de vuestros enemigos: y aunque no »suele ser el último afan de la guerra el vencer, pues »tiene sus dificultades el seguir la victoria, y debemos »todavía recatarnos de aquel género de peligros, que »andan muchas veces con los buenos sucesos, como »pensiones de la humana felicidad : no es este, ami»gos, mi cuidado; para mayor duda necesito de »vuestro consejo. Dícenme que algunos de nuestros »soldados vuelven á desear, y se animan á proponer »que nos retiremos. Bien creo que fundarán este dic»támen sobre alguna razon aparente; pero no es bien »que punto de tanta importancia se trate á manera »de murmuracion. Decid todos libremente vuestro »sentir; no desautoriceis vuestro celo tratándole co»mo delito; y para que discurramos todos sobre lo »que conviene á todos, considérese primero el esta»do en que nos hallamos, y resuélvase de una vez al»go que no se pueda contradecir. Esta jornada se in»tentó con vuestro parecer, y pudiera decir con vuestro »aplauso: nuestra resolucion fue pasar á la córte de »Motezuma: todos nos sacrificamos á esta empresa »por nuestra religion, por nuestro rey, y despues »por nuestra honra y nuestras esperanzas. Estos in»dios de Tlascala, que intentaron oponerse á nuestro »designio con todo el poder de su república y confe»deraciones, están ya vencidos y desbaratados. No es »posible, segun las reglas naturales, que tarden mu»cho en rogarnos con la paz ó cedernos el paso. Si »esto se consigue ¿ cómo crecerá nuestro crédito? »¿dónde nos pondrá la aprension de estos bárbaros, »que hoy nos coloca entre sus dioses? Motezuma, que »nos esperaba cuidadoso, como se ha conocido en la »repeticion y artificio de sus embajadas, nos ha de »mirar con mayor asombro, domados los tlascaltecas »que son los valientes de su tierra, y los que se man»tienen con las armas fuera de su dominio. Muy posi»ble será que nos ofrezca partidos ventajosos, te»miendo que nos coliguemos con sus rebeldes; y muy »posible que esta misma dificultad que hoy esperi»mentamos, sea el instrumento de que se vale Dios »para facilitar nuestra empresa probando nuestra »constancia : que no ha de hacer milagros con noso»tros sin servirse de nuestro corazon y nuestras ma»nos. Pero si volvemos las espaldas (y seremos los »primeros á quien desanimen las victorias) perdióse »de una vez la obra y el trabajo. ¿Qué podemos es»perar, ó qué no debemos temer? Esos mismos ven»cidos, que hoy están amedrentados y fugitivos, se »han de animar con nuestro desaliento, y dueños de »los atajos y asperezas de la tierra, nos han de per»seguir y deshacer en la marcha. Los indios amigos »que sirven á nuestro lado contentos y animosos, se »han de apartar de nuestro ejército y procurar esca»parse á sus tierras, publicando en ellas nuestro »vituperio. Los zempoales y totonaques, nuestros con»federados, que son el único refugio de nuestra reti»rada, han de conspirar contra nosotros, perdido el »gran concepto que tenian de nuestras fuerzas. Vuel»vo á decir que se considere todo con maduro conse»jo, y midiendo las esperanzas que abandonamos con »los peligros á que nos esponemos, propongais y de»libereis lo que fuere mas conveniente; que yo dejo »toda su libertad á vuestro discurso : y he tocado es»tos inconvenientes, mas para disculpar mi opinion »que para defenderla.» Apenas acabó Hernan Cortés su razonamiento cuando uno de los soldados inquietos conociendo la razon, levantó la voz diciendo á sus parciales: «amigos, nuestro capitan pregunta lo que »se ha de hacer, pero enseña preguntando : ya no es »posible retirarnos sin perdernos.»

Diéronse los demas por convencidos confesando su error; aplaudió su desengaño el resto de la gente, y se resolvió por aclamacion que se prosiguiese la empresa, quedando enteramente remediada por entonces la inquietud de aquellos soldados que apetecian el descanso de la isla de Cuba: cuya sinrazon fue una de las dificultades que mas trabajaron el ánimo y ejercitaron la constancia de Cortés en esta jornada.

Causó raro desconsuelo en Tlascala esta segunda rota de su ejército. Todos andaban admirados y confusos. El pueblo clamaba por la paz : los magnates no hallaban camino de proseguir la guerra : unos trataban de retirarse á los montes con sus familias: otros decian que los españoles eran deidades, inclinándose á que se les diese la obediencia con circunstancias de adoracion. Juntáronse los senadores para tratar del remedio; y empezando á discurrir por su mismo asombro, confesaron todos que las fuerzas de aquellos estranjeros no parecian naturales; pero no se acababan de persuadir á que fuesen dioses, teniendo por ligereza el acomodarse á la credulidad del vulgo, antes vinieron á recaer en el dictámen de que se obraban aquellas hazañas de tanta maravilla por arte de encantamiento, resolviendo que se debia recurrir á la misma ciencia para vencerlos, y desarmar un encanto con otro. Llamaron para este fin á sus magos y agoreros, cuya ilusoria facultad tenia el demonio muy introducida, y no menos venerada en aquella tierra. Comunicóseles el pensamiento del senado, y ellos asistieron á él con misteriosa ponderacion; y dando á entender que sabian la duda que se les habia de proponer, y que traian estudiado el caso de prevencion, dijeron : «que »mediante la observacion de sus círculos y adivina»ciones, tenian ya descubierto y averiguado el secreto »de aquella novedad, y que todo consistia en que los »españoles eran hijos del sol, producidos de su mis»ma actividad en la madre tierra de las regiones »orientales, siendo su mayor encantamiento la pre»sencia de su padre, cuya fervorosa influencia les »comunicaba un género de fuerza superior á la natura»leza humana, que los ponia en términos de inmor»tales. Pero que al trasponer por el occidente cesaba »la influencia, y quedaban desalentados y marchitos »como las yerbas del campo, reduciéndose á los lími»tes de la mortalidad de los otros hombres; por cuya »consideracion convendria embestirlos de noche, y »acabar con ellos antes que el nuevo sol los hiciese »invencibles.»

Celebraron mucho aquellos padres conscriptos la gran sabiduria de sus magos, dándose por satisfechos de que habian hallado el punto de la dificultad, y descubierto el camino de conseguir la victoria. Era con-

tra el estilo de aquella tierra el pelear de noche; pero como los casos nuevos tienen poco respeto á la costumbre; se comunicó á Xicotencal esta importante noticia, ordenándole que asaltase despues de puesto el sol el cuartel de los españoles, procurando destruirlos y acabarlos antes que volviese al oriente; y él empezó á disponer su faccion, creyendo con alguna disculpa la impostura de los magos, porque llegó á sus oidos autorizada con el dictámen de los senadores.

En este medio tiempo tuvieron los españoles diferentes reencuentros de poca consecuencia: dejáronse ver en las eminencias vecinas al cuartel algunas tropas del enemigo que huyeron antes de pelear, ó fueron rechazadas con pérdida suya. Hiciéronse algunas salidas á poner en contribucion los pueblos cercanos; donde se hacian buen pasage á los vecinos, y se ganaban voluntades y bastimentos. Cuidaba mucho Hernan Cortés de que no se relajase la disciplina y vigilancia de su gente con el ocio del alojamiento. Tenia siempre sus centinelas á lo largo; hacíanse las guardias con todo el rigor militar; quedaban de noche ensillados los caballos con las bridas en el arzon; y el soldado que se aliviaba de las armas, ó reposaba en ellas mismas, ó no reposaba: puntualidades que solo parecen demasiadas á los negligentes, y que fueron entonces bien necesarias; porque llegando la noche destinada para el asalto que tenian resuelto los de Tlascala, reconocieron las centinelas un grueso del enemigo que venia marchando la vuelta del alojamiento con espacio y silencio fuera de su costumbre. Pasó la noticia sin hacer ruido; y como cayó este accidente sobre la prevencion ordinaria de nuestros soldados, se coronó brevemente la muralla, y se dispuso con facilidad todo lo que pareció conveniente á la defensa.

Venia Xicotencal muy embebido en la fé de sus agoreros, creyendo hallar desalentados y sin fuerzas á los españoles, y acabar su guerra sin que lo supiese el sol; pero traia diez mil guerreros por si no se hubiesen acabado de marchitar. Dejáronle acercar los nuestros sin hacer movimiento, y él dispuso que se atacase por tres partes el cuartel, cuya órden ejecutaron los indios con presteza y resolucion; pero hallaron sobre sí tan poderosa y no esperada resistencia, que murieron muchos en la demanda, y quedaron todos asombrados con otro género de temor, hecho de la misma seguridad con que venian. Conoció Xicotencal, aunque tarde, la ilusion de sus agoreros, y conoció tambien la dificultad de su empresa; pero no se supo entender con su ira y con su corazon: y así ordenó que se embistiese de nuevo por todas partes, y se volvió al asalto, cargando todo el grueso de su ejército sobre nuestras defensas. No se puede negar á los indios el valor con que intentaron este género de pelear, nuevo en su milicia, por la noche y por la fortificacion. Ayudábanse unos á otros con el hombro y con los brazos para ganar la muralla, y recibian las heridas haciéndolas mayores con su mismo impulso, ó cayendo los primeros, sin escarmiento de los que venian detras. Duró largo rato el combate, peleando contra ellos tanto como nuestras armas su mismo desórden; hasta que desengañado Xicotencal de que no era posible á sus fuerzas lo que intentaba, mandó que se hiciese la seña de recoger; y trató de retirarse. Pero Hernan Cortés, que velaba sobre todo, luego que reconoció su flaqueza y vió que se apartaban atropelladamente de la muralla, echó fuera parte de su infantería y todos los caballos que tenia ya prevenidos con pretales de cascabeles, para que abultasen mas con el ruido y la novedad, cuyo repentino asalto puso en tanto pavor á los indios, que solo trataron de escapar sin hacer resistencia. Dejaron considerable número de muertos en la campaña, con algunos heridos que no pudieron retirar, y de los españoles quedaron solo heridos dos ó tres soldados, y muerto uno de los zempoales: suceso que pareció tambien milagroso considerada la multitud innumerable de flechas, dardos y piedras que se hallaron dentro del recinto; y victoria, que por su facilidad y poca costa, se celebró con particular demostracion de alegría entre los soldados: aunque no sabian entonces cuánto les importaba el haber sido valientes de noche, ni la obligacion en que estaban á los magos de Tlascala; cuyo desvarío sirvió tambien en esta obra, porque levantó á lo sumo el crédito de los españoles, y les facilitó la paz, que es el mejor fruto de la guerra.

CAPITULO XX.

Manda el senado á su general que suspenda la guerra, y él no quiere obedecer; antes trata de dar nuevo asalto al cuartel de los españoles: conócense, y castíganse sus espías, y dáse principio á las pláticas de la paz.

Desvanecidas en la ciudad aquellas grandes esperanzas que se habian concebido, sin otra causa que fiar el suceso de sus armas al favor de la noche, volvió á clamar el pueblo por la paz: inquietáronse los nobles, hechos ya populares con menos ruido; pero con el mismo sentir: quedaron sin aliento y sin discurso los senadores; y su primera demostracion fue castigar en los agoreros su propia liviandad; no tanto porque fuese novedad en ellos el engaño; cómo porque se corrieron de haberlos creido. Dos ó tres de los mas principales fueron sacrificados en uno de sus templos, y los demas tendrian su reprension, y quedarian obligados á mentir con menos libertad en aquel auditorio.

Juntóse despues el senado para tratar el negocio principal, y todos se inclinaron á la paz sin controversia, concediendo al entendimiento de Magiscatzin la ventaja de haber conocido antes la verdad; y confesando los mas incrédulos que aquellos estranjeros eran sin duda los hombres celestiales de sus profecías. Decretóse por primera resolucion que se despachase luego espresa órden á Xicotencal para que suspendiese la guerra y estuviese á la mira, teniendo entendido que se trataba de la paz, y que por parte del senado quedaba ya resuelta, y se nombrarian luego embajadores que la propusiesen y ajustasen con los mejores partidos que se pudiesen conseguir á favor de su república.

Pero Xicotencal estaba tan obstinado contra los españoles, y tan ciego en el empeño de sus armas, que se negó totalmente á la obediencia de esta órden, y respondió con arrogancia y desabrimiento que él y sus soldados eran el verdadero senado, y mirarian por el crédito de su nacion, ya que la desamparaban los padres de la patria. Tenia dispuesto el asaltar segunda vez á los españoles de noche, y dentro de su cuartel; no porque hiciese caso de las adivinaciones pasadas, sino porque le pareció mejor tenerlos encerrados, para que viniesen vivos á sus manos; pero trataba de ir á esta faccion con mas gente y con mejores noticias; y sabiendo que algunos paisanos de los lugares circunvecinos acudian al cuartel con bastimentos por la codicia de los rescates, se sirvió de este medio para facilitar su empresa, y nombró cuarenta soldados de su satisfaccion, que vestidos en trage de villanos, y cargados de frutas, gallinas y pan de maiz, entrasen dentro de la plaza, procurasen observar la calidad y fuerza de su fortificacion, y por qué parte se podria dar el asalto con menos dificultad. Algunos dicen que fueron estos indios como embajadores del mismo Xicotencal, con pláticas fingidas de paz; en cuyo caso seria mas culpable la inadvertencia de los nuestros; pero bien fuese con este ó con aquel pretesto, ellos entraron en el cuartel, y estuvieron entre los españoles mucha parte de la mañana sin que se hiciese reparo en su detencion, hasta que uno de los soldados zempoales advirtió que anda-

ban reconociendo cautelosamente la muralla, y asomándose á ella por diferentes partes con recatada curiosidad, de que avisó luego á Cortés; y como en este género de sospechas no hay indicio leve, ni sombra que no tenga cuerpo, mandó que los prendiesen al instante, lo cual se ejecutó con facilidad, y examinados separadamente, dijeron con poca resistencia la verdad, unos en el tormento, y otros en el temor de recibirle: concordando todos en que aquella misma noche se habia de dar segundo asalto al cuartel, á cuya faccion, vendria ya marchando su general con veinte mil hombres, y los habia de esperar á distancia de una legua para disponer sus ataques segun la noticia que le llevasen de las flaquezas que hubiesen observado en la muralla.

Sintió mucho Hernan Cortés este accidente, porque se hallaba con poca salud, y le costaba el disimular su enfermedad mayor trabajo que padecerla; pero nunca se rindió á la cama, y solo cuidaba de curarse cuando no habia de que cuidar. Refiérese de él (no lo pasemos en silencio) que una de las ocasiones que se ofrecieron sobre Tlascala le halló recien purgado, y que montó á caballo, y anduvo en la disposicion de la batalla, y en los peligros de ella, sin acordarse del achaque ni sentir el remedio, que hizo el dia siguiente su operacion, cobrando con la quietud del sugeto su eficacia y su actividad. Don fray Prudencio de Sandoval en su *historia del Emperador* lo califica por milagro que Dios obró con él: dictámen que impugnarán los filósofos, á cuya profesion toca el discurrir como pudo en este caso arrebatarse la facultad natural en seguimiento de la imaginacion ocupada en mayor negocio: ó cómo se recogieron los espíritus al corazon y á la cabeza, llevándose tras sí el calor natural con que se habia de actuar el medicamento. Pero el historiador no debe omitir la sencilla narracion de un suceso en que se conoce cuánto se entregaba este capitan al cuidado vigilante de lo que debia mandar y disponer en la batalla: ocupacion verdaderamente que necesita de todo el hombre por grande que sea; y ponderaciones que alguna vez son permitidas en la historia, por lo que sirven al ejemplo y animan la imitacion.

Averiguados ya los designios de Xicotencal por la confesion de sus espías, trató Hernan Cortés de prevenir todo lo necesario para la defensa de su cuartel, y pasó luego á discurrir en el castigo que merecian aquellos delincuentes condenados á muerte segun las leyes de la guerra: pero le pareció que el hacerlos matar sin noticia de los enemigos, seria justicia sin escarmiento; y como necesitaba menos de su satisfaccion que del terror ageno, ordenó que á los que estuvieron mas negativos, que serian catorce ó quince, se les cortasen las manos á unos, y á otros los dedos pulgares, y los envió de esta suerte á su ejército; mandándoles que dijesen de su parte á Xicotencal que ya le quedaban esperando; y que se los enviaba con la vida, porque no se le malograsen las noticias que llevaban de sus fortificaciones.

Hizo grande horror en el ejército de los indios que venia ya marchando á su faccion este sangriento espectáculo: quedaron todos atónitos, notando la novedad y el rigor del castigo; y Xicotencal mas que todos, cuidadoso de que hubiesen descubierto sus designios, siendo este el primer golpe que le tocó en el ánimo, y empezó á quebrantar su resolucion; porque se persuadió á que no podian sin alguna divinidad aquellos hombres haber conocido sus espías, y penetrado su pensamiento; con cuya imaginacion empezó á congojarse, y á dudar en el partido que debia tomar; pero cuando ya estaba inclinado á resolver su retirada, la halló necesaria por otro accidente, y se hizo sin su voluntad lo mismo que resistia su obstinacion. Llegaron á este tiempo diferentes ministros del senado, que autorizados con su representacion, le intimaron que arrimase el baston de general; porque vista su inobediencia, y el atrevimiento de su respuesta, se habia revocado el nombramiento, en cuya virtud gobernaba las armas de la república. Mandaron tambien á los capitanes que no le obedeciesen, pena de ser declarados por traidores á la patria; y como cayó esta novedad sobre la turbacion que causó en todos el destrozo de sus espías, y en Xicotencal la penetracion de su secreto, ninguno se atrevió á replicar; antes inclinaron las cervices al precepto de la república, deshaciéndose con estraordinaria prontitud todo aquel aparato de guerra. Marcharon los caciques á sus tierras, la gente de Tlascala tomó el camino sin esperar otra órden; y Xicotencal, que estaba ya menos animoso, tuvo á felicidad que le quitasen las armas de las manos, y se recogió á la ciudad, acompañado solamente de sus amigos y parientes, donde se presentó al senado, mal escondido su despecho en esta demostracion de su obediencia.

Los españoles pasaron aquella noche con cuidado, y sosegaron el dia siguiente sin descuido porque no se acababan de asegurar de la intencion del enemigo; aunque los indios de la contribucion afirmaban que se habia deshecho el ejército, y esforzado la plática de la paz. Duró esta suspension hasta que otro dia por la mañana descubrieron las centinelas una tropa de indios, que venian al parecer con algunas cargas sobre los hombros, por el camino de Tlascala; y Hernan Cortés mandó que se retirasen á la plaza y los dejasen llegar. Guiaban esta tropa cuatro personages de respeto, bien adornados, cuyo trage y plumas blancas denotaban la paz; detras de ellos venian sus criados, y despues veinte ó treinta indios tamenes cargados de vituallas. Deteníanse de cuando en cuando, como recelosos de acercarse, y hacian grandes humillaciones hácia el cuartel, entreteniendo el miedo con la cortesía: inclinaban el pecho hasta tocar la tierra con las manos, levantándose despues para ponerlas en los lábios: reverencia que solo usaban con sus príncipes; y en estando mas cerca, subieron de punto el rendimiento con el humo de sus incensarios. Dejóse ver entonces sobre la muralla doña Marina, y en su lengua les preguntó de parte de quién y á qué venian. Respondieron, que de parte del senado y república de Tlascala, y á tratar de la paz, con que se les concedió la entrada.

Recibiólos Hernan Cortés con aparato y severidad conveniente; y ellos repitiendo sus reverencias y sus perfumes, dieron su embajada, que se redujo á diferentes disculpas de lo pasado; frívolas, pero de bastante sustancia, para colegir de ellas su arrepentimiento. Decian: «que los otomíes y chontales, naciones bárbaras de su confederacion, habian junta»do sus gentes, y hecho la guerra contra el parecer »del senado, cuya autoridad no habia podido repri»mir los primeros ímpetus de su ferocidad; pero que »ya quedaban desarmados, y la república muy de»seosa de la paz: que no solo traian la voz del senado »sino de la nobleza y del pueblo para pedirle que »marchase luego con todos sus soldados á la ciudad, »donde podrian detenerse lo que gustasen, con se»guridad de que serian asistidos y venerados como »hijos del sol y hermanos de sus dioses:» y últimamente concluyeron su razonamiento, dejando mal encubierto el artificio en todo lo que hablaron de la guerra pasada; pero no sin algunos visos de sinceridad en lo que proponian de la paz.

Hernan Cortés, afectando segunda vez la severidad, y negando al semblante la interior complacencia, les respondió solamente: «que llevasen enten»dido, y dijesen de su parte al senado que no era »pequeña demostracion de su benignidad el admitirlos »y escucharlos, cuando podian temer su indignacion »como delincuentes, y debian recibir la ley como

»vencidos: que la paz que proponian era conforme á »su inclinacion: pero que la buscaban despues de una »guerra muy injusta y muy porfiada, para que se »dejase hallar fácilmente ó no la encontrasen dete»nida y recatada: que se veria cómo perseveraban »en desearla, y cómo procedian para merecerla: y »entre tanto procuraria reprimir el enojo de sus ca»pitanes, y engañar la razon de sus armas, suspen»diendo el castigo con el brazo levantado, para que »pudiesen lograr con la enmienda el tiempo que hay »entre la amenaza y el golpe.»

Así les respondió Cortés, tomando por este medio algun tiempo para convalecer de su enfermedad, y para examinar mejor la verdad de aquella proposicion; á cuyo fin tuvo por conveniente que volviesen cuidadosos y poco asegurados estos mensageros, porque no se ensoberbeciesen ó entibiasen los del senado, hallándole muy fácil ó muy deseoso de la paz: que en este género de negocios suelen ser atajos los que parecen rodeos, y servir como diligencias las dificultades.

CAPITULO XXI.

Vienen al cuartel nuevos embajadores de Motezuma para embarazar la paz de Tlascala: persevera el senado en pedirla, y toma el mismo Xicotencal á su cuenta esta negociacion.

Creció con estas victorias la fama de los españoles: y Motezuma que tenia frecuentes noticias de lo que pasaba en Tlascala, mediante la observacion de sus ministros y la diligencia de sus correos, entró en mayor aprension de su peligro cuando vió sojuzgada y vencida por tan pocos hombres aquella nacion belicosa que tantas veces habia resistido á sus ejércitos. Hacíanle grande admiracion las hazañas que le referian de los estranjeros, y temia que una vez reducidos á su obediencia los tlascaltecas se sirviese de su rebeldía y de sus armas, y pasasen á mayores intentos en daño de su imperio. Pero es muy de reparar que en medio de tantas perplejidades y recelos no se acordase de su poder, ni pasase á formar ejército para su defensa y seguridad; antes sin tratar (por no sé qué genio superior á su espíritu) de convocar sus gentes, ni atreverse á romper la guerra, se dejaba todo á las artes de la política, y andaba fluctuando entre los medios suaves. Puso entonces la mira en deshacer esta union de españoles y tlascaltecas; y no lo pensaba mal, que cuando falta la resolucion, suele andar muy despierta y muy solícita la prudencia. Resolvió para este fin hacer nueva embajada y regalo á Cortés; cuyo pretesto fue complacerse de los buenos sucesos de sus armas, y de que le ayudase á castigar la insolencia de sus enemigos los tlascaltecas; pero el fin principal de esta diligencia fue pedirle con nuevo encarecimiento que no tratase de pasar á su córte con mayor ponderacion de las dificultades que le obligaban á no conceder esta permision. Llevaron los embajadores instruccion secreta para reconocer el estado en que se hallaba la guerra de Tlascala, y procurar (en caso que se hablase de la paz, y los españoles se inclinasen á ella) divertir y embarazar su conclusion, sin manifestar el recelo de su príncipe, ni apartarse de la negociacion hasta darle cuenta, y esperar su órden.

Vinieron con esta embajada cinco mejicanos de la primera suposicion entre sus nobles; y pisando con algun recato los términos de Tlascala, llegaron al cuartel poco despues que partieron los ministros de la república. Recibiólos Hernan Cortés con grande agasajo y cortesía, porque ya le tenia con algun cuidado el silencio de Motezuma. Oyó su embajada gratamente, recibió tambien y agradeció el presente, cuyo valor seria de hasta mil pesos en piezas diferentes de oro lijero, sin otras curiosidades de pluma y algodon, y no les dió por entonces su respuesta, porque deseaba que viesen antes de partir á los de Tlascala rendidos y pretendientes de la paz: ni ellos solicitaron su despacho, porque tambien deseaban detenerse; pero tardaron poco en descubrir todo el secreto de su instruccion, porque decian lo que habian de callar, preguntando con poca industria lo que venian á inquirir; y á breve tiempo se conoció todo el temor de Motezuma, y lo que importaba la paz de Tlascala para que viniese á la razon.

La república entre tanto, deseosa de poner en buena fé á los españoles, envió sus órdenes á los lugares del contorno para que acudiesen al cuartel con bastimentos, mandando que no llevasen por ellos precio ni rescate, lo cual se ejecutó puntualmente y creció la provision sin que se atreviesen los paisanos á recibir la menor recompensa. Dos dias despues se descubrió por el camino de la ciudad una considerable tropa de indios que se venian acercando con insignias de paz; y avisado Cortés, mandó que se les franquease la entrada, y para recibirlos mezcló entre su acompañamiento á los embajadores mejicanos, dándoles á entender que les confiaba lo que deseaba poner en su noticia. Venia por cabo de los tlascaltecas el mismo Xicotencal, que tomó la comision de tratar ó concluir este gran negocio, bien fuese por satisfacer al senado, enmendando con esta accion su pasada rebeldía, ó porque se persuadió á que convenia la paz, y como ambicioso de gloria, no quiso que se debiese á otro el bien de su república. Acompañábanle cincuenta caballeros de su faccion y parentela, bien adornados á su modo. Era de mas que mediana estatura, de buen talle, mas robusto que corpulento: el trage, un manto blanco airosamente manejado, muchas plumas, y algunas joyas puestas en su lugar: el rostro de poco agradable proporcion; pero que no dejaba de infundir respeto, haciéndose mas reparable por el denuedo que por la fealdad. Llegó con desembarazo de soldado á la presencia de Cortés, y hechas sus reverencias tomó asiento, dijo quién era, y empezó su oracion: «confesando que tenia toda la culpa de la guerra pasa»da, porque se persuadió á que los españoles eran »parciales de Motezuma, cuyo nombre aborrecia; »pero que ya como primer testigo de sus hazañas, »venia con los méritos de rendido á ponerse en las »manos de su vencedor, deseando merecer con esta »sumision y reconocimiento el perdon de su repúbli»ca, cuyo nombre y autoridad traia, no para propo»ner sino para pedir rendidamente la paz, y admitir»la como se la quisiesen conceder: que la demandaba »una y dos y tres veces en nombre del senado, noble»za y pueblo de Tlascala: suplicándole con todo en»carecimiento que honrase luego aquella ciudad con »su asistencia, donde hallaria prevenido alojamiento »para toda su gente, y aquella veneracion y servi»dumbre que se podia fiar de los que siendo valientes »se rendian á rogar y obedecer; pero que solamente »le pedia, sin que pareciese condicion de la paz sino »dádiva de su piedad, que se hiciese buen pasage á »los vecinos y se reservasen de la licencia militar sus »dioses y sus mujeres.»

Agradó tanto á Cortés el razonamiento y desahogo de Xicotencal, que no pudo dejar de manifestarlo en el semblante á los que le asistian, dejándose llevar del afecto que le merecian siempre los hombres de valor; pero mandó á doña Marina que se lo dijese así, porque no pensase que se alegraba de su proposicion, y volvió á cobrar su entereza para ponderarle no sin alguna vehemencia «la poca razon que habia tenido »su república en mover una guerra tan injusta, y él »en fomentar esta injusticia con tanta obstinacion:» en que se alargó sin prolijidad á todo lo que pedia la razon; y despues de acriminar el delito para encarecer el perdon, concluyó «concediendo la paz que le »pedian, y que no se les haria violencia ni estorsion

»alguna en el paso de su ejército;» á que añadió: »que cuando llegase el caso de ir á su ciudad, se les »avisaria con tiempo, y se dispondria lo que fuese »necesario para su entrada y alojamiento.»

Sintió mucho Xicotencal esta dilacion, mirándola como pretesto para examinar mejor la sinceridad del tratado; y con los ojos en el auditorio, dijo: «razon »teneis oh Teules grandes (así llamaban á sus dioses), »para castigar nuestra verdad con vuestra desconfian»za; pero si no basta para que me creais el hablaros »en mí toda la república de Tlascala, yo que soy el »capitan general de sus ejércitos, y estos caballeros »de mi séquito, que son los primeros nobles y mayo»res capitanes de mi nacion, nos quedaremos en re»henes de vuestra seguridad, y estaremos en vues»tro poder prisioneros ó aprisionados todo el tiempo »que os detuviéreis en nuestra ciudad.» No dejó de asegurarse mucho Hernan Cortés con este ofrecimiento; pero como deseaba siempre quedar superior, le respondió: «que no era menester aquella demos»tracion para que se creyese que deseaban lo que tan»to les convenia, ni su gente necesitaba de rehenes »para entrar segura en su ciudad, y mantenerse en »ella sin recelo, como se habia mantenido en medio »de sus ejércitos armados; pero que la paz quedaba »firme y asegurada en su palabra, y su jornada seria »lo mas presto que se pudiese disponer.» Con que disolvió la plática y los salió acompañando hasta la puerta de su alojamiento, donde agasajó de nuevo con los brazos á Xicotencal; y dándole despues la mano, le dijo al despedirse: «que solo tardaria en »pagarle aquella visita el breve tiempo que habia me»nester para despachar unos embajadores de Motezu»ma:» palabras que dieron bastante calor á la negociacion, aunque las dejó caer como cosa en que no reparaba.

Quedóse despues con los mejicanos, y ellos hicieron grande irrision de la paz y de los que la proponian, pasando á culpar, no sin alguna enfadosa presuncion, la facilidad con que se dejaron persuadir los españoles; y volviendo el rostro á Cortés le dijeron como que le daban doctrina: «que se admiraban »mucho de que un hombre tan sabio no conociese á »los de Tlascala, gente bárbara que se mantenia de »sus ardides mas que de sus fuerzas; y que mirase »lo que hacia, porque solo trataban de asegurarle »para servirse de su descuido y acabar con él y con »los suyos.» Pero cuando vieron que se afirmaba en mantener su palabra, y en que no podia negar la paz á quien se la pedia, ni faltar al primer instituto de sus armas, quedaron un rato pensativos; de que resultó el pedirle, convertida en ruego la persuasion, que dilatase por seis dias el marchar á Tlascala: en cuyo tiempo irian los dos mas principales á poner en la noticia de su príncipe todo lo que pasaba, y quedarian los demas á esperar su resolucion. Concedióselo Hernan Cortés, porque no le pareció conveniente romper con el respeto de Motezuma, ni dejar de esperar lo que diese de sí esta diligencia, siendo posible que se allanasen con ella las dificultades que ponia en dejarse ver. Así se aprovechaba de los afectos que reconocia en los tlascaltecas y en los mejicanos; y así daba estimacion á la paz, haciéndosela desear á los unos y temer á los otros.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

Dáse noticia del viaje que hicieron á España los enviados de Cortés, y de las contradicciones y embarazos que retardaron su despacho.

Razon es ya que volvamos á los capitanes Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo, que partieron de la Vera-Cruz con el presente y cartas para el rey: primera noticia y primer tributo de la Nueva España. Hicieron su viaje con felicidad, aunque pudieron aventurarla por no guardar literalmente las órdenes que llevaban; cuyas interpretaciones suelen destruir los negocios, y aciertan pocas veces con el dictámen del superior. Tenia Francisco de Montejo en la isla de Cuba, cerca de la Habana, una de las estancias de su repartimiento; y cuando llegaron á vista del cabo de San Anton, propuso á su compañero, y al piloto Anton de Alaminos, que seria bien acercarse á ella, y proveerse de algunos bastimentos de regalo para el viaje, pues estando aquella poblacion tan distante de la ciudad de Santiago, donde residia Diego Velazquez, se contravenia poco á la sustancia del precepto que les puso Cortés, para que se apartasen de su distrito. Consiguió su intento, logrando con este color el deseo que tenia de ver su hacienda, y arriesgó no solo el bajel, sino el presente, y todo el negocio de su cargo; porque Diego Velazquez, á quien desvelaban continuamente los celos de Cortés, tenia distribuidas por todas las poblaciones vecinas á la costa diferentes espías que le avisasen de cualquiera novedad, temiendo que enviase alguno de sus navíos á la isla de Santo Domingo para dar cuenta de su descubrimiento, y pedir socorro á los religiosos gobernadores, cuya instancia deseaba prevenir y embarazar. Supo luego por este medio lo que pasaba en la estancia de Montejo, y despachó en breves horas dos bajeles muy veleros, bien artillados y guarnecidos, para que procurasen aprehender á todo riesgo el navío de Cortés: disponiendo la faccion con tanta celeridad, que fue necesaria toda la ciencia y toda la fortuna del piloto Alaminos para escapar de este peligro que puso en contingencia todos los progresos de Nueva España.

Bernal Diaz del Castillo mancha con poca razon la fama de Francisco de Montejo, digno por su calidad y valor de mejores ausencias: cúlpale de que faltó á la obligacion en que le puso la confianza de Cortés: dice que salió á su estancia con ánimo de suspender la navegacion, para que tuviese tiempo Diego Velazquez de aprehender el navío: que le escribió una carta con el aviso, que la llevó un marinero, arrojándose al agua, y otras circunstancias de poco fundamento, en que se contradice despues, haciendo particular memoria de la resolucion y actividad con que se opuso Francisco de Montejo en la córte á los agentes y valedores de Diego Velazquez; pero tambien escribe que no hallaron estos enviados de Cortés al emperador en España, y afirma otras cosas, de que se conoce la facilidad con que daba los oidos, y que se deben leer con recelo sus noticias en todo aquello que no le informaron sus ojos. Continuaron su viaje por el canal de Bahama, siendo Anton de Alaminos el primer piloto que se arrojó al peligro de sus corrientes; y fue menester entonces toda la violencia con que se precipitan por aquella parte las aguas entre las islas Lucayas y la Florida, para salir á lo ancho con brevedad, y dejar frustradas las asechanzas de Diego Velazquez.

Favoreciólos el tiempo, y arribaron á Sevilla por octubre de este año, en menos favorable ocasion, porque se hallaba en aquella ciudad el capellan Benito Martin, que vino á la córte, como dijimos, á solicitar las conveniencias de Diego Velazquez; y habiéndole remitido los títulos de su adelantamiento, aguardaba embarcacion para volverse á la isla de Cuba. Hízole gran novedad este accidente, y valiéndose de su introduccion y solicitud, se querelló de Hernan Cortés, y de los que venian en su nombre, ante los ministros de la contratacion, que ya se llamaba de las Indias, refiriendo: «que aquel navío era »de su amo Diego Velazquez, y todo lo que venia en »él perteneciente á sus conquistas: que la entrada en »las provincias de Tierra Firme se habia ejecutado

»furtivamente y sin autoridad, alzándose Cortés y »los que le acompañaban con la armada que Diego »Velazquez tenia prevenida para la misma empresa: »que los capitanes Portocarrero y Montejo eran dig»nos de grave castigo, y por lo menos se debia em»bargar el bajel y su carga mientras no legitimasen »los títulos, de cuya virtud emanaba su comision.» Tenia Diego Velazquez muchos defensores en Sevilla, porque regalaba con liberalidad; y esto era lo mismo que tener razon, por lo menos en los casos dudosos, que se interpretan las mas veces con la voluntad. Admitióse la instancia, y últimamente se hizo el embargo, permitiendo á los enviados de Cortés, por gran equivalencia, que acudiesen al rey.

Partieron con esta permision á Barcelona los dos capitanes y el piloto Alaminos, creyendo hallar la córte en aquella ciudad; pero llegaron á tiempo que acababa de partir el rey á la Coruña donde tenia convocadas las córtes de Castilla, y prevenida su armada para pasar á Flandes, instado ya prolijamente de los clamores de Alemania, que le llamaban á la corona del imperio. No se resolvieron á seguir la córte, por no hablar de paso en negocio tan grave, que mezclado entre las inquietudes del camino, perderia la novedad sin hallar la consideracion; por cuyo reparo se encaminaron á Medellin con ánimo de visitar á Martin Cortés, y ver si podian conseguir que viniese con ellos á la presencia del rey, para que autorizase con sus canas y con su representacion la instancia y la persona de su hijo. Recibiólos aquel venerable anciano con la ternura que se deja considerar en un padre cuidadoso y desconsolado, que ya le lloraba muerto, y halló con las nuevas de su vida tanto que admirar en sus acciones, y tanto que celebrar en su fortuna.

Determinóse luego á seguirlos, y tomando noticia del parage donde se hallaba el emperador (así le llamaremos ya) supieron que habia de hacer mansion en Tordesillas para despedirse de la reina doña Juana su madre, y despachar algunas dependencias de su jornada. Aquí le esperaron, y aquí tuvieron la primera audiencia; favorecidos de una casualidad oportuna; porque los ministros de Sevilla no se atrevieron á detener en el embargo lo que venia para el emperador, y llegaron á la misma sazon el presente de Cortés y los indios de la nueva conquista: con cuyo accidente fueron mejor escuchadas las novedades que referian, facilitándose por los ojos la estrañeza de los oidos, porque aquellas alhajas de oro, preciosas por la materia y por el arte, aquellas curiosidades y primores de pluma y algodon, y aquellos racionales de tan rara fisonomía, que parecian hombres de segunda especie, fueron otros tantos testigos, que hicieron creible, dejando admirable su narracion.

Oyólos el emperador con mucha gratitud, y el primer movimiento de aquel ánimo real fue volverse á Dios, y darle rendidas gracias de que en su tiempo se hallasen nuevas regiones donde introducir su nombre y dilatar su evangelio. Tuvo con ellos diferentes conferencias; informóse cuidadosamente de las cosas de aquel nuevo mundo; del dominio y fuerza de Motezuma; de la calidad y talento de Cortés; hizo algunas preguntas al piloto Alaminos concernientes á la navegacion: mandó que los indios se llevasen á Sevilla, para que se conservasen mejor en temple mas benigno; y segun lo que se pudo colegir entonces del afecto con que deseaba fomentar aquella empresa, fuera breve y favorable su resolucion, si no le embarazáran otras dependencias de gravísimo peso.

Llegaban cada dia nuevas cartas de las ciudades con proposiciones poco reverentes: lamentábase Castilla de que se sacasen sus córtes á Galicia: estaba celoso el reino de que pesase mas el imperio: andaba mezclada con protestas la obediencia; y finalmente se iba derramando poco á poco en los ánimos la semilla de las comunidades. Todos amaban al rey, y todos le perdian el respeto; sentian su ausencia; lloraban su falta; y este amor natural, convertido en pasion ó mal administrado, se hizo brevemente amenaza de su dominio. Resolvió apresurar su jornada por apartarse de las quejas, y la ejecutó creyendo volver con brevedad, y que no le seria dificultoso corregir despues aquellos malos humores que dejaba movidos. Así lo consiguió; pero respetando los altos motivos que le obligaron á este viaje, no podemos dejar de conocer que se aventuró á gran pérdida, y que á la verdad hace poco por la salud quien se fia del esceso, en suposicion de que habrá remedios cuando llegue la necesidad.

Quedó remitida por estos embarazos la instancia de Cortés al cardenal Adriano, y á la junta de prelados y ministros que le habian de aconsejar en el gobierno durante la ausencia del emperador, con órden para que oyendo al consejo de Indias, se tomase medio en las pretensiones de Diego Velazquez, y se diese calor al descubrimiento y conquista espiritual de aquella tierra que ya se iba dejando conocer por el nombre de Nueva España.

Presidia en este consejo, formado pocos dias antes, Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos, y concurrian en él Hernando de Vega, señor de Grajal, don Francisco Zapata y don Antonio de Padilla, del consejo real, y Pedro Mártir de Angleria, protonotario de Aragon. Tenia el presidente gran suposicion en las materias de las Indias, porque las habia manejado muchos dias, y todos cedian á su autoridad y á su esperiencia. Favorecia con descubierta voluntad á Diego Velazquez, y pudo ser que le hiciese fuerza su razon, ó el concepto en que le tenia; que Bernal Diaz del Castillo refiere las causas de su pasion con indecencia y prolijidad, pero tambien dice lo que oyó, y seria mucho menos, ó no seria. Lo que no se puede negar es, que perdió mucho en sus informes la causa de Cortés, y que dió mal nombre á su conquista, tratándola como delito de mala consecuencia. Representaba que Diego Velazquez, segun el título que tenia del emperador, era dueño de la empresa; y segun justicia de los mismos medios con que se habia conseguido, ponderaba lo poco que se podia fiar de un hombre rebelde á su mismo superior, y lo que se debian temer en provincias tan remotas estos principios de sedicion; protestaba los daños, y últimamente cargó tanto la mano en sus representaciones, que puso en cuidado al cardenal y á los de la junta. No dejaban de conocer que se afectaba con sobrado fervor la razon de Diego Velazquez; pero no se atrevian á resolver negocio tan grave contra el parecer de un ministro tan graduado; ni tenian por conveniente desconfiar á Cortés, cuando estaba tan arrestado, y en la verdad se le debia un descubrimiento tanto mayor que los pasados. Cuyas dudas y contradicciones fueron retardando la resolucion de modo que volvió el emperador de su jornada, y llegaron segundos comisarios de Cortés primero que se tomase acuerdo en sus pretensiones. Lo mas que pudieron conseguir Martin Cortés y sus compañeros fue, que se les mandasen librar algunas cantidades para su gasto, sobre los mismos efectos que tenian embargados en Sevilla, con cuya moderada subvencion estuvieron dos años en la córte siguiendo los tribunales como pretendientes desvalidos: hecho esta vez negocio particular el interes de la monarquía, de cuantas suelen hacerse causa pública los intereses particulares.

CAPITULO II.

Procura Motezuma desviar la paz de Tlascala: vienen los de aquella república á continuar su instancia, y Hernan Cortés ejecuta su marcha y hace su entrada en la ciudad.

En el discurso de los seis dias que se detuvo Hernan Cortés en su alojamiento para cumplir con los mejicanos, se conoció con nuevas esperiencias el afecto con que deseaban la paz los de Tlascala, y cuánto se recelaban de los oficios y diligencias de Motezuma: llegaron dentro del plazo señalado los embajadores que se esperaban, y fueron recibidos con la urbanidad acostumbrada. Venian seis caballeros de la familia real con lucido acompañamiento, y otro presente de la misma calidad y poco mas valor que el pasado. Habló el uno de ellos, y no sin aparato de palabras y exageraciones ponderó «cuánto de»seaba el supremo emperador (y al decir su nombre »hicieron todos una profunda humillacion) ser amigo »y confederado del príncipe grande á quien obedecian »los españoles, cuya magestad resplandecia tanto en »el valor de sus vasallos, que se hallaba inclinado á »pagarle todos los años algun tributo, partiendo con »él las riquezas de que abundaba; porque le tenia en »gran veneracion, considerándole hijo del sol, ó por »lo menos señor de las regiones felicísimas donde »nace la luz; pero que habian de preceder á este ajus»tamiento dos condiciones. La primera, que se abs»tuviesen Hernan Cortés y los suyos de confederarse »con los de Tlascala, pues no era bien que hallándose »tan obligados de sus dádivas, se hiciesen parciales »de sus enemigos; y la segunda, que acabasen de »persuadirse á que no era posible ni puesto en razon »el intento de pasar á Méjico; porque segun las leyes »de su imperio, ni él podia dejarse ver de gentes »estranjeras, ni sus vasallos lo permitirian: que con»siderasen bien los peligros de ambas temeridades, »porque los tlascaltecas eran tan inclinados á la trai»cion y al latrocinio, que solo tratarian de asegurar»los para vengarse de ellos, y aprovecharse del oro »con que los habia enriquecido, y los mejicanos tan »celosos de sus leyes y tan mal acondicionados, que »no podria reprimirlos su autoridad, ni los españoles »quejarse de lo que padeciesen, tantas veces amones»tados de lo que aventuraban.»

De este género fue la oracion del mejicano, y todas las embajadas y diligencias de Motezuma paraban en procurar que no se le acercasen los españoles. Mirábalos con el horror de sus presagios, y fingiéndose la obediencia de sus dioses, hacia religion de su mismo desaliento. Suspendió Cortés por entonces su respuesta, y solo dijo: «que seria razon que descansasen de »su jornada, y que los despacharia brevemente.» Deseaba que fuesen testigos de la paz de Tlascala, y miró tambien á lo que importaba detenerlos, porque no se despechase Motezuma con la noticia de su resolucion, y tratase de ponerse en defensa; que ya se sabia su desprevencion, y no se ignoraba la facilidad con que podia convocar sus ejércitos.

Dieron tanto cuidado en Tlascala estas embajadas, á que atribuian la detencion de Cortés, que resolvieron los del gobierno, por última demostracion de su afecto, venir al cuartel en forma de senado, para conducirle á su ciudad, ó no volver á ella sin dejar enteramente acreditada la sinceridad de su trato, y desvanecidas las negociaciones de Motezuma.

Era solemne y numeroso el acompañamiento, y pacífico el color de los adornos y las plumas. Venian los senadores en andas ó sillas portátiles, sobre los hombros de ministros inferiores; y en el mejor lugar Magiscatzin, que favoreció siempre la causa de los españoles, y el padre de Xicotencal, anciano venerable, á quien habia quitado los ojos la vejez; pero sin ofender la cabeza, pues se conservaba todavía con opinion de sábio entre los consejeros. Apeáronse poco antes de llegar á la casa donde los esperaba Cortés, y el ciego se adelantó á los demas, pidiendo á los que le conducian que le acercasen al capitan de los orientales. Abrazóle con estraordinario contento, y despues le aplicaba por diferentes partes el tacto, como quien deseaba conocerle, supliendo con las manos el defecto de los ojos. Sentáronse todos, y á ruego de Magiscatzin habló el ciego en esta sustancia.

«Ya, valeroso capitan, seas ó no del género mor»tal, tienes en tú poder al senado de Tlascala, última »señal de nuestro rendimiento. No venimos á discul»par el yerro de nuestra nacion, sino á tomarle sobre »nosotros, fiando á nuestra verdad tu desenojo. »Nuestra fue la resolucion de la guerra, pero tambien »ha sido nuestra la determinacion de la paz. Apresu»rada fue la primera, y tarda es la segunda; pero »no suelen ser de peor calidad las resoluciones mas »consideradas, antes se borra con trabajo lo que se »imprime con dificultad; y puedo asegurar que la »misma detencion nos dió mayor conocimiento de »tu valor, y profundizó los cimientos de nuestra cons»tancia. No ignoramos que Motezuma intenta disua»dirte de nuestra confederacion: escúchale como á »nuestro enemigo, si no le considerares como tirano; »que ya lo parece quien te busca para la sinrazon. »Nosotros no queremos que nos ayudes contra él, »que para todo lo que no eres tú nos bastan nuestras »fuerzas; solo sentiremos que fies tu seguridad de sus »ofertas, porque conocemos sus artificios y maquina»ciones; y acá en mi ceguedad se me ofrecen algunas »luces, que me descubren desde lejos tu peligro. »Puede ser que Tlascala se haga famosa en el mundo »por la defensa de tu razon; pero dejemos al tiempo »tu desengaño, que no es vaticinio lo que se colige »fácilmente de su tiranía y de nuestra fidelidad. Ya »nos ofreciste la paz: si no te detiene Motezuma »¿qué te detiene? ¿Por qué te niegas á nuestras ins»tancias? ¿Por qué dejas de honrar nuestra ciudad »con tu presencia? Resueltos venimos á conquistar »de una vez tu voluntad y tu confianza, ó poner en »tus manos nuestra libertad: elige pues de estos dos »partidos el que mas te agradare, que para nosotros »nada es tercero entre las dos fortunas de tus amigos »ó tus prisioneros.»

Así concluyó su oracion el ciego venerable, porque no faltase algun Apio Claudio en este consistorio, como el otro que oró en el senado contra los epirotas; y no se puede negar que los tlascaltecas eran hombres de mas que ordinario discurso, como se ha visto en su gobierno, acciones y razonamientos. Algunos escritores poco afectos á la nacion española, tratan á los indios como brutos, incapaces de razon, para dar menos estimacion á su conquista. Es verdad que se admiraban con simplicidad de ver hombres de otro género, color y trage: que tenian por monstruosidad las barbas (accidente que negó á sus rostros la naturaleza): que daban el oro por el vidrio: que tenian por rayos las armas de fuego, y por fieras los caballos; pero todos eran efectos de la novedad, que ofenden poco al entendimiento, porque la admiracion aunque suponga ignorancia, no supone incapacidad, ni propiamente se puede llamar ignorancia la falta de noticia. Dios los hizo racionales, y no porque permitió su ceguedad, dejó de poner en ellos toda la capacidad y dote naturales, que fueron necesarios á la conservacion de la especie, y debidos á la perfeccion de sus obras. Volvamos empero á nuestra narracion, y no autoricemos la calumnia sobrando en la defensa (1).

(1) Considera Herrera á casi todos los tlascaltecas de bajo talento en su ánimo y débiles fuerzas corporales. Pero se contradice cuando añade: tienen gran habilidad y aprenden bien cualquier cosa. Por lo que no merecen crédito los autores faltos de sana crítica. Si se atiende á su constancia en mantenerse libres

No pudo resistir Hernan Cortés á esta demostracion del senado, ni tenia ya que esperar, habiéndose cumplido el término que ofreció á los mejicanos, y así respondió con toda estimacion á los senadores, y los hizo regalar con algunos presentes, deseando acreditar con ellos su agrado y su confianza. Fue necesario persuadirlos con resolucion para que se volviesen y lo consiguió dándoles palabra de mudar luego su alojamiento á la ciudad, sin mas detencion que la necesaria para juntar alguna gente de los lugares vecinos, que condujese la artillería y el bagaje. Aceptaron ellos la palabra, haciéndosela repetir con mas afecto que desconfianza, y partieron contentos y asegurados, tomando á su cuenta la diligencia de juntar y remitir los indios de carga que fuesen menester; y apenas rayó la primera luz del dia siguiente, cuando se hallaron á la puerta del cuartel quinientos tamenes tan bien industriados, que competian sobre la carga, haciendo pretension de su mismo trabajo.

Tratóse luego de la marcha, púsose la gente en escuadron y dando su lugar á la artillería y al bagaje, se fué siguiendo el camino de Tlascala, con toda la buena ordenanza, prevencion y cuidado que observaba siempre aquel pequeño ejército, á cuya rigurosa disciplina se debió mucha parte de sus operaciones. Estaba la campaña por ambos lados poblada de innumerables indios que salian de sus pueblos á la novedad, y eran tantos sus gritos y ademanes, que pudieran pasar por clamores ó amenazas de los que usaban en la guerra, si no dijera doña Marina que usaban tambien de aquellos alaridos en sus mayores fiestas, y que celebrando á su modo la dicha que habian conseguido, vitoreaban y bendecian á los nuevos amigos, con cuya noticia se llevó mejor la molestia de las voces, siendo necesaria entonces la paciencia para el aplauso.

Salieron los senadores largo trecho de la ciudad á recibir el ejército con toda la ostentacion y pompa de sus funciones públicas, asistidos de los nobles, que hacian vanidad en semejantes casos de autorizar á los ministros de su república. Hicieron al llegar sus reverencias, y sin detenerse caminaron delante, dando á entender con este apresurado rendimiento lo que deseaban adelantar la marcha, ó no detener á los que acompañaban.

Al entrar en la ciudad resonaron los vítores y aclamaciones con mayor estruendo, porque se mezclaba con el grito popular la música disonante de sus flautas, atabalillos y bocinas. Era tanto el concurso de la gente, que trabajaron mucho los ministros del senado en concertar la muchedumbre, para desembarazar las calles. Arrojaban las mujeres diferentes flores sobre los españoles, y las mas atrevidas ó menos recatadas, se acercaban hasta ponerlas en sus manos. Los sacerdotes, arrastrando las ropas talares de sus sacrificios, salieron al paso con sus braserillos de copal; y sin saber que acertaban, significaron el aplauso con el humo. Dejábase conocer en los semblantes de todos la sinceridad del ánimo; pero con varios afectos, porque andaba la admiracion mezclada con el contento: y el alborozo templado con la veneracion. El alojamiento que tenian prevenido, con todo lo necesario para la comodidad y regalo, era la mejor casa de la ciudad, donde habia tres ó cuatro patios muy espaciosos, con tantos y tan capaces aposentos, que consiguió Cortés sin dificultad la conveniencia de tener unida su gente. Llevó consigo á los embajadores de Motezuma por mas que lo resistieron, y los alojó cerca de sí, porque iban asegurados en su respeto, y estaban temerosos de que se les hiciese alguna violencia. Fue la entrada y última reduccion de Tlascala en veinte y tres de setiembre del mismo año de mil quinientos diez y nueve, dia en que



Entrada de Hernan Cortés en Tlascala.

del yugo mejicano, al valor con que peleaban al lado de los españoles, á su sufrimiento en las fatigas y á la lealtad que guardaron á estos, se conocerá fácilmente que ni eran pusilanimes ni débiles de fuerzas, ni de tan bajos pensamientos como sienta Herrera.

los españoles consiguieron una paz con circunstancias de triunfo, tan durable y de tanta consecuencia para la conquista de Nueva España, que se conservan hoy en aquella provincia diferentes prerogativas y exenciones, obtenidas en remuneracion de aquella primera constancia: honrado monumento de su antigua fidelidad.

CAPITULO III.

Descríbese la ciudad de Tlascala: quéjanse los senadores de que anduviesen armados los españoles sintiendo su desconfianza; y Cortés los satisface y procura reducir á que dejen la idolatría.

Era entonces Tlascala una ciudad muy populosa, fundada sobre cuatro eminencias poco distantes, que se prolongaban de oriente á poniente con desigual magnitud; y fiadas en la natural fortaleza de sus peñascos contenian en sí los edificios, formando cuatro cabeceras ó barrios distintos, cuya division se unia y comunicaba por diferentes calles de paredes gruesas que servian de muralla. Gorbernaban estas poblaciones con señorío de vasallaje cuatro caciques descendientes de sus primeros fundadores, que pendian del senado, y ordinariamente concurrian en él; pero con sujecion á sus órdenes en todo lo político y segundas instancias de sus vasallos. Las casas se levantaban moderadamente de la tierra, porque no usaban segundo techo: su fábrica de piedra y ladrillo, y en vez de tejados azoteas y corredores: las calles angostas y torcidas segun conservaba su dificultad la aspereza de la montaña: estraordinaria situacion y arquitectura, menos á la comodidad que á la defensa.

Tenia toda la provincia cincuenta leguas de circunferencia, diez su longitud de oriente á poniente, y cuatro su latitud de norte á sur: pais montuoso y quebrado; pero muy fértil y bien cultivado en todos los parajes donde la frecuencia de los riscos daba lugar al beneficio de la tierra. Confinaba por todas partes con provincias de la faccion de Motezuma: solo por la del norte cerraba mas que dividia sus límites la gran cordillera, por cuyas montañas inaccesibles se comunicaban con los otomíes, totonaques y otras naciones bárbaras de su confederacion. Las poblaciones eran muchas y de numerosa vecindad. La gente inclinada desde la niñez á la supersticion y al ejercicio de las armas, en cuyo manejo se imponian y habilitaban con emulacion, hiciéselos montaraces el clima, ó valientes la necesidad. Abundaban de maiz, y esta semilla respondia tan bien al sudor de los villanos, que dió á la provincia el nombre de Tlascala;



Idolo de los mejicanos.



Busto de una sacerdotisa.

voz que en su lengua es lo mismo que tierra de pan (1). Habia frutas de gran variedad y regalo, cazas de todo género, y era una de sus fertilidades la cochinilla, cuyo uso no conocian hasta que le aprendieron de los españoles. Debióse de llamar así del grano coccineo, que dió entre nosotros nombre á la grana: pero en aquellas partes es un género de insecto como gusanillo pequeño, que nace y adquiere la última sazon sobre las hojas de un árbol rústico y espinoso, que llamaban entonces tuna silvestre, y ya le benefician como fructífero: debiendo su mayor comercio y utilidad al precioso tinte de sus gusanos, nada inferior al que hallaron los antiguos en la sangre del múrice y la púrpura, tan celebrado en los mantos de sus reyes.

Tenia tambien sus pensiones la felicidad natural de aquella provincia, sujeta por la vecindad de las montañas á grandes tempestades, horribles huracanes y frecuentes innundaciones del rio Zahual, que no contento algunos años con destruir las mieses y arrancar los árboles, solia buscar los edificios en lo mas alto de las eminencias. Dicen que Zahual en su idioma significa rio de sarna, porque se cubrian de ella los que usaban de sus aguas en la bebida ó en el baño: segunda malignidad de su corriente. Y no era la menor entre las calamidades que padecia Tlascala el carecer de sal, cuya falta desazonaba todas sus abundancias; y aunque pudieran traerla fácilmente de las tierras de Motezuma con el precio de sus gra-

(1) Algunos autores dicen que significa *lugar ó terreno lleno de riscos.*

nos, tenian á menor inconveniente sufrir el sinsabor de sus manjares que abrir el comercio á sus enemigos.

Estas y otras observaciones de su gobierno, reparables á la verdad en la rudeza de aquella gente, hacian admiracion y ponian en cuidado á los españoles. Cortés escondia su recelo, pero continuaba las guardias en su alojamiento, y cuando salia con los indios á la ciudad, llevaba consigo parte de su gente, sin olvidar las armas de fuego. Andaban tambien en tropas los soldados y con la misma prevencion, procurando todos acreditar la confianza, de manera que no pareciese descuido. Pero los indios que deseaban sin artificio ni afectacion la amistad de los españoles, se desconsolaban pundonorosamente de que no se arrimasen las armas, y se acabase de creer su fidelidad; punto que se discurrió en el senado: por cuyo decreto vino Magiscatzin á significar este sentimiento á Cortés, y ponderó mucho «cuánto disonaban aquellas »prevenciones de guerra donde todos estaban suje»tos, obedientes y deseosos de agradar: que la vigi»lancia con que se vivia en el cuartel denotaba poca »seguridad; y los soldados que salian á la ciudad con »sus rayos al hombro, puesto que no hiciesen mal, »ofendieran mas con la desconfianza, que ofendieran »con el agravio: dijo, que las armas se debian tratar »como peso inútil donde no eran necesarias, y pare»cian mal entre amigos de buena ley y desarmados;» y concluyó suplicando encarecidamente á Cortés, de parte del senado y toda la ciudad, «que mandase ce»sar en aquellas demostraciones y aparatos, que al »parecer conservaban señales de guerra mal fenecida »ó por lo menos eran indicios de amistad escrupu»losa.»

Cortés le respondió: «que tenia conocida la buena »correspondencia de sus ciudadanos, y estaba sin re»celo de que pudiesen contravenir á la paz que tanto »habian deseado: que las guardias que se hacian y el »cuidado que reparaban en su alojamiento, era con»forme á la usanza de su tierra, donde vivian siempre »militarmente los soldados, y se habilitaban en el »tiempo de la paz á los trabajos de la guerra; por cu»yo medio se aprendia la obediencia y se hacia cos»tumbre la vigilancia: que las armas tambien eran »adorno y circunstancia de su trage, y las traian co»mo gala de su profesion; por cuya causa les pedia »que se asegurasen de su amistad, y no estrañasen »aquellas demostraciones propias de su milicia y »compatibles con la paz entre los de su nacion.» Halló camino de satisfacer á sus amigos sin faltar á la razon de su cautela; y Magiscatzin, hombre de espíritu guerrero, que habia gobernado en su mocedad las armas de su república; se agradó tanto de aquel estilo militar y loable costumbre, que no solo volvió sin queja, pero fué deseoso de introducir en sus ejércitos este género de vigilancia y ejercicios, que distinguian y habilitaban los soldados.

Quietáronse con esta noticia los paisanos, y asistian todos con diligente servidumbre al obsequio de los españoles. Conocíase mas cada dia su voluntad: los regalos fueron muchos, cazas de todos géneros y frutas estraordinarias, con algunas ropas y curiosidades de poco precio; pero lo mejor que daba de sí la penuria de aquellos montes cerrados al comercio de las regiones que producian el oro y la plata. La mejor sala del alojamiento se reservó para capilla, donde se levantó sobre gradas el altar, y se colocaron algunas imágenes con la mayor decencia que fue posible. Celebrábase todos los dias el santo sacrificio de la misa con asistencia de los indios principales, que callaban admirados ó respetivos; y aunque no estuviesen devotos, cuidaban de no estorbar la devocion. Todo lo reparaban, y todo les hacia novedad y mayor estimacion de los españoles, cuyas virtudes conocian y veneraban, mas por lo que se hacen ellas amar, que porque las supiesen el nombre ni las ejercitasen.

Un dia preguntó Magiscatzin á Cortés: «si era mor»tal; porque sus obras y las de su gente parecian mas »que naturales, y contenia en sí aquel género de »bondad y grandeza que consideraban ellos en sus »dioses; pero que no entendian aquellas ceremonias »con que al parecer reconocian otra deidad superior, »porque los aparatos eran de sacrificio, y no hallaban »en él la víctima ó la ofrenda con que se aplacaban »los dioses, ni sabian que pudiese haber sacrificio »sin que muriese alguno por la salud de los demas.»

Con esta ocasion tomó la mano Cortés, y satisfaciendo á sus preguntas confesó con ingenuidad: «que »su naturaleza y la de todos sus soldados era mortal:» porque no se atrevió á contemporizar con el engaño de aquella gente cuando trataba de volver por la verdad infalible de su religion; pero añadió: «que como »hijos de mejor clima, tenian mas espíritu y mayo»res fuerzas que los otros hombres;» y sin admitir el atributo de inmortal se quedó con la reputacion de invencible. Díjoles tambien; «que no solo reconocian »superior en el cielo, donde adoraban al único Señor »de todo el universo; pero tambien eran súbditos y »vasallos del mayor príncipe de la tierra, en cuyo »dominio estaban ya los de Tlascala, pues siendo »hermanos de los españoles, no podian dejar de obe»decer á quien ellos obedecian.» Pasó luego á discurrir en lo mas esencial, y aunque oró fervorosamente contra la idolatría, hallando con su buena razon bastantes fundamentos para impugnar y destruir la multiplicidad de los dioses, y el horror abominable de sus sacrificios: cuando llegó á tocar en los misterios de la fé le parecieron dignos de mejor esplicacion, y dió lugar (discreto hasta en callar á tiempo) para que hablase el padre fray Bartolomé de Olmedo. Procuró este religioso introducirlos poco á poco en el conocimiento de la verdad, esplicando como docto y como prudente los puntos principales de la religion cristiana, de modo que pudiese abrazarlos la voluntad sin fatiga del entendimiento; porque nunca es bien dar con toda la luz en los ojos á los que habitan en la oscuridad. Pero Magiscatzin y los demas que le asistian dieron por entonces poca esperanza de reducirse. Decian «que aquel Dios á quien »adoraban los españoles era muy grande, y seria ma»yor que los suyos; pero que cada uno tenia poder »en su tierra, y allí necesitaban de un Dios contra los »rayos y tempestades: de otro para las avenidas y »las mieses: de otro para la guerra, y así de las de»mas necesidades, porque no era posible que uno so»lo cuidase de todo.» Mejor admitieron la proposicion del señor temporal, porque se allanaron desde luego á ser sus vasallos, y preguntaban si los defenderia de Motezuma: poniendo en esto la razon de su obediencia; pero al mismo tiempo pedian con humildad y encogimiento: «que no saliese de allí la plática »de mudar religion, porque si lo llegaban á entender »sus dioses llamarian á sus tempestades, y echarian »mano de sus avenidas para que los aniquilasen:» así los tenia poseidos el error y atemorizados el demonio. Lo mas que se pudo conseguir entonces fue que dejasen los sacrificios de sangre humana, porque les hizo fuerza lo que se oponia á la ley natural; y con efecto fueron puestos en libertad los miserables cautivos que habian de morir en sus festividades, y se rompieron diferentes cárceles y jáulas donde los tenian y preparaban con el buen tratamiento, no tanto porque llegasen decentes al sacrificio, como porque no viniesen deslucidos al plato.

No quedó satisfecho Hernan Cortés con esta demostracion, antes proponia entre los suyos que se derribasen los ídolos, trayendo en consecuencia la faccion y el suceso de Zempoala, como si fuera lo mismo intentar semejante novedad en lugar de tanto mayor poblacion: engañábale su celo y no le desen-

gañaba su ánimo. Pero el padre fray Bartolomé de Olmedo le puso en razon, diciéndole con entereza religiosa: «que no estaba sin escrúpulo de la fuerza »que se hizo á los de Zempoala, porque se compade- »cian mal la violencia y el Evangelio, y aquello en la »sustancia era derribar los altares y dejar los ídolos »en el corazon.» A que añadió: «que la empresa de »reducir aquellos gentiles pedia mas tiempo y mas »suavidad; porque no era buen camino para darles á »conocer su engaño malquistar con torcedores la »verdad; y antes de introducir á Dios, se debia des- »terrar al demonio: guerra de otra milicia y de otras »armas.» A cuya persuasion y autoridad rindió Hernan Cortés su dictámen, reprimiendo los ímpetus de su piedad, y de allí adelante se trató solamente de ganar y disponer las voluntades de aquellos indios, haciendo amable con las obras la religion, para que á vista de ellas conociesen la disonancia y abominacion de sus costumbres, y por estas la deformidad y torpeza de sus dioses.

CAPITULO IV.

Despacha Hernan Cortés los embajadores de Motezuma: reconoce Diego de Ordaz el volcan de Popocatepec, y se resuelve la jornada por Cholula (1).

Pasados tres ó cuatro dias que se gastaron en estas primeras funciones de Tlascala, volvió el ánimo Cortés al despacho de los embajadores mejicanos. Detúvolos para que viesen totalmente rendidos á los que tenian por indómitos, y la respuesta que les dió fue breve y artificiosa: «que dijesen á Motezuma lo que »llevaban entendido y habia pasado en su presencia: »las instancias y demostraciones con que solicitaron »y merecieron la paz los de Tlascala: el afecto y bue- »na correspondencia con que la mantenian: que ya »estaban á su disposicion, y era tan dueño de sus vo- »luntades, que esperaba reducirlos á la obediencia »de su príncipe, siendo esta una de las conveniencias »que resultarian de su embajada, entre otras de ma- »yor importancia que le obligaban á continuar el »viaje, y á solicitar entonces su benignidad para me- »recer despues su agradecimiento.» Con cuyo despacho y la escolta que pareció necesaria, partieron luego los embajadores, mas enterados de la verdad que satisfechos de la respuesta. Y Hernan Cortés se halló empeñado en detenerse algunos dias en Tlascala, porque iban llegando á dar la obediencia los pueblos principales de la república, y las naciones de su confederacion: cuyo acto se revalidaba con instrumento público, y se autorizaba con el nombre del rey don Cárlos, conocido ya y venerado entre aquellos indios, con un género de verdad en la sujecion que se dejaba colegir del respeto que tenian á sus vasallos.

Sucedió por este tiempo un accidente que hizo novedad á los españoles y puso en confusion á los indios. Descúbrese desde lo alto del sitio donde estaba entonces la ciudad de Tlascala el volcan de Popocatepec, en la cumbre de una sierra, que á distancia de ocho leguas se descuella considerablemente sobre los otros montes. Empezó en aquella sazon á turbar el dia con grandes y espantosas avenidas de humo, tan rápido y violento, que subia derecho largo espacio del aire sin ceder á los ímpetus del viento, hasta que perdiendo la fuerza en lo alto se dejaba esparcir y dilatar á todas partes, y formaba una nube mas ó menos oscura, segun la porcion de ceniza que llevaba consigo. Salian de cuando en cuando mezcladas con el humo, algunas llamaradas ó globos de fuego que al parecer se dividian en centellas, y serian las piedras encendidas que arrojaba el volcan, ó algunos pedazos de materia combustible que duraban segun su alimento.

No se espantaban los indios de ver el humo por ser frecuente y casi ordinario en este volcan; pero el fuego, que se manifestaba pocas veces, los entristecia y atemorizaba como presagio de venideros males; porque tenian aprendido que las centellas cuando se derramaban por el aire y no volvian á caer en el volcan, eran las almas de los tiranos que salian á castigar la tierra, y que sus dioses cuando estaban indignados se valian de ellos como instrumentos adecuados á la calamidad de los pueblos.

En este delirio de su imaginacion estaban discurriendo con Hernan Cortés Magiscatzin y algunos de aquellos magnates que ordinariamente le asistian; y él reparando en aquel rudo conocimiento que mostraban de la inmortalidad, premio y castigo de las almas, procuraba darles á entender los errores con que tenian desfigurada esta verdad, cuando entró Diego de Ordaz á pedirle licencia para reconocer desde mas cerca el volcan, ofreciendo subir á lo alto de la sierra y observar todo el secreto de aquella novedad. Espantáronse los indios de oir semejante proposicion, y procurando informarle del peligro y desviarle del intento, decian: «que los mas valientes de »su tierra solo se atrevian á visitar alguna vez unas »ermitas de sus dioses que estaban á la mitad de la »eminencia; pero que de allí adelante no se hallaria »huella de humano pie, ni eran sufribles los temblo- »res y bramidos con que se defendia la montaña.» Diego de Ordaz se encendió mas en su deseo con la misma dificultad que le ponderaban; y Hernan Cortés, aunque lo tuvo por temeridad, le dió licencia para intentarlo, porque viesen aquellos indios que no estaban negados sus imposibles al valor de los españoles, celoso á todas horas de su reputacion y la de su gente.

Acompañaron á Diego de Ordaz en esta faccion dos soldados de su compañía, y algunos indios principales que ofrecieron llegar con él hasta las ermitas, lastimándose mucho de que iban á ser testigos de su muerte. Es el monte muy delicioso en su principio; hermoséanle por todas partes frondosas arboledas, que subiendo largo trecho con la cuesta, suavizan el camino con su amenidad, y al parecer con engañoso divertimiento llegan al peligro por el deleite. Vase despues esterilizando la tierra, parte con la nieve, que dura todo el año en los parages que desampara el sol ó perdona el fuego, y parte con la ceniza, que blanquea tambien desde lejos con la oposicion del humo. Quedáronse los indios en la estancia de las ermitas, y partió Diego de Ordaz con sus dos soldados; trepando animosamente por los riscos y poniendo muchas veces los pies donde estuvieron las manos; pero cuando llegaron á poca distancia de la cumbre, sintieron que se movia la tierra con violentos y repetidos vaivenes, y percibieron los bramidos horribles del volcan, que á breve rato disparó con mayor estruendo gran cantidad de fuego envuelto en humo y ceniza; y aunque subió derecho sin calentar la transversal del aire, se dilató despues en lo alto, y volvió sobre los tres una lluvia de ceniza tan espesa y tan encendida, que necesitaron de buscar su defensa en el cóncavo de una peña, donde faltó el aliento á los españoles, y quisieron volverse; pero Diego de Ordaz viendo que cesaba el terremoto, que se mitigaba el estruendo y salia menos denso el humo, los animó con adelantarse, y llegó intrépidamente á la boca del volcan, en cuyo fondo observó una gran masa de fuego, que al parecer hervia como materia líquida y resplandeciente, y reparó en el tamaño de la boca, que ocupaba casi toda la cumbre y tendria como un cuarto de legua su circunferencia. Volvieron con esta noticia, y recibieron norabuenas de su hazaña, con grande asombro de los indios que redundó en mayor

(1) A esta provincia la llama Cortés *Churultecal*: de ambos modos la encontramos escrita en las historias.

estimacion de los españoles. Esta bizarría de Diego de Ordaz no pasó entonces de una curiosidad temeraria; pero el tiempo la hizo de consecuencia, y todo servia en esta obra, pues hallándose despues el ejército con falta de pólvora para la segunda entrada que se hizo por fuerza de armas en Méjico, se acordó Cortés de los hervores de fuego líquido que se vieron en este volcan, y halló en él toda la cantidad que hubo menester de finísimo azufre para fabricar esta municion; con que se hizo recomendable y necesario el arrojamiento de Diego de Ordaz, y fue su noticia de tanto provecho en la conquista, que se la premió despues el emperador con algunas mercedes, y ennobleció la misma faccion dándole por armas el volcan.

Veinte dias se detuvieron los españoles en Tlascala, parte por las visitas que ocurrieron de las naciones vecinas, y parte por el consuelo de los mismos naturales, tan bien hallados ya con los españoles, que procuraban dilatar el plazo de su ausencia con varios festejos y regocijos públicos, bailes á su modo, y ejercicios de sus agilidades. Señalado el dia para la jornada, se movió disputa, sobre la eleccion del camino: inclinábase Cortés á ir por Cholula, ciudad, como dijimos, de gran poblacion, en cuyo distrito solian alojarse las tropas veteranas de Motezuma.

Contradecian esta resolucion los tlascaltecas, aconsejando que se guiase la marcha por Guajocingo, pais abundante y seguro; porque los de Cholula, sobre ser naturalmente sagaces y traidores, obedecian con miedo servil á Motezuma, siendo los vasallos de su mayor confianza y satisfaccion; á que añadian: «que »aquella ciudad estaba reputada en todos sus con»tornos por tierra sagrada y religiosa, por tener den»tro de sus muros mas de cuatrocientos templos, con »unos dioses tan mal acondicionados, que asombra»ban el mundo con sus prodigios; por cuya razon no »era seguro penetrar sus términos sin tener primero »algunas señales de su beneplácito.» Los zempoales, menos supersticiosos ya con el trato de los españoles, despreciaban estos prodigios; pero seguian la misma opinion, acordando y repitiendo los motivos que dieron en Zocothlan para desviar el ejército de aquella ciudad.

Pero antes que se tomase acuerdo en este punto, llegaron nuevos embajadores de Motezuma con otro presente, y noticia de que ya estaba su emperador reducido á dejarse visitar de los españoles, dignándose de recibir gratamente la embajada que le traian y entre otras cosas que discurrieron concernientes al viaje, dieron á entender que dejaban prevenido el alojamiento en Cholula: con que se hizo necesario el empeño de ir por aquella ciudad; no porque se fiase mucho de esta inopinada y repentina mudanza de Motezuma, ni dejase de parecer intempestiva y sospechosa tanta facilidad sobre tanta resistencia; pero Hernan Cortes ponia gran cuidado en que no le viesen aquellos mejicanos receloso, de cuyo temor se componia su mayor seguridad. Los tlascaltecas del gobierno, cuando supieron la proposicion de Motezuma, dieron por hecho el trato doble de Cholula, y volvieron á su instancia, temiendo con buena voluntad el peligro de sus amigos; y Magiscatzin, que tenia mayor afecto á los españoles, y amaba particularmente á Cortés con inclinacion apasionada, le apretó mucho en que no fuese por aquella ciudad: pero él, que deseaba darle satisfaccion de lo que agradecia su cuidado y estimaba su consejo, convocó luego á sus capitanes, y en su presencia se propuso la duda y se pesaron las razones que por una y otra parte ocurrian, cuya resolucion fue: «que ya no era posible dejar »de admitir el alojamiento que proponian los mejica»nos sin que pareciese recelo anticipado: ni cuando »fuese cierta la sospecha, convenia pasar á mayor em»peño, dejando la traicion á las espaldas; antes se de»bia ir á Cholula para descubrir el ánimo de Motezu»ma, y dar nueva reputacion al ejército con el castigo »de sus asechanzas.» Redújose Magiscatzin al mismo dictámen, venerando con docilidad el superior juicio de los españoles. Pero sin apartarse del recelo que le obligó á sentir lo contrario, pidió licencia para juntar las tropas de su república, y asistir á la defensa de sus amigos en un peligro tan evidente, que no era razon que por ser ellos invencibles quitasen á los tlascaltecas la gloria de cumplir con su obligacion. Pero Hernan Cortés, aunque no dejaba de conocer el riesgo, ni le sonó mal este ofrecimiento, se detuvo en admitirle porque le hacia disonancia el empezar tan presto á disfrutar los socorros de aquella gente recien pacificada, y así le respondió agradeciendo mucho su atencion; y últimamente le dijo: «que no era necesa»ria por entonces aquella prevencion;» pero se lo dijo con flojedad, como quien deseaba que se hiciese y no queria darlo á entender: especie de rehusar que suele ser poco menos que pedir.

CAPITULO V.

Hállanse nuevos indicios del trato doble de Cholula: marcha el ejército la vuelta de aquella ciudad, reforzado con algunas capitanías de Tlascala.

Era cierto que Motezuma, sin resolverse á tomar las armas contra los españoles, trataba de acabar con ellos, sirviéndose del ardid primero que de la fuerza. Teníanle de nuevo atemorizado las respuestas de sus oráculos; y el demonio, á quien embarazaba mucho la vecindad de los cristianos, le apretaba con horribles amenazas en que los apartase de sí: unas veces enfurecia los sacerdotes y agoreros para que le irritasen y enfureciesen: otras se le aparecia tomando la figura de sus ídolos, y le hablaba para introducir desde mas cerca el espíritu de la ira en su corazon; pero siempre le dejaba inclinado á la traicion y al engaño, sin proponerle que usase de su poder y de sus fuerzas, ó no tendria permision para mayor violencia, ó como nunca sabe aconsejar lo mejor, le retiraba los medios generosos para envilecerle con lo mismo que le animaba. Por una parte le faltaba el valor para dejarse ver de aquella gente prodigiosa; y por otra le parecia despreciable y de corto número su ejército para empeñar descubiertamente sus armas; y hallando pundonor en los engaños, trataba solo de apartarlos de Tlascala, donde no podia introducir las asechanzas, y llevarlos á Cholula, donde las tenia ya dispuestas y prevenidas.

Reparó Hernan Cortés en que no venian los de aquel gobierno á visitarle, y comunicó su reparo á los embajadores mejicanos, extrañando mucho la desatencion de los caciques á cuyo cargo estaba su alojamiento, pues no podian ignorar que le habian visitado con menos obligacion todas las poblaciones del contorno. Procuraron ellos disculpar á los de Cholula, sin dejar de confesar su inadvertencia, y al parecer solicitaron la enmienda con algun aviso en diligencia, porque tardaron poco en venir de parte de la ciudad cuatro indios mal ataviados, gente de poca suposicion para embajadores, segun el uso de aquellas naciones: desacato que acriminaron los de Tlascala como nuevo indicio de su mala intencion; y Hernan Cortés no los quiso admitir, antes mandó que se volviesen luego, diciendo en presencia de los mejicanos: «que sabian »poco de urbanidad los caciques de Cholula, pues »querian enmendar un descuido con una descor»tesía.»

Llegó el dia de la marcha, y por mas que los españoles tomaron la mañana para formar su escuadron y el de los zempoales, hallaron ya en el campo un ejército de tlascaltecas, prevenido por el senado á instancia de Magiscatzin, cuyos cabos dijeron á Cortés: «que tenian órden de la república para servir debajo

»de su mano y seguir sus banderas en aquella jornada, »no solo hasta Cholula, sino hasta Méjico, donde con»sideraban el mayor peligro de su empresa.» Estaba la gente puesta en órden, y aunque unida y apretada, segun el estilo de su milicia, ocupaba largo espacio de tierra, porque habian convocado todas las naciones de su confederacion, y hecho un esfuerzo extraordinario para la defensa de sus amigos: suponiendo que llegaria el caso de afrontarse con las huestes de Motezuma. Distinguíanse las capitanías por el color de los penachos, y por la diferencia de las insignias, águilas, leones y otros animales feroces levantados en alto, que no sin presuncion de geroglíficos ó empresas, contenian significacion, y acordaban á los soldados la gloria militar de su nacion. Algunos de nuestros escritores se alargan á decir que constaba todo el grueso de cien mil hombres armados: otros andan mas detenidos en lo verosímil; pero con el número menor, queda grande la accion de los tlascaltecas, digna verdaderamente de ponderacion por la sustancia y por el modo. Agradeció Cortés con palabras de todo encarecimiento esta demostracion, y necesitó de alguna porfía para reducirlos á que no convenia que le siguiese tanta gente cuando iba de paz; pero lo consiguió finalmente, dejándolos satisfechos con permitir que le siguiesen algunas capitanías con sus cabos, y quedase reservado el grueso para marchar en su socorro si lo pidiese la necesidad. Nuestro Bernal Diaz escribe que llevó consigo dos mil tlascaltecas: Antonio de Herrera dice tres mil; pero el mismo Hernan Cortés confiesa en sus relaciones que llevó seis mil; y no cuidaba tan poco de su gloria, que supondria mayor número de gente para dejar menos admirable su resolucion.

Puesta en órden la marcha... pero no pasemos en silencio una novedad que merece reflexion, y pertenece á este lugar. Quedó en Tlascala cuando salieron los españoles de aquella ciudad, una cruz de madera fija en lugar eminente y descubierto, que se colocó de comun consentimiento el dia de la entrada; y Hernan Cortés no quiso que se deshiciese, por mas que se notasen como culpas los escesos de su piedad; antes encargó á los caciques su veneracion: pero debia de ser necesaria mayor recomendacion, para que durase con seguridad entre aquellos infieles; porque apenas se apartaron de la ciudad los cristianos, cuando á vista de los indios bajó del cielo una prodigiosa nube á cuidar de su defensa. Era de agradable y esquisita blancura; y fué descendiendo por la region del aire, hasta que dilatada en forma de columna, se detuvo perpendicularmente sobre la misma cruz, donde perseveró mas ó menos distinta (¡maravillosa providencia!) tres ó cuatro años que se dilató por varios accidentes la conversion de aquella provincia. Salia de la nube un género de resplandor mitigado que infundia veneracion, y no se dejaba mezclar entre las tinieblas de la noche. Los indios se atemorizaban al principio conociendo el prodigio, sin discurrir en el misterio; pero despues consideraron mejor aquella novedad, y perdieron el miedo sin menoscabo de la admiracion. Decian públicamente que aquella santa señal encerraba dentro de sí alguna deidad, y que no en vano la veneraban tanto sus amigos los españoles; procuraban imitarlos doblando la rodilla en su presencia, y acudian á ella en sus necesidades, sin acordarse de los ídolos ó frecuentando menos sus adoratorios; cuya devocion (si así se puede llamar aquel género de afecto que sentian como influencia de causa no conocida) fué creciendo con tanto fervor de nobles y plebeyos, que los sacerdotes y agoreros entraron en celos de su religion, y procuraron diversas veces arrancar y hacer pedazos la cruz; pero siempre volvian escarmentados, sin atreverse á decir lo que les sucedia por no desautorizarse con el pueblo. Así lo refieren autores fidedignos; y así cuidaba el cielo de ir disponiendo aquellos ánimos para que recibiesen despues con menos resistencia el Evangelio; como el labrador que antes de repetir la semilla, facilita su produccion con el primer beneficio de la tierra.

No se ofreció novedad en la primera marcha, porque ya no lo era el concurso innumerable de los indios que salian á los caminos, ni aquellos alaridos que pasaban por aclamaciones. Camináronse cuatro leguas de las cinco que distaba entonces Cholula de la antigua Tlascala, y pareció hacer alto cerca de un rio de apacible ribera, por no entrar con la noche á los ojos en lugar de tanta poblacion. Poco despues que se asentó el cuartel y distribuyeron las órdenes convenientes á su defensa y seguridad, llegaron segundos embajadores de aquella ciudad, gente de mas porte y mejor adornada. Traian un regalo de vituallas diferentes, y dieron su embajada con grande aparato de reverencias, que se redujo á disculpar la tardanza de sus caciques, con pretesto de que no podian entrar en Tlascala, siendo sus enemigos los de aquella nacion: ofrecer el alojamiento que tenia prevenido su ciudad, y ponderar el regocijo con que celebraban sus ciudadanos la dicha de merecer unos huéspedes tan aplaudidos por sus hazañas, y tan amables por su benignidad: dicho uno y otro con palabras al parecer sencillas, ó que traian bien desfigurado el artificio. Hernan Cortés admitió gratamente la disculpa y el regalo, cuidando tambien de que no se conociese afectacion en su seguridad; y el dia siguiente, poco despues de amanecer, se continuó la marcha con la misma órden, y no sin algun cuidado, que obligó á mayor vigilancia, porque tardaba el recibimiento de la ciudad, y no dejaba de hacer ruido este reparo entre los demas indicios. Pero al llegar el ejército cerca de la poblacion, prevenidas ya las armas para el combate, se dejaron ver los caciques y sacerdotes con numeroso acompañamiento de gente desarmada. Mandó Cortés que se hiciese alto para recibirlos, y ellos cumplieron con su funcion tan reverentes y regocijados, que no dejaron que recelar por entonces al cuidado con que observaban sus acciones y movimientos; pero al reconocer el grueso de los tlascaltecas que venian en la retaguardia torcieron el semblante, y se levantó entre los mas principales del recibimiento un rumor desagradable, que volvió á despertar el recelo en los españoles. Dióse órden á doña Marina para que averiguase la causa de aquella novedad, y por su medio respondieron «que los de Tlascala no podian entrar »con armas en su ciudad, siendo enemigos de su na»cion, y rebeldes á su rey.» Instaban en que se detuviesen, y retirasen luego á su tierra, como estorbos de la paz que se venia publicando; y representaban sus inconvenientes, sin alterarse ni descomponerse: firmes en que no era posible, pero contenida la determinacion en los límites del ruego.

Hallóse Cortés algo embarazado con esta demanda, que parecia justificada y podia ser poco segura: procuró sosegarlos con esperanzas de algun temperamento que mediase aquella diferencia; y comunicando brevemente la materia con sus capitanes, pareció que seria bien proponer á los tlascaltecas que se alojasen fuera de la ciudad hasta que se penetrase la intencion de aquellos caciques, ó se volviese á la marcha. Fueron con esta proposicion, que al parecer tenia su dureza, los capitanes Pedro de Alvarado y Cristóval de Olid; y la hicieron, valiéndose igualmente de la persuasion y de la autoridad, como quien llevaba la órden y obligaba con dar la razon. Pero ellos anduvieron tan atentos, que atajaron la instancia diciendo: «que no venian á disputar, sino á obedecer; y que »tratarian luego de abarracarse fuera de la poblacion, »en paraje donde pudieren acudir prontamente á la »defensa de sus amigos, ya que se querian aventurar »contra toda razon, fiándose de aquellos traidores.»

Comunicóse luego este partido con los de Cholula, y le abrazaron tambien con facilidad, quedando ambas naciones no solo satisfechas, sino con algun género de vanidad hecha de su misma oposicion: los unos porque se persuadieron á que vencian, dejando poco airosos y desacomodados á sus enemigos; y los otros porque se dieron á entender que el no admitirlos en su ciudad era lo mismo que temerlos: así equivoca la imaginacion de los hombres la esencia y el color de las cosas, que ordinariamente se estiman como se aprenden, y se aprenden como se desean.

CAPITULO VI.

Entran los españoles en Cholula, donde procuran engañarlos con hacerles en lo exterior buena acogida; descúbrese la traicion que tenian prevenida, y se dispone su castigo.

La entrada que los españoles hicieron en Cholula fue semejante á la de Tlascala: innumerable concurso de gente que se dejaba romper con dificultad; aclamaciones de bullicio; mujeres que arrojaban y repartian ramilletes de flores; caciques y sacerdotes que frecuentaban reverencias y perfumes; variedad de instrumentos, que hacian mas estruendo que música, repartidos por las calles; y tan bien imitado en todos el regocijo, que llegaron á tenerle por verdadero los mismos que venian recelosos. Era la ciudad de tan hermosa vista, que la comparaban á nuestra Valladolid, situada en un llano desahogado por todas partes del horizonte, y de grande amenidad: dicen que tendria veinte mil vecinos dentro de sus muros, y que pasaria de este número la poblacion de sus arrabales

Frecuentábanla ordinariamente muchos forasteros, parte como santuario de sus dioses, y parte como emporio de su mercancía. Las calles eran anchas y bien distribuidas; los edificios mayores y de mejor arquitectura que los de Tlascala, cuya opulencia se hacia mas suntuosa con las torres, que daban á conocer la multitud de sus templos; la gente menos belicosa que sagaz; hombres de trato y oficiales; poca distincion, y mucho pueblo.

El alojamiento que tenian prevenido se componia de dos ó tres casas grandes y contiguas, donde cupieron españoles y zempoales, y pudieron fortificarse unos y otros como lo aconsejaba la ocasion y no lo estrañaba la costumbre. Los tlascaltecas eligieron sitio para su cuartel poco distante de la poblacion; y cerrándole con algunos reparos, hacian sus guardias, y ponian sus centinelas, mejorada ya su milicia con la imitacion de sus amigos. Los primeros tres ó cuatro dias fue todo quietud y buen pasage.

Los caciques acudian con puntualidad al obsequio de Cortés, y procuraban familiarizarse con sus capitanes. La provision de las vituallas corria con abundancia y liberalidad, y todas las demostraciones eran favorables, y convidaban á la seguridad; tanto que se llegaron á tener por falsos y ligeramente creidos los rumores antecedentes (fácil á todas horas en fabricar ó fingir sus alivios el cuidado), pero no tardó mucho en manifestar la verdad, ni aquella gente acertó á dudar en su artificio hasta lograr sus intentos: astuta por naturaleza y profesion, pero no tan despierta y avisada que se supiesen entender su habilidad y su malicia.

Fueron poco á poco retirando los víveres: cesó de una vez el agasajo y asistencia de los caciques. Los embajadores de Motezuma tenian sus conferencias recatadas con los sacerdotes: conocíase algun género de irrision y falsedad en los semblantes; y todas las señales inducian novedad, y despertaban el recelo mal adormecido. Trató Cortés de aplicar algunos medios para inquirir y averiguar el ánimo de aquella gente, y al mismo tiempo se descubrió de sí misma la verdad; adelantándose á las diligencias humanas la providencia del cielo, tantas veces esperimentada en esta conquista.

Estrechó amistad con doña Marina una india anciana, mujer principal y emparentada en Cholula. Visitábala muchas veces con familiaridad, y ella no se lo desmerecia con el atractivo natural de su agrado y discrecion. Vino aquel dia mas temprano, y al parecer asustada ó cuidadosa, retiróla misteriosamente de los españoles, y encargando el secreto con lo mismo que recataba la voz, empezó á condolerse de su esclavitud, y á persuadirla «que se apartase de aquellos estranjeros aborrecibles, y se fuese á su casa, cuyo albergue la ofrecia como refugio de su libertad.» Doña Marina, que tenia bastante sagacidad, confirió esta prevencion con los demas indicios; y fingiendo que venia oprimida y contra su voluntad entre aquella gente, facilitó la fuga y aceptó el hospedaje con tantas ponderaciones de su agradecimiento, que la india se dió por segura, y descubrió todo el corazon. Díjola: «que convenia en todo caso que se fuese luego, porque se acercaba el plazo señalado entre los suyos para destruir á los españoles, y no era razon que una mujer de sus prendas pereciese con ellos; que Motezuma tenia prevenidos á poca distancia veinte mil hombres de guerra para dar calor á la faccion: que de este grueso habian entrado ya en la ciudad á la deshilada seis mil soldados escogidos: que se habia repartido cantidad de armas entre los paisanos: que tenian de repuesto muchas piedras sobre los terrados, y abiertas en las calles profundas zanjas, en cuyo fondo habian fijado estacas puntiagudas, fingiendo el plano con una cubierta de la misma tierra, fundada sobre apoyos frágiles para que cayesen y se mancasen los caballos: que Motezuma trataba de acabar con todos los españoles; pero encargaba que le llevasen algunos vivos para satisfacer á su curiosidad y al obsequio de sus dioses, y que habia presentado á la ciudad una caja de guerra hecha de oro cóncavo primorosamente vaciado, para escitar los ánimos con este favor militar.» Y últimamente, doña Marina, dando á entender que se alegraba de lo bien que tenia dispuesta su empresa; y dejando caer algunas preguntas, como quien celebraba lo que inquiria, se halló con noticia cabal de toda la conjuracion. Fingió que se queria ir luego en su compañía; y con pretesto de recoger sus joyas y algunas preseas de su peculio, hizo lugar para desviarse de ella sin desconfiarla: dió cuenta de todo á Cortés, y él mandó prender á la india que á pocas amenazas confesó la verdad, entre turbada y convencida.

Poco despues vinieron unos soldadas tlascaltecas recatados en trage de paisanos, y dijeron á Cortés de parte de sus cabos: «que no se descuidase, porque habian visto desde su cuartel que los de Cholula retiraban á los lugares del contorno su ropa y sus mujeres:» señal evidente de que maquinaban alguna traicion. Súpose tambien que aquella mañana se habia celebrado en el templo mayor de la ciudad un sacrificio de diez niños de ambos sexos; ceremonia de que usaban cuando querian emprender algun hecho militar; y al mismo tiempo llegaron dos ó tres zempoales que saliendo casualmente á la ciudad, habian descubierto el engaño de las zanjas, y visto en las calles de los lados algunos reparos y estacadas que tenian hechos para guiar los caballos al precipicio.

No se necesitaba de mayor comprobacion para verificar el intento de aquella gente; pero Hernan Cortés quiso apurar mas la noticia, y poner su razon en estado que no se la pudiesen negar, teniendo algunos testigos principales de la misma nacion que hubiesen confesado el delito, para cuyo efecto mandó llamar al primer sacerdote, de cuya obediencia pendian los

demas, y que le tragesen otros dos ó tres de la misma profesion, gente que tenia grande autoridad con los caciques, y mayor con el pueblo. Fuélos examinando separadamente, no como quien dudaba de su intencion, sino como quien se lamentaba de su alevosía; y dándoles todas las señas de lo que sabia, callaba el modo para cebar su admiracion con el misterio, y dejarlos desvariar en el concepto de su ciencia. Ellos se persuadieron á que hablaban con alguna deidad que penetraba lo mas oculto de los corazones, y no se atrevieron á proseguir su engaño; antes confesaron luego la traicion con todas sus circunstancias, culpando á Motezuma, de cuya órden estaba dispuesta y prevenida. Mandólos aprisionar secretamente porque no moviesen algun ruido en la ciudad. Dispuso tambien que se tuviese cuidado con los embajadores de Motezuma, sin dejarlos salir, ni comunicar con los de la tierra; y convocando á sus capitanes, les refirió todo el caso, y les dió á entender cuánto convenia no dejar sin castigo aquel atentado, facilitando la faccion, y ponderando sus consecuencias con tanta energía y resolucion, que todos se redujeron á obedecerle, dejando á su prudencia la direccion y el acierto.

Hecha esta diligencia, llamó á los caciques gobernadores de la ciudad, y publicó su jornada para otro dia; no porque la tuviese dispuesta ni fuese posible, sino por estrechar el término á sus prevenciones. Pidióles bastimentos para la marcha, indios de carga para el bagaje, y hasta dos mil hombres de guerra que le acompañasen, como lo habian hecho los tlascaltecas y zempoales. Ellos ofrecieron con alguna tibieza y falsedad los bastimentos y tamenes, y con mayor prontitud la gente armada que se les pedia, en que andaban encontrados los designios. Pedíala Cortés para desunir sus fuerzas, y tener en su poder parte de los traidores que habia de castigar; y los caciques la ofrecian para introducir en el ejército contrario aquellos enemigos encubiertos, y servirse de ellos cuando llegase la ocasion: ardides ambos que tenian su razon militar, si puede llamarse razon este género de engaños que hizo lícitos la guerra y nobles el ejemplo.

Dióse noticia de todo á los tlascaltecas, y órden para que estuviesen alerta, y al rayar el dia se fuesen acercando á la poblacion como que se movian para seguir la marcha, y en oyendo el primer golpe de los arcabuces, entrasen á viva fuerza en la ciudad, y viniesen á incorporarse con el ejército, llevándose tras sí toda la gente que hallasen armada. Cuidóse tambien de que los españoles y zempoales tuviesen prevenidas sus armas y entendida la faccion en que las habian de emplear. Y luego que llegó la noche, cerrado ya el cuartel con las guardias y centinelas á que obligaba la ocurrencia presente, llamó Cortés á los embajadores de Motezuma, y con señas de intimidad, como quien les fiaba lo que no sabian, les dijo: «que »habia descubierto y averiguado una gran conjura»cion que le tenian armada los caciques y ciudadanos »de Cholula: dióles señas de todo lo que ordenaban »y disponian contra su persona y ejército: ponderó »cuánto faltaban á las leyes de la hospitalidad, al »establecimiento de la paz, y al seguro de su princi»pe.» Y añadió: «que no solamente lo sabia por su »propia especulacion y vigilancia: pero se lo habian »confesado ya los principales conjurados: disculpán»dose del trato doble con otra mayor culpa, pues se »atrevian á decir que tenian órden y asistencias de »Motezuma para deshacer alevosamente su ejército: »lo cual ni era verosímil, ni se podia creer semejante »indignidad de un príncipe tan grande. Por cuya »causa estaba resuelto á tomar satisfaccion de su »ofensa con todo el rigor de sus armas, y se lo comu»nicaba para que tuviesen comprendida su razon, y »entendido que no le irritaba tanto el delito princi»pal, como la circunstancia de querer aquellos se»diciosos autorizar su traicion con el nombre de »su rey.»

Los embajadores procuraron fingir como pudieron que no sabian la conjuracion, y trataron de salvar el crédito de su príncipe, siguiendo el camino en que los puso Cortés con bajar el punto de su queja. No convenia entonces desconfiar á Motezuma, ni hacer de un poderoso resuelto á disimular, un enemigo poderoso descubierto: por cuya consideracion se determinó á desbaratar sus designios sin darle á entender que los conocia; tratando solamente de castigar la obra en sus instrumentos, y contentándose con reparar el golpe sin atender al brazo. Miraba como empresa de poca dificultad el deshacer aquel trozo de gente armada que tenian prevenida para socorrer la sedicion, hecho á mayores hazañas con menores fuerzas; y estaba tan lejos de poner duda en el suceso, que tuvo á felicidad (ó por lo menos así lo ponderaba entre los suyos) que se le ofreciese aquella ocasion de adelantar con los mejicanos la reputacion de sus armas: y á la verdad no le pesó de ver tan embarazado en los ardides el ánimo de Motezuma; pareciéndole que no discurriria en mayores intentos quien le buscaba por las espaldas, y descubria entre sus mismos engaños la flaqueza de su resolucion.

CAPITULO VII.

Castígase la traicion de Cholula: vuélvese á reducir y pacificar la ciudad, y se hacen amigos los de esta nacion con los tlascaltecas.

Fueron llegando con el dia los indios de carga que se habian pedido, y algunos bastimentos, prevenido uno y otro con engañosa puntualidad. Vinieron despues en tropas deshiladas los indios armados que con pretesto de acompañar la marcha traian su contraseña para embestir por la retaguardia cuando llegase la ocasion: en cuyo número no anduvieron escasos los caciques; antes dieron otro indicio de su intencion, enviando mas gente que se les pedia; pero Hernan Cortés los hizo dividir en los patios del alojamiento, donde los aseguró mañosamente, dándoles á entender que necesitaba de aquella separacion para ir formando los escuadrones á su modo. Puso luego en órden sus soldados bien instruidos en lo que debian ejecutar; y montando á caballo con los que le habian de seguir en la faccion, hizo llamar á los caciques para justificar con ellos su determinacion; de los cuales vinieron algunos, y otros se escusaron. Díjoles en voz alta, y doña Marina se lo interpretó con igual vehemencia: «que ya estaba descubierta »su traicion, y resuelto su castigo, de cuyo rigor co»nocerian cuánto les convenia la paz que trataban »de romper alevosamente.» Y apenas empezó á protestarles el daño que recibiesen, cuando ellos se retiraron á incorporarse con sus tropas, huyendo en mas que ordinaria diligencia, y rompiendo la guerra con algunas injurias y amenazas que se dejaron oir desde lejos. Mandó entonces Hernan Cortés que cerrase la infantería con los indios naturales que tenia divididos en los patios; y aunque fueron hallados con las armas prevenidas para ejecutar su traicion, y trataron de unirse para defenderse, quedaron rotos y deshechos con poca dificultad; escapando solamente con la vida los que pudieron esconderse, ó se arrojaron por las paredes, sirviéndose de su ligereza y de sus mismas lanzas para saltar de la otra parte.

Aseguradas las espaldas con el estrago de aquellos enemigos encubiertos, se hizo la seña para que se moviesen los tlascaltecas; avanzó poco á poco el ejército por la calle principal, dejando en el cuartel la guardia que pareció necesaria. Echáronse delante algunos zempoales que fuesen descubriendo las zan-

jas porque no peligrasen los caballos. No estaban descuidados entonces los de Cholula, que hallándose ya empeñados en la guerra descubierta, convocaron el resto de los mejicanos, y unidos en una gran plaza donde habia tres ó cuatro adoratorios, pusieron en lo alto de sus átrios y torres parte de su gente, y los demas se dividieron en diferentes escuadrones para cerrar con los españoles. Pero al mismo tiempo que desembocó en la plaza el ejército de Cortés, y se dió de una parte y otra la primera carga, cerró por la retaguardia con los enemigos el trozo de Tlascala; cuyo inopinado accidente los puso en tanto pavor y desconcierto, que ni pudieron huir, ni supieron defenderse; y solo se hallaba mas embarazo que oposicion en algunas tropas descaminadas que andaban de un peligro en otro con poca ó ninguna eleccion: gente sin consejo que acometia para escapar, y las mas veces daban el pecho sin acordarse de las manos. Murieron muchos en este género de combates repetidos; pero el mayor número escapó á los adoratorios, en cuyas gradas y terrados se descubrió una multitud de hombres armados que ocupaban mas que guarnecian las eminencias de aquellos grandes edificios. Encargáronse de su defensa los mejicanos; pero se hallaban ya tan embarazados y oprimidos, que apenas pudieron revolverse para dar algunas flechas al viento.

Acercóse con su ejército Hernan Cortés al mayor de los adoratorios, y mandó á sus intérpretes que levantando la voz ofreciesen buen pasaje á los que voluntariamente bajasen á rendirse; cuya diligencia se repitió con segundo y tercer requerimiento, y viendo que ninguno se movia, ordenó que se pusiese fuego á los torreones del mismo adoratorio; lo cual asientan que llegó á ejecutarse, y que perecieron muchos al rigor del incendio y la ruina. No parece fácil que se pudiese introducir la llama en aquellos altos edificios sin abrir primero el paso de las gradas, si ya no lo consiguió Hernan Cortés, valiéndose de las flechas encendidas con que arrojaban los indios á larga distancia sus fuegos artificiales. Pero nada bastó para desalojar al enemigo hasta que se abrevió el asalto por el camino que abrió la artillería; y se observó dignamente que solo uno de tantos como fueron deshechos en este adoratorio se rindió voluntariamente á la merced de los españoles ¡notable señal de su obstinacion!

Hízose la misma diligencia en los demas adoratorios, y despues se corrió la ciudad que á breve rato quedó enteramente despoblada, y cesó la guerra por falta de enemigos. Los tlascaltecas se desmandaron con algun esceso en el pillaje, y costó su dificultad el recogerlos : hicieron muchos prisioneros: cargaron de ropas y mercaderías de valor, y particularmente se cebaron en los almacenes de la sal, de cuya provision remitieron luego algunas cargas á su ciudad, atendiendo á la necesidad de su patria en el mismo calor de su codicia. Quedaron muertos en las calles, templos y casas fuertes, mas de seis mil hombres entre naturales y mejicanos. Faccion bien ordenada, y conseguida sin alguna pérdida de los nuestros, que en la verdad tuvo mas de castigo que de victoria.

Retiróse luego Hernan Cortés á su alojamiento con los españoles y zempoales; y señalando cuartel dentro de la ciudad á los tlascaltecas, trató de que fuesen puestos en libertad todos los prisioneros de ambas naciones: cuyo número se componia de la gente mas principal que se iba reservando como presa de mas estimacion. Llamólos primero á su presencia, y mandando que saliesen tambien de su retiro los sacerdotes, la india que descubrió el trato y los embajadores de Motezuma, hizo á todos un breve razonamiento, doliéndose de que le hubiesen obligado los vecinos de aquella ciudad á tan severa demostracion; y despues de ponderar el delito y de asegurar á todos que ya estaba desenojado y satisfecho, mandó pregonar el perdon general de lo pasado sin escepcion de personas, y pidió con agradable resolucion á los caciques que tratasen de que se volviese á poblar su ciudad, recogiendo los fugitivos y asegurando á los temerosos.

No acababan ellos de creer su libertad, enseñados al rigor con que solian tratar á sus prisioneros; y besando la tierra en demostracion de su agradecimiento, se ofrecieron con humilde solicitud á la ejecucion de esta órden. Los embajadores procuraron disimular su confusion, aplaudiendo el suceso de aquel dia; y Hernan Cortés se congratuló con ellos, dejándose llevar de su disimulacion para mantenerlos en buena fé, y afirmarse con nuevas esterioridades en la política de interesar á Motezuma en el castigo de sus mismas estratagemas. Volvióse á poblar brevemente la ciudad, porque la demostracion de poner en libertad á los caciques y sacerdotes con tanta prontitud, y lo que ponderaron ellos esta clemencia de los españoles sobre tan justa provocacion, bastó para que se asegurase la gente que andaba derramada por los lugares del contorno. Restituyéronse luego á sus casas los vecinos con sus familias: abriéronse las tiendas: manifestáronse las mercaderías, y el tumulto se convirtió de una vez en obediencia y seguridad : accion en que no se conoció tanto la natural facilidad con que se movian aquellos indios de un estremo á otro, como el gran concepto en que tenian á los españoles; pues hallaron en la misma justificacion de su castigo toda la razon que hubieron menester para fiarse de su enmienda.

El dia siguiente á la faccion llegó Xicotencal con un ejército de veinte mil hombres, que al primer aviso de los suyos remitió la república de Tlascala para el socorro de los españoles. Tenian prevenidas tropas recelando el suceso, y en todo se iban esperimentando las atenciones de aquella nacion. Hicieron alto fuera de la ciudad, y Hernan Cortés los visitó y regaló con toda estimacion de su fineza; pero los redujo á que se volviesen, diciendo á Xicotencal y á sus capitanes : «que ya no era necesaria su asistencia para la reduccion de Cholula; y que hallándose »con resolucion de marchar brevemente la vuelta »de Méjico, no le convenia despertar la resistencia »de Motezuma, ó provocarle á que rompiese la guer»ra, introduciendo en su dominio un grueso tan »numeroso de tlascaltecas, enemigos descubiertos »de los mejicanos.» A cuya razon no tuvieron que replicar, antes la conocieron y confesaron con ingenuidad, ofreciendo tener prevenidas sus tropas y acudir al socorro siempre que lo pidiese la necesidad.

Trató Cortés, primero que se retirasen, de hacer amigas aquellas dos naciones de Tlascala y Cholula: introdujo la plática: desvió las dificultades; y como tenia ya tan asentada su autoridad con ambas parcialidades, lo consiguió en breves dias, y se celebró acto de confederacion y alianza entre las dos ciudades y sus distritos, con asistencia de sus magistrados, y con las solemnidades y ceremonias de su costumbre: cuerda mediacion á que le obligaria la conveniencia de abrir el paso á los de Tlascala para que pudiesen suministrar con mayor facilidad los socorros de que necesitase, ó no dejar aquel estorbo en su retirada, si el suceso no respondiese favorablemente á su esperanza.

Así pasó el castigo de Cholula tan ponderado en los libros estranjeros, y en alguno de los naturales, que consiguió por este medio el aplauso miserable de verse citado contra su nacion (1). Ponen esta

(1) Aquí Solis hace alusion especialmente á lo que escribió Fr. Bartolomé de las Casas; de donde algunos estranjeros han tomado asunto para encarecer la crueldad de los españoles, tanto en esa como en las otras conquistas de América.

faccion entre las atrocidades que refieren de los españoles en las Indias, de cuyo encarecimiento se valen para desaprobar ó satirizar la conquista. Quieren dar al impulso de la codicia y á la sed del oro toda la gloria de lo que obraron nuestras armas; sin acordarse de que abrieron el paso á la religion, concurriendo en sus operaciones con especial asistencia el brazo de Dios. Lastímanse mucho de los indios, tratándolos como gente indefensa y sencilla para que sobresalga lo que padecieron: maligna compasion, hija del odio y de la envidia. No necesita el caso de Cholula de mas defensa que su misma narracion. En él se conoce la malicia de aquellos bárbaros, cómo se sabian aprovechar de la fuerza y del engaño, y cuán justamente fue castigada su alevosía; y de él se puede colegir cuán apasionadamente se refieren otros casos de horrible inhumanidad, ponderados con la misma afectacion. No dejamos de conocer que se vieron en algunas partes de las Indias acciones dignas de reprension, obradas con queja de la piedad y de la razon: ¿pero en cuál empresa justa ó santa se dejaron de perdonar algunos inconvenientes? ¿De cuál ejército bien disciplinado se pudieron desterrar enteramente los abusos y desórdenes que llama el mundo licencias militares? ¿Y qué tienen que ver estos inconvenientes menores con el acierto principal de la conquista? No pueden negar los émulos de la nacion española que resultó de este principio, y se consiguió con estos instrumentos, la conversion de aquella gentilidad, y el verse hoy restituida tanta parte del mundo á su Criador. Querer que no fuese del agrado de Dios y de su altísima ordenacion la conquista de las Indias, por este ó aquel delito de los conquistadores, es equivocar la sustancia con los accidentes: que hasta en la obra inefable de nuestra redencion se presupuso como necesaria para la salud universal, la malicia de aquellos pecadores permitidos, que ayudaron á labrar el mayor remedio con la mayor iniquidad. Puédense conocer los fines de Dios en algunas disposiciones que traen consigo las señales de su providencia; pero la proporcion ó congruencia de los medios por donde se encaminan, es punto reservado á su eterna sabiduría, y tan escondido á la prudencia humana, que se deben oir con desprecio estos juicios apasionados, cuyas sutilezas quieren parecer valentías del entendimiento, siendo en la verdad atrevimientos de la ignorancia.

CAPITULO VIII.

Parten los españoles de Cholula: ofréceseles nueva dificultad en la montaña de Chalco, y Motezuma procura detenerlos por medio de sus nigrománticos.

Ibase acercando el plazo de la jornada, y algunos zempoales de los que militaban en el ejército (temiesen el empeño de pasar á la córte de Motezuma, ó pudiese mas que su reputacion el amor de la patria) pidieron licencia para retirarse á sus casas. Concediósela Cortés sin dificultad, agradeciéndoles mucho lo bien que le habian asistido; y con esta ocasion envió algunas alhajas de presente al cacique de Zempoala, encargándole de nuevo los españoles que dejó en su distrito sobre la fé de su amistad y confederacion.

Escribió tambien á Juan de Escalante, ordenándole con particular instancia que procurase remitirle alguna cantidad de harina para las hostias y vino para las misas, cuya provision se iba estrechando, y cuya falta seria de gran desconsuelo suyo y de toda su gente. Dióle noticia por menor de los progresos de su jornada, para que estuviese de buen ánimo y asistiese con mayor cuidado á la fortaleza de la Vera-Cruz, tratando de ponerla en defensa, no menos por su propia seguridad, que por lo que se debia recelar de Diego Velazquez, cuya natural inquietud y desconfianza no dejaba de hacer algun ruido entre los demas cuidados.

Llegaron á esta sazon nuevos embajadores de Motezuma, que con noticia ya de todo el suceso de Cholula trató de sincerarse con los españoles, dando las gracias á Cortés de que hubiese castigado aquella sedicion. Ponderaron frívolamente la indignacion y el sentimiento de su rey, cuyo artificio se redujo á infamar con el nombre de traidores á los mismos que le habian obedecido en la tracion. Vino dorada esta noticia con otro presente de igual riqueza y ostentacion; y segun lo que sucedió despues, no dejó de tener mayor designio la embajada, porque miró tambien al intento de poner en nueva seguridad á Cortés para que marchase menos receloso, y se dejase llevar á otra celada que le tenian prevenida en el camino.

Ejecutóse finalmente la marcha despues de catorce dias que ocuparon los accidentes referidos, y la primera noche se acuarteló el ejército en un village de la jurisdiccion de Guajocingo, donde acudieron luego los principales de aquel gobierno y de otras poblaciones vecinas con bastante provision de bastimentos, y algunos presentes de poco valor, bastantes para conocer el afecto con que aguardaban á los españoles. Halló Cortés entre aquella gente las mismas quejas de Motezuma que se oyeron en las provincias mas distantes, y no le pesó de que durasen aquellos humores tan cerca del corazon, pareciéndole que no podia ser muy poderoso príncipe con tantas señas de tirano, á quien faltaba en el amor de sus vasallos el mayor prestigio de los reyes.

El dia siguiente se prosiguió la marcha por una sierra muy áspera que se comunicaba, mas ó menos eminente, con la montaña del volcan. Iba cuidadoso Cortés, porque uno de los caciques de Guajocingo le dijo al partir que no se fiase de los mejicanos, porque tenian emboscada mucha gente de la otra parte de la cumbre, y habian cegado con grandes piedras y árboles cortados, el camino real que baja desde lo alto á la provincia de Chalco, abriendo el paso y facilitando el principio de la cuesta por el paraje, menos penetrable, donde habian aumentado los precipicios naturales con algunas cortaduras hechas á la mano para dejar que se fuese poco á poco empeñando su ejército en la dificultad, y cargarle de improviso cuando no se pudiesen revolver los caballos, ni afirmar el pie los soldados. Fuése venciendo la cumbre no sin alguna fatiga de la gente, porque nevaba con viento destemplado; y en lo mas alto se hallaron poco distantes los dos caminos con las mismas señas que se traian, el uno encubierto y embarazado, y el otro fácil á la vista y recien aderezado. Reconociólos Hernan Cortés, y aunque se irritó de hallar verificada la noticia de aquella nueva traicion, estuvo tan en sí que sin hacer ruido ni mostrar sentimiento preguntó á los embajadores de Motezuma, que marchaban cerca de su persona: «¿por qué razon estaban así aquellos dos »caminos?» Respondieron «que habian hecho alla»nar el mejor para que pasase su ejército, cegando »el otro por ser el mas áspero y dificultoso;» y él con la misma igualdad en la voz y el semblante: «mal »conoceis, dijo, á los de mi nacion. Ese camino »que habeis embarazado se ha de seguir, sin otra »razon que su misma dificultad, porque los españo»les siempre que tenemos eleccion nos inclinamos á »lo mas dificultoso;» y sin detenerse mandó á los indios amigos que pasasen á desembarazar el camino, desviando á un lado y otro aquellos estorbos mal disimulados que procuraban esconderle; lo cual se ejecutó prontamente con grande asombro de los embajadores, que sin discurrir en que se habia descubierto el ardid de su príncipe, tuvieron á especie de adivinacion aquel acierto casual: hallando que admirar y que temer en la misma bizarría de la resolucion. Sirvióse Cortés primorosamente de la noticia que llevaba,

y consiguió el apartarse del peligro sin perder reputacion, cuidando tambien de no desconfiar á Motezuma, diestro ya en el arte de quebrantar insidias con no quererlas entender.

Los indios emboscados luego que reconocieron desde sus puestos que los españoles se apartaban de la celada y siguian el camino real, se dieron por descubiertos, y trataron de retirarse tan amedrentados y en tanto desórden como si volvieran vencidos: con que pudo bajar el ejército á lo llano sin oposicion, y aquella noche se alojó en unas caserías de bastante capacidad que se hallaron en la misma falda de la sierra, fundadas allí para hospedaje de los mercaderes mejicanos que frecuentaban las ferias de Cholula, donde se dispuso el cuartel con todos los resguardos y prevenciones que aconsejaba la poca seguridad con que se iba pisando aquella tierra.

Motezuma entre tanto duraba en su irresolucion, desanimado con el malogro de sus ardides, y sin aliento para usar de sus fuerzas. Hízose devocion esta falta de espíritu: estrechóse con sus dioses: frecuentaba los templos y los sacrificios: manchó de sangre humana todos sus altares, mas cruel cuando mas afligido: y siempre crecia su confusion y se hallaba en mayor desconsuelo, porque andaban encontradas las respuestas de sus ídolos, y discordes en el dictámen los espíritus inmundos que le hablaban en ellos. Unos le decian que franquease las puertas de la ciudad á los españolas, y así conseguiria el sacrificarlos sin que se pudiesen escapar ni defender: otros que los apartase de sí y tratase de acabar con ellos, sin dejarse ver; y él se inclinaba mas á esta opinion, haciéndole disonancia el atrevimiento de querer entrar en su córte contra su voluntad, y teniendo á desaire de su poder aquella porfía contra sus órdenes, ó sirviéndose de la autoridad para mejorar el nombre á la soberbia. Pero cuando supo que se hallaban ya en la provincia de Chalco, frustrado el último estratagema de la montaña, fue mayor su inquietud y su impaciencia: andaba como fuera de sí: no sabia qué partido tomar: sus consejeros le dejaban en la misma incertidumbre que sus oráculos. Convocó finalmente una junta de su magos y agoreros; profesion muy estimada en aquella tierra, donde habia muchos que se entendian con el demonio, y la falta de las ciencias daba opinion de sábios á los mas engañados. Propúsoles que necesitaba de su habilidad para detener aquellos estranjeros, de cuyos designios estaba receloso. Mandóles que saliesen al camino y los ahuyentasen ó entorpeciesen con sus encantos, á la manera que solian obrar otros efectos estraordinarios en ocasiones de menor importancia. Ofrecióles grandes premios si lo consiguiesen y los amenazó con pena de la vida si volviesen á su presencia sin haberlo conseguido.

Esta órden se puso en ejecucion, y con tantas veras, que se juntaron brevemente numerosas cuadrillas de nigrománticos y salieron contra los españoles, fiados en la eficacia de sus conjuros, y en el imperio que á su parecer tenian sobre la naturaleza. Refieren, el padre José de Acosta y otros autores fidedignos, que cuando llegaron al camino de Chalco, por donde venia marchando el ejército, y al empezar sus invocaciones y sus círculos se les apareció el demonio en figura de uno de sus ídolos, á quien llamaban Tezcatlepuca, dios infausto y formidable; por cuya mano pasaban, á su entender, las pestes, las esterilidades y otros castigos del cielo. Venia como despechado y enfurecido, afeando con el ceño de la ira la misma fiereza del ídolo inclemente; y traia sobre sus adornos ceñida una soga de esparto que le apretaba con diferentes vueltas el pecho, para mayor significacion de su congoja, ó para dar á entender que le arrastraba mano invisible. Postráronse todos para darle adoracion, y él sin dejarse obligar de su rendimiento y fingiendo la voz con la misma ilusion que imitó la figura, los habló en esta sustancia: «Ya mejicanos »infelices, perdieron la fuerza vuestros conjuros: ya »se desató enteramente la trabazon de nuestros pac»tos. Decid á Motezuma, que por sus crueldades y »tiranías tiene decretada el cielo su ruina; y para que »le representeis mas vivamente la desolacion de su »imperio, volved á mirar esa ciudad miserable, des»amparada ya de vuestros dioses.» Dicho esto desapareció, y ellos vieron arder la ciudad en horribles llamas que se desvanecieron poco á poco, desocupando el aire y dejando sin ninguna lesion los edificios. Volvieron á Motezuma con esta noticia temerosos de su rigor, librando en ella su disculpa; pero le hicieron tanto asombro las amenazas de aquel dios infortunado y calamitoso, que se detuvo un rato sin responder, como quien recogia las fuerzas interiores, ó se acordaba de sí para no descaecer; y depuesta desde aquel instante su natural ferocidad, dijo, volviendo á mirar á los magos y á los demas que le asistian: «¿qué podemos hacer si nos desamparan nuestros »dioses? Vengan los estranjeros, y caiga sobre nosotros »el cielo, que no nos hemos de esconder, ni es ra»zon que nos halle fugitivos la calamidad.» Y prosiguió poco despues; «solo me lastiman los viejos, »niños y mujeres, á quien faltan las manos para cui»dar de su defensa.» En cuya consideracion se hizo alguna fuerza para detener las lágrimas. No se puede negar que tuvo algo de príncipe la primera proposicion, pues ofreció el pecho descubierto á la calamidad que tenia por inevitable, y no desdijo de la magestad la ternura con que llegó á considerar la opresion de sus vasallos: afectos ambos de ánimo real, entre cuyas virtudes ó propiedades no es menos heróica la piedad que la constancia.

Empezóse luego á tratar del hospedaje que se habia de hacer á los españoles, de la solemnidad y aparatos del recibimiento; y con esta ocasion se volvió á discurrir en sus hazañas, en los prodigios con que habia prevenido el cielo su venida, en las señas que traian de aquellos hombres orientales prometidos á sus mayores, y en la turbacion y desaliento de sus dioses, que á su parecer se daban por vencidos y cedian el dominio de aquella tierra, como deidades de inferior gerarquía; y todo fue menester para que se llegase á poner en términos posibles aquella gran dificultad de penetrar sobre tan porfiada resistencia, y con tan poca gente, hasta la misma córte de un príncipe tan poderoso, absoluto en sus determinaciones, obedecido con adoracion, y enseñado al temor de sus vasallos.

CAPITULO IX.

Viene al cuartel á visitar á Cortés de parte de Motezuma el señor de Tezcuco, su sobrino: continúase la marcha y se hace alto en Quitlavaca, dentro ya de la laguna de Méjico.

De aquellas caserías donde se alojó el ejército de la otra parte de la montaña, pasó el dia siguiente á un pequeño lugar, jurisdiccion de Chalco, situado en el camino real, á poco mas de dos leguas, donde acudieron luego el cacique principal de la misma provincia y otros de la comarca. Traian sus presentes con algunos bastimentos, y Cortés los agasajó tratándolos con mucha humanidad y haciéndoles algunas dádivas; pero se reconoció luego en su conversacion que se recataban de los embajadores mejicanos, porque se detenian y embarazaban fuera de tiempo, y daban á entender lo que callaban en lo mismo que decian. Apartóse con ellos Hernan Cortés, y á poca diligencia de los intérpretes dieron todo el veneno del corazon. Quejáronse destempladamente de las crueldades y tiranías de Motezuma: ponderaron lo intolerable de sus tributos, que pasaban ya de las haciendas

á las personas, pues los hacia trabajar sin estipendio en sus jardines y en otras obras de su vanidad; decian con lágrimas: «que hasta las mujeres se habian hecho »contribucion de su torpeza y la de sus ministros, pues»to que las elegian y desechaban á su antojo, sin que »pudiesen defender los brazos de la madre á la don»cella, ni la presencia del marido á la casada.» Representando uno y otro á Hernan Cortés como á quien lo podia remediar, y mirándole como á deidad que bajaba del cielo con jurisdiccion sobre los tiranos. El los escuchó compadecido, y procuró mantenerlos en la esperanza del remedio, dejándose llevar por entonces del concepto en que le tenian, ó resistiendo á su engaño con alguna falsedad. No pasaba en estas permisiones de su política los términos de la modestia: pero tampoco gustaba de oscurecer su fama, donde se miraba como parte de razon el desvarío de aquella gente.

Volvióse á la marcha el dia siguiente, y se caminaron cuatro leguas por tierra de mejor temple y mayor amenidad donde se conocia el favor de la naturaleza en las arboledas, y el beneficio del arte en los jardines. Hízose alto en Amecameca, donde se alojó el ejército, lugar de mediana poblacion, fundado en una ensenada de la gran laguna, la mitad en el agua y la otra mitad en tierra firme, al pie de una montañuela estéril y fragosa. Concurrieron aquí muchos mejicanos con sus armas y adornos militares; y aunque al principio se creyó que los traia la curiosidad, creció tanto el número, que dieron cuidado y no faltaron indicios que persuadiesen al recelo. Valióse Cortés de algunas esterioridades para detenerlos y atemorizarlos: hízose ruido con las bocas de fuego: disparáronse al aire algunas piezas de artillería: ponderóse y aun se provocó la ferocidad de los caballos, cuidando los intérpretes de dar significacion al estruendo y engrandecer el peligro; por cuyo medio se consiguió el apartarlos del alojamiento antes que cerrase la noche. No se verificó que viniesen con ánimo de ofender, ni parece verosímil que se intentase nueva traicion cuando estaba Motezuma reducido á dejarse ver; aunque despues mataron las centinelas algunos indios, sobre acercarse demasiado con apariencias de reconocer el cuartel, y pudo ser que alguno de los caudillos mejicanos condujese aquella gente con ánimo de asaltar cautelosamente á los españoles, creyendo no seria desagradable á su rey, por considerarle rendido á la paz con repugnancia de su natural y de su conveniencia; pero esto se quedó en presuncion, porque á la mañana solo se descubrieron en el camino que se habia de seguir, algunas tropas de gente desarmada que tomaban lugar para ver á los estranjeros.

Tratábase ya de poner en marcha el ejército, cuando llegaron al cuartel cuatro caballeros mejicanos, con aviso de que venia el príncipe Cacumatzin, sobrino de Motezuma, y señor de Tezcuco, á visitar á Cortés de parte de su tio, y tardó poco en llegar. Acompañábanle muchos nobles con insignias de paz, y ricamente adornados. Traíanle sobre sus hombros otros indios de su familia en unas andas cubiertas de varias plumas, cuya diversidad de colores se correspondia con proporcion; era mozo de hasta veinte y cinco años, de recomendable presencia; y luego que se apeó, pasaron delante algunos de sus criados á barrer el suelo que habia de pisar, y á desviar con grandes ademanes y contenencias la gente de los lados; ceremonias que siendo ridículas daban autoridad. Salió Cortés á recibirle hasta la puerta de su alojamiento con todo aquel aparato de que adornaba su persona en semejantes funciones. Hízole al llegar una cumplida reverencia, y él correspondió tocando la tierra, y despues los lábios con la mano derecha. Tomó su lugar despejadamente, y habló con sosiego de hombre que sabia estar sin admiracion á vista de la novedad. La sustancia de su razonamiento fue: «dar la »bien venida, con palabras puestas en su lugar, á »Cortés y á todos los cabos de su ejército: ponderar »la gratitud con que los esperaba el gran Motezuma, »y cuánto deseaba la correspondencia y amistad de »aquel príncipe del Oriente que los enviaba, cuya »grandeza debia reconocer por algunas razones que »entenderian de su boca:» y por vía de discurso propio volvió á dificultar, como los demas embajadores, la entrada de Méjico, fingiendo «que se padecia es»terilidad en todos los pueblos de su contribucion;» y proponiendo, como punto que sentia su rey, «lo »mal asistidos que se hallarian los españoles donde »faltaba el sustento para los vecinos.» Cortés respondió, sin apartarse del misterio con que iba cebando las aprensiones de aquella gente, «que su rey, sien»do un monarca, sin igual en otro mundo, cercano »al nacimiento del sol, tenia tambien algunas razo»nes de alta consideracion para ofrecer su amistad á »Motezuma, y comunicarle diferentes noticias que »miraban á su persona y esencial conveniencia; cu»ya proposicion no desmereceria su gratitud, ni él po»dia dejar de admitir con singular estimacion la licen»cia que le concedia para dar su embajada, sin que »le hiciese algun embarazo la esterilidad que se pade»cia en aquella córte; porque sus españoles necesita»ban de poco alimento para conservar sus fuerzas, y »venian enseñados á padecer y despreciar las inco»modidades y trabajos de que se afligian los hombres »de inferior naturaleza.» No tuvo Cacumatzin que replicar á esta resolucion, antes recibió con estimacion y rendimiento algunas joyuelas de vidrio estraordinario que le dió Cortés, y acompañó el ejército hasta Tezcuco, ciudad capital de su dominio, donde se adelantó con la respuesta de su embajada.

Era entonces Tezcuco una de las mayores ciudades de aquel imperio: refieren algunos que seria como dos veces Sevilla, y otros que podia competir con la córte de Motezuma en la grandeza; y presumia no sin fundamento de mayor antigüedad. Estaba la frente principal de sus edificios sobre la orilla de aquel espacioso lago, en paraje de grande amenidad, donde tomaba principio la calzada oriental de Méjico. Siguióse por ella la marcha sin detencion, porque se llevaba intento de pasar á Iztacpalapa (1), tres leguas mas adelante, sitio proporcionado para entrar en Méjico el dia siguiente á buena hora. Tendria por esta parte la calzada veinte pies de ancho, y era de piedra y cal, con algunas labores en la superficie. Habia en la mitad del camino sobre la misma calzada otro lugar de hasta dos mil casas, que se llamaba Quitlavaca; y por estar fundado en el agua, le llamaron entonces Venezuela. Salió el cacique muy acompañado y lucido al recibimiento de Cortés, y le pidió que honrase por aquella noche su ciudad, con tanto afecto, y tan repetidas instancias, que fue preciso condescender á sus ruegos por no desconfiarle. Y no dejó de hallarse alguna conveniencia en hacer aquella mansion para tomar noticias; porque viendo desde mas cerca la dificultad, entró Cortés en algun recelo de que le rompiesen la calzada, ó levantasen los puentes para embarazar el paso á su gente.

Registrábase desde allí mucha parte de la laguna, en cuyo espacio se descubrian varias poblaciones y calzadas, que la interrumpian y la hermoseaban; torres y capiteles, que al parecer nadaban sobre las aguas, árboles y jardines fuera de su elemento; y una inmensidad de indios, que navegando en sus canoas, procuraban acercarse á ver los españoles, siendo mayor la muchedumbre que se dejaba reparar en los terrados y azoteas mas distantes: hermosa vista y maravillosa novedad, de que se llevaba noticia, y fue mayor en los ojos que en la imaginacion.

(1) *Ixtapalapa*. En toda la comarca de esta y en la de *Ixtapaluca*, inmediata á aquella, se cogia sal con abundancia.

Tuvo el ejército bastante comodidad en este alojamiento, los paisanos asistieron con agrado y urbanidad al regalo de sus huéspedes; gente de cuya policía se dejaba conocer la vecindad de la córte. Manifestó el cacique, sin poderse contener, poco afecto á Motezuma, y el mismo deseo que los demas de sacudir el yugo intolerable de aquel gobierno, porque alentaba los soldados y facilitaba la empresa, diciendo á los intérpretes como quien deseaba que lo entendiesen todos, «que la calzada que se habia de seguir »hasta Méjico era mas capaz y de mejor calidad que »la pasada, sin que hubiese que recelar en ella ni en »las poblaciones de su márgen: que la ciudad de Iz»tacpalapa, donde se habia de hacer tránsito, estaba »de paz, y tenia órden para recibir y alojar amiga»blemente á los españoles: que el señor desta ciudad »era pariente de Motezuma: pero que ya no habia »que temer en los de su faccion, porque le tenian »rendido y sin espíritu los prodigios del cielo, las »respuestas de sus oráculos y las hazañas que le re»ferian de aquel ejército; por cuya razon le hallarian »deseoso de la paz, y con el ánimo dispuesto antes á »sufrir que á provocar.» Decia la verdad este cacique, pero con alguna mezcla de pasion y de lisonja, y Hernan Cortés, aunque no dejaba de conocer este defecto en sus noticias, procuraba divulgarlas y encarecerlas entre sus soldados. Y no se puede negar que llegaron á buen tiempo, para que no se desanimase la gente de menos obligaciones con aquella variedad de objetos admirables que se tenian á la vista, de que se pudiera colejir la grandeza de aquella córte y el poder formidable de aquel príncipe, pero los informes del cacique, y las ponderaciones que se hacian de su turbacion y desaliento, pudieron tanto en esta concurrencia de novedades, que alegrándose todos de lo que se habian de asombrar, se aprovecharon de su admiracion para mejorar las esperanzas de su fortuna.

CAPITULO X.

Pasa el ejército á Iztacpalapa, donde se dispone la entrada de Méjico: refiérese la grandeza con que salió Motezuma á recibir á los españoles.

La mañana siguiente, poco despues de amanecer, se puso en órden la gente sobre la misma calzada, segun su capacidad, bastante por aquella parte para que pudiesen ir ocho caballos en hilera. Constaba entonces el ejército de cuatrocientos y cincuenta españoles no cabales, y hasta seis mil indios tlascaltecas, zempoales y de otras naciones amigas. Siguióse la marcha, sin nuevo accidente que diese cuidado, hasta la misma ciudad de Iztacpalapa, donde se habia de hacer alto: lugar que sobresalia entre los demas por la grandeza de sus torres, y por el bulto de sus edificios: seria de hasta diez mil casas de segundo y tercer alto (1), que ocupaban mucha parte de la laguna, y se dilataban algo mas sobre la ribera; en sitio delicioso y abundante. El señor de esta ciudad salió muy autorizado á recibir el ejército; y le asistieron para esta funcion los príncipes de Magicalcingo y Cuyoacan, dominios de la misma laguna. Traian todos tres su presente separado de varias frutas, cazas y otros bastimentos, con algunas piezas de oro, que valdrian hasta dos mil pesos. Llegaron juntos, y se dieron á conocer, diciendo cada uno su nombre y dignidad; y remitiendo á la discrecion de la ofrenda todo lo que faltaba en el razonamiento.

(1) Tanto en el número de casas como en los pisos de ellas, hay notable exajeracion. Seria preciso (siendo exacto el número escrito por Solis) dar á Iztacpalapa mayor poblacion que á nuestro Madrid, puesto que este solo tiene ocho mil casas. Ademas los indios acostumbraban hacer las suyas con un solo piso, fuera de algun palacio al que por adorno añadian un segundo cuerpo.

Hízose la entrada en esta ciudad con aquel aplauso, que consistia en el bullicio y gritería de la gente, cuya inquietud alegre daba seguridad á los mas recelosos. Estaba prevenido el alojamiento en el mismo palacio del cacique, donde cupieron todos los españoles debajo de cubierto, quedando los demas en los patios y zaguanes con bastante comodidad para una noche que habia de pasar sin descuido. Era el palacio grande y bien fabricado, con separacion de cuartos alto y bajo, muchas salas con techedumbre de cedro, y no sin adorno; porque algunas de ellas tenian sus colgaduras de algodon, tejido á colores, con dibujo y



Cristóbal de Olid

proporcion. Habia en Iztacpalapa diversas fuentes de agua dulce y saludable, traida por diferentes conductos de las sierras vecinas, y muchos jardines cultivados con prolijidad, entre los cuales se hacia reparar una huerta de admirable grandeza y hermosura, que tenia el cacique para su recreacion, donde llevó aquella tarde á Cortés con algunos de sus capitanes y soldados, como quien deseaba cumplir á un tiempo con el agasajo de los huéspedes, y con su propia jactancia y vanidad. Habia en ella diversos géneros de árboles fructíferos, que formaban calles muy dilatadas, dejando su lugar á las plantas menores, y un espacioso jardin, que tenia sus divisiones y paredes hechas de cañas entretejidas y cubiertas de yerbas olorosas, con diferentes cuadros de agricul-

tura cuidadosa, donde hacian labor las flores con ordenada variedad. Estaba en medio un estanque de agua dulce, de forma cuadrangular: fábrica de piedra y argamasa, con gradas por todas partes hasta el fondo: tan grande, que tenia cada uno de sus lados cuatrocientos pasos, donde se alimentaba la pesca de mayor regalo, y acudian varias especies de aves palustres, algunas conocidas en Europa, y otras de figura esquisita y pluma estraordinaria: obra digna de príncipe, y que hallada en un súbdito de Motezuma, se miraba como argumento de mayores opulencias.

Pasóse bien la noche, y la gente acudió con agrado y sencillez al agasajo de los españoles; solo se reparó en que hablaban ya en este lugar con otro estilo de las cosas de Motezuma: porque alababan todos su gobierno, y encarecian su grandeza; ó contuviese á los de aquella opinion al parentesco del cacique, ó les hiciese menos atrevidos la cercanía del tirano. Habia dos leguas de calzada que pasar hasta Méjico, y se tomó la mañana, porque deseaba Cortés hacer su entrada, y cumplir con la primera funcion de visitar á Motezuma, quedando con alguna parte del dia para reconocer y fortificar su cuartel. Siguióse la marcha con la misma órden; y dejando á los lados la ciudad de Magicalcingo en el agua, y la de Cuyoacan en la ribera, sin otras grandes poblaciones que se descubrian en la misma laguna, se dió vista desde



Motezuma visita á Cortés en su alojamiento.

mas cerca y no sin admiracion, á la gran ciudad de Méjico, que se levantaba con esceso entre las demas, y al parecer se le conocia el predominio hasta en la soberbia de sus edificios. Salieron á poco menos que la mitad del camino mas de cuatro mil nobles y ministros de la ciudad á recibir el ejército, cuyos cumplimientos detuvieron largo rato la marcha aunque solo hacian reverencias, y pasaban delante para volver acompañando. Estaba poco antes de la ciudad un baluarte de piedra, con dos castillejos á los lados, que ocupaba todo el plano de la calzada, cuyas puertas desembocaban sobre otro pedazo de calzada, y esta terminaba en una puente levadiza, que defendia la entrada con segunda fortificacion. Luego que pasaron de la otra parte los magnates del acompañamiento, se fueron desviando á los lados, para franquear el paso al ejército, y se descubrió una calle muy larga y espaciosa (1), de grandes casas, edificadas con igualdad y correspondencia, cubiertos de gente los miradores y terrados, pero la calle totalmente desocupada; y dijeron á Cortés, que se habia despejado cuidadosamente, porque Motezuma estaba en ánimo de salir á recibirle, para mayor demostracion de su benevolencia.

(1) Dice Cortés que esta calle tenia dos tercios de legua de largo: Herrerra la da la mitad.

Poco despues se fue dejando ver la primera comitiva real, que serian hasta doscientos nobles de su familia, vestidos de librea, con grandes penachos, conformes en la hechura y el color. Venian en dos hileras con notable silencio y compostura, descalzos todos, y sin levantar los ojos de la tierra; acompañamiento con apariencias de procesion. Luego que llegaron cerca del ejército, se fueron arrimando á las paredes en la misma órden, y se vió á lo lejos una gran tropa de gente mejor adornada, y de mayor dignidad, en cuyo medio venia Motezuma sobre los hombros de sus favoritos, en unas andas de oro bruñido, que brillaba con proporcion entre diferentes labores de pluma sobrepuesta, cuya primorosa distribucion procuraba oscurecer la riqueza con el artificio. Seguian el paso de las andas cuatro personajes de gran suposicion, que le llevaban debajo de un palio; hecho de plumas verdes, entretejidas y dispuestas de manera que formaban tela, con algunos adornos de argentería; y poco delante iban tres magistrados con unas varas de oro en las manos, que levantaban en alto sucesivamente, como avisando que se acercaba el rey, para que se humillasen todos, y no se atreviesen á mirarle, desacato que se castigaba como sacrilegio. Cortés se arrojó del caballo poco antes que llegase, y al mismo tiempo se apeó Motezuma de sus andas, y se adelantaron algunos indios, que alfombraron el camino, para que no pusiese los pies sobre la tierra, que á su parecer era indigna de sus huellas.

Previnose á la funcion con espacio y gravedad, y puestas las dos manos sobre los brazos del señor de Iztacpalapa y el de Tezcuco, sus sobrinos, dió algunos pasos para recibir á Cortés. Era de buena presencia, su edad hasta cuarenta años, de mediana estatura, mas delgado que robusto; el rostro aguileño, de color menos oscuro que el natural de aquellos indios, el cabello largo hasta el estremo de la oreja, los ojos vivos, y el semblante magestuoso, con algo de intencion; su traje un manto de sutilísimo algodon anudado sin desaire sobre los hombros, de manera que cubria la mayor parte del cuerpo, dejando arrastrar la falda. Traia sobre sí diferentes joyas de oro, perlas y piedras preciosas, en tanto número, que servian mas al peso que al adorno. La corona una mitra de oro ligero, que por delante remataba en punta, y la mitad posterior algo mas obtusa se inclinaba sobre la cerviz: y el calzado unas suelas de oro macizo, cuyas correas tachonadas de lo mismo, ceñian el pie, y abrazaban parte de la pierna, semejante á las caligas militares de los romanos.

Llegó Cortés apresurando el paso sin desautorizarse y le hizo una profunda sumision, á que respondió poniendo la mano cerca de la tierra, y llevándola despues á los lábios: cortesía de inaudita novedad en aquellos príncipes, y mas desproporcionada en Motezuma, que apenas doblaba la cerviz á sus dioses, y afectaba la soberbia, ó no la sabia distinguir de la magestad; cuya demostracion, y la de salir personalmente al recibimiento se reparó mucho entre los indios, y cedió en mayor estimacion de los españoles; porque no se persuadian á que fuese inadvertencia de su rey, cuyas determinaciones veneraban, sujetando el entendimiento. Habíase puesto Cortés sobre las armas una banda ó cadena de vidrio, compuesta vistosamente de varias piedras que imitaban los diamantes y las esmeraldas, reservada para el presente de la primera audiencia; y hallándose cerca en estos cumplimientos, se la echó sobre los hombros á Motezuma. Detuviéronle, no sin alguna destemplanza, los dos braceros, dándole á entender que no era lícito el acercarse tanto á la persona del rey; pero él los reprendió, quedando tan gustoso del presente, que le miraba y celebraba entre los suyos como presea de inestimable valor; y para desempeñar su agradecimiento con alguna liberalidad, hizo traer entre tanto que llegaban á darse á conocer los demas capitanes, un collar que tenia la primera estimacion entre sus joyas. Era de unas conchas carmesíes de gran precio en aquella tierra, dispuestas y engarzadas con tal arte, que de cada una de ellas pendian cuatro gambaros ó cangrejos de oro, imitados prolijamente del natural. Y él mismo con sus manos se le puso en el cuello á Cortés: humanidad y agasajo, que hizo segundo ruido entre los mejicanos. El razonamiento de Cortés fue breve y rendido como lo pedia la ocasion, y su respuesta de pocas palabras, que cumplieron con la discrecion sin faltar á la decencia. Mandó luego al uno de aquellos dos príncipes sus colaterales, que se quedase para conducir y acompañar á Hernan Cortés hasta su alojamiento; y arrimado al otro, volvió á tomar sus andas, y se retiró á su palacio con la misma pompa y gravedad.

Fue la entrada en esta ciudad á ocho de noviembre del mismo año de mil y quinientos diez y nueve, dia de los santos cuatro coronados mártires; y el alojamiento que tenian prevenido, una de las casas reales que fabricó Axayaca, padre de Motezuma. Competia en la grandeza con el palacio principal de los reyes, y tenia sus presunciones de fortaleza; paredes gruesas de piedra, con algunos torreones, que servian de traveses y daban facilidad á la defensa. Cupo en ella todo el ejército, y la primera diligencia de Cortés fue reconocerla por todas partes para distribuir sus guardias, alojar su artillería y cerrar su cuartel. Algunas salas, que tenian destinadas para la gente de mas cuenta, estaban adornadas con sus tapicerías de varios colores hechas de aquel algodon, á que se reducian todas sus telas, mas ó menos delicadas: las sillas de madera, labradas de una pieza; las camas entoldadas con sus colgaduras en forma de pabellones; pero el lecho se componia de aquellas sus esteras de palma, donde servia de cabecera una de las mismas esteras arrollada; no alcanzaban allí mejor cama los príncipes mas regalados, ni cuidaba mucho aquella gente de su comodidad, porque vivian á la naturaleza, contentándose con los remedios de la necesidad, y no sabemos si se debe llamar felicidad en aquellos bárbaros esta ignorancia de las superfluidades.

CAPITULO XI.

Viene Motezuma el mismo dia por la tarde á visitar á Cortés en su alojamiento: refiérese la oracion que hizo antes de oir la embajada, y la respuesta de Cortés.

Era poco mas de medio dia cuando entraron los españoles en su alojamiento, y hallaron prevenido un banquete regalado y espléndido para Cortés y los cabos de su ejército, con grande abundancia de bastimentos menos delicados para el resto de la gente, y muchos indios de servicio, que ministraban los manjares y las bebidas con igual silencio y puntualidad. Por la tarde vino Motezuma con la misma pompa y acompañamiento á visitar á Cortés, que avisado poco antes, salió á recibirle hasta el patio principal, con todo el obsequio debido á semejante favor. Acompañóle hasta la puerta de su cuarto, donde le hizo una profunda reverencia, y él pasó á tomar su asiento con despejo y gravedad. Mandó luego que acercasen otro á Cortés: hizo seña para que se apartasen á la pared los caballeros que andaban cerca de su persona, y Cortés advirtió lo mismo á los capitanes que le asistian. Llegaron los intérpretes, y cuando se prevenia Hernan Cortés para dar principio á su oracion, le detuvo Motezuma, dando á entender que tenia que hablar antes de oir; y se refiere que discurrió en esta sustancia:

«Antes que me deis la embajada, ilustre capitan y »valerosos estranjeros, del príncipe grande que os

»envia, debeis vosotros, y debo yo desestimar y po»ner en olvido lo que ha divulgado la fama de nues»tras personas y costumbres, introduciendo en nues»tros oidos aquellos vanos rumores que van delante »de la verdad, y suelen oscurecerla declinando en »lisonja ó vituperio. En algunas partes os habrán di»cho de mí que soy uno de los dioses inmortales, le»vantando hasta los cielos mi poder y mi naturaleza: »en otras que se desvela en mis opulencias la fortu»na, que son de oro las paredes y los ladrillos de mis »palacios, y que no caben en la tierra mis tesoros; y »en otras que soy tirano, cruel y soberbio; que abor»rezco la justicia, y que no conozco la piedad. Pero »los unos y los otros os han engañado con igual en»carecimiento; y para que no imagineis que soy al»guno de los dioses, ó conozcais el desvarío de los que »así me imaginan, esta porcion de mi cuerpo (y des»nudó parte del brazo) desengañará vuestros ojos de »que hablais con un hombre mortal de la misma es»pecie: pero mas noble y mas poderoso que los otros »hombres. Mis riquezas no niego que son grandes; »pero las hacen mayores la exageracion de mis vasa»llos. Esta casa que habitais es uno de mis palacios. »Mirad esas paredes hechas de piedra y cal, materia »vil, que debe al arte su estimacion, y colegid de uno »y otro el mismo engaño, y el mismo encarecimiento »en lo que os hubieren dicho de mis tiranías; suspen»diendo el juicio hasta que os entereis de mi razon, »y despreciando ese lenguaje de mis rebeldes, hasta »que veais si es castigo lo que llaman infelicidad, y »si pueden acusarle sin dejar de merecerle. No de otra »suerte han llegado á nuestros oidos varios informes »de vuestra naturaleza y operaciones. Algunos han »dicho que sois deidades, que os obedecen las fieras, »que manejais los rayos, y que mandais en los ele»mentos; y otros que sois facinerosos, iracundos y »soberbios, que os dejais dominar de los vicios, y »que venis con una sed insaciable del oro que produ»ce nuestra tierra. Pero ya veo que sois hombres de »la misma composicion y masa que los demas, aun»que os diferencian de nosotros algunos accidentes »de los que suele influir el temperamento de la tierra »en los mortales. Esos brutos que os obedecen ya co»nozco que son unos venados grandes, que traeis »domesticados é instruidos en aquella doctrina im»perfecta, que puede comprender el instinto de los »animales. Esas armas que se asemejan á los rayos, »tambien alcanzo que son unos cañones de metal no »concido, cuyo efecto es como el de nuestras cer»batanas, aire oprimido, que busca salida, y arroja »el impedimento. Ese fuego que despiden con mayor »estruendo, será cuando mucho algun secreto mas »que natural de la misma ciencia que alcanzan nues»tros magos. Y en lo demas que han dicho de vuestro »proceder, hallo tambien, segun la observacion que »han hecho de vuestras costumbres mis embajadores »y confidentes, que sois benignos y religiosos, que os »enojais con razon, que sufrís con alegría los traba»jos, y que no falta entre vuestras virtudes la libera»lidad, que se acompaña pocas veces con la codicia. »De suerte que unos y otros debemos olvidar las no»ticias pasadas, y agradecer á nuestros ojos el desen»gaño de nuestra imaginacion; con cuyo presupuesto »quiero que sepais antes de hablarme, que no se ig»nora entre nosotros ni necesitamos de vuestra per»suasion, para creer que el príncipe grande á quien »obedeceis, es descendiente de nuestro antiguo Que»zalcoal, señor de las siete cuevas de los Navatlacas, »y rey legítimo de aquellas siete naciones que die»ron principio al imperio mejicano. Por una profecía »suya, que veneramos como verdad infalible, y por la »tradicion de los siglos que se conserva en nuestros »anales, sabemos que salió de estas regiones á con»quistar nuevas tierras hácia la parte del Oriente, y »dejó prometido, que andando el tiempo vendrian »sus descendientes á moderar nuestras leyes, ó po»ner en razon nuestro gobierno. Y porque las señas »que traeis conforman con este vaticinio, y el prínci»pe del Oriente que os envia, manifiesta en vuestras »mismas hazañas la grandeza de tan ilustre progeni»tor, tenemos ya determinado que se haga en obse»quio suyo todo lo que alcanzaren nuestras fuerzas; »de que me ha parecido advertiros, para que hableis »sin embarazo en sus proposiciones, y atribuyais á »tan alto principio estos escesos de mi humanidad.»

Acabó Motezuma su oracion, previniendo el oido con entereza y magestad, cuya sustancia dió bastante disposicion á Cortés para que sin apartarse del engaño que hallaba introducido en el concepto de aquellos hombres, pudiese responderle, segun lo que hallamos escrito, estas ó semejantes razones.

«Despues, señor, de rendiros las gracias por la »suma benignidad con que permitis vuestros oidos á »nuestra embajada, y por el superior conocimiento con »que nos habeis favorecido, menospreciando en nues»tro abono los siniestros informes de la opinion, debo »deciros que tambien acerca de nosotros se ha tratado »la vuestra con aquel respeto y veneracion que cor»responde á vuestra grandeza. Mucho nos han dicho »de vos en esas tierras de vuestro dominio: unos »afeando vuestras obras, y otros poniendo entre sus »dioses vuestra persona; pero los encarecimientos »crecen ordinariamente con injuria de la verdad, que »como es la voz de los hombres el instrumento de la »fama, suele participar de sus pasiones; y estas, ó »no entienden las cosas como son, ó no las dicen co»mo las entienden. Los españoles, señor, tenemos »otra vista; con que pasamos á discernir el color de »las palabras, y por ellas el semblante del corazon: »ni hemos creido á vuestros rebeldes ni á vuestros li»sonjeros. Con certidumbre de que sois príncipe gran»de, y amigo de la razon, venimos á vuestra presen»cia, sin necesitar de los sentidos para conocer que »sois príncipe mortal. Mortales somos tambien los »españoles, aunque mas valerosos, y de mayor en»tendimiento que vuestros vasallos, por haber nacido »en otro clima de mas robustas influencias. Los ani»males que nos obedecen, no son como vuestros »venados, porque tienen mayor nobleza y ferocidad: »brutos inclinados á la guerra, que saben aspirar con »alguna especie de ambicion á la gloria de su dueño. »El fuego de nuestras armas es obra natural de la in»dustria humana, sin que tenga parte alguna en su »produccion esa facultad que profesan vuestros ma»gos; ciencia entre nosotros abominable, y digna de »mayor desprecio que la misma ignorancia: con cuya »suposicion, que me ha parecido necesaria para sa»tisfacer á vuestras advertencias, os hago saber con »todo el acatamiento debido á vuestra magestad, que »vengo á visitaros como embajador del mas poderoso »monarca que registra el sol desde su nacimiento; en »cuyo nombre os propongo que desea ser vuestro »amigo y confederado, sin acordarse de los derechos »antiguos que habeis referido, para otro fin que abrir »el comercio entre ambas monarquías, y conseguir »por este medio vuestra comunicacion y vuestro des»engaño. Y aunque pudiera, segun la tradicion de »vuestras mismas historias, aspirar á mayor recono»cimiento en estos dominios, solo quiere usar de su »autoridad para que le creais en lo mismo que os »conviene: y daros á entender que vos, señor, y vos»otros mejicanos que me ois (volviendo el rostro á los »circunstantes), vivis engañados en la religion que »profesais, adorando unos leños insensibles, obra »de vuestras manos y de vuestras fantasías; porque »solo hay un Dios verdadero, principio eterno, sin »principio ni fin, de todas las cosas; cuya omnipo»tencia infinita crió de nada esa fábrica maravillosa »de los cielos, el sol que nos alumbra, la tierra que nos »sustenta, y el primer hombre de quien procede-

»mos todos, con igual obligacion de reconocer y adorar á nuestra primera causa. Esta misma obligacion »teneis vosotros impresa en el alma, y conociendo su »inmortalidad, la desestimais y destruis, dando adoracion á los demonios, que son unos espíritus inmundos, criaturas del mismo Dios, que por su ingratitud y rebeldía fueron lanzados en ese fuego »subterráneo, de que teneis alguna imperfecta noticia »en el horror de vuestros volcanes. Estos, que por su »envidia y malignidad son enemigos mortales del »género humano, solicitan vuestra perdicion, haciéndose adorar en esos ídolos abominables: suya »es la voz que alguna vez escuchais en las respuestas »de vuestros oráculos, y suyas las ilusiones con que »suele introducir en vuestro entendimiento los errores de la imaginacion. Ya conozco, señor, que no »son de este lugar los misterios de tan alta enseñanza; pero solamente os amonesta ese mismo rey »á quien reconoceis tan antigua superioridad, que »nos oigais en este punto con ánimo indiferente, para »que veais cómo descansa vuestro espíritu en la verdad que os anunciamos, y cuántas veces habeis resistido á la razon natural, que os daba luz suficiente »para conocer vuestra ceguedad. Esto es lo primero »que desea de vuestra magestad el rey mi señor, y »esto lo principal que os propone, como el medio »mas eficaz para que pueda estrecharse con durable »amistad la confederacion de ambas coronas, y no »falten á su firmeza los fundamentos de la religion, »que sin dejar alguna discordia en los dictámenes, »introduzcan en el ánimo los vínculos de la voluntad.»

Así procuró Hernan Cortés mantener entre aquella gente la estimacion de sus fuerzas, sin apartarse de la verdad, y servirse del orígen que buscaban á su rey, ó no contradecir lo que tenian aprendido, para dar mayor autoridad á su embajada. Pero Motezuma oyó con señas de poca docilidad el punto de la religion, obstinado con hipocresía en los errores de su gentilidad; y levantándose de la silla, «yo acepto, »dijo, con toda gratitud la confederacion y amistad »que me proponeis del gran descendiente de Quezalcoal; pero todos los dioses son buenos, y el vuestro »puede ser todo lo que decis, sin ofensa de los mios. »Descansad, ahora, que en vuestra casa estais, donde sereis asistido con todo el cuidado que se debe á »vuestro valor, y al príncipe que os envia.» Mandó luego que entrasen algunos indios de carga que traia prevenidos; y antes de partir presentó á Hernan Cortés diferentes piezas de oro, cantidad de ropas de algodon, y varias curiosidades de pluma, dádiva considerable por el valor y por el modo; y repartió algunas joyas y preseas del mismo género entre los españoles que estaban presentes, dando uno y otro con alegre generosidad, sin hacer mucho caso del beneficio; pero mirando á Cortés y á los suyos con un género de satisfaccion, en que se conocia el cuidado antecedente, como los que manifiestan su temor en lo mismo que se complacen de haberle perdido.

CAPITULO XII.

Visita Cortés á Motezuma en su palacio, cuya grandeza y aparato se describe; y se da noticia de lo que pasó en esta conferencia, y en otras que se tuvieron despues sobre la religion.

Pidió Hernan Cortés audiencia el dia siguiente, y la consiguió con tanta prontitud, que vinieron con la respuesta los mismos que le habian de acompañar en esta visita: cierto género de ministros, que solian asistir á los embajadores, y tenian á su cargo el magisterio de las ceremonias y estilos de su nacion. Vistióse de gala sin dejar las armas, que se habian de introducir á traje militar; y llevó consigo á los capitanes Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Juan Velazquez de Leon, y Diego de Ordaz, con seis ó siete soldados particulares de su satisfaccion, entre los cuales fué Bernal Diaz del Castillo, que ya trataba de observar para escribir.

Las calles estaban pobladas por todas partes de innumerable concurso, que trabajaba en su misma muchedumbre para ver á los españoles sin embarazarles el paso, entre cuyas reverencias y sumisiones, se oia muchas veces la palabra Teules, que en su lengua significa dioses: voz que ya se entendia, y que no sonaba mal á los que fundaban parte de su valor en el respeto ageno.

Dejóse ver á larga distancia el palacio de Motezuma, que manifestaba no sin encarecimiento, la magnificencia de aquellos reyes; edificio tan desmesurado, que se mandaba por treinta puertas á diferentes calles. La fachada principal, que ocupaba toda la frente de una plaza muy espaciosa, era de varios jaspes negros, rojos y blancos, de no mal entendida colocacion y pulimento. Sobre la portada se hacian reparar en un escudo grande las armas de los Motezumas: un grifo, medio águila y medio leon, en ademan de volar, con un tigre feroz entre las garras. Algunos quieren que fuese águila, y se ponen de propósito á impugnar el grifo con la razon de que no los hay en aquella tierra, como si no se pudiese dudar si los hay en el mundo, segun los autores que los pusieron entre las aves fabulosas. Diríamos antes que pudo inventar acá y allá este género de mónstruos el desvarío artificioso, que llaman licencia los poetas, y valentía los pintores.

Al llegar cerca de la puerta principal, se encaminaron hácia el uno de sus lados los ministros del acompañamiento, y retirándose atras con pasos de gran misterio, formaron un semicírculo para llegar á la puerta de dos en dos: ceremonia de su costumbre, porque tenian á falta de respeto el entrar de tropel en la casa real, y reconocian con este desvío la dificultad de pisar aquellos umbrales. Pasados tres patios de la misma fábrica y materia que la fachada, llegaron al cuarto donde residia Motezuma, en cuyos salones era de igual admiracion la grandeza y el adorno: los pavimentos con esteras de varias labores, las paredes con diferentes colgaduras de algodon, pelo de conejo, y en lo mas interior de pluma: unas y otras hermoseadas con la viveza de los colores, y con la diferencia de las figuras: los techos de cipres, cedro y otras maderas olorosas, con diversos follages y relieves; en cuya contestura se reparó, que sin haber hallado el uso de los clavos, formaban grandes artesones, afirmando el maderámen y las tablas en su misma trabazon.

Habia en cada una de estas salas numerosas y diferentes gerarquías de criados, que tenian la entrada segun su calidad y ministerio; y en la puerta de la antecámara esperaban los próceres y magistrados que recibieron á Cortés con grande urbanidad, pero le hicieron esperar para quitarse las sandalias, y dejar los mantos ricos de que venian adornados, tomando en su lugar otros de menos gala: era entre aquella gente irreverencia el atreverse á lucir delante del rey. Todo lo reparaban los españoles, todo hacia novedad, y todo infundia respeto; la grandeza del palacio, las ceremonias, el aparato, y hasta el silencio de la familia.

Estaba Motezuma en pie, con todas sus insignias reales, y dió algunos pasos para recibir á Cortés, poniéndole al llegar los brazos sobre los hombros: agasajó despues con el semblante á los españoles que le acompañaban, y tomando su asiento, mandó sentar á Cortés y á todos los demas, sin dejarles accion para que replicasen. La visita fue larga y de conversacion familiar; hizo varias preguntas á Cortés sobre lo natural y político de las regiones orientales, aprobando á tiempo lo que le pareció bien; y mostrando que

sabia discurrir en lo que sabia dudar. Volvió á referir le dependencia y obligacion que tenian los mejicanos al descendiente de su primero rey, y se congratuló muy particularmente de que se hubiese cumplido en su tiempo la profecía de los estranjeros, que tantos siglos antes habian sido prometidos á sus mayores: si fue con afectacion, supo esconder lo que sentia; y siendo esta una credulidad vana y despreciable por su orígen y circunstancias, importó mucho en aquella ocasion, para que los españoles hallasen hecho el camino á su introduccion: así bajan muchas veces encadenadas y dependientes de ligeros principios las cosas mayores. Hernan Cortés le puso con destreza en la plática de la religion, tocando entre las demas noticias que le daba de su nacion, los ritos y costumbres de los cristianos, para que le hiciesen disonancia los vicios y abominaciones de su idolatría; con cuya ocasion esclamó contra los sacrificios de sangre humana, y contra el horror aborrecible á la naturaleza, con que se comian los hombres que sacrificaban: bestialidad muy introducida en aquella córte, por ser mayor el número de los sacrificados, y mas culpable por esta razon el esceso de los banquetes.

No fue del todo inútil esta sesion porque Motezuma, sintiendo en algo la fuerza de la razon, desterró de su mesa los platos de carne humana; pero no se atrevió á prohibir de una vez este manjar á sus vasallos, ni se dió por vencido en el punto de los sacrificios; antes decia que no era crueldad ofrecer á sus dioses unos prisioneros de guerra, que venian ya condenados á muerte; no hallando razon que le hiciese capaz de que fuesen prójimos los enemigos.

Dió pocas esperanzas de reducirse, aunque procuraron varias veces Hernan Cortés y el padre fray Bartolomé de Olmedo traerle al camino de la verdad; tenia entendimiento para conocer algunas ventajas en la religion católica y para no desconocer en todo los abusos de la suya; pero se volvia luego al tema de que sus dioses eran buenos en aquella tierra, como el de los cristianos en su distrito; y se hacia fuerza para no enojarse cuando le apretaban los argumentos, padeciendo mucho consigo en estas conferencias, porque deseaba complacer á los españoles con un género de cuidado que parecia sujecion; y por otra parte le tiraban las afectaciones de religioso, que le adquirieron, y á su parecer le mantenian la corona, obligándole á temer con mayor abatimiento la desestimacion de sus vasallos, si le viesen menos atento al culto de sus dioses: política miserable, propia del tirano, dominar con soberbia y contemplar con servidumbre.

Hacia tanta ostentacion de su resistencia, que llevando consigo, uno de aquellos primeros dias, á Hernan Cortés y al padre fray Bartolomé, con algunos de los capitanes y soldados particulares, para que viesen á su lado las grandezas de su córte, deseó, no sin alguna vanidad, enseñarles el mayor de sus templos. Mandólos que se detuviesen poco antes de la entrada, y se adelantó para conferir con los sacerdotes, si seria lícito que llegase á la presencia de sus dioses una gente que no los adoraba. Resolvióse que podrian entrar, amonestándolos primero que no se descomidiesen; y salieron dos ó tres de los mas ancianos con la permision y el requerimiento. Franqueáronse luego todas las puertas de aquel espantoso edificio; y Motezuma tomó á su cargo el esplicar los secretos, oficinas y simulacros del adoratorio, tan reverente y ceremonioso, que los españoles no pudieron contenerse de hacer alguna irrision, de que no se dió por entendido; pero volvió á mirarlos, como quien deseaba reprimirlos. A cuyo tiempo Hernan Cortés, dejándose llevar del celo que ardia en su corazon, le dijo: «Permitidme, señor, fijar una cruz de »Cristo delante de esas imágenes del demonio, y ve»reis si merecen adoracion ó menosprecio.» Enfureciéronse los sacerdotes al oir esta proposicion; y Motezuma quedó confuso y mortificado, faltándole á un tiempo la paciencia para sufrirlo, y la resolucion para enojarse; pero tomando partido con su primera turbacion, y procurando que no quedase mal su hipocresía: «Pudiérais, dijo á los españoles, conceder »á este lugar las atenciones, por lo menos, que de»beis á mi persona:» y salió del adoratorio para que le siguiesen; pero se detuvo en el átrio, y prosiguió diciendo algo mas reportado: «bien podeis, amigos, »volveros á vuestro alojamiento, que yo me quedo á »pedir perdon á mis dioses de lo mucho que os he »sufrido:» notable salida del empeño en que se hallaba, y pocas palabras dignas de reparo, que dieron á entender su resolucion, y lo que se reprimia para no destemplarse.

Con esta esperiencia, y otras que se hicieron del mismo género; resolvió Cortés, siguiendo el parecer del padre fray Bartolomé de Olmedo, y del licenciado Juan Diaz, que no se le hablase mas por entonces en la religion, porque solo servia de irritarle y endurecerle. Pero al mismo tiempo se consiguió fácilmente su licencia para que los cristianos diesen culto público á su Dios; y él mismo envió sus alarifes para que se le fabricase templo á su costa como le pidiese Cortés: tanto deseaba que le dejasen descansar en su error. Desembarazóse luego uno de los salones principales de aquel palacio donde habitaban los españoles, y blanqueándole de nuevo, se levantó el altar, y en su frontispicio se colocó una imágen de nuestra Señora sobre algunas gradas, que se adornaron vistosamente, y fijando una cruz grande cerca de la puerta, quedó formada una capilla muy decente, donde se celebraba misa todos los dias, se rezaba el rosario, y hacian otros actos de piedad y devocion, asistiendo algunas veces Motezuma con los príncipes y ministros que andaban á su lado; entre los cuales se alababa mucho la mansedumbre de aquellos sacrificios, sin conocer la inhumanidad y malicia de los suyos: gente ciega y supersticiosa que palpaba las tinieblas y se defendia de la razon con la costumbre.

Pero antes de referir los sucesos de aquella córte, nos llama su descripcion la grandeza de sus edificios, su forma de gobierno y policía, con otras noticias que son convenientes para la inteligencia ó concepto de los mismos sucesos: desvíos de la narracion necesarios en la historia, como no sean peregrinos del argumento y carezcan de otros lunares que hacen viciosa la digresion.

CAPITULO XIII.

Descríbese la ciudad de Méjico, su temperamento y situacion, el mercado del Tlatelulco y el mayor de sus templos, dedicado al dios de la guerra.

La gran ciudad de Méjico, que fue conocida en su antigüedad por el nombre de *Tenuchtitlan* (1) ó por otros de poco diferente sonido, sobre cuya denominacion se cansan voluntariamente los autores, tendria en aquel tiempo sesenta mil familias de vecindad, repartidas en dos barrios, de los cuales se llamaba el uno *Tlatelulco*, habitacion de gente popular; y el otro *Méjico*, que por residir en él la córte y la nobleza, dió su nombre á toda la poblacion.

Estaba fundada en un plano muy espacioso, coronado por todas partes de altísimas sierras y montañas, de cuyos rios y vertientes rebalsadas en el valle se formaban diferentes lagunas, y en lo mas profundo los dos lagos mayores, que ocupaba con mas de cincuenta poblaciones la nacion mejicana. Tendria este pequeño mar treinta leguas de circunferencia; y los

(1) Alterando Cortés la pronunciacion la llama ***Timixtitan***: vale tanto como ***tunal*** en piedra. El tunal es un arbusto alto que produce cierta fruta fresca y agradable, y en él se cria la cochinilla.

dos lagos que le formaban, se unian y comunicaban entre sí por un dique de piedra que los dividia, reservando algunas aberturas con puentes de madera, en cuyos lados tenian sus compuertas levadizas para cebar el lago inferior siempre que necesitaban de socorrer la mengua del uno con la redundancia del otro. Era el mas alto de agua dulce y clara, donde se hallaban algunos pescados de agradable mantenimiento; y el otro de agua salobre y oscura, semejante á la marítima; no porque fuesen de otra calidad las vertientes de que se alimentaba, sino por vicio natural de la misma tierra, donde se detenian: gruesa y salitrosa por aquel paraje, pero de grande utilidad para la fábrica de la sal, que beneficiaban cerca de sus orillas, purificando al sol, y adelgazando con el fuego las espumas y superfluidades que despedia la resaca.

En el medio casi de esta laguna salobre tenia su asiento la ciudad, cuya situacion se apartaba de la línea equinoccial hácia el Norte diez y nueve grados y trece minutos dentro aun de la Tórrida Zona, que imaginaron de fuego inhabitable los filósofos antiguos, para que aprendiese nuestra esperiencia cuán poco se puede fiar de la humana sabiduría en todas aquellas noticias que no entran por los sentidos á desengañar el entendimiento. Era su clima benigno y saludable, donde se dejaban conocer á su tiempo el frio y el calor, ambos con moderada intension; y la humedad, que por la naturaleza del sitio pudiera ofender á la salud, estaba corregida con el favor de los vientos, ó morigerada con el beneficio del sol.

Tenia hermosísimos lejos en medio de las aguas esta gran poblacion, y se daba la mano con la tierra por sus diques ó calzadas principales: fábrica suntuosa que servia tanto al ornamento como á la necesidad: la una de dos leguas hácia la parte del mediodia, por donde hicieron su entrada los españoles: la otra de una legua mirando al septentrion; y la otra poco menor por la parte occidental. Eran las calles bien niveladas y espaciosas: unas de agua con sus puentes para la comunicacion de los vecinos: otras de tierra sola hechas á la mano; y otras de agua y tierra, los lados para el paso de la gente, y el medio para el uso de las canoas ó barcas de tamaños diferentes que navegaban por la ciudad ó servian al comercio, cuyo número toca en increible, pues dicen que tendria Méjico entonces mas de cincuenta mil, sin otras embarcaciones pequeñas que allí se llamaban *acales* (1), hechas de un tronco, y capaces de un hombre que remaba para sí.

Los edificios públicos y casas de los nobles, de que se componia la mayor parte de la ciudad, eran de piedra y bien fabricadas; las que ocupaba la gente popular humildes y desiguales; pero unas y otras en tal disposicion, que hacian lugar á diferentes plazas de terraplen donde tenian sus mercados.

Era entre todas la de Tlatelulco de admirable capacidad y concurso, á cuyas ferias acudian ciertos dias en el año todos los mercaderes y comerciantes del reino con lo mas precioso de sus frutos y manufacturas; y solian concurrir tantos, que siendo esta plaza, segun dice Antonio de Herrera, una de las mayores del mundo, se llenaba de tiendas puestas en hileras, y tan apretadas que apenas dejaban calle á los compradores. Conocian todos su puesto, y armaban su oficina de bastidores portátiles cubiertos de algodon basto, capaz de resistir al agua y al sol. No acaban de ponderar nuestros escritores el órden, la variedad y la riqueza de estos mercados. Habia hileras de plateros, donde se vendian joyas y cadenas estraordinarias, diversas hechuras de animales, y vasos de oro y plata, labrados con tanto primor, que algunos de ellos dieron que discurrir á nuestros artífices, particularmente unas calderillas de asas movibles que salian así de la fundicion, y otras piezas del mismo género, donde se hallaban molduras y relieves, sin que se conociese impulso de martillo ni golpe de cincel. Habia tambien hileras de pintores, con raras ideas y paises de aquella interposicion de plumas que daba el colorido y animaba la figura; en cuyo género se hallaron raros aciertos de la paciencia y la prolijidad. Venian tambien á este mercado cuantos géneros de telas se fabricaban en todo el reino para diferentes usos, hechas de algodon y pelo de conejo, que hilaban delicadamente las mujeres, enemigas en aquella tierra de la ociosidad, y aplicadas al ingenio de las manos. Eran muy de reparar los búcaros (1) y hechuras esquisitas de finísimo barro que traian á vender, diverso en el color y en la fragancia, de que labraban con primor estraordinario cuantas piezas y vasijas son necesarias para el servicio y el adorno de una casa, porque no usaban de oro ni de plata en sus vajillas: profusion que solo era permitida en la mesa real, y esto en dias muy señalados. Hallábanse con la misma distribucion y abundancia los mantenimientos, las frutas, los pescados, y finalmente cuantas cosas hizo venales el deleite y la necesidad.

Hacíanse las compras y ventas por via de permutacion, con que daba cada uno lo que le sobraba por lo que habia menester; y el maiz ó el cacao servia de moneda para las cosas menores. No se gobernaban por el peso ni le conocieron; pero tenian diferentes medidas con que distinguir las cantidades, y sus números ó caractéres con que ajustar los precios segun sus tasaciones.

Habia casa diputada para los jueces del comercio, en cuyo tribunal se decidian las diferencias de los comerciantes, y otros ministros inferiores que andaban entre la gente cuidando de la igualdad de los contratos, y llevaban al tribunal las causas de fraude ó esceso que necesitaban de castigo. Admiraron justamente nuestros españoles la primera vista de este mercado por su abundancia, por su variedad, y por el órden y concierto con que estaba puesta en razon aquella muchedumbre: aparador verdaderamente maravilloso, en que se venian de una vez á los ojos la grandeza y el gobierno de aquella córte.

Los templos (si es lícito darles este nombre) se levantaban suntuosamente sobre los demas edificios; y el mayor, donde residia la suma dignidad de aquellos inmundos sacerdotes, estaba dedicado al ídolo *Vizteilipuztli* (2), que en su lengua significaba dios de la guerra, y le tenian por el supremo de sus dioses: primacía de que se infiere cuánto se preciaba de militar aquella nacion. El vulgo de los soldados españoles le llamaba *Huchilobos*, tropezando en la pronunciacion; y así le nombra Bernal Diaz del Castillo, hallando en la pluma la misma dificultad. Notablemente discuerdan los autores en la descripcion de este soberbio edificio. Antonio de Herrera se conforma demasiado con Francisco Lopez de Gomara: los que le vieron entonces tenian otras cosas en el cuidado, y los demas tiraron las líneas á la voluntad de su consideracion: seguimos al padre José de Acosta, y á otros autores de los mejor informados.

Su primera mansion era una gran plaza en cuadro con su muralla de sillería, labrada por la parte de afuera con diferentes lazos de culebras encadenadas que daban horror al pórtico, y estaban allí con alguna propiedad. Poco antes de llegar á la puerta principal estaba un humilladero no menos horroroso: era de piedra, con treinta gradas de lo mismo que subian á lo alto, donde habia un género de azutea prolongada, y fijos en ella muchos troncos de crecidos árboles puestos en hilera: tenian estos sus taladros iguales á poca

(1) En Cuba y Santo Domingo se llamaba tambien así á las que conocemos nosotros con el nombre de canoas.

(1) *Comales* era su verdadero nombre.

(2) Otros escriben *Huitzilopozthli*. Las tradiciones dan ese nombre al fundador del imperio mejicano ó Culuacan.

distancia, y por ellos pasaban de un árbol á otro diferentes varas ensartando cada una por las sienes algunas calaveras de hombres sacrificados, cuyo número (que no se puede referir sin escándalo) tenian siempre cabal los ministros del templo, renovando las que padecian algun destrozo con el tiempo: lastimoso trofeo en que manifestaba su rencor el enemigo del hombre, y aquellos bárbaros le tenian á la vista sin algun remordimiento de la naturaleza, hecha devocion la inhumanidad, y desaprovechada en la costumbre de los ojos la memoria de la muerte.

Tenia la plaza cuatro puertas correspondientes en sus cuatro lienzos, que miraban á los cuatro vientos principales. En lo alto de las portadas habia cuatro estátuas de piedra que señalaban el camino, como despidiendo á los que se acercaban mal dispuestos; y tenian su presuncion de dioses liminares, porque recibian algunas reverencias á la entrada. Por la parte interior de la muralla estaban las habitaciones de los sacerdotes y dependientes de su ministerio, con algunas oficinas que corrian todo el ámbito de la plaza sin ofender el cuadro, dejándola tan capaz que solian bailar en ella ocho y diez mil personas cuando se juntaban á celebrar sus festividades.

Ocupaba el centro de esta plaza una gran máquina de piedra, que á cielo descubierto se levantaba sobre las torres de la ciudad, creciendo en disminucion hasta formar una media pirámide los tres lados pendientes, y en el otro labrada la escalera: edificio suntuoso y de buenas medidas, tan alto que tenia ciento y veinte gradas de escalera, y tan corpulento que terminaba en un plano de cuarenta pies en cuadro; cuyo pavimento, enlosado primorosamente de varios jaspes, guarnecia por todas partes un pretil con sus almenas retorcidas á manera de caracoles, formado por ambas haces de unas piedras negras semejantes al azabache, puestas con órden y unidas con betunes blancos y rojos que adornaban mucho el edificio.

Sobre la division del pretil, donde terminaba la escalera, estaban dos estátuas de mármol, que sustentaban (imitando bien la fuerza de los brazos) unos grandes candeleros de hechura estraordinaria; mas adelante una losa verde que se levantaba cinco palmos del suelo y remataba en esquina, donde afirmaban por las espaldas al miserable que habian de sacrificar, para acarle por los pechos el corazon; y en la frente una capilla de mejor fábrica y materia, cubierta por lo alto con su techumbre de maderas preciosas, donde tenian el ídolo sobre un altar muy alto y detras de cortinas. Era de figura humana, y estaba sentado en una silla con apariencias de trono, fundada sobre un globo azul que llamaban cielo, de cuyos lados salian cuatro varas con cabezas de sierpes, á que aplicaban los hombros para conducirle cuando le manifestaban al pueblo. Tenia sobre la cabeza un penacho de plumas varias en forma de pájaro, con el pico y la cresta de oro bruñido, el rostro de horrible severidad, y mas afeado con dos fajas azules, una sobre la frente y otra sobre la nariz; en la mano derecha una culebra ondeada que le servia de baston, y en la izquierda cuatro saetas que veneraban como traidas del cielo, y una rodela con cinco plumajes blancos puestos en cruz, sobre cuyos adornos, y la significacion de aquellas insignias y colores, decian notables desvaríos con lastimosa ponderacion.

Al lado siniestro de esta capilla estaba otra de la misma hechura y tamaño, con un ídolo que llamaban *Tlaloch*, en todo semejante á su compañero. Teníanlos por hermanos, y tan amigos que dividian entre sí los patrocinios de la guerra, iguales en el poder y uniformes en la voluntad; por cuya razon acudian á entrambos con una víctima y un ruego, y les daban las gracias de los sucesos, teniendo en equilibrio la devocion.

El ornato de ambas capillas era de inestimable valor, colgadas las paredes y cubiertos los altares de joyas y piedras preciosas puestas sobre plumas de colores; y habia de este género y opulencia ocho templos en aquella ciudad, siendo los menores mas de dos mil, donde se adoraban otros tantos ídolos, diferentes en el nombre, figura y advocacion. Apenas habia calle sin su dios tutelar; ni se conocia calamidad entre las pensiones de la naturaleza, que no tuviese altar donde acudir por el remedio. Ellos se fingian y fabricaban sus dioses de su mismo temor, sin conocer que enflaquecian el poder de los unos con lo que fiaban de los otros; y el demonio ensanchaba su dominio por instantes: violentísimo tirano de aquellos racionales, y en pacífica posesion de tantos siglos. ¡Oh permisiones inescrutables del Altísimo!

CAPITULO XIV.

Descríbense diferentes casas que tenia Motezuma para su divertimiento, sus armerías, sus jardines y sus quintas, con otros edificios notables que habia dentro y fuera de la ciudad.

Demas del palacio principal que dejamos referido, y el que habitaban los españoles, tenia Motezuma diferentes casas de recreacion que adornaban la ciudad y engrandecian su persona. En una de ellas, edificio real, donde se vieron grandes corredores sobre columnas de jaspe, habia cuantos géneros de aves se crian en la Nueva España, dignas de alguna estimacion por la pluma ó por el canto, entre cuya diversidad se hallaron muchas estraordinarias, y no conocidas hasta entonces en Europa. Las marítimas se conservaban en estanques de agua salobre, y en otros de agua dulce las que se traian de rios ó lagunas. Dicen que habia pájaros de cinco y seis colores; y los pelaban á su tiempo dejándolos vivos, para que repitiesen á su dueño la utilidad de la pluma: género de mucho valor entre los mejicanos, porque se aprovechaban de ella en sus telas, en sus pinturas y en todos sus adornos. Era tanto el número de las aves, y se ponia tanto cuidado en su conservacion, que se ocupaban en este ministerio mas de trescientos hombres diestros en el conocimiento de sus enfermedades, y obligados á suministrarles el cebo de que se alimentaban en su libertad.

Poco distante de esta casa tenia otra Motezuma de mayor grandeza y variedad, con habitacion capaz de su persona y familia, donde residian sus cazadores y se criaban las aves de rapiña, unas en jáulas de igual aliño y limpieza que solo servian á la observacion de los ojos, y otras en alcándaras obedientes al lazo de pihuela, y domesticadas para el ejercicio de la cetrería; cuyos primores alcanzaron sirviéndose de algunos pájaros de razas escelentes que se hallan en aquella tierra parecidos á los nuestros, y nada inferiores en la docilidad con que reconocen á su dueño, y en la resolucion con que se arrojan á la presa. Habia entre las aves que tenian encerradas muchas de rara fiereza y tamaño, que parecieron entonces monstruosas, y algunas águilas reales de grandeza esquisita y prodigiosa voracidad: no falta quien diga que una de ellas gastaba un carnero en cada comida: débanos el autor que no apoyemos con su nombre lo que á nuestro parecer creyó con facilidad.

En el segundo patio de la misma casa, estaban las fieras que presentaban á Motezuma ó prendian sus cazadores: en fuertes jáulas de madera, puestas con buena distribucion y debajo de cubierto, leones, tigres, osos y cuantos géneros de brutos silvestres produce la Nueva España: entre los cuales hizo mayor novedad el toro mejicano, rarísimo compuesto de varios animales, gibada y corva la espalda como el camello, enjuto el hijar, larga la cola y guedejudo el

cuello como el leon, hendido el pie y armada la frente como el toro, cuya ferocidad imita con igual destreza y ejecucion: anfiteatro que pareció á los españoles digno de príncipe grande, por ser tan antiguo en el mundo esto de significarse por las fieras la grandeza de los hombres.

En otra separacion de este palacio, dicen algunos de nuestros escritores, que se criaba con cebo cuotidiano una multitud horrible de animales ponzoñosos; y que anidaban en diferentes vasijas y cavernas las víboras, las culebras de cascabel, los escorpiones; y crece la ponderacion hasta encontrar con los cocodrilos; pero tambien afirman que no alcanzaron esta venenosa grandeza nuestros españoles, y que solo vieron el paraje donde se criaban, cuya limitacion nos basta para tocarlo como inverosímil; creyendo antes que lo entenderian así los indios, de cuya relacion se tomó la noticia; y que seria este uno de aquellos horrores que suele inventar el vulgo contra la fiereza de los tiranos, particularmente cuando sirve afligido y discurre atemorizado.

Sobre la mansion que ocupaban las fieras, habia un cuarto muy capaz donde habitaban los bufones, y otras sabandijas de palacio que servian al entretenimiento del rey: en cuyo número se contaban los mónstruos, los enanos, los corcobados y otros errores de la naturaleza: cada género tenia su habitacion separada, y cada separacion sus maestros de habilidades, y sus personas diputadas para cuidar de su regalo; donde los servian con tanta puntualidad, que algunos padres, entre la gente pobre, desfiguraban á sus hijos para que lograsen esta conveniencia y enmendar su fortuna, dándoles el mérito en la deformidad.

No se conocia menos la grandeza de Motezuma en otras dos casas que ocupaba su armería. Era la una para la fábrica, y la otra para el depósito de las armas. En la primera vivian y trabajaban todos los maestros de esta facultad, distribuidos en diferentes oficinas segun sus ministerios: en una parte se adelgazaban las varas para las flechas: en otra se labraban los pedernales para las puntas; y cada género de armas ofensivas y defensivas tenian su obrador y sus oficiales distintos, con algunos superintendentes que llevaban á su modo la cuenta y razon de lo que se trabajaba. La otra casa, cuyo edificio tenia mayor representacion, servia de almacen, donde se recogian las armas despues de acabadas, cada género en pieza distinta, y de allí se repartian á los ejércitos y fronteras, segun la ocurrencia de las ocasiones. En lo alto se guardaban las armas de la persona real colgadas por las paredes con buena colocacion: en una pieza los arcos, flechas y aljabas con varios embutidos y labores de oro y pedreria: en otras las espadas y montantes de madera estraordinaria con sus filos de pedernal, y la misma riqueza en las empuñaduras: en otra los dardos, y así los demas géneros, tan adornados y resplandecientes, que daban que reparar hasta las hondas y las piedras. Habia diferentes hechuras de petos y celadas con láminas y follages de oro: muchas casacas de aquellos colchados que resistian á las flechas: hermosas invenciones de rodelas ó escudos, y un género de paveses ó adargas de pieles impenetrables que cubrian todo el cuerpo; y hasta la ocasion de pelear andaban arrolladas al hombro izquierdo: fue de admiracion á los españoles esta grande armería, que pareció tambien alhaja de príncipe, y príncipe guerrero, en que se acreditaban igualmente su opulencia y su inclinacion.

En todas estas casas tenian grandes jardines prolijamente cultivados. No gustaba de árboles fructíferos ni plantas comestibles en sus recreaciones; antes solia decir que las huertas eran posesiones de gente ordinaria; pareciéndole mas propio en los príncipes el deleite sin mezcla de utilidad. Todo era flores de rara diversidad y fragancia, y yerbas medicinales que servian á los cuadros y cenadores, de cuyo beneficio cuidaba mucho, haciendo traer á sus jardines cuantos géneros produce la benignidad de aquella tierra, donde no aprendian los físicos otra facultad que la noticia de sus nombres y el conocimiento de sus virtudes. Tenian yerbas para todas las enfermedades y dolores, de cuyos zumos y aplicaciones componian sus remedios y lograban admirables efectos, hijos de la esperiencia, que sin distinguir la causa de la enfermedad, acertaban con la salud del enfermo. Repartíanse francamente de los jardines del rey todas las yerbas que recetaban los médicos ó pedian los dolientes, y solian preguntar si aprovechaban, hallando vanidad en sus medicinas, ó persuadido á que cumplia con la obligacion del gobierno, cuidando así de la salud de sus vasallos.

En todos estos jardines y casas de recreacion, habia muchas fuentes de agua dulce y saludable que traian de los montes vecinos, guiada por diferentes canales, hasta encontrar con las calzadas, donde se ocultaban los encañados que la introducian en la ciudad; para cuya provision se dejaban algunas fuentes públicas, y se permitia, no sin tributo considerable, que los indios vendiesen por las calles la que podian conducir de otros manantiales. Creció mucho en tiempo de Motezuma el beneficio de las fuentes, porque fue suya la obra del gran conducto por donde vienen á Méjico las aguas vivas que se descubrieron en la sierra de Chapultepec, distante una legua de la ciudad. Hízose primero de su órden y traza un estanque de piedra donde recogerlas, midiendo su altura con la declinacion que pedia la corriente; y despues un paredon grueso con dos canales descubiertas de fuerte argamasa, de las cuales servia la una mientras que se limpiaba la otra: fábrica de grande utilidad, cuya invencion le dejó tan vanaglorioso, que mandó poner su efigie y la de su padre, no sin alguna semejanza, esculpidas en dos medallas de piedra, con ambicion de hacerse memorable, por aquel beneficio de su ciudad.

Uno de los edificios que hizo mayor novedad entre las obras de Motezuma, fue la casa que llamaban de la Tristeza, donde solia retirarse cuando se morian sus parientes, y en otras ocasiones de calamidad ó mal suceso que pidiese pública demostracion. Era de horrible arquitectura, negras las paredes, los techos y los adornos; y tenia un género de claraboyas ó ventanas pequeñas que daban penada luz, ó permitian solamente la que bastaba para que se viese la oscuridad: formidable habitacion donde se detenia todo lo que tardaba en despedir sus quebrantos, y donde se le aparecia con mas facilidad el demonio; fuese por lo que ama los horrores el príncipe de las tinieblas, ó por la congruencia que tienen entre sí el espíritu maligno y el humor melancólico.

Fuera de la ciudad tenia grandes quintas y casas de recreacion, con muchas y copiosas fuentes que daban agua para los baños y estanques para la pesca; en cuya vecindad habia diferentes bosques para diferentes géneros de caza: ejercicio que frecuentaba y entendia, manejando con primor el arco y la flecha. Era la montería su principal divertimiento, solia muchas veces salir con sus nobles á un parque muy espacioso y ameno, cuyo distrito estaba cercado por todas partes con un foso de agua, donde le traian y encerraban las reses de los montes vecinos, entre las cuales solian venir algunos tigres y leones. Habia gente señalada en Méjico y en otros lugares del contorno, que se adelantaba para estrechar y conducir las fieras al sitio destinado, siguiendo casi en estas batidas el estilo de nuestros monteros. Tenian aquellos indios mejicanos grande osadía y agilidad en perseguir y sujetar los animales mas feroces; y Motezuma gustaba mucho de mirar el combate de sus cazado-

res, y lograr algunos tiros que se aplaudian como aciertos de mayor importancia. Nunca se apeaba de sus andas sino es cuando se ponia en algun lugar eminente, y siempre con bastante circunvalacion de chuzos y flechas que asegurasen su persona; no porque le faltase valor ni dejase de aventajar á todos en la destreza, sino porque miraba como indigno de su magestad aquellos riesgos voluntarios; pareciéndole, y no sin conocimiento de su dignidad, que solo eran decentes para el rey los peligros de la guerra.

CAPITULO XV.

Dase nóticia de la ostentacion y puntualidad con que se hacia servir Motezuma en su palacio; del gasto de su mesa, de sus audiencias, y otras particularidades de su economia y divertimientos.

Era correspondiente á la suntuosidad y soberbia de sus edificios el fausto de su casa, y los aparatos de que adornaba su persona para mantener la reverencia y el temor de sus vasallos; á cuyo fin inventó nuevas ceremonias y superfluidades, enmendando como defecto la humanidad con que se trataron hasta él los reyes mejicanos. Aumentó, como dijimos, en los principios de su reinado el número, la calidad y el lucimiento de la familia real, componiéndola de gente noble, mas ó menos ilustre, segun los ministerios de su ocupacion: punto que resistieron entonces sus consejeros, representándole que no convenia desconsolar al pueblo con escluirle totalmente de su servicio; pero él ejecutó lo que le aconsejaba su vanidad, y era una de sus máximas que los príncipes debian favorecer desde lejos á la gente sin obligaciones, y considerar que no se hicieron los beneficios de la confianza para los ánimos plebeyos.

Tenia dos géneros de guardias: una de gente militar y tan numerosa, que ocupaba los patios y repartia diferentes escuadras á las puertas principales; y otra de caballeros cuya introduccion fue tambien de su tiempo: constaba de hasta doscientos hombres de calidad conocida; y estos entraban todos los dias en palacio con el mismo fin de guardar á la persona real y asistir á su cortejo. Estaba repartido por turnos con tiempo señalado este servicio de los nobles, y se iban mudando con tal disposicion, que comprendia toda la nobleza, no solo de la ciudad, sino del reino; y venian á cumplir con esta obligacion cuando les tocaba el turno desde las ciudades mas remotas. Era su asistencia en las antecámaras, donde comian de lo que sobraba en la mesa del rey. Solia permitir que entrasen algunos en su cámara, mandándolos llamar: no tanto por favorecerlos, como por saber si asistian, y tenerlos á todos en cuidado. Jactábase de haber introducido este género de guardia, y no sin alguna política mas que vulgar; porque solia decir á sus ministros, que le servia de tener en algun ejercicio la obediencia de los nobles para enseñarlos á vivir dependientes, y de conocer los sugetos de su reino para emplearlos segun su capacidad.

Casaban los reyes mejicanos con hijas de otros reyes tributarios suyos, y Motezuma tenia dos mujeres de esta calidad, con título de reinas, en cuartos separados de igual pompa y ostentacion. El número de sus concubinas era exhorbitante y escandaloso; pues hallamos escrito, que habitaban dentro de su palacio mas de tres mil mujeres entre amas y criadas, y que venian al exámen de su antojo cuantas nacian con alguna hermosura en sus dominios; porque sus ministros y ejecutores las recogian á manera de tributo y vasallaje, tratándose como importancia del reino la torpeza del rey.

Deshacíase de este género de mugeres con facilidad, poniéndolas en estado para que ocupasen otras su lugar; y hallaban maridos entre la gente de mayor calidad, porque salian ricas, y á su parecer condecoradas; tan lejos estaba de tener estimacion de virtud la honestidad en una religion donde no solo se permitian, pero se mandaban las violencias de la razon natural (1). Afectaba mucho el recogimiento de su casa, y tenia mujeres ancianas que atendiesen al decoro de sus concubinas sin permitir el menor desacierto en su proceder, no tanto porque le disonasen las indecencias, como porque le predominaban los celos; y este cuidado con que procuraba mantener el recato de su familia, que tiene por sí tanto de loable y puesto en razon, era en él segunda liviandad, y pundonor poco generoso que se formaba en la flaqueza de otra pasion.

Sus audiencias no eran fáciles ni frecuentes; pero duraban mucho, y se adornaba esta funcion de grande aparato y solemnidad. Asistian á ella los próceres que tenian entrada en su cuarto: seis ó siete consejeros cerca de la silla, por si ocurriese alguna materia digna de consulta; y diferentes secretarios que iban notando con aquellos símbolos que le servian de letras las resoluciones y decretos, cada uno segun su negociacion. Entraba descalzo el pretendiente y hacia tres reverencias sin levantar los ojos de la tierra, diciendo en la primera *señor*, en la segunda *mi señor*, y en la tercera *gran señor*. Hablaba en acto de mayor humillacion, y se volvia despues á retirar por los mismos pasos, repitiendo sus reverencias sin volver las espaldas, y cuidando mucho de los ojos, porque habia ciertos ministros que castigaban luego los menores descuidos; y Motezuma era observantísimo en estas ceremonias: cuidado que no se debe culpar en los príncipes, por consistir en ellas una de las prerogativas que los diferencian de los otros hombres: y tener algo de sustancia en el respeto de los súbditos estas delicadezas de la magestad. Escuchaba con atencion, y respondia con severidad, midiendo al parecer la voz con el semblante. Si alguno se turbaba en el razonamiento, le procuraba cobrar, ó le señalaba uno de los ministros que le asistian para que le hablase con menos embarazo; y solia despacharle mejor, hallando en aquel miedo respetivo, lisonja y discrecion. Preciábase mucho del agrado y humanidad con que sufria las impertinencias de los pretendientes, y la desproporcion de las pretensiones; y á la verdad procuraba por aquel rato corregir los ímpetus de su condicion; pero no todas veces lo podia conseguir, porque cedia lo violento á lo natural, y la soberbia reprimida se parece poco á la benignidad.

Comia solo, y muchas veces en público; pero siempre con igual aparato. Cubríanse los aparadores ordinariamente con mas de doscientos platos de varios manjares á la condicion de su paladar; y algunos de ellos tan bien sazonados, que no solo agradaron entonces á los españoles, pero se han procurado imitar en España: que no hay tierra tan bárbara donde no se precie de ingenioso en sus desórdenes el apetito.

Antes de sentarse á comer registraba los platos, saliendo á reconocer las diferencias de regalos que contenian; y satisfecha la gula de los ojos, elegia los que mas le agradaban, y se repartian los demas entre los caballeros de su guardia: siendo esta profusion cuotidiana una pequeña parte del gasto que se hacia de ordinario en sus cocinas, porque comian á su costa cuantos habitaban en palacio, y cuantos acudian á él por obligacion de su oficio. La mesa era grande, pero baja de pies, y el asiento un tabureto

(1) Torquemada en el lib IV Cap. XIX, Orig. de los indios lib. III, pag 116, dice lo siguiente: «Así en Nueva España como en el Perú se castigaban las cohabitaciones ilegítimas y hasta las tenidas entre personas libres. Habia ademas unos como monasterios ó conventos semejantes á los de nuestras monjas, en donde vivian mujeres que guardaban castidad y eran castigadas con pena de muerte si la quebrantaban.» Débese dar mas crédito á Torquemada que á Solis, por ser aquel persona mas autorizada en esta materia.

proporcionado. Los manteles de blanco y sutil algodon, y las servilletas de lo mismo, algo prolongadas. Atajábase la pieza por la mitad con una baranda ó biombo, que sin impedir la vista, señalaba término al concurso y apartaba la familia. Quedaban dentro cerca de la mesa tres ó cuatro ministros ancianos de los mas favorecidos, y cerca de la baranda uno de los criados mayores que alcanzaba los platos. Salian luego hasta veinte mujeres vistosamente ataviadas que servian la vianda, y ministraban la copa con el mismo género de reverencias que usaban en sus templos. Los platos eran de barro muy fino y solo servian una vez, como los manteles y servilletas que se repartian luego entre los criados. Los vasos de oro sobre salvas de lo mismo; y algunas veces solia beber en cocos ó conchas naturales costosamente guarnecidas. Tenian siempre á la mano diferentes géneros de bebidas, y él señalaba las que apetecia; unas con olor, otras de yerbas saludables, y algunas confecciones de menos honesta calidad. Usaba con moderacion de los vinos, ó mejor diríamos cervezas que hacian aquellos indios, liquidando los granos del maiz por infusion y cocimiento: bebida que turbaba la cabeza como el vino mas rubusto. Al acabar de comer tomaba ordinariamente un género de chocolate á su modo, en que iba la sustancia del cacao, batida con el molinillo, hasta llenar la jícara de mas espuma que licor; y despues el humo del tabaco suavizado con liquidámbar; vicio que llamaban medicina, y en ellos tuvo algo de superstition, por ser el zumo de esta yerba uno de los ingredientes con que se dementaban y enfurecian los sacerdotes siempre que necesitaban de perder el entendimiento para entender al demonio.

Asistian ordinariamente á la comida tres ó cuatro juglares de los que mas sobresalian en el número de sus sabandijas; y estos procuraban entretenerle, poniendo como suelen su felicidad, en la risa de los otros, y vistiendo las mas veces en traje de gracia la falta de respeto. Solia decir Motezuma que los permitia cerca de su persona porque le decian algunas verdades: poco las apeteceria quien las buscaba en ellos, ó tendria por verdades las lisonjas: sentencia que se pondera entre sus discreciones; pero mas reparamos en que llegase á conocer, hasta un príncipe bárbaro, la culpa de admitirlos, pues buscaba colores con que honestarlo.

Despues del rato del sosiego solian entrar sus músicos á divertirle; y al son de flautas y caracoles, cuya desigualdad de sonidos concertaban con algun género de consonancia, le cantaban diferentes composiciones en varios metros que tenian su número y cadencia, variando los tonos con alguna modulacion buscada en la voluntad de su oido. El ordinario asunto de sus canciones eran los acaecimientos de sus mayores, y los hechos memorables de sus reyes; y estas se cantaban en los templos, y enseñaban á los niños para que no se olvidasen las hazañas de su nacion: haciendo el oficio de la historia con todos aquellos que no entendian las pinturas y geroglíficos de sus anales. Tenian tambien sus cantilenas alegres, de que usaban en sus bailes con estribillos y repeticiones de música mas bulliciosa; y eran tan inclinados á este género de regocijos, y á otros espectáculos en que mostraban sus habilidades, que casi todas las tardes habia fiestas públicas en alguno de los barrios, unas veces de la nobleza, y otras de la gente popular: y en aquella sazon fueron mas frecuentes y de mayor solemnidad por el agasajo de los españoles; fomentándolas y asistiéndolas Motezuma contra el estilo de su austeridad, como quien deseaba con algun género de ambicion que se contasen los ejercicios de la ociosidad entre las grandezas de su córte.

La mas señalada entre sus fiestas era un género de danzas que llaman «mitotes:» componíanse de innumerable muchedumbre; unos vistosamente adornados, y otros en trajes y figuras estraordinarias. Entraban en ellas los nobles, mezclándose con los plebeyos en honor de la festividad; y tenian ejemplar de haber entrado sus reyes. Hacian el son dos atabales de madera cóncava, desiguales en el tamaño y en el sonido; bajo y tiple, unidos y templados no sin alguna conformidad. Entraban de dos en dos haciendo sus mudanzas, y despues formaban corro, hiriendo todos á un tiempo la tierra y el aire con los pies sin perder el compas. Cansado un corro, sucedia otro con diferentes saltos y movimientos, imitando los tripudios y coreas que celebró la antigüedad; y algunas veces se mezclaban todos en alegre inquietud, hasta que mediando los brindis, y venciendo la embriaguez, de que se hacia gala en estos dias, cesaba la fiesta, ó se convertia en otra locura menos ordenada.

Juntábase otras veces el pueblo en las plazas ó en los átrios de sus templos á diferentes espectáculos y juegos. Habia desafíos de tirar al blanco y hacer otras destrezas admirables con el arco y la flecha. Usaban de la carrera y la lucha con sus apuestas particulares y premios públicos para el vencedor. Tenian hombres agilísimos que bailaban sin equilibrio en la maroma; y otros que hacian mudanzas y vueltas, con segundo bailarin sobre los hombros. Jugaban tambien á la pelota igual número de competidores, con un género de goma que levantaba mucho los botes, y la traian largo rato en el aire, hasta que ganaban la raya los que daban con ella en el término contrapuesto: victoria que se disputaba con tanta solemnidad, que venian los sacerdotes con el dios de la pelota (¡ridícula supersticion!), y colocándole á la vista, conjuraban el trinquete con ciertas ceremonias, que á su parecer dejaban corregidos los azares del juego, igualando la fortuna de los jugadores.

Raros eran los dias en que no hubiese alguna fiesta que alegrase la ciudad; y Motezuma gustaba de que se frecuentasen los bailes y regocijos, no porque fuesen de su genio, ni dejase de conocer los inconvenientes que se perdonan ó se disimulan en estos bullicios de la plebe, sino porque hallaba conveniencia en traer divertidos aquellos ánimos inquietos, de cuya fidelidad vivia receloso: propia cavilacion de príncipe tirano, dejar al pueblo estos incitamentos de los vicios para que no discurra en lo que padece; y mayor servidumbre de la tiranía, necesitar de indignas permisiones para introducir la servidumbre con especie de libertad.

CAPITULO XVI.

Dáse noticia de las grandes riquezas de Motezuma, del estilo con que se administraba la hacienda y se cuidaba de la justicia, con otras particularidades del gobierno político y militar de los mejicanos.

Era príncipe tan rico Motezuma, que no solo podia sustentar los gastos y delicias de su córte, pero mantenia contínuamente dos ó tres ejércitos en campaña para sujetar sus rebeldes ó cubrir sus fronteras; y sobraba caudal opulento de que se formaban sus tesoros. Daban grande utilidad á la corona las minas de oro y plata, las salinas y otros derechos de antigua introduccion; pero el mayor capital de las rentas reales se componia de las contribuciones de los vasallos; cuya imposicion creció con exhorbitancia en tiempo de Motezuma. Todos los hombres llanos de aquel vasto y populoso dominio pagaban de tres uno al rey de sus labranzas y granjerías: los oficiales debian el tercio de las manufacturas; los pobres conducian sin estipendio los géneros que se remitian á la córte, ó reconocian el vasallaje con otro servicio personal.

Andaban por el reino diferentes audiencias que con el auxilio de las justicias ordinarias iban cobrando y remitiendo los tributos. Dependian estos minis-

tros del tribunal de hacienda que residia en la córte; obligados á dar cuenta por menor de lo que producian sus distritos, y se castigaban con pena de la vida sus fraudes ó sus descuidos, de que resultaba mayor violencia en las cobranzas, porque se miraban como igual delito en el ejecutor la piedad y el latrocinio.

Eran grandes los clamores de los pueblos, y no los ignoraba Motezuma; pero solia poner entre los primores de su gobierno la opresion de sus vasallos: diciendo muchas veces que conocia su mala inclinacion, y que necesitaban de aquella carga para su misma quietud, porque no los pudiera sujetar si los dejara enriquecer: grande hambre de buscar pretestos y colores que hiciesen el oficio de la razon. Los lugares vecinos á la ciudad daban gente para las obras reales, proveian de leña el palacio, y pagaban otras pensiones á costa de sus comunidades.

Los nobles contribuian con asistir á las guardias, acudian con sus vasallos á los ejércitos, y hacian contínuos presentes al rey, que se recibian como dádivas, sin perder el nombre de obligacion. Habia diferentes depositarios y tesoreros donde paraban los géneros que procedian de las contribuciones, y el tribunal de hacienda libraba en ellos todo lo necesario para el gasto de las casas reales y provisiones de la guerra; y cuidaba de que se fuese beneficiando lo que sobraba para guardarlo en el tesoro principal, reducido á géneros durables, y particularmente á piezas de oro, cuyo valor conocian y estimaban sin que la copia llegase á envilecerle, antes le apetecian y guardaban los poderosos, ó bien fuese por la nobleza y hermosura del metal, ó porque nació destinado á la codicia mas que á la necesidad de los hombres.

Tenian los mejicanos dispuesto y organizado su gobierno con notable concierto y armonía (1). Demas del consejo de hacienda que corria, como hemos dicho, con las dependencias del patrimonio real, habia consejo de justicia, donde venian las apelaciones de los tribunales inferiores: consejo de guerra, donde se cuidaba de la informacion y asistencia de los ejércitos; y consejo de estado, que se hacia las mas veces en presencia del rey, donde se trataban los negocios de mayor peso. Habia tambien jueces del comercio y del abasto, y otro género de ministros, como alcaldes de córte, que rondaban la ciudad y perseguian los delincuentes. Traian sus varas ellos y sus alguaciles para ser conocidos por la insignia del oficio; y tenian su tribunal donde se juntaban á oir las partes, y determinar los pleitos en primera instancia. Los juicios eran sumarios y verbales: el actor y el reo comparecian con su razon y sus testigos, y el pleito se acababa de una vez, durando poco mas si era materia de recurso á tribunal superior. No tenian leyes escritas, pero se gobernaban por el estilo de sus mayores, supliendo la costumbre por la ley, siempre que la voluntad del príncipe no alteraba la costumbre. Todos estos consejos se componian de personas esperimentadas en los cargos de la paz y de la guerra; y el de estado, superior á todos los demas, se formaba de los electores del imperio, á cuya dignidad ascendian los príncipes ancianos de la sangre real, y cuando se ofrecia materia de mucha consideracion, eran llamados al consejo los reyes de Tezcuco y Tacuba, principales electores, á quien tocaba por sucesion esta prerogativa. Los cuatro primeros vivian en palacio, y andaban siempre cerca del rey para darle su parecer en lo que se ofrecia y autorizar con el pueblo sus resoluciones.

Cuidaban del premio y del castigo con igual atencion. Eran delitos capitales el homicidio, el hurto, el adulterio y cualquier leve desacato contra el rey ó contra la religion. Las demas culpas se perdonaban con facilidad, porque la misma religion desarmaba la justicia permitiendo las iniquidades. Castigábase tambien con pena de la vida la falta de integridad en los ministros, sin que se diese culpa venial en los que servian oficio público; y Motezuma puso en mayor observancia esta costumbre haciendo esquisitas diligencias para saber cómo procedian, hasta examinar su desinteres con algunos regalos ofrecidos por mano de sus confidentes: y el que faltaba en algo á su obligacion, moria por ello irremisiblemente: severidad que merecia príncipe menos bárbaro, y república mejor acostumbrada; pero no se puede negar á los mejicanos que tuvieron algunas virtudes morales, y particularmente la de procurar que se administrase con rectitud aquel género de justicia que llegaron á conocer, bastante á deshacer los agravios, y á mantener la sociedad entre los suyos, porque no dejaban de conservar entre sus abusos y bestialidades, algunas luces de aquella primitiva equidad que dió á los hombres la naturaleza cuando faltaban las leyes, porque se ignoraban los delitos.

Una de las atenciones mas notables de su gobierno era el cuidado con que se trataba la educacion de los muchachos, y el desvelo con que iban formando y reconociendo sus inclinaciones. Tenian escuelas públicas para la enseñanza de la gente popular, y otros colegios ó seminarios de mayor providencia y aparato, donde se criaban los hijos de los nobles, perseverando en ellos desde la tierna edad hasta que salian capaces de hacer su fortuna ó seguir su inclinacion. Habia maestros de niñez, adolescencia y juventud que tenian autoridad y estimacion de ministros, y no sin fundamento, pues cuidaban de aquellos rudimentos y ejercicios que aprovechaban despues á la república. Allí los enseñaban á descifrar los caractéres y figuras de que se componian sus escritos, y los hacian tomar de memoria las canciones historiales, en que se contenian los hechos de sus mayores y las alabanzas de sus dioses. Pasaban despues á otra clase donde se aprendia la modestia y la cortesía, y dicen que hasta la compostura en el andar. Eran de mayor suposicion estos segundos preceptores, porque tenian á su cargo las costumbres de aquella edad en que se dejan corregir los defectos y quebrantar las pasiones.

Despiertos ya y crecidos en este género de sujecion y enseñanza, pasaban á la tercera clase, donde se habilitaban en ejercicios mas robustos, probaban las fuerzas en el peso y la lucha, competian unos con otros en el salto y la carrera, y se enseñaban á manejar las armas, esgrimir el montante, despedir el dardo, y dar impulso y certidumbre á la flecha: hacíanlos sufrir la hambre y la sed; y tenian sus ratos de resistir á las inclemencias del tiempo hasta que volvian hábiles y endurecidos á la casa de sus padres, para ser aplicados, segun la noticia que daban los maestros de sus inclinaciones, al gobierno político, al ejercicio militar ó al sacerdocio: tres caminos en que podia elegir la gente noble, poco diferentes en la estimacion, aunque precedia el de la guerra por ser mayores sus ascensos.

Habia tambien otros colegios de matronas dedicadas al culto de los templos, donde se criaban las doncellas de calidad, guardando clausura, y entregadas á sus maestras desde la niñez hasta que salian á tomar estado con aprobacion de sus padres y licencia del rey, diestras ya en aquellas habilidades y labores que daban opinion á las mugeres.

Los hijos de la gente noble que al salir de los seminarios se inclinaban á la guerra, pasaban por otro exámen digno de consideracion, porque sus padres los envíaban á los ejércitos para que viesen lo que se

(1) Solis debió ilustrar este capítulo de su historia con las leyes por donde se regia un pueblo cuyo gobierno estaba organizado de la manera que él lo pinta. Es indudable que dichas leyes existian; si no escritas, por carecer los indios de escritura, al menos las habria tradicionales, y el conocimiento de ellas es de grande interés para la historia.

padecia en la campana, ó supiesen lo que intentaban antes de alistarse por soldados; y solian enviarlos entre los tamenes vulgares, con su carga de bastimentos al hombro para que perdiesen la vanidad y fuesen enseñados al trabajo.

No se admitian á la profesion los que mudaban el semblante al horror de las batallas, ó no daban alguna esperiencia de su valor; de que resultaba el ser de mucho servicio estos visoños en el tiempo de su aprobacion, porque todos procuraban señalarse con algun hecho particular, arrojándose á los mayores peligros, y conociendo al parecer que para entrar en el número de los valientes era necesario dar algo de temeridad á los principios de la fama.

En nada pusieron tanto su felicidad los mejicanos como en las cosas de la guerra: profesion que miraban los reyes como principal instituto de su poder, y los súbditos como propia de su nacion. Subian por ella los plebeyos á nobles, y los nobles á las mayores ocupaciones de la monarquía, con que se animaban todos á servir, ó por lo menos aspiraban á la virtud militar cuantos nacian con ambicion, ó tenian espíritu para salir de su esfera. No habia lugar sin milicia determinada, con preeminencias que diferenciaban al soldado entre los demas vecinos. Formábanse los ejércitos con facilidad, porque los príncipes del reino y los caciques de las provincias tenian obligacion de acudir á la plaza de armas que se les señalaba, con el número de gente que se les repartia; y se pondera entre las grandezas de aquel imperio, que llegó á tener Motezuma treinta vasallos tan poderosos, que podia cada uno poner en campaña cien mil hombres armados (1). Gobernaban estos la gente de su cargo en la ocasion, dependientes del capitan general á quien obedecian, reconociendo en él la representacion de su rey cuando faltaba su persona del ejército, que sucedia pocas veces; porque aquellos príncipes tenian á desaire de su autoridad el apartarse de sus armas, hallando alguna monstruosidad política en aquella disonancia, que hacen fuerzas propias en ageno brazo.

Su modo de pelear era el mismo que dejamos referido en la batalla de Tabasco; mejor disciplinados los ejércitos, menos confusa la obediencia de los soldados, mas nobleza y mayores esperanzas. Deshacíanse brevemente de las armas arrojadizas para llegar á las espadas, y muchas veces á los brazos, por ser entre aquella gente mayor hazaña el cautiverio que la muerte del enemigo, y mas valeroso el que daba mas prisioneros para los sacrificios. Tenian estimacion y conveniencia los cargos militares, y Motezuma premiaba con liberalidad á los que sobresalian en las batallas: tan inclinado á la milicia, y tan atento á la reputacion de sus armas, que inventó premios honoríficos para los nobles que servian en la guerra, instituyendo cierto género de órdenes militares, con sus hábitos ó insignias, que daban honra y distincion. Habia unos caballeros que llamaban de las águilas, otros de los tigres, y otros de los leones, que llevaban pendiente ó pintada en los mantos la empresa de su religion. Fundó tambien otra caballería superior, á que solo eran admitidos los príncipes ó nobles de alcurnia real; y para darla mayor estimacion tomó el hábito y se hizo alistar en ella. Traian estos atada parte



Calendario Mejicano.

del cabello con una cinta roja, y entre las plumas de que adornaban la cabeza, unas borlas del mismo color que pendian sobre las espaldas, mas ó menos, segun las hazañas del caballero, las cuales se contaban por el número de las borlas, y se aumentaban con nueva solemnidad como iban creciendo los hechos memorables de la guerra: con que habia dentro de la misma dignidad algo mas que merecer.

Debemos alabar á los mejicanos la generosidad con que anhelaban á semejantes pundonores, y en Motezuma el haber inventado en su república estos premios honoríficos; que siendo la moneda mas fácil de batir, tienen el primer lugar en los tesoros del rey.

(1) Ademas de estos 3,000,000 los caciques menos poderosos, que eran en crecido numero. Los historiadores admiten semejantes hipérboles con asombrosa lijereza. El mayor ejército de que las historias hacen mencion es el de Jerjes, y este ascendia solo á 1.700,000 combatientes.

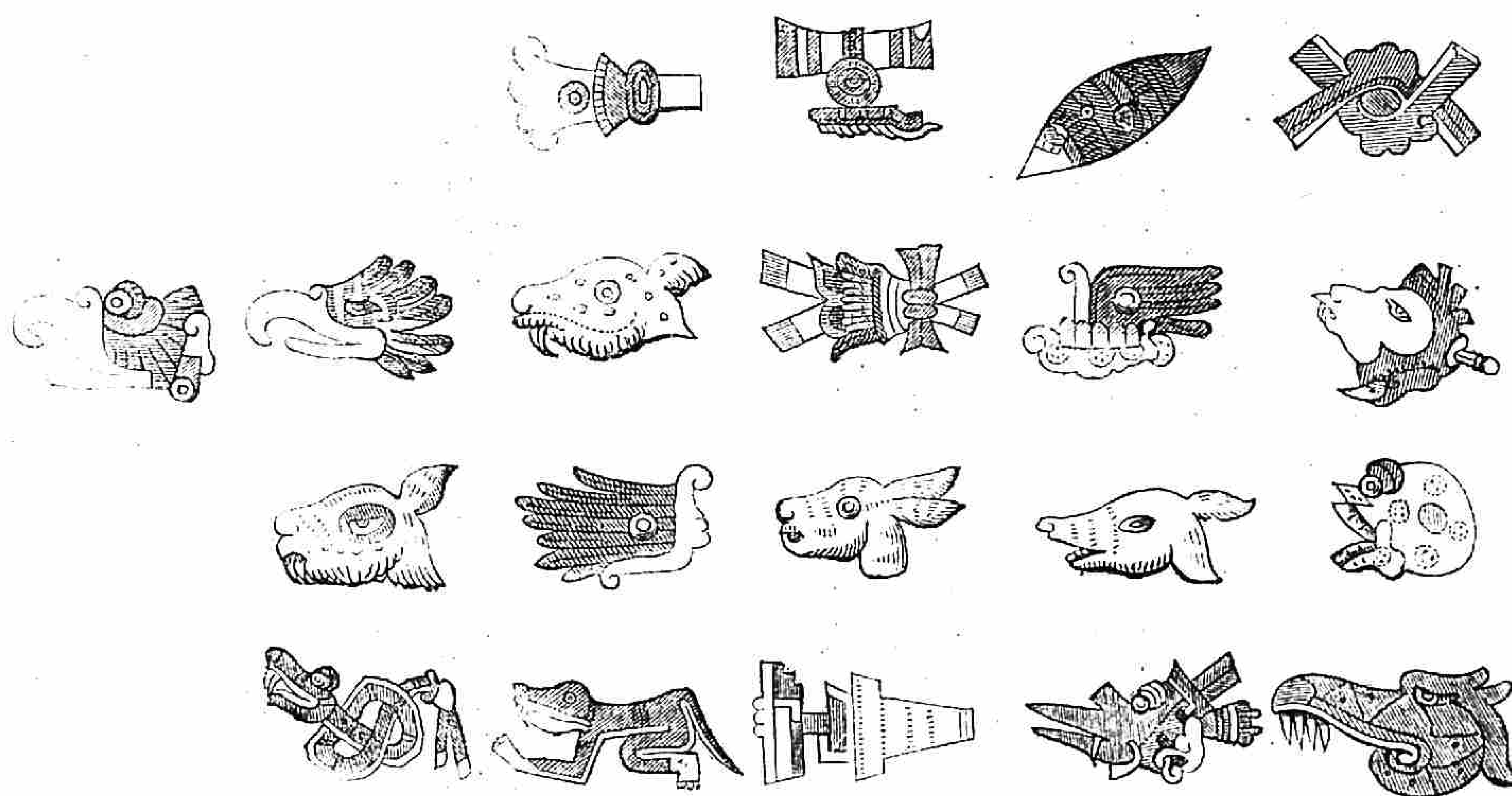
CAPITULO XVII.

Dáse noticia del estilo con que se median y computaban en aquella tierra los meses y los años; de sus festividades, matrimonios, y otros ritos y costumbres dignas de consideracion.

Tenian los mejicanos dispuesto y regulado su calendario con notable observacion (1). Gobernábanse por el movimiento del sol, y midiendo sus alturas y declinaciones para entenderse con el tiempo, daban al año trescientos sesenta y cinco dias como nosotros; pero le dividian en diez y ocho meses, señalando á cada mes veinte dias, de cuyo número se componian los trescientos sesenta, y los cinco restantes eran como dias intercalares, que se añadian al fin del año para igualar el curso del sol. Mientras duraban estos cinco dias, que á su parecer dejaron advertidamente sus mayores como vacíos y fuera de cuenta, se daban á la ociosidad, y trataban solo de perder como podian aquellas sobras del tiempo. Dejaban el trabajo los oficiales, cerrábanse las tiendas, cesaba el despacho de los tribunales, y hasta los sacrificios en los templos. Visitábanse unos á otros, y procuraban todos divertirse con varios entretenimientos, dando á entender que se prevenian con el descanso para entrar en los afanes y tareas del año siguiente, cuyo ingreso ponian en el principio de la primavera, discrepando del año solar, segun el cómputo de los astrólogos, en solos tres dias que venian á tomar de nuestro mes de febrero.

Tenian tambien sus semanas de á trece dias con nombres diferentes, que se notaban por imágenes en el calendario, y sus siglos que constaban de cuatro semanas de años, cuyo método y dibujo era de notable artificio, y se guardaba cuidadosamente para memoria de los sucesos. Formaban un círculo grande y le dividian en cincuenta y dos grados, dando un año á cada grado. En el centro pintaban una efigie del sol, y de sus rayos salian cuatro fajas de colores diferentes, que partian igualmente la circunferencia, dejando trece grados á cada semidiámetro, cuyas divisiones eran como signos de su zodiaco, donde tenia el siglo sus revoluciones, y el sol sus aspectos prósperos ó adversos, segun el color de la faja. Por defuera iban notando en otro círculo mayor, con sus figuras y caractéres, los acaecimientos del siglo, y cuantas novedades se ofrecian dignas de memoria; y estos mapas seculares eran como instrumentos públicos que servian á la comprobacion de sus historias. Puédese contar entre las providencias de aquel gobierno el tener historiadores que mandasen á la posteridad los hechos de su nacion.

Habia su mezcla de supersticion en este cómputo de los siglos, porque tenian aprendido que peligraba la duracion del mundo siempre que terminaba el sol aquella carrera de las cuatro semanas mayores; y cuando llegaba el último dia de los cincuenta y dos años, se prevenian todos para la última calamidad. Despedíanse de la luz con lágrimas: disponíanse para morir sin enfermedad: rompian las vasijas de su menaje como trastos inútiles: apagaban los fuegos, y andaban toda la noche como frenéticos, sin atreverse á descansar hasta saber si estaban de asiento en la region de las tinieblas. Pero al primer crepúsculo de la mañana empezaban á respirar con la vista en el oriente, y en saliendo el sol le saludaban con todos sus instrumentos, cantándole diferentes himnos y canciones de alegría desconcertada: congratulábanse



Signos hieroglíficos de los dias del calendario mejicano.

despues unos con otros, de que ya tenian segura la duracion del mundo por otro siglo; y acudian luego á los templos á congratularse con sus dioses y á recibir la nueva lumbre de los sacerdotes, que se encendia delante de los altares con vehemente agitacion de leños combustibles. Preveníanse despues de todo lo necesario para empezar á vivir, y este dia se celebraba con públicos regocijos, llenándose la ciudad de bailes y otros ejercicios de agilidad, dedicados á la renovacion del tiempo, no de otra suerte que celebró Roma sus juegos seculares.

La coronacion de sus reyes tenia estraordinarios requisitos. Hecha la eleccion, como se ha dicho, quedaba el nuevo rey obligado á salir en campaña con las armas del imperio, y conseguir alguna victoria de sus enemigos, ó sujetar alguna provincia de las confinantes ó rebeldes, ántes de coronarse ni ascender al trono real: costumbre digna de observacion, por cuyo medio creció tanto en pocos años aquella monarquía. Luego que se hallaba capaz del dominio con la recomendacion de victorioso, volvia triunfante á la ciudad, y se le hacia público recibimiento de grande ostentacion. Acompañábanle todos los nobles, ministros y sacerdotes hasta el templo del dios de la guerra, donde se apeaba de sus andas, y hechos los sacrificios de aquella funcion, le ponian los príncipes electores la vestidura y manto real, le armaban la mano diestra con un estoque de oro y pedernal, in-

(1) Boturini, curioso investigador de las antigüedades mejicanas, dice que los indios tenian cuatro calendarios; que son los siguientes: natural, astronómico, cronológico, y ritual ó de sus festividades.

signia de la justicia; la siniestra con el arco y flechas, que significaban la potestad ó el arbitrio de la guerra, y el rey de Tezcuco le ponia la corona, prerogativa de primer elector.

Oraba despues largo rato uno de los magistrados mas elocuentes, dándole por todo el imperio la enhorabuena de aquella dignidad, y algunos documentos en que le representaba los cuidados y desvelos que traia consigo la corona: lo que debia mirar por el bien público de sus reinos; y le ponia delante la imitacion de sus antecesores. Acabada esta oracion, se acercaba con gran reverencia el mayor de los sacerdotes, y en sus manos hacia un juramento de reparables circunstancias. Juraba primero que mantendria la religion de sus mayores: que observaria las leyes y fueros del imperio: que trataria con benignidad á sus vasallos, y que mientras él reinase andarian concertadas las lluvias: que no habria inundaciones en los rios, esterilidad en los campos, ni malignas influencias en el sol: notable pacto entre rey y vasallos, de que se rie Justo Lipsio: y pudiéramos decir que le querian obligar con este juramento á que reinase con tal moderacion que no mereciese por su parte las iras del cielo, no sin algun conocimiento de que suelen caer sobre los súbditos estos castigos y calamidades públicas por los pecados y exorbitancias de los reyes.

En los demas ritos y costumbres de aquella nacion tocaremos solamente lo que fuere digno de historia, dejando las supersticiones, indecencias y obscenidades que manchan la narracion por mas que se digan sin ofensa de la verdad. Siendo tanta, como se ha referido, la muchedumbre de sus dioses, y tan oscura la ceguedad de su idolatría, no dejaban de conocer una deidad superior, á quien atribuian la creacion del cielo y de la tierra; y este principio de las cosas era entre los mejicanos un dios sin nombre (1), porque no tenian en su lengua voz con que significarle; solo daban á entender que le conocian mirando al cielo con veneracion, y dándole á su modo el atributo de inefable con aquel género de religiosa incertidumbre que veneraron los atenienses al dios no conocido. Pero esta noticia de la primera causa, que al parecer habia de facilitar su desengaño, sirvió poco en aquella ocasion, porque no se hallaba camino de reducirlos á que pudiese gobernar todo el mundo sin necesitar de otras manos aquella misma deidad, que segun su inteligencia tuvo poder para criarle; y estaban persuadidos á que no hubo dioses de esotra parte del cielo hasta que multiplicándose los hombres empezaron sus calamidades; considerando los dioses como unos genios favorables que se producian cuando era necesaria su operacion, sin hacerles disonancia que adquiriesen el ser y la divinidad en las miserias de la naturaleza (2).

Creian en la inmortalidad del alma, y daban premio y castigo en la eternidad: mal entendido el mérito y la culpa, y oscurecida esta verdad con otros errores, sobre cuyo presupuesto enterraban con los difuntos cantidad de oro y plata para los gastos del viaje que consideraban largo y trabajoso. Mataban algunos de sus criados para que los acompañasen, y era fineza ordinaria en las mujeres propias celebrar con su muerte las exequias del marido. Los príncipes necesitaban de gran sepultura, porque se llevaban tras sí la mayor parte de sus riquezas y familia; uno y otro correspondiente á su grandeza, llenos los oficios de la casa, y algunos lisonjeros que padecian el engaño de su misma profesion. Los cuerpos se llevaban á los templos con solemnidad y acompañamiento, donde los salian á recibir aquellos que llamaban sacerdotes, con sus braserillos de copal, cantando al son de flautas roncas y destempladas, diferentes himnos y versos fúnebres en tono melancólico. Levantaban repetidas veces en alto el ataud mientras duraba el sacrificio voluntario de aquellos miserables, que introducian en el alma la servidumbre; funcion de notable variedad, compuesta de abusiones ridículas y atrocidades lastimosas.

Sus matrimonios tenian su forma de contrato, y sus ceremonias de religion. Hechos los tratados, comparecian ambos contrayentes en el templo, y uno de los sacerdotes examinaba su voluntad con preguntas rituales, y despues tomaba con una mano el velo de la mujer y con otra el manto del marido, y los añudaba por los estremos, significando el vínculo interior de las dos voluntades. Con este género de yugo nupcial volvian á su casa en compañía del mismo sacerdote, donde (imitando la supersticion de los dioses Lares) entraban á visitar el fuego doméstico, que á su parecer mediaba en la paz de los casados, y daban siete vueltas á él siguiendo al sacerdote; con cuya diligencia y la de sentarse despues á recibir el calor de conformidad, quedaba perfecto el matrimonio. Hacíase memoria, con instrumento público, de los bienes dotales que llevaba la mujer; y el marido quedaba obligado á restituirlos en caso de apartarse: lo cual sucedia muchas veces, y se tenia por bastante causa para el divorcio que se conformasen los dos: pleito en que no entraban las leyes, porque se juzgaban los que se conocian. Quedábase con las hijas la mujer, llevándose los hijos el marido, y una vez disuelto el matrimonio tenian pena de la vida irremisible si se volvian á juntar; siendo en su natural inconstancia la única dificultad de los repudios el peligro de la reincidencia. Celaban como punto de honra la honestidad y el recato de las mujeres propias, y entre aquella desordenada licencia con que se daban al vicio de la sensualidad, se aborrecia y castigaba con rigor el adulterio, no tanto por su deformidad como por sus inconvenientes.

Llevábanse á los templos con solemnidad los niños recien nacidos, los sacerdotes los recibian con ciertas amonestaciones, en que les notificaban los trabajos á que nacian. Aplicábanles, si eran nobles, á la mano derecha una espada y al brazo izquierdo un escudo que tenian para este ministerio. Si eran plebeyos hacian la misma diligencia con algunos instrumentos de los oficios mecánicos; y las hembras de una y otra calidad empuñaban la rueca y el huso: manifestando á cada uno el género de fatiga con que le aguardaba su destino. Hecha esta primera ceremonia los llevaban cerca del altar, y con espinas de maguey ó con lancetas de pedernal les sacaban alguna sangre de las partes de la generacion; y despues les echaban agua ó los bañaban, con otras imprecaciones, en que parece quiso el demonio, inventor de aquellos ritos, imitar el bautismo y la circuncision, con la misma soberbia que intentó contrahacer otras ceremonias, y hasta los mismos sacramentos de la religion católica; pues introdujo entre aquellos bárbaros la confesion de los pecados, dándoles á entender que se ponian con ella en gracia de sus dioses, y un género de comunion ridícula que ministraban los sacerdotes ciertos dias del año, repartiendo en pequeños bocados un ídolo de harina masada con miel, que llamaban dios de la penitencia. Ordenó tambien sus jubileos, instituyó las procesiones, los incensarios y otros remedos del verdadero culto, hasta disponer que se llamasen papas en aquella lengua los sumos sacerdotes, en que se conoce que le costaba particular estudio esta imitacion, fuese por abusar

(1) Esto no es esacto pues le llamaban *Teutle* ó *Teutzin*, que quiere decir Dios: esto es, daban a aquella palabra el valor y significacion que nosotros damos a esta, aunque bajo diversos principios y no con la misma estension. Solis dice en otra parte que á los españoles los llamaban *teules* ó dioses.

(2) Era la religion mejicana un sistema completo de dogmas y de preceptos; no simple culto de adoracion como en los pueblos salvajes. Solis debió hacernos conocer unos y otros para juzgar del sistema moral y religioso de aquellos pueblos.

de las ceremonias sacrosantas, mezclándolas con sus abominaciones, ó porque no sabe arrepentirse de aspirar con este género de afectaciones á la semejanza del Altísimo.

Los demas ritos y ceremonias de aquella miserable gentilidad eran horribles á la razon y á la naturaleza: bestialidades, absurdos y locuras que parecieran incompatibles con las demas atenciones que se han notado en su gobierno, si no estuvieran llenas las historias de semejantes engaños de la humana capacidad en otras naciones que vivian mas dentro del mundo, igualmente ciegas en menor oscuridad. Los sacrificios de sangre humana empezaron casi con la idolatría, y siglos antes los introdujo el demonio entre aquellas gentes, de quien vino hasta los israelitas el sacrificar sus hijos á las esculturas de Canaam. El horror de comerse los hombres á los hombres se vió primero en otros bárbaros de nuestro hemisferio, como lo confiesa entre sus antigüedades la Galacia, y en sus antropófagos la Scitia. Los leños adorados como dioses, las supersticiones, los agüeros, los furores de los sacerdotes, la comunicacion con el demonio en sus oráculos, y otros absurdos de igual abominacion, se hallan admitidos y venerados por otros gentiles que supieron discurrir y obrar con acierto en lo moral y político. Grecia y Roma desatinaron en la religion, y en lo demas dieron leyes al mundo y ejemplos á la posteridad: de que se conoce la corta jurisdiccion del entendimiento humano, que vuela poco sobre las noticias que recibe de los sentidos y de las esperiencias, cuando falta en él aquella luz participada con que se descubre la esencia de la verdad. Era la religion de los mejicanos un compuesto abominable de todos los errores y atrocidades que recibió en diferentes partes la gentilidad; dejamos de referir por menor las circunstancias de sus festividades y sacrificios, sus ceremonias, hechicerías y supersticiones, porque se hallan á cada paso y con prolija repeticion en las historias de las Indias, y porque, á nuestro parecer, sobre ser materia en que se puede confesar el recelo de la pluma, es leccion poco necesaria, en que falta la dulzura y está lejos la utilidad.

CAPITULO XVIII.

Continúa Motezuma sus agasajos y dádivas á los españoles: llegan cartas de la Vera-Cruz con noticia de la batalla en que murió Juan de Escalante, y con este motivo se resuelve la prision de Motezuma.

Observaban los españoles todas estas novedades, no sin grande admiracion, aunque procuraban reprimirla y disimularla; costándoles cuidado el apartarla del semblante por mantener la superioridad que afectaban entre aquellos indios. Los primeros dias se ocuparon en varios entretenimientos. Hicieron los mejicanos vistosa ostentacion de todas sus habilidades, con deseo de festejar á los forasteros, y no sin ambicion de parecer diestros en el manejo de las armas y ágiles en los demas ejercicios. Motezuma fomentaba los espectáculos y regocijos, depuesta la magestad contra el estilo de su elevacion. Llevaba siempre consigo á Cortés asistido de sus capitanes: tratábale con un género de humanidad respectiva que parecia monstruosa en su natural, y daba nueva estimacion á los españoles entre los que le conocian. Frecuentábanse las visitas, unas veces Cortés en el palacio, y otras Motezuma en el alojamiento. No acababa de admirar las cosas de España considerándola como parte del cielo; y hacia tan alto concepto de su rey, que no pensaba tanto de sus dioses. Procuraba siempre ganar las voluntades repartiendo alhajas y joyas entre los capitanes y soldados, no sin discrecion y conocimiento de los sugetos, porque hacia mayor agasajo á los de mayor suposicion, y sabia proporcionar la dádiva con la importancia del agradecimiento. Los nobles á imitacion de su príncipe, deseaban obligar á todos con un género de obsequio que tocaba en obediencia. El pueblo doblaba las rodillas al menor de los soldados. Gozábase de un sosiego divertido, mucho que ver y nada que recelar. Pero tardó poco en volver á su ejercicio el cuidado, porque llegaron á este tiempo dos soldados tlascaltecas que vinieron á la ciudad por caminos desusados, desmentida su nacion con el traje de los mejicanos, y buscando recatadamente á Cortés, le dieron una carta de la Vera-Cruz, que mudó el semblante de las cosas y obligó á discursos menos sosegados.

Juan de Escalante, que como dijimos quedó con el gobierno de aquella nueva poblacion, trataba de continuar sus fortificaciones, conservando los amigos que le dejó Cortés, y duró en esta quietud sin accidente de cuidado, hasta que recibió noticia de que andaba por aquellos parajes un capitan general de Motezuma con ejército considerable, castigando algunos lugares de su confederacion porque habian retirado los tributos con el abrigo de los españoles. Llamábase Qualpopoca, y gobernaba la gente de guerra que residia en las fronteras de Zempoala; y habiendo convocado las milicias de su cargo hacia grandes estorsiones y violencias en aquellos pueblos, acompañando el rigor de los ejecutores con la licencia de los soldados: gente una y otra de insaciable codicia, que tratan el robo como negocio del rey.

Viniéronse á quejar los totonaques de la serranía, cuyas poblaciones andaba destruyendo entonces aquel ejército. Pidieron á Juan de Escalante que los amparase, tomando las armas en defensa de sus aliados, y ofrecieron asistir á la faccion con todo el resto de su gente. Procuró consolarlos tomando por suyo el agravio que padecian; y antes de llegar á los términos de la fuerza, resolvió enviar sus mensajeros al capitan general, pidiéndole amigablemente: «que »suspendiese aquellas hostilidades hasta recibir nueva órden de su rey; pues no era posible que se la »hubiese dado para semejante novedad, cuando habia permitido que pasasen á su córte los embajadores del monarca oriental á introducir pláticas de »paz y confederacion entre las dos coronas.» Ejecutaron este mensaje dos zempoales de los mas ladinos que residian en la Vera-Cruz; y la respuesta fue atrevida y descortés: «que él sabia entender y ejecutar las órdenes de su rey; y si alguno intentase »poner embarazo en el castigo de aquellos rebeldes, »sabria tambien defender en la campaña su resolucion.»

No pudo Juan de Escalante disimular su enojo, ni debió negarse á este desafío hallándose á la vista de aquellos indios interesados en el suceso de los totonaques, iguales en el riesgo y asegurados en la misma proteccion; y habiéndose informado de que no pasaria de cuatro mil hombres el grueso del enemigo, juntó brevemente un ejército de hasta dos mil indios, la mayor parte de la serranía, que fugitivos ó irritados vinieron á ponerse á su sombra, con los cuales bien armados á su modo y con cuarenta españoles, dos arcabuces, tres ballestas y dos tiros de artillería que pudo sacar de la plaza, dejándola con bien moderada guarnicion, caminó la vuelta de aquellas poblaciones que le llamaban á su defensa. Tuvo Qualpopoca noticia de su marcha, y salió á recibirle con toda su gente puesta en órden cerca de un lugar pequeño que se llamó despues Almería (1). Diéronse vista los dos ejércitos poco despues de amanecer, y se acometieron ambos con igual resolucion; pero á breve rato cedieron los mejicanos, y empezaron á retirarse puestos en desórden. Sucedió al mismo tiempo que los toto-

(1) Entre los indios *Nautecal*.

naques de nuestra faccion, ó por no ser soldados, ó por la costumbre que tenian de temer á los mejicanos, se cayeron de ánimo y se fueron quedando atras, hasta que últimamente se pusieron en fuga, sin que la fuerza ni el ejemplo bastase á detenerlos: raro accidente, que se debe notar entre las monstruosidades de la guerra huir los vencedores de los vencidos. Iba el enemigo tan atemorizado y tan cuidadoso de la propia salud, que no reparó en la diminucion de nuestra gente, y solo trató de retirarse desordenadamente á la poblacion vecina, donde se acercó Juan de Escalante con poco mas que sus cuarenta españoles; y mandando poner fuego al lugar por diferentes partes, acometió al mismo tiempo que tomó cuerpo la llama, con tanta resolucion, que sin dejarles lugar para que pudiesen discurrir en su flaqueza, los rompió y desalojó enteramente, obligándolos á que volviesen las espaldas y se derramasen á los bosques. Dijeron despues aquellos indios haber visto en el aire una señora como la que adoraban los forasteros por madre de su Dios, que los deslumbraba y entorpecia para que no pudiesen pelear. No se manifestó á los españoles este milagro; pero el suceso le hizo creible, y ya estaban todos enseñados á partir con el cielo sus hazañas.

Fue muy señalada esta victoria, pero igualmente costosa; porque Juan de Escalante quedó herido mortalmente con otros siete soldados, de los cuales se llevaron los indios á Juan de Argüello, natural de Leon, hombre muy corpulento y de grandes fuerzas, que cayó peleando valerosamente á tiempo que no pudo ser socorrido, y los demas murieron de las heridas en la Vera-Cruz dentro de tres dias.

De cuya pérdida, con todas sus circunstancias, daba cuenta el ayuntamiento en aquella carta para que se nombrase sucesor á Juan de Escalante, y se tuviese noticia del estado en que se hallaban. Leyóla Cortés con el desconsuelo que pedia semejante novedad. Comunicó el caso á sus capitanes; y sin ponderar entonces sus consecuencias, ni manifestarles todo su cuidado, les pidió que discurriesen la materia y se la dejasen discurrir, encomendando á Dios la resolucion que se hubiese de tomar, lo cual encargó muy particularmente al padre fray Bartolomé de Olmedo, y á todos el secreto, porque no corriese la voz entre los soldados, y en negocio de tanta importancia se diese lugar á dictámenes vulgares.

Retiróse despues á su aposento, y dejó correr la consideracion por todos los inconvenientes que podian resultar de aquella desgracia. Entraba y salia con dudosa eleccion en los caminos que le ofrecia su discurso; cuya viveza misma le fatigaba, dándole á un tiempo los remedios y las dificultades. Dicen que se anduvo paseando gran parte de la noche, y que descubrió entonces una pieza recien tabicada, en que tenia Motezuma las riquezas de su padre, y aquí las refieren por menor; y que habiéndolas reconocido mandó cerrar el tabique, sin permitir que se tocase á ellas. No nos detengamos en esta digresion de su cuidado, que no debió de ser larga, pues hizo lugar á otras diligencias para tomar punto fijo en la resolucion que andaba madurando.

Mandó llamar reservadamente á los indios mas capaces y confidentes de su ejército: preguntóles «si »habian reconocido alguna novedad en los ánimos de »los mejicanos, y cómo corria entre aquella gente la »estimacion de los españoles.» Respondieron: «que »lo comun del pueblo estaba divertido con sus fiestas, »y los veneraba por verlos aplaudidos de su rey; pero »que los nobles andaban ya pensativos y misteriosos, »que se hablaban en secreto, y se dejaba conocer el »recato en sus corrillos.» Tenian observadas algunas medias palabras de sospechosa interpretacion, y una de ellas fue: «que seria fácil romper los puentes,» con otras de este género, que juntas decian lo bastante para el recelo. Dos ó tres de aquellos indios habian oido decir que pocos dias antes trajeron de presente á Motezuma la cabeza de un español, y que la mandó esconder y retirar despues de haberla mirado con asombro, por ser muy fiera y desmesurada: señas que convenian con la de Juan de Argüello, y novedad que puso á Cortés en mayor cuidado por el indicio de que hubiese cooperado Motezuma en la faccion de su general.

Con estas noticias, y lo que llevaba discurrido en ellas, se encerró al amanecer con sus capitanes y con algunos de los soldados principales que solian concurrir á las juntas por su calidad ó entendimiento. Propúsoles el caso con todas sus circunstancias; refirió lo que le habian advertido aquella noche los indios confidentes: ponderó sin desaliento las contingencias de que se hallaban amenazados: tocó con espíritu las dificultades que podrian ocurrir; y sin manifestar la inclinacion de su dictámen, calló para que hablasen los demas. Hubo diversos pareceres: unos querian que se pidiese pasaporte á Motezuma, y se acudiese luego al riesgo de la Vera-Cruz: otros dificultaban la retirada, y se inclinaban á salir ocultamente sin dejarse olvidadas las riquezas que habian adquirido: los mas fueron de sentir que convenia perseverar sin darse por entendidos del suceso de la Vera-Cruz hasta sacar algunos partidos para retirarse. Pero Hernan Cortés, recogiendo lo que venia discurrido, y alabando el celo con que deseaban todos el acierto, dijo: «que no se conformaba con el medio »propuesto de pedir pasaporte á Motezuma, porque »habiéndose abierto el camino con las armas para en»trar en su córte á pesar de su repugnancia, caerian »mucho del concepto en que los tenia, si llegase á »entender que necesitaban de su favor para retirarse: »que si estaba de mal ánimo podia concederles el pa»saporte para deshacerlos en la retirada; y si le ne»gase quedaban obligados á salir contra su voluntad, »entrando en el peligro descubierta la flaqueza. Que »le agradaba menos la resolucion de salir ocultamen»te, porque seria ponerse de una vez en términos de »fugitivos, y Motezuma podria con gran facilidad »cortarles el paso adelantando por sus correos la no»ticia de su marcha. Que á su parecer no era conve»niente por entonces la retirada, porque de cualquie»ra suerte que la intentasen volverian sin reputacion »y perdiendo los amigos y confederados que se man»tenian con ella, se hallarian despues sin un palmo »de tierra donde poner los pies con seguridad. Por »cuyas consideraciones, dijo, soy de sentir que se »apartan menos de la razon los que se inclinan á que »perseveremos sin hacer novedad hasta salir con hon»ra, y ver lo que dan de sí nuestras esperanzas. Am»bas resoluciones son igualmente aventuradas, pero »no igualmente pundonorosas; y seria infelicidad in»digna de españoles morir por eleccion en el peligro »mas desairado. Yo no pongo duda en que nos debe»mos mantener: el modo con que se ha de conseguir, »es en lo que mas se detiene mi cuidado. Viénense á »los ojos estos principios de rumor que se han re»conocido entre los mejicanos: el suceso de la Vera»Cruz, ejecutado con las armas de su nacion, pide »nuevas consideraciones al discurso; la cabeza de »Argüello presentada en lisonja de Motezuma, es in»dicio de que supo antes la faccion de su general; y »su mismo silencio nos está diciendo lo que debemos »recelar de su intencion. Pero á vista de todo me »parece que para mantenernos en esta ciudad menos »aventurados, es necesario que pensemos en algun »hecho grande que asombre de nuevo á sus mora»dores, resarciendo lo que se hubiere perdido en su »estimacion con estos accidentes; para cuyo efecto, »despues de haber discurrido en otras hazañas de mas »ruido que sustancia, tengo por conveniente que nos »apoderemos de Motezuma trayéndole preso á nues»tro cuartel: resolucion que á mi entender los ha de

»atemorizar y reprimir, dándonos disposicion para »que podamos capitular despues con rey y vasallos lo »que mas conviniere á nuestro príncipe y á nuestra »seguridad. El pretesto de la prision, si yo no discur»ro mal, ha de ser la muerte de Argüello que ha lle»gado á su noticia, y el rompimiento de la paz co»metido por su general; de cuyas dos ofensas debemos »darnos por entendidos y pedir satisfaccion; porque »no conviene suponer una ignorancia de lo que saben »ellos, cuando están creyendo que lo alcanzamos to»do; y este y los demas engaños de su imaginacion, se »deben por lo menos tolerar como parciales de nues»tra osadía. Bien reconozco las dificultades y con»tingencias de tan árdua resolucion; pero las grandes »hazañas son hijas de los grandes peligros; y Dios »nos ha de favorecer, que son muchas las maravillas »y pudiera decir milagros evidentes, con que se ha »declarado por nosotros en esta jornada, para que no »miremos ahora como inspiracion suya nuestra per»severancia. Su causa es la primera razon de nuestros »intentos, y yo no he de creer que nos ha traido en »hombros de su providencia estraordinaria para in»troducirnos en el empeño y dejarnos con nuestra »flaqueza en la mayor necesidad.» Dilatóse con tanta energía en esta piadosa consideracion, que comunicó á los corazones de todos el vigor de su ánimo, y se redujeron al mismo dictámen, primero los capitanes Juan Velazquez de Leon, Diego de Ordaz, Gonzalo de Sandoval, y despues alabaron todos el discurso de su capitan; hallando al parecer lo eficaz del remedio en lo heróico de la resolucion: con que se disolvió la junta, quedando entonces determinada la prision de Motezuma, y remitida la disposicion de todo á la prudencia de Cortés.

Bernal Diaz del Castillo, que no pierde ocasion de introducirse á inventor de las resoluciones grandes, dice que le aconsejaron esta prision él y otros soldados algunos dias antes que llegase la nueva de la Vera-Cruz: no convienen con él las demas relaciones, ni entonces habia causa para discurrir con tanto arrojamiento: pudiera detenerse un poco, y quedara su consejo sin la nota de inverosímil, ó sin la escepcion de intempestivo.

CAPITULO XIX.

Ejecútase la prision de Motezuma; dáse noticia del modo cómo se dispuso, y cómo se recibió entre sus vasallos.

No se puede negar que fue atrevimiento sin ejemplar esta resolucion que tomaron aquellos pocos españoles, de prender á un rey tan poderoso dentro de su córte: accion que siendo verdad parece incompatible con la sencillez de la historia; y pareciera sin proporcion cuando se hallara entre las demasías ó licencias de la fábula. Pudiérase llamar temeridad si se hubiera entrado en ella voluntariamente ó con mas eleccion; pero no es temerario propiamente quien se ciega porque no puede mas. Vióse Cortés igualmente perdido si se retiraba sin reputacion, que aventurado si se mantenia sin volver por ella con algun hecho memorable; y el ánimo cuando se halla ceñido por todas partes de la dificultad se arroja violentamente á los peligros mayores: pensó en lo mas difícil por asegurarse de una vez, ó porque no se acomodaba su discurso á las medianías. Pudiéramos decir que fue magnanimidad suya el poner tan alta la mira, ó que la prudencia militar no es tan amiga de los estremos como la prudencia política; pero mejor es que se quede sin nombre su resolucion, ó que mirando al suceso la pongamos entre aquellos medios imperceptibles de que se valió Dios en esta conquista, escluyendo al parecer los impulsos naturales.

Eligióse finalmente la hora en que solian hacer su visita los españoles, porque no se estrañase la novedad. Ordenó Cortés que se tomasen las armas en su cuartel; que se pusiesen las sillas á los caballos, y estuviesen todos alerta sin hacer ruido, ni moverse hasta nueva órden. Ocupó con algunas cuadrillas á la deshilada las bocas de las calles, y partió al palacio con los capitanes Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Juan Velazquez de Leon, Francisco de Lugo y Alonso Dávila, y mandó que le siguiesen disimuladamente hasta treinta españoles de su satisfaccion.

No hizo novedad el verlos con todas sus armas, porque las traian ordinariamente introducidas ya como traje militar. Salió Motezuma, segun su costumbre, á recibir la visita, ocuparon todos sus asientos, retiráronse á otra pieza sus criados, y como ya lo estilaban, de su órden, y poniendo á doña Marina y Gerónimo de Aguilar en el lugar que solia, empezó Hernan Cortes á dar su queja, dejando al enojo todo el semblante. Refirió primero el hecho de su general, y ponderó despues «el atrevimiento de haber »formado ejército y acometido á sus compañeros, »rompiendo la paz y la salvaguardia real en que vi»vian asegurados: acriminó como delito de que se »debia dar satisfaccion á Dios y al mundo, el haber »muerto los mejicanos á un español que hicieron pri»sionero, vengando en él á sangre fria la propia igno»minia con que volvieron vencidos; y últimamente »se detuvo en afear como punto de mayor conside»racion, la disculpa de que se valian Qualpopoca y »sus capitanes dando á entender que se hacia de su »órden aquella guerra tan fuera de razon: y añadió »que le debia su magestad el no haberlo creido, por »ser accion indigna de su grandeza el estarlos favo»reciendo en una parte para destruirlos en otra.»

Perdió Motezuma el color al oir este cargo suyo y con señales de ánimo convencido interrumpió á Cortés para negar como pudo, el haber dado semejante órden; pero él socorrió su turbacion volviéndole á decir: «que así lo tenia por induvitable; pero que sus »soldados no se darian por satisfechos, ni sus mismos »vasallos dejarian de creer lo que afirmaba su gene»ral, si no le viesen hacer alguna demostracion es»traordinaria que borrase totalmente la impresion de »semejante calumnia; y así venia resuelto á suplicar»le que sin hacer ruido, y como que nacia de su pro»pia eleccion, se fuese luego al alojamiento de los es»pañoles, determinándose á no salir de él hasta que »constase á todos que no habia cooperado en aquella »maldad: á cuyo efecto le ponia en consideracion que »con esta generosa confianza, digna de ánimo real »no solo se quitaria el enojo de su príncipe y el rece»lo de sus compañeros; pero él volveria por su mis»mo decoro y pundonor, ofendido entonces de mayor »indecencia; y que le daba su palabra como caba»llero y como ministro del mayor rey de la tierra, de »que seria tratado entre los españoles con todo el »acatamiento debido á su persona: porque solo de»seaban asegurarse de su voluntad para servirle y »obedecerle con mayor reverencia.» Calló Cortés, y calló tambien Motezuma como estrañando el atrevimiento de la proposicion; pero él, deseando reducirle con suavidad antes que se determinase á contrario dictámen, prosiguió diciendo: «que aquel aloja»miento que les habia señalado era otro palacio suyo »donde solia residir algunas veces; y que no se podria »estrañar entre sus vasallos que se mudase á él para »deshacerse de una culpa que puesta en su cabeza »seria pleito de rey á rey; y quedando en la de su ge»neral, se podria enmendar con el castigo sin pasar á »los inconvenientes y violencias con que suele deci»dirse la justicia de los reyes.»

No pudo sufrir Motezuma que se alargasen mas los motivos de una persuasion impracticable á su parecer y dándose por entendido de lo que llevaba dentro de sí aquella demanda, respondió con alguna impaciencia; «que los príncipes como él no se daban á prision

»ni sus vasallos lo permitirian, cuando él se olvidase »de su dignidad ó se dejase humillar á semejante ba»jeza.» Replicóle Cortés: «que como él fuese volun»tariamente sin dar lugar á que le perdiesen el res»peto, importaria poco la resistencia de sus vasallos, »contra los cuales podria usar de sus fuerzas sin queja »de su atencion.» Duró largo rato la porfía, resistiendo siempre Motezuma el dejar su palacio; y procurando Hernan Cortés reducirle y asegurarle sin llegar á lo estrecho, salió á diferentes partidos, cuidadoso ya del aprieto en que se hallaba: ofreció enviar luego por Qualpopoca y por los demas cabos de su ejército, y entregárselos á Cortés para que los castigase: daba en rehenes dos hijos suyos para que los tuviese presos en su cuartel hasta que cumpliese su palabra; y repetia con alguna pusilanimidad, que no era hombre que se podia esconder, ni se habia de huir á los montes. A nada salia Cortés ni él se daba por vencido; pero los capitanes que se hallaban presentes, viendo lo que se aventuraba en la dilacion, empezaron á desabrirse deseando que se remitiese á las manos aquella disputa; y Juan Velazquez de Leon dijo en voz alta: «dejémonos de palabras y tratemos de pren»derle ó matarle.» Reparó en ello Motezuma, preguntando á doña Marina qué decia tan descompuesto aquel español. Y ella con este motivo y con aquella discrecion natural que le daba hechas las razones y hallada la oportunidad le dijo, como quien se recataba de ser entendida: «mucho aventurais, señor, si no »cedeis á las instancias de esta gente: ya conoceis su »resolucion y la fuerza superior que los asiste. Yo »soy una vasalla vuestra que desea naturalmente »vuestra felicidad; y soy una confidente suya que sa»be todo el secreto de su intencion. Si vais con ellos »sereis tratado con el respeto que se debe á vuestra »persona; y si haceis mayor resistencia peligra vuestra »vida.»

Esta breve oracion, dicha con buen modo y en buena ocasion, le acabó de reducir; y sin dar lugar á nuevas réplicas, se levantó de la silla diciendo á los españoles: «yo me fio de vosotros, vamos á vuestro »alojamiento, que así lo quieren los dioses, pues vos»otros lo conseguís y yo lo determino.» Llamó luego á sus criados, mandó prevenir sus andas y su acompañamiento, y dijo á sus ministros: «que por ciertas »consideraciones de estado que tenia comunicadas »con sus dioses, habia resuelto mudar su habitacion »por unos dias al cuartel de los españoles: que lo tu»viesen entendido y lo publicasen así, diciendo á todos »que iba por su voluntad y conveniencia.» Ordenó despues á uno de los capitanes de sus guardias que le trajese preso á Qualpopoca, y á los demas cabos que hubiesen cooperado en la invasion de Zempoala, para cuyo efecto le dió el sello real que traia siempre atado al brazo derecho; y le advirtió que llevase gente armada para no aventurar la prision. Todas estas órdenes se daban en público, y doña Marina se las iba interpretando á Cortés y á los demas capitanes, porque no se recelasen de verle hablar con los suyos, y quisiesen pasar á la violencia fuera de tiempo.

Salió sin mas dilacion de su palacio, llevando consigo todo el acompañamiento que solia: los españoles iban á pie junto á las andas, y le cercaban con pretesto de acompañarle. Corrió luego la voz de que se llevaban á su rey los estranjeros, y se llenaron de gente las calles, no sin algunos indicios de tumulto, porque daban grandes voces y se arrojaban en tierra, unos despechados y otros enternecidos; pero Motezuma, con esterior alegría y seguridad, los iba sosegando y satisfaciendo. Mandábales primero que callasen, y al movimiento de su mano sucedia repentino el silencio. Decíales despues que aquella no era prision, sino ir por su gusto á vivir unos dias con sus amigos los estranjeros: satisfacciones adelantadas, ó respuestas sin pregunta que niegan lo que afirman. En llegando al cuartel, que como dijimos era la casa real que fabricó su padre, mandó á su guardia que despejase la gente popular, y á sus ministros que impusiesen pena de la vida contra los que se moviesen á la menor inquietud. Agasajó mucho á los soldados españoles que le salieron á recibir con reverente alborozo. Eligió despues el cuarto donde queria residir, y la casa era capaz de separacion decente. Adornóse luego por sus mismos criados con las mejores alhajas de su guarda-ropa: púsose á la entrada suficiente guardia de soldados españoles; dobláronse las que solian asistir á la seguridad ordinaria del cuartel: alargáronse á las calles vecinas algunas centinelas, y no se perdonó diligencia de las que correspondian á la novedad del empeño. Dióse órden á todos para que dejasen entrar á los que fuesen de la familia real, que ya eran conocidos, y á los nobles y ministros que viniesen á verle: cuidando de que entrasen unos y saliesen otros con pretesto de que no embarazasen. Cortés entró á visitarle aquella misma tarde, pidiendo licencia y observando las puntualidades y ceremonias que cuando le visitaba en su palacio. Hicieron la misma diligencia los capitanes y soldados de cuenta: diéronle rendidas gracias de que honrase aquella casa como si le hubiera traido á ella su eleccion; y él estuvo tan alegre y agradable con todos, como si no se halláran presentes los que fueron testigos de su resistencia. Repartió por su mano algunas joyas que hizo traer advertidamente para ostentar su desenojo; y por mas que se observaban sus acciones y palabras, no se conocia flaqueza en su seguridad, ni dejaba de parecer rey en la constancia con que procuraba juntar los dos estremos de la dependencia y de la magestad. A ninguno de sus criados y ministros, cuya comunicacion se le permitió desde luego, descubrió el secreto de su opresion, ó porque se avergonzase de confesarla, ó porque temió perder la vida si ellos se inquietasen. Todos miraron por entonces como resolucion suya este retiro, con que no pasaron á discurrir en la osadía de los españoles, que de muy grande se les pudo esconder entre los imposibles á que no está obligada la imaginacion.

Así se dispuso y consiguió la prision de Motezuma: y él estuvo dentro de pocos dias tan bien hallado en ella, que apenas tuvo espíritu para desear otra fortuna. Pero sus vasallos vinieron á conocer con el tiempo que le tenian preso los españoles por mas que le dorasen con el respeto la sujecion. No se lo dejaron dudar las guardias que asistian á su cuarto, y el nuevo cuidado con que se tomaban las armas en el cuartel. Pero ninguno se movió á tratar de su libertad, ni se sabe qué razon tuviesen él para dejarse estar sin repugnancia en aquella opresion, y ellos para vivir en la misma insensibilidad sin estrañar la indecencia de su rey. Digno fue de grande admiracion el ardimiento de los españoles; pero no se debe admirar menos este apocamiento de ánimo en Motezuma, príncipe tan poderoso y de tan soberbio natural, y esta falta de resolucion en los mejicanos, gente belicosa y de suma vigilancia en la defensa de sus reyes. Podríamos decir que anduvo tambien la mano de Dios en estos corazones, y no pareceria sobrada credulidad, ni seria nuevo en su providencia, que ya le vió el mundo facilitar las empresas de su pueblo quitando el espíritu á sus enemigos.

CAPITULO XX.

Cómo se portaba en la prision Motezuma con los suyos y con los españoles: traen preso á Qualpopoca, y Cortés le hace castigar con pena de muerte, mandando echar unos grillos á Motezuma mientras se ejecutaba la sentencia.

VIERON los españoles dentro de breves dias convertido en palacio su alojamiento, sin dejar de guardarle como cárcel de tal prisionero. Perdió la novedad

entre los mejicanos aquella gran resolucion. Algunos, sintiendo mal de la guerra que movió Qualpopoca en la Vera-Cruz, alababan la demostracion de Motezuma, y ponderaban como grandeza suya el haber dado su libertad en rehenes de su inocencia. Otros creian que los dioses, con quien tenia familiar comunicacion, le habrian aconsejado lo mas conveniente á su persona; y otros, que iban mejor, veneraban su determinacion sin atreverse á examinarla; que la razon de los reyes no habla con el entendimiento, sino con la obligacion de los vasallos. El hacia sus funciones de rey con la misma distribucion de horas que solia: daba sus audiencias: escuchaba las consultas ó representaciones de sus ministros, y cuidaba del gobierno político y militar de sus reinos poniendo particular estudio en que no se conociese la falta de su libertad.

La comida se le traia de palacio con numeroso acompañamiento de criados, y con mayor abundancia que otras veces; repartíanse las sobras entre los soldados españoles; y él enviaba los platos mas regalados á Cortés y á sus capitanes: conocíales á todos por sus nombres, y tenia observados hasta los genios y las condiciones, de cuya noticia usaba en la conversacion, dando al buen gusto y á la discrecion algunos ratos sin ofender á la majestad ni á la decencia. Estaba con los españoles todo el tiempo que le dejaban los negocios; y solia decir que no se hallaba sin ellos. Procuraban todos agradarle, y era su mayor lisonja el respeto con que le trataban; desagradábase de las llanezas; y si alguno se descuidaba en ellas, procuraba reprimir el esceso, dando á entender que le conocia: tan celoso de su dignidad, que sucedió el ofenderse con grande irritacion de una indecencia que le pareció advertida en cierto soldado español, y pidió al cabo de la guardia que le ocupase otra vez lejos de su persona, ó le mandaria castigar si se le pusiese delante.

Algunas tardes jugaba con Hernan Cortés al totoloque, juego que se componia de unas bolas pequeñas de oro, con que tiraban á herir ó derribar ciertos bolillos ó señales del mismo metal á distancia proporcionada. Jugábanse diferentes joyas y otras alhajas que se perdian ó ganaban á cinco rayas. Motezuma repartia sus ganancias con los españoles, y Cortés hacia lo mismo con sus criados. Solia tantear Pedro de Alvarado; y porque algunas veces se descuidaba en añadir algunas rayas á Cortés, le motejaba con galantería de mal contador; pero no por eso dejaba de pedirle otras veces que tantease, y que tuviese cuenta de que no se le olvidase la verdad. Parecia señor hasta en el juego, sintiendo el perder como desaire de la fortuna, y estimando la ganancia como premio de la victoria.

No se dejaba de introducir en estas conversaciones privadas el punto de la religion: Hernan Cortés le habló diferentes veces, procurando reducirle con suavidad á que conociese su engaño: fray Bartolomé de Olmedo repetia sus argumentos con la misma piedad y con mayor fundamento: doña Marina interpretaba estos razonamientos con particular afecto; y añadia sus razones caseras, como persona recien desengañada, que tenia presentes los motivos que la redujeron: pero el demonio le tenia tan ocupado el ánimo, que se dejaba conquistar su entendimiento, y se quedaba inespugnable su corazon; no se sabe que le hablase ó se le apareciese como solia desde que los españoles entraron en Méjico, antes se tiene por cierto, que al dejarse ver la cruz de Cristo en aquella ciudad, perdieron la fuerza los conjuros, y enmudecieron los oráculos; pero estaba tan ciego y tan dejado á sus errores, que no tuvo actividad para desviarlos, ni supo aprovecharse de la luz que se le puso delante; pudo ser esta dureza de su ánimo, fruto miserable de los otros vicios y atrocidades con que tenia desobligado á Dios, ó castigo de aquella misma negligencia con que daba los oidos y negaba la inclinacion á la verdad.

A veinte dias, ó poco mas, llegó el capitan de la guardia, que partió á la frontera de la Vera-Cruz, y trajo preso á Qualpopoca, con otros cabos de su ejército, que se dieron al sello real sin resistencia. Entró con ellos á la presencia de Motezuma: y él los habló reservadamente, permitiéndolo Cortés, porque deseaba que los redujese á callar la órden que tuvieron suya, y dejarse engañar de aquella esterior confianza en que le mantenia. Pasó despues con ellos el mismo capitan al cuarto de Cortés, y se los entregó, diciéndole de su amo: «que se los enviaba para que »averiguase la verdad y los castigase por su mano »con el rigor que merecian.» Encerróse con ellos, y confesaron luego los cargos «de haber roto la paz de »su autoridad: haber provocado con las armas á los »españoles de la Vera-Cruz, y ocasionado la muerte »de Argüello, hecha de su órden á sangre fria en un »prisionero de guerra,» sin tomar en la boca la órden que tuvieron de su rey; hasta que reconociendo que iba de veras su castigo, tentaron el camino de hacerle cómplice para escapar las vidas: pero Hernan Cortés negó los oidos á este descargo, tratándole como invencion de los delincuentes. Juzgóse militarmente la causa, y se les dió sentencia de muerte, con la circunstancia de que fuesen quemados públicamente sus cuerpos delante del palacio real; como reos que habian incurrido en caso de lesa majestad. Discurrióse luego en la ejecucion, y pareció no dilatarla; pero temiendo Hernan Cortés que se inquietase Motezuma, ó quisiese defender á los que morian por haber ejecutado sus órdenes, resolvió atemorizarle con alguna bizarria que tuviera apariencias de amenaza, y le acordase la sujecion en que se hallaba. Ocurrióle otro arrojamiento notable, á que le debió de inducir la facilidad con que se consiguió el de su prision, ó el ver tan rendida su paciencia. Mandó buscar unos grillos de los que se traian prevenidos para los delincuentes, y con ellos descubiertos en las manos de un soldado, se puso en su presencia, llevando consigo á doña Marina y tres ó cuatro de sus capitanes. No perdonó las reverencias con que solia respetarle; pero dando á la voz y al semblante mayor entereza, le dijo: «que ya quedaban condenados á »muerte Qualpopoca y los demas delincuentes por »haber confesado su delito, y ser digno de semejante »demostracion; pero que le habian culpado en él, »diciendo afirmativamente que le cometieron de su »órden; y así era necesario que purgase aquellos in»dicios vehementes con alguna mortificacion perso»nal, porque los reyes, aunque no están obligados á »las penas ordinarias, eran súbditos de otra ley su»perior que mandaba en las coronas; y debian imitar »en algo á los reos, cuando se hallaban culpados y »trataban de satisfacer á la justicia del cielo.» Dicho esto, mandó con imperio y resolucion que le pusiesen las prisiones, sin dar lugar á que le replicase; y en dejándole con ellas, le volvió las espaldas, y se retiró á su cuarto, dando nueva órden á las guardias para que no se le permitiese por entonces la comunicacion de sus ministros.

Fue tanto el asombro de Motezuma cuando se vió tratar con aquella ignominia, que le faltó al principio la accion para resistir, y despues la voz para quejarse. Estuvo mucho rato como fuera de sí: los criados que le asistian acompañaban su dolor con el llanto, sin atreverse á las palabras, arrojándose á sus pies para recibir el peso de los grillos: y él volvió de su confusion con principios de impaciencia; pero se reprimió brevemente, y atribuyendo su infelicidad á la disposicion de sus dioses, esperó el suceso, no sin cuidado al parecer de que peligraba su vida; pero acordándose de quién era para temer sin falta de valor.

No perdió tiempo Cortés en lo que llevaba resuelto: salieron los reos al suplicio, hechas las prevenciones necesarias para que no se aventurase la ejecucion. Consiguióse á vista de innumerable pueblo, sin que se oyese una voz descompuesta, ni hubiese que recelar. Cayó sobre aquella gente un terror que tenia parte de admiracion, y parte de respeto. Estrañaban aquellos actos de jurisdiccion en unos estranjeros, que cuando mucho se debian portar como embajadores de otro príncipe; y no se atrevieron á poner duda en su potestad, viéndola establecida con la tolerancia de su rey; de que resultó el concurrir todos al espectáculo con un género de quietud amortiguada, que sin saber en qué consistia, dejó su lugar al escarmiento. Ayudó mucho en esta ocasion el estar mal recibida entre los mejicanos la invasion de Qualpopoca, y se hizo su delito mas aborrecible con la circunstancia de culpar á su rey: descargo que pasó por increible, y aun siendo verdadero se culpara como atrevido y sedicioso. Débese mirar este castigo como tercer atrevimiento de Cortés, que se logró como se habia discurrido, y se discurrió sobre principios irregulares. El lo resolvió, y lo tuvo por conveniente y posible: conocia la gente con quien trataba, y lo que suponia en cualquier acontecimiento la gran prenda que tenia en su poder. Dejémonos cegar de su razon, ó no la traigamos al juicio de la historia, contentándonos con referir el hecho como pasó, y que una vez ejecutado fue de gran consecuencia para dar seguridad á los españoles de la Vera-Cruz, y reprimir por entonces los principios de rumor que andaban entre los nobles de la ciudad.

Volvió luego Cortés al cuarto de Motezuma, y con alegre urbanidad le dijo: «que ya quedaban castigados los traidores que se atrevieron á manchar su »fama, y él habia cumplido ventajosamente con su »obligacion, sujetándose á la justicia de Dios con »aquella breve intermision de su libertad.» Y sin mas dilacion le mandó quitar los grillos, ó como escriben algunos, se puso de rodillas para quitárselos él mismo por sus manos; y se puede creer de su advertencia, que procuraria dar con semejante cortesanía mayor recomendacion al desagravio. Recibió Motezuma con grande alborozo este alivio de su libertad, abrazó dos ó tres veces á Cortés, y no acababa de cumplir con su agradecimiento. Sentáronse luego en conversacion amigable, y Cortés usó con él de otro primor, como los que andaba siempre meditando, porque mandó que se retirasen las guardas, diciéndole que se podria volver á su palacio cuando quisiese, por haber cesado ya la causa de su detencion. Y le ofreció este partido sobre seguro de que no le aceptaria, por haberle oido decir muchas veces con firme resolucion, que ya no le convenia volverse á su palacio, ni apartarse de los españoles hasta que se retirasen de su córte; porque perderia mucho de su estimacion, si llegasen á entender sus vasallos que recibia de agena mano su libertad: dictámen que se hizo suyo con el tiempo, siendo en la verdad influido; porque doña Marina, y algunos de los capitanes le habian puesto en él á instancia de Cortés, que se valia de su misma razon de estado para tenerle mas seguro en la prision: pero entonces, conociendo lo que traia dentro de sí la oferta de Cortés, dejo este motivo, tratándole como ageno de aquella ocasion, y se valió de otro mas artificioso, porque le respondió: «que agradecia mucho la voluntad con que de»seaba restituirle á su casa; pero que tenia resuelto »no hacer novedad, atendiendo á la conveniencia de »los españoles: porque una vez en su palacio le apre»tarian sus nobles y ministros en que tomase las ar»mas contra ellos para satisfacerse del agravio que »habia recibido.» Por cuyo medio quiso dar á entender, que se dejaba estar en la prision para encubrirlos y ampararlos con su autoridad. Alabó Cortés el pensamiento agradeciendo su atencion, como si la creyera, y quedaron los dos satisfechos de su destreza: creyendo entrambos que se entendian, y se dejaban engañar por su conveniencia con aquel género de astucia ó disimulacion que ponen los políticos entre los misterios de la prudencia, dando el nombre de esta virtud á los artificios de la sagacidad.

LIBRO IV.

CAPITULO PRIMERO.

Permítese á Motezuma que se deje ver en público saliendo á sus templos y recreaciones: trata Cortés de algunas prevenciones que tuvo por necesarias, y se duda que intentasen los españoles en esta sazon derribar los idolos de Méjico.

Quedó Motezuma desde aquel dia prisionero voluntario de los españoles: hízose amable á todos con su agrado y liberalidad. Sus mismos criados desconocian su mansedumbre y moderacion, como virtudes adquiridas en el trato de los estranjeros, ó estranjeras de su natural. Acreditó diversas veces con palabras y acciones la sinceridad de su ánimo; y cuando le pareció que tenia segura y merecida la confianza de Cortés, se resolvió á esperimentarla, pidiéndole licencia para salir alguna vez á sus templos: dióle palabra de que se volveria puntualmente á la prision, que así la solia llamar cuando no estaba presente alguno de los suyos: díjole «que ya deseaba »por su conveniencia y la de los mismos españoles de»jarse ver de su pueblo, porque se iba creyendo que »le tenian oprimido, como habia cesado la causa de »su detencion con el castigo de Qualpopoca; y se »podria temer alguna turbacion mas que popular, si »no se ocurria brevemente al remedio con aquella »demostracion de su libertad.» Hernan Cortés conociendo su razon, y deseando tambien complacer á los mejicanos, le respondió liberal y cortesamente: «que podria salir cuando gustase, atribuyendo á es»ceso de su benignidad el pedir semejante permision »cuando él y todos los suyos estaban á su obedien»cia.» Pero aceptó la palabra que le daba de no hacer novedad en su habitacion, como quien deseaba no perder la honra que recibia.

Hízole alguna interior disonancia el motivo de acudir á sus templos, y para cumplir consigo en la forma que podia, capituló con él, que habian de cesar desde aquel dia los sacrificios de sangre humana, contentándose con esta parte de remedio, porque no era tiempo de aspirar á la enmienda total de los demas errores; y siempre que no se puede lo mejor, es prudencia dividir la dificultad para vencer uno á uno los inconvenientes. Ofreciólo así Motezuma, prohibiendo con efecto en todos sus adoratorios este género de sacrificios; y aunque se duda si lo cumplió, es cierto que cesó la publicidad, y que si los hicieron alguna vez, fue á puerta cerrada, y tratándolos como delito.

Su primera salida fue al templo mayor de la ciudad, con la misma grandeza y acompañamiento que acostumbraba; llevó consigo algunos españoles, y se previno llamándolos él mismo antes que se los pusiesen al lado como guardas ó testigos. Celebró con grandes regocijos el pueblo esta primera vista de su rey: procuraron todos manifestar su alegría con aquellas demostraciones de que se componian sus aplausos; no porque le amasen ó tuviesen olvidada la opresion en que vivian, sino porque hacia la natural obligacion el oficio de la voluntad; y tiene sus influencias hasta en la frente del tirano la corona. El iba recibiendo las aclamaciones con gratitud majestuosa, y anduvo aquel dia muy liberal, porque hizo

diferentes mercedes á sus nobles, y repartió algunas dádivas entre la gente popular. Subió despues al templo descansando sobre los brazos de los sacerdotes; y en cumpliendo con los ritos menos escandalosos de su adoracion, se volvió al cuartel, donde se congratuló nuevamente con los españoles: dando á entender que le traian con igual fuerza el desempeño de su palabra, y el gusto de vivir entre sus amigos.

Continuáronse despues sus salidas sin hacer novedad, unas veces al palacio donde tenia sus mujeres, y otras á sus adoratorios ó casas de recreacion; usando siempre con Hernan Cortés la ceremonia de tomar su licencia, ó llevándole consigo cuando era decente la funcion: pero nunca hizo noche fuera del alojamiento, ni discurrió en mudar de habitacion; antes se llegó á mirar entre los mejicanos aquella perseverancia suya como favor de los españoles; tanto, que ya visitaban á Cortés los ministros y los nobles de la ciudad, valiéndose de su intercesion para encaminar sus pretensiones, y todos los españoles que tenian algun lugar en su gracia, se hallaron asistidos y contemporizados: achaque ordinario de las córtes, adorar á los favorecidos, fabricando con el ruego estos ídolos humanos.

Entre tanto que duraba este género de tranquilidad no se descuidaba Hernan Cortés en las prevenciones que podrian conducir á su seguridad y adelantar los altos designios que perseveraban en su corazon sin objeto determinado, ni saber hasta entonces hácia donde le llamaba la oscuridad lisonjera de sus esperanzas. Luego que vacó el gobierno de la Vera-Cruz por muerte de Juan Escalante, y se aseguraron los caminos con el castigo de los culpados, nombró en aquella ocupacion al capitan Gonzalo de Sandoval; y porque no faltase de su lado en esta ocurrencia un cabo de tanta satisfaccion, envió con título de teniente suyo á un soldado particular que llamaban Alonso de Grado, sugeto de habilidad y talento, pero de ánimo inquieto, y uno de los que se hicieron conocer en las turbaciones pasadas. Creyóse que le ocupaba por satisfacerle y desviarle; pero no fue buena política poner hombre poco seguro en una plaza que se mantenia para retirada, y contra las avenidas que se podian temer de la isla de Cuba. Pudiera ser de grave inconveniente, su asistencia en aquel puerto, si llegaran poco antes los bajeles que fletó Diego Velazquez en prosecucion de su antigua demanda; pero el mismo Alonso de Grado enmendó con su proceder el yerro de su eleccion; porque vinieron dentro de pocos dias tantas quejas de los vecinos y lugares del contorno, que fue necesario traerle preso, y enviar al propietario.

Con la ocasion de estos viajes dispuso Hernan Cortés que se condujesen de la Vera-Cruz algunas jarcias, velas, clavazon y otros despojos de los navíos que se barrenaron, con ánimo de fabricar dos bergantines para tener á su disposicion el paso de la laguna; porque no podia echar de sí las medias palabras que oyeron los tlascaltecas sobre cortar los puentes ó romper las calzadas. Introdujo primero esta novedad, haciéndosela desear á Motezuma, con pretesto de que viese las grandes embarcaciones que se usaban en España, y la facilidad con que se movian, haciendo trabajar al viento en alivio de los remos: primor de que no se hacia capaz sin la demostracion, porque ignoraban los mejicanos el uso de las velas, y ya miraba como punto de conveniencia suya, que aprendiesen aquel arte de navegar sus marineros. Llegaron brevemente de la Vera-Cruz los géneros que se habian pedido, y se dió principio á la fábrica por mano de algunos maestros de esta profesion, que vinieron en el ejército con plaza de soldados, asistiendo á cortar y conducir la madera de órden de Motezuma los carpinteros de la ciudad; con que se acabaron los dos bergantines dentro de breves dias, y él mismo determinó estrenarlos, embarcándose con los españoles para conocer desde mas cerca las maestrías de aquella navegacion.

Previno para este fin una de sus monterías mas solemnes en paraje de larga travesía porque no faltase tiempo á su observacion; y el dia señalado amanecieron sobre la laguna todas las canoas del séquito real, con su familia y cazadores, reforzada en ella la boga, no sin presuncion de acreditar su ligereza, con descrédito de las embarcaciones estranjeras, que á su parecer eran pesadas, y serian dificultosas de manejar; pero tardaron poco en desengañarse, porque los bergantines partieron á vela y remo, favorecidos oportunamente del viento, y se dejaron atras las canoas con largo espacio y no menor admiracion de los indios. Fue dia muy festivo y de gran divertimiento para los españoles, tanto por la novedad y circunstancias de la montería, como por la opulencia del banquete: y Motezuma estuvo muy entretenido con sus marineros, burlándose de lo que forcejeaban en el alcance de los bergantines, y celebrando como suya la victoria de los españoles.

Concurrió despues toda la ciudad á ver aquellas que en su lengua llamaban casas portátiles: hizo sus ordinarios efectos la novedad, y sobre todo admiraron el manejo del timon, y el oficio de las velas, que á su entender mandaban al agua y al viento; invencion del arte, superior á su ingenio; y el vulgo como sutileza mas que natural, ó predominio sobre los elementos. Consiguióse finalmente que fuesen bien recibidos aquellos bergantines que se fabricaron á mayor intento, y tuvo su parte de felicidad esta providencia de Cortés, pues se hizo lo que convenia, y se ganó reputacion.

Al mismo tiempo iba caminando en otras diligencias que le dictaban su vigilancia y actividad. Introducia con Motezuma y con los nobles que le visitaban la estimacion de su rey: ponderaba su clemencia y engrandecia su poder, trayendo á su dictámen los ánimos con tanta suavidad y destreza, que llegó á desearse generalmente la confederacion que proponia, y el comercio de los españoles, como interes de aquella monarquía. Tomaba tambien algunas noticias importantes por via de conversacion y sencilla curiosidad. Informóse muy particularmente de la magnitud y límites del imperio mejicano, de sus provincias y confines, de los montes, rios y minas principales; de las distancias de ambos mares, su calidad y surgideros: tan lejos de mostrar cuidado en sus observaciones, que Motezuma para informarle mejor y complacerle, hizo que sus pintores delineasen, con asistencia de hombres noticiosos, un lienzo semejante á nuestros mapas, en que se contenia la demarcacion de sus dominios, á cuya vista la hizo capaz de todas las particularidades que merecian reflexion; y permitió despues que fuesen algunos españoles á reconocer las minas de mayor nombre, y los puertos ó ensenadas que parecian capaces de bajeles: propúsolo Hernan Cortés, con pretesto de llevar á su príncipe distinta relacion de lo mas noble; y él concedió, no solamente su beneplácito, pero señaló gente militar que los acompañase, y despachó sus órdenes para que les franqueasen el paso y las noticias: bastante seña de que vivia sin recelo, y andaban conformes su intencion y sus palabras.

Pero en esta sazon, y cuando mas se debian temer las novedades como peligro de la quietud y de la confianza, refieren nuestros historiadores una resolucion de los españoles, tan desproporcionada y fuera de tiempo, que nos inclinamos á dudarla ya que no hallamos razon para omitirla. Dice Bernal Diaz del Castillo, y lo escribió primero Francisco Lopez de Gomara, concordando alguna vez en lo menos tolerable: que se determinaron á derribar los ídolos de Méjico, y convertir en iglesia el adoratorio prin-

cipal : que salieron á ejecutarlo por mas que lo resistió y procuró embarazar Motezuma : que se armaron los sacerdotes, y estuvo conmovida toda la ciudad en defensa de sus dioses; durando la porfía, sin llegar á rompimiento, hasta que por bien de paz se quedaron los ídolos en su lugar, y se limpió una capilla, y levantó un altar dentro del mismo adoratorio, donde se colocó la cruz de Cristo, y la imágen de su Madre Santísima : se celebró misa cantada, y perseveró muchos dias el altar, cuidando de su limpieza y adorno los mismos sacerdotes de los ídolos. Así lo refiere tambien Antonio de Herrera, y se aparta de los dos, añadiendo algunas circunstancias que pasan los límites de la exornacion, si esta puede caber en la retórica del historiador : porque describe una procesion devota y armada, que se ordenó para conducir las santas imágenes al adoratorio : pone á la letra, ó supone la oracion recta que hizo Cortés delante de un crucifijo; y pondera un casi milagro de su devocion, animándose á decir, no sabemos de qué orígen, que se inquietaron poco despues los mejicanos, porque faltó el agua del cielo para el beneficio de sus campos: que acudieron al mismo Cortés con principios de sedicion, clamando sobre que no llovian sus dioses, porque se habian introducido en su templo deidades forasteras : que para conseguir que se quietasen les ofreció de parte de su Dios copiosa lluvia dentro de breves horas, y que respondió el cielo puntualmente á su promesa con grande admiracion de Motezuma y de toda la ciudad.

No discurrimos del empeño en que se puso, prometiendo milagros delante de unos infieles en prueba de su religion, que pudo ser ímpetu de su piedad, ni estrañamos la maravilla del suceso, que tambien pudo tener entonces aquel átomo de fé viva con que se merecen y consiguen los milagros. Pero el mismo hecho disuena tanto á la razon, que parece dificultoso de creer en las advertencias de Cortés, y en el genio y letras de fray Bartolomé de Olmedo. Pero caso que sucediese así el hecho de arruinar los ídolos de Méjico en la forma y en el tiempo que viene supuesto, siendo lícito al historiador el hacer juicio alguna vez de las acciones que refiere, hallamos en esta diferentes reparos, que nos obligan por lo menos á dudar el acierto de semejante determinacion en una ciudad tan populosa, donde se pudo tener por imposible lo que fue dificultoso en Cozumel. Corríase bien con Motezuma : consistia en su benevolencia toda la seguridad que se gozaba : no habia dado esperanzas de admitir el Evangelio; antes duraba inexorable y obstinado en su idolatría : los mejicanos, sobre la dureza con que adoraban y defendian los errores, andaban fáciles de inquietar contra los españoles. ¿Pues qué prudencia pudo aconsejar que se intentase contra la voluntad de Motezuma semejante contratiempo? Si miramos al fin que se pretendia, le hallaremos inútil y fuera de toda razon. Empezar por los ídolos el desengaño de los idólatras : tratar una esterioridad infructuosa como triunfo de la religion: colocar las santas imágenes en un lugar inmundo y detestable : dejarlas al arbitrio de los sacerdotes gentiles, aventuradas á la irreverencia y al sacrilegio: celebrar entre los simulacros del demonio el inefable sacrificio de la misa. Y Antonio de Herrera califica estos atentados, con título de faccion memorable. Júzguelo quien lo leyere, que nosotros no hallamos razon de congruencia política ó cristiana para que se perdonasen tantos inconvenientes; y dejando en duda el acierto, querríamos antes que no hubiera sucedido esta irregularidad como la refieren, ó que no tuvieran lugar en la historia las verdades increibles.

CAPITULO II.

Descúbrese una conjuracion que se iba disponiendo contra los españoles, ordenada por el rey de Tezcuco (1); y Motezuma, parte con su industria y parte por las advertencias de Cortés, la sosiega castigando al que la fomentaba.

Tuvo desde sus principios esta empresa de los españoles notable desigualdad de accidentes : alternábanse continuamente la quietud y los cuidados : unos dias reinaba sobre las dificultades la esperanza, y otros renacian los peligros de la misma seguridad: propia condicion de los sucesos humanos, encadenarse y sucederse con breve intermision los bienes y los males. Y debemos creer que fue conveniente su instabilidad para corregir la destemplanza de nuestras pasiones.

La ciega gentilidad ponia esta série de los acaecimientos en una rueda imaginaria que se formaba en la trabazon de lo próspero y lo adverso, cuyo movimiento daban cierta inteligencia sin eleccion, que llamaron fortuna, con que dejaban al acaso todo lo que deseaban ó temian; siendo en la verdad alta disposicion de la divina Providencia que duren poco en un estado las felicidades y los infortunios de la tierra, para que se posean ó toleren con moderacion, y suba el entendimiento á buscar la realidad de las cosas en la region de las almas.

Hallábanse ya los españoles bastantemente asegurados en la voluntad de Motezuma y en la estimacion de los mejicanos; pero al mismo tiempo que se gozaba de aquel sosiego favorable, se levantó nueva tempestad que puso en contingencia todas las prevenciones de Cortés. Movióla Cacumatzin, sobrino de Motezuma, rey de Tezcuco, y primer elector del imperio. Era mozo inconsiderado y bullicioso, y dejándose aconsejar de su ambicion, determinó hacerse memorable á su nacion, sacando la cara contra los españoles con pretesto de poner en libertad á su rey: favorecíanle su dignidad y su sangre para esperar en la primera eleccion el imperio; y le pareció que una vez desnuda la espada podria llegar el caso de acercarse á la corona. Su primera diligencia fue desacreditar á Motezuma, murmurando entre los suyos de la indignidad y falta de espíritu con que se dejaba estar en aquella violenta sujecion. Acusó despues á los españoles, culpando como principio de tiranía la opresion en que le tenian, y la mano que se iban tomando en el gobierno, sin perdonar medio alguno de hacerlos odiosos y despreciables. Sembró despues la misma cizaña entre los demas reyezuelos de la laguna; y hallando bastante disposicion en los ánimos, se resolvió á poner en ejecucion sus intentos, á cuyo fin convocó una junta de todos sus amigos y parientes, que se hizo de secreto en su palacio, concurriendo en ella los reyes de Cuyoacan, Iztacpalapa, Tacuba y Matalcingo (2), y otros señores ó caciques del contorno, personas de séquito y suposicion que mandaban gente de guerra y se preciaban de soldados.

Hízoles un razonamiento de grande aparato; y dando colores de celo á sus ocultos designios, ponderó el estado en que se hallaba su rey, olvidado al parecer de su misma libertad, y la obligacion que tenian de concurrir todos como buenos vasallos á sacarle de aquella servidumbre. Sinceróse con la proximidad de la sangre que le interesaba en los aciertos de su tio, y volviendo la mira contra los españoles: «¿á qué aguardamos, amigos y parientes, dijo, que

(1) Los señores de *Tezcuco*, *Méjico*, *Clacopan*, y *Gulhuacan* : eran reputados por monarcas en la época de la conquista. Del último de estos reinos y de *Tlatilulco*, era monarca Motezuma, y los demas súbditos y feudatarios suyos.

(2) Tenian únicamente el señorío de sus respectivas ciudades y términos anejos.

»no abrimos los ojos al oprobio de nuestra nacion, y »á la vileza de nuestro sufrimiento? ¿Nosotros que »nacimos á las armas, y ponemos nuestra mayor felici»dad en el terror de nuestros enemigos, concedemos »la cerviz al yugo afrentoso de una gente advenediza? »¿Qué son sus atrevimientos sino acusaciones de »nuestra flojedad y desprecios de nuestra paciencia? »Consideremos lo que han conseguido en breves dias, »y conoceremos primero nuestro desaire, y despues »nuestra obligacion. Arrojáronse á la córte de Méji»co, insolentes de cuatro victorias en que los hizo »valientes la falta de resistencia. Entraron en ella »triunfantes á despecho de nuestro rey, y contra la »voluntad de la nobleza y gobierno. Introdujeron con»sigo nuestros enemigos ó rebeldes, y los mantienen »armados á nuestros ojos dando vanidad á los tlascal»tecas, y pisando el pundonor de los mejicanos. Qui»taron la vida con público y escandaloso castigo á un »general del imperio, tomando en ageno dominio »jurisdiccion de magistrados, ó autoridad de legisla»dores. Y últimamente, prendieron al gran Motezu»ma en su alojamiento sacándole violentamente de »su palacio; y no contentos con ponerle guardas á »nuestra vista, pasaron á ultrajar su persona y dig»nidad con las prisiones de sus delincuentes. Así pasó: »todos lo sabemos ¿pero quién habrá que lo crea sin »desmentir á sus ojos? ¡ Oh verdad ignominiosa, dig»na del silencio y mejor para el olvido! ¿Pues en »qué os deteneis ilustres mejicanos? ¿Preso vuestro »rey, y vosotros desarmados? Esa libertad aparente »de que le veis gozar estos dias, no es libertad, sino »un tránsito engañoso, por el cual ha pasado insen»siblemente á otro cautiverio de mayor indecencia, »pues le han tiranizado el corazon, y se han hecho »dueños de su voluntad, que es la prision mas indig»na de los reyes. Ellos nos gobiernan y nos mandan, »pues el que nos habia de mandar los obedece. Ya le »veis descuidado en la conservacion de sus dominios, »desatento á la defensa de sus leyes, y convertido el »ánimo real en espíritu servil. Nosotros que supone»mos tanto en el imperio mejicano, debemos impe»dir con todo el hombro su ruina. Lo que nos toca »es juntar nuestras fuerzas, acabar con estos advene»dizos, y poner en libertad á nuestro rey. Si le desa»gradáremos, dejándole de obedecer en lo que convie»ne, conocerá el remedio cuando convalezca de la »enfermedad; y si no le conociere, hombres tiene »Méjico que sabrán llenar con sus sienes la corona; y »no será el primero de nuestros reyes, que por no »saber reinar, ó reinar descuidadamente, se dejó »caer el cetro de las manos.»

En esta sustancia oró Cacumatzin, y con tanto fervor, que le siguieron todos, prorumpiendo en grandes amenazas contra los españoles, y ofreciendo servir en la faccion personalmente. Solo el señor de Matalcingo, que se hallaba en el mismo grado, pariente de Motezuma, y tenia sus pensamientos de reinar, conoció lo interior de la propuesta, y tiró á desvanecer los designios de su competidor, añadiendo: «que tenia por necesario, y por mas conveniente »á la obligacion de todos, que se previniese á Mote»zuma de lo que intentaban y se tomase primero su »licencia; pues no era razon que se arrojasen arma»dos á la casa donde residia sin poner en salvo su »persona, tanto por el peligro de su vida, como por »la disonancia de que pereciesen aquellos hombres »debajo de las alas de su rey.» Bajaron los demas esta proposicion como impracticable, diciéndole Cacumatzin algunos pesares que sufrió por no descomponer sus esperanzas, y se acabó la junta, quedando señalado el dia, discurrido el modo, y encargado el secreto.

Supieron casi á un mismo tiempo Motezuma y Cortés esta conjuracion: Motezuma por un aviso reservado que se atribuyó al señor de Matalcingo; y Cortés por la inteligencia de sus espías y confidentes. Buscáronse luego los dos para comunicarse la noticia de semejante novedad, y tuvo Motezuma la dicha de hablar primero, con que dejó saneada su intencion. Dióle cuenta de lo que pasaba: mostró grande irritacion contra su sobrino el de Tezcuco, y contra los demas conjurados, y propuso castigarlos con el rigor que merecian. Pero Hernan Cortés, dándole á entender que sabia todo el caso con algunas circunstancias que no dejasen en duda su comprension, le respondió: «que sentia mucho haber ocasionado aquella inquie»tud en sus vasallos, y que por la misma razon se »hallaba obligado á tomar por su cuenta el remedio, y »venia con ánimo de pedirle licencia para marchar »con sus españoles á Tezcuco, y atajar en su orígen »el daño, trayéndole preso á Cacumatzin, antes que »se uniese con los demas coligados, y fuese necesa»rio pasar á mayores remedios.» No admitió Motezuma esta proposicion, antes procuró desviarla con total repugnancia, conociendo lo que perderia su autoridad y su poder, si se valiese de armas forasteras para castigar atrevimiento de esta calidad en hombres de aquella suposicion. Pidióle que disimulase por él su desabrimiento; y le dijo por última resolucion: «que »no queria ni era conveniente que se moviesen los »españoles, porque no se hiciese obstinacion el ódio »con que procuraban apartarlos de su lado, sino que »le ayudasen á sujetar aquellos rebeldes, asistiéndole »con el consejo, y haciendo si fuese menester el oficio »de medianeros.»

Parecióle despues que seria bien intentar primero los medios suaves, y que su sobrino, como persona mas dependiente de su respeto, seria fácil de reducir á la quietud acordándole su obligacion, y haciéndole amigo de los españoles. Para cuyo efecto le envió á llamar con uno de sus criados principales, el cual le intimó la órden que llevaba de su rey: y le dijo de parte de Cortés: «que deseaba su amistad, y tenerle »mas cerca para que la esperimentase.» Pero él que se hallaba ya lejos de la obediencia, ó tenia mas cerca su ambicion, respondió á Motezuma con desacato de hombre precipitado, y á Cortés con tanta desestimacion y arrojamiento, que le obligó á pedir con nueva instancia la empresa de sujetarle, cuya propuesta reprimió segunda vez Motezuma; diciéndole: «que »aquel era de los casos en que se debia usar primero »del entendimiento que de las manos, y que le dejase »obrar segun la esperiencia y conocimiento que tenia »de aquellos humores y de sus causas.»

Portóse despues con gran reserva entre sus ministros, despreciando el delito para descuidar al delincuente; á cuyo fin les decia: «que aquel atrevimiento »de su sobrino se debia tomar como ardor juvenil, ó »primer movimiento de hombre sin capacidad.» Y al mismo tiempo formó una conjuracion secreta contra el mismo conjurado, valiéndose de algunos criados suyos que atendieron á su primera obligacion ó la conocieron á vista de las dádivas y las promesas: por cuyo medio consiguió que le asaltasen una noche dentro de su casa, y embarcándose con él en una canoa que tenian prevenida, le trajesen preso á Méjico sin que pudiese resistirlo. Descubrió entonces Motezuma todo el enojo que disimulaba, y sin permitir que le viese ni dar lugar á sus disculpas, le mandó poner, con acuerdo y parecer de Cortés, en la cárcel mas estrecha de sus nobles, tratándole como á reo de culpa irremisible y de pena capital.

Hallábase á esta sazon en Méjico un hermano de Cacumatzin, que pocos dias antes escapó dichosamente de sus manos, porque intentó quitarle insidiosamente la vida sobre algunas desconfianzas domésticas de poco fundamento. Amparóle Motezuma en su palacio, y le hizo alistar en su familia para darle mayor seguridad. Era mozo de valor y grandes habilidades, bien recibido en la córte y entre los vasallos

de su hermano, haciéndole con unos y otros mas recomendable la circunstancia de perseguido. Puso Cortés los ojos en él, y deseando ganarle por amigo y traerle á su partido, propuso á Motezuma que le diese la investidura y señorío de Tezcuco, pues ya no era capaz su hermano de volver á reinar, habiendo conspirado contra su príncipe: díjole «que no era seguro »castigar por entonces con pena de la vida á un delin»cuente de tanto séquito cuando estaban conmovidos »los ánimos de los nobles que: privándole del reino le »daba otro género de muerte menos ruidosa y de bas»tante severidad para el terror de sus parciales: que »aquel mozo tenia mejor natural; y debiéndole ya la »vida le deberia tambien la corona, y quedaria mas »obligado á su obediencia por la oposicion de su her»mano; y últimamente que con esta damostracion »daba el reino á quien debia suceder en él, y dejaba »en su sangre la dignidad de primer elector que tanto »suponia en el imperio.»

Agradó tanto á Motezuma este pensamiento de Cortés que le comunicó luego á su consejo, donde se alabó como benigna y justificada la resolucion, y autorizando los ministros el decreto real, fue desposeido Cacumatzin, segun la costumbre de aquella tierra, de todos sus honores, como rebelde á su príncipe; y nombrado su hermano por sucesor del reino y voz electoral. Llamóle despues Motezuma, y en el acto de la investidura que tenia sus ceremonias y solemnidades, le hizo una oracion magestuosa en que redujo á pocas palabras todos los motivos que podian acrecentar el empeño de su fidelidad, y le dijo públicamente: «que habia tomado aquella determinacion »por consejo de Hernan Cortés;» dándole á conocer que le debia la corona. Puédese creer que ya lo sabria



Motezuma comunica á Cortés que reconoce por sucesor del imperio Mejicano al rey de España.

el interesado, porque no era tiempo de oscurecer los beneficios; pero es de reparar lo que cuidaba Motezuma de hacerle bien quisto, y de ganar los ánimos de los suyos á favor de los españoles.

Partió luego el nuevo rey á su córte, y fue recibido y coronado en ella con grandes aclamaciones y regocijos, celebrando todos su exaltacion con diferentes motivos: unos porque le amaban y sentian su persecucion: otros por la mala voluntad que tenian á Cacumatzin; y los mas por dar á entender que aborrecian su delito. Tuvo notable aplauso en todo el imperio este género de castigo sin sangre que se atribuyó al superior juicio de los españoles, porque no esperaban de Motezuma semejante moderacion; y fue de tanta consecuencia la misma novedad para el escarmiento, que los demas conjurados derramaron luego sus tro-

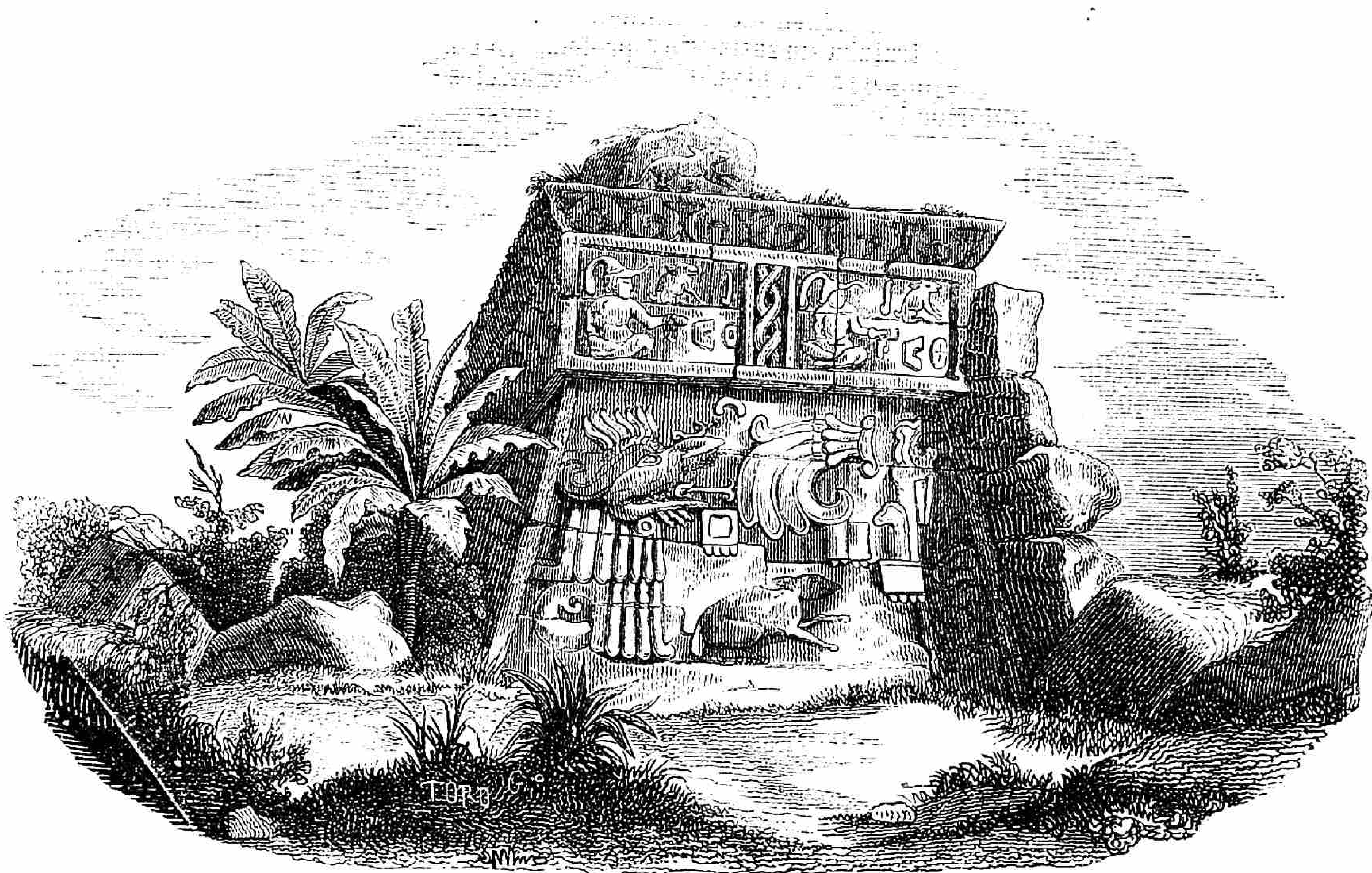
pas, y trataron de recurrir desarmados á la clemencia de su rey. Valiéronse de Cortés, y últimamente consiguieron por su medio el perdon, con que se deshizo aquella tempestad; y habiéndose levantado contra él salió del peligro mejorado, parte por su industria, y parte porque le favorecieron los mismos accidentes; pues Motezuma le agradeció la quietud de su reino, se declaró por su hechura el mayor príncipe del imperio, y favoreciendo á los demas que intentaban destruirle, se halló con nuevo caudal de amigos y obligados.

CAPITULO III.

Resuelve Motezuma despachar á Cortés respondiendo á su embajada: junta sus nobles, y dispone que sea reconocido el rey de España por sucesor de aquel imperio, determinando que se le dé la obediencia y pague tributo como á descendiente de su conquistador.

SOSEGADOS aquellos rumores que llegaron á ocupar todo el cuidado, sintió Motezuma el ruido que deja en la imaginacion la memoria del peligro. Empezó á discurrir para consigo el estado en que se hallaba; parecióle que ya se detenian mucho los españoles, y que habiéndose mirado como falta de libertad en él la benevolencia con que los trataba, debia familiarizarse menos, y dar otro color á las esterioridades. Avergonzábase del pretesto que tomó Cacumatzin para su conjuracion, atribuyendo á falta de espíritu su benignidad, y alguna vez se acusaba de haber ocasionado aquella murmuracion: sentia la flaqueza de su autoridad, cuyos celos andan siempre cerca de la corona, y ocupan el primer lugar entre las pasiones que mandan á los reyes. Temia que se volviesen á inquietar sus vasallos, y que saltasen nuevas centellas de aquel incendio recien apagado. Quisiera decir á Cortés que tratase de abreviar su jornada, y no hallaba camino decente de proponérselo; ni los recelos por ser especie de miedo, se confiesan con facilidad. Duró algunos dias en esta irresolucion, y últimamente determinó que le convenia en todo caso despachar luego á los españoles, y quitar aquel tropiezo á la fidelidad de sus vasallos.

Dispuso la materia con noble sagacidad; porque antes de comunicar su intento á Cortés, llevó prevenidas sus réplicas, saliendo á todos los motivos en que pudiera fundar su detencion. Aguardó que le viniese á visitar como solia: recibióle sin hacer novedad en el agrado ni en el cumplimiento: introdujo la plática de su rey al modo que otras veces: ponderó cuanto le veneraba, y dejando traer su propuesta de la misma conversacion, le dijo: «que habia discurrido en reco»nocerle de su propia voluntad el vasallaje que se le



Monumento de Jochicalco.

»debia, como á sucesor de Quezalcoal y dueño pro»pietario de aquel imperio.» Así lo entendia, y en esto solo habló con afectacion; pero no se trataba entonces de restituirle sus dominios, sino de apartar á Cortés y facilitar su despacho; á cuyo fin añadió: «que pensaba convocar la nobleza de sus reinos, y »hacer en su presencia este reconocimiento para que »todos á su imitacion le diesen la obediencia y esta»bleciesen el vasallaje con alguna contribucion en »que pensaba tambien darles ejemplo, pues tenía ya »prevenidas diferentes joyas y preseas de mucho va»lor para cumplir por su parte con esta obligacion; y »no dudaba que sus nobles acudirian á ella con lo me»jor de sus riquezas, ni desconfiaba de que se juntaria »cantidad tan considerable que pudiese llegar sin »desaire á la presencia de aquel príncipe como pri»mera demostracion del imperio mejicano.»

Esta fue su proposicion, y en ella concedia de una vez todo lo que á su parecer podian atreverse á desear los españoles, satisfaciendo á su ambicion y á su codicia para quitarles enteramente la razon de perseverar en su córte antes de ordenarles que se retirasen. Y encubrió con tanta destreza el fin á que caminaba, que no le conoció entonces Hernan Cortés; antes le rindió las gracias de aquella liberalidad, sin estrañarla ni encarecerla, como quien aceptaba de parte de su rey lo que se le debia, y quedó sumamente gustoso de haber conseguido mas de lo que parecia practicable, segun el estado presente de las cosas. Celebró despues con sus capitanes y soldados el servicio que harian al rey don Cárlos si conseguian que se declarase por súbdito y tributario suyo un monarca tan poderoso: discurrió en las grandes riquezas con que podrian acompañar esta noticia para que no llegase desnuda la relacion y peligrase de increible. Y á la verdad no pensaba entonces apartarse de su

empresa, ni le parecia dificultoso el mantenerse hasta que sabiendo en España el estado en que la tenia, se le ordenase lo que debia ejecutar: seguridad á que le pudo inducir lo que le favorecia Motezuma; los amigos que iba ganando; la facilidad con que se le venian á las manos los sucesos, ó alguna causa de orígen superior que le dilataba el ánimo para que á vista de cuanto pudiera desear no se acabase de componer con sus esperanzas.

Pero Motezuma que tiraba sus líneas á otro centro, y sabia resolver despacio y ejecutar sin dilacion, despachó luego sus convocatorias á los caciques de su reino como se acostumbraba cuando se ofrecia negocio público en que hubiese de intervenir la nobleza, sin alargarse á los mas distantes por abreviar el intento principal de aquella diligencia. Vinieron todos á Méjico dentro de pocos dias con el séquito que solian asistir en la córte, y tan numeroso, que hiciera ruido en el cuidado si se ignorara la ocasion y la costumbre. Juntólos Motezuma en el cuarto de su habitacion, y en presencia de Cortés que fue llamado á esta conferencia, y concurrió en ella con sus intérpretes y algunos de sus capitanes, los hizo un razonamiento en que dió los motivos y facilitó la dureza de aquella notable resolucion. Bernal Diaz del Castillo dice que hubo dos juntas, y que no asistió Cortés en la primera: pudo ser alguna de sus equivocaciones, porque no lo callaria el mismo Hernan Cortés en la segunda relacion de su jornada; y cuando se trataba de satisfacerle y confiarle no era tiempo de juntas reservadas.

Fue de grande aparato y autoridad esta funcion, porque asistieron tambien á ella los nobles y ministros que residian en la córte; y Motezuma despues de haberlos mirado una y dos veces con agradable magestad, empezó su oracion haciéndolos benévolos y atentos con ponerles delante: «cuánto los amaba, y »cuánto le debian. Acordóles que tenian de su mano »todas las riquezas y dignidades que poseian; y sacó »por dilacion deste principio, la obligacion en que se »hallaban de creer que no les propondria materia que »no fuese de su mayor conveniencia despues de ha»berla premeditado con madura deliberacion, con»sultando á sus dioses el acierto, y tenido señales »evidentes de que hacia su voluntad.»

Afectaba muchas veces estas vislumbres de inspiracion para dar algo de divinidad á sus resoluciones, y entonces le creyeron, porque no era novedad que le favoreciese con sus respuestas el demonio. Asentada esta reconvencion y este misterio, refirió con brevedad «el origen del imperio mejicano, la espedicion de »los nabatlacas, las hazañas prodigiosas de Quezal»coal, su primer emperador, y lo que dejó profetiza»do cuando se apartó á las conquistas del Oriente, »previniendo con impulso del cielo que habian de vol»ver á reinar en aquella tierra sus descendientes. »Tocó despues como punto indubitable: que el rey de »los españoles que dominaba en aquellas regiones »orientales, era legítimo sucesor del mismo Quezal»coal. Y añadió: que siendo él monarca de quien ha»bia de proceder aquel príncipe tan deseado entre los »mejicanos, y tan prometido en los oráculos y profe»cías que veneraba su nacion, debian todos reconocer »en su persona este derecho hereditario, dando á su »sangre lo que á falta de ella se introdujo en eleccion: »que si hubiera venido entonces personalmente, como »envió sus embajadores, era tan amigo de la razon, y »amaba tanto á sus vasallos, que por su mayor felicidad »seria el primero en desnudarse de la dignidad que po»seia, rindiendo á sus pies la corona, fuese para dejar»la en sus sienes, ó para recibirla de su mano. Pero que »debiendo á los dioses la buena fortuna de que hubie»se llegado en su tiempo noticia tan deseada, queria »ser el primero en manifestar la prontitud de su áni»mo; y habia discurrido en ofrecerle desde luego su »obediencia, y hacerle algun servicio considerable. »A cuyo fin tenia destinadas las joyas mas preciosas »de su tesoro, y queria que sus nobles le imitasen, no »solo en hacer el mismo reconocimiento, sino en »acompañarle con alguna contribucion de sus rique»zas para que siendo mayor el servicio, llegase mas »decoroso á los ojos de aquel príncipe.»

En esta sustancia concluyó Motezuma su razonamiento, aunque no de una vez; porque á despecho de lo que se procuró esforzar en este acto, cuando llegó á pronunciarse vasallo de otro rey, le hizo tal disonancia esta proposicion, que se detuvo un rato sin hallar las palabras con que habia de formar la razon; y al acabarla se enterneció tan declaradamente, que se vieron algunas lágrimas discurrir por su rostro, como lloradas contra la voluntad de los ojos. Y los mejicanos, conociendo su turbacion, y la causa de que procedia, empezaron tambien á enternecerse prorumpiendo en sollozos menos recatados, y deseando al parecer con algo de lisonja que hiciese ruido su fidelidad. Fue necesario que Cortés pidiese licencia de hablar y alentase á Motezuma diciendo: «que no era » el ánimo de su rey desposeerle de su dignidad, ni »trataba de que se hiciese novedad en sus dominios, »porque solo queria que se aclarase por entonces su »derecho á favor de sus descendientes, respecto de »hallarse tan distante de aquellas regiones, y tan ocu»pado en otras conquistas, que no podria llegar en »muchos años el caso en que hablaban sus tradiciones »y profecías;» con cuyo desahogo cobró aliento, volvió á serenar el semblante, y acabó su oracion como se ha referido.

Quedaron los mejicanos atónitos ó confusos de oir semejante resolucion, estrañándola como desproporcionada ó menos decente á la magestad de un príncipe tan grande y tan celoso de su dominacion. Miráronse unos á otros sin atreverse á replicar ni á conceder, dudando en qué se ajustarian mas á su intencion; y duró este silencio reverente hasta que tomó la mano el primero de sus magistrados; y con mejor conocimiento de su dictámen respondió por los demas: «que »todos los nobles que concurrian en aquella junta le »respetaban como á su rey y señor natural, y esta»rian prontos á obedecer lo que proponia por su be»nignidad y mandaba con su ejemplo, porque no du»daban que lo tendria bien discurrido y consultado »con el cielo, ni tenian instrumento mas sagrado que »el de su voz para entender la voluntad de los dioses:» concurrieron todos en el mismo sentir, y Hernan Cortés cuando llegó el caso de significar su agradecimiento, fue dictando á sus intérpretes otra oracion no menos artificiosa, en que dió las gracias á Motezuma y á todos los circunstantes de aquella demostracion, aceptando en nombre de su rey el servicio, y midiendo sus ponderaciones con la máxima de no estrañar mucho que asistiesen á su obligacion; al modo que se recibe la deuda, y se agradece la puntualidad en el deudor.

Pero no bastaron aquellas lágrimas de Motezuma para que recelase Cortés entonces de su liberalidad, ni conociese que se trataba de su despacho final, en que se dejó llevar del primer sonido con alguna disculpa; porque donde halló introducida como verdad infalible aquella notable aprension de los descendientes de Quezalcoal, y tenian á su rey indubitablemente por uno de ellos, no le pareceria tan irregular esta demostracion, que se debiese mirar como afectada ó sospechosa. Sobre cuyo presupuesto pudo tambien atribuir el llanto de Motezuma, y aquella congoja con que llegó á pronunciar las cláusulas del vasallaje, á la misma violencia con que se desprende la corona y se mide la suma distancia que hay entre la soberanía y la sujecion: caso verdaderamente de aquellos en que puede faltar el ánimo con algo de magnanimidad. Pero se debe creer que Motezuma, por mas que mirase al rey de España como legítimo sucesor de aquel

imperio, no tuvo intento de cumplir lo que ofrecia. Su mira fue deshacerse de los españoles, y tomar tiempo para entenderse despues con su ambicion, sin hacer mucho caso de su palabra; y no estaria fuera de su centro entre aquellos reyes bárbaros la simulacion; cuya indignidad, bastante á manchar el pundonor de un hombre particular, pusieron otros bárbaros estadistas entre las artes necesarias del reinar.

Desde aquel dia, como quiera que fuese, quedó reconocido el emperador Cárlos V, por señor del imperio mejicano, legítimo y hereditario en el sentir de aquella gente; y en la verdad destinado por el cielo á mejor posesion de aquella corona, sobre cuya resolucion se formó público instrumento con todas las solemnidades que parecieron necesarias, segun el estilo de los homenajes que solian prestar á sus reyes, dando este allanamiento, de príncipe y vasallos, poco mas que el nombre de rey, al emperador; y siendo una como insinuacion misteriosa del título que se debió despues al derecho de las armas sobre justa provocacion, como lo veremos en su lugar, circunstancia particular que concurrió en la conquista de Méjico para mayor justificacion de aquel dominio sobre las demas consideraciones generales, que no solo hicieran lícita la guerra en otras partes, sino legítima y razonable, siempre que se puso en términos de medio necesario para la introduccion del Evangelio.

CAPITULO IV.

Entra en poder de Hernan Cortés el oro y joyas que se juntaron de aquellos presentes: dicele Motezuma con resolucion que trate de su jornada, y él procura dilatarla sin replicarle; al mismo tiempo que se tiene aviso de que han llegado navíos españoles á la costa.

No se descuidó Motezuma en acercarse como pudo al fin que deseaba, resuelto á ganar las horas en el despacho de los españoles, y ya violento en aquel género de sujecion que se hallaba obligado á conservar porque no dejase de parecer voluntaria. Entregó con este cuidado á Cortés el presente que tenia prevenido, y se componia de varias curiosidades de oro con alguna pedrería; unas de las que usaba en el adorno de su persona, y otras de las que se guardaban por grandeza y servian á la ostentacion: diferentes piezas del mismo género y metal en figura de animales, aves y pescados, en que se miraba como segunda riqueza el artificio: cantidad de aquellas piedras que llamaban chalcuis, parecidas en el color á las esmeraldas, y en la vana estimacion á nuestros diamantes; y algunas pinturas de pluma, cuyos colores naturales, ó imitaban mejor, ó tenian menos que fingir en la imitacion de la naturaleza: dádiva de ánimo real que se hallaba oprimido y trataba de poner en precio su libertad.

Siguiéronse á esta demostracion los presentes de los nobles que venian con título de contribucion, y se redujeron á piezas de oro y otras preseas de la misma calidad, en que se compitieron unos á otros con deseo, al parecer, de sobresalir en la obediencia de su rey, y mezclando esta subordinacion con algo de propia vanidad. Todo venia dirigido á Motezuma, y pasaba con recado suyo al cuarto de Cortés. Nombráronse contador y tesorero para que se llevase la razon de lo que se iba recibiendo; y se juntó en breves dias tanta cantidad de oro, que reservando las joyas y piezas de primor, y habiéndose fundido lo demas, se hallaron seiscientos mil pesos reducidos á barras de buena ley, de cuya suma se apartó el quinto para el rey, y del resíduo segundo quinto para Hernan Cortés, con beneplácito de su gente y cargo de acudir á las necesidades públicas del ejército. Separó tambien la cantidad en que estaba empeñado para satisfacer la deuda de Diego Velazquez, y lo que le prestaron sus amigos en la Isla de Cuba; y lo demas se repartió entre los capitanes y soldados, comprendiendo á los que se hallaban en la Vera-Cruz.

Diéronse iguales porciones á los que tenian ocupacion; pero entre los de plaza sencilla hubo alguna diferencia; porque fueron mejor remunerados los de mayores servicios; ó menos inquietos en los rumores antecedentes: peligrosa equidad en que hace agraviados el premio y quejosos la comparacion. Hubo murmuraciones y palabras atrevidas contra Hernan Cortés y contra los capitanes; porque al ver tanta riqueza junta, querian igual recompensa los que merecian menos, y no era posible llenar su codicia, ni conviniera fundar en razon la desigualdad.

Bernal Diaz del Castillo discurre con indecencia en este punto, y gasta demasiado papel en ponderar y encarecer lo que padecieron los pobres soldados en este repartimiento, hasta referir como donaire y discrecion lo que dijo este ó aquel en los corrillos (1).

Habla mas como pobre soldado que como historiador; y Antonio de Herrera le sigue con descuidada seguridad, siendo en la historia igual prevaricacion decir de paso lo que se debe ponderar y detenerse mucho en lo que se pudiera omitir. Pero uno y otro asientan que se quietó este desabrimiento de los soldados, repartiendo Cortés del oro que le habia tocado todo lo que fue necesario para satisfacer á los quejosos, y alaban despues su liberalidad y desinteres, deshaciendo en vez de borrar lo que sobra en su narracion.

Motezuma, luego que por su parte y la de sus nobles se dió cumplimiento al servicio que se ofreció en la junta, hizo llamar á Cortés, y con alguna severidad fuera de su costumbre, le dijo: «que ya era razon que »tratase de su jornada, pues se hallaba enteramente «despachado; y que habiendo cesado todos los motivos »ó pretestos de su detencion, y conseguido en obse»quio de su rey tan favorable respuesta de su emba»jada, ni sus vasallos dejarian de presumir intentos »mayores si le viesen perseverar en su córte volunta»riamente, ni él podria estar de su parte cuando no »estaba de su parte la razon.» Esta breve insinuacion de su ánimo, dicha en términos de amenaza y con señas de resolucion premeditada, hizo tanta novedad á Cortés que tardó en socorrerse de su discrecion para la respuesta; y conociendo entonces el artificio de aquellas liberalidades y favores de la junta pasada, tuvo primeros movimientos de replicarle con alguna entereza, valiéndose del genio superior con que le dominaba; y fuese con este fin, ó porque llegó á recelar viéndole tan sobre sí que traeria guardadas las espaldas, ordenó recatadamente á uno de sus capitanes que hiciese tomar las armas á los soldados, y los tuviese prontos para lo que se ofreciese. Pero entrando en mejor consejo se determinó á condescender por entonces con su voluntad; y para dar motivo á la detencion de la respuesta, disculpó cortesanamente lo que se habia embarazado, viéndole menos agradable cuando era tan puesto en razon lo que ordenaba. Díjole: «que trataria luego de abreviar su viaje: que ya »traia entre las manos las prevenciones de que nece»sitaba; y que deseando ejecutarle sin dilacion, ha»bia discurrido en pedirle licencia para que se fabrica»sen algunos bajeles capaces de tan larga navegacion, »por haberse perdido, como sabia, los que le condu»jeron á sus costas.» Con que dejó introducida y pendiente su obediencia, satisfaciendo al empeño en que se hallaba, y dando tiempo á la resolucion (2).

Dicen que tuvo Motezuma prevenidos cincuenta mil hombres para este lance; y que vino con determina-

(1) Bernal Diaz se hace poco recomendable en esta parte de sus escritos.

(2) Cortés nada dice de esta narracion en sus relaciones al Rey; y no es de creer hubiera omitido en ella un hecho de tanta importancia, y hasta diplomático, si hubiese sido cierto. Solis la tomaria de Herrera.

cion de hacerse obedecer, valiéndose de la fuerza si fuese necesario, y es cierto que temió la réplica de Cortés, y que deseaba escusar el rompimiento, porque le abrazó con particular afecto, estimando su respuesta como quien no la esperaba. Obligóse de que le quitase la ocasion de irritarse contra él. Amábale con un género de voluntad que tenia parte de inclinacion y parte de respeto; y bien hallado con su mismo desenojo le dijo: «que no era su intento apresurase su »jornada sin darle medios para que la ejecutase: que »se dispondria luego la fábrica de los bajeles, y en»tre tanto no tenia que hacer novedad ni apartarse de »su lado, pues bastaria para la satisfaccion de sus »dioses y quietud de sus vasallos, aquella prontitud »con que se trataba de obedecer á los unos y compla»cer á los otros.» Fatigábale aquellos dias el demonio con horribles amenazas, dando voz ó semejanza de voz á los ídolos para irritarle contra los españoles. Congojábanle tambien los nuevos rumores que se iban encendiendo entre los suyos por haberse recibido mal que se hiciese tributario de otro príncipe, mirando aquella desautoridad suya como nuevo gravámen que bajaria con el tiempo á los hombros de sus vasallos. De suerte que se hallaba combatido por una parte de la política y por otra de la religion; y fue mucho que se determinase á dar esta permision á Cortés, por ser observantísimo con sus dioses, y no menos supersticioso con el ídolo de su conservacion.

Diéronse luego las órdenes para la fábrica de los bajeles. Publicóse la jornada, y Motezuma hizo pregonar que acudiesen á la costa de Ulúa todos los carpinteros del contorno, señalando los parajes donde se podria cortar la madera, y los lugares que habian de contribuir con indios de carga para que la condujesen al astillero. Hernan Cortés por su parte afectó las esterioridades de obediente. Despachó luego á los maestros y oficiales que fabricaron los bergantines, conocidos ya entre los mejicanos. Discurrió públicamente con ellos del porte y calidad de los bajeles, ordenándoles que se aprovechasen del hierro, jarcias y velámen de los que se barrenaron; y todo era tratar del viaje como si le tuviera resuelto; con que adormeció las inquietudes que se iban forjando, y se aseguró en la confianza de Motezuma.

Pero al tiempo de partir esta gente á la Vera-Cruz habló reservadamente á Martin Lopez, vizcaino de nacion, que iba por cabo principal; y siendo maestro consumado en este género de fábricas, sabia cumplir mejor con la profesion de soldado. Encargóle «que se »fuese poco á poco en la formacion de los bajeles, y »procurase alargar la obra cuanto pudiese con tal ar»tificio que se consiguiese la tardanza sin que pare»ciese dilacion.» Era su fin conservarse con este color en aquella córte, y hacer lugar para que pudiesen volver de España sus comisarios Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo, con esperanza de que le trajesen algun socorro de gente, ó por lo menos el despacho y órdenes de que necesitaba para direccion de su empresa, porque siempre tuvo firme resolucion de proseguirla. Y caso que le arrojase de Méjico la última necesidad, pensaba esperarlos en la Vera-Cruz y mantenerse al abrigo de aquella fortificacion, valiéndose de las naciones amigas para resistir á los mejicanos: admirable constancia, que no solo duraba entre las dificultades presentes, pero se prevenia para no descaecer en las contingencias.

Sobrevino dentro de pocos dias otro accidente que descompuso estas disposiciones, llamando la prudencia y el valor á nuevo cuidado. Tuvo noticia Motezuma de que andaban en la costa de Ulúa diez y ocho navíos estranjeros, y los ministros de aquel paraje se los enviaron pintados en aquellos lienzos que hacian el oficio de las cartas, con las señas de la gente que se habia dejado ver en ellos, y algunos caractéres en que venia significado lo que se podria recelar de sus intentos, siendo españoles al parecer, y llegando en ocasion que se trataba de aviar á los que residian en su córte. Diésele ó no cuidado esta representacion de sus gobernadores, lo que resultó de ella fue llamar luego á Cortés, ponerle delante la pintura, y decirle: «que ya no seria necesaria la prevencion que se hacia »para su jornada, pues habian llegado á la costa baje»les de su nacion en que podria ejecutarla.» Miró Cortés la pintura con mas atencion que sobresalto; y aunque no entendió los caractéres que la especificaban, conoció en el traje de la gente, porte y hechura de los navíos, lo bastante para no dudar que fuesen españoles. Su primer movimiento fue alegrarse, teniendo por cierto que habrian llegado sus procuradores, y fingiéndose grandes socorros en tanto número de bajeles. Vase con facilidad la imaginacion á lo que se desea, y no se persuadió entonces á que pudiese venir contra él armada tan poderosa; porque discurria noblemente segun la llaneza de su proceder: y las sinrazones ocurren tarde á los bien intencionados. Su respuesta fue: «que se partiria luego si aquellos »navíos estuviesen de vuelta para los dominios de su »rey.» Y no estrañando que hubiese llegado primero á su noticia esta novedad, porque sabia la incesable diligencia de sus correos, añadió: «que no podia tar»dar el aviso de los españoles que asistian en Zem»poala, por cuyo medio se sabrian con fundamento »la derrota y designios de aquella gente, y se veria »si era necesario proseguir en la fábrica de los bajeles, »ó posible adelantar sin ellos su viaje.» Aprobó Motezuma este reparo, agradeciendo la prontitud y conociendo la razon. Pero tardaron poco en llegar las cartas de la Vera-Cruz, en que avisaba Gonzalo de Sandoval: «que aquellos bajeles eran de Diego Velaz»quez, y venian en ellos ochocientos españoles con»tra Hernan Cortés y su conquista;» cuyo golpe no esperado recibió en presencia de Motezuma, y necesitó de todo su aliento para encubrir su turbacion. Hallóse con el peligro donde aguardaba el socorro. La ocasion era terrible: angustias por todas partes: desconfianzas en Méjico y enemigos en la costa. Pero haciendo lo que pudo para componer el semblante con la respiracion, negó su cuidado á Motezuma, endulzó la noticia entre los suyos, y se retiró despues á desapasionar el discurso para que se diese con libertad á las diligencias del remedio.

CAPITUO V.

Refiérense las nuevas prevenciones que hizo Diego Velazquez para destruir á Hernan Cortés: el ejército y armada que envió contra él á cargo de Pánfilo de Narbaez: su arribo á las costas de Nueva España; y su primer intento de reducir á los españoles de la Vera-Cruz.

Dejamos á Diego Velazquez envuelto en sus desconfianzas, impaciente de que se hubiesen malogrado los esfuerzos que hizo para detener á Hernan Cortés, y desacreditando con nombre de traicion la fuga que ocasionaron sus violencias para disponer su venganza con título de remedio. Recibió las cartas del licenciado Benito Martin, su capellan, con nombramiento de adelantado por el rey, no solo de aquella isla, sino de las tierras que se descubriesen y conquistasen por su inteligencia. Dábale noticia de la gratitud, ó fuese agradecimiento, con que le defendia y patrocinaba el presidente de las Indias, obispo de Búrgos, desfavoreciendo por este respeto á los procuradores de Cortés. Pero al mismo tiempo le avisaba de la benignidad con que los oyó el emperador en Tordesillas; del ruido que habian hecho en España las riquezas que llevaron, y del concepto grande con que se hablaba ya en aquella conquista, dándola el primer lugar entre las antecedentes.

Entró con el nuevo dictado en mayores pensamien-

tos. Diéronle osadía y presuncion los favores del presidente, y como crecen con el poder las pasiones humanas, ó es propiedad en ellas el mandar mas en los mas poderosos, miró su ofensa con otro género de irritacion mas empeñada ó con otra especie de superioridad que le desfiguraba la envidia con el traje de justificacion. Afligian y precipitaban su paciencia los aplausos de Cortés, y aunque no le pesaba de ver tan adelantada la conquista, porque las obligaciones de su sangre dejaban siempre su lugar al servicio del rey, no podia sufrir que se llevase otro las gracias que á su parecer se le debian: tan vanaglorioso en el aprecio de la parte que tuvo en la primera disposicion de aquella jornada, que se atribuia, sin otro fundamento, el renombre de conquistador; y tan dueño en su estimacion de toda la empresa, que le parecian suyas hasta las hazañas con que se habia conseguido.

Con estos motivos y con esta destemplanza de aprensiones trató luego de formar armada y ejército con que destruir á Hernan Cortés y á cuantos le seguian: compró bajeles, alistó soldados, y discurrió personalmente por toda la isla, visitando las estancias de los españoles, y animándolos á la faccion. Poníales delante la obligacion que tenian de asistir á su desagravio: partia con ellos anticipadamente las grandes riquezas de aquella conquista, usurpadas entonces (así lo decia) por unos rebeldes mal aconsejados que salieron de Cuba fugitivos para no dejar en duda su falta de valor; con cuyas esperanzas y algunos socorros, en que gastó mucha parte de su caudal, juntó en breves dias un ejército, que allí se pudo llamar formidable por el número y calidad de la gente. Constaba de ochocientos infantes españoles, ochenta caballos y diez ó doce piezas de artillería, con abundante provision de bastimentos, armas y municiones. Nombró por cabo principal á Pánfilo de Narbaez, natural de Valladolid, sugeto capaz, y en aquella isla de la primera estimacion, aunque amigo de sus opiniones, y de alguna dureza en los dictámenes. Dióle título de teniente suyo, nombrándose gobernador, cuando menos, de la Nueva España.

Dióle tambien instruccion secreta en que le ordenaba: «que procurase prender á Cortés, y se le re»mitiese con buena guardia para que recibiese de su »mano el castigo que merecia: que hiciese lo mismo »con la gente principal que le seguia si no se reduje»sen á dejar su partido, y que tomase posesion en su »nombre de todo lo conquistado, adjudicándolo al »distrito de su adelantamiento;» sin detenerse mucho á discurrir en los accidentes que se le podian ofrecer, porque á vista de tan ventajosas fuerzas, le parecia fácil de conseguir cuanto le proponia su deseo y la confianza; vicio familiar de ingenios apasionados; ó mira desde lejos los peligros, ó no conoce, hasta que padece las dificultades.

Tuvieron aviso de este movimiento y prevenciones los religiosos de San Gerónimo que presidian á la real audiencia de Santo Domingo, con suprema jurisdiccion sobre las otras islas; y previniendo los inconvenientes que podian resultar de tan ruidosa competencia, enviaron al licenciado Lucas Vazquez de Ayllon, juez de la misma real audencia, para que procurase poner en razon á Diego Velazquez: y no bastando los medios suaves le intimase las órdenes que llevaba, mandándole con graves penas que desarmase la gente, deshiciese la armada, y no perturbase ó pusiese impedimento á la conquista en que estaba entendiendo Hernan Cortés; so color de pertenecerle por cualquiera razon ó pretesto que fuese; y que dado que tuviese alguna querella contra su persona, ó algun derecho sobre la tierra que andaba pacificando, acudiese á los tribunales del rey, donde tendria segura, por los términos regulares, su justicia.

Llegó este ministro á la isla de Cuba cuando ya estaba prevenida la armada, que se componia de once navíos de alto bordo, y siete poco mas que bergantines, unos y otros de buena calidad; y Diego Velazquez andaba muy solícito en adelantar la embarcacion de la gente. Procuró reducirle sirviéndose amigablemente de cuantas razones le ocurrieron para detenerle y confiarle. Dióle á conocer «lo que aventuraba si se »pusiese Cortés en resistencia, interesados ya en de»fender sus mismas utilidades los soldados que le se»guian: el daño que podria resultar de que viesen »aquellos indios belicosos y recien conquistados una »guerra civil entre los españoles, que si por esta des»union se perdiese una conquista, de que ya se hacia »tanta estimacion en España, peligraria su crédito en »un cargo de mala calidad, sin que le pudiesen defen»der los que mas le favorecian.» Púsose de parte de su justicia para persuadirle «á que la pidiese, don»de se miraria con diferente atencion, si no la des»acreditase con aquella violencia.» Y últimamente, viéndole incapaz de consejo porque le parecia impracticable todo lo que no fuese destruir á Hernan Cortés, pasó á lo judicial, manifestó las órdenes, y se las hizo notificar por un escribano que llevaba prevenido, acompañándolas con diferentes requerimientos y protestas; pero nada bastó á detener su resolucion, porque sonaba tanto en su concepto el título de adelantado, que dió muestras de no reconocer superior en su distrito, y se quedó en su obstinacion hecha ya porfía la inobediencia. Disimuló el oidor algunos desacatos, sin atreverse á contradecirle derechamente por no hacer mayor su precipicio; y viendo que trataba de abreviar la embarcacion de la gente, fingió deseo de ver aquella tierra tan encarecida, y se ofreció á seguir el viaje con apariencias de curiosidad á que salió fácilmente Diego Velazquez porque llegase mas tarde á la isla de Santo Domingo la noticia de su atrevimiento, y él consiguió el embarcarse con gusto y estimacion de todos: resolucion que, bien fuese de su dictámen ó procediese de su instruccion, pareció bien discurrida y conveniente para estorbar el rompimiento de aquellos españoles. Persuadióse con bastante probabilidad á que seria mas fácil de conseguir lejos de Diego Velazquez la obediencia de las órdenes, ó tendria diferente autoridad su mediacion con Pánfilo de Narbaez, y aunque fue su asistencia de nuevo inconveniente, como lo veremos despues, no por eso dejaron de merecer alabanza su celo y su discurso: que los sucesos por el mismo caso que se apartan muchas veces de los medios proporcionados, no pueden quitar el nombre al acierto de las resoluciones. Embarcóse tambien Andrés de Duero, aquel secretario de Velazquez que favoreció tanto á Cortés en los principios de su fortuna. Dicen unos que se ofreció á esta jornada por disfrutar sus riquezas acordando el beneficio; y otros que fue su intencion mediar con Narbaez y embarazar en cuanto pudiese la ruina de su amigo; á cuyo sentir nos aplicaremos antes que al primero, por no estar bien con los historiadores que se precian de tener mal inclinadas las conjeturas.

Hiciéronse á la vela, y favoreciéndolos el viento se hallaron en breves dias á vista de la tierra que buscaban. Surgió la armada en el puerto de Ulúa, y Pánfilo de Narbaez echó algunos soldados en tierra para que tomasen lengua y reconociesen las poblaciones vecinas. Hallaron estos á poca diligencia dos ó tres españoles que andaban desmandados por aquel parage. Lleváronlos á la presencia de su capitan; y ellos, ó temerosos de alguna violencia, ó inclinados á la novedad, le informaron de todo lo que pasaba en Méjico y en la Vera-Cruz, buscando su lisonja en el descrédito de Cortés: sobre cuya noticia fue lo primero que resolvió tratar con Gonzalo de Sandoval que le rindiese aquella fortaleza de su cargo, manteniéndola por él, ó la desmantelase, pasándose á su ejército con la gente de la guarnicion. Encargó esta negociacion á un clérigo que llevaba consigo, llamado Juan Ruiz

de Guevara, hombre de condicion menos reprimida que pedia el sacerdocio. Fueron con él tres soldados que sirviesen de testigos, y un escribano real, por si fuese necesario llegar á términos de notificacion. Tenia Gonzalo de Sandoval sus centinelas á trechos para que observasen los movimientos de la armada, y se fuesen unas á otras, por cuyo medio supo que venian mucho antes que llegasen; y con certidumbre de que no los seguia mayor número de gente, mandó abrir las puertas de la villa, y se retiró á esperarlos en su posada. Llegaron ellos, no sin alguna presuncion de que serian bien admitidos; y el clérigo despues de las primeras urbanidades, y haber puesto en manos de Sandoval su carta de creencia, le dió noticia de las fuerzas con que venia Pánfilo de Narbaez á tomar satisfaccion por Diego Velazquez de la ofensa que le hizo Hernan Cortés en apartarse de su obediencia, siendo suya enteramente la conquista de aquella tierra, por haberse intentado de su órden y á su costa. Hizo su proposicion como punto sin dificultad en que sobraban los motivos; y esperó gracias de venirle á buscar con un partido ventajoso, donde se habian juntado la fuerza y la razon. Respondióle Gonzalo de Sandoval con alguna destemplanza, mal escondida en el sosiego esterior: «que Pánfilo de Narbaez era su »amigo, y tan atento vasallo de su rey, que solo de»searia lo que fuese mas conveniente á su servicio: »que la ocurrencia de las cosas y el mismo estado en »que se hallaba la conquista pedian que se uniesen »sus fuerzas con las de Cortés, y le ayudasen á per»feccionar lo que tenia tan adelantado, tratándose »primero de la primera obligacion, pues no se hizo el »tribunal de las armas para querellas de particulares; »pero que dado caso que anteponiendo el interes ó la »venganza de su amigo se arrojase á intentar alguna »violencia contra Hernan Cortés, tuviese desde luego »entendido que así él como todos los soldados de »aquella plaza querrian antes morir á su lado, que »concurrir á semejante desalumbramiento.»

Sintió el clérigo, como golpe improviso, esta repulsa; y mas acostumbrado á dejarse llevar que á reprimir su natural, prorumpió en injurias y amenazas contra Hernan Cortés, llamándole traidor, y alargándose á decir que lo serian Gonzalo de Sandoval y cuantos le siguiesen. Procuraron unos y otros moderarle y contenerle acordándole su dignidad, para que supiese á lo menos la razon por qué le sufrian; pero él, levantando la voz sin mudar el estilo, mandó al escribano: «que hiciese notorias las órdenes que lle»vaba para que supiesen todos que habian de obede»cer á Narbaez, pena de la vida;» y no pudo lograr esta diligencia porque la embarazó Gonzalo de Sandoval, diciendo al escribano que le haria poner en una horca si se atreviese á notificarle órdenes que no fuesen del rey. Crecieron tanto las voces y los desacatos, que los mandó llevar presos no sin alguna impaciencia. Pero considerando poco despues el daño que podrian hacer si volviesen irritados á la presencia de Narbaez, resolvió enviarlos á Méjico para que se asegurase de ellos Hernan Cortés, ó procurase reducirlos; y lo ejecutó sin dilacion, haciendo prevenir indios de carga que los llevasen aprisionados sobre sus hombros en aquel género de andas que les servian de literas. Fue con ellos por cabo de la guardia un español de su confianza que se llamaba Pedro de Solís: encargóle que no se les hiciese molestia ni mal tratamiento en el camino: despachó correo adelantado á Cortés esta noticia, y trató de prevenir su gente y convocar los indios amigos para la defensa de su plaza, disponiendo cuanto le tocaba, como advertido y cuidadoso capitan.

No se puede negar que obró con algun arrojamiento mas que militar en la prision de aquel sacerdote, dando á su irritacion sobrada licencia, si ya no la resolvió políticamente, considerando que no estaria bien cerca de Narbaez un hombre de aquella violencia y precipitacion, para que se consiguiese la paz que tanto convenia. Puédese creer que se dieron la mano en su resolucion el propio sentimiento y la conveniencia principal; y si obró con esta mira, como lo persuade la misma reportacion con que le habia sufrido y respetado, no se debe culpar todo el hecho por este ó aquel motivo menos moderado: que algunas veces acierta el enojo lo que no acertará la modestia, y sirve la ira de dar calor á la prudencia.

CAPITULO VI.

Discursos y prevenciones de Hernan Cortés en órden á escusar el rompimiento: introduce tratados de paz: no los admite Narbaez; antes publica la guerra, y prende al licenciado Lucas Vazquez de Ayllon.

De todas estas particularidades iba teniendo Hernan Cortés frecuentes avisos que hicieron evidencia su recelo; y poco despues supo que habia tomado tierra Pánfilo de Narbaez, y marchaba con su ejército en órden la vuelta de Zempoala. Padeció mucho aquellos dias con su mismo discurso, vario en los medios y perspicaz en los inconvenientes. No hallaba partido en que no quedase mal satisfecho su cuidado. Buscar á Narbaez en la campaña con fuerzas tan desiguales era temeridad, particularmente cuando se hallaba obligado á dejar en Méjico parte de su gente para cubrir el cuartel, defender el tesoro adquirido, y conservar aquel género de guardia en que se dejaba estar Motezuma. Esperar á su enemigo en la ciudad era revolver los humores sediciosos de que adolecian ya los mejicanos, darles ocasion para que se armasen con pretesto de la propia defensa, y tener otro peligro á las espaldas: introducir pláticas de paz con Narbaez y solicitar la union de aquellas fuerzas, siendo lo mas conveniente, le pareció lo mas dificultoso, por conocer la dureza de su condicion y no hallar camino de reducirle, aunque se rindiese á rogarle con su amistad; á que no se determinaba por ser el ruego poco feliz con los porfiados, y en proposiciones de paz desairado medianero. Poníasele delante la perdicion total de su conquista, el malogro de aquellos grandes principios, la causa de la religion desatendida, el servicio del rey atropellado; y era su mayor congoja el hallarse obligado á fingir seguridad y desahogo, trayendo en el rostro la quietud, y dejando en el pecho la tempestad.

A Motezuma decia que aquellos españoles eran vasallos de su rey que traerian segunda embajada en prosecucion de la primera: que venian con ejército por costumbre de su nacion, que procuraria disponer que se volviesen, y se volveria con ellos pues se hallaba ya despachado, sin que hubiese dejado su grandeza que desear á los que venian de nuevo con la misma proposicion. A sus soldados animaba con varios presupuestos, cuya falencia conocia. Decíales que Narbaez era su amigo, y hombre de tantas obligaciones y de tan buena capacidad, que no dejaria de inclinarse á la razon, anteponiendo el servicio de Dios y del rey á los intereses de un particular: que Diego Velazquez habia despoblado la isla de Cuba para disponer su venganza, y á su parecer les enviaba un socorro de gente con que proseguir su conquista: porque no desconfiaba de que se hiciesen compañeros los que venian como enemigos. Con sus capitanes andaba menos recatado; comunicábales parte de sus recelos, discurria como de prevencion en los accidentes que se podian ofrecer; ponderaba la poca malicia de Narbaez, la mala calidad de su gente, la injusticia de su causa, y otros motivos de consuelo en que trabajaba tambien su disimulacion, dándoles en la verdad mas esperanzas que tenia.

Pidióles finalmente su parecer, como lo acostumbraba en casos de semejante consecuencia, y dispo-

niendo que le aconsejasen lo que tenia por mejor, resolvió tentar primero el camino de la paz, y hacer tales partidos á Narbaez, que no se pudiese negar á ellos sin cargar sobre sí los inconvenientes del rompimiento. Pero al mismo tiempo hizo algunas prevenciones para cumplir con su actividad. Avisó á sus amigos los de Tlascala que le tuviesen prontos hasta seis mil hombres de guerra para una faccion en que seria posible haberlos menester. Ordenó al cabo de tres ó cuatro soldados españoles que andaban en la provincia de Chinantla descubriendo las minas de aquel paraje, que procurase disponer con los caciques una leva de otros dos mil hombres, y que los tuviese prevenidos para marchar con ellos al primer aviso. Eran los chinantecas enemigos de los mejicanos, y se habian declarado con grande afecto por los españoles, y enviado secretamente á dar la obediencia; gente valerosa y guerrera, que le pareció tambien á propósito para reforzar su ejército; y acordándose de haber oido alabar las picas ó lanzas de que usaban en sus guerras, por ser de vara consistente y de mayor alcance que las nuestras, dispuso que le trajesen luego trescientas para repartirlas entre sus soldados, y las hizo armar con puntas de cobre templado que suplia bastantemente la falta del hierro: prevencion que adelantó á las demas porque le daba cuidado la caballería de Narbaez, y porque hubiese tiempo de imponer en el manejo de ellas á los españoles.

Llegó entre tanto Pedro de Solís con los presos que remitia Gonzalo de Sandoval: avisó á Cortés, y esperó su órden antes de entrar en la laguna. Pero él que ya los aguardaba por la noticia que vino delante, salió á recibirlos con mas que ordinario acompañamiento. Mandó que les quitasen las prisiones: abrazólos con grande humanidad, y al licenciado Guevara primera y segunda vez con mayor agasajo. Díjole: «que castigaria á Gonzalo de Sandoval la desatencion de no »respetar como debia su persona y dignidad.» Llevóle á su cuarto, dióle su mesa, y le significó algunas veces con bien adornada esterioridad «cuánto celebraba »la dicha de tener á Pánfilo de Narbaez en aquella »tierra, por lo que se prometia de su amistad y anti»guas obligaciones.» Cuidó de que anduviesen delante de él alegres y animosos los españoles. Púsole donde viese los favores que le hacia Motezuma, y la veneracion con que le trataban los príncipes mejicanos. Dióle algunas joyas de valor con que iba quebrantando los ímpetus de su natural. Hizo lo mismo con sus compañeros, y sin darles á entender que necesitaba de sus oficios para suavizar á Narbaez, los despachó dentro de cuatro dias inclinados á su razon y cautivos de su liberalidad.

Hecha esta primorosa diligencia, y dejando al tiempo lo que podria fructificar, resolvió enviar persona de satisfaccion que propusiese á Narbaez los medios que parecian practicables y eran convenientes. Eligió para esta negociacion al padre fray Bartolomé de Olmedo, en quien concurrian con ventajas conocidas la elocuencia y la autoridad. Abrevió cuanto fue posible su despacho, y le dió cartas para Narbaez, para el licenciado Lucas Vazquez de Ayllon, y para el secretario Andres de Duero con diferentes joyas que repartiese, conforme al dictámen de su prudencia. Era la importancia de la paz el argumento de las cartas, y en la de Narbaez le daba la bien venida con palabras de toda estimacion; y despues de acordarle su amistad y confianza, «le informaba el estado en que tenia »su conquista, descubriéndole por mayor las provin»cias que habia sujetado, la sagacidad y valentía de »sus naturales, y el poder y grandezas de Motezuma.» No tanto para encarecer su hazaña, como para traerle al conocimiento de lo que importaba que se uniesen ambos ejércitos á perfeccionar la empresa. Dábale á entender «cuánto se debia recelar que los mejicanos, »gente advertida y belicosa, llegasen á conocer dis»cordia entre los españoles, porque sabrian aprove»charse de la ocasion y destruir ambos partidos para »sacudir el yugo forastero.» Y últimamente le decia: «que para escusar lances y disputas convendria que »sin mas dilacion le hiciesen notorias las órdenes que »llevaba; porque si eran del rey estaba pronto á obe»decerlas, dejando en sus manos el baston y el ejér»cito de su cargo; pero si eran de Diego Velazquez »debian ambos considerar con igual atencion lo que »aventuraban; porque á vista de una dependencia, en »que se interponia la causa del rey, hacian poco bulto »las pretensiones de un vasallo, que se podrian ajus»tar á menos costa, siendo su ánimo satisfacerle todo »el gasto de su primer avío, y partir con él no sola»mente las riquezas, sino la misma gloria de la con»quista. En este sentir concluyó su carta; y pare»ciéndole que se habia detenido mucho en el deseo »de la paz, añadió en el fin algunas cláusulas briosas, »dándole á entender que no se valia de la razon por»que le faltasen las manos; y que de la misma suerte »que sabia ponderarla, sabria defenderla.»

Tenia Pánfilo de Narbaez asentado su cuartel y alojado su ejército en Zempoala; y el cacique Gordo anduvo muy solícito en el agasajo de aquellos españoles, creyendo que venian de socorro á su amigo Hernan Cortés; pero tardó poco en desengañarse, porque no hallaba en ellos el estilo á que le tenian enseñado los primeros; y aunque no traian lengua para darse á entender, hablaban las demostraciones y los diferenciaba el proceder. Reconoció en Narbaez un género de imperiosa desazon que le puso en cuidado, y no le quedó que dudar cuando vió que le quitaba contra su voluntad todas las alhajas y joyas que habia dejado en su casa Hernan Cortés. Los soldados, á quien servia de licencia el ejemplo de su capitan, trataban á sus huéspedes como enemigos, y ejecutaba la estorsion lo que mandaba la codicia.

Llegó el licenciado Guevara y refirió los sucesos de su jornada, las grandezas de Méjico, cuán bien recibido estaba Hernan Cortés en aquella córte, lo que le amaba Motezuma y respetaban sus vasallos: encareció la humanidad y cortesía con que le habia recibido y hospedado: empezó á discurrir en lo que deseaba, que no se llegase á conocer discordia entre los españoles, inclinándose al ajustamiento; y no pudo proseguir porque le atajó Narbaez, diciéndole que se volviese á Méjico si le hacian tanta fuerza los artificios de Cortés, y le arrojó de su presencia con desabrimiento. Pero el clérigo y sus compañeros buscaron nuevo auditorio, pasando con aquellas noticias y con aquellas dádivas á los corrillos de los soldados, y se logró en lo que mas importaba la diligencia de Cortés: porque algunos se inclinaron á su razon: otros á su liberalidad, quedando todos aficionados á la paz, y llegando los mas á tener por sospechosa la dureza de Narbaez.

Poco despues vino el padre fray Bartolomé de Olmedo, y halló en Pánfilo de Narbaez mas entereza que agasajo. Puso en sus manos la carta, leyóla por cumplimiento, y con señas de hombre que se reprimia, se dispuso á escucharle, dando á entender que sufria la embajada por el embajador. Fue la oracion del religioso elocuente y sustancial. Acordó en el exordio «las obligaciones de su profesion para introducirse á »medianero desinteresado en aquellas diferencias.» Procuró «sincerar el ánimo de Cortés, como testigo »de vista obligado á la verdad.» Asentó «que por su »parte seria fácil de conseguir cuanto se le propusiese »razonable y conveniente:» ponderó «lo que se aven»turaba en la desunion de los españoles: cuánto ade»lantaria Diego Velazquez su derecho si cooperase »con aquellas armas á la perfeccion de la conquista;» y añadió: «que teniéndolas él á su disposicion debia »medir el uso de ellas con el estado presente de las

»cosas; punto que vendria presupuesto en su instruc»cion: pues se dejaba siempre á la prudencia de los »capitanes el arbitrio de los medios con que se habia »de asegurar el pretendido; y ellos estaban obligados »á obrar segun el tiempo y sus accidentes, para »no destruir con la ejecucion el intento de las ór»denes.»

La respuesta de Narbaez fue precipitada y descompuesta: «que no era decente á Diego Velazquez el »pactar con un súbdito rebelde, cuyo castigo era el »primer negocio de aquel ejército: que mandaria lue»go declarar por traidores á cuantos le siguiesen; y »que traia bastantes fuerzas para quitarle de las ma»nos la conquista, sin necesitar de advertencias pre»sumidas ó consejos de culpados que se valian para »persuadirle de la razon con que se hallaban para te»merle.» Replicóle fray Bartolomé sin dejar su moderacion: «que mirase bien lo que determinaba, »porque antes de llegar á Méjico habia provincias »enteras de indios guerreros amigos de Cortés que »tomarian las armas en su defensa; y que no era tan »fácil como pensaba el atropellarle; porque sus es»pañoles estaban arrestados á perderse con él, y que »tenia de su parte á Motezuma, príncipe de tantas »fuerzas que podria juntar un ejército para cada uno »de sus soldados; y últimamente, que una materia »de aquella calidad no era para resuelta de la primera »vez; que la discurriese con segunda reflexion, y él »volveria por la respuesta.» Con lo cual se despidió, dejando en sus oidos este género de animosidad, porque le pareció necesaria para mitigar aquella confianza de sus fuerzas en que consistia la mayor vehemencia de su obstinacion.

Pasó luego á ejecutar las otras diligencias de su instruccion. Visitó al licenciado Lucas Vazquez de Ayllon y al secretario Andres de Duero que alabaron su celo, aprobando lo que propuso á Narbaez, y ofreciendo asistir á su despacho con todos los medios posibles, para que consiguiese la paz que tanto convenia. Dejóse ver de los capitanes y soldados que conocia: publicó su comision: procuró acreditar la intencion de Cortés: hizo desear el ajustamiento: repartió con buena eleccion sus joyas y sus ofertas; y pudo esperar que se formase partido á favor de Cortés, ó por lo menos á favor de la paz, si Pánfilo de Narbaez, que tuvo noticia de estas pláticas, no le hubiera estrechado á que no las prosiguiese. Mandóle venir á su presencia y á grandes voces le atropelló con injurias y amenazas. Llamóle amotinador y sedicioso: calificó por especie de traicion el andar sembrando entre su gente las alabanzas de Cortés; y estuvo resuelto á prenderle, como se hubiera ejecutado si no se interpusiera el secretario Andres de Duero; á cuya instancia corrigió su dictámen ordenando que saliese luego de Zempoala.

Pero el licenciado Lucas Vazquez de Ayllon, que llegó advertidamente á la sazon, fue de sentir que se debia convocar antes una junta en que se hallasen todos los cabos del ejército para que se discurriese con mayor acuerdo la respuesta que se habia de dar á Hernan Cortés, puesto que se mostraba inclinado á la paz, y no parecia dificultoso que se llegase á poner en términos proporcionados y decentes; á cuya proporcion se inclinaban algunos de los capitanes que se hallaron presentes; pero Narbaez la oyó con un género de impaciencia que tocaba en desprecio: y para responder de una vez al oidor y al religioso, mandó publicar á sus oidos con voz de pregonero la guerra contra Hernan Cortés á sangre y fuego, declarándole por traidor al rey, señalando talla para quien le prendiese ó matase y dando las órdenes para que se previniese la marcha del ejército.

No pudo ni debió aquel ministro sufrir ó tolerar semejante desacato, ni dejar de ocurrir al remedio con su autoridad. Mandó que cesasen los pregones: hízole notificar «que no se moviese de Zempoala pena »de la vida, ni usase de aquellas armas sin acuerdo y »parecer de todo el ejército:» ordenó á los capitanes y soldados que no le obedeciesen, y duró en sus protestas y requerimientos con tanta resolucion, que Narbaez, ciego ya de cólera y perdido el respeto á su persona y representacion, le hizo prender ignominiosamente, y dispuso que le llevasen luego á la isla de Cuba en uno de sus bajeles: de cuya ejecucion volvió escandalizado el padre fray Bartolomé de Olmedo sin otra respuesta; y lo quedaron tanto sus mismos capitanes y soldados, que los de mayor discurso viendo prender á un ministro de aquella suposicion, se hallaron obligados á mirar con alguna cautela por el servicio del rey; y los de menos punto con bastante materia para la murmuracion y el desafecto á su capitan; mejorándose con este atrevimiento de Narbaez la causa de Cortés en la inclinacion de los soldados, y sirviéndole como diligencias suyas los mismos desaciertos de su enemigo.

CAPITULO VII.

Persevera Motezuma en su buen ánimo para con los españoles de Cortés, y se tiene por improbable la mudanza que atribuyen algunos á diligencias de Narbaez: resuelve Cortés su jornada, y la ejecuta dejando en Méjico parte de su gente.

Asientan algunos de nuestros escritores, que Pánfilo de Narbaez introdujo pláticas de grande intimidad y confidencia con Motezuma: que iban y venian correos de Méjico á Zempoala, por cuyo medio le dió á entender que traia comision de su rey para castigar los desafueros y exorbitancias de Cortés: que no solo él, si no todos los que seguian sus banderas andaban foragidos y fuera de obediencia; y que habiendo sabido la opresion en que se hallaba su persona, trataria luego de marchar con su ejército para dejarle restituido en su libertad, y en pacífica posesion de sus dominios; con otras imposturas de semejante malignidad. A cuyas esperanzas dicen no solo que asintió Motezuma, pero que llegó á entenderse con él, y le hizo grandes presentes, recatándose de Cortés, y deseando romper su prision con ocultas diligencias. No sabemos cómo pudieron llegar á sus oidos estas sujestiones; porque Narbaez no tuvo intérpretes con que darse á entender á los indios, ni pudo introducir por su medio con el lenguaje de las señas tan concertada negociacion. De sus españoles solo vinieron á Méjico el licenciado Guevara con los demas que remitió Sandoval, y estos no hablaron reservadamente á Motezuma; ni cuando se diera en Cortés semejante descuido, pudieran hacer este razonamiento sin valerse de Aguilar y doña Marina: caso incompatible con lo que se refiere de su fidelidad. Débese creer que los indios zempoales conocieron de los semblantes y señas esteriores la enemistad y oposicion de aquellos dos ejércitos, cuya noticia dieron á Motezuma sus confidentes ó ministros: porque no es dudable que la tuvo antes que se la participase Cortés; pero de lo mismo que obró en esta ocasion se arguye que tenia el ánimo seguro, y sin alguna preocupacion de siniestros informes.

No se niega que hizo algunos presentes de consideracion á Narbaez; pero tampoco se colige de ellos que hubiese correspondencia entre los dos; porque aquellos príncipes solian usar este género de agasajo con los estranjeros que arribaban á sus costas, como se hizo con el ejército de Cortés, á quien pudo encubrir sin artificio esta demostracion, por ser materia sin novedad, ó por hacer menos caso de sus dádivas. Pero es de reparar que hasta en ellas mismas, fuesen ocultas ó ignoradas, hubo requisitos ó circunstancias casuales que aprovecharon al crédito de Cortés; porque al recibirlas descubrió Narbaez mas complacencia

ó mas aplicacion que fuera conveniente. Mandábalas guardar con demasiada cuenta y razon, sin dar alguna seña de su liberalidad á los que mas favorecia; y los soldados, que no conocen su avaricia cuando culpan la de sus capitanes, empezaron á desanimarse con este desengaño de sus esperanzas; y poniendo el propio interes entre las causas de la guerra, ó daban la razon á Cortés, ó se la quitaban al menos generoso.

Volvió finalmente de su jornada fray Bartolomé de Olmedo, y Hernan Cortés halló en su relacion lo mismo que recelaba de Narbaez: sintió el desprecio de sus proposiciones, menos por sí que por su razon, conoció en la prision del oidor cuán lejos estaba de atender al servicio del rey quien traia tan desenfrenada la osadía: oyó sin enojo, á lo menos esterior, las injurias y denuestos con que maltrataba sus ausencias, y ponderan justamente los autores, que llegando á su noticia por diversas partes el menosprecio con que hablaba de su persona, las indecencias de su estilo, y cuanto le repetia el oprobio de traidor, no se le oyó jamas una palabra descompuesta, ni dejar de llamar á Pánfilo de Narbaez por su nombre: ¡rara constancia ó predominio sobre sus pasiones, y digno siempre de envidia un corazon donde caben los agravios sin estorbar el sufrimiento!

Consolóle mucho con la noticia que le dió fray Bartolomé de Olmedo de la buena disposicion que habia reconocido en la gente de Narbaez, por la mayor parte deseosa de la paz, ó con poco afecto á sus dictámenes; y no desconfió de hacerle la guerra, ó traerle al ajustamiento que deseaba, con la fuerza, ó con la flojedad de sus mismos soldados. Comunicó uno y otro á sus capitanes, y considerados los inconvenientes que por todas partes ocurrian, se tuvo por el menor ó el menos aventurado salir á la campaña con el mayor número de gente que fuese posible, procurar incorporarse con los indios que se habian prevenido en Tlascala y Chinantla, y marchar unidos la vuelta de Zempoala; con presupuesto de hacer alto en algun lugar amigo, para volver á introducir desde mas cerca las pláticas de la paz; logrando la ventaja de capitular con las armas en la mano, y la conveniencia de asistir en paraje donde se pudiese recoger la gente de Narbaez, que se determinase á dejar su partido. Publicóse luego entre los soldados esta resolucion, y se recibió con notable aplauso y alegría. No ignoraban la desigualdad incomparable del ejército contrario; pero estuvieron á vista del peligro tan lejos del temor, que los de menos obligaciones hicieron pretension de salir á la empresa, y fue necesario que trabajasen el ruego y la autoridad, cuando llegó el caso de nombrar á los que se dejaron en Méjico: tanto se fiaban los unos en la prudencia, los otros en el valor, y los mas en la fortuna de su capitan, que así llamaban aquella repeticion estraordinaria de sucesos favorables con que solia conseguir cuanto intentaba: propiedad que puede mucho en el ánimo de los soldados; y pudiera mas, si supieran retribuir á su autor estos efectos inopinados que se llaman felicidades, porque vienen de causa no entendida.

Pasó luego Hernan Cortés al cuarto de Motezuma, prevenido ya de varios pretestos, para darle cuenta de su viaje, sin descubrirle su cuidado; pero él le obligó á tomar nueva senda en su discurso, dando principio á la conversacion. Recibióle diciendo: «que »habia reparado en que andaba cuidadoso; y sentia »que le hubiese recatado la ocasion, cuando por diferentes partes le avisaban que venia de mal ánimo »contra él y contra los suyos, aquel capitan de su nacion que residia en Zempoala; y que no estrañaba »tanto que fuesen enemigos por alguna querella particular, como que siendo vasallos de un rey, acaudillasen dos ejércitos de contraria faccion, en los »cuales era preciso que por lo menos el uno anduviese »fuera de su obediencia.» Esta noticia no esperada en Motezuma, y esta reconvencion que tenia fuerza de argumento, pudieran embarazar á Cortés; y no dejaron de turbarle interiormente: pero con aquella prontitud natural que le sacaba de semejantes aprietos; le respondió sin detenerse: «que los que habian »observado la mala voluntad de aquella gente, y las »amenazas imprudentes de su caudillo, le avisaban »la verdad; y él venia con ánimo de comunicársela, »no habiendo podido cumplir antes con esta obligacion, porque acababa de llegar el padre fray Bartolomé de Olmedo con el primer aviso de semejante »novedad. Que aquel capitan de su nacion, aunque »tan arrojado en las demostraciones de su enojo, no »se debia mirar como inobediente, sino como engañado en el servicio de su rey; porque venia despachado con voces de sustituto y lugar-teniente de »un gobernador poco advertido, que por residir en »provincia muy distante no sabia las últimas resoluciones de la córte, y estaba persuadido á que le »tocaba por su puesto la funcion de aquella embajada. »Pero que todo el aparato de tan frívola pretension »se desvaneceria fácilmente, sin mas diligencia que »manifestarle sus despachos, en cuya virtud se hallaba con plena jurisdiccion para que le obedeciesen »todos los capitanes y soldados que se dejasen ver en »aquellas costas: y antes que pasase á mayor empeño »su ceguedad, habia resuelto marchar á Zempoala con »parte de su gente, para disponer que se volviesen á »embarcar aquellos españoles, y darles á entender »que ya debian respetar los pueblos del imperio mejicano, como admitidos á la proteccion de su rey; lo »cual ejecutaria luego: siendo el principal motivo de »abreviar su jornada la justa consideracion de no permitir que se acercasen á su córte, por componerse »aquel ejército de gente menos atenta, y menos corregida que fuera razon, para fiarse de su vecindad, »sin riesgo de que pudiesen ocasionar alguna turbacion entre sus vasallos.»

Así procuró interesarle como pudo en su resolucion, y Motezuma, que sabia ya las vejaciones de que se quejaban los zempoales, alabó su atencion, teniendo por conveniente que se procurase apartar de su córte aquellos soldados de tan violento proceder; pero le pareció temeridad que habiéndose ya declarado por sus enemigos, y hallándose con fuerzas tan superiores á las suyas, se aventurase á la contingencia de que no le atendiesen ó le atropellasen. Ofrecióle formar ejército que le guardase las espaldas, cuyos cabos irian á su órden, y la llevarian de obedecerle y respetarle como á su misma persona: punto que procuró esforzar con diferentes instancias, en que se dejaba conocer el afecto sin alguna mezcla de afectacion: pero Hernan Cortés agradeció la oferta, y se defendió de admitirla; porque á la verdad fiaba poco de los mejicanos, y no quiso incurrir en el desacierto de admitir armas auxiliares que le pudiesen dominar: como quien sabia cuánto embaraza en las facciones de la guerra tener á un tiempo empeñada la frente y el lado receloso.

Suavizados en esta forma los motivos de su viaje, dió todo el cuidado á las demas prevenciones, con ánimo de volver á sus inteligencias antes que se moviese Narbaez. Resolvió dejar en Méjico hasta ochenta españoles á cargo de Pedro de Alvarado, que pareció á todos mas á propósito, porque tenia el afecto de Motezuma; y sobre ser capitan de valor y entendimiento, le ayudaban mucho la cortesanía y el despejo natural, para no ceder á las dificultades y pedir al ingenio lo que faltase á las fuerzas. Encargóle que procurase mantener á Motezuma en aquella especie de libertad que le hacia desconocer su prision; resistiendo cuanto fuese posible que se estrechase á pláticas secretas con los mejicanos: dejó á su cargo el tesoro del rey y de los particulares, y sobre todo le

advirtió «cuánto importaba conservar aquel pie de »su ejército en la córte y aquel príncipe á su devo- »cion:» presupuestos á que debia encaminar sus operaciones con igual vigilancia, por consistir en ellos la comun seguridad.

A los soldados ordenó «que obedeciesen á su ca- »pitan, que sirviesen y respetasen con mayor solici- »tud y rendimiento á Motezuma, que corriesen de »buena conformidad con su familia y los de su cor- »tejo,» exhortándolos por su misma seguridad á la union entre sí, y á la modestia con los demas.

Despachó correo á Gonzalo de Sandoval, ordenándole que le saliese á recibir, ó le esperase con los españoles de su cargo en el paraje donde pensaba detenerse, y que dejase la fortaleza de la Vera-Cruz á la confianza de los confederados, que seria poco menos que abandonarla; porque ya no era tiempo de mantenerse desunidos, ni aquella fortificacion que se fabricaba contra los indios, era capaz de resistir á los españoles. Previno los víveres que parecieron necesarios, para no ir á la providencia ó á la estorsion de los paisanos: hizo juntar los indios de carga que habian de conducir el bagaje; y tomando la mañana el dia de la marcha, dispuso que se dijese una misa del Espíritu Santo, y que la oyesen todos sus soldados, y encomendasen á Dios el buen suceso de aquella jornada: protestando en presencia del altar que solo deseaba su servicio y el de su rey, inseparables en aquella ocurrencia; y que iba sin ódio ni ambicion, puesta la mira en ambas obligaciones, y asegurado en lo mismo que abogaba por él la justicia de su causa.

Entró luego á despedirse de Motezuma, y le pidió con encarecimiento «que cuidase de aquellos pocos »españoles que dejaba en su compañía, que no los »desamparase ó descubriese con apartarse de ellos, »porque de cualquiera mudanza ó menos gratitud que »reconociesen los suyos, podian resultar graves in- »convenientes que pidiesen graves remedios; y que »sentiria mucho hallarse obligado á volver quejoso, »cuando iba tan reconocido: á que añadió: que Pe- »dro de Alvarado quedaba sustituyendo su persona; »y así, como le tocaban en su ausencia las preroga- »tivas de embajador, dejaba en él su misma obliga- »cion de asistir en un todo á su mayor servicio; y que »no desconfiaba de volver con mucha brevedad á su »presencia, libre de aquel embarazo, para recibir sus »órdenes, disponer su viaje, y llevar al emperador »con sus presentes la noticia de su amistad y con- »federacion, que seria la joya de su mayor aprecio.»

Volvióse á contristar Motezuma de que saliese con fuerzas tan desiguales. Pidióle «que si necesitase de »las armas para dar á entender su razon, procurase »dilatar el rompimiento hasta que llegasen los socor- »ros de su gente, que tendria prontos en el número »que le pidiese. Dióle palabra de no desamparar á los »españoles que dejaba con Pedro de Alvarado, ni »hacer mudanza en su habitacion pendiente su au- »sencia.» Y añade Antonio de Herrera que le salió acompañando largo trecho con todo el séquito de su córte; pero atribuye, con malicia voluntaria, esta demostracion á lo que deseaba verse libre de los españoles, suponiéndole ya desabrido y de mal ánimo contra Hernan Cortés y contra los suyos. Lo que vemos es que cumplió puntualmente su palabra, perseverando en aquel alojamiento, y en su primera benignidad, por mas que se le ofrecieron grandes turbaciones, que pudo remediar con volverse á su palacio; y tanto en lo que obró para defender á los españoles que le asistian, como en lo que dejó de obrar contra los demas en esta desunion de sus fuerzas se conoce que no hubo doblez ó novedad en su intencion. Es verdad que llegó á desear que se fuesen, porque le instaba la quietud de su república; pero nunca se determinó á romper con ellos, ni dejó de conocer el vínculo de la salvaguardia real en que vivian; y aunque parecen estas atenciones de príncipe menos bárbaro, y poco adecuadas á su condicion, fue una de las maravillas que obró Dios para facilitar esta conquista, la mudanza total de aquel hombre interior, porque la rara inclinacion y el temor reverencial que tuvo siempre á Cortés, se oponian derechamente á su altivez desenfrenada, y se deben mirar como dos afectos enemigos de su genio, que tuvieron de inspirados todo aquello que les faltaba de naturales.

CAPITULO VIII.

Marcha Hernan Cortés la vuelta de Zempoala, y sin conseguir la gente que tenia prevenida en Tlascala continúa su viaje hasta Matalequita, donde vuelve á las pláticas de la paz, y con nueva irritacion rompe la guerra.

Dióse principio á la marcha, y se fue siguiendo el camino de Cholula con todas las cautelas y resguardos que pedia la seguridad, y abrazaba fácilmente la costumbre de aquellos soldados, diestros en las puntualidades que ordena la milicia, y hechos á obedecer sin discurrir. Fueron recibidos en aquella ciudad con agradable prontitud, convertido ya en veneracion afectuosa el miedo servil con que vinieron á la obediencia. De allí pasaron á Tlascala, y media legua de aquella ciudad hallaron un lucido acompañamiento, que se componia de la nobleza y el senado. La entrada se celebró con notables demostraciones de alegría, correspondientes al nuevo mérito con que volvian los españoles por haber preso á Motezuma, y quebrantado el orgullo de los mejicanos: circunstancia que multiplicó entonces los aplausos y mejoró las asistencias. Juntóse luego el senado para tratar de la respuesta que se debia dar á Hernan Cortés sobre la gente de guerra que habia pedido á la república. Y aquí hallamos otra de aquellas discordancias de autores, que ocurren como frecuente infelicidad en estas narraciones de las Indias, obligando algunas veces á que se abrace lo mas verosímil, y otras á buscar trabajosamente lo posible. Dice Bernal Diaz que pidió cuatro mil hombres, y que se los negaron con pretesto de que no se atrevian sus soldados á tomar las armas contra españoles, porque no se hallaban capaces de resistir á los caballos y armas de fuego: y Antonio de Herrera que dieron seis mil hombres efectivos, y le ofrecian mayor número; los cuales refiere que se agregaron á las compañías de los españoles, y que á tres leguas de marcha se volvieron, por no estar acostumbrados á pelear lejos de sus confines. Pero como quiera que sucediese (que no todo se debe apurar), es cierto que no se hallaron los tlascaltecas en esta faccion: pidiólos Hernan Cortés mas por hacer ruido á Narbaez, que porque se fiase de sus armas, ni fuese de codiciar su estilo de pelear contra enemigos españoles; pero tambien es cierto que salió de aquella ciudad sin queja suya ni desconfianza de los tlascaltecas; porque los buscó despues, y los halló cuando los hubo menester contra otros indios, en cuyos combates eran valientes y resueltos, como lo asegura el haber conservado su libertad á despecho de los mejicanos, tan cerca de su córte, y en tiempo de un príncipe que tenia su mayor vanidad en el renombre de conquistador.

Detúvose poco el ejército en Tlascala, y alargando los tránsitos, pasó á Matalequita, lugar de indios amigos, distante doce leguas de Zempoala, donde llegó casi al mismo tiempo Gonzalo de Sandoval con la gente de su cargo, y siete soldados mas, que se pasaron á la Vera-Cruz del ejército de Narbaez el dia siguiente á la prision del oidor, teniendo por sospechoso aquel partido. Supo de ellos Hernan Cortés cuanto pasaba en el cuartel de su enemigo, y Gon-

zalo de Sandoval le dió mas frescas noticias de todo, porque antes de partir tuvo inteligencia para introducir en Zempoala dos soldados españoles, que imitaban con propiedad los ademanes y movimientos de los indios, y no les desayudaba el color para la semejanza. Estos se desnudaron con alegre solicitud, y cubriendo parte de su desnudez con los arreos de la tierra, entraron al amanecer en Zempoala con dos banastas de frutas sobre la cabeza; y puestos entre los demas que manejaban este género de grangería, la fueron trocando á cuenta de vidrio, tan diestros en fingir la simplicidad y la codicia de los paisanos, que nadie hizo reparo en ellos; con que pudieron discurrir por la villa, y escapar á su salvo con la noticia que buscaban; pero no contentos con esta diligencia, y deseando tambien llevar averiguado con qué género de guardias pasaba la noche aquel ejército volvieron á entrar con segunda carga de yerba entre algunos indios que salian á forragear; y no solo reconocieron la poca vigilancia del cuartel, pero la comprobaron, trayendo á la Vera-Cruz un caballo que pudieron sacar de la misma plaza, sin que hubiese quien se lo embarazase; y acertó á ser del capitan Salvatierra, uno de los que mas irritaban á Narbaez contra Hernan Cortés: circunstancia que dió estimacion á la presa. Hicieron estos esploradores por su fama cuanto cupo en la industria y el valor; y se callaron desgraciadamente sus nombres en una faccion tan bien ejecutada, y en una historia donde se hallan á cada paso hazañas menores con dueño encarecido.

Fundaba Cortés parte de sus esperanzas en la corta milicia de aquella gente; y el descuido con que gobernaba su cuartel Pánfilo de Narbaez le traia varios designios á la imaginacion: podia nacer de lo mismo que desestimaba sus fuerzas, y así lo conocia; pero no le pesaba de verlas tan desacreditadas que produjesen aquella seguridad en el ejército contrario, la cual favorecia su intento, y á su parecer militaba de su parte, en que discurria sobre buenos principios; siendo evidente que la seguridad es enemiga del cuidado, y ha destruido á muchos capitanes. Débese poner entre los peligros de la guerra, porque ordinariamente cuando llega el caso de medir las fuerzas, queda mejor el enemigo despreciado. Trató de abreviar sus disposiciones y estrechar á Narbaez con las instancias de la paz que por su parte debian preceder al rompimiento.

Hizo reseña de su gente, y se halló con doscientos sesenta y seis españoles, inclusos los oficiales y los soldados que vinieron con Gonzalo de Sandoval, sin los indios de carga que fueron necesarios para el bagaje. Despachó segunda vez al padre fray Bartolomé de Olmedo, para que volviese á porfiar en el ajustamiento, y le avisó brevemente del poco efecto que producian sus diligencias. Pero deseando hacer algo mas por la razon, ó ganar algun tiempo en que pudiesen llegar los dos mil indios que aguardaba de Chinantla, determinó enviar al capitan Juan Velazquez de Leon, creyendo que por su autoridad y por el parentesco de Diego Velazquez seria mejor admitida su mediacion. Tenia esperimentada su fidelidad, y pocos dias antes le habia repetido las ofertas de morir á su lado, con ocasion de poner en sus manos una carta que le escribió Narbaez, llamándole á su partido con grandes conveniencias: demostracion á cuyo agradecimiento correspondió Hernan Cortés, fiando entonces de su ingenuidad y entereza tan peligrosa negociacion.

Creyeron todos cuando llegó á Zempoala que iba reducido á seguir las banderas de su pariente; y Narbaez salió á recibirle con grande alborozo; pero cuando llegó á entender su comision, y conoció que se iba empeñando en apadrinar la razon de Cortés, atajó el razonamiento, y se apartó de él con alguna desazon, aunque no sin esperanzas de reducirle; porque antes de volver á la plática ordenó que se hiciese un alarde á sus ojos de toda su gente, deseando al parecer atemorizarle, ó convencerle con aquella vana ostentacion de sus fuerzas. Aconsejáronle algunos que le prendiese, pero no se atrevió, porque tenia muchos amigos en aquel ejército; antes le convidó á comer el dia siguiente, y convidó tambien á los capitanes de su confidencia, para que le ayudasen á persuadirle. Diéronse á la urbanidad y cumplimiento los principios de la conversacion; pero á breve rato se introdujo la murmuracion de Cortés entre las licencias del banquete, y aunque procuró disimular Juan Velazquez por no destruir el negocio de su cargo, pasando á términos indecentes la irrision y el desacato, no se pudo contener en el desaire de su paciencia, y dijo en voz alta y descompuesta: «que pasasen á »otra plática, porque delante de un hombre como él »no debian tratar como ausente á su capitan; y que »cualquiera dellos que no tuviese á Cortés y á »cuantos le seguian por buenos vasallos del rey, »se lo dijese con menos testigos, y le desengañaria »como quisiese.» Callaron todos, y calló Pánfilo de Narbaez, como embarazado en la dificultad de la respuesta; pero un capitan mozo, sobrino de Diego Velazquez, y de su mismo nombre, se adelantó á decirle: «que no tenia sangre de Velazquez, ó la tenia »indignamente quien apadrinaba con tanto empeño »la causa de un traidor:» á que respondió Juan Velazquez desmintiéndole, y sacando la espada con tanta resolucion de castigar su atrevimiento, que trabajaron todos en reprimirle; y últimamente le instaron en que se volviese al real de Cortés, porque temieron los inconvenientes que podria ocasionar su detencion; y él lo ejecutó luego, llevándose consigo al padre fray Bartolomé de Olmedo, y diciendo al partir algunas palabras poco advertidas, que hacian á su venganza, ó la trataban como decision del rompimiento.

Quedaron algunos de los capitanes mal satisfechos de que Narbaez le dejase volver sin ajustar el duelo de su pariente, para oirle y despacharle bien ó mal, segun lo que de nuevo representase; á cuyo propósito decian: «que una persona de aquella suposicion y »autoridad, se debia tratar con otro género de aten»cion: que de su juicio y entereza no se podia creer »que hubiese venido con proposiciones descamina»das, ó menos razonables: que las puntualidades de »la guerra nunca llegaban á impedir la franqueza de »los oidos; ni era buena política, ó buen camino de »poner en cuidado al enemigo, darle á entender que »se temia su razon:» discursos que pasaron de los capitanes á los soldados, con tanto conocimiento de la poca justificacion con que se procedia en aquella guerra, que Pánfilo de Narbaez necesitó para sosegarlos de nombrar persona que fuese á disculpar en su nombre y el de todos aquella falta de urbanidad, y á saber de Cortés á qué punto se reducia la comision de Juan Velazquez de Leon; para cuya diligencia eligieron él y los suyos al secretario Andres de Duero, que por menos apasionado contra Hernan Cortés, pareció á propósito para la satisfaccion de los mal contentos; y por criado de Diego Velazquez no desmereció la confianza de los que procuraban estorbar el ajustamiento.

Hernan Cortés entre tanto, con las noticias que llevaron fray Bartolomé de Olmedo y Juan Velazquez de Leon, entró en conocimiento de que habia cumplido sobradamente con las diligencias de la paz; y teniendo ya por necesario el rompimiento, movió su ejército con ánimo de acercarse mas, y ocupar algun puesto ventajoso donde aguardar á los chinantecas y aconsejarse con el tiempo.

Iba continuando su marcha cuando volvieron los batidores con noticias de que venia de Zempoala el secretario Andres de Duero; y Hernan Cortés, no sin

esperanza de alguna favorable novedad, se adelantó á recibirle. Saludáronse los dos con igual demostracion de su afecto: renováronse con los abrazos, ó se volvieron á formar los antiguos vínculos de su amistad: concurrieron al aplauso de su venida todos los capitanes, y antes de llegar á lo inmediato de la negociacion, le hizo Cortés algunos presentes mezclados con mayores ofertas. Detúvose hasta otro dia despues de comer, y en este tiempo se apartaron los dos á diferentes conferencias de grande intimidad. Discurriéronse algunos medios, en órden á la union de ambos partidos, con deseo de hallar camino para reducir á Narbaez, cuya obstinacion era el único impedimento de la paz. Llegó Cortés á ofrecer que le dejaria la empresa de Méjico, y se apartaria con los suyos á otras conquistas: y Andres de Duero, viéndole tan liberal con su enemigo, le propuso que se viese con él, pareciéndole que podria conseguir de Narbaez este abocamiento, y que se vencerian mejor las dificultades con la presencia y viva voz de las partes. Dicen unos que llevaba órden para introducir esta plática: otros que fue pensamiento de Cortés; y concuerdan todos en que se ajustaron las vistas de ambos capitanes luego que volvió Andres de Duero á Zempoala; por cuya solicitud se hizo capitulacion auténtica, señalando la hora y el sitio donde habia de ser la conferencia, y asegurando cada uno con su palabra y su firma, que saldrian al puesto señalado con solos diez compañeros, para que fuesen testigos de lo que se discurriese y ajustase.



Prision de Pánfilo de Narbaez.

Pero al mismo tiempo que se disponia Hernan Cortés para dar cumplimiento por su parte á lo capitulado, le avisó de secreto Andres de Duero que se andaba previniendo una emboscada, con ánimo de prenderle ó matarle sobre seguro; cuya noticia (que se confirmó tambien por otros confidentes) le obligó á darse por entendido con Narbaez de que habia descubierto el doblez de su trato; y con el primer calor de su enojo le escribió una carta rompiendo la capitulacion, y remitiendo á la espada su desagravio. Llevábale ciegamente á las manos de su enemigo la misma nobleza de su proceder, y acertaba mal á disculpar con los suyos aquella falta de cautela, ó precipitada sinceridad con que se fiaba de Narbaez, teniendo conocida su intencion ó mala voluntad; pero nadie pudo acusarle de poco advertido capitan en esta confianza, siendo el rompimiento de la palabra en semejantes convenciones una de las malignidades que no se deben recelar del enemigo; porque las supercherias no están en el número de las estratagemas,

ni caben estos engaños que manchan el pundonor en toda la malicia de la guerra.

CAPITULO IX.

Prosigue su marcha Hernan Cortés hasta una legua de Zempoala: sale con su ejército en campaña Pánfilo de Narbaez: sobreviene una tempestad y se retira: con cuya noticia resuelve Cortés acometerle en su alojamiento.

Quedó Hernan Cortés mas animoso que irritado con esta última sinrazon de Narbaez, pareciéndole indigno de su temor un enemigo de tan humildes pensamientos; y que no fiaba mucho de su ejército ni de sí, quien trataba de asegurar la victoria con detrimento de la reputacion. Siguió su marcha en mas que ordinaria diligencia, no porque tuviese resuelta la faccion, ni discurridos los medios, sino porque llevaba el corazon lleno de esperanzas, madrugando á confortar su resolucion aquellas premisas que suelen venir delante de los sucesos. Asentó su cuartel una legua de Zempoala en paraje defendido por la frente del rio que llamaban de Canoas, y abrigado por las espaldas con la vecindad de la Vera-Cruz, donde le dieron unas caserías ó habitaciones: bastante comodidad para que se reparase la gente de lo que habia padecido con la fuerza del sol y prolijidad del camino. Hizo pasar algunos batidores y centinelas á la otra parte del rio, y dando el primer lugar al descanso de su ejército, reservó para despues el discur-



Visita Hernan Cortés á Pánfilo de Narbaez.

rir con sus capitanes lo que se hubiese de intentar, segun las noticias que llegasen del ejército contrario, donde tenia ganados algunos confidentes, y estaba creyendo que lo habian de ser en la ocasion cuantos aborrecian aquella guerra; cuyo presupuesto y las cortas esperiencias de Narbaez, le dieron bastante seguridad para que pudiese acercarse tanto á Zempoala sin falta de precaucion ó nota de temeridad.

Llegó á Narbaez la noticia del paraje donde se hallaba su enemigo; y mas apresurado que diligente, ó con un género de celeridad embarazada que tocaba en turbacion, trató de sacar su ejército en campaña. Hizo pregonar la guerra, como si ya no estuviera pública: señaló dos mil pesos de talla por la cabeza de Cortés: puso en precio menor las de Gonzalo de Sandoval y Juan Velazquez de Leon: mandaba muchas cosas á un tiempo sin olvidarse de su enojo: mezclábanse las órdenes con las amenazas; y todo era despreciar al enemigo con apariencias de temerle. Puesto en órden el ejército, menos por su disposicion que por lo que acertaron sin obedecer sus capitanes, marchó como un cuarto de legua con todo el grueso, y resolvió hacer alto para esperar á Cortés en campo abierto: persuadiéndose á que venia tan desalumbrado que le habia de acometer donde pudiese lograr todas sus ventajas el mayor número de su gente. Duró en este sitio y en esta credulidad todo el dia, gastando el tiempo y engañando la imaginacion con varios discursos de alegre confianza: conceder el pillaje á los soldados: enriquecer con el tesoro de Méjico á los capitanes; y hablar mas en la victoria que en la batalla. Pero al caer el sol se levantó un nublado que adelantó la noche, y empezó á despedir tanta cantidad de agua, que aquellos soldados maldijeron la salida, y clamaron por volverse al cuartel: en cuya impaciencia entraron poco despues los capitanes, y no se trabajó mucho en reducir á Narbaez, que sentia tambien su incomodidad, faltando en todos la cos-

tumbre de resistir á las inclemencias del tiempo, y en muchos la inclinacion á un rompimiento de tantos inconvenientes.

Habia llegado poco antes aviso de que se mantenia Cortés de la otra parte del rio, de que no sin alguna disculpa congeturaron que no habia que recelar por aquella noche; y como nunca se halla con dificultad la razon que busca el deseo, dieron todos por conveniente la retirada y la pusieron en ejecucion desconcertadamente, caminando al cubierto menos como soldados que como fugitivos.

No permitió Narbaez que su ejército se desuniese aquella noche; mas porque discurrió en salir temprano á la campaña, que porque tuviese algun recelo de Cortés; aunque afectó por lo demas el cuidado á que obligaba la cercanía del enemigo. Alojáronse todos en el adoratorio principal de la villa, que constaba de tres torreones ó capillas poco distantes, sitio eminente y capaz; á cuyo plano se subia por unas gradas pendientes y desabridas que daban mayor seguridad á la eminencia.

Guarneció con su artillería el pretil que servia de remate á las gradas. Eligió para su persona el torreon de en medio, donde se retiró con algunos capitanes, y hasta cien hombres de su confidencia, y repartió en los otros dos el resto de la gente: dispuso que saliesen algunos caballos á correr la campaña: nombró dos centinelas que se alargasen á reconocer las avenidas; y con estos resguardos, que á su parecer no dejaban que desear á la buena disciplina, dió al sosiego lo que restaba de la noche, tan lejos el peligro de su imaginacion, que se dejó rendir al sueño con poca ó ninguna resistencia del cuidado.

Despachó luego Andres de Duero á Hernan Cortés un confidente suyo que pudo echar fuera de la plaza con poco riesgo para que á boca le diese cuenta de la retirada y de la forma en que se habia dispuesto el alojamiento; mas por asegurarle amigablemente que podia pasar la noche sin recelo, que por advertirle ó provocarle á nuevos designios. Pero él con esta noticia tardó poco en determinarse á lograr la ocasion que á su parecer le convidaba con el suceso. Tenia premeditados todos los lances que se le podian ofrecer en aquella guerra, y alguna vez se deben cerrar los ojos á las dificultades, porque suelen parecer mayores desde lejos, y hay casos en que daña el discurrir al ejecutar. Convocó su gente sin mas dilacion, y la puso en órden aunque duraba la tempestad; pero aquellos soldados, endurecidos ya en mayores trabajos, obedecieron sin hacer caso de su incomodidad, ni preguntar la ocasion de aquel movimiento inopinado: tanto se dejaban á la providencia de su capitan. Pasaron el rio con el agua sobre la cintura, y vencida esta dificultad, hizo á todos un breve razonamiento en que les comunicó lo que llevaba discurrido, sin poner duda en su resolucion, ni cerrar las puertas al consejo. Dióles noticia de la turbacion con que se habian retirado los enemigos buscando el abrigo de su cuartel contra el rigor de la noche, y de la separacion y desórden con que habian ocupado los torreones del adoratorio: ponderó el descuido y seguridad en que se hallaban: la facilidad con que podian ser asaltados antes que llegasen á unirse, ó tuviesen lugar para doblarse; y viendo que no solo se aprobaba, pero se aplaudia la proposicion, «esta »noche: prosiguió diciendo con nuevo fervor: esta »noche, amigos, ha puesto el cielo en nuestras manos »la mayor ocasion que se pudiera fingir nuestro »deseo: vereis ahora lo que fio de vuestro valor, y »yo confesaré que vuestro mismo valor hace grandes »mis intentos. Poco há que aguardábamos á nuestros »enemigos con esperanzas de vencerlos al reparo de »esa ribera: ya los tenemos descuidados y desunidos, »militando por nosotros el mismo desprecio con que nos »tratan. De la impaciencia vergonzosa con que des»ampararon la campaña, huyendo esos rigores de la »noche, pequeños males de la naturaleza, se colige »cómo estarán en el sosiego unos hombres que le »buscaron con flojedad y le disfrutan sin recelo. »Narbaez entiende poco de las puntualidades á que »obligan las contingencias de la guerra. Sus soldados »por la mayor parte son bisoños, gente de la primera »ocasion que no ha menester la noche para moverse »con desacierto y ceguedad: muchos se hallan des»obligados ó quejosos de su capitan, no faltan algu»nos á quien debe inclinacion nuestro partido: ni »son pocos los que aborrecen como voluntario este »rompimiento; y suelen pesar los brazos cuando se »mueven contra el dictámen ó contra la voluntad: »unos y otros se deben tratar como enemigos hasta »que se declaren; porque si ellos no vencen hemos »de ser nosotros los traidores. Verdad es que nos »asiste la razon: pero en la guerra es la razon enemi»ga de los negligentes, y ordinariamente se quedan »con ella los que pueden mas. A usurparos vienen »cuanto habeis adquirido: no aspiran á menos que »hacerse dueños de vuestra libertad, de vuestras »haciendas y de vuestras esperanzas: suyas se han »de llamar nuestras victorias: suya la tierra que »habeis conquistado con vuestra sangre: suya la »gloria de vuestras hazañas: y lo peor es que con el »mismo pie que intentan pisar nuestra cerviz, quie»ren atropellar el servicio de nuestro rey, y atajar »los progresos de nuestra religion: porque se han de »perder si nos pierden; y siendo suyo el delito, han »de quedar en duda los culpados. A todo se ocurre »con que obreis esta noche como acostumbrais: »mejor sabreis ejecutarlo que yo discurrirlo: alto á »las armas y á la costumbre de vencer: Dios y el rey »en el corazon, el pundonor á la vista, y la razon en »las manos, que yo seré vuestro compañero en el »peligro, y entiendo menos de animar con las pala»bras que de persuadir con el ejemplo.»

Quedaron tan encendidos los ánimos con esta oracion de Cortés, que hacian instancia los soldados sobre que no se dilatase la marcha. Todos le agradecieron el acierto de la resolucion, y algunos le protestaron, que si trataba de ajustarse con Narbaez le habian de negar la obediencia: palabras de hombres resueltos que no le sonaron mal, porque hacian al brio mas que al desacato. Formó sin perder tiempo tres pequeños escuadrones de su gente, los cuales se habian de ir sucediendo en el asalto. Encargó el primero á Gonzalo de Sandoval con setenta hombres, en cuyo número fueron comprendidos los capitanes Jorge y Gonzalo de Alvarado, Alonso Dávila, Juan Velazquez de Leon, Juan Nuñez de Mercado, y nuestro Bernal Diaz del Castillo. Nombró por cabo del segundo al maestre de campo Cristóbal de Olid, con otros setenta hombres, y asistencia de Andres de Tapia, Rodrigo Rangel, Juan Xaramillo y Bernardino Vazquez de Tapia; y él se quedó con el resto de la gente, y con los capitanes Diego de Ordaz, Alonso de Grado, Cristóbal y Martin de Gamboa, Diego Pizarro y Domingo de Alburquerque. La órden fue que Gonzalo de Sandoval con su vanguardia procurase vencer la primera dificultad de las gradas, y embarazar el uso de la artillería; dividiéndose á estorbar la comunicacion de los dos torreones de los lados, y poniendo gran cuidado en el silencio de su gente: que Cristóbal de Olid subiese inmediatamente con mayor diligencia y embistiese al torreon de Narbaez, apretando el ataque á viva fuerza; y él seguiria con los suyos para dar calor y asistir donde llamase la necesidad, rompiendo entónces las cajas y demas estruendos militares para que su misma novedad diese al asombro y á la confusion el primer movimiento del enemigo.

Entró luego fray Bartolomé de Olmedo con su exhortacion espiritual, y asentado el presupuesto de

que iban á pelear por la causa de Dios, los dispuso á que hiciesen de su parte lo que debian para merecer su favor. Habia una cruz en el camino que fijaron ellos mismos cuando pasaron á Méjico; y puesto de rodillas delante de ella todo el ejército, les dictó un acto de contricion que iban repitiendo con voz afectuosa: mandóles decir la confesion general, y bendiciéndolos despues con la forma de la absolucion, dejó en sus corazones otro espíritu de mejor calidad, aunque parecido al primero; porque la quietud de la conciencia quita el horror á los peligros ó mejora el desprecio de la muerte.

Concluida esta piadosa diligencia formó Hernan Cortés sus tres escuadrones: puso en su lugar las picas y las bocas de fuego: repitió las órdenes á los cabos: encargó á todos el silencio: dió por seña y por invocacion el nombre del Espíritu Santo, en cuya pascua sucedió esta interpresa, y empezó á marchar en la misma ordenanza que se habia de acometer, caminando muy poco á poco porque llegase descansada la gente, y por dar tiempo á la noche para que se apoderase mas del enemigo; de cuya ciega seguridad y culpable descuido pensaba servirse para vencerle á menos costa, sin quedarle algun escrúpulo de que obraba menos valerosamente que solia en este género de insidias generosas, que llamó la antigüedad delitos de emperadores ó capitanes generales: siendo los engaños que no se oponen á la buena fé, lícitas permisiones del arte militar, y disputable la preferencia entre la industria y el valor de los soldados.

CAPITULO X.

Llega Hernan Cortés á Zempoala, donde halla resistencia: consigue con las armas la victoria: prende á Narbaez, cuyo ejército se reduce á servir debajo de su mano.

HABRIA marchado el ejército de Cortés algo mas de media legua cuando volvieron los batidores con una centinela de Narbaez que cayó en sus manos, y dieron noticia que se les habia escapado entre la maleza otra que venia poco despues: accidente que destruia el presupuesto de hallar descuidado al enemigo. Hízose una breve consulta entre los capitanes, y vinieron todos en que no era posible que aquel soldado, caso que hubiese descubierto el ejército, se atreviese por entonces á seguir el camino derecho, siendo mas verosímil que tomase algun rodeo por no dar en el peligro: de que resultó, con aplauso comun, la resolucion de alargar el paso para llegar antes que la espía, ó entrar al mismo tiempo en el cuartel de los enemigos: suponiendo que si no se lograse la ventaja de asaltarlos dormidos, se conseguiria por lo menos la de hallarlos mal despiertos, y en el preciso embarazo de la primera turbacion. Así lo discurrieron sin detenerse, y empezaron á marchar en mayor diligencia, dejando en un ribazo fuera del camino los caballos, el bagaje y los demas impedimentos. Pero la centinela que debió á su miedo parte de su agilidad, consiguió el llegar antes, y puso en arma el cuartel diciendo á voces que venia el enemigo. Acudieron á las armas los que se hallaron mas prontos: lleváronle á la presencia de Narbaez, y él despues de hacerle algunas preguntas, despreció el aviso y al que le traia, teniendo por impracticable que se atreviese Cortés á buscarle con tan poca gente dentro de su alojamiento, ni pudiese campear en noche tan oscura y tempestuosa.

Serian poco mas de las doce cuando llegó Hernan Cortés á Zempoala, y tuvo dicha en que no le descubriesen los caballos de Narbaez, que al parecer perdieron el camino con la oscuridad, si no se apartaron de él para buscar algun abrigo en que defenderse del agua. Pudo entrar en la villa, y llegar con su ejército á vista del adoratorio, sin hallar un cuerpo de guardia, ni una centinela en que detenerse. Duraba entonces la disputa de Narbaez con el soldado que se afirmaba de haber reconocido, no solamente los batidores, sino todo el ejército en marcha diligente; pero se buscaban todavía pretestos á la seguridad, y se perdia en el exámen de la noticia el tiempo que, aun siendo incierta, se debia lograr en la prevencion. La gente andaba inquieta y desvelada cruzando por el atrio superior: unos dudosos, y otros en la inteligencia de su capitan; pero todos con las armas en las manos, y poco menos que prevenidos.

Conoció Hernan Cortés que le habian descubierto; y hallándose ya en el segundo caso que llevaba discurrido, trató de asaltarlos antes que se ordenasen. Hizo la seña de acometer, y Gonzalo de Sandoval con su vanguardia empezó á subir las gradas segun el órden que llevaba. Sintieron el rumor algunos de los artilleros que estaban de guardia, y dando fuego á dos ó tres piezas, tocaron al arma segunda vez, sin dejar duda en la primera. Siguióse al estruendo de la artillería el de las cajas y las voces, y acudieron luego á la defensa de las gradas los que se hallaron mas cerca. Creció brevemente la oposicion: estrechóse á las picas y á las espadas el combate; y Gonzalo de Sandoval hizo mucho en mantenerse forcejeando á un tiempo con el mayor número de la gente, y con la diferencia del sitio inferior; pero le socorrió entonces Cristóbal de Olid; y Hernan Cortés dejando formado su reten, se arrojó á lo mas ardiente del conflicto, y facilitó el avance de unos y otros, obrando con la espada lo que infundia con la voz, á cuyo esfuerzo no pudieron resistir los enemigos, que tardaron poco en dejar libre la última grada, y poco mas en retirarse desordenadamente, desamparando el atrio y la artillería. Huyeron muchos á sus alojamientos, y otros acudieron á cubrir la puerta del torreon principal, donde se volvió á pelear breve rato con igual valor de ambas partes.

Dejóse ver á este tiempo Pánfilo de Narbaez, que se detuvo en armarse á persuasion de sus amigos; y despues de animar á los que peleaban, y hacer cuanto pudo para ordenarlos, se adelantó con tanto denuedo á lo mas recio del combate, que hallándose cerca Pedro Sanchez Farfan, uno de los soldados que asistian á Sandoval, le dió un picazo en el rostro, de cuyo golpe le sacó un ojo y derribó en tierra sin mas aliento que el que hubo menester para decir que le habian muerto. Corrió esta voz entre sus soldados, y cayó sobre todos el espanto y la turbacion con varios efectos, porque unos le desampararon ignominiosamente; otros se detuvieron por falta de movimiento, y los que mas se quisieron esforzar á socorrerle peleaban embarazados y confusos del súbito accidente: con que se hallaron obligados á retroceder, dando lugar á los vencedores para que le retirasen. Bajáronle por las gradas poco menos que arrastrando. Envió Cortés á Gonzalo de Sandoval para que cuidase de asegurar su persona, lo cual se ejecutó entregándole al último escuadron; y el que poco antes miraba con tanto descuido aquella guerra, se halló al volver en sí, no solo con el dolor de su herida, sino en poder de sus enemigos, y con dos pares de grillos que le ponian mas lejos su libertad.

Llegó el caso de cesar la batalla porque cesó la resistencia. Encerráronse todos los de Narbaez en sus torreones tan amedrentados, que no se atrevian á disparar, y solo cuidaban de poner estorbos á la entrada. Los de Cortés apellidaron á voces la victoria, unos por Cortés y otros por el rey, y los mas atentos por el Espíritu Santo: gritos de alborozo anticipado que ayudaron entonces al terror de los enemigos, y fue circunstancia que hizo al caso en aquella coyun-

tura que se persuadiesen los mas á que traia Cortés un ejército muy poderoso: el cual á su parecer ocupaba gran parte de la campaña; porque desde las ventanas de su encerramiento descubrian á diferentes distancias algunas luces que interrumpiendo la oscuridad parecian á sus ojos cuerdas encendidas y tropas de arcabuceros, siendo unos gusanos que resplandecen de noche, semejantes á nuestras lucernas ó noctilucas, aunque de mayor tamaño y resplandor en aquel hemisferio: aprension que hizo particular batería en el vulgo del ejército, y que dejó dudosos á los que mas se animaban: tanto engaña el temor á los afligidos, y tanto se inclinan los adminículos menores de la casualidad á ser parciales de los afortunados.

Mandó Cortés que cesasen las aclamaciones de la victoria; cuya credulidad intempestiva suele dañar en los ejércitos, y se debe atajar, porque descuida y desordena los soldados. Hizo volver la artillería contra los torreones: dispuso que á guisa de pregon se publicase indulto general á favor de los que se rindiesen: ofreciendo partidos razonables y comunicacion de intereses á los que se determinasen á seguir sus banderas: libertad y pasaje á los que se quisiesen retirar á la isla de Cuba; y á todos salva la ropa y las personas: diligencia que fue bien discurrida, porque importó mucho que se hiciese notoria esta manifestacion de su ánimo antes que el dia, cuya primera luz no estaba lejos, desengañase aquella gente de las pocas fuerzas que los tenian oprimidos, y les diese resolucion para cobrarse de la pusilanimidad mal concebida: que algunas veces el miedo suele hacerse temeridad, avergonzando al que le tuvo con poco fundamento.

Apenas se acabó de intimar el bando á las tres separaciones donde se habia retraido la gente, cuando empezaron á venir tropas de oficiales y soldados á rendirse. Iban entregando las armas como llegaban, y Cortés sin faltar á la urbanidad ni al agasajo, hizo tambien desarmar á sus confidentes, porque no se les conociese la inclinacion, ó porque diesen ejemplo á los demas. Creció tanto en breve tiempo el número de los rendidos, que fue necesario dividirlos y asegurarlos con guardia suficiente, hasta que saliendo el dia se descubriesen las caras y los efectos.

Cuidó en este intermedio Gonzalo de Sandoval de que se curase la herida de Narbaez; y Hernan Cortés que acudia incansablemente á todas partes, y tenia en aquella su principal cuidado, se acercó á verle con algun recato por no afligirle con su presencia; pero le descubrió el respeto de sus soldados; y Narbaez volviéndole á mirar con semblante de hombre que no acababa de conocer su fortuna, le dijo: «tened en »mucho, señor capitan, la dicha que habeis consegui»do en hacerme vuestro prisionero.» A que le respondió Cortés: «de todo, amigo, se deben las gracias á »Dios; pero sin género de vanidad os puedo asegurar »que pongo esta victoria y vuestra prision entre las »cosas menores que se han obrado en esta tierra.»

Llegó entonces noticia de que se resistia con obstinacion uno de los torreones donde se habian hecho fuertes el capitan Salvatierra y Diego Velazquez el mozo, deteniendo con su autoridad y persuasiones á los soldados que se hallaban con ellos. Volvió Cortés á subir las gradas: hízoles intimar que se rindiesen, ó serian tratados con todo el rigor de la guerra; y viéndolos resueltos á defenderse ó capitular, dispuso, no sin alguna cólera, que se disparasen al torreon dos piezas de artillería, y poco despues ordenó á los artilleros que levantasen la mira y diesen la carga en lo alto del edificio, mas para espantar que para ofender. Así lo ejecutaron, y no fue necesaria mayor diligencia para que saliesen muchos á pedir cuartel, dejando libre la entrada de la torre que acabó de allanar Juan Velazquez de Leon con una escuadra de los suyos: prendieron á los capitanes Salvatierra y Velazquez, enemigos declarados, de quien se podia temer que aspirasen á ocupar el vacío de Narbaez, con que se declaró enteramente la victoria por Cortés. Murieron de su parte solo dos soldados, y hubo algunos heridos, de los cuales hay quien diga que murieron otros dos. En el ejército contrario quedaron muertos quince soldados, un alferez y un capitan, y fue mucho mayor el número de los heridos. Narbaez y Salvatierra fueron llevados á la Vera-Cruz con la guardia que pareció necesaria. Quedó prisionero de Juan Velazquez de Leon Diego Velazquez el mozo; y aunque le tenia justamente irritado con el lance de Zempoala, cuidó con particular asistencia de su cura y regalo: generosidad en que medió como intercesora la igualdad de la sangre, y como superior la nobleza del ánimo. Y todo esto quedó ejecutado antes de amanecer. ¡notable faccion! en que se midieran por instantes los aciertos de Cortés, y los deslumbramientos de Narbaez.

Al romper el alba llegaron los dos mil chinantecas que se habian prevenido; y aunque vinieron despues de la victoria, celebró Cortés el socorro, teniéndole por oportuno para que viesen los de Narbaez que no le faltaban amigos que le asistiesen. Miraban aquellos pobres rendidos con vergüenza y confusion el estado en que se hallaban: dióles el dia con su ignominia en los ojos: vieron llegar este socorro, y conocieron las pocas fuerzas con que se habia conseguido la victoria: maldecian la confianza de Narbaez: acusaban su descuido, y todo cedia en mayor estimacion de Cortés, cuya vigilancia y ardimiento ponderaban con igual admiracion. Prerogativa es del valor, en la guerra particularmente, que no le aborrezcan los mismos que le envidian: pueden sentir su fortuna los perdidosos; pero nunca desagradan al vencido las hazañas del vencedor: máxima que se verificó en esta ocasion, porque cada uno sin fiarse de los demas, se iba inclinando á mejorar de capitan, y á seguir las banderas de un ejército donde vencian y medraban los soldados. Habia entre los prisioneros algunos amigos de Cortés, muchos aficionados á su valor y muchos á su liberalidad. Rompieron los amigos el velo de la disimulacion: dieron principio á sus aclamaciones, con que se declararon luego los aficionados, siguiendo á la mayor parte los demas. Permitióse que fuesen llegando á la presencia del nuevo capitan, arrojáranse muchos á sus pies, si él no los detuviera con los brazos: dieron todos el nombre haciendo pretension de ganar antigüedad en las listas: no hubo entre tantos uno que se quisiese volver á la isla de Cuba; y logró con esto Hernan Cortés el principal fruto de su empresa, porque no deseaba tanto vencer como conquistar aquellos españoles. Fué reconociendo los ánimos, y halló en todos bastante sinceridad, pues ordenó luego que se les volviesen las armas: accion que resistieron algunos de sus capitanes; pero no faltarian motivos á esta seguridad, siendo amigos los que mas suponian entre aquella gente, y estando allí los chinantecas que aseguraban su partido. Conocieron ellos el favor que recibian: aplaudieron esta confianza con nuevas aclamaciones, y él se halló en breves horas con un ejército que pasaba ya de mil españoles; presos los enemigos de quien se podia recelar, con una armada de once navíos y siete bergantines á su disposicion; deshecho el último esfuerzo de Velazquez, y con fuerzas proporcionadas para volver á la conquista principal: debiéndose todo á su gran corazon, suma vigilancia y talento militar; y no menos al valor de sus soldados que abrazaron primero con el ánimo una resolucion tan peligrosa, y despues con la espada y con el brio le dieron, no solamente la victoria, sino el acierto de la misma resolucion: porque el voto de los hombres que dan ó quitan la fama, el conseguir es crédito del intentar; y las

mas veces se debe á los sucesos el quedar con opinion de prudentes los consejos aventurados.

CAPITULO XI.

Pone Cortés en obediencia la caballeria de Narbaez que andaba en la campaña; recibe noticia de que habian tomado las armas los mejicanos contra los españoles que dejó en aquella córte; marcha luego con su ejército, y entra en ella sin oposicion.

No se dejó de ver aquella noche la caballería de Narbaez, que pudiera embarazar mucho á Cortés, si hubiera quedado en la disposicion que pedia una plaza de armas en tan corta distancia del enemigo; pero allí se olvidaron todas las reglas de la milicia; y dado el yerro de la negligencia en un capitan, ó se hace menos estraño lo que se dejó de advertir, ó pasan por consecuencias los absurdos. Valiéronse de los caballos para escapar los que duraron menos en la ocasion; y á la mañana se tuvo noticia de que andaban incorporados con los batidores que salieron la noche antes, formando un cuerpo de hasta cuarenta caballos, que discurrian por la campaña con señas de resistir. Dió poco recelo esta novedad, y Hernan Cortés, antes de pasar á términos de mayor resolucion, nombró al maestre de campo Cristóbal de Olid, y al capitan Diego de Ordaz para que fuesen á procurar reducirlos con suavidad, como lo ejecutaron y consiguieron á la primera insinuacion, de que serian admitidos en el ejército con la misma gratitud que sus compañeros: cuyo partido y ejemplar bastó para que viniesen todos á rendirse, y tomar servicio con sus armas y caballos. Tratóse luego de curar los heridos y alojar á la gente, á que asistieron alegres y oficiosos el cacique y sus zempoales, celebrando su victoria, y disponiendo el hospedaje de sus amigos con un género de regocijo interesado, en que al parecer respiraban de la fatiga y servidumbre antecedente.

No se descuidó Hernan Cortés en asegurarse de la armada: punto esencial en aquella ocurrencia. Despachó sin dilacion al capitan Francisco de Lugo para que hiciese poner en tierra y conducir á la Vera-Cruz las velas, jarcias y timones de todos los bajeles. Ordenó que viniesen á Zempoala los pilotos y marineros de Narbaez, y envió de los suyos los que parecieron bastantes para la seguridad de los buques, por cuyo cabo fue un maestre que se llamaba Pedro Caballero: bastante ocupacion para que le honrase Bernal Diaz con título de almirante de la mar.

Dispuso que se volviesen á su provincia los chinantecas, agradeciendo el socorro como si hubiera servido; y despues se dieron algunos dias al descanso de la gente, en los cuales vinieron los pueblos vecinos y caciques del contorno á congratularse con los españoles buenos, ó teules mansos, que así llamaban á los de Cortés. Volvieron á revalidar su obediencia y á ofrecer su amistad, acompañando esta demostracion con varios presentes y regalos, de que no poco se admiraban los de Narbaez, empezando á esperimentar las mejoras del nuevo partido en el agasajo y seguridad de aquella gente que vieron poco antes escarmentada y desabrida.

En todo este fervor de sucesos favorables traia Hernan Cortés á Mejico en el corazon: no se apartaba un instante su memoria del riesgo en que dejó á Pedro de Alvarado y sus españoles, cuya defensa consistia únicamente en aquello poco que se podia fiar de la palabra que le dió Motezuma de no hacer novedad en su ausencia: vínculo desacreditado en la soberana voluntad de los reyes; porque algunos estadistas le procuran desatar con varias soluciones, defendiendo que no les obliga su observancia como á los particulares; en cuyo dictámen pudo hallar entonces Hernan Cortés bastante razon de temer, sin aprobar con su recelo esta política irreverente, por ser lo mismo hallar falencia en las palabras de los reyes, que apartar de los príncipes la obligacion de caballeros.

Hecho el ánimo á volverse luego, y no atreviéndose á llevar consigo tanta gente, por no desconfiar á Motezuma, ó remover los humores de su córte, resolvió dividir el ejército, y emplear alguna parte de él en otras conquistas. Nombró á Juan Velazquez de Leon para que fuese con doscientos hombres á pacificar la provincia de Panuco; y á Diego de Ordaz para que se apartase con otros doscientos á poblar la de Guazacoalco, reservando para sí poco mas de seiscientos españoles: número que le pareció proporcionado para entrar en la córte con apariencias de modesto, sin olvidar las señas de vencedor.

Pero al mismo tiempo que se daba ejecucion á este designio, se ofreció novedad que le obligó á tomar otra senda en sus disposiciones. Llegó carta de Pedro de Alvarado, en que le avisaba: «que habian tomado »las armas contra él los mejicanos; y á pesar de Mote»zuma, que perseveraba todavía en su alojamiento, le »combatian con frecuentes asaltos, y tanto número »de gente, que se perderian sin remedio él y todos los »suyos, si no fuesen socorridos con brevedad.» Vino con esta noticia un soldado español, y en su escolta un embajador de Motezuma, cuya representacion fue: «darle á entender que no habia sido en su mano el »reprimir á sus vasallos; ponerle delante lo que pa»decia su autoridad con los amotinados; asegurarle »que no se apartaria de Pedro de Alvarado y sus espa»ñoles; y últimamente, llamarle á su córte para el re»medio,» fuese de la misma sedicion, ó fuese del peligro en que se hallaban aquellos españoles, que uno y otro arguye confianza y sinceridad.

No fue necesario poner en consulta la resolucion que se debia tomar en este caso, porque se adelantó el voto comun de los capitanes y soldados á mirar como empeño inescusable la jornada, pasando algunos á tener por oportuno y de buen presagio un accidente que les servia de pretesto para escusar la desunion de sus fuerzas, y volver con todo el grueso á la córte: de cuya reduccion debian tomar su principio las demas conquistas. Nombró luego Hernan Cortés por gobernador de la Vera-Cruz, como teniente de Gonzalo de Sandoval, á Rodrigo Rangel, persona de cuya inteligencia y cuidado pudo fiar la seguridad de los prisioneros y la conservacion de los aliados. Hizo que pasase muestra su ejército, y dejando en aquella plaza la guarnicion que pareció necesaria, y bastante seguridad en los bajeles, halló que constaba de mil infantes y cien caballos. Dividióse la marcha en diferentes veredas, por no incomodar los pueblos, ó por facilitar la provision de los víveres: señalóse por plaza de armas un paraje conocido cerca de Tlascala, donde pareció que debian entrar unidos y ordenados. Y aunque fueron delante algunos comisarios á tener bastecidos los tránsitos, no bastó su diligencia para que dejasen de padecer los que iban fuera del camino principal algunos ratos de hambre y sed intolerable: fatiga que sufrieron los de Narbaez sin descaecer ni murmurar, siendo aquellos mismos que poco antes rindieron el sufrimiento á menor inclemencia. Púdose atribuir esta novedad al ejemplo de los veteranos, ó á las esperanzas que llevaban en el corazon, dejando alguna parte á la diferencia del capitan, cuya opinion suele tener sus influencias ocultas en el valor y en la paciencia de los soldados.

Antes de partir respondió Hernan Cortés por escrito á Pedro de Alvarado, y por su embajador á Motezuma, dándoles cuenta de su victoria, de su vuelta y del aumento de su ejército; al uno para que se alentase con esperanza de mayor socorro, y al otro para que no estrañase verle con tantas fuerzas cuando los tumultos de su córte le obligaban á no dividirlas. Procuró medir el tiempo con la necesidad; alargó las marchas cuanto pudo; estrechó las horas al descan-

so, hallándole su actividad en su mismo trabajo, hizo alguna mansion en la plaza de armas para recojer la gente que venia estraviada; y últimamente llegó á Tlascala en diez y siete de junio con todo el ejército puesto en órden, cuya entrada fue lucida y festejada. Magiscatzin hospedó á Cortés en su casa; los demas hallaron comodidad, obsequio y regalo en su alojamiento. Andaba en los tlascaltecas mal encubierto el odio de los mejicanos con el amor de los españoles: referian su conspiracion y el aprieto en que se hallaba Pedro de Alvarado, con circunstancias de mas afectacion que certidumbre: ponderaban el atrevimiento, y la poca fé de aquella nacion, provocando los ánimos á la venganza, y mezclando con poco artificio el avisar y el influir: culpas encarecidas con celo sospechoso, y verdades en boca del enemigo, que se introducen como informes para declinar en acusaciones.

Resolvió el senado hacer un esfuerzo grande, y convocar todas sus milicias para que asistiesen á Cortés, en esta ocasion, no sin alguna razon de estado mejor entendida que recatada; porque deseaban arrimar su interes á la causa del amigo, y servirse de sus fuerzas para destruir de una vez la nacion dominante que tanto aborrecian. Conocióse fácilmente su intencion; y Hernan Cortés, con señas de agradecido y lisonjero, reprimió el orgullo con que se disponian á seguirle, contraponiendo á las instancias del senado algunas razones aparentes, que en la sustancia venian á ser pretestos contra pretestos. Pero admitió hasta dos mil hombres de buena calidad, con sus capitanes ó cabos de cuadrillas, los cuales siguieron su marcha, y fueron de servicio en las ocasiones siguientes. Llevó esta gente por dar mayor seguridad á su empresa, ó mantener la confianza de los tlascaltecas, acreditados ya de valientes contra los mejicanos; y no llevó mayor número por no escandalizar á Motezuma, ó poner en desesperacion á los rebeldes. Era su intento entrar en Méjico de paz, y ver si podia reducir aquel pueblo con los remedios moderados, sin acordarse por entonces de su irritacion, ni discurrir en el castigo de los culpados, si ya no queria que fuese primero la quietud; por ser dos cosas que se consiguen mal á un mismo tiempo, el sosiego de la sedicion y el escarmiento de los sediciosos.

Llegó á Méjico dia de San Juan, sin haber hallado en el camino mas embarazo que la variedad y discordancia de las noticias. Pasó el ejército la laguna sin oposicion, aunque no faltaron señales que hiciesen novedad en el cuidado. Halláronse deshechos y abrasados los dos bergantines de fábrica española; desiertos los arrabales y el barrio de la entrada; rotos los puentes que servian á la comunicacion de las calles, y todo en un silencio que parecia cauteloso: indicios que obligaron á caminar poco á poco, suspendiendo los avances, y ocupando la infantería lo que dejaban reconocido los caballos. Duró este recelo hasta que descubriendo el socorro los españoles que asistian á Motezuma, levantaron el grito y aseguraron la marcha. Bajó con ellos Pedro de Alvarado á la puerta del alojamiento, y se celebró la comun felicidad con igual regocijo. Victoreábanse unos á otros en vez de saludarse: todos hablaban y todos se interrumpian; dijeron mucho los brazos y las medias razones: elocuencias del contento, en que significan mas las voces que las palabras.

Salió Motezuma con algunos de sus criados hasta el primer patio, donde recibió á Cortés, tan copiosa de afectos su alegría, que tocó en esceso, y se llevó tras sí la magestad. Es cierto, y nadie lo niega, que deseaba su venida, porque ya necesitaba de sus fuerzas y consejo para reprimir á los suyos, ó por la misma privacion en que se hallaba de aquel género de libertad que le permitia Cortés, dejándole salir á sus divertimientos: licencia de que no quiso usar en todo el tiempo de su ausencia; siendo cierto que ya consistia su prision en la fuerza de su palabra, cuyo desempeño le obligó á no desviarse de los españoles en aquella turbacion de su república.

Bernal Diaz del Castillo dice que correspondió Hernan Cortés con desabrimiento á esta demostracion de Motezuma: que le torció el rostro, y se retiró á su cuarto sin visitarle; ni dejarse visitar: que dijo contra él algunas palabras descompuestas delante de sus mismos criados; y añade, como de propio dictámen, «que por tener consigo tantos españoles, hablaba tan »airado y descomedido.» Términos son de su historia. Y Antonio de Herrera le desautoriza mas en la suya, porque se vale de su misma confesion para comprobar su desacierto con estas palabras: «muchos han »dicho haber oido decir á Hernando Cortés, que si »en llegando visitara á Motezuma, sus cosas pasáran »bien, y que lo dejó estimándole en poco, por hallar»se tan poderoso.» Y trae á este propósito un lugar de Cornelio Tácito, cuya sustancia es, que los sucesos prósperos hacen insolentes á los grandes capitanes. No lo dice así Francisco Lopez de Gomara, ni el mismo Hernan Cortés en la segunda relacion de su jornada, que pudiera tocarlo para dar los motivos que le obligaron á semejante aspereza, tuviese razon ó fuese disculpa. Quede al arbitrio de la sinceridad el crédito que se debe á los autores; y séanos lícito dudar en Cortés una sinrazon tan fuera de propósito. Los mismos Herrera y Castillo asientan, que Motezuma resistió esta sedicion de sus vasallos: que los detuvo y reprimió siempre que intentaron asaltar el cuartel; y que si no fuera por la sombra de su autoridad, hubieran perecido infaliblemente Pedro de Alvarado y los suyos. Nadie niega que Cortés lo llevó entendido así; ni el hallarle cumpliendo su palabra le dejaba razon de dudar: siendo fuera de toda proporcion que aquel príncipe moviese las armas que detenia, y se dejase estar cerca de los que intentaba destruir. Accion parece indigna de Cortés el despreciarle, cuando podia llegar el caso de haberle menester; y no era de su genio la destemplanza que se le atribuye, como efecto de la prosperidad. Puédese creer, ó sospechar á lo menos, que Antonio de Herrera entró con poco fundamento en esta noticia, reincidiendo en los manuscritos de Bernal Diaz, apasionado intérprete de Cortés, y pudo ser que se inclinase á seguir su opinion por lograr la sentencia de Tácito: ambicion peligrosa en los historiadores, porque suele torcerse ó ladearse la narracion, para que vengan á propósito las márgenes; y no es de todos entenderse á un tiempo con la verdad y con la erudicion.

CAPITULO XII.

Dase noticia de los motivos que tuvieron los mejicanos para tomar las armas: sale Diego de Ordaz con algunas compañias á reconocer la ciudad: da en una celada que tenian prevenida, y Hernan Cortés resuelve la guerra.

Dos ó tres dias antes que llegase á Méjico el ejército de Cortés, se retiraron los rebeldes á la otra parte de la ciudad, cesando en sus hostilidades cavilosamente, segun lo que se pudo inferir del suceso. Hallábanse asegurados en el esceso de sus fuerzas, y orgullosos de haber muerto en los combates pasados tres ó cuatro españoles: caso estraordinario en que adquirieron, á costa de mucha gente, nueva osadía ó mayor insolencia. Supieron que venia Cortés, y no pudieron ignorar lo que habia crecido su ejército; pero estuvieron tan lejos de temerle, que hicieron aquel ademan de retirarse para dejarle franca la entrada, y acabar con todos los españoles despues de tenerlos juntos en la ciudad. No se llegó á penetrar entonces este designio aunque se tuvo por ardid la retirada, y pocas veces se engaña quien discurre con malicia en las acciones del enemigo.

Alojóse todo el ejército en el recinto del mismo cuartel, donde cupieron españoles y tlascaltecas con bastante comodidad: distribuyéronse las guardias y las centinelas segun el recelo á que obligaba una guerra que habia cesado sin ocasion; y Hernan Cortés se apartó con Pedro de Alvarado para inquirir el orígen de aquella sedicion, y pasar á los remedios con noticia de la causa. Hallamos en este punto la misma variedad en que otras veces ha tropezado el curso de la pluma. Dicen unos, que las inteligencias de Narbaez consiguieron esta conjuracion del pueblo mejicano; y otros que dispuso el motin y le fomentó Motezuma con ansia de su libertad, en que no es necesario detenernos, pues se ha visto ya el poco fundamento con que se atribuyeron á Narbaez estas negociaciones ocultas; y queda bastantemente defendido Motezuma de semejante inconsecuencia. Dieron algunos el principio de la conspiracion á la fidelidad de los mejicanos, refiriendo que tomaron las armas para sacar de opresion á su rey: dictámen que se acerca mas á la razon que á la verdad. Otros atribuyeron este rompimiento al gremio de los sacerdotes, y no sin alguna probabilidad, porque anduvieron mezclados en el tumulto, publicando á voces las amenazas de sus dioses y enfureciendo á los demas con aquel mismo furor que los disponia para recibir sus respuestas. Repetian ellos lo que hablaba el demonio en sus ídolos; y aunque no fue suyo el primer movimiento, tuvieron eficacia y actividad para irritar los ánimos y mantener la sedicion.

Los escritores forasteros se apartan mas de lo verosímil, poniendo el orígen y los motivos de aquella turbacion entre las atrocidades con que procuran desacreditar á los españoles en la conquista de las Indias: y lo peor es, que apoyan su malignidad, citando al padre fray Bartolomé de las Casas ó Casaus, que fue despues obispo de Chiapa, cuyas palabras copian y traducen, dándonos con el argumento de autor nuestro y testigo calificado. Lo que dejó escrito y anda en sus obras es, que los mejicanos dispusieron un baile público, de aquellos que llamaban mitotes, para divertir ó festejar á Motezuma; y que Pedro de Alvarado, viendo las joyas de que iban adornados, convocó su gente y embistió con ellos, haciéndolos pedazos para quitárselas; en cuyo miserable despojo dice que fueron pasados á cuchillo mas de dos mil hombres de la nobleza mejicana; con que deja la conspiracion en términos de justa venganza. Notable despropósito de accion, en que hace falta lo congruente y lo posible. Solicitaba entonces este prelado el alivio de los indios, y encareciendo lo que padecian, cuidó menos de la verdad que de la ponderacion. Los mas de nuestros escritores le convencen de mal informado en esta y otras enormidades que dejó escritas contra los españoles. Dicha es hallarle impugnado para entendernos mejor con el respeto que se debe á su dignidad.

Pero lo cierto fue, que Pedro de Alvarado, poco despues que se apartó de Méjico Hernan Cortés, reconoció en los nobles de aquella córte menos atencion ó menos agrado; cuya novedad le obligó á vivir cuidadoso y velar sobre sus acciones. Valióse de algunos confidentes que observasen lo que pasaba en la ciudad. Supo que andaba la gente inquieta y misteriosa, y que se hacian juntas en casas particulares, con un género de recato mal seguro que ocultaba el intento y descubria la intencion. Dió calor á sus inteligencias y consiguió con ellas la noticia evidente de una conjuracion que se iba forjando contra los españoles, porque ganó algunos de los mismos conjurados que venian con los avisos afeando la traicion, sin olvidar el interes. Ibase acercando una fiesta muy solemne de ídolos, que celebraban con aquellos bailes públicos, mezcla de nobleza y plebe, y conmocion de toda la ciudad. Eligieron este dia para su faccion, suponiendo que se podrian juntar descubiertamente sin que hiciese novedad. Era su intento dar principio al baile para convocar el pueblo y llevársele tras sí, con la diligencia de apellidar la libertad de su rey y la defensa de sus dioses; reservando para entonces el publicar la conjuracion, por no aventurar el secreto, fiándose anticipadamente de la muchedumbre; y á la verdad no lo tenian mal discurrido, que pocas veces falta el ingenio á la maldad.

Vinieron la mañana precedente al dia señalado algunos de los promovedores del motin á verse con Pedro de Alvarado, y le pidieron licencia para celebrar su festividad: rendimiento afectado con que procuraron deslumbrarle; y él, mal asegurado todavía en su recelo, se la concedió, con calidad de que no llevasen armas, ni se hiciesen sacrificios de sangre humana; pero aquella misma noche supo que andaban muy solícitos escondiendo las armas en el barrio mas vecino al templo: noticia que no le dejó que dudar, y le dió motivo para discurrir en una temeridad, que tuvo sus apariencias de remedio; y lo pudiera ser, si se aplicára con la debida moderacion. Resolvió asaltarlos en el principio de su fiesta, sin dejarles lugar para que tomasen las armas, ni levantasen el pueblo; y así lo puso en ejecucion, saliendo á la hora señalada con cincuenta de los suyos, y dando á entender, que le llevaba la curiosidad ó el divertimiento. Hallólos entregados á la embriaguez, y envueltos en el regocijo cauteloso de que se iba formando la traicion. Embistió con ellos, y los atropelló con poca ó ninguna resistencia, hiriendo y matando algunos que no pudieron huir, ó tardaron mas en arrojarse por las cercas y ventanas del adoratorio. Su intento fue castigarlos y desunirlos, lo cual se consiguió sin dificultad pero no sin desórden; porque los españoles despojaron de sus joyas á los heridos y á los muertos: licencia mal reprimida entonces, y siempre dificultosa de reprimir en los soldados cuando se hallan con la espada en la mano y el oro á la vista.

Dispuso esta faccion Pedro de Alvarado con mas ardor que providencia. Retiróse con desahogos de vencedor, sin dar á entender al concurso popular los motivos de su enojo. Debiera publicar entonces la traicion que prevenian contra él aquellos nobles, manifestar las armas que tenian escondidas, ó hacer algo de su parte para ganar contra ellos el voto de la plebe, fácil siempre de mover contra la nobleza; pero volvió satisfecho de que habia sido justo el castigo y conveniente la resolucion, ó no conoció lo que importan al acierto los adornos de la razon. Y aquel pueblo, que ignoraba la provocacion, y vió el estrago de los suyos y el despojo de las joyas, atribuyó á la codicia todo el hecho, y quedó tan irritado, que tomó luego las armas, y dió cuerpo formidable á la sedicion hallándose dentro del tumulto con poca ó ninguna diligencia de los primeros conjurados.

Reprendió Hernan Cortés á Pedro de Alvarado, por el arrojamiento y falta de consideracion con que aventuró la mayor parte de sus fuerzas en dia de tanta conmocion, dejando el cuartel, y su primer cuidado al arbitrio de los accidentes que podian sobrevenir. Sintió que recatase á Motezuma los primeros lances de aquella inquietud; porque no se fió de él hasta que le vió á su lado en la ocasion; y debiera comunicarle sus recelos, cuando no para valerse de su autoridad, para sondar su ánimo, y saber si le dejaba seguro con tan poca guarnicion; lo cual fue lo mismo que volver las espaldas al enemigo de quien mas se debia recelar: culpó la inadvertencia de no justificar á voces con el pueblo, y con los mismos delincuentes una resolucion de tan violenta esterioridad: de que se conoce que no hubo en el hecho ni en sus motivos ó circunstancias la maldad que le imputaron; porque no se contentaria Hernan Cortés con reprender solamente un delito de semejante atrocidad, ni perdiera la ocasion de castigarle, ó prenderle por lo menos, para introdu-

cir la paz con este género de satisfaccion: antes hallamos que le propuso el mismo Alvarado su prision, como uno de los medios que podrian facilitar la reduccion de aquella gente; y no vino en ello, porque le pareció camino mas real servirse de la razon que tuvo el mismo Alvarado contra los primeros amotinados, para desengañar el pueblo y enflaquecer la faccion de los nobles.

No se dejaron ver aquella tarde los rebeldes, ni despues hubo accidente que turbase la quietud de la noche. Llegó la mañana, y viendo Hernan Cortés que duraba el silencio del enemigo, con señas de cavilacion, porque no parecia un hombre por las calles, ni en todo lo que se alcanzaba con la vista, dispuso que saliese Diego de Ordaz á reconocer la ciudad y apurar el fondo á este misterio. Llevó cuatrocientos hombres españoles y tlascaltecas: marchó con buena órden por la calle principal, y á poca distancia descubrió una tropa de gente armada, que le arrojaron al parecer los enemigos para cebarle. Y avanzando entonces, con ánimo de hacer algunos prisioneros para tomar lengua, descubrió un ejército de innumerable muchedumbre, que le buscaba por la frente, y otro á las espaldas, que tenian oculto en las calles de los lados, cerrando el paso á la retirada. Embistiéronle unos y otros con igual ferocidad, al mismo tiempo que se dejó ver en las ventanas y azoteas de las casas, tercer ejército de gente popular, que cerraba tambien el camino de la respiracion, llenando el aire de piedras y armas arrojadizas.

Pero Diego de Ordaz, que necesitó de su valor y esperiencia para juntar en este conflicto el desahogo con la celeridad, formó y dividió su escuadron segun el terreno, dando segunda frente á la retaguardia, picas y espadas contra las dos avenidas, y bocas de fuego contra las ofensas de arriba. No le fue posible avisar á Cortés del aprieto en que se hallaba; ni él sin esta noticia tuvo por necesario el socorrerle, cuando le suponia con bastantes fuerzas para ejecutar la órden que llevaba. Pero duró poco el calor de la batalla, porque los indios embistieron tumultuariamente; y anegados en su mismo número, se impedian el uso de las armas, perdiendo tantos la vida en el primer acometimiento, que se redujeron los demas á distancia que ni podian ofender ni ser ofendidos. Las bocas de fuego despejaron brevemente los terrados; y Diego de Ordaz, que venia solo á reconocer y no debia pasar á mayor empeño, viendo que los enemigos le sitiaban á lo largo, reducidos á pelear con las voces y las amenazas, se resolvió á retirarse, abriendo el camino con la espada; y dada la órden se movió en la misma formacion que se hallaba, cerrando á viva fuerza con los que ocupaban el paso del cuartel, y peleando al mismo tiempo con los que se le acercaban por la parte contrapuesta, ó se descubrian en lo alto de las casas. Consiguióse con dificultad la retirada, y no dejó de costar alguna sangre, porque volvieron heridos Diego de Ordaz, y los mas de los suyos, quedando muertos ocho soldados que no se pudieron retirar: Serian acaso tlascaltecas, porque solo se hace memoria de un español que obró señaladamente aquel dia, y murió cumpliendo con su obligacion. Bernal Diaz refiere sus hazañas, y dice que se llamaba Lezcano. Los demas no hablan en él. Quedó sin el nombre cabal que merecia; pero no quede sin la recomendacion de que se puede honrar su apellido. Conoció Hernan Cortés en este suceso que ya no era tiempo de intentar proposiciones de paz, que disminuyendo la reputacion de sus fuerzas aumentasen la insolencia de los sediciosos. Determinó hacérsela desear antes de proponérsela, y salir á la ciudad con la mayor parte de su ejército para llamarlos con el rigor á la quietud. No se hallaba persona entonces por cuyo medio se pudiese introducir el tratado. Motezuma desconfiaba de su autoridad, ó temia la inobediencia de sus vasallos. Entre los rebeldes no habia quien mandase, ni quien obedeciese, ó mandaban todos, y nadie obedecia: vulgo entonces sin distincion ni gobierno, que se componia de nobles y plebeyos. Deseaba Cortés con todo el ánimo seguir el camino de la moderacion, y no desconfió de volverle á cobrar; pero tuvo por necesario hacerse atender antes de ponerse á persuadir; en que obró como diestro capitan, porque nunca es seguro fiarse de la razon desarmada para detener los ímpetus de un pueblo sedicioso: ella encogida ó balbuciente, cuando no lleva seguras las espaldas; y él un mónstruo inexorable, que aun teniendo cabeza le faltan los oidos.

CAPITULO XIII.

Intentan los mejicanos asaltar el cuartel y son rechazados: hace dos salidas contra ellos Hernan Cortés; y aunque ambas veces fueron vencidos y desbaratados, queda con alguna desconfianza de reducirlos.

Persiguieron los mejicanos á Diego de Ordaz tratando como fuga su retirada, y siguiendo con ímpetu desordenado el alcance hasta que los detuvo á su despecho la artillería del cuartel, cuyo estrago los obligó á retroceder, lo que tuvieron por necesario para desviarse del peligro; pero hicieron alto á la vista, y se conoció del silencio y diligencia con que se andaban convocando y disponiendo que trataban de pasar á nuevo designio.

Era su intento asaltar á viva fuerza el cuartel por todas partes; y á breve rato se vieron cubiertas de gentes las calles del contorno. Hicieron poco despues la seña de acometer sus atabales y bocinas, avanzaron todos á un tiempo con igual precipitacion. Traian de vanguardia tropas de flecheros para que barriendo la muralla pudiesen acercarse los demas. Fueron tan cerradas y tan repetidas las cargas que despidieron, haciendo lugar á los que iban señalados para el asalto, que se hallaron los defensores en confusion, acudiendo con dificultad á los dos tiempos de reparar y ofender. Vióse casi anegado en flechas el cuartel; y no parezca locucion sobradamente animosa, pues se llegó á señalar gente que las apartase, porque ofendian segunda vez cerrando el paso á la defensa. Las piezas de artillería y demas bocas de fuego hacian horrible destrozo en los enemigos; pero venian tan resueltos á morir ó vencer, que se adelantaban de tropel á ocupar el vacío de los que iban cayendo, y se volvian á cerrar animosamente pisando los muertos y atropellando los heridos.

Llegaron muchos á ponerse debajo del cañon y á intentar el asalto con increible determinacion: valíanse de sus instrumentos de pedernal para romper las puertas y picar las paredes: unos trepaban sobre sus compañeros para suplir el alcance de sus armas: otros hacian escalas de sus mismas picas para ganar las ventanas ó terrados, y todos se arrojaban al hierro y al fuego como fieras irritadas: notable repeticion de temeridades que pudieran celebrarse como hazañas si obrara en ellos el valor algo de lo que obraba la ferocidad.

Pero últimamente fueron rechazados, y se retiraron para cubrirse á las travesías de las calles, donde se mantuvieron hasta que los dividió la noche, mas por la costumbre que tenian de no pelear en ausencia del sol, que porque diesen esperanzas de haberse decidido la cuestion; antes se atrevieron poco despues á turbar el sosiego de los españoles, poniendo por diferentes partes fuego al cuartel, ó ya lo consiguiesen arrimándose á las puertas y ventanas con el amparo de la oscuridad, ó ya le arrojasen á mayor distancia con las flechas de fuego artificial; que pareció mas verosímil porque la llama creció súbitamente á tomar posesion del edificio con tanto vigor, que fue necesario atajarla derribando algunas paredes, y tra-

bajar despues en cerrar y poner en defensa los portillos que se hicieron para impedir la comunicacion del incendio: fatiga que duró la mayor parte de la noche.

Pero apenas se declaró la primera luz de la mañana cuando se dejaron ver los enemigos, escarmentados al parecer de acercarse á la muralla, porque solo provocaban á los españoles para que saliesen de sus reparos: llamábanlos á la batalla con grandes injurias: tratábanlos de cobardes porque se defendian encerrados; y Hernan Cortés, que habia resuelto salir contra ellos aquel dia; tuvo por oportuna esta provocacion para encender los ánimos de los suyos. Dispúsolos con una breve oracion al desagravio de su ofensa; y formó sin mas dilacion tres escuadrones del grueso que pareció conveniente, dando á cada uno mas españoles que tlascaltecas: los dos para que fuesen desembarazando las calles vecinas ó colaterales; y el tercero, donde iba su persona y la fuerza principal del ejército, para que acometiese por la calle de Tacuba, donde habia cargado el mayor grueso del enemigo. Dispuso las hileras, y distribuyó las armas segun la necesidad que habia de pelear por la frente y por los lados; acomodándose á lo que observó Diego de Ordaz en su retirada; y teniendo por digno de su imitacion lo que poco antes mereció su alabanza, en que mostró la ingenuidad de su ánimo, y que no ignoraba cuánto aventuran los superiores que se dedignan de caminar por las huellas de los que fueron delante, cuando hay tan poca distancia entre el errar y el diferenciarse de los que acertaron.

Embistieron todos á un tiempo; y los enemigos dieron y recibieron las primeras cargas sin perder tierra ni conocer el peligro, esperando unas veces, y otras acometiendo, hasta llegar á lo estrecho de las armas y los brazos. Esgrimian los chuzos y los montantes con desesperada intrepidez. Entrábanse por las picas y las espadas para lograr el golpe á precio de la vida. Las bocas de fuego que iban señaladas al opósito de las azoteas y ventanas, no podian atajar la lluvia de las piedras, porque las arrojaban sin descubrirse, y fue necesario poner fuego en algunas casas para que cesase aquella prolija hostilidad.

Cedieron finalmente al esfuerzo de los españoles; pero iban rompiendo los puentes de las calles, y hacian rostro de la otra parte, obligándolos á que cegasen peleando las acequias para seguir el alcance. Los que partieron á desembarazar las calles de los lados, cargaron la multitud que las ocupaba con tanta resolucion, que se consiguió por su medio el asegurar la retaguardia y el llevar siempre al enemigo por la frente, hasta que saliendo á lo ancho de una plaza se unieron los tres escuadrones y á su primer ataque desmayaron los indios y volvieron las espaldas atropelladamente, dando á la fuga el mismo ímpetu que dieron á la batalla.

No permitió Hernan Cortés que se pasase á destruir enteramente aquellos vasallos de Motezuma fugitivos ya y desordenados; ó no le sufrió su ánimo que se hiciese mas sangrienta la victoria, pareciéndole que dejaba castigado con bastante rigor su atrevimiento. Recogióse su gente y se retiró, sin hallar oposicion que le obligase á pelear. Faltaron de su ejército diez ó doce soldados, y hubo muchos heridos, los mas de piedra ó flecha, y ninguno de cuidado. En el ejército de los mejicanos murió innumerable gente: los cuerpos que no pudieron retirar, llenaban de horror las calles despues de haber teñido en su sangre las acequias. Duró toda la mañana el combate, y se llegaron á ver en conflicto algunas veces los españoles: pero se debió á su valor el suceso, y le hizo posible su esperiencia y buena disciplina. No hubo quien sobresaliese, porque obraron todos con igual bizarría señalándose los soldados como los capitanes, y quitando unas hazañas el nombre de las otras. Hizo la imitacion valientes sin principio á los tlascaltecas; y Hernan Cortés gobernó la faccion como valeroso y prudente capitan, acudiendo á todas partes, y mas diligente á los peligros; siempre la espada en el enemigo, la vista en los suyos y el consejo en su lugar; dejando en duda si se debió mas á su ardimiento que á su pericia militar: virtudes ambas que poseyó en grado eminente, y que se desean sin distincion, ó concurren sin preferencia en los grandes capitanes.

Fue necesario dejar algun tiempo al descanso de la gente y á la cura de los heridos, cuya suspension duró tres dias ó poco mas, en que se atendió solamente á la defensa del cuartel, que tuvo siempre á la vista el ejército de los amotinados, y fue algunas veces combatido con ligeras escaramuzas, en que andaba mezclado el huir y el acometer. En este medio tiempo volvió Cortés á las pláticas de la paz, y fueron saliendo con diferentes partidos algunos mejicanos de los que asistian al servicio de Motezuma; pero no se descuidó mientras duraba la negociacion en las demas prevenciones. Hizo fabricar al mismo tiempo cuatro castillos de madera que se movian sobre ruedas con poca dificultad, por si llegase la ocasion de hacer nueva salida. Era capaz cada uno de veinte ó treinta hombres, guarnecido el techo de gruesos tablones contra las piedras que venian de lo alto; frente y lados con sus troneras, para dar la carga sin descubrir el pecho: imitacion de las mantas que usa la milicia para echar gente á picar las murallas; cuyo reparo tuvo entonces por conveniente para que se pudiesen arrimar sus soldados á poner fuego en las casas, y á romper las trincheras con que iban atajando las calles; si ya no fue para que al embestir aquellas máquinas portátiles pelease tambien la novedad asombrando al enemigo.

De los mejicanos que salieron á proponer la paz volvieron unos mal despachados, y otros se quedaron entre los rebeldes, no sin grande irritacion de Motezuma que deseaba con empeño la reduccion de sus vasallos, y recataba con artificio fácil de penetrar, el recelo de que acabasen de perder el miedo á su autoridad. Hacíanse á este tiempo nuevas prevenciones de guerra en la ciudad. Los señores de vasallos que andaban en la sedicion iban llamando la gente de sus lugares: crecia por instantes la fuerza del enemigo, y no cesaba la provocacion en el cuartel de los españoles, cansados ya de sufrir la embarazosa repeticion de voces y flechas, que aunque se perdian en el viento, no dejaban de ofender en la paciencia.

Con esta buena disposicion de su gente, con el parecer de sus capitanes y aprobacion de Motezuma, ejecutó Cortés la segunda salida contra los mejicanos: llevó consigo la mayor parte de los españoles y hasta dos mil tlascaltecas, algunas piezas de artillería, las máquinas de madera con guarnicion proporcionada, y algunos caballos á la mano para usar de ellos cuando lo permitiesen las quiebras del terreno. Estaba entonces el tumulto en un profundo silencio, y apenas se dió principio á la marcha cuando se conoció la primera dificultad de la empresa, en lo que abultaron súbitamente los gritos de la multitud, alternados con el estruendo pavoroso de los atabales y caracoles. No esperaron á ser acometidos, antes se vinieron á los españoles con notable resolucion y movimiento menos atropellado que solian. Dieron y recibieron las primeras cargas sin descomponerse ni precipitarse; pero á breve rato conocieron el daño que recibian, y se fueron retirando poco á poco, sin volver las espaldas al primero de los reparos con que tenian atajadas las calles, en cuya defensa volvieron á pelear con tanta obstinacion, que fue necesario adelantar algunas piezas de artillería para desalojarlos. Tenian cerca las retiradas, y en algunas levantando los puentes de las acequías con que se repetia importunadamente la

dificultad, y no se hallaba la sazon de poderlos combatir en descubierto. Viéronse aquel dia en sus operaciones algunas advertencias que parecian de guerra mas que popular. Disparaban á tiempo, y baja la puntería para no malograr el tiro en la resistencia de las armas. Los puestos se defendian con desahogo, y se abandonaban sin desórden. Echaron gente á las acequías para que ofendiesen nadando con el bote de las picas. Hicieron subir grandes peñascos á las azoteas para destruir los castillos de madera, y lo consiguieron haciéndolos pedazos. Todas las señas daban á entender que habia quien gobernase, porque se animaban y socorrian tempestivamente, y se dejaba conocer alguna obediencia entre los mismos desconciertos de la multitud.

Duró el combate la mayor parte del dia, reducidos los españoles y sus aliados á ganar terreno de trinchera en trinchera: hízose gran daño en la ciudad: quemáronse muchas casas; y costó mas sangre á los mejicanos esta ocasion que las dos antecedentes, porque anduvieron mas cerca de las balas, ó porque no pudieron huir como solian con el impedimento de sus mismos reparos.

Ibase acercando la noche, y Hernan Cortés, viéndose obligado, no sin alguna desazon, á la disputa inútil de ganar puestos que no se habian de mantener, se volvió á su alojamiento, dejando en la verdad menos corregida que hostigada la sedicion. Perdió hasta cuarenta soldados, los mas tlascaltecas: salieron heridos y maltratados mas de cincuenta españoles, y él con un flechazo en la mano izquierda; pero mas herido interiormente de haber conocido en esta ocasion que no era posible continuar aquella guerra tan desigual sin riesgo de perder el ejército y la reputacion: primer desaliento suyo, cuya novedad estrañó su corazon y padeció su constancia. Encerróse con pretesto de la herida y con deseo de alargar las riendas al discurso. Tuvo mucho que hacer consigo la mayor parte de la noche. Sentia el retirarse de Méjico, y no hallaba camino de mantenerse. Procuraba esforzarse contra la dificultad, y se ponia la razon de parte del recelo. No se conformaban su entendimiento y su valor, y todo era batallar sin resolver: impaciente y desabrido con los dictámenes de la prudencia, ó mal hallado con lo que duele, antes de aprovechar el desengaño.

CAPITULO XIV.

Propone á Cortés Motezuma que se retire, y él le ofrece que se retirará luego que dejen las armas sus vasallos: vuelven estos á intentar nuevo asalto: habla con ellos Motezuma desde la muralla, y queda herido perdiendo las esperanzas de reducirlos.

No tuvo mejor noche Motezuma, que vacilaba entre mayores inquietudes, dudoso ya en la fidelidad de sus vasallos, y combatido el ánimo de contrarios afectos que unos seguian y otros violentaban su inclinacion: ímpetus de la ira, moderaciones del miedo y repugnancia de la soberbia. Estuvo aquel dia en la torre mas alta del cuartel observando la batalla, y reconoció entre los rebeldes al señor de Iztacpalapa, y otros príncipes de los que podian aspirar al imperio: viólos discurrir á todas partes animando la gente y disponiendo la faccion: no recelaba de sus nobles semejante alevosía: crecieron á un tiempo su enojo y su cuidado; y sobresalió el enojo dando á la sangre y al cuchillo el primer movimiento de su natural; pero conociendo poco despues el cuerpo que habia tomado la dificultad, convertido ya el tumulto en conspiracion, se dejó caer en el desaliento, quedando sin accion para ponerse de parte del remedio, y rindiendo al asombro y á la flaqueza todo el impulso de la ferocidad: horribles siempre al tirano los riesgos de la corona, y fáciles ordinariamente al temor los que se precian de temidos.

Esforzóse á discurrir en diferentes medios para restablecerse, y ninguno le pareció mejor que despachar luego á los españoles y salir á la ciudad, sirviéndose de la mansedumbre y de la equidad antes de levantar el brazo de la justicia. Llamó á Cortés por la mañana y le comunicó lo que habia crecido su cuidado, no sin alguna destreza. Ponderó con afectada seguridad el atrevimiento de sus nobles, dando al empeño de castigarlos algo mas que á la razon de temerlos. Prosiguió diciendo: «que ya pedian pronto »remedio aquellas turbaciones de su república, y »convenia quitar el pretesto á los sediciosos y darles »á conocer su engaño antes de castigar su delito: »que todos los tumultos se fundaban sobre aparien»cias de razon; y en las aprensiones de la multitud »era prudencia entrar cediendo para salir dominan»do: que los clamores de sus vasallos tenian de su »parte la disculpa del buen sonido, pues se reducian »á pedir la libertad de su rey, persuadidos á que no »la tenia, y errando el camino de pretenderla: que ya »llegaba el caso de ser inescusable que saliesen de »Méjico sin mas dilacion Cortés y los suyos para que »pudiese volver por su autoridad, poner en sujecion »á los rebeldes, y atajar el fuego desviando la mate»ria.» Repitió lo que habia padecido por no faltar á su palabra, y tocó ligeramente los recelos que mas le congojaban; pero fueron rendidas las instancias que hizo á Cortés para que no le replicase, que se descubrian las influencias del temor en las eficacias del ruego.

Hallábase ya Hernan Cortés con dictámen de que le convenia retirarse por entonces, aunque no sin esperanzas de volver á la empresa con mayor fundamento; y sirviéndose de lo que llevaba discurrido para estrañar menos esta proposicion, le respondió sin detenerse: «que su ánimo y su entendimiento estaban »conformes en obedecerle con ciega resignacion, »porque solo deseaba ejecutar lo que fuese de su ma»yor agrado, sin discurrir en los motivos de aquella »resolucion, ni detenerse á representar inconvenien»tes que tendria previstos y considerados; en cuyo »exámen debe rendir su juicio el inferior, ó suele »bastar por razon la voluntad de los príncipes. Que »sentiria mucho apartarse de su lado sin dejarle res»tituido en la obediencia de sus vasallos, particular»mente cuando pedia mayor precaucion la circuns»tancia de haberse declarado la nobleza por los »populares: novedad que necesitaba de todo su cui»dado; porque los nobles, roto una vez el freno de su »obligacion, se hallan mas cerca de los mayores »atrevimientos; pero que no le tocaba formar dictá»menes que pudiesen retardar su obediencia, cuando »le proponia, como remedio necesario, su jornada, »conociendo la enfermedad y los humores de que ado»lecia su república: sobre cuyo presupuesto, y la »certidumbre de que marcharia luego con su ejército »la vuelta de Zempoala, debia suplicarle que antes »de su partida hiciese dejar las armas á sus vasallos, »porque no seria de buena consecuencia que atribu»yesen á su rebeldía lo que debian á la benignidad de »su rey; cuyo reparo hacia mas por el decoro de su »autoridad, que porque le diese cuidado la obstina»cion de aquellos rebeldes, pues dejaba el empeño de »castigarlos por complacerle, llevando en su espada »y en el valor de los suyos todo lo que habia menester »para retirarse con seguridad.»

No esperaba Motezuma tanta prontitud en las respuestas de Cortés: creyó hallar en él mayor resistencia, y temia estrecharle con la porfía ó con la desazon en materia que tenia resuelta y deliberada. Dióle á entender su agradecimiento con demostraciones de particular gratitud. Salió al semblante y á la voz el desahogo de su respiracion. Ofreció mandar luego á

sus vasallos que dejasen las armas, y aprobó su advertencia, estimándola como disposicion necesaria para que llegasen menos indignos á capitular con su rey: punto en que no habia discurrido, aunque sentia interiormente la disonancia de tanto contemporizar con los que merecian su desagrado, y no hallaba camino de componer la soberanía con la disimulacion. Al mismo tiempo que durabaesta conferencia se tocó un arma muy viva en el cuartel. Salió Hernan Cortés á reconocer sus defensas, y halló la gente por todas partes empeñada en la resistencia de un asalto general que intentaron los enemigos. Estaba siempre vigilante la guarnicion, y fueron recibidos con todo el rigor de las bocas de fuego: pero no fue posible detenerlos, porque cerraron los ojos al peligro y acometieron de golpe, impelidos unos de otros con tanta precipitacion, que caminando al parecer su vanguardia sin propio movimiento, logró al primer avance la determinacion de arrimarse á la muralla. Fuéronse quedando los arcos y las hondas en la distancia que habian menester, y empezaron á repetir sus cargas para desviar la oposicion del asalto, que al mismo tiempo se intentaba y resistia con igual resolucion. Llegó por algunas partes el enemigo á poner el pie dentro de los reparos; y Hernan Cortés, que tenia formado su reten de tlascaltecas y españoles en el patio principal, acudia con nuevos socorros á los puntos mas aventurados, siendo necesario toda su actividad y todo el ardimiento de los suyos para que no flaquease la defensa, ó se llegase á conocer la falta que hacen las fuerzas al valor.

Supo Motezuma el conflicto en que se hallaba Cortés; llamó á doña Marina, y por su medio le propuso: «que segun el estado presente de las cosas y lo que »tenia discurrido, seria conveniente dejarse ver desde »la muralla para mandar que se retirasen los sedicio»sos populares, y viniesen desarmados los nobles á »representar lo que unos y otros pretendian.» Admitió Cortés su proposicion, teniendo ya por necesaria esta diligencia para que respirase por un rato su gente, cuando no bastase para vencer la obstinacion de aquella multitud inexorable. Y Motezuma se dispuso luego á ejecutar esta diligencia con ansia de reconocer el ánimo de sus vasallos en lo tocante á su persona. Hízose adornar de las vestiduras reales: pidió la diadema y el manto imperial: no perdonó las joyas de los actos públicos, ni otros resplandores afectados que publicaban su desconfianza, dando á entender con este cuidado que necesitaba de accidentes su presencia para ganar el respeto de los ojos, ó que le convenia socorrerse de la púrpura y el oro para cubrir la flaqueza interior de la magestad. Con todo este aparato, y con los mejicanos principales que duraban en su servicio, subió al terrado contrapuesto á la mayor avenida. Hizo calle la guarnicion y asomándose uno de ellos al pretil, dijo en voces altas: que previniesen todos su atencion y su reverencia, porque se habia dignado el gran Motezuma de salir á escucharlos y favorecerlos. Cesaron los gritos al oir su nombre, y cayendo el terror sobre la ira, quedaron apagadas las voces y amedrentada la respiracion. Dejóse ver entonces de la muchedumbre, llevando en el semblante una severidad apacible compuesta de su enojo y su recelo. Doblaron muchos la rodilla cuando le descubrieron, y los mas se humillaron hasta poner el rostro con la tierra, mezclándose la razon de temerle con la costumbre de adorarle. Miró primero á todos, y despues á los nobles, con ademan de reconocer á los que conocia. Mandó que se acercasen algunos, llamándolos por sus nombres. Honrólos con el título de amigos y parientes, forcejeando con su indignacion. Agradeció el afecto con que deseaban su libertad, sin faltar á la decencia de las palabras; y su razonamiento, aunque le hallamos referido con alguna diferencia, fue, segun dicen los mas, en esta conformidad.

«Tan lejos estoy, vasallos mios, de mirar como »delito esta conmocion de vuestros corazones, que »no puedo negarme inclinado á vuestra disculpa. Es»ceso fue tomar las armas sin mi licencia, pero esceso »de vuestra fidelidad. Creísteis, no sin alguna razon, »que yo estaba en este palacio de mis predecesores »detenido y violentado: y el sacar de opresion á vues»tro rey es empeño grande para intentado sin desór»den, que no hay leyes que puedan sujetar el nimio »dolor á los términos de la prudencia; y aunque to»másteis con poco fundamento la ocasion de vuestra »inquietud (porque yo estoy sin violencia entre los »forasteros que tratais como enemigos) ya veo que no »es descrédito de vuestra voluntad el engaño de vues»tro discurso. Por mi eleccion he perseverado con »ellos; y he debido toda esta benignidad á su aten»cion, y todo este obsequio al príncipe que los envia. »Ya están despachados: ya he resuelto que se retiren: »y ellos saldrán luego de mi córte; pero no es bien »que me obedezcan primero que vosotros, ni que vaya »delante de vuestra obligacion su cortesía. Dejad las »armas y venid como debeis á mi presencia, para que »cesando el rumor y callando el tumulto, quedeis »capaces de conocer lo que os favorezco en lo mismo »que os perdono.»

Así acabó su oracion y nadie se atrevió á responderle. Unos le miraban asombrados y confusos de hallar el ruego donde temian la indignacion; y otros lloraban de ver tan humilde á su rey, ó lo que disuena mas, tan humillado. Pero al mismo tiempo que duraba esta suspension, volvió á remolinar la plebe, y pasó en un instante del miedo á la precipitacion, fácil siempre de llevar á los estremos su inconstancia, y no faltaria quien la fomentase cuando tenian elegido nuevo emperador, ó estaban resueltos á elegirle, que uno y otro se halla en los historiadores.

Creció el desacato á desprecio, dijéronle á grandes voces que ya no era su rey, que dejase la corona y el cetro por la rueca y el huso, llamándole cobarde, afeminado y prisionero vil de sus enemigos. Perdíanse las injurias en los gritos, y él procuraba, con el sobrecejo y con la mano, hacer lugar á sus palabras, cuando empezó á disparar la multitud, y vió sobre sí el último atrevimiento de sus vasallos. Procuraron cubrirle con las rodelas dos soldados que puso Hernan Cortés á su lado previniendo este peligro; pero no bastó su diligencia para que dejasen de alcanzarle algunas flechas, y mas rigurosamente una piedra que le hirió en la cabeza, rompiendo parte de la sien, cuyo golpe le derribó en tierra sin sentido: suceso que sintió Cortés como uno de los mayores contratiempos que se le podian ofrecer. Hízole retirar á su cuarto, y acudió con nueva irritacion á la defensa del cuartel; pero se halló sin enemigos en quien tomar satisfaccion de su enojo; porque al mismo instante que vieron caer á su rey, ó pudieron conocer que iba herido, se asombraron de su misma culpa, y huyendo sin saber de quién, ó creyendo que llevaban á las espaldas la ira de sus dioses, corrieron á esconderse del cielo con aquel género de confusion ó fealdad espantosa que suelen dejar en el ánimo al acabarse de cometer los enormes delitos.

Pasó luego Hernan Cortés al cuarto de Motezuma, que volvió en sí dentro de breve rato; pero tan impaciente y despechado, que fue necesario detenerle para que no se quitase la vida. No era posible curarle porque desviaba los medicamentos: prorumpia en amenazas que terminaban en gemidos: esforzábase la ira y declinaba en pusilanimidad: la persuasion le ofendia, y los consuelos le irritaban: cobró el sentido para perder el entendimiento; y pareció conveniente dejarle por un rato y dar algun tiempo á la consideracion para que se desembarazase de las primeras disonancias de la ofensa. Quedó encargado á su familia y en miserable congoja, batallando con las violencias

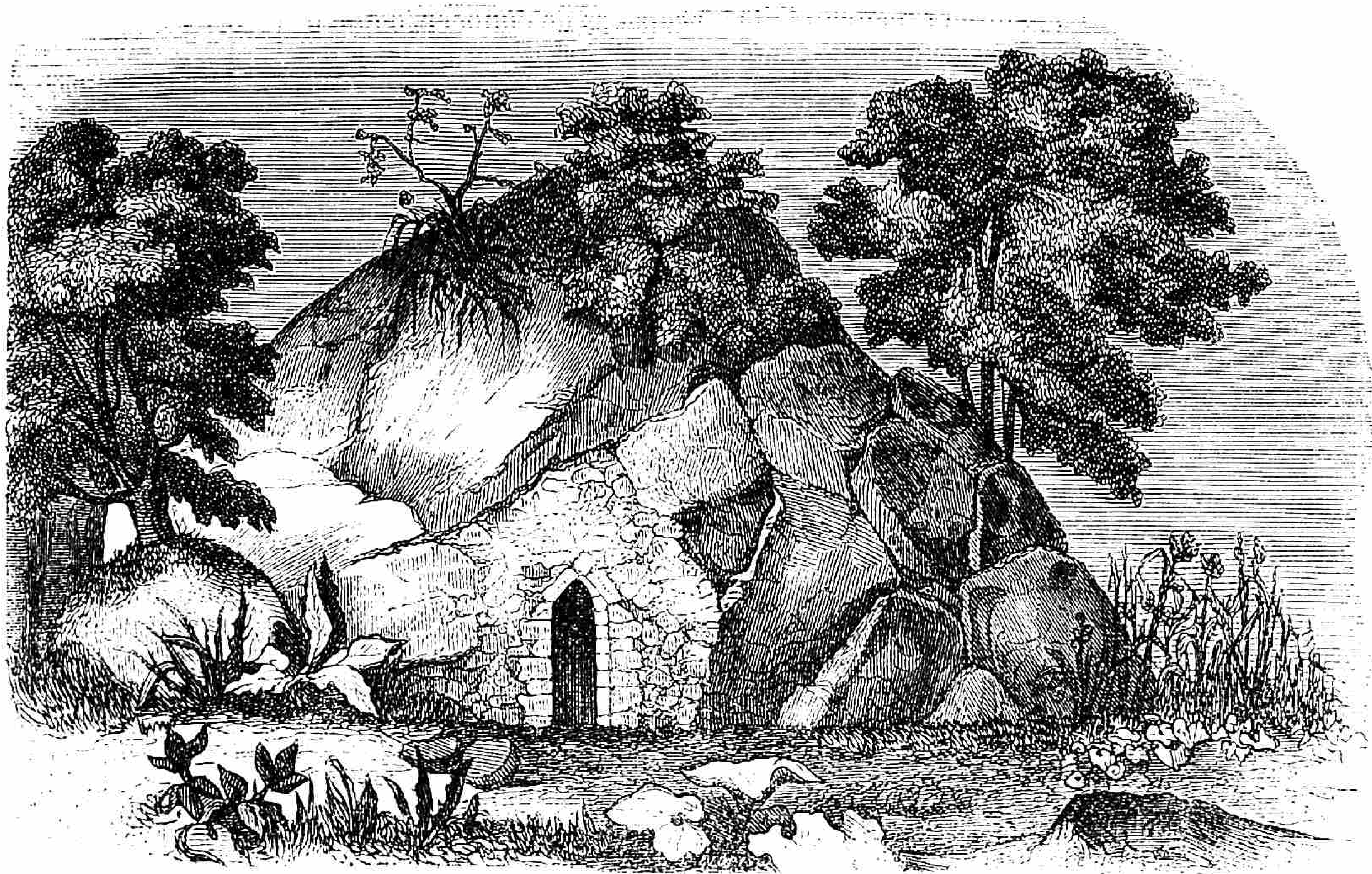
de su natural y el abatimiento de su espíritu; sin aliento para intentar el castigo de los traidores, y mirando como hazaña la resolucion de morir á sus manos: bárbaro recurso de ánimos cobardes que gimen debajo de la calamidad, y solo tienen valor contra el que puede menos.

CAPITULO XV.

Muere Motezuma sin querer reducirse á recibir el bautismo: envia Cortés el cuerpo á la ciudad: celebran sus exequias los mejicanos; y se describen las calidades que concurrieron en su persona.

Perseveró en su impaciencia Motezuma, y se agravaron al mismo paso las heridas, conociéndose por instantes lo que influyen las pasiones del ánimo en la corrupcion de los humores. El golpe de la cabeza pareció siempre de cuidado, y bastaron sus despechos para que se hiciese mortal, porque no fue posible curarle como era necesario hasta que le faltaron las fuerzas para resistir á los remedios. Padecíase lo mismo para reducirle á que tomase algun alimento, cuya necesidad le iba estenuando: solo duraba en él alentada y vigorosa la determinacion de acabar con su vida, creciendo su desesperacion con la falta de sus fuerzas. Conocióse á tiempo el peligro; y Hernan Cortés, que faltaba pocas veces de su lado porque se moderaba y componia en su presencia, trató con todas veras de persuadirle á lo que mas le importaba. Volvióle á tocar el punto de la religion, llamándole con suavidad á la detestacion de sus errores y al conocimiento de la verdad. Habia mostrado en diferentes ocasiones alguna inclinacion á los ritos y preceptos de la fé católica; desagradando á su entendimiento los absurdos de la idolatría y llegó á dar esperanzas de convertirse; pero siempre lo dilataba por su diabólica razon de estado, atendiendo á la supersticion agèna cuando le dejaba la suya: y dando al temor de sus vasallos mas que á la reverencia de sus dioses.

Hizo Cortés de su parte cuanto pedia la obligacion de



Sepulcro de los reyes.

cristiano. Rogábale unas veces fervoroso y otras enternecido que se volviese á Dios y asegurase la eternidad recibiendo el bautismo. El padre fray Bartolomé de Olmedo le apretaba con razones de mayor eficacia: los capitanes que se preciaban de sus favorecidos querian entenderse con su voluntad: doña Marina pasaba de la interpretacion á los motivos y á los ruegos; y diga lo que quisiere la emulacion ó la malicia; que hasta en este cuidado culpa de omisos á los españoles, no se omitió diligencia humana para reducirle al camino de la verdad. Pero sus respuestas eran despropósitos de hombre precito: discurrir en su ofensa; prorumpir en amenazas: dejarse caer en la desesperacion, y encargar á Cortés el castigo de los traidores; en cuya batalla, que duró tres dias, rindió al demonio la eterna posesion de su espíritu, dando á la venganza y á la ferocidad las últimas cláusulas de su aliento; y dejando al mundo un ejemplo formidable de lo que se deben temer en aquella hora las pasiones, enemigas siempre de la conformidad, y mas absolutas en los poderosos; porque falta el vigor para sujetarlas, al mismo tiempo que prevalece la costumbre de obedecerlas.

Fue general entre los españoles el sentimiento de su muerte, porque todos le amaban con igual afecto; unos por sus dádivas, y otros por su gratitud y benevolencia. Pero Hernan Cortés, que le debia mas que todos y hacia mayor pérdida, sintió esta desgracia tan vivamente, que llegó á tocar su dolor en congoja y desconsuelo; y aunque procuraba componer el semblante por no desalentar á los suyos, no bastaron sus esfuerzos para que dejase de manifestar el secreto de su corazon con algunas lágrimas que se vinieron á sus ojos tarde ó mal detenidas. Tenia fundada en la voluntaria sujecion de aquel príncipe la mayor fábrica de sus designios. Habíasele cerrado con su muerte la puerta principal de sus esperanzas. Necesitaba ya de tirar nuevas líneas para caminar al fin que pretendia, y sobre todo le congojaba que hubiese muerto en su obstinacion: último encarecimiento de aquella infelicidad, y punto esencial que le dividia el corazon entre la tristeza y el miedo, tropezando en el horror todos los movimientos de la piedad.

Su primera diligencia fue llamar á los criados del difunto, y elegir seis de los mas principales para que sacasen el cuerpo á la ciudad, en cuyo número

fueron comprendidos algunos prisioneros sacerdotes de los ídolos, unos y otros oculares testigos de sus heridas y de su muerte. Ordenóles que dijesen de su parte á los príncipes que gobernaban el tumulto popular: «que allí les enviaba el cadáver de su rey »muerto á sus manos, cuyo enorme delito daba nueva »razon á sus armas. Que antes de morir le pidió repe»tidas veces, como sabian, que tomase por su cuenta »la venganza de su agravio y el castigo de tan horrible »conspiracion. Pero que mirando aquella culpa como »brutalidad impetuosa de la ínfima plebe, y como »atrevimiento cuya enormidad habrian conocido y »castigado los de mayor entendimiento y obligacio»nes, volvia de nuevo á proponer la paz, y estaba »pronto á concedérsela viniendo los diputados que »nombrasen á conferir y ajustar los medios que pare»ciesen convenientes. Pero que al mismo tiempo tu»viesen entendido que si no se ponian luego en la razon »y en el arrepentimiento, serian tratados como ene»migos, con la circunstancia de traidores á su rey, »esperimentando los últimos rigores de sus armas; »porque muerto Motezuma, cuyo respeto le detenia »y moderaba, trataria de asolar y destruir entera»mente la ciudad, y conocerian con tardo escarmiento »lo que iba de una hostilidad poco mas que defensiva, »en que solo se cuidaba de reducirlos, á una guerra »declarada en que se llevaria delante de los ojos la »obligacion de castigarlos.»

Partieron luego con este mensaje los seis mejicanos, llevando en los hombros el cadáver; y á pocos pasos llegaron á reconocerle, no sin alguna reverencia, los sediciosos, como se observó desde la muralla. Siguiéronle todos arrojando las armas y desamparando sus puestos, y en un instante se llenó la ciudad de llantos y gemidos: bastante demostracion de que pudo mas el espectáculo miserable ó la presencia de su culpa, que la dureza de sus corazones. Ya tenian elegido emperador segun la noticia que se tuvo despues, y seria dolor sin arrepentimiento; pero no disonarian al sucesor aquellas reliquias de fidelidad, mirándolas en el nombre y no en la persona del rey. Duraron toda la noche los alaridos y clamores de la gente, que andaba en tropas repitiendo por las calles el nombre de Motezuma con un género de inquietud lastimosa, que publicaba el desconsuelo, sin perder las señas de motin.

Algunos dicen que le arrastraron y le hicieron pedazos, sin perdonar á sus hijos y mujeres. Otros que le tuvieron espuesto á la irrision y desacato de la plebe; hasta que un criado suyo, formando una humilde pira de mal colocados leños, abrasó el cuerpo en lugar retirado y poco decente. Púdose creer uno y otro de un pueblo desbocado; en cuya inhumanidad se acerca mas á lo verosímil lo que se aparta mas de la razon. Pero lo cierto fue que respetaron el cadáver, afectando en su adorno y en la pompa funeral, que



Hernan Cortés en el ataque del adoratorio.

sentian su muerte como desgracia en que no tuvo culpa su intencion; si ya no aspiraron á conseguir con aquella esterioridad reverente la satisfaccion ó el engaño de sus dioses. Lleváronle con grande aparato la mañana siguiente á la montaña de Chapultepeque, donde se hacian las exequias y guardaban las cenizas de sus reyes; y al mismo tiempo resonaron con mayor fuerza los clamores y lamentos de la multitud que solia concurrir á semejantes funciones: cuya noticia confirmaron despues ellos mismos, refiriendo las honras de su rey como hazaña de su atencion, ó como enmienda sustancial de su delito.

No faltaron plumas que atribuyesen á Cortés la muerte de Motezuma, ó lo intentasen por lo menos, afirmando que le hizo matar para desembarazarse de su persona. Y alguno de los nuestros dice que se dijo; y no le defiende ni lo niega: descuido que sin culpa de la intencion, se hizo semejante á la calumnia. Pudo ser que lo afirmasen años despues los mejicanos por concitar el ódio contra los españoles, ó borrar la infamia de su nacion; pero no lo dijeron entonces ni lo imaginaron, ni se debia permitir á la pluma sin mayor fundamento un hecho de semejantes inconsecuencias. ¿Cómo era posible que un hombre tan atento y tan avisado como Hernan Cortés, cuando tenia sobre sí todas las armas de aquel imperio, se quisiese deshacer de una prenda en que consistia su mayor seguridad? ¿O qué disposicion le daba la muerte de un rey amigo y sujeto para la conquista de un reino levantado y enemigo? Desgracia es de las grandes ac-

ciones la variedad con que se refieren, y empresa fácil de la mala intencion inventar circunstancias, que cuando no basten á deslucir la verdad, la sujetan por entonces á la opinion ó á la ignorancia, empezando muchas veces en la credulidad licenciosa del vulgo, lo que viene á parar en las historias. Notablemente se fatigan los estranjeros para desacreditar los aciertos de Cortés en esta empresa. Defiéndale su entendimiento de semejante absurdo, si no le defendiere la nobleza de su ánimo de tan horrible maldad, y quédese la envidia en su confusion: vicio sin deleite que atormenta cuando se disimula, y desacredita cuando se conoce; siendo en la verdad lustre del envidiado y desaire de su dueño.

Fue Motezuma, como dijimos, príncipe de raros dotes naturales; de agradable y magestuosa presencia; de claro y perspicaz entendimiento; falto de cultura, pero inclinado á la sustancia de las cosas. Su valor le hizo el mejor entre los suyos antes de llegar á la corona, y despues le dió entre los estraños la opinion mas venerable de los reyes. Tenia el genio y la inclinacion militar: entendia las artes de la guerra; y cuando llegaba el caso de tomar las armas, era el ejército su córte. Ganó por su persona y direccion nueve batallas campales: conquistó diferentes provincias, y dilató los límites de su imperio, dejando los resplandores del sólio por los aplausos de la campaña, y teniendo por mejor cetro el que se forma del baston. Fue naturalmente dadivoso y liberal: hacia grandes mercedes sin género de ostentacion, tratando las dádivas como deudas, y poniendo la magnificencia entre los oficios de la magestad. Amaba la justicia y celaba su administracion en los ministros con rígida severidad. Era contenido en los desórdenes de la gula, y moderado en los incentivos de la sensualidad. Pero estas virtudes tanto de hombre como de rey, se deslucian ó apagaban con mayores vicios de hombre y de rey. Su continencia le hacia mas vicioso que templado, pues se introdujo en su tiempo el tributo de las concubinas: naciendo la hermosura en todos sus reinos esclava de sus moderaciones: desordenado el antojo sin hallar disculpa en el apetito. Su justicia tocaba en el estremo contrario, y llegó á equivocarse con su crueldad, porque trataba como venganzas los castigos, haciendo muchas veces el enojo lo que pudiera la razon. Su liberalidad ocasionó mayores daños que produjo beneficios, porque llegó á cargar sus reinos de imposiciones y tributos intolerables; y se convertia en sus profusiones y desprecios el fruto aborrecible de su iniquidad. No daba medio, ni admitia distincion entre la esclavitud y el vasallaje; y hallando política en la opresion de sus vasallos, se agradaba mas de su temor que de su paciencia. Fue la soberbia su vicio capital y predominante: votaba por sus méritos cuando encarecia su fortuna, y pensaba de sí mejor que de sus dioses, aunque fue sumamente dado á la supersticion de su idolatría; y el demonio llegó á favorecerle con frecuentes visitas, cuya malignidad tiene sus hablas y visiones para los que llegan á cierto grado en el camino de la perdicion. Sujetóse á Cortés voluntariamente, rindiéndose á una prision de tantos dias contra todas las reglas naturales de su ambicion y su altivez. Púdose dudar entonces la causa de semejante sujecion; pero de sus mismos efectos se conoce ya que tomó Dios las riendas en la mano para domar este mónstruo, sirviéndose de su mansedumbre para la primera introduccion de los españoles: principio de que resultó despues la conversion de aquella gentilidad. Dejó algunos hijos: dos de los que le asistian en su prision fueron muertos por los mejicanos cuando se retiró Cortés: y otras dos ó tres hijas que se convirtieron despues y casaron con españoles. Pero el principal de todos fue D. Pedro de Motezuma, que se redujo tambien á la religion católica dentro de pocos dias, y tomó este nombre en el bautismo. Concurrió en él la representacion de su padre por ser habido en la señora de la provincia de Tula, una de las reinas que residian en el palacio real con igual dignidad; la cual se redujo tambien á imitacion de su hijo, y se llamó en el bautismo doña María de Niagua Suchil, acordando en estos renombres la nobleza de sus antepasados. Favoreció el rey á don Pedro, dándole estado y rentas en Nueva España, con título de conde de Motezuma, cuya sucesion legítima se conserva hoy en los condes de este apellido, vinculada en él dignamente la heróica recordacion de tan alto principio.

Reinó este príncipe diez y siete años: undécimo en el número de aquellos emperadores: segundo en el nombre de Motezuma; y últimamente murió en su ceguedad á vista de tantos auxilios que parecian eficaces. ¡Oh siempre inescrutables permisiones de la eterna justicia! Mejores para el corazon que para el entendimiento.

CAPITULO XVI.

Vuelven los mejicanos á sitiar el alojamiento de los españoles: hace Cortés nueva salida: gana un adoratorio que habian ocupado y los rompe, haciendo mayor daño en la ciudad, y deseando escarmentarlos para retirarse.

No intentaron los indios faccion particular que diese cuidado en los tres dias que duró Motezuma con sus heridas, aunque siempre hubo tropas á la vista, y algunas ligeras invasiones que se desviaban con facilidad. Púdose dudar si duraba en ellos la turbacion de su delito, y el temor de su rey nuevamente irritado. Pero despues se conoció que aquella tibia continuacion de la guerra nacia de la gente popular que andaba desordenada y sin caudillos, por hallarse ocupados los magnates de la ciudad en la coronacion del nuevo emperador que, segun lo que se averiguó despues, se llamaba Quetlabaca (1), rey de Iztacpalapa, y segundo elector del imperio: vivió pocos dias, pero bastantes para que su tibieza y falta de aplicacion dejase poco menos que borrada entre los suyos la memoria de su nombre. Los mejicanos que salieron con el cuerpo de Motezuma, y con la proposicion de la paz, no volvieron con respuesta: y esta rebeldía en los principios del nuevo gobierno, traia malas consecuencias á la imaginacion. Deseaba Hernan Cortés retirarse con reputacion, empeñado ya con sus capitanes y soldados en que se dispondria brevemente la salida, y hecho el ánimo á que le convenia rehacerse de nuevas fuerzas para volver á Méjico menos aventurado, cuya conquista miró siempre como cosa que habia de ser, y miraba entonces como empeño necesario muerto Motezuma, cuyas atenciones contenian su resolucion dentro de otros límites menos animosos.

Tardó poco el desengaño de lo que se andaba maquinando en aquella suspension de los indios, porque la mañana siguiente al dia en que se celebraron las exequias de Motezuma, volvieron á la guerra con mas fundamento, y mayor número de gente. Amanecieron ocupadas todas las calles del contorno, y guarnecidas las torres de un adoratorio grande que distaba poco del cuartel, dominando parte del edificio con el alcance de hondas y flechas: puesto en que se hubiera fortificado Hernan Cortés si se hallara con fuerzas bastantes para divididas; pero no quiso incurrir en el desacierto de los que faltan á la necesidad por acudir á la prevencion.

Subíase por cien gradas al atrio superior de este adoratorio, sobre cuyo pavimento se levantaban algu-

(1) Segun unos era su verdadero nombre *Cuihahuatzin*, y otros le dan el de *Cuitlahuotzin*, que es parecido en su pronunciacion. Cortés y Herrera dicen era hermano de Motezuma. En la cronologia de los emperadores mejicanos no se habla de este principe.

nas torres de bastante capacidad. Habíanse alojado en él hasta quinientos soldados escogidos entre la nobleza mejicana, tomando tan de asiento el mantenerle, que se previnieron de armas y bastimentos para muchos dias.

Hallóse Cortés empeñado en desalojar al enemigo de aquel padrastro, cuyas ventajas una vez conocidas y puestas en uso, pedian breve remedio; y para conseguirlo sin aventurar la faccion, sacó la mayor parte de su gente fuera de la muralla, dividiéndola en escuadrones del grueso que pareció necesario para detener las avenidas y embarazar los socorros. Cometió el ataque del adoratorio al capitan Escobar con su compañía, y hasta cien españoles de buena calidad. Dióse principio al combate, ocupando los españoles todas las bocas de las calles; y al mismo tiempo acometió Escobar penetrando el atrio inferior y parte de las gradas sin hallar oposicion, porque los indios le dejaron empeñar en ellas advertidamente por ofenderle mejor desde mas cerca; y en viendo la ocasion se coronaron de gente los pretiles, y dieron la carga disparando sus flechas y sus dardos con tanto rigor y concierto, que le obligaron á detenerse y á ordenar que peleasen los arcabuces y ballestas contra los que se descubrian; pero no le fue posible resistir á la segunda carga que fue menos tolerable. Tenian de mampuesto grandes piedras y gruesas vigas, que dejadas caer de lo alto, y cobrando fuerza en el pendiente de las gradas, le obligaron á retroceder primera, segunda y tercera vez: algunas de las vigas bajaban medio encendidas para que hiciesen mayor daño: ruda imitacion de las armas de fuego, que seria grande arbitrio entre sus ingenieros, pero se descomponia la gente para evitar el golpe; y turbada la union se hacia la retirada inevitable.

Reconociólo Hernan Cortés, que discurria con una tropa de caballos por todas las partes donde se peleaba, y desmontando con el primer consejo de su valor, reforzó la compañía de Escobar con algunos tlascaltecas del reten y la gente de su tropa. Hízose atar al brazo herido una rodela, y se arrojó á las gradas con la espada en la mano, y tan segura resolucion, que dejó sin conocimiento del peligro á los que le seguian. Venciéronse con presteza y felicidad los impedimentos del asalto: ganóse del primer abordo la última grada, y poco despues el pretil del atrio superior, donde se llegó á lo estrecho de las espadas y los chuzos. Eran nobles aquellos mejicanos, y se conoció en su resistencia lo que diferencia los hombres el incentivo de la reputacion. Dejábanse hacer pedazos por no rendir las armas: algunos se precipitaban de los pretiles, persuadidos á que mejoraban de muerte si la tomaban por sus manos. Los sacerdotes y ministros del adoratorio, despues de apellidar la defensa de sus dioses, murieron peleando con presuncion de valientes, y á breve rato quedó por Cortés el puesto con total estrago de aquella nobleza mejicana sin perder un hombre ni ser muchos los heridos.

Fue notable y digno de memoria el discurso que hicieron dos indios valerosos en la misma turbacion de la batalla, y el denuedo con que llegaron á intentar la ejecucion de su designio. Resolviéronse á dar la vida por su patria, creyendo acabar la guerra con su muerte: y era el concierto de los dos precipitarse á un tiempo del pretil por la parte donde faltaban las gradas, llevándose consigo á Cortés. Anduvieron juntos buscando la ocasion; y apenas le vieron cerca del precipicio, cuando arrojaron las armas para poderse acercar como fugitivos que iban á rendirse. Llegaron á él con la rodilla en tierra, en ademan de pedir misericordia; y sin perder tiempo se dejaron caer del pretil con la presa en las manos, haciendo mayor violencia del impulso con la fuerza natural de su mismo peso. Arrojólos de sí Hernan Cortés, no sin alguna dificultad, y quedó con menos enojo que admiracion, reconociendo su peligro en la muerte de los agresores, y sin desagradarse del atrevimiento por la parte que tuvo de hazaña.

Hubo algunas circunstancias en esta faccion del adoratorio que la hicieren posible á menos costa. Turbáronse los indios al verse acometer de mayor número, y del mismo capitan á quien tenian por invencible. Anduvieron mas acelerados que diligentes en la defensa de las gradas; y las vigas que arrojaban de lo alto atravesadas, en cuyo golpe consistia su mayor defensa, se observó que bajaron de punta, con que pasaban sin ofender: accidente que pareció muy repetido para casual; y algunos le refieren como una de las maravillas que obró en aquella conquista la Divina Providencia. Pudo ser culpa de su turbacion el arrojarlas menos advertidamente; pero es cierto que facilitó el último asalto esta novedad; y á vista de tanto como hubo que atribuir á Dios en esta guerra, no seria mucho esceso equivocar alguna vez lo admirable con lo milagroso.

Hizo Hernan Cortés que se trasportasen luego á su cuartel los víveres que tenian almacenados en las oficinas del adoratorio, cantidad considerable, y socorro necesario en aquella ocasion. Mandó que se pusiese fuego al mismo adoratorio, y que se diesen á la ruina y al incendio las torres, y algunas casas interpuestas que podian embarazar para que su artillería mandase la eminencia. Cometió este cuidado á los tlascaltecas, que lo pusieron luego en ejecucion; y volviendo los ojos al empeño en que se hallaba su gente, reconoció que habia cargado la mayor fuerza del enemigo á la calle de Tacuba, poniendo en conflicto á los que cuidaban de aquella principal avenida. Cobró luego su caballo, y afianzó la rienda en el brazo herido. Tomó una lanza y partió al socorro haciendo que le siguiesen los demas caballos, y Escobar con la gente de su cargo. Pasaron los caballos delante, cuyo choque rompió la multitud enemiga, hiriendo y atropellando á todas partes sin perder golpe, ni olvidar la defensa. Fue sangriento el combate, porque los indios que se iban quedando atras, por apartarse de los caballos, daban medio vencidos en la infantería, que trabajaba poco en acabarlos de vencer. Pero Hernan Cortés, no sin alguna inconsideracion, se adelantó á todos los de su tropa, dejándose lisonjear mas que debiera de sus mismas hazañas, y cuando volvió sobre sí, no se pudo retirar, porque le venia cargando todo el tropel de los fugitivos, hecha ya peligro de su vida la victoria de los suyos.

Resolvióse á tomar otra calle, creyendo hallar en ella menos oposicion, y á pocos pasos encontró una partida numerosa de indios mal ordenados que llevaban preso á su grande amigo Andres de Duero, porque dió en sus manos cayendo su caballo; y le valió para que no le hiriesen el ir destinado al sacrificio. Embistió con ellos animosamente, y atropellando la escolta, puso en confusion á los demas, con que pudo el preso desembarazarse de los que le oprimian para servirse de un puñal que le dejaron por descuido cuando lo desarmaron. Hízose lugar con muerte de algunos, hasta cobrar su lanza y su caballo; y unidos los dos amigos, pasaron la calle á galope largo, rompiendo por las tropas enemigas hasta llegar á incorporarse con los suyos. Celebró este socorro Hernan Cortés como una de sus mayores felicidades: vínosele á las manos la ocasion cuando se hallaba dudoso de la propia salud; pero le ayudaba tanto la fortuna tomada en su real y católica significacion, que hasta sus mismas inadvertencias le producian sucesos oportunos.

Ibase ya retirando por todas partes el enemigo, y no pareció conveniente pasar á mayor empeño, porque no era posible seguir el alcance sin desabrigar el cuartel. Hízose la seña de recoger; y aunque volvió fatigada la gente del largo combate, fue sin otra

pérdida que la de algunos heridos: cuya felicidad dió nueva sazon al descanso, enjugando brevemente la victoria el sudor de la batalla. Quemáronse muchas casas este dia, y murieron tantos mejicanos, que á vista de su castigo se pudo esperar su escarmiento. Algunos refieren esta salida entre las que se hicieron antes que muriese Motezuma; pero fue despues segun la relacion del mismo Hernan Cortés, á quien seguimos sin mayor exámen, por no ser este de los casos en que importa mucho la graduacion de los sucesos. Debióse principalmente á su valor el asalto del adoratorio, porque hizo superable con su resolucion y con su ejemplo la dificultad en que vacilaban los suyos. Olvidóse dos veces este dia de lo que importaba su persona, entrando en los peligros menos considerado que valiente: escesos del corazon, que aun sucediendo bien, merecen admiracion sin alabanza.

Hicieron tanto aprecio los mejicanos de este asalto del adoratorio, que le pintaron como acaecimiento memorable, y se hallaron despues algunos lienzos que contenian toda la faccion, el acometimiento de las gradas, el combate del atrio; y daban últimamente ganado el puesto á sus enemigos, sin perdonar el incendio y la ruina de los torreones, ni atreverse á torcer lo sustancial del suceso por ser estas pinturas sus historias, cuya fé veneraban teniendo por delito el engaño de la posteridad. Pero se hizo justo reparo en que no les faltase malicia para fingir algunos adminículos que miraban al crédito de su nacion. Pintaron muchos españoles muertos, despeñados y heridos; cargando la mano en el destrozo que no hicieron sus armas, y dejando al parecer colorida la pérdida con la circunstancia de costosa: falta de puntualidad en que no pudieron negar la profesion de historiadores, entre los cuales viene á ser vicio como familiar este género de cuidado con que se refieren los sucesos, torciendo sus circunstancias hácia la inclinacion que gobierna la pluma; tanto, que son raras las historias en que no se conozca por lo escrito la patria ó el afecto del escritor. Plutarco en la gloria de los atenienses halló alguna paridad entre la historia y la pintura. Quiere que sea un pais bien delineado que ponga delante de los ojos lo que refiere. Pero nunca se verifica mas en la pluma la semejanza del pincel que cuando se aliña el pais en que se retratan los sucesos con este género de pinceladas artificiosas, que pasan como adornos de la narracion, y son distancias de la pintura que pudieran llamarse lejos de la verdad.

CAPITULO XVII.

Proponen los mejicanos la paz con ánimo de sitiar por hambre á los españoles: conócese la intencion del tratado: junta Hernan Cortés sus capitanes, y se resuelve salir de Méjico aquella misma noche.

El dia siguiente hicieron llamada los mejicanos, y fueron admitidos no sin esperanza de algun acuerdo conveniente. Salió Hernan Cortés á escucharlos desde la muralla; y acercándose algunos de los nobles con poco séquito, le propusieron de parte del nuevo emperador: «que tratase de marchar luego con su ejér»cito á la marina, donde le aguardaban sus grandes »canoas, y cesaria la guerra por el tiempo de que ne»cesitase para disponer su jornada. Pero que no de»terminándose á tomar luego esta resolucion, tuviese »por cierto que se perderian él y todos los suyos »irremediablemente, porque ya tenian esperiencia de »que no eran inmortales; y cuando les costase veinte »mil hombres cada español que muriese, les sobraria »mucha gente para cantar la última victoria.» Respondióles Hernan Cortés: «que sus españoles nunca »presumieron de inmortales, sino de valerosos y es»forzados sobre todos los mortales; y tan superiores »á los de su nacion, que sin mas fuerzas ni mayor »número de gente le bastaba el ánimo á destruir no »solamente la ciudad, sino todo el imperio mejicano. »Pero que doliéndose de lo que habia padecido por »su obstinacion, y hallándose ya sin el motivo de su »embajada, muerto el gran Motezuma, cuya benig»nidad y atenciones le detenian, estaba resuelto á »retirarse, y lo ejecutaria sin dilacion, asentándose »de una parte y otra los pactos que fuesen convenien»tes para la disposicion de su viaje.» Dieron á entender los mejicanos que volvian satisfechos y bien despachados; y á la verdad llevaron la respuesta que deseaban, aunque tenia su malignidad oculta la proposicion.

Habíanse juntado los ministros del nuevo gobierno para discurrir en presencia de su rey sobre los puntos de la guerra. Y despues de varias conferencias resolvieron que para evitar el daño grande que recibian de las armas españolas, la mortandad lastimosa de su gente y la ruina de la ciudad, seria conveniente sitiarlos por hambre, no porque diesen el caso de aguardar á que se rindiesen, sino por enflaquecerlos y embestirlos cuando les faltasen las fuerzas, inventando este género de asedio: novedad hasta entonces en su milicia. Fue la resolucion que se moviesen pláticas de paz para conseguir la suspension de armas que deseaban, suponiendo que se podria entretener el tratado con varias proposiciones hasta que se acabasen los pocos bastimentos que hubiese de reserva en el cuartel, á cuyo fin ordenaron que se cuidase mucho de impedir los socorros, de cerrar con tropas á lo largo y otros reparos, las surtidas por donde se podian escapar los sitiados, y de romper el paso de las calzadas que salian al camino de la Vera-Cruz, porque ya no era conveniente dejarlos salir de la ciudad para que alborotasen las provincias mal contentas, ó se rehiciesen al abrigo de Tlascala.

Repararon algunos en lo que padecerian diferentes mejicanos de gran suposicion que se hallaban prisioneros en el mismo cuartel: los cuales era necesario que pereciesen de hambre primero que la llegasen á sentir sus enemigos. Pero anduvieron muy celosos de la causa pública, votando que serian felices, y cumplirian con su obligacion, si muriesen por el bien de la patria: y pudo ser que les hiciese daño el hallarse con ellos tres hijos de Motezuma, cuya muerte no seria mal recibida en aquel congreso por ser el mayor mozo capaz de la corona, bien quisto con el pueblo, y el único sugeto de quien se debia recelar el nuevo emperador: flaqueza lastimosa de semejantes ministros dejarse llevar hácia la contemplacion por los rodeos del beneficio comun.

Solamente les daba cuidado el sumo de aquellos inmundos sacerdotes que se hallaba en la misma prision, porque le veneraban como á la segunda persona del rey, y tenian por ofensa de sus dioses el dejarle perecer; pero usaron de un ardid notable para conseguir su libertad. Volvieron aquella misma tarde á nueva conferencia los mismos enviados, y propusieron de parte de su príncipe que para escusar demandas y respuestas que retardasen el tratado, seria bien que saliese á la ciudad alguno de los mejicanos que tenian prisioneros con noticia de lo que se hubiese de capitular: medio que no hizo disonancia, ni pareció dificultoso; y luego que le vieron admitido, se dejaron caer como por via de consejo amigable que ninguno seria tan á propósito como un sacerdote anciano que paraba en su poder, porque sabria dar á entender la razon y vencer las dificultades que se ofreciesen: cuyo especioso y bien ordenado pretesto bastó para que viniesen á conseguir lo que deseaban, no porque se dejase de conocer el descuido artificioso de la proposicion, sino porque á vista de lo que importaba sondar el ánimo de aquella gente, suponia poco el deshacerse de un prisionero abominable y embarazoso. Salió poco despues el mismo sacerdote

bien instruido en algunas demandas fáciles de conceder que miraban á la comodidad y buen pasaje de de los tránsitos para llegar, caso que volviese á lo que se debia capitular en órden á la deposicion de las armas, rehenes y otros puntos de mas consideracion. Pero no fue necesario esperarle, porque llegó primero el desengaño de que no volveria. Reconocieron las centinelas que los enemigos tenian sitiado el cuartel á mayor distancia que solian: que andaban recatados y solícitos, levantando algunas trincheras y reparos para defender el paso de las acequias, y que habian echado gente á la laguna que iba rompiendo los puentes de la calzada principal, y embarazando el camino de Tlascala: diligencia que dió á conocer enteramente el artificio de su intencion.

Recibió Hernan Cortés con alguna turbacion esta noticia; pero enseñado á vencer mayores dificultades cobró el sosiego natural; y con el primer calor de su discurso, que se iba derechamente á los remedios, mandó fabricar un puente de vigas y tablones para ocupar las divisiones de la calzada que fuese capaz de resistir al peso de la artillería, quedando en tal disposicion que le pudiesen mover y conducir hasta cuarenta hombres. Y sin detenerse mas de lo que fue necesario para dejar esta obra en el astillero, pasó á tomar el parecer de sus capitanes en órden al tiempo en que se debia ejecutar la retirada: punto en cuya proposicion se portó con total indiferencia, ó porque no llevaba hecho dictámen, ó porque le llevaba de no cargar sobre sí la incertidumbre del suceso. Dividiéronse los votos, y paró en disputa la conferencia: unos que se hiciese de noche la retirada: otros que fuese de dia; y por ambas partes habia razones que proponer y que impugnar.

Los primeros decian: «que no siendo contrarios »el valor y la prudencia, se debia elegir el camino »mas seguro: que los mejicanos, fuese costumbre ó »supersticion, dejaban las armas en llegando la no»che, y entonces se debia suponer que los tendria »menos desvelados la misma plática de la paz, que »juzgaban introducida y abrazada; y que siendo su »intencion el embarazar la salida, como lo daban á »entender sus prevenciones, se considerase cuánto »se debia temer una batalla en el paso de la misma »laguna, donde no era posible doblarse, ni servirse »de la caballería, descubiertos los dos costados á las »embarcaciones enemigas, y obligados á romper por »la frente, y resistir por la retaguardia. Los que lle»vaban la contraria opinion decian: que no era prac»ticable intentar de noche una marcha con bagaje y »artillería por camino incierto, y levantado sobre las »aguas, cuando la estacion del tiempo, nublado en»tonces y lluvioso, daba en los ojos con la ceguedad »y el desacierto de semejante resolucion. Que la fac»cion de mover un ejército con todos sus impedi»mentos, y con el embarazo de ir echando puentes »para franquear el paso, no era obra para ejecutarla »sin ruido y sin detencion; ni en la guerra eran se»guras las cuentas alegres, sobre los descuidos del »enemigo, que alguna vez se pueden lograr, pero »nunca se deben presumir: que la costumbre que »se daba por cierta en los mejicanos de no tomar las »armas en llegando la noche, demas de haberse visto »interrumpida en la faccion de poner fuego al cuar»tel, y en la de ocupar el adoratorio, no era bastante »prenda para creer que hubiesen abandonado ente»ramente la única surtida que debian asegurar; y »que siempre tendrian por menor inconveniente salir »peleando á riesgo descubierto, que hacer una reti»rada con apariencias de fuga, para llegar sin crédi»to al abrigo de las naciones confederadas, que acaso »desestimarian su amistad, perdido el concepto de »su valor, ó por lo menos seria mala política necesi»tar de los amigos, y buscarlos sin reputacion.»

Tuvo mas votos la opinion de que se hiciese de noche la retirada; y Hernan Cortés cedió al mayor número dejándose llevar, al parecer, de algun motivo reservado. Convinieron todos en que se apresurase la salida; y últimamente se resolvió que fuese aquella misma noche, porque no se dejase tiempo al enemigo para discurrir en nuevas prevenciones, ó para embarazar el camino de la calzada con algunos reparos ó trincheras, de las que solian usar en el paso de las acequias. Dióse calor á la fábrica del puente; y aunque se puede creer que tuvo intento Hernan Cortés de que se hiciesen otros dos, por ser tres los canales que se habian roto, no cupo en el tiempo esta prevencion, ni pareció necesaria, creyendo que se podria mudar el puente de un canal á otro, como fuese pasando el ejército: suposiciones en que ordinariamente se conoce tarde la distancia que hay entre el discurso y la operacion.

No se puede negar que se portó Hernan Cortés en esta controversia de sus capitanes con mas neutralidad ó menos accion que solia. Túvose por cierto que llegó á la junta inclinado á lo mismo que se resolvió, por haber atendido á la vana prediccion de un astrólogo, que al entrar en ella, le aconsejó misteriosamente que marchase aquella misma noche, porque se perderia la mayor parte de su ejército, si dejaba pasar cierta constelacion favorable, que andaba cerca de terminar en otro aspecto infortunado. Llamábase Botello este adivino, soldado español, de plaza sencilla, y mas conocido en el ejército por el renombre del Nigromántico, á que respondia sin embarazarse, teniendo este vocablo por atributo de su habilidad: hombre sin letras ni principios, que se preciaba de penetrar los futuros contingentes; pero no tan ignorante como los que saben con fundamento las artes diabólicas, ni tan sencillo, que dejase de gobernarse por algunos caractéres, números ó palabras de las que tienen dentro de sí la estipulacion abominable del primer engañado. Reíase ordinariamente Cortés de sus pronósticos, despreciando el sugeto por la profesion, y entonces le oyó con el mismo desprecio; pero incurrió en la culpa de oirle, poco menor que la de consultarle; y cuando necesitaba de su prudencia para elegir lo mejor, se le llevó tras sí el vaticinio despreciado: gente perjudicial y observaciones peligrosas, que deben aborrecer los mas advertidos, y particularmente los que gobiernan; porque al mismo tiempo que se conoce su vanidad, dejan preocupado el corazon con algunas especies, que inclinan al temor ó á la seguridad; y cuando llega el caso de resolver, suelen alzarse con el oficio del entendimiento las aprensiones ó los desvaríos de la imaginacion.

CAPITULO XVIII.

Marcha el ejército recatadamente, y al entrar en la calzada le descubren y acometen los indios con todo el grueso por agua y tierra: peléase largo rato, y últimamente se consigue con dificultad y considerable pérdida, hasta salir al paraje de Tacuba.

Envióse aquella misma tarde nuevo embajador mejicano á la ciudad, con pretesto de continuar la proposicion que llevó á su cargo el sacerdote: diligencia que pareció conveniente para deslumbrar al enemigo, dándole á entender que se corria de buena inteligencia en el tratado; y que á lo mas largo se dispondria la marcha dentro de ocho dias. Trató luego Hernan Cortés de apresurar las disposiciones de su jornada, cuyo breve plazo daba estimacion á los instantes.

Distribuyó las órdenes: instruyó á los capitanes, previniendo con atenta precaucion los accidentes que se podian ofrecer en la marcha. Formó la vanguardia, poniendo en ella doscientos soldados españoles, con los tlascaltecas de mayor satisfaccion, y hasta veinte caballos, á cargo de los capitanes Gonzalo de Sandoval, Francisco de Acevedo, Diego de Ordaz,

Francisco de Lugo y Andres de Tapia. Encargó la retaguardia, con algo mayor número de gente y caballos, á Pedro de Alvarado, Juan Velazquez de Leon, y otros cabos de los que vinieron con Narbaez. En la batalla ordenó que fuesen los prisioneros, artillería y bagaje, con el resto del ejército: reservando para que asistiesen á su persona, y á las ocurrencias, donde llamase la necesidad, hasta cien soldados escogidos, con los capitanes Alonso Dávila, Cristóbal de Olid y Bernardino Vazquez de Tapia. Hizo despues una breve oracion á los soldados, ponderando aquella vez las dificultades y peligros del intento, porque andaba muy válida en los corrillos la opinion de que no peleaban de noche los mejicanos, y era necesario introducir el recelo para desviar la seguridad, enemiga lisonjera en las facciones militares, porque inclina los ánimos al descuido para entregarlos á la turbacion; así como suele prevenirlos el temor prudente contra el miedo vergonzoso.

Mandó luego sacar á una pieza de su cuarto el oro y plata, joyas y preseas del tesoro que tenia en depósito Cristóbal de Guzman, su camarero; y de él se apartó el quinto del rey en los géneros mas preciosos y de menos volúmen, de que se hizo entrega formal á los oficiales que llevaban la cuenta y razon del ejército, dando para su conduccion una yegua suya, y algunos caballos heridos, por no embarazar los indios que podian servir en la ocasion. Pasaria el resíduo, segun el cómputo que se pudo hacer, de setecientos mil pesos, cuya riqueza desamparó con poca ó ninguna repugnancia, protestando públicamente: «que no era tiempo de retirarla, ni tolerable »que se detuviese á ocupar indignamente las manos »que debian ir libres para la defensa de la vida y de »la reputacion.» Pero reconciendo en los soldados menos aplaudido el acierto de aquella pérdida inescusable, añadió al apartarse: «que no se debia mirar »entonces la retirada como desamparo del caudal ad»quirido, ni del intento principal, sino como una »disposicion necesaria para volver á la empresa con »mayor esfuerzo, al modo que suele servir al impulso »del golpe la diligencia de retirar el brazo.» Y les dió á entender, que no seria gran delito aprovecharse de lo que buenamente pudiesen: que fue lo mismo en la sustancia, que dejar la moderacion al arbitrio de la codicia; y aunque los mas, viendo en su poder aquel tesoro abandonado, cuidaron de quedar aligerados y prontos para lo que se ofreciese, hubo algunos, y particularmente los de Narbaez, que se dieron al pillaje con sobrada inconsideracion, acusando la estrechez de las mochilas, y sirviéndose de los hombros contra la voluntad de las fuerzas: dispensacion en que al parecer dormitaron las advertencias militares de Cortés: porque no pudo ignorar que la riqueza en el soldado, no solo es embarazo esterior cuando llega el caso de pelear, sino impedimento que suele hacer estorbo en el ánimo, siendo mas fácil en los de pocas obligaciones desprenderse del pundonor que desasirse de la presa.

No le hallamos otra disculpa, que haberse persuadido á que podria ejecutar su marcha sin oposicion; y si esta seguridad, que no parece de su genio, tuvo alguna relacion al vaticinio del astrólogo, dado el error de haberle atendido, no se debe mirar como nuevo descuido, sino como segundo inconveniente de la primera culpa.

Seria poco menos de media noche cuando salieron del cuartel, sin que las centinelas ni los batidores hallasen que reparar ó que advertir; y aunque la lluvia y la oscuridad favorecian el intento de caminar cautamente, y aseguraban el recelo de que pudiese durar el enemigo en sus reparos, se observó con tanta puntualidad el silencio y el recato, que no pudiera obrar el temor lo que pudo en aquellos soldados la obediencia. Pasó el puente levadizo á la vanguardia, y los que le llevaban á su cargo, le acomodaron á la primera canal; pero aferró tanto en las piedras que le sustentaban, con el peso de los caballos y artillería, que no quedó capaz de poderse mudar á los demas canales, como se habia presupuesto, ni llegó el caso de intentarlo, porque antes que acabase de pasar el ejército el primer tramo de la calzada, fue necesario acudir á las armas, y se hallaron acometidos por todas partes cuando menos lo recelaban.

Fue digna de admiracion en aquellos bárbaros la maestría con que dispusieron su faccion, y observaron con vigilante disimulacion el movimiento de sus enemigos. Juntaron y distribuyeron sin rumor la multitud inmanejable de sus tropas: sirviéronse de la oscuridad y del silencio para lograr el intento de acercarse sin ser descubiertos. Cubrióse de canoas armadas el ámbito de la laguna, que venian por los dos costados sobre la calzada; entrando al combate con tanto sosiego y desembarazo, que se oyeron sus gritos y el estruendo belicoso de sus caracoles, casi al mismo tiempo que se dejaron sentir los golpes de sus flechas.

Pereciera sin duda todo el ejército de Cortés, si hubieran guardado los indios en el pelear la buena ordenanza que observaron al acometer; pero estaba en ellos violenta la moderacion; y al empezar la cólera cesó la obediencia, y prevaleció la costumbre, cargando de tropel sobre la parte donde reconocieron el bulto del ejército, tan oprimidos unos de otros, que se hacian pedazos las canoas, chocando en la calzada; y era segundo peligro de las que se acercaban, el impulso de las que procuraban adelantarse. Hicieron sangriento destrozo los españoles en aquella gente desnuda y desordenada, pero no bastaban las fuerzas al contínuo ejercicio de las espadas y los chuzos; y á breve rato se hallaron tambien acometidos por la frente, y llegó el caso de volver las caras á lo mas ejecutivo del combate porque los indios que se hallaban distantes, ó los que no pudieron sufrir la pereza de los remos, se arrojaron al agua, y sirviéndose de su agilidad y de sus armas, treparon sobre la calzada en tanto número, que no quedaron capaces de mover las armas; cuyo nuevo sobresalto tuvo en aquella ocasion circunstancias de socorro, porque fueron fáciles de romper; y muriendo casi todos, bastaron sus cuerpos á cegar el canal, sin que fuese necesario otra diligencia que irlos arrojando en él para que sirviesen de puente al ejército. Así lo refieren algunos escritores, aunque otros dicen que se halló dichosamente una viga de bastante latitud que dejaron sin romper en la segunda puente, por la cual pasó desfilada la gente, llevando por el agua los caballos al arbitrio de la rienda. Como quiera que sucediese, que no son fáciles de concordar estas noticias, ni todas merecen reflexion, la dificultad de aquel paso inescusable se venció mediando la industria ó la felicidad: y la vanguardia prosiguió su marcha, sin detenerse mucho en el último canal, porque se debió á la vecindad de la tierra la disminucion de las aguas, y se pudo esguazar fácilmente lo que restaba del lago: teniéndose á dicha particular, que los enemigos, de tanta gente como les sobraba, no hubiesen echado alguna de la otra parte; porque fuera entrar en nueva y mas peligrosa disputa los que iban saliendo á la ribera, fatigados y heridos, con el agua sobre la cintura; pero no cupo en su advertencia esta prevencion, ni al parecer descubrieron la marcha; ó seria lo mas cierto, que no se hizo lugar entre su confusion y desórden el intento de impedirla.

Pasó Hernan Cortés con el primer trozo de su gente; y ordenando sin detenerse á Juan de Xaramillo que cuidase de ponerla en escuadron como fuese llegando, volvió á la calzada con los capitanes Gon-

zalo de Sandoval, Cristóbal de Olid, Alonso Dávila, Francisco de Morla y Gonzalo Dominguez. Entró en el combate animando á los que peleaban, no menos con su presencia que con su ejemplo: reforzó su tropa con los soldados que parecieron bastantes para detener al enemigo por las dos avenidas, y entre tanto mandó que se retirase lo interior de las hileras, haciendo echar al agua la artillería para desembarazar el paso, y dar corriente á la marcha. Fue mucho lo que obró su valor en este conflicto; pero mucho mas lo que padeció su espíritu, porque le traia el aire á los oidos envueltas en el horror de la oscuridad las voces de los españoles, que llamaban á Dios en el último trance de la vida: cuyos lamentos, confusamente mezclados con los gritos y amenazas de los indios, le traian al corazon otra batalla entre los incentivos de la ira y los afectos de la piedad.

Sonaban estas voces lastimosas á la parte de la ciudad, donde no era posible acudir, porque los enemigos que andaban en la laguna, cuidaron de romper el puente levadizo antes que acabase de pasar la retaguardia, donde fue mayor el fracaso de los españoles, porque cerró con ellos el principal grueso de los mejicanos, obligándolos á que se retirasen á la calzada, y haciendo pedazos á los menos diligentes, que por la mayor parte fueron de los que faltaron á su obligacion, y rehusaron entrar en la batalla por guardar el oro que sacaron del cuartel. Murieron estos ignominiosamente, abrazados con el peso miserable que los hizo cobardes en la ocasion y tardos en la fuga. Destruyeron su opinion y dañaron injustamente al crédito de la faccion, porque se pusieron en el cómputo de los muertos, como si hubieran vendido á mejor precio la vida; y de buena razon, no se habian de contar los cobardes en el número de los vencidos.

Retiróse finalmente Cortés con los últimos que pudo recoger de la retaguardia, y al tiempo que iba penetrando, con poca ó ninguna oposicion, el segundo espacio de la calzada, llegó á incorporarse con él Pedro de Alvarado, que debió la vida poco menos que á un milagro de su espíritu y su actividad: porque hallándose combatido por todas partes, muerto el caballo, y con uno de los canales por la frente, fijó su lanza en el fondo de la laguna, y saltó con ella de la otra parte, ganando elevacion con el impulso de los pies, y librando el cuerpo sobre la fuerza de los brazos: maravilloso atrevimiento, que se miraba despues como novedad monstruosa, ó fuera del curso natural; y el mismo Alvarado, considerando la distancia y el suceso, hallaba diferencia entre lo hecho y lo factible. No quiso acomodarse Bernal Diaz del Castillo á que dejase de ser fingido este salto; antes le impugnó en su historia, no sin alguna demasía, porque lo deja y vuelve á repetir con desconfianza de hombre que temió ser engañado entonces, ó que alguna vez se arrepintió de haber creido con facilidad. Y en nuestro sentir es menos tolerable que Pedro de Alvarado se pusiese á fingir en aquella coyuntura una hazaña, sin proporcion ni probabilidad, que cuando se creyese, dejaba mas encarecida su ligereza que acreditado su valor. Referimos lo que afirmaron y creyeron los demas escritores, y lo que autorizó la fama, dando á conocer aquel sitio por el nombre del Salto de Alvarado, sin hallar gran disonancia en confesar que pudieron concurrir en este caso, como en otros, lo verdadero y lo inverosímil; y á vista del aprieto en que se halló Pedro de Alvarado, se nos figura menos digno de admiracion el suceso, teniéndole no tanto por raro contingente, negado á la humana diligencia, como por un esfuerzo estraordinario de la última necesidad.

CAPITULO XIX.

Marcha Hernan Cortés la vuelta de Tlascala: siguenle algunas tropas de los lugares vecinos, hasta que uniéndose con los mejicanos acometen al ejército, y le obligan á tomar el abrigo de un adoratorio.

Acabó de salir el ejército á tierra con la primera luz del dia, y se hizo alto cerca de Tacuba, no sin recelos de aquella poblacion numerosa y parcial de los mejicanos; pero se tuvo atencion á no desamparar luego la cercanía de la laguna, por dar algun tiempo á los que pudiesen escapar de la batalla; y fue bien discurrida esta detencion, porque se logró el recoger algunos españoles y tlascaltecas que mediante su valor ó su diligencia, salieron nadando á la ribera, ó tuvieron suerte de poderse ocultar en los maizales del contorno.

Dieron estos noticia de que se habia perdido totalmente la última porcion de la retaguardia, y puesta en escuadron la gente, se halló que faltaban del ejército casi doscientos españoles, mas de mil tlascaltecas, cuarenta y seis caballos, y todos los prisioneros mejicanos, que sin poderse dar á conocer en la turbacion de la noche, fueron tratados como enemigos por los mismos de su nacion (1). Estaba la gente quebrantada y recelosa, disminuido el ejército, y sin artillería, pendiente la ocasion, y apartado el término de la retirada; y sobre tantos motivos de sentimiento, se miraba como infelicidad de mayor peso la falta de algunos cabos principales, en cuyo número fueron los mas señalados Amador de Lariz, Francisco de Morla y Francisco de Saucedo, que perdieron la vida cumpliendo á toda costa con sus obligaciones. Murió tambien Juan Velazquez de Leon, que se retiraba en lo último de la retaguardia y cedió á la muchedumbre, durante en el valor hasta el último aliento: pérdida que fue de general sentimiento, porque le respetaban todos como á la segunda persona del ejército. Era capitan de grande utilidad, no menos para el consejo que para las ejecuciones; de austera condicion y contínuas veras, pero sin desagrado ni prolijidad; apasionado siempre de lo mejor, y de ánimo tan ingénuo, que se apartó de su pariente Diego Velazquez porque le vió descaminado en sus dictámenes, y siguió á Cortés porque iba en su bando la razon. Murió con opinion de hombre necesario en aquella conquista, y dejó su muerte igual ejercicio á la memoria que al deseo.

Descansaba Hernan Cortés sobre una piedra, entre tanto que sus capitanes atendian á la formacion de la marcha, tan rendido á la fatiga interior, que necesitó mas que nunca de sí para medir con la ocasion el sentimiento: procuraba socorrerse de su constancia y pedia treguas á la consideracion; pero al mismo tiempo que daba las órdenes y animaba la gente con mayor espíritu y resolucion, prorumpieron sus ojos en lágrimas, que no pudo encubrir á los que le asistian: flaqueza varonil, que por ser en causa comun, dejaba sin ofensa la parte irascible del corazon. Seria digno espectáculo de grande admiracion, verle afligido sin faltar á la entereza del aliento, y bañado el rostro en lágrimas sin perder el semblante de vencedor.

Preguntó por el astrólogo, bien fuese para indignarse con él, por la parte que tuvo en apresurar la marcha, ó para seguir la disimulacion, burlándose de su ciencia; y se averiguó que habia muerto en el primer asalto de la calzada, sucediendo á este miserable lo que ordinariamente se verifica en los de su

(1) Cortés en sus relaciones dice, que en el paso de la calzada murieron 150 españoles, 45 yeguas y caballos y mas de 2,000 tlascaltecas. De la total pérdida que sufrió en ese y los demas combates hasta llegar á la provincia de Tlascala nada dice. Bernal Diaz hace ascender la baja sufrida por todos esos encuentros, á 800 españoles.

profesion. No hablamos de los que saben con fundamento la facultad, proporcionando el uso de ella con los términos de la razon, sino de los que se introducen á judiciarios ó adivinos: hombres que por la mayor parte viven y mueren desastradamente, siempre solícitos de agenas felicidades, y siempre infelices ó menos cuidadosos de su fortuna: tanto que alguno de los autores clásicos llegó á presumir, que solo el inclinarse á la vana observacion de las estrellas, se podia tener por argumento de nacer con mala estrella.

Fue de gran consuelo para Hernan Cortés y para todo el ejército, que pudiesen escapar de la batalla y de la confusion de la noche doña Marina y Gerónimo de Aguilar, instrumentos principales de aquella conquista, y tan necesarios entonces como en lo pasado; porque sin ellos fuera imposible incitar ó atraer los ánimos de las naciones que se iban á buscar. Y no se tuvo á menor felicidad que se detuviesen los mejicanos en seguir el alcance, porque dieron tiempo á los españoles para que respirasen de su fatiga y pudiesen marchar, llevando en grupa los heridos, y en menos apresurada formacion el ejército. Nació esta detencion de un accidente inopinado que se pudo atribuir á providencia del cielo: murieron al rigor de las armas enemigas los hijos de Motezuma, que asistian á su padre, y los demas prisioneros que venian asegurados en el convoy del bagaje; porque cebados al amanecer los indios en el despojo de los muertos, reconocieron atravesados en sus mismas flechas á estos príncipes miserables, que veneraban con aquella especie de adoracion que dieron á su padre. Quedaron al verlos como absortos y espantados, sin atreverse á pronunciar la causa de su turbacion: unos se apartaban para que llegasen otros; y unos y otros enmudecian, dando voces á la curiosidad con el silencio. Corrió finalmente la noticia por sus tropas, y cayó sobre todos el miedo y el asombro, suspendiéndose por un rato el uso de sentidos y potencias, con aquel género de súbita enagenacion, que llamaban terror pánico los antiguos. Resolvieron los cabos que se diese cuenta de aquella novedad al emperador; y él, que necesitaba de afectar el sentimiento para cumplir con los que no le fingian, ordenó que hiciese alto el ejército, dando principio á la ceremonia de los llantos y clamores funerales, que debian preceder á las exequias, hasta que llegasen los sacerdotes con el resto de la ciudad á entregarse de aquellos cuerpos reales, para conducirlos al entierro de sus mayores. Debieron los españoles á la muerte de estos príncipes, el primer desahogo de su turbacion y el primer alivio de su cansancio; pero la sintieron como una de sus mayores pérdidas, y particularmente Cortés que amaba en ellos la memoria de su padre, y llevaba en el derecho del mayor, parte de sus esperanzas (1).

Marchaba entre tanto Cortés la vuelta de Tlascala con guías de aquella nacion, puesto el ejército en batalla, y sin dejar de tener por sospechosa la tardanza del enemigo, en cuyas operaciones acierta mas veces el temor que la seguridad.

Tardaron poco en dejarse ver algunas tropas de guerreros que seguian la huella sin acercarse, gente de Tacuba, Escapuzalco y Tenecuya, convocada por los mejicanos para que saliesen á entretener la marcha en tanto que se desembarazaban ellos de su funcion: ¡notable advertencia en aquellos bárbaros! Fueron de poco impedimento en el camino, porque anduvieron siempre á distancia que solo podian ofender con las voces; pero duraron en este género de hostilidad hasta que llegando la multitud mejicana se unieron todos apresuradamente; y sirviéndose de su ligereza para el avance, acometieron con tanta resolucion, que fue necesario hacer alto para detenerlos.

Dióse mas frente al escuadron; pasaron á ella los arcabuces y ballestas; y se volvió á la batalla en paraje abierto, sin retirada ni seguridad en las espaldas. Morian cuantos indios se acercaban, sin escarmentar á los demas. Salian los caballos á escaramuzar, y hacian grande operacion; pero crecia por instantes el número de los enemigos, y ofendian desde lejos los arcos y las hondas. Cansábanse los españoles de tanto resistir, sin esperanza de vencer; y ya empezaba en ellos el valor á quejarse de las fuerzas, cuando Hernan Cortés, que andaba en la batalla como soldado, sin traer embarazadas las atenciones de capitan, descubrió una elevacion del terreno, poco distante del camino, que mandaba por todas partes la campaña, sobre cuya eminencia se levantaba un edificio torreado, que parecia fortaleza, ó lo fingieron así los ojos de la necesidad. Resolvióse á lograr en aquel paraje las ventajas del sitio; y señalando algunos soldados que se adelantasen á reconocerle, movió el ejército y trató de ocuparle, no sin mayor dificultad, porque fue necesario ganar la cumbre con el rostro en el enemigo, y echar algunas mangas de arcabuceros contra sus avenidas; pero se consiguió el intento con felicidad, porque se halló el edificio sin resistencia, y en él cuanto pudiera entonces fabricar la imaginacion.

Era un adoratorio de ídolos silvestres, á cuya invocacion encomendaban aquellos bárbaros la fertilidad de sus cosechas. Dejáronle desierto los sacerdotes y ministros que asistian al culto abominable de aquel sitio, huyendo la vecindad de la guerra, como gente de otra profesion. Tenia el atrio bastante capacidad y su género de muralla, que unida con las torres daba conveniente disposicion para quedar en defensa. Empezaron á respirar los españoles al abrigo de aquellos reparos, que allí se miraban como fortaleza inespugnable. Volvieron los ojos y los corazones al cielo, recibiendo todos aquel alivio de su congoja, como socorro de superior providencia, y permaneció fuera del peligro esta devota consideracion; pues en memoria de lo que importó la mansion de aquel adoratorio, para salir de un conflicto, en que se tuvo á la vista el último riesgo, fabricaron despues en el mismo paraje una ermita de nuestra Señora con título de los Remedios, que se conserva hoy, durando en la santa imágen el oficio de remediar necesidades, y en la devocion de los fieles comarcanos el reconocimiento de aquel beneficio.

No se atrevieron los enemigos á subir la cuesta, ni dieron indicio de intentar el asalto; pero se acercaron á tiro de piedra, ciñendo por todas partes la eminencia, y hacian algunos avances para disparar sus flechas, hiriendo las mas veces al aire, y algunas con rabiosa puntería las paredes, como en castigo de que se oponian á su venganza. Todo eran gritos y amenazas que descubrian la flaqueza de su atrevimiento, procurando llenar los vacíos del valor. Costó poca diligencia el detenerlos, hasta que declinando el dia se retiraron todos hácia el camino de la ciudad, fuese por cumplir con el sol, volviéndose á la observancia de su costumbre, ó porque se hallaban rendidos de haber estado casi en contínua batalla desde la media noche antecedente. Reconocióse desde las torres que hacian alto en la campaña, y procuraban encubrirse, divididos en diferentes ranchos, como si no hubieran dado bastantes evidencias de su intento, y publicando al retirarse que dejaban pendiente la cuestion.

Dispuso Hernan Cortés su alojamiento, con el cuidado á que obligaba una noche mal segura en puesto amenazado. Mandó que se mudasen con breve

(1) Esta batalla nocturna en la calzada fue la mas horrorosa y funesta para los españoles; é hizo en ellos tan dolorosa impresion, que en adelante le dieron el sobrenombre de *noche triste.*

interpolacion las guardias y las centinelas, para que tocase á todos el descanso. Hiciéronse algunos fuegos, tanto porque pedia este socorro la destemplanza del tiempo como por consumir las flechas mejicanas, y quitar al enemigo el uso de aquella municion.

Dióse un refresco limitado á la gente del bastimento que se halló en el adoratorio, y pudieron escapar algunos indios del bagaje. Atendióse con particular aplicacion á la cura de los heridos, que tuvo su dificultad en aquella falta de todo; pero se inventaron medicinas manuales que aliviaban acaso los dolores, y sirvieron á la provision de hilas y vendas las mantas de los caballos (1).

Cuidaba de todo Hernan Cortés, sin apartar la imaginacion del empeño en que se hallaba; y antes de retirarse á reparar las fuerzas con algun rato de sosiego, llamó á sus capitanes para conferir brevemente con ellos lo que se debia ejecutar en aquella ocurrencia. Ya lo llevaba premeditado; pero siempre se recataba de obrar por sí en las resoluciones aventuradas; y era grande artífice de atraer los votos á lo mejor, sin descubrir su dictámen, ni socorrerse de su autoridad. Propuso las operaciones con sus inconvenientes, dejándoles arbitrio entre lo posible y lo dificultoso. Entró suponiendo: «que no era para dos »veces la congoja en que se vieron aquella tarde; ni »se podia repetir sin temeridad el empeño de marchar »peleando con un ejército de número tan desigual, »obligados á traer en contrario movimiento las manos »y los pies.» A que añadió: «que para evitar esta re»solucion tan peligrosa y de tantos inconvenientes, »habia discurrido en asaltar al enemigo en su aloja»miento con el favor de la noche; pero que le pare»cia diligencia infructuosa, porque solo se habia de »conseguir que huyese la multitud para volverse á »juntar: costumbre á que se reducia lo mas prolijo de »aquella guerra: que despues habia pensado en man»tener aquel puesto; esperando en él á que se can»sasen los mejicanos de asistir en la campaña; pero »que la falta de bastimentos, que ya se padecia, de»jaba este recurso en términos de impracticable.» Y últimamente dijo: «que tambien se le habia ofre»cido, si convendria,» y esto era lo que llevaba resuelto, «marchar aquella misma noche, y amanecer »dos ó tres leguas de aquel paraje: que no movién»dose los enemigos, segun su estilo hasta la mañana »tendria la conveniencia de adelantar el camino sin »otro cuidado; y cuando se resolviesen á seguir el »alcance, llegarian cansados, y seria mas fácil con»tinuar la retirada con menos briosa oposicion. Pero »que viniendo tan quebrantado el ejército y tan fati»gada la gente, seria inhumanidad, fuera de toda »razon, ponerla sin nueva causa en el trabajo de »una marcha intempestiva, oscura la noche y el ca»mino incierto; aunque la ocasion, ó el aprieto en »que se hallaban, pedia remedios estraordinarios, »breve determinacion; y donde nada era seguro, pe»sar las dificultades, y fiar el acierto de menor incon»veniente.»

Apenas acabó su razonamiento, cuando se conformaron todos los capitanes en que solo era posible, ó menos aventurada la resolucion de adelantar la marcha, sin mas detencion que la que fuese necesaria para dejar algunas horas al descanso de la gente, y quedó resuelta para la media noche, conformándose Cortés con su mismo dictámen, y tratándole como ageno: primor de que solia valerse para escusar disputas, cuando instaba la resolucion, y de que solo pueden usar los que saben el arte de preguntar decidiendo, que se consigue con no dejar que discurrir preguntando.

(1) La falta de ungüentos para curarse las heridas la suplian los españoles con unto de hombre que sacaban de los indios muertos en el combate; y era muy eficaz su efecto. (*Bernal Diaz.*)

CAPITULO XX.

Continúan su retirada los españoles, padeciendo en ella grandes trabajos y dificultades, hasta que llegando al valle de Otumba, queda vencido y deshecho en batalla campal todo el poder mejicano.

Poco antes de la hora señalada se convocó la gente que dormia cuidadosa, y despertó sin dificultad. Dióse á un tiempo la órden y la razon de la órden, con que se dispusieron todos á la marcha, conociendo el acierto y alabando la resolucion. Mandó Hernan Cortés que se dejasen cebados los fuegos para deslumbrar al enemigo de aquel movimiento; y encargando á Diego de Ordaz la vanguardia con guías de satisfaccion, puso la fuerza principal en la retaguardia, y se quedó en ella por hallarse mas cerca del peligro, y afianzar con su cuidado la seguridad de los que iban delante. Partieron con el recato conveniente, y ordenando á las guías que se apartasen del camino real para volverle á cobrar con el dia, marcharon poco mas de media legua, sin que dejase de perseverar en la vigilancia de los oidos el silencio de la noche.

Pero al entrar en tierra mas quebrada y montuosa, dieron los batidores en una celada que no supieron encubrir los mismos que procuraban ocultarse, porque avisaron del riesgo anticipadamente las voces y las piedras. Bajaban de los montes y salian de la maleza diversas tropas de indios que acometian desunidamente por los costados; y aunque no eran de tanto grueso que obligasen á detener la marcha fue necesario caminar desviando los enemigos que se acercaban, romper diferentes emboscadas, y disputar algunos pasos estrechos. Temióse al principio segunda invasion del ejército que se dejaba de la otra parte del adoratorio; y algunos de nuestros escritores refieren esta faccion como alcance de aquellos mejicanos; pero no fueron conforme á su estilo de pelear estos acometimientos interpolados y desunidos, ni caben con lo que obraron despues: y en nuestro sentir eran las milicias de aquellos lugares cercanos que de órden anterior salian á cortar la marcha ocupando las quiebras del camino; porque si los mejicanos hubieran descubierto la retirada, vinieran de tropel, como solian, entráran al ataque por la retaguardia, y no se hubieran dividido en tropas menores para convertir la guerra en hostilidad.

Con este género de contradiccion, de menos peligro que molestia, caminó dos leguas el ejército, y poco antes de amanecer se hizo alto en otro adoratorio menos capaz y menos eminente que el pasado; pero bastante para reconocer la campaña y medir con el número de los enemigos la resolucion que pareciese de mayor seguridad. Descubrióse con el dia la calidad y desunion de aquellos indios; y hallándose reducido á correrías de paisanos, lo que se llegó á recelar como nueva carga del ejército enemigo, se volvió á la marcha sin mas detencion, como ánimo de adelantarla cuanto fuese posible para evitar ó hacer mas dificultoso el alcance de los mejicanos.

Duraron los indios en la importunacion de sus gritos, siguiendo desde lejos como perros amedrentados que ponian la cólera en el latido, hasta que dos leguas mas adelante se descubrió un lugar en paraje oportuno, y al parecer de considerable poblacion. Eligióle Cortés para su alojamiento, y dió las órdenes para que se ocupase por fuerza si no bastase la suavidad; pero se halló desamparado totalmente de sus habitantes, y con algunos bastimentos que no pudieron retirar, tan necesarios entonces como el descanso para la restauracion de las fuerzas.

Aquí se detuvo el ejército un dia, y algunos dicen que fueron dos, porque no permitió mayor diligencia el estado en que se hallaban los heridos. Hiciéronse despues otras dos marchas, entrando en terre-

no de mayor aspereza y esterilidad, todavía fuera del camino y con alguna incertidumbre del acierto en los que guiaban. No se halló cubierto donde pasar la noche, ni cesaba la persecucion de aquellos indios, que anduvieron siempre á la vista, si ya no fueron otros que iban saliendo con la primera órden á correr su distrito. Pero sobre todo se dejó sentir en aquellos tránsitos la hambre y la sed, que llegó á términos de congoja y desaliento. Animábanse unos á otros los soldados y los capitanes, y hacia sus esfuerzos la paciencia, como ambiciosa de parecer valor. Llegáronse á comer las yerbas y raices del campo, sin atender al recelo de que fuesen venenosas; aunque los mas advertidos gobernaban su eleccion por el conocimiento de los tlascaltecas. Murió uno de los caballos heridos, y se olvidó, con alegre facilidad, la falta que hacia en el ejército, porque se repartió como regalo particular entre los mas necesitados, y estos celebraron la fiesta convidando á sus amigos: banquete sazonado entonces, en que cedieron á la necesidad los escrúpulos del apetito.

Terminaron estas dos marchas en un lugar pequeño, cuyos vecinos franquearon la entrada sin retirarse como los demas, ni dejar de asistir con agrado y solicitud á cuanto se les ordenaba: puntualidad y agasajo que fue nuevo ardid de los mejicanos para que sus enemigos se acercasen menos cuidadosos al lazo que tenian prevenido. Manifestaron sin violencia los víveres de su provision, y trajeron de otros lugares cercanos lo que bastó para que se olvidase lo padecido. Por la mañana se dispuso el ejército para subir la cuesta que por la otra parte declina en el valle de Otumba, donde se habia de caer necesariamente para tomar el camino de Tlascala. Reconocióse novedad en los indios que venian siguiendo la marcha, porque sus gritos y sus irrisiones tenian mas de contento que de indignacion. Reparó doña Marina en que decian muchas veces: «andad, tiranos, que presto llegareis »donde perezcais.» Y dieron que discurrir estas voces, porque se repetian mucho para no tener algun motivo particular. Hubo quien llegase á dudar si aquellos indios, confinantes ya con los términos de Tlascala, festejarian el peligro á que iban encaminados los españoles, con noticia de que hubiese alguna mudanza en la fidelidad ó en el afecto de aquella nacion; pero Hernan Cortés y los de mejor conocimiento, miraron esta novedad como indicio de alguna celada vecina, porque no faltaban esperiencias de la sencillez ó facilidad con que solian publicar lo mismo que procuraban encubrir.

Ibase continuando la marcha, prevenidos ya y dispuestos los ánimos para entrar en nueva ocasion, cuando volvieron los batidores con noticia de que tenian ocupado los enemigos todo el valle que se descubria desde la cumbre, cerrando el camino que se buscaba con formidable número de guerreros. Era el ejército mismo de los mejicanos, que se dejó en el paraje del primer adoratorio, reforzado con nuevas tropas y nuevos capitanes. Reconocieron por la mañana, segun la presuncion que se ajusta mas con las circunstancias del suceso, la retirada intempestiva de los españoles, y aunque no desconfiaron de conseguir el alcance, temieron advertidamente, con la esperiencia de aquella noche, que no seria posible acabar con ellos antes de salir á tierra de Tlascala, si se iban asegurando en los puestos ventajosos de la montaña; y despacharon á Méjico para que se tomase con mayores veras lo que tanto importaba; cuya proposicion fue tan bien admitida en la ciudad, que partió luego toda la nobleza con el resto de las milicias que tenian convocadas á incorporarse con su ejército; y en el breve plazo de tres ó cuatro dias se dividieron por caminos diferentes, marchando al abrigo de los montes con tanta celeridad, que se adelantaron á los españoles y ocuparon el llano de Otumba: campaña espaciosa donde podian pelear sin embarazarse y esperar encubiertos: notables advertencias en lo discurrido, y rara ejecucion de lo resuelto, que uno y otro se pudiera envidiar en cabos de mayor esperiencia, y en gente de menos bárbara disciplina.

No se llegó á recelar entonces que fuesen los mejicanos, antes se iba creyendo al subir la cuesta que se habrian juntado aquellas tropas que andaban esparcidas para defender algun paso con la inconstancia y flojedad que solian, pero al vencer la cumbre se descubrió un ejército poderoso de menos confusa ordenanza que los pasados, cuya frente llenaba todo el espacio del valle, pasando el fondo los términos de la vista: último esfuerzo del poder mejicano, que se componia de varias naciones, como lo denotaban la diversidad y separacion de insignias y colores. Dejábase conocer en el centro de la multitud el capitan general del imperio en unas andas vistosamente adornadas, que sobre los hombros de los suyos le mantenian superior á todos, para que se temiese al obedecer sus órdenes la presencia de los ojos. Traia levantado sobre la cuja el estandarte real, que no se fiaba de otra mano, y solamente se podia sacar en las ocasiones de mayor empeño: su forma una red de oro macizo pendiente de una pica, y en el remate muchas plumas de varios tintes, que uno y otro contendria su misterio de superioridad sobre los otros geroglíficos de las insignias menores: vistosa confusion de armas y penachos en que tenian su hermosura los horrores.

Reconocida por todo el ejército la nueva dificultad á que debian preparar el ánimo y las fuerzas; volvió Hernan Cortés á examinar los semblantes de los suyos, con aquel brio natural que hablaba sin voz á los corazones; y hallándolos mas cerca de la ira que de la turbacion, «llegó el caso, dijo, de morir ó vencer: »la causa de nuestro Dios milita por nosotros.» Y no pudo proseguir, porque, los mismos soldados le interrumpieron clamando por la órden de acometer, con que solo se detuvo en prevenirlos de algunas advertencias que pedia la ocasion; y apellidando, como solia, unas veces á Santiago y otras á San Pedro, avanzó prolongada la frente del escuadron, para que fuese unido el cuerpo del ejército con las alas de la caballería, que iba señalada para defender los costados y asegurar las espaldas. Dióse tan á tiempo la primera carga de arcabuces y ballestas, que apenas tuvo lugar el enemigo para servirse de las armas arrojadizas. Hicieron mayor daño las espadas y las picas, cuidando al mismo tiempo los caballos de romper y desbaratar las tropas que se inclinaban á pasar de la otra banda para sitiar por todas partes el ejército. Ganóse alguna tierra de este primer avance. Los españoles no daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe. Los tlascaltecas se arrojaban al conflicto con sed rabiosa de la sangre mejicana; y todos tan dueños de su cólera, que mataban con eleccion buscando primero á los que parecian capitanes; pero los indios peleaban con obstinacion, acudiendo menos unidos que apretados, á llenar el puesto de los que morian; y el mismo estrago de los suyos era nueva dificultad para los españoles, porque se iba cebando la batalla con gente de refresco. Retirábase al parecer todo el ejército cuando cerraban los caballos ó salian á la vanguardia las bocas de fuego, y volvia con nuevo impulso á cobrar el terreno perdido, moviéndose á una parte y otra la muchedumbre con tanta velocidad, que parecia un mar proceloso de gente la campaña, y no lo desmentian los flujos y reflujos.

Peleaba Hernan Cortés á caballo socorriendo con su tropa los mayores aprietos, y llevando en su lanza el terror y el estrago del enemigo; pero le traia sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los indios, porque no era posible que se dejasen de apurar

las fuerzas de los suyos en aquel género de contínua operacion; y discurriendo en los partidos que podria tomar para mejorarse ó salir al camino, le socorrió en esta congoja una observacion de las que solia depositar en su cuidado para servirse de ellas en la ocasion. Acordóse de haber oido referir á los mejicanos que toda la suma de sus batallas consistia en el estandarte real, cuya pérdida ó ganancia decidia sus victorias ó las de sus enemigos; y fiado en lo que se turbaba y descomponia el enemigo al acometer de los caballos, tomó resolucion de hacer un esfuerzo estraordinario para ganar aquella insignia sobresaliente, que ya conocia. Llamó á los capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Alonso Dávila para que le siguiesen y guardasen las espaldas, con los demas que asistian á su persona; y haciéndoles una breve advertencia de lo que debian obrar para conseguir el intento, embistieron á poco mas de media rienda por la parte que parecia mas flaca ó menos distante del centro. Retiráronse los indios, temiendo como solian, el choque de los caballos; y antes que se cobrasen al segundo movimiento, se arrojaron á la multitud confusa y desordenada con tanto ardimiento y desembarazo, que rompiendo y atropellando escuadrones enteros, pudieron llegar sin detenerse al paraje donde asistia el estandarte del imperio con todos los nobles de su guardia; y entre tanto que los capitanes se desembarazaban de aquella numerosa comitiva, dió de los pies á su caballo Hernan Cortés, y cerró con el capitan general de los mejicanos, que al primer bote de su lanza cayó mal herido por la otra parte de las andas. Habíanle ya desamparado los suyos; y hallándose cerca un soldado particular que se llamaba Juan de Salamanca, saltó de su caballo y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba con el estandarte que puso luego en manos de Cortés. Era este soldado persona de calidad, y por haber perfeccionado entonces la hazaña de su capitan, le hizo algunas mercedes el emperador, y quedó por timbre de sus armas el penacho de que se coronaba el estandarte.

Apenas le vieron aquellos bárbaros en poder de los españoles, cuando abatieron las demas insignias, y arrojando las armas, se declaró por todas partes la fuga del ejército. Corrieron despavoridos á guarecerse de los bosques y maizales: cubriéronse de tropas amedrentadas los montes vecinos, y en breve rato quedó por los españoles la campaña. Siguióse la victoria con todo el rigor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo en los fugitivos. Importaba deshacerlos para que no se volviesen á juntar; y mandaba la irritacion lo que aconsejaba la conveniencia. Hubo algunos heridos entre los de Cortés, de los cuales murieron en Tlascala dos ó tres españoles; y el mismo Cortés salió con un golpe de piedra en la cabeza, tan violento, que abollando las armas le rompió la primera túnica del cerebro, y fue mayor el daño de la contusion. Dejóse á los soldados el despojo y fue considerable; porque los mejicanos venian prevenidos de galas y joyas para el triunfo. Dice la historia que murieron veinte mil en esta batalla: siempre se habla por mayor en semejantes casos; y quien se persuadiere á que pasaba de doscientos mil hombres el ejército vencido, hallará menos disonancia en la desproporcion del primer número (1).

Todos los escritores nuestros y estraños, refieren esta victoria como una de las mayores que se consiguieron en las dos Américas. Y si fuese cierto que peleó Santiago en el aire por sus españoles, como lo afirman algunos prisioneros, quedará mas creible ó menos encarecido el estrago de aquella gente; aunque no era necesario recurrir al milagro visible donde se conoció con tantas evidencias la mano de Dios; á cuyo poder se deben siempre atribuir, con especial consideracion, los sucesos de las armas: pues se hizo aclamar señor de los ejércitos para que supiesen los hombres que solo deben esperar y reconocer de su altísima disposicion las victorias, sin hacer caso de las mayores fuerzas; porque algunas veces castiga la sinrazon asistiendo á los menos poderosos; ni fiarse de la mejor causa, porque otras veces corrige á los que favorece, fiando el azote de la mano aborrecida.

(1) Esto es lo mismo que escribió Herrera acerca del número y mortandad del ejército mejicano. Bernal Diaz no da noticia alguna de lo uno ni de lo otro; lo que afirma únicamente es que en esta batalla se vieron mas indios reunidos que en otra alguna.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

Entra el ejército en los términos de Tlascala, y alojado en Gualipar visitan á Cortés los caciques y senadores; celébrase con fiestas públicas la entrada en la ciudad, y se halla el afecto de aquella gente asegurado con nuevas esperiencias.

Recogió Hernan Cortés su gente que andaba divertida en el pillaje: volvieron á ocupar su puesto los soldados, y se prosiguió la marcha, no sin algun recelo de que se volviese á juntar el enemigo, porque todavía se dejaban reconocer algunas tropas en lo alto de las montañas; pero no siendo posible salir aquel dia de los confines mejicanos, á tiempo que instaba la necesidad de socorrer á los heridos, se ocuparon unas caserías de corta ó ninguna poblacion, donde se pasó la noche como en alojamiento poco seguro, y al amanecer se halló el camino sin alguna oposicion,



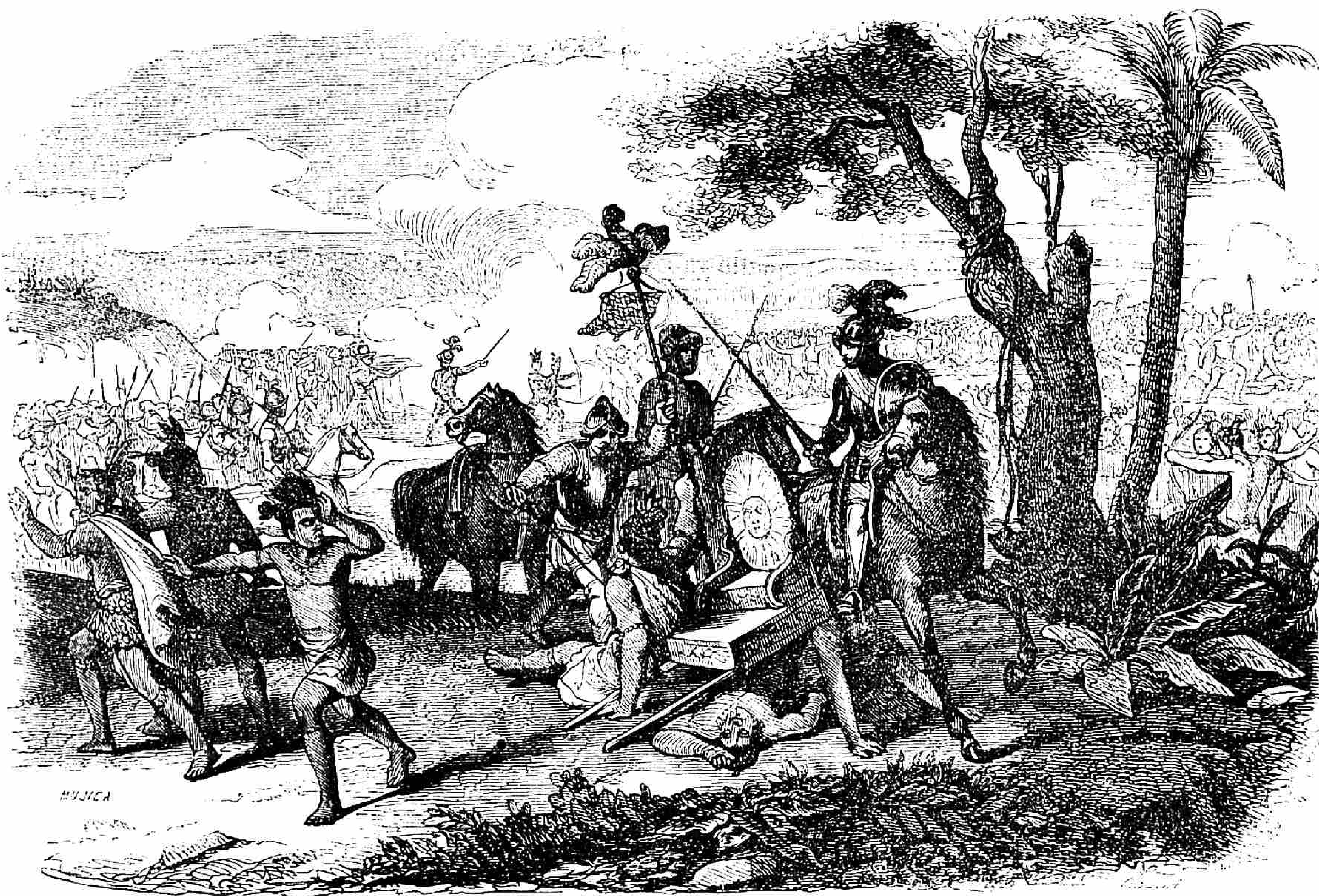
Bajo relieve de una piedra de los sacrificios.

despojados ya y libres de asechanzas los llanos convecinos, aunque duraban las señas de que se iba pisando tierra enemiga en aquellos gritos y amenazas distantes que despedian á los que no pudieron detener.

Descubriéronse á breve rato, y se penetraron poco despues los términos de Tlascala, conocidos hasta hoy por los fragmentos de aquella insigne muralla que fabricaron sus antiguos para defender las fronteras de su dominio, atando las eminencias del contorno por todos los parajes donde se descuidaba lo inaccesible de las sierras. Celebróse la entrada en el distrito de la república con aclamaciones de todo el ejército. Los tlascaltecas se arrojaron á besar la tierra como hijos desalados al regazo de su madre. Los españoles dieron al cielo con voces de piadoso reconocimiento primera la respiracion de su fatiga. Y todos se reclinaron á tomar posesion de la seguridad cerca de una fuente, cuyo manantial se acreditó entonces de saludable y delicado, porque se refiere con particularidad, lo que celebraron el agua los españoles, fuese porque dió estimacion al refrigerio la necesidad ó porque satisfizo á segunda sed bebida sin tribulacion.

Hizo Hernan Cortés en este sitio un breve razonamiento á los suyos dándoles á entender: «cuánto »importaba conservar con el agrado y la modestia el »afecto de los tlascaltecas, y que mirase cada uno en »la ciudad, como peligro de todos, la queja de un »paisano.» Resolvió despues hacer alguna mansion en el camino para tomar lengua y disponer la entrada con noticia y permision del senado, y á poco mas de medio dia se hizo alto en Gualipar, villa entonces de considerable poblacion; cuyos vecinos salieron largo trecho á dar señas de su voluntad, ofreciendo sus casas y cuanto fuese menester, con tales demostraciones de obsequio y veneracion, que hasta los que venian recelosos llegaron á conocer que no era capaz de artificio aquel género de sinceridad. Admitió Hernan Cortés el hospedaje, y ordenó su cuartel con todas las puntualidades que parecieron convenientes para quitar los escrúpulos de la seguridad.

Trató luego de participar al senado la noticia de su retirada y sucesos con dos tlascaltecas; y por mas que procuró adelantar este aviso, llegó primero la fama con el rumor de la victoria; y casi al mismo

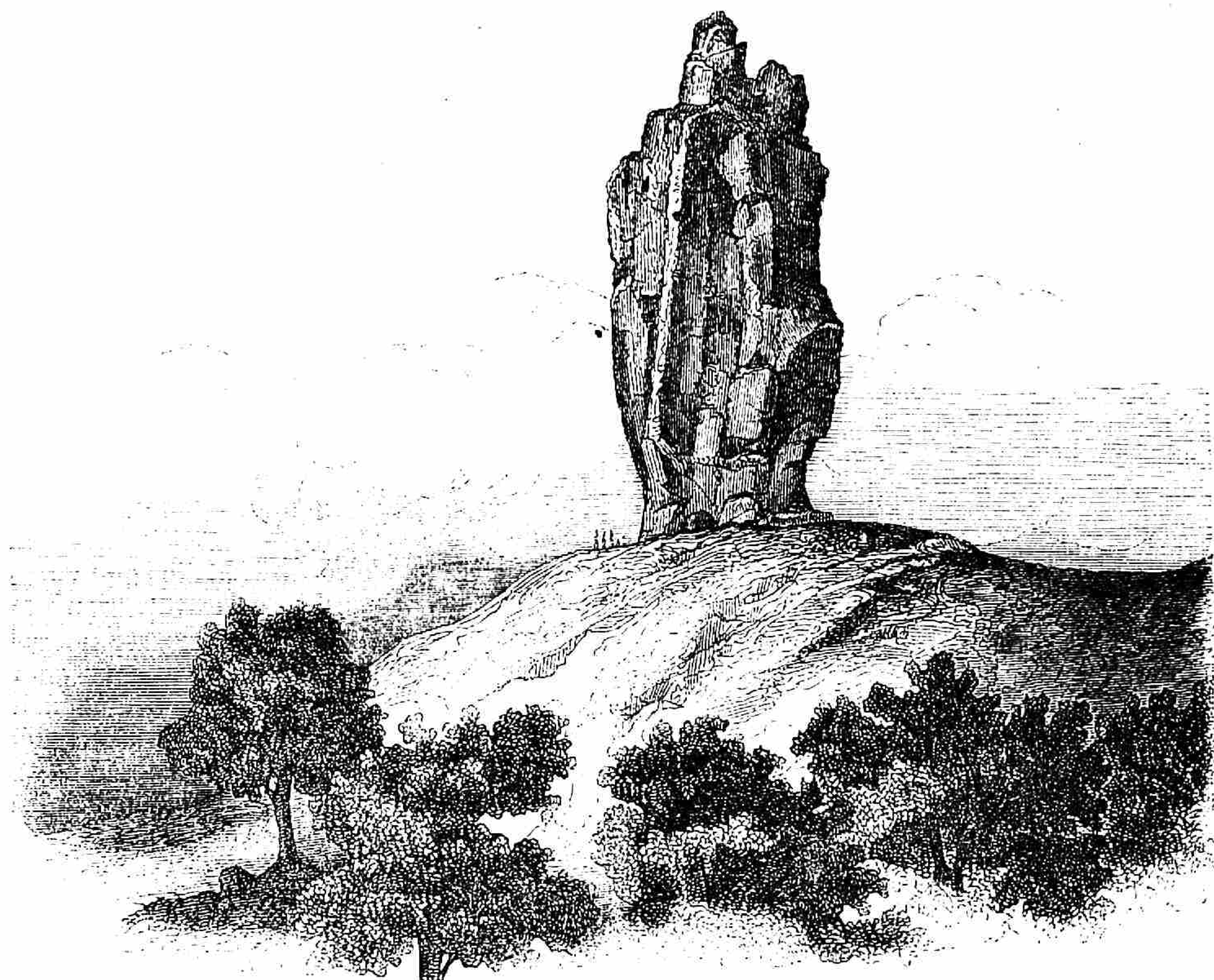


Batalla en el valle de Otumba.

tiempo vinieron á visitarle por la república su grande amigo Magiscatzin, el ciego Xicotencal, su hijo y otros ministros del gobierno. Adelantóse á todos Magiscatzin, arrojándose á sus brazos y apartándose de ellos para mirarle y cumplir con su admiracion, como quien no se acababa de persuadir á la felicidad de hallarle vivo. Xicotencal se hacia lugar con las manos hácia donde le guiaban los oidos; y manifestó su voluntad aun mas afectuosamente, porque se queria informar con el tacto, y prorumpió en lágrimas el contento, que al parecer tomaban á su cargo el ejercicio de los ojos. Iban llegando los demas, entre tanto que se apartaban los primeros, á congratularse con los capitanes y soldados conocidos. Pero no dejó de hacerse algun reparo Xicotencal el mozo, que anduvo mas desagradable ó mas templado en los cumplimientos; y aunque se atribuyó entonces á entereza de hombre militar, se conoció brevemente que duraban todavía en su intencion las desconfianzas de amigo reconciliado, y en su altivez los remordimientos de vencido. Apartóse Cortés con los recien venidos, y halló en su conversacion cuantas puntualidades y atenciones pudiera desear en gente de mayor policía. Dijéronle que andaban ya juntando sus tropas con ánimo de socorrerle contra el comun enemigo, y que tenian dispuesto salir con treinta mil hombres á romper los impedimentos de su marcha. Doliéronse de sus heridas mirándolas como desman sacrílego de aquella guerra sediciosa. Sintieron la muerte de los españoles, y particularmente la de Juan Velazquez de Leon, á quien amaban, no sin algun conocimiento de sus prendas. Acusaron la bárbara correspondencia de los mejicanos; y últimamente le ofrecieron asistir á su desagravio con todo el grueso de sus milicias y con las tropas auxiliares de sus aliados: añadiendo para mayor seguridad, que ya no solo eran amigos

de los españoles, sino vasallos de su rey, y debian por ambos motivos estar á sus órdenes y morir á su lado. Así concluyeron su conversacion distinguiendo no sin discrecion pundonorosa, las dos obligaciones de amistad y vasallaje, como que mandaba en ellos la fidelidad lo mismo que persuadia la inclinacion.

Respondió Hernan Cortés á todas sus ofertas y proposiciones con reconocida urbanidad; y de lo que discurrieron unos y otros pudo colegir, que no solo duraba en su primer vigor la voluntad de aquella gente, pero que habia crecido en ellos la parte de la estimacion: porque la pérdida que se hizo al salir de Méjico se miró como accidente de la guerra, y quedó totalmente borrada con la victoria de Otumba, que se admiró en Tlascala como prodigio del valor y último crédito de la retirada. Propusiéronle que pasase



Montaña de los Organos.

luego á la ciudad, donde tenian prevenido el alojamiento; pero se ajustaron fácilmente á conceder alguna detencion al reparo de la gente, porque deseaban prevenirse para la entrada, y que se hiciese con pública solemnidad al modo que solian festejar los triunfos de sus generales.

Tres dias se detuvo el ejército en Gualipar, asistido liberalmente de cuanto hubo menester por cuenta de la república; y luego que se hallaron los heridos en mejor disposicion, se dió aviso á la ciudad y se trató de la marcha. Adornáronse los españoles lo mejor que pudieron para la entrada, sirviéndose de las joyas y plumas de los mejicanos vencidos: esterioridad en que iba significada la ponderacion de la victoria, que hay casos en que importa la ostentacion al crédito de las cosas, ó suele pecar de intempestiva la modestia. Salieron á recibir el ejército los caciques y ministros en forma de senado con todo el resto de sus galas y numerosa comitiva de sus parentelas. Cubriéronse de gente los caminos: hervia en aplausos y aclamaciones la turba popular: andaban mezclados los vítores de los españoles con los oprobios de los mejicanos: y al entrar en la ciudad hicieron ruidosa y agradable salva los atabalillos, flautas y caracoles distribuidos en diferentes coros que se alternaban y sucedian, resonando en toques pacíficos los instrumentos militares. Alojado el ejército en forma conveniente, admitió Cortés despues de larga resistencia, el hospedaje de Magiscatzin, cediendo á su porfía por no desconfiarle. Llevóse consigo por esta misma razon el ciego Xicotencal á Pedro de Alvarado; y aunque los demas caciques se querian encargar de otros capitanes, se desvió cortesanamente la instancia, porque no era razon que faltasen los cabos del cuerpo de guardia principal. Fue la entrada que hicieron los españoles en esta ciudad por el mes de julio del año de mil quinientos y veinte, aunque tambien hay en esto alguna variedad entre los escritores; pero reservamos este género de reparos para cuando se discuerda en la sustancia de los sucesos, donde no cabe la estension del poco mas ó menos.

Dióse principio aquella misma tarde á las fiestas del triunfo, que se continuaron por algunos dias, dedicando todas sus habilidades al divertimiento de los huéspedes y al aplauso de la victoria, sin escepcion de los nobles ni de los mismos que perdieron amigos ó parientes en la batalla; fuese por no dejar de concurrir á la comun alegría, ó por no ser permitido en aquella nacion belicosa tener por adversa la fortuna de los que morian en la guerra. Ya se ordenaban desafíos con premios destinados al mayor acierto de las flechas: ya se competia sobre las ventajas del salto y la carrera: ya ocupaban la tarde aquellos funámbulos ó volatines que se procuraban esceder en los peligros de la maroma, ejercicio á que tenian particular aplicacion, y en que se llevaba el susto parte del entretenimiento; pero se alegraban siempre los fines y las veras del espectáculo con los bailes y danzas de invenciones y disfraces: fiesta de la multitud en que se daba libertad al regocijo, y quedaban por cuenta del ruido bullicioso las últimas demostraciones del aplauso.

Halló Hernan Cortés en aquellos ánimos toda la sinceridad y buena correspondencia que le habian prometido sus esperanzas. Era en los nobles amistad

y veneracion, lo que amor apasionado y obediencia rendida en el pueblo. Agradecia su voluntad y celebraba sus ejercicios agasajando á los unos y honrando á los otros, con igual confianza y satisfaccion. Los capitanes le ayudaban á ganar amigos con el agrado y con las dádivas; y hasta los soldados menores cuidaban de hacerse bien quistos, repartiendo generosamente las joyas y preseas que pudieron adquirir en el despojo de la batalla. Pero al mismo tiempo que duraba en su primera sazon esta felicidad, sobrevino un cuidado que puso los semblantes de otro color. Agravóse con accidentes de mala calidad la herida que recibió Hernan Cortés en la cabeza: venia mal curada, y el sobrado ejercicio de aquellos dias trajo al cerebro una inflamacion vehemente con recias calenturas, que postraron el sugeto y las fuerzas, reduciéndole á términos que llegó á temer el peligro de su vida.

Sintieron los españoles este contratiempo como amenaza de que pendia su conservacion y su fortuna pero fue mas reparable por menos debida, la turbacion de los indios, que apenas supieron la enfermedad cuando cesaron sus fiestas, y pasaron todos al estremo contrario de la tristeza y desconsuelo. Los nobles andaban asombrados y cuidadosos, preguntando á todas horas por el Teule; nombre como dijimos, que daban á sus semi-dioses, ó poco menos que deidades. Los plebeyos solian venir en tropas á lamentarse de su pérdida, y era menester engañarlos con esperanzas de la mejoría para reprimirlos, y apartarlos donde no hiciesen daño sus lástimas á la imaginacion del enfermo. Convocó el senado los médicos mas insignes de su distrito, cuya ciencia consistia en el conocimiento y eleccion de las yerbas medicinales que aplicaban con admirable observacion de sus virtudes y facultades, variando el medicamento segun el estado y accidentes de la enfermedad, y se les debió enteramente la cura; porque sirviéndose primero de unas yerbas saludables y benignas para corregir la inflamacion y mitigar los dolores de que procedia la calentura, pasaron por sus grados á las que disponian y cerraban las heridas con tanto acierto y felicidad, que le restituyeron brevemente á su perfecta salud. Ríase de los empíricos la medicina racional, que á los principios todo fue de la esperiencia; y donde faltaba la natural filosofía, que buscó la causa por los efectos no fue poco hallar tan adelantado el magisterio primitivo de la misma naturaleza. Celebróse con nuevos regocijos esta noticia: conoció Hernan Cortés con otra esperiencia mas el afecto de los tlascaltecas; y libre ya la cabeza para discurrir, volvió á la fábrica de sus altos designios, tirar nuevas líneas, dirigir inconvenientes y apartar dificultades: batalla interior de argumentos y soluciones, en que trabajaba la prudencia para componerse con la magnanimidad.

CAPITULO II.

Llegan noticias de que se habia levantado la provincia de Tepeaca: vienen embajadores de Méjico á Tlascala; y se descubre una conspiracion que intentaba Xicotencal el mozo contra los españoles.

Venia Hernan Cortés deseoso de saber el estado en que se hallaban las cosas de la Vera-Cruz, por ser la conservacion de aquella retirada una de las bases principales sobre que se habia de fundar el nuevo edificio de que se trataba. Escribió luego á Rodrigo Rangel que, como dijimos, quedó nombrado por teniente de Gonzalo de Sandoval en aquel gobierno, y llegó brevemente su respuesta, mediante la estraordinaria diligencia de los correos naturales, cuya sustancia fue: «que no se habia ofrecido novedad que »pudiese dar cuidado en la plaza ni en la costa: que »Narbaez y Salvatierra quedaban asegurados en su »prision, y que los soldados estaban gustosos y bien »asistidos, porque duraba en su primera puntualidad »el afecto y buena correspondencia de los zempoales, »totonaques y demas naciones confederadas.»

Pero al mismo tiempo avisó que no habian vuelto á la plaza ocho soldados con un cabo que fueron á Tlascala por el oro que se dejó repartido á los españoles de aquella guarnicion; y que si era cierta la voz que corria entre los indios de que los habian muerto en la provincia de Tepeaca, se podia temer que hubiese caido en el mismo lazo la gente de Narbaez que se quedó herida en Zempoala; porque habian marchado en tropas como fueron mejorando, con ansia de llegar á Méjico, donde se consideraban al arbitrio de la codicia las riquezas y las prosperidades.

Puso en gran cuidado á Cortés esta desgracia por la falta que hacian al presupuesto de sus fuerzas aquellos soldados, que segun Antonio de Herrera, pasaban de cincuenta; y aunque fuese menor el número, como lo dice Bernal Diaz del Castillo, no por eso dejaria de quedar grande la pérdida en aquella ocasion, y en una tierra donde se contaba por millares de indios lo que suponia cada español. Informóse de los tlascaltecas amigos, y halló en ellos la misma noticia que daba Rangel, y la notable atencion de habérsela recatado por no desazonar con nuevos cuidados su convalecencia.

Era cierto que los ocho soldados que vinieron de la Vera-Cruz llegaron á Tlascala y volvieron á partir con el oro de su repartimiento, en ocasion que andaba sospechosa la fidelidad de la provincia de Tepeaca, que fue una de las que dieron la obediencia en el primer viaje de Méjico. Y despues se averiguó con evidencia que habian perecido en ella los unos y los otros; en que no dejaba que dudar la circunstancia de haber llamado tropas mejicanas con ánimo de mantener la traicion: novedad que hizo necesario el empeño de sujetar aquellos rebeldes, y apartar de sus términos al enemigo, cuya diligencia no sufria dilacion, por estar situada esta provincia en paraje que dificultaba la comunicacion de Méjico á la Vera-Cruz: paso que debia quedar libre y asegurado antes de aplicar el ánimo á mayores empresas. Pero suspendió Hernan Cortés la negociacion que se habia de hacer con la república para que asistiese con sus fuerzas á esta faccion; porque supo al mismo tiempo que los tepeaqueses habian penetrado pocos dias antes los confines de Tlascala, destruyendo y robando algunas poblaciones de la frontera; y tuvo por cierto que le habrian menester para su misma causa, como sucedió con brevedad; porque resolvió el senado que se castigase con las armas el atrevimiento de aquella nacion, y se procurase interesar á los españoles en esta guerra, pues estaban igualmente irritados y ofendidos por la muerte de sus compañeros: con que llegó el caso de que le rogasen lo mismo que deseaba, y se puso en términos de conceder lo que habia de rogar.

Ofrecióse poco despues otra novedad que puso en nuevo cuidado á los españoles. Avisaron de Gualipar que habian llegado á la frontera tres ó cuatro embajadores del nuevo emperador mejicano, dirijidos á la república de Tlascala, y quedaban esperando licencia del senado para pasar á la ciudad. Discurrióse la materia en él con grande admiracion, y no sin conocimiento de que se debian escuchar como amenazas encubiertas las negociaciones del enemigo: pero aunque se tuvo por cierto que seria la embajada contra los españoles, y estuvieron firmes en que no se les podria ofrecer conveniencia que preponderase á la defensa de sus amigos, se decretó que fuesen admitidos los embajadores, para que se lograse por lo menos aquel acto de igualdad tan desusado en la soberbia de los príncipes mejicanos; y se infiere del mismo suceso que intervino en este decreto el beneplácito de Cortés, porque fueron conducidos públicamente al senado los embajadores, y no hubo recato, disculpa ó pretes-

to de que se pudiese argüir menos sinceridad en la intencion de los tlascaltecas.

Hicieron su entrada con grande aparato y gravedad. Iban delante los tamenes bien ordenados con el presente sobre los hombros, que se componia de algunas piezas de oro y plata, ropas finas de la tierra, curiosidades y penachos con muchas cargas de sal, que allí era el contrabando mas apetecido. Traian ellos mismos las insignias de la paz en las manos, gran cantidad de joyas, y numeroso acompañamiento de camaradas (1) y criados: superfluidades en que á su parecer venia figurada la grandeza de su príncipe, y que algunas veces suelen servir á la desproporcion de la misma embajada, siendo como unas ostentaciones del poder que asombran ó divierten los ojos para introducir la sinrazon en los oidos. Esperóles el senado en su tribunal sin faltar á la cortesía ni esceder en el agasajo; pero celoso cuidadosamente de su representacion, y mal encubierto el desagrado en la urbanidad.

Su proposicion fue, despues de nombrar al emperador mejicano con grandes sumisiones y atributos, «ofrecer de su parte la paz y alianza perpétua entre »las dos naciones, libertad de comercio y comunica»cion de intereses; con calidad y condicion que to»masen luego las armas contra los españoles, ó se »aprovechasen de su descuido y seguridad para des»hacerse de ellos.» Y no pudieron acabar su razonamiento porque se hallaron atajados, primero de un rumor indistinto que ocasionó la disonancia, y despues de una irritacion mal reprimida que prorumpió en voces descompuestas, y se llevó tras sí la circunspeccion.

Pero uno de los senadores ancianos acordó á sus compañeros el desacierto en que se iban empeñando contra el estilo y contra la razon; y dispuso que los embajadores se retirasen á su alojamiento para esperar la resolucion de la república. Lo cual ejecutado, se quedaron solos á discurrir sobre la materia; y sin detenerse á votar concurrieron todos en el mismo sentir de los que habian propalado inadvertidamente su voto, aunque se aliñaron los términos de la repulsa y se hizo lugar la cortesía en la segunda instancia de la cólera, resolviendo que se nombrasen tres ó cuatro diputados que llevasen la respuesta del senado á los embajadores, cuya sustancia fue: «que se admi»tiria con toda estimacion la paz, como viniese pro»puesta con partidos razonables, y proporcionados »á la conveniencia y pundonor de ambos dominios; »pero que los tlascaltecas observaban religiosamente »las leyes del hospedaje, y no acostumbraban ofender »á nadie sobre seguro; preciándose de tener por im»posible lo ilícito, y de irse derechos á la verdad de »las cosas, porque no entendian de pretestos ni sa»bian otro nombre á la traicion.» Pero no llegó el caso de lograrse la respuesta, porque los embajadores viendo tan mal recibida su proposicion, se pusieron luego en camino, llevando tanto miedo como trajeron gravedad; y no pareció conveniente detenerlos porque habia corrido la voz en Tlascala de que venian contra los españoles, y se temió algun movimiento popular que atropellase las prerogativas de su ministerio y destruyese las atenciones del senado.

Esta diligencia de los mejicanos, aunque frustrada con tanta satisfaccion de los españoles, no dejó de traer algun inconveniente, de que se empezó á formar otro cuidado. Calló Xicotencal el mozo en la junta de los senadores su dictámen, dejándose llevar del voto comun, porque temió la indignacion de sus compañeros, ó porque le detuvo el respeto de su padre; pero se valió despues de la misma embajada para verter entre sus amigos y parciales el veneno de que tenia preocupado el corazon, sirviéndose de la paz que proponian los mejicanos, no porque fuese de su genio ni de su conveniencia, sino por esconder en este motivo especioso la fealdad ignominiosa de su envidia y dañada intencion. «El emperador mejica»no, decia, cuya potencia formidable nos trae siem»pre con las armas en las manos, y envueltos en la »contínua infelicidad de una guerra defensiva, nos »ruega con su amistad, sin pedirnos otra recompensa »que la muerte de los españoles, en que solo nos »propone lo que debíamos ejecutar por nuestra pro»pia conveniencia y conservacion: pues cuando per»donemos á estos advenedizos el intento de aniquilar »y destruir nuestra religion, no se puede negar que »tratan de alterar nuestras leyes y forma de gobierno, »convirtiendo en monarquía la república venerable »de los tlascaltecas, y reduciéndonos al dominio »aborrecible de los emperadores: yugo tan pesado »y tan violento, que aun visto en la cerviz de nues»tros enemigos lastima la consideracion.» No le faltaba elocuencia para vestir de razones aparentes su dictámen, ni osadía para facilitar la ejecucion; y aunque le contradecian y procuraban disuadir algunos de sus confidentes, como estaba en reputacion de gran soldado, se pudo temer que tomase cuerpo su parcialidad en una tierra donde bastaba el ser valiente para tener razon. Pero estaba tan arraigado en los ánimos el amor de los españoles, que se hicieron poco lugar las diligencias, y llegaron luego á la noticia de los magistrados. Tratóse la materia en el senado con toda la reserva que pedia un negocio de semejante consideracion, y fue llamado á esta conferencia Xicotencal el viejo, sin que bastase la razon de ser hijo suyo el delincuente para que se desconfiase de su entereza y justificacion.

Acriminaron todos este atentado como indigna cavilacion de hombre sedicioso que intentaba perturbar la quietud pública, desacreditar las resoluciones del senado, y destruir el crédito de su nacion. Inclináronse algunos votos á que se debia castigar semejante delito con pena de muerte, y fue su padre uno de los que mas esforzaron este dictámen, condenando en su hijo la traicion, como juez sin afectos, ó mejor padre de la patria (1).

Pudo tanto en los ánimos de aquellos senadores la constancia pundonorosa del anciano, que se mitigó por su contemplacion el rigor de la sentencia, reduciéndose los votos á menos sangrienta demostracion. Hiciéronle traer preso al senado, y despues de reprender su atrevimiento con destemplada severidad, le quitaron el baston de general, deponiéndole del ejercicio y prerogativas del cargo, con la ceremonia de arrojarle violentamente por las gradas del tribunal; cuya ignominia le obligó dentro de pocos dias á valerse de Cortés con demostraciones de verdadera reconciliacion; y á instancia suya fue restituido en sus honores y en la gracia de su padre, aunque despues de algunos dias volvió á reverdecer la raiz infecta de su mala intencion, y reincidió en nueva inquietud que le costó la vida como veremos en su lugar. Pudieron ambos lances producir inconvenientes de grande amenaza y dificultoso remedio; pero el de Xicotencal llegó á noticia de Cortés cuando estaba prevenido el daño y castigado el delito, y el de los embajadores mejicanos dejó satisfechos á los menos confiados, quedando en uno y otro nuevamente acreditada la rara fidelidad de los tlascaltecas; que vista en una gente de tan limitada policía, y en aquel desabrigo de los medios humanos, llegó á parecer milagrosa, ó por lo menos se miraba entonces

(1) Aunque en varias ediciones se halla así debe decir, *camareros*.

(1) Siendo este meramente un episodio, su veracidad es dudosa. Mas aunque fuese cierto, nunca debió Solís vituperar en el jóven Xicotencal este noble sentimiento de amor pátrio, que hace su mayor elogio.

como uno de los efectos en que no se halla razon natural si se busca entre las causas inferiores.

CAPITULO III.

Ejecútase la entrada en la provincia de Tepeaca; y vencidos los rebeldes que aguardaron en campaña con la asistencia de los mejicanos, se ocupa la ciudad, donde se levanta una fortaleza con el nombre de Segura de la Frontera.

Entre tanto que andaba Xicotencal el mozo convocando las milicias de su república, cebado ya en la guerra de Tepeaca, y deseoso entonces de borrar con los escesos de su diligencia las especies de su infidelidad, procuraba Cortés encaminar los ánimos de los suyos al conocimiento de que no se podia escusar el castigo de aquella nacion, poniéndoles delante su rebeldía, la muerte de los españoles, y cuantos motivos podian hacer á la compasion y llamar á la venganza; pero no todos se ajustaban á que fuese conveniente aquella faccion, en cuyo dictámen sobresalieron los de Narbaez, que á vista de los trabajos padecidos se acordaban con mayor afecto del ocio y de la comodidad, clamando por asistir á las grangerías que dejaron en la isla de Cuba. Tenian por impertinente la guerra de Tepeaca, insistiendo en que se debia retirar el ejército á la Vera-Cruz para solicitar asistencias de Santo Domingo y Jamáica, y volver menos aventurados á la empresa de Méjico, no porque tuviesen ánimo de perseverar en ella, sino por acercarse con algun color á la lengua del agua para clamar ó resistir con mayor fuerza. Y llegó á tanto su osadía, que hicieron notificar á Hernan Cortés una protesta en forma legal, adornada con algunos motivos de mayor atrevimiento que sustancia, en que andaba el bien público y el servicio del rey, procurando apretar los argumentos del temor y de la flojedad.

Sintió vivamente Cortés que se hubiesen desmesurado á semejante diligencia en tiempo que tenian los enemigos, que asistian en Tepeaca, ocupado el camino de la Vera-Cruz, y no era posible penetrarle sin hacer la guerra que rehusaban. Hízolos llamar á su presencia, y necesitó de toda su reportacion para no destemplarse con ellos; porque la tolerancia ó el disimulo de una injuria propia es dificultad que suele caber en ánimos como el suyo; pero sufrir en un despropósito la injuria de la razon, es en los hombres de juicio la mayor hazaña de la paciencia.

Agradeció como pudo los buenos deseos con que solicitaban la conservacion del ejército; y sin detenerse á ponderar las razones que ocurrian para no faltar al empeño que estaba hecho con los tlascaltecas, aventurando su amistad, y dejando consentida la traicion de los tepeaqueses, se valió de motivos proporcionados al discurso de unos hombres á quien hacia poca fuerza lo mejor: para cuyo efecto les dijo solamente: «que teniendo el enemigo los pasos es»trechos de la montaña, precisamente se habia de »pelear para salir á lo llano: qué ir solos á esta fac»cion seria perder voluntariamente, ó por lo menos »aventurar sin disculpa el ejército: que ni era prac»ticable pedir socorro á los tlascaltecas, ni ellos le »darian para una retirada que se hacia contra su vo»luntad; y que una vez sujeta la provincia rebelde, »y asegurado el camino, en lo cual asistiria con »todas sus fuerzas la república, les ofrecia sobre la »fé de su palabra que podrian retirarse con licencia »suya cuantos no se determinasen á seguir sus ban»deras.» Con que los dejó reducidos á servir en aquella guerra, quedando en conocimiento de que no eran á propósito para entrar en mayores empeños: y trató de poner luego en ejecucion su jornada con que se quietaron por entonces.

Eligió hasta ocho mil tlascaltecas de buena calidad, divididos en tropas segun su costumbre, con algunos capitanes de los que ya tenia esperimentados en el viaje de Méjico. Dejó á cargo de su nuevo amigo Xicotencal que siguiese con el resto de sus milicias; y puesta en órden su gente, se halló con cuatrocientos y veinte soldados españoles, inclusos los capitanes, y diez y siete caballos, armada la mayor parte de picas, espadas y rodelas; algunas ballestas y pocos arcabuces, porque no sobraba la pólvora, cuya falta obligó á que se dejasen los demas en casa de Magiscatzin.

Marchó el ejército con grandes aclamaciones del concurso popular y grande alegría de los mismos soldados tlascaltecas: pronósticos de la victoria en que tenian su parte los espíritus de la venganza. Hízose alto aquel dia en el primer lugar de la tierra enemiga, situado tres leguas de Tlascala y cinco de Tepeaca, ciudad capital que dió su nombre á la provincia. Retiróse la poblacion á la primera vista del ejército y solo dieron alcance los batidores á seis ó siete paisanos que aquella noche hallaron agasajo y seguridad entre los españoles, no sin alguna repugnancia de los tlascaltecas, en cuya irritacion tuvieron diferente acogida. Llamólos á la mañana Hernan Cortés, y alentándolos con algunas dádivas los puso á todos en libertad, encargándoles que por el bien de su nacion dijesen de su parte á los caciques y ministros principales de la ciudad: «que venia con aquel ejército á »castigar la muerte de tantos españoles como habian »perdido alevosamente la vida en su distrito, y la »traicion calificada con que se habian negado á la »obediencia de su rey; pero que determinándose á »tomar las armas contra los mejicanos, para cuyo »efecto los asistiria con sus fuerzas y las de Tlascala, »quedaria borrada con un perdon general la memoria »de ambas culpas, y serian restituidos á su amistad, »escusando los daños de una guerra, cuya razon los »amenazaba como delincuentes, y los trataria como »enemigos.»

Partieron con este mensaje, y al parecer bastantemente asegurados, porque doña Marina y Aguilar añadieron á lo que dictaba Cortés, algunos amigables consejos y seguridades en órden á que podian volver sin recelo, aunque fuese mal admitida la proposicion de la paz. Y así lo ejecutaron al dia siguiente, acompañándolos en esta funcion dos mejicanos, que al parecer venian como celadores de la embajada para que no se alterasen los términos de la repulsa, cuya sustancia fue insolente y descomedida: «que no que»rian la paz, ni tardarian mucho en buscar á sus ene»migos en campaña para volver con ellos maniatados »á las aras de sus dioses.» A que añadieron otros desprecios y amenazas de hombres que hacian la cuenta con el número de su ejército. No se dió por satisfecho Hernan Cortés con esta primera diligencia, y los volvió á despachar con nuevo requerimiento que ordenó para su mayor justificacion, en que los protestaba: «que no admitiendo la paz con las condiciones »propuestas, serian destruidos á fuego y á sangre »como traidores á su rey, y quedarian esclavos de los »vencedores, perdiendo enteramente la libertad »cuantos no perdiesen la vida.» Hízose la notificacion á los enviados con asistencia de los intérpretes, y dispuso que llevasen por escrito una copia del mismo requerimiento, no porque le hubiesen de leer, sino porque al oir de sus mensajeros aquella intimacion de tanta severidad, temiesen algo mas de las palabras sin voz que llevaba el papel: que como estrañaban tanto en los españoles el oficio de la pluma, teniendo por sobrenatural que pudiesen hablarse y entenderse desde lejos, quiso darles en los ojos con lo que les hacia ruido en el cuidado: que fue como llamarlos al miedo por el camino de la admiracion.

Pero sirvió de poco este primor, porque fue aun

mas briosa y mas descortés la segunda respuesta; con la cual llegó el aviso de que venia marchando en diligencia mas que ordinaria el ejército enemigo, y Hernan Cortés, resuelto á buscarle, ordenó luego su gente, y la puso en marcha sin detenerse á instruirla ni animarla, porque los españoles estaban diestros en aquel género de batallas, y los tlascaltecas iban tan deseosos de pelear, que trabajó mas la razon en detenerlos.

Aguardaban los enemigos mal emboscados entre unos maizales, aunque los produce tan densos y crecidos la fertilidad de aquella tierra que pudieran lograr el lazo si fuera mayor su advertencia; pero se reconoció desde lejos el bullicio de su natural inquietud: y la noticia de los batidores llegó á tiempo que dadas las órdenes y prevenidas las armas, se consiguió el acercarse á la celada con un género de sosiego que procuraba imitar el descuido.

Dióse principio al combate prolongando los escuadrones, lo que fue necesario para guardar las espaldas; y los mejicanos que traian la vanguardia, se hallaron acometidos por todas partes cuando se andaban disponiendo para ocupar la retirada. Facilitó su turbacion el primer avance, y fueron pasados á cuchillo cuantos no se retiraron anticipadamente. Fuése ganando tierra sin perder la formacion del ejército, y porque las flechas y demas armas arrojadizas perdian la fuerza y la puntería en las cañas del maiz, lo hicieron todo las espadas y las picas. Rehiciéronse despues los enemigos, y esperaron segundo choque, alargando la disputa con el último esfuerzo de la desesperacion; pero se detuvo poco en declararse la victoria, porque los mejicanos cedieron, no solamente la campaña, sino todo el pais buscando su refugio en otros aliados; y á su ejemplo se retiraron los tepeaqueses con el mismo desórden tan atemorizados, que vinieron aquella misma tarde sus comisarios á rendir la ciudad, pidiendo cuartel, y dejándose á la discrecion ó á la clemencia de los vencedores.

Perdió el enemigo en esta faccion la mayor parte de sus tropas, hiciéronse muchos prisioneros, y el despojo fue considerable. Los tlascaltecas pelearon valerosamente; y lo que mas se pudo estrañar, tan atentos á las órdenes, que á fuerza de su mejor disciplina murieron solamente dos ó tres de su nacion. Murió tambien un caballo, y de los españoles hubo algunos heridos, aunque tan ligeramente que no fue necesario que se retirasen. El dia siguiente se hizo la entrada en la ciudad; y así los magistrados como los militares que salieron al recibimiento, y el concurso popular que los seguia, vinieron desarmados á manera de reos, llevando en el silencio de los semblantes confesada ó reconocida la confusion de su delito.

Humilláronse todos al acercarse, hasta poner la frente sobre la tierra, y fue necesario que los alentase Cortés para que se atreviesen á levantar los ojos. Mandó luego que los intérpretes aclamasen, levantando la voz, al rey don Cárlos, y publicasen el perdon general en su nombre, cuya noticia rompió las ataduras del miedo, y empezaron las voces y los saltos á celebrar el contento. Señalóse á los tlascaltecas su cuartel fuera de poblado porque se temió que pudiese mas en ellos la costumbre de maltratar á sus enemigos que la sujecion á las órdenes en que se iban habituando; y Hernan Cortés se alojó en la ciudad con sus españoles, con la union y cautela que pedia la ocasion, durando en este género de recelo hasta que se conoció la sencillez de aquellos ánimos, que á la verdad fueron solicitados y asistidos por los mejicanos, así para la primera traicion, como para los demas atrevimientos.

Hallábanse ya escarmentados y pesarosos de haber dado segunda vez la cerviz al yugo intolerable de aquella nacion; y tan desengañados en el conocimiento de que, aun viniendo como amigos, no sabian abstenerse de mandar en las haciendas, en las honras y en las vidas, que hicieron ellos mismos diferentes instancias á Hernan Cortés para que no desamparase la ciudad; de que se tomó pretesto para levantar allí una fortaleza que se les dió á entender era para defenderlos, siendo para sujetarlos; y sobre todo, para dar seguridad al paso de la Vera-Cruz, á cuyo fin convenia mantener aquel puesto, que siendo fuerte por naturaleza, podia recibir con facilidad los reparos del arte. Cerráronse las avenidas con algunas trincheras de fagina y tierra que diesen recinto á la ciudad, atando las quiebras de la montaña; y en lo mas eminente se levantó una fortificacion de materia mas sólida en forma de castillo, que se tuvo por bastante retirada para cualquier accidente de los que se podian ofrecer en aquel género de guerra. Dióse tanto calor á la fábrica, y asistieron á ella los naturales y circunvecinos con tanta solicitud y en tanto número, que se puso en defensa dentro de breves dias, y Hernan Cortés señaló algunos españoles que se quedasen á defender aquella plaza que hizo llamar Segura de la Frontera, y fue la segunda poblacion española del imperio mejicano.

Desembarazóse primero para dar cobro á estas disposiciones, de los prisioneros mejicanos y tepeaqueses de la victoria pasada; y ordenó que fuesen llevados á Tlascala con particular cuidado, porque ya se apreciaban como alhajas de valor, habiéndose introducido entonces en aquella tierra el herrarlos y venderlos como esclavos: abuso y falta de humanidad que tuvo su principio en las islas donde se practicaba ya este género de terror contra los indios rebeldes; aunque no se refiere como disculpa el ejemplar, que siempre yerra segunda vez quien sigue lo culpable, y por mas que fuese ageno el primer desacierto, quedaria con circunstancias de reincidencia la imitacion.

No se detuvo muchos dias el remedio y la reprension de semejante desórden, aunque llegó á noticia del emperador, fundado en alguno de los motivos que hacen lícita la esclavitud entre los cristianos, y fue punto que ventiló en largas disputas y papeles. Pero aquel ánimo real, verdaderamente religioso y compasivo, se dejó pendientes las controversias de los teólogos, y ordenó de propio dictámen que fuesen restituidos en su libertad cuando lo permitiese la razon de la guerra, y en el ínterin tratados como prisioneros y no como esclavos: heróica resolucion en que obró tanto la prudencia como la piedad porque ni en lo político fuera conveniente introducir la servidumbre para mejorar el vasallaje, ni en lo católico desautorizar con la cadena y el azote la fuerza de la razon.

CAPITULO IV.

Envia Hernan Cortés diferentes capitanes á reducir ó castigar los pueblos inobedientes, y va personalmente á la ciudad de Guacachula contra un ejército mejicano que vino á defender su frontera.

Poco despues que se alojó el ejército en Tepeaca, llegó con el resto de sus tropas Xicotencal, y creció, segun dicen algunos, á cincuenta mil hombres el ejército auxiliar de los tlascaltecas. Convenia para sosegar á los tepeaqueses, que andaban recelosos de su vecindad, ponerlos en alguna operacion; y sabiendo Hernan Cortés que al fomento de los mejicanos se mantenian fuera de la obediencia tres ó cuatro lugares de aquel distrito, envió diferentes capitanes, dando á cada uno veinte ó treinta españoles, y número considerab'e de tlascaltecas, para que los procurasen reducir á la paz con términos suaves, ó pasasen á castigar con las armas su obstinacion. En todos se

halló resistencia, y en todos hizo la fuerza lo que no pudo la mansedumbre; pero se consiguió el intento sin perder un hombre, y los capitanes volvieron victoriosos, dejando sujetas aquellas poblaciones rebeldes, y no sin escarmiento á los mejicanos que huyeron rotos y deshechos de la otra parte de los montes. El despojo que se adquirió en el alcance de los enemigos, y en los mismos lugares sediciosos, fue rico y abundante de todos géneros. Los prisioneros escedian el número de los vencedores. Dicen que llegarian á dos mil los que se hicieron solo en Tecamachalco, donde se apretó la mano en el castigo, porque sucedió en este lugar la muerte de los españoles. Y ya no se llamaban prisioneros, sino cautivos, hasta que puestos en venta perdian el nombre, y pasaban á la servidumbre personal; dando el rostro á la nota miserable de la esclavitud.

Habia muerto en esta sazon, segun la noticia que se tuvo poco despues, el emperador que sucedió á Motezuma en la corona, que como dijimos se llamaba Quetlabaca, señor de Iztacpalapa; y juntándose los electores, dieron su voto y la investidura del imperio á Guatimozin (1), sobrino y yerno de Motezuma. Era mozo de hasta veinte y cinco años, y de tanto espíritu y vigilancia, que á diferencia de su antecesor, se dió todo á los cuidados públicos, deseando que se conociese luego lo que valen, puestas en mejor mano, las riendas del gobierno. Supo lo que iban obrando los españoles en la provincia de Tepeaca; y previniendo los designios á que podrian aspirar con la reunion de los tlascaltecas y demas provincias confinantes, entró en aquel temor razonable de que suele formar sus avisos la prudencia.

Hizo notables prevenciones que dieron grande recomendacion á los principios de su reinado. Alentó la milicia con premios y exenciones: ganó el aplauso de los plueblos con levantar enteramente los tributos por el tiempo que durase la guerra: hízose mas señor de los nobles con dejarse comunicar, templando aquella especie de adoracion á que procuraban elevar el respeto sus antecesores: repartió dádivas y ofertas entre los caciques de la frontera, exhortándolos á la fidelidad y á la propia defensa; y porque no se quejasen de que les dejaba todo el peso de la guerra, envió un ejército de treinta mil hombres que diese calor á las milicias naturales. Y á vista de estas prevenciones, tienen despejo los émulos de nuestra nacion para decir que se lidiaba con brutos incapaces, que solo se juntaban para ceder á la industria y al engaño, mas que al valor y á la constancia de sus enemigos.

Tuvo noticia Hernan Cortés de que se prevenia ejército en la frontera, y no le dejaron que dudar tres ó cuatro mensajeros nobles que le despachó el cacique de Guacachula, ciudad populosa y guerrera, situada en el paso de Méjico, y una de las que miraba el nuevo emperador como antemural de sus estados. Venian á pedir socorro contra los mejicanos: quejábanse de sus violencias y desprecios: ofrecian tomar las armas contra ellos luego que se dejase ver de sus murallas el ejército de los españoles. Facilitaban la empresa y la querian justificar, diciendo que su cacique debia ser asistido como vasallo de nuestro rey, por ser uno de los que dieron la obediencia en la junta de nobles que se hizo á convocacion de Motezuma. Preguntóles Hernan Cortés qué grueso tendria el enemigo en aquel paraje; y respondieron que hasta veinte mil hombres en el distrito de la ciudad, y en otra que se llamaba Izucan, distante cuatro leguas, otros diez mil; pero que de Guacachula y algunos lugares de su contribucion se juntaria número muy considerable de gente irritada y valerosa que sabria gozar de la ocasion, y servirse de las manos. Examinólos cuidadosamente haciéndoles diferentes instancias, á fin de penetrar el ánimo de su cacique; y dieron tan buena razon de sí, que le dejaron persuadido á que venia sin doblez la proposicion: y cuando le quedase algun recelo procuraria disimularle, porque aun en caso de salir incierto el tratado, era ya necesario echar de allí al enemigo, y sujetar aquellas ciudades fronterizas antes que se pusiese mayor cuidado en defenderlas.

Tomó tan de veras el empeño, que formó aquel mismo dia un ejército de hasta trescientos españoles, con doce ó trece caballos, y mas de treinta mil tlascaltecas, encargando la faccion al maestre de campo Cristóbal de Olid; y andaba tan cerca entonces el disponer del ejecutar, que marchó la mañana siguiente, llevando consigo á los mensajeros, y órden para que se procurase adelantar con recato hasta ponerse cerca de la ciudad; y caso que hubiese algun recelo de trato doble, se abstuviese de atacar la poblacion, y procurase romper antes á los mejicanos, llamándolos á la batalla en algun puesto ventajoso.

Iban todos alegres y de buen ánimo; pero á seis leguas de Tepeaca, y casi á la misma distancia de Guacachula, donde hizo alto el ejército, corrió voz de que venia en persona el emperador mejicano á socorrer aquellas ciudades con todo el resto de sus fuerzas. Decíanlo así los paisanos sin dar fundamento en el orígen de esta noticia; pero los españoles de Narbaez la creyeron y la multiplicaron sin oir razon ni atender á las órdenes. Contradecian á rostro descubierto la jornada, protestando que se quedarian, con tanta irreverencia que llegó á enojarse con ellos Cristóbal de Olid, y á despedirlos con desabrimiento, amenazándolos con el enojo de Cortés, porque no les hacia fuerza el deshonor de la retirada. Y al mismo tiempo que trataba de proseguir sin ellos su marcha, se ofreció nuevo accidente, que si no llegó á turbar su constancia, puso en compromiso la resolucion y el acierto de la misma jornada.

Viéronse descender tropas de gente armada por lo alto de las montañas vecinas, que se iban acercando en mas que ordinaria diligencia; y le obligaron á poner en órden su gente, creyendo que le buscaban ya los mejicanos; en que obró lo que debia, que nunca daña á la salud de los ejércitos los escesos del cuidado. Pero algunos caballos que adelantó á tomar lengua, volvieron con aviso de que venia por capitan de aquellas tropas el cacique de Guajocingo, á quien acompañaban otros caciques sus confederados con ánimo de asistir á los españoles en aquella guerra contra los mejicanos, que tenian ocupada la frontera y amenazados sus dominios. Mandó con esta noticia que hiciesen alto las tropas, y viniesen los caciques á verse con él, como lo ejecutaron luego. Pero de lo mismo que al parecer debian alegrarse todos, se levantó segunda voz en el ejército que tomó su principio en los tlascaltecas, y comprendió brevemente á los españoles. Decian unos y otros que no era seguro fiarse de aquella gente: que su amistad era fingida, y que la enviaban los mejicanos para que se declarase por enemiga cuando llegase la ocasion de la batalla. Oyólos Cristóbal de Olid, y dejándose llevar con poco exámen á la misma sospecha, prendió luego á los caciques, y los envió á Tepeaca para que determinase Cortés lo que se debia ejecutar: accion atropellada en que aventuró que sucediese alguna turbacion entre los suyos, y los que verdaderamente venian como amigos, pero estos perseveraron á vista de aquella desconfianza sin moverse del paraje donde se hallaban, dándose por satisfechos de que se remitiese á Cortés el conocimiento de su verdad; y los demas no se atrevieron á inquietarlos, porque dieron cuenta y quedaron obligados á esperar la órden.

(1) *Quautemoctzin*, que tiene casi igual sonido, era su verdadero nombre. Aunque Herrera dice que era sobrino de Motezuma, en la cronologia de los emperadores mejicanos no aparece semejante parentesco. Los autores discuerdan al decir la edad que tenia al tomar el mando, pues algunos le dan 18 ó 19 años.

Llegaron los presos en breve á la presencia de Cortés; y se quejaron de Cristóbal de Olid en términos razonables, dando á entender que no sentian la mortificacion de sus personas, sino el desaire de su fidelidad. Oyólos benignamente, y haciéndoles quitar las prisiones, procuró satisfacerlos y confiarlos, porque halló en ellos todas las señas que suele traer consigo la verdad para diferenciarse del engaño. Pero entró en dictámen de que ya necesitaba de su asistencia la faccion, porque la desconfianza de aquellas naciones amigas, y las voces que habian corrido en el ejército, eran amenazas del intento principal. Dispuso luego su jornada, y encargando á los ministros de justicia el gobierno y dependencias de la nueva poblacion, partió con los caciques y una pequeña escolta de los suyos, tan diligente y deseoso de facilitar la empresa, que llegó en breves horas al ejército. Alentáronse todos con su presencia; pusiéronse las cosas de otro color: serenóse la tempestad que iba oscureciendo los ánimos: reprendió á Cristóbal de Olid, no el haberle dado noticia de aquella novedad, hallándose tan cerca, sino el haber manifestado sus recelos con la prision de los caciques. Y unidas las fuerzas, marchó sin mas detencion la vuelta de Guacachula, ordenando que se adelantasen los mensajeros de aquella ciudad, y diesen aviso á su cacique del paraje donde se hallaba, y de las fuerzas con que venia; no porque necesitase ya de sus ofertas, sino por escusar el empeño de tratar como enemigos á los que deseaba reducir y conservar.

Tenian su alojamiento los mejicanos de la otra parte de la ciudad; pero al primer aviso de sus centinelas se movieron con tanta celeridad, que al tiempo que llegaron los españoles á tiro de arcabuz, habian formado su ejército y ocupado el camino con ánimo de medir las fuerzas al abrigo de la plaza. Trabóse con rigurosa determinacion la batalla, y los enemigos empezaron á resistir y ofender con señas de alargar la disputa, cuando el cacique logró la ocasion y desempeñó su fidelidad, cerrando con ellos por las espaldas, y ofendiéndolos al mismo tiempo desde la muralla con tan buena órden y tanta resolucion, que facilitó mucho la victoria, y en poco mas de media hora fueron totalmente deshechos los mejicanos, siendo pocos los que pudieron escapar de muertos ó heridos.

Alojóse dentro de la ciudad Hernan Cortés con los españoles señalando su cuartel fuera de los muros á los tlascaltecas y demas aliados, cuyo número fue creciendo por instantes; porque á la fama de que se movia su persona, salieron otros caciques de la tierra obediente con sus milicias á servir debajo de su mano; y creció tanto su ejército, que segun su misma relacion, llegó á Guacachula con mas de ciento y veinte mil hombres. Dió las gracias al cacique y á los soldados naturales, atribuyéndoles enteramente la gloria del suceso, y ellos se ofrecieron para la empresa de Izucan, no sin presuncion de necesarios por la noticia con que se hallaban de la tierra, y porque ya se podia fiar de su valor. Tenia el enemigo en aquella ciudad, como lo avisó el cacique, mas de diez mil hombres de guarnicion, sin los que se le arrimarian de la rota pasada. Los paisanos de su poblacion y distrito se hallaban empeñados á todo riesgo en la enemistad de los españoles. La plaza era fuerte por naturaleza, y por algunas murallas con sus rebellines que cerraban el paso entre las montañas: bañábala un rio, que necesariamente se habia de penetrar y llegó noticia de que habian roto el puente para disputar la ribera: circunstancias bastantes para que no se despreciase la faccion, ni se dejase de mover todo el ejército.

Iba Cristóbal de Olid en la vanguardia con la gente señalada para el esguazo, en cuya oposicion halló la mayor parte del ejército enemigo; pero se arrojó al agua peleando, y ganó la otra ribera con tanta determinacion y tan arrestado en los avances, que le mataron el caballo y le hirieron en un muslo. Huyeron los enemigos á la ciudad, donde pensaron mantenerse, porque habian echado fuera la gente inútil, niños y mujeres, quedándose con mas de tres mil paisanos hábiles, y bastimentos de reserva para muchos dias. El aparato de las murallas y el número de los defensores daban con la dificultad en los ojos, y premisas de que seria costoso el asalto; pero apenas acabó de pasar el ejército y se dieron las órdenes de acometer, cuando cesaron los gritos y desapareció por todas partes la guarnicion. Púdose temer algun estratagema de los que alcanzaba su milicia, si al mismo tiempo no se descubriera la fuga de los mejicanos, que puestos en desórden iban escapando á la montaña. Envió Cortés en su alcance algunas compañías de españoles con la mayor parte de los tlascaltecas; y aunque militaba por los enemigos lo agrio de la cuesta, se consiguió el romperlos tan ejecutivamente, que apenas se les dió lugar para que volviesen el rostro.

La ciudad estaba tan desamparada, que solo se pudieron hallar entre los prisioneros tres ó cuatro de los naturales; por cuyo medio trató Hernan Cortés de recoger á los demas, enviándolos á los bosques donde tenian retiradas sus familias, para que de su parte, y en nombre del rey, ofreciesen perdon y buen pasaje á cuantos se volviesen luego á sus casas; cuya diligencia bastó para que se poblase aquel mismo dia la ciudad, volviéndose casi todos á gozar del indulto. Detúvose Cortés en ella dos ó tres dias para que perdiesen el miedo y abrazasen la obediencia con el ejemplo de Guacachula. Despidió al mismo tiempo las tropas de los caciques amigos, partiendo con ellos el despojo de ambas facciones; y se volvió á Tepeaca con sus españoles y tlascaltecas, dejando libre de mejicanos la frontera, obedientes aquellas ciudades que tanto suponian, asegurado con la esperiencia el afecto de las naciones amigas, y frustradas las primeras disposiciones del nuevo emperador mejicano.

No quiere Bernal Diaz del castillo que se hallase Cortés en esta espedicion. Puédese dudar si fue por autorizar la disculpa de haberse quedado en Segura de la Frontera, como lo confiesa pocos renglones antes, ó si le llevó inadvertidamente la pasion de contradecir en esto, como en todo, á Francisco Lopez de Gomara; porque los demas escritores afirman lo que dejamos referido, y el mismo Hernan Cortés en la carta para el emperador, escrita en treinta de octubre de mil quinientos y veinte, da los motivos que le obligaron á seguir entonces el ejército. Sentimos que se ofrezcan estas ocasiones de impugnar al autor que vamos siguiendo: pero en este caso fuera culpa de Cortés, indigna en su cuidado, no haber asistido personalmente donde le llamaban desde tan cerca desconfianzas de los suyos, quejas de los confederados, voces de poco respeto entre los de Narbaez, Cristóbal de Olid, que gobernaba el ejército, parcial de los recelosos, y una empresa de tanta consideracion aventurada. Perdone Bernal Diaz, que cuando lo dijese como lo entendió, pudo antes caber un descuido en su memoria, que una falta en la verdad: y un desacierto en la vigilancia de Cortés.

CAPITULO V.

Procura Hernan Cortés adelantar algunas prevenciones de que necesitaba para la empresa de Méjico: hállase casualmente con un socorro de españoles: vuelve á Tlascala y halla muerto á Magiscatzin.

Apenas llegó Hernan Cortés á Tepeaca y á Segura de la Frontera, cuando le avisaron de Tlascala que su grande amigo Magiscatzin quedaba en los últimos plazos de la vida: noticia de gran sentimiento suyo;

porque le debia una voluntad apasionada, que se habia hecho recíproca y de igual correspondencia con el trato y la obligacion. Pero deseando socorrerle con la mejor prueba de su amistad, despachó luego al padre fray Bartolomé de Olmedo para que atendiese al socorro de su alma, procurando reducirle al gremio de la iglesia. Estaba cuando llegó este religioso poco menos que rendido á la fuerza de la enfermedad; pero con el juicio libre y el ánimo dispuesto á recibir nueva impresion, porque le desagradaban los ritos y la multiplicidad de sus dioses; y hallaba menos disonancia en la religion de los españoles, inclinado á las congruencias que le dictaba la razon natural, y ciego, al parecer, mas por falta de luz, que por defecto de los ojos. Trabajó poco en persuadirle fray Bartolomé porque halló conocido el error y deseado el acierto: con que solo necesitó de instruirle y amonestarle para escitar la voluntad y quitar el entendimiento. Pidió á breve rato con grandes ansias el bautismo, y le recibió con entera deliberacion, gastando el poco tiempo que le duró la vida, en fervorosas ponderaciones de su felicidad, y en exhortar á sus hijos que dejasen la idolatría y obedeciesen á su amigo Hernan Cortés, procurando con todas veras, y como punto de conveniencia propia, la conservacion de los españoles; porque segun lo que le decia en aquella hora el corazon, estaba creyendo que habia de caer en sus manos el dominio de aquella tierra. Pudo inspirárselo Dios; pero tambien pudo colegirlo de los antecedentes, y ser dictámen suyo este que se refiere como profecía. Lo que no se debe dudar es, que le premió Dios con aquella última docilidad y estraordinaria vocacion, lo que obró en favor de los cristianos, así como le tomó por instrumento principal del abrigo que tantas veces debieron á la república de Tlascala. Fue hombre de virtudes morales, y de tan ventajosa capacidad, que llegó á ser el primero en el senado, y casi á mandar en sus resoluciones, porque cedian todos á su autoridad y á su talento; y él sabia disponer como absoluto, sin esceder los límites de aconsejar como repúblico. Sintió Hernan Cortés su muerte como pérdida incapaz de consuelo, aunque le hacia mas falta como amigo, que como director de sus intentos, por hallarse ya introducido en la voluntad y en el respeto de toda la república. Pero el cielo, que al parecer cuidaba animarle para que no desistiese, le socorrió entonces con un suceso favorable que mitigó su tristeza, y puso de mejor condicion sus esperanzas.

Llegó al surgidero de San Juan de Ulúa un bajel de mediano porte, en que venian trece soldados españoles y dos caballos, con algunos bastimentos y municiones que remitia Diego Velazquez de socorro á Pánfilo de Narbaez, creyendo que tendria ya por suyas las conquistas de aquella tierra, y á su devocion el ejército de Cortés. Venia por cabo de esta gente Pedro de Barba, el que se hallaba gobernador de la Habana cuando salió Hernan Cortés de la isla de Cuba, debiendo á su amistad el último escape de las asechanzas con que se procuró embarazar su viaje. Apenas descubrió el bajel Pedro Caballero, á cuyo cargo estaba el gobierno de la costa, cuando salió en un esquife á reconocerle. Saludó con grande afecto á los recien venidos; y en la cortesía ó sumision con que le preguntó Pedro de Barba por la salud de Pánfilo de Narbaez, conoció á lo que venia. Respondióle sin detenerse: «que no solo se hallaba con salud, sino en »grandes prosperidades, porque todas aquellas regio- »nes le habian dado la obediencia, y Hernan Cortés »andaba fugitivo por los montes con pocos de los su- »yos:» cautela ó falta de verdad en que se pudo alabar la prontitud y el desembarazo, pues fue bastante para sacarlos á tierra sin recelo, y para dar con ellos en la Vera-Cruz, donde se descubrió el engaño y se hallaron presos por Hernan Cortés, aplaudiendo Pedro de Barba el ardid y la disimulacion de Pedro Caballero: porque á la verdad no le pesó de hallar á su amigo en mejor fortuna.

Fueron llevados á Segura de la Frontera, y Hernan Cortés celebró con particular gusto la dicha de hallarse con mas españoles, y la notable circunstancia de recibir por mano de su enemigo este socorro. Agasajó mucho á Pedro de Barba, y le dió luego una compañía de ballesteros, en fé de que tenia presente su amistad. Repartió algunas dádivas entre los soldados, con que se ajustaron á servir debajo de su mano. Leyóse despues reservadamente la carta que traia Pedro de Barba para Narbaez, en que le ordenaba Diego Velazquez, suponiéndole vencedor y dueño de aquellas conquistas: «que se mantuviese á toda costa »en ellas, para cuyo efecto le ofrecia grandes socor- »ros.» Y últimamente le decia: «que si no hubiese »muerto á Cortés se le remitiese luego con bastante »seguridad, porque tenia órden espresa del obispo »de Búrgos para enviarle preso á la córte:» y seria justificada la órden, si se atendió á no dejar su causa en manos de su enemigo; aunque del empeño con que favorecia este ministro á Diego Velazquez, se puede temer que solo se trataba de que fuese mas ruidoso y mas ejemplar el castigo, dando á la venganza particular algo de la vindicta pública.

Dentro de ocho dias llegó á la costa segundo bajel con nuevo socorro, dirigido á Pánfilo de Narbaez, y le aprehendió con la misma industria Pedro Caballero. Traia ocho soldados, una yegua y cantidad considerable de armas y municiones á cargo del capitan Rodrigo Morejon de Lobera, y todos pasaron luego á Segura, donde se incorporaron voluntariamente con el ejército, siguiendo el ejemplar de los que vinieron delante. Llegaban estos socorros por camino tan fuera de la esperanza, que los miraba Hernan Cortés como sucesos de buen auspicio, pareciéndole que traian dentro de sí algunas especies, como intencionales de la felicidad venidera.

Pero al mismo tiempo le desvelaban las prevenciones de su empresa. Tenia en su imaginacion resuelta la conquista de Méjico; y la grande asistencia de gente con que se halló en aquella jornada, le confirmó en este dictámen; pero siempre le daba cuidado el paso de la laguna, cuya dificultad era inevitable; porque una vez hallada por los enemigos la defensa de romper los puentes de las calzadas, no se debia fiar de los pontones levadizos: invencion que solo pudieron disculpar las angustias del tiempo; á cuyo fin discurrió en fabricar doce ó trece bergantines que pudiesen resistir á las canoas de los indios, y trasportar su ejército á la ciudad. Los cuales pensaba llevar desarmados sobre hombros de indios tamenes á la ribera mas cercana del lago, desde los montes de Tlascala, catorce ó quince leguas por lo menos de áspero camino. Tenia raras ideas su imaginativa, y naturalmente aborrecia los ingenios apagados, á quien parece imposible lo muy dificultoso.

Comunicó su discurso á Martin Lopez, de cuyo ingenio y grande habilidad fiaba el desempeño de aquel notable designio; y hallando en él, no solamente aprobado el intento, sino facilitada la ejecucion que tomó luego por su cuenta, le mandó que se adelantase á Tlascala, llevando consigo los soldados españoles que sabian algo de este ministerio, y diese principio á la obra, sirviéndose tambien de los indios que hubiese menester para el corte de la madera, y lo demas que se pudiese fiar de su industria. Ordenó al mismo tiempo que se trujese de la Vera-Cruz la clavazon, jarcias y demas adherentes que se reservaron de aquellos bajeles que hizo echar á pique. Y porque tenia observado que producian aquellos montes un género de árboles que daban resina, los hizo beneficiar, y sacó de ellos toda la brea que hubo menester para la carena de los buques.

Hallábase tambien falto de pólvora, y consiguió poco despues el fabricarla de ventajosa calidad, haciendo buscar el azufre, cuyo uso ignoraban los indios, en el volcan que reconoció Diego de Ordaz, donde le pareció que no podia faltar este ingrediente; y hubo algunos soldados españoles, entre los cuales nombra Juan de Laet á Montano y á Mesa el artillero, que se ofrecieron á vencer segunda vez aquella horrible dificultad, y volvieron finalmente con el azufre que fue necesario para la fábrica. En todo estaba y á todo atendia Hernan Cortés tan lejos de fatigarse, que al parecer descansaba en su misma diligencia.

Hechas todas estas prevenciones que se fueron perfeccionando en breves dias, trató de volverse á Tlascala para estrechar cuanto pudiese los términos de su conquista; y antes de partir dejó sus instrucciones al nuevo ayuntamiento de Segura, y por cabo militar al capitan Francisco de Orozco, dándole hasta veinte soldados españoles, y quedando á su obediencia la milicia del pais.

Resolvió entrar de luto en la ciudad por la muerte de Magiscatzin; previnose de ropas negras que vistieron sobre las armas él y sus capitanes, á cuyo efecto mandó teñir algunas mantas de la tierra. Hízose la entrada sin mas aparato que la buena ordenanza, y un silencio artificioso en los soldados que iba publicando el duelo de su general. Tuvo esta demostracion grande aplauso entre los nobles y plebeyos de la ciudad, porque amaban todos al difunto como padre de la patria; y aunque no se pone duda en el sentimiento de Cortés, que se lamentaba muchas veces de su pérdida, y tenia razon para sentirla, se puede creer que vistió el luto con ánimo de ganar voluntades; y que fue una esterioridad á dos luces, en que hizo cuanto pudo por su dolor, sin olvidarse de hacer algo por el aura popular.

Tenian los senadores sin proveer el cargo de Magiscatzin, que gobernaba como cacique por la república el barrio principal de la ciudad, para que hiciese Cortés la eleccion, ó seguir en ella su dictámen; y él, ponderando las atenciones que se debian á la buena memoria del difunto, nombró y dispuso que nombrasen los demas á su hijo mayor, mozo bien acreditado en el juicio y el valor, y de tanto espíritu que subió al tribunal sin estrañar la silla ni hallar novedad en las materias del gobierno; y últimamente dió tan buena cuenta de su capacidad en lo mas importante, que poco despues pidió con grandes veras el bautismo, y le recibió con pública solemnidad, llamándose don Lorenzo de Magiscatzin; efecto maravilloso de las razones que oyó á fray Bartolomé de Olmedo en la conversacion de su padre, cuya fuerza meditada y dirigida en la consideracion, le fue llamando poco á poco al conocimiento de su ceguedad. Bautizóse tambien por este tiempo el cacique de Izucan, mancebo de poca edad, que vino á Tlascala con la investidura y representacion del nuevo señorío, para dar las gracias á Cortés de que hubiese determinado en su favor un pleito que le ponian sus parientes sobre la herencia de su padre: que todo se lo consultaban comprometiendo en él sus diferencias los caciques y particulares de los pueblos comarcanos, y recibiendo sus decisiones como leyes inviolables, tanto le veneraban, y tan seguros del acierto le obedecian.

El ruido que hicieron en la ciudad estas conversiones, despertó al anciano Xicotencal, que andaba mal hallado con las disonancias de la gentilidad, y se dejaba estar en el error envejecido con una disposicion negligente, que se divertia con facilidad ó con falta de resolucion: vicio casi natural en la vejez. Por el ejemplar de Magiscatzin, hombre de igual autoridad á la suya, y el verle reducido á la religion católica en el artículo de la muerte, le hizo tanta fuerza, que dió los oidos á la enseñanza, y poco despues el corazon al desengaño, recibiendo el bautismo con pública detestacion de sus errores. No parece á la verdad que pudieron llegar á mejor estado los principios del Evangelio en aquella tierra, convertidos los magnates y los sábios de la república, por cuyo dictámen se gobernaban los demas; pero no dieron lugar á este cuidado las ocurrencias de aquel tiempo: Hernan Cortés embebido en las disposiciones de aquella conquista; fray Bartolomé de Olmedo con falta de obreros que le ayudasen; y uno y otro en inteligencia de que no se podia tratar con fundamento de la religion, hasta que impuesto el yugo á los mejicanos se consiguiese la paz, que miraban como disposicion necesaria para traer aquellos ánimos belicosos de los tlascaltecas al sosiego de que necesitaba la enseñanza y nueva introduccion de la doctrina evangélica. Dejóse para despues lo mas esencial: enfriáronse los ejemplares y duró la idolatría. Púdose lograr en los dias que se detuvo el ejército el primer fruto, por lo menos, de aquella oportunidad favorable; pero no sabemos que se intentase ó consiguiese otra conversion: tiempo erizado, bullicios de armas y rumores de guerra, enseñados á llevarse tras sí las demas atenciones, y algunas veces á que se oigan mejor las máximas de la violencia con el silencio de la razon.

CAPITULO VI.

Llegan al ejército nuevos socorros de soldados españoles: retíranse á Cuba los de Narbaez que instaron por su licencia: forma Hernan Cortés segunda relacion de su jornada, y despacha nuevos comisarios al emperador.

Quejábase con alguna destemplanza Hernan Cortés de Francisco de Garay, porque no ignorando su entrada y progresos en aquella tierra, porfiaba en el intento de introducir conquista y poblacion por la parte de Panuco; pero tenia tan rara fortuna sobre sus émulos, que así como le iba socorriendo Diego Velazquez con los medios que juntaba para destruirle y mantener á Pánfilo de Narbaez, le sirvió Garay con todas las prevenciones que hacia para usurparle su jurisdiccion. Volvieron, como dijimos en su lugar, rechazadas sus embarcaciones de aquella provincia cuando estaba nuestro ejército en Zempoala; y durando en la resolucion de sujetarla, previno armada, juntó mayor número de gente, y envió sus mejores capitanes á la empresa. Pero esta segunda invasion tuvo el mismo suceso que la primera, porque apenas saltaron en tierra los españoles, cuando hallaron tan valerosa resistencia en los indios naturales, que volvieron rotos y desordenados á buscar sus naves como pudieron; y atendiendo solo á desviarse del peligro, se hicieron á la mar por diferentes rumbos. Anduvieron perdidos algunos dias, y sin saber unos de otros, fueron llegando con poca intermision de tiempo á la costa de la Vera-Cruz, donde se ajustaron á tomar servicio en el ejército de Cortés, sin otra persuasion que la de su fama.

Túvose por cuidado y disposicion del cielo este socorro; y aunque es verdad que pudo esparcir aquellas naves la turbacion de los soldados ó la impericia de los marineros, y arrojarlas el viento á la parte donde mas eran menester, el haber llegado tan á propósito de la necesidad, y por tantos accidentes y rodeos, fue un suceso digno de reflexion particular, porque no suele caber, ó cabe pocas veces tanta repeticion de oportunidades, en los términos imaginarios de la casualidad.

Llegó primero un navío que gobernaba el capitan Camargo con sesenta soldados españoles: poco despues otro con mas de cincuenta de mejor calidad, y siete caballos, á cargo del capitan Miguel Diaz de Auz, caballero aragones, y tan señalado en aquellas con-

quistas, que fue su persona socorro particular; y últimamente, la nave del capitan Ramirez que tardó algo mas y llegó con mas de cuarenta soldados y diez caballos con abundante provision de víveres y pertrechos. Desembarcaron unos y otros, y sin detenerse los primeros en recoger el resto de su armada, marcharon la vuelta de Tlascala, dejando ejemplo á los demas para que siguiesen el mismo viaje, como lo ejecutaron todos voluntariamente; porque hacian ya tanto ruido en las islas cercanas los progresos de Nueva España, que tenian ganada la inclinacion de los soldados, fáciles siempre de llevar adonde llama la posteridad ó la conveniencia.

Creció considerablemente con este socorro el número de españoles: llenaron los ánimos de nuevas esperanzas: redujéronse á gritos de alegría los cumplimientos de los soldados: abrazábanse como amigos los que solo se conocian como españoles; y el mismo Hernan Cortés, no cabiendo en los límites de su autoridad, se dejó llevar á los escesos del contento, sin olvidarse de levantar al cielo el corazon, atribuyendo á Dios y á la justificacion de la causa que defendia, todo lo maravilloso y todo lo favorable del suceso.

Pero no bastó esta felicidad para que se quietasen los de Narbaez, que volvieron á instar á Cortés sobre que les diesen licencia para retirarse á la isla de Cuba, en que le reconvenian con su misma palabra; y no podia negar que los llevó con este presupuesto á la espedicion de Tepeaca, ni quiso entrar en ellos en nueva negociacion, porque se hallaba con españoles de mejor calidad, y no era tiempo ya de sufrir involuntarios y quejosos que hablasen con desconsuelo en los trabajos que allí se padecian, culpando á todas horas la empresa de que se trataba: gente perjudicial en el cuartel, inútil en la ocasion y engañosa en el número; porque se cuentan como soldados, faltando en el ejército algo mas que los ausentes.

Mandó publicar en el cuerpo de guardia y en los alojamientos: «que todos los que se quisiesen retirar »desde luego á sus casas lo podrian ejecutar libre»mente, y se les daria embarcacion con todo lo ne»cesario para el viaje;» de cuya permision usaron los mas, quedándose algunos á instancia de su reputacion. Deja de nombrar Bernal Diaz á los que se quedaron, y nombra prolijamente á casi todos los que se fueron, defraudando á los primeros, y gastando el papel en deslucir á los segundos; cuando fuera mas conforme á razon que perdiesen el nombre los que hicieron tan poco por su fama. Pero no se debe pasar en silencio que fue uno de los que se retiraron entonces Andres de Duero, á quien hemos visto en varios lances amigo y confidente de Cortés, y aunque no se dice la causa de esta separacion, se puede creer que hubo poca sinceridad en los pretestos de que se valió para honestar su retitrada, porque le hallamos poco despues en la córte del emperador haciendo ruido entre los ministros con la voz y con la causa de Diego Velazquez. Si hubo alguna queja entre los dos que diese motivo al rompimiento, seria la razon de Cortés; porque no parece creible que la tuviese quien hizo tan poco por ella y por sí, que halló salida para dejar á su amigo en el empeño, y para tomar contra él una comision en que se hallaba indignamente obligado á informar contra lo que sentia, ó cautivar su entendimiento en obsequio de la sinrazon.

Desambarazado Hernan Cortés de aquella gente mal segura y descontenta, cuya embarcacion y despacho se cometió al capitan Pedro de Alvarado, tomó sus medidas con el tiempo que podria durar la fábrica de los bergantines: despachó nuevas órdenes á los confederados, previniéndoles para el primer aviso: encargó á cada uno la provision de víveres y armas que debian hacer, segun el número de sus tropas; y en los ratos que le dejaba libre esta ocupacion, trató de acabar una relacion en que iba recapitulando por menor todos los sucesos de aquella conquista para dar cuenta de sí al emperador, con ánimo de fletar bajel para España, y enviar nuevos comisarios que adelantasen el despacho de los primeros, ó le avisasen del estado que tenian sus cosas en aquella córte, cuya dilacion era ya reparable, y se hacia lugar entre sus mayores cuidados.

Puso esta relacion en forma de carta, y resumiendo en ella lo mas sustancial de los despachos que remitió el año antecedente con Alonso Fernandez Portocarrero y Francisco de Montejo, refirió con puntualidad todo lo que despues le habia sucedido, próspero y adverso, desde que salió de Zempoala, y consiguió á fuerza de hazañas y trabajos el entrar victorioso en la córte de aquel imperio, hasta que se retiró quebrantado y con pérdida considerable á Tlascala. Daba noticia de la seguridad con que se podia mantener en aquella provincia, de los soldados españoles con que se iba reforzando su ejército, y de las grandes confederaciones de indios que tenia movidas para volver sobre los mejicanos. Hablaba con alientos generosos en las esperanzas de reducir á la obediencia de su magestad todo aquel nuevo mundo; cuyos términos por la parte septentrional ignoraban los mismos naturales. Ponderaba la fertilidad y abundancia de la tierra, la riqueza de sus minas y las opulencias de aquellos príncipes. Encareció el valor y la constancia de sus españoles, la fidelidad y el afecto de los tlascaltecas; y en lo concerniente á su persona dejaba que hablasen por él sus operaciones, aunque algunas veces se componia con la modestia, dando estimacion á la conquista, sin oscurecer al conquistador. Pedia breve remedio contra las sinrazones de Diego Velazquez y Francisco de Garay, y con mayor encarecimiento, que se le remitiesen luego soldados españoles, con el mayor número que fuese posible de caballos, armas y municiones, haciendo particular instancia en lo que importaba enviar religiosos y sacerdotes de aprobada virtud, que ayudasen al padre fray Bartolomé de Olmedo en la conversion de aquellos indios: punto en que hacia mayor fuerza; refiriendo que se habian reducido y bautizado algunos de los que mas suponian, y dejado en los demas un género de inclinacion á la verdad, que daba esperanzas de mayor fruto. En esta sustancia escribió entonces al emperador, poniendo en su real noticia los sucesos como pasaron, sin perdonar las menores circunstancias dignas de memoria. Dijo en todo sencillamente la verdad, dándose á entender con palabras de igual decoro y propiedad, como las permitia ó las dictaba la elocuencia de aquel tiempo: no sabemos si bastante ó mejor para la claridad significativa del estilo familiar, aunque no podemos negar que padeció alguna equivocacion en los nombres de provincias y lugares, que como eran nuevos en el oido, llegaban mal pronunciados ó mal entendidos á la pluma.

Cometió esta legacía, segun Bernal Diaz del Castillo, á los capitanes Alonso de Mendoza y Diego de Ordaz; y aunque Antonio de Herrera nombra solo al primero, no parece verosímil que dejase de llevar compañero para una diligencia de esta calidad, en que se debian prevenir las contingencias de tan largo viaje; y en la instruccion que recibieron de su mano, les ordenaba que antes de manifestar su comision en España, ni darse á conocer por enviados suyos, se viesen con Martin Cortés su padre, y con los comisarios del año antecedente para seguir ó adelantar la negociacion de su cargo, segun el estado en que se hallase la primera instancia. Remitió con ellos nuevo presente al rey, que se compuso del oro y otras curiosidades que habia de reserva en Tlascala, y de lo que dieron para el mismo efecto los soldados, liberales entonces de sus pobres riquezas, á que se agregó

tambien lo que se pudo adquirir en las espediciones de Tepeaca y Guacachula, menos cuantioso que el pasado, pero mas recomendable por haberse juntado en el tiempo de la calamidad, y deberse considerar como resulta de las pérdidas que iban confesadas en la relacion.

Parecióle tambien que debian escribir al rey en esta ocasion los dos ayuntamientos de la Vera-Cruz y Segura de la Frontera, que tenian voz de la república en aquella tierra; y ellos formaron sus cartas, solicitando las mismas asistencias, y representando á su magestad, como punto de su obligacion, lo que importaba mantener á Hernan Cortés en aquel gobierno; porque así como se debian á su valor y prudencia los pricipios de aquella grande obra, no seria fácil hallar otra cabeza ni otras manos que bastasen á ponerla en perfeccion. En que dijeron con ingenuidad lo que sentian, y lo que verdaderamente convenia en aquella sazon. Dice Bernal Diaz que vió las cartas Hernan Cortés; dando á entender que fue solicitada esta diligencia, y es muy creible que las viese; pero tambien es cierto que hallaria en ellas una verdad, en que pudo añadir poco la lisonja ó la contemplacion; y despues se queja de que no se permitiese á los soldados su representacion aparte, no porque dejase de sentir lo mismo que los dos ayuntamientos, que así lo confiesa y lo repite, sino porque tratándose de la conservacion de su capitan, quisiera decir su parecer con los demas, y suponer en esto lo que verdaderamente suponia en las ocasiones de la guerra. Pase por ambicion de gloria: vicio que se debe perdonar á los que saben merecer, y está cerca de parecer virtud en los soldados.

Partieron luego Diego de Ordaz y Alonso de Mendoza en uno de los bajeles que arribaron á la Vera-Cruz, con toda la prevencion que pareció necesaria para el viaje. Y poco despues resolvió Hernan Cortés que se fletase otro, para que pasasen los capitanes Alonso Dávila y Francisco Alvarez Chico con despachos de la misma sustancia para los religiosos de San Géronimo, que presidian á la real audiencia de Santo Domingo, única entonces en aquellos parajes, y suprema como dijimos para las dependencias de las otras islas, y de la tierra-firme que se iba descubriendo. Participóles todas las noticias que habia dado al emperador, solicitando mas breves asistencias para el empeño en que se hallaba, y mas pronto remedio contra los desórdenes de Velazquez y Garay. Y aunque reconocieron aquellos ministros su razon, y admiraron su valor y constancia, no se hallaba entonces la isla de Santo Domingo en estado que pudiese partir con él sus cortas prevenciones. Aprobaron y ofrecieron apoyar con el emperador todo lo que se habia obrado, y solicitar por su parte los socorros de que necesitaba empresa tan grande y tan adelantada, encargándose de reprimir á sus dos émulos con órdenes apretadas y repetidas, en cuya conformidad respondieron á sus cartas, y volvieron brevemente aquellos comisarios mas aplaudidos que bien despachados en el punto de los socorros que se pedian. Pero antes que pasemos á la naracion de nuestra conquista, y entre tanto que se da calor á la fábrica de los bergantines, y á las demas prevenciones de la nueva entrada, será bien que volvamos al viaje de los otros dos comisarios, y al estado en que se hallaban las cosas de la Nueva España en la córte del emperador, noticia que se hace desear, y de aquellas que sirven al intento principal y se permiten al historiador como digresiones necesarias, que importan á la integridad y no disuenan á la proporcion de la historia.

CAPITULO VII.

Llegan á España los procuradores de Hernan Cortés y pasan á Medellin, donde estuvieron retirados, hasta que mejorando las cosas de Castilla volvieron á la córte, y consiguieron la recusacion del obispo de Búrgos.

Dejamos á Martin Cortés con los dos primeros comisarios de su hijo, Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo, en la miserable tarea de seguir la córte, donde residian los gobernadores del reino, y frecuentar los zaguanes de los ministros, tan lejos de ser admitidos, que sin atreverse á molestar con sus instancias, se ponian al paso para dejarse ver, reducidos á contentarse con el reparo casual de los ojos: desconsolado memorial de los que tienen razon y temen destruirla con adelantarla. Oyólos el emperador benignamente, como se dijo en su lugar, y aunque le tenian desabrido las porfías y descomedimientos de algunas ciudades que intentaban oponerse al viaje de Alemania con protestas irreverentes, ó poco menos que amenazas, hizo lugar para informarse con particular atencion de lo sucedido en aquellas empresas de Nueva España, y tomar punto fijo en lo que se podia prometer de su continuacion. Hízose capaz de todo sin desdeñarse de preguntar algunas cosas; que no desdice á la magestad el informarse del vasallo hasta entender el negocio, ni siempre debian ir á los consejos las dudas de los reyes. Conoció luego las grandes consecuencias que se podian colegir de tan admirables principios, y ayudó mucho entonces á ganar su favor el concepto que hizo de Cortés, inclinado naturalmente á los hombres de valor.

No permitieron las dependencias del reino, junto en córtes, ni lo que instaba el viaje del César, que se pudiese concluir en la Coruña la resolucion de una materia que tenia sus contradicciones; tanto por las diligencias que interponian los agentes de Diego Velazquez, como por la siniestra inteligencia con que los apoyaban algunos ministros: pero cuando llegó el caso de la embarcacion, que fue á los veinte de mayo de este año de mil quinientos y veinte, dejó su magestad cometidas con particular recomendacion las proposiciones de Cortés al cardenal Adriano, gobernador del reino en su ausencia. Y él deseó con todas veras favorecer esta causa; pero como los informes por donde se habia de gobernar en ellas salian del consejo de Indias, cuyos votos tenia cautivos de su pasion el presidente obispo de Búrgos, se halló embarazado en la resolucion; y no era fácil asegurar el acierto en su dictámen, cuando llegaban á su oido cubiertas con el manto de la justicia las representaciones de Velazquez y desacreditadas con el título de rebeldías las hazañas de Cortés.

Faltó despues el tiempo cuando era mas necesario para que se descubriese ó examinase la verdad, dejándose ocupar de otros cuidados y congojas de primera magnitud. Inquietáronse algunas ciudades, con pretesto de corregir los que llamaban desórdenes del gobierno, y hallaron otras que las siguiesen al precipicio, sin averiguar los achaques del ejemplo. Sintieron todas como última calamidad la ausencia del rey, y algunas creyendo que le servian ó que no le negaban la obediencia, padecian como atenciones de la obligacion los engaños de la fidelidad.

Armóse la plebe para defender los primeros delitos, y no faltaron algunos nobles, á quien hizo plebeyos la corta capacidad: defecto que suele destruir todos los consejos de la buena sangre. Los señores y los ministros defendian la razon á costa de peligros y desacatos. Púsose todo en turbacion: y últimamente llegaron casi á reinar las turbulencias del reino, que llamó la historia *comunidades*, aunque no sabemos con qué propiedad; porque no fue comun la dolencia, donde tuvieron la parte del rey muchas ciudades y casi toda la nobleza. Dieron este nombre á su atrevi-

miento los delincuentes, y quedó vinculado á la posteridad el vocablo de que se valian para desconocer la sedicion.

No es de nuestro argumento la descripcion de estas inquietudes; pero hemos debido tocarlas de paso, y decir algo del estado en que se hallaba Castilla, como una de las causas porque se detuvo la resolucion del cardenal, y se atrasaron las dependencias de Cortés: poco favorable sazon para tratar de nuevas empresas cuando andaban los ministros y el gobernador tan embebidos en los daños internos, que sonaban á despropósitos los cuidados de afuera; por cuya razon, viendo Martin Cortés y sus dos compañeros el poco fruto de sus instancias, y el total desconcierto de las cosas, se retiraron á Medellin con ánimo de aguardar á que pasase la borrasca, ó volviese de su jornada el emperador que tenia comprendida su razon, y los dejó con esperanzas de favocerla, suponiendo ya que seria necesaria su autoridad para vencer la oposicion del obispo, y los demas embarazos del tiempo.

Llegaron poco despues á Sevilla Diego de Ordaz y Alonso de Mendoza, habiendo acabado prósperamente su viaje; y sin descubrirse ni dar cuenta de su comision, procuraron tomar noticia del estado en que se hallaban las dependencias de Cortés: diligencia que les importó la libertad, porque supieron con grande admiracion suya que los jueces de la contratacion tenian órden espresa del obispo de Búrgos para que cuidasen de cerrar el paso y poner en segura prision á cualesquiera procuradores que viniesen de Nueva España, embargando el oro y demas géneros que trujesen de propio caudal ó por via de encomien-



Magiscatzin pide á Cortés que le bauticen.

da, con que trataron solamente de poner en salvo sus personas, y no hicieron poco en escapar los despachos y cartas que traian, dejando el presente del rey con todo lo demas en manos de aquellos ministros, y al arbitrio de aquellas órdenes.

Salieron de Sevilla, no sin recelo de ser conocidos, con determinacion de buscar en la córte á Martin Cortés ó á los dos comisarios que tenian la voz de su hijo, para tomar, segun su instruccion, luz de lo que debian obrar: pero sabiendo en el camino que se habian retirado á Medellin, pasaron á verse con ellos en aquella villa, donde fué celebrada su venida con la demostracion que merecian nuevas tan deseadas y tan admirables. Confirióse despues entre los cinco si convendria llevar los despachos de Cortés al cardenal gobernador, porque no se retardasen noticias de tanta consideracion; pero respecto del estado en que se hallaban las turbaciones del reino, pareció diligencia infructuosa tratar de que se atendiese por entonces á conveniencias distantes que miraban al aumento y no al remedio de la monarquía; y así resolvieron conservar aquel retiro hasta que tomasen algun desahogo las inquietudes presentes, y cupiese otro cuidado en la obligacion de los ministros.

Iban cada dia pasando á mayor rompimiento las turbulencias de Castilla, porque no se contentaban los sediciosos con mantener la rebelion, y salian á infestar la tierra y á sitiar las villas leales; corriéndose ya de parecer tolerados, y entrando ambicion de ser agresores. Tratóse primero de traerlos al conoci-

miento de su error con la blandura y la paciencia; pero no estaba la enfermedad para la tarda operacion de los remedios suaves, particularmente cuando á su parecer tenian la fuerza y la razon de su parte. Y no faltaban algunos eclesiásticos desatentos que abusaban del púlpito para mantenerlos en esta opinion, dándoles á entender que hacian el servicio de Dios y del rey en corregir los desórdenes de la república. Llegó el caso finalmente de armarse los señores y toda la nobleza para restituir en su autoridad á la justicia, y dar calor á las ciudades que se mantenian por el emperador; y aunque los rebeldes tuvieron osadía para formar ejércitos y medir las armas con los que llamaban enemigos, á dos malos sucesos en que perdieron gente y reputacion, y á cuatro castigos que se hicieron en los caudillos de la sedicion, quedó su orgullo quebrantado, y se fueron disminuyendo en todas partes sus fuerzas porque se retiraron al bando mas seguro los advertidos y los temerosos: redujéronse las ciudades, calló el tumulto, y volvió á su oficio la consideracion: movimiento en fin poco mas que popular, que se detiene con la misma facilidad que se desboca.

Importó mucho para que la quietud se acabase de restablecer el aviso que llegó entonces de que se acercaba la vuelta del emperador, resuelto ya, como lo aseguraban sus cartas, á dejarlo todo por asistir á lo que necesitaban de su presencia estos reinos: á cuya noticia se debió que se acabasen de poner las cosas en su lugar. Y hallándose Martin Cortés en el tiempo



Armadura de Hernan Cortés. (*Armería Real de Madrid.*)

que deseaba para volver á la continuacion de sus instancias, partió luego á la córte con los cuatro procuradores de su hijo, donde solicitaron y consiguieron, no sin alguna dilacion, audiencia particular del cardenal gobernador. Informáronle por mayor del estado en que se hallaba la conquista de Méjico remitiéndose á las cartas de Cortés, que pusieron en sus manos Diego de Ordaz y Alonso de Mendoza. Diéronle cuenta de las órdenes que hallaron en Sevilla para su prision, y la de cualesquiera procuradores que viniesen de aquella tierra. Hicieron memoria del embargo en que se habian puesto las joyas y presecas que traian de presente para el rey. Representaron con esta ocasion los motivos que tenian para desconfiar del obispo de Búrgos, y últimamente le pidieron licencia para recusarle por términos jurídicos, ofreciendo probar las causas, ó quedar espuestos al castigo de su irreverencia. Oyólos el cardenal con señas de atento y compadecido, alentándolos y ofreciendo cuidar de su despacho. Hiciéronle particular disonancia las órdenes de Sevilla y el embargo del presente, porque uno y otro se habia resuelto sin su

noticia; y así les respondió en lo tocante al obispo, que podrian seguir su justicia como les conviniese, y quedaria por su cuenta el defenderlos de cualquiera estorsion que por esta causa pudiesen recelar; en que les dijo lo bastante para que se animasen á entrar en el peligro casi evidente de litigar contra un poderoso: empresa en que se habla desde abajo, y suele perderse de tímida la razon.

Con estas premisas de mejor fortuna, intentaron luego en el consejo de Indias la recusacion de su mismo presidente, dando las causas por escrito, con toda la templanza y moderacion que pareció necesaria, para que no quedase ofendido el respeto: pero ellas eran de calidad, y tan conocidas entre los mismos jueces, que no se atrevieron á repeler la instancia; negando el recurso de la justicia en negocio de tanta consideracion; particularmente cuando se acercaba la vuelta del emperador, cuya voz se divulgaba con aplauso de todos los que no le temian: y así como importó para la quietud del reino, tendria tambien sus influencias en la circunspeccion de los ministros. Bernal Diaz del Castillo y otros que lo tomaron de su historia, refieren destempladamente las causas de esta recusacion. El dice lo que oyó, y ellos lo que trasladaron; porque no todas parecen creibles de un varon tan venerable y tan graduado: pero es cierto que se probaron algunas: como es el estar actualmente tratando de casar una sobrina suya con Diego Velazquez: el haber hablado con aspereza en diferentes ocasiones á los procuradores de Hernan Cortés, llamándoles rebeldes y traidores alguna vez que se olvidaba de su prudencia: y este con las órdenes que tenia dadas en Sevilla para cerrar el paso á sus instancias, cargos innegables que constaban de su misma publicidad, bastó para que vista la causa conforme á los términos del derecho, y precediendo consulta del consejo y resolucion del cardenal, se diese por legítima la recusacion; quedando resuelto que se abstuviese de todos los negocios que tocasen á Hernan Cortés y á Diego Velazquez. Revocáronse las órdenes y los embargos de Sevilla: convalecieron las importancias de aquella empresa: volviéronse á celebrar las hazañas de Cortés, que ya estaban poco menos que oscurecidas con el descrédito de su fidelidad; y el cardenal empezó á recomendar con varios decretos el despacho de sus procuradores, y á manifestar con tantas veras el deseo de adelantarle, que habiendo recibido en este tiempo la noticia de su exaltacion á la silla de San Pedro, y partido poco despues á embarcarse, despachó en el camino algunas órdenes favorables á este negocio; fuese por la fuerza que le hacia la razon de Cortés, ó porque llevando ya el ánimo embebido en los cuidados de la suprema dignidad, tuvo por de su obligacion desviar los impedimentos de aquella conquista, que habia de allanar el paso al Evangelio, y facilitar la reduccion de aquella gentilidad: intereses de la Iglesia que ocuparian dignamente las primeras atenciones del sumo pontificado.

CAPITULO VIII.

Prosiguese hasta su conclusion la materia del capitulo precedente.

Hallábase á la sazon el ya nuevo pontífice Adriano VI en la ciudad de Vitoria, donde le llevaron las asistencias de Navarra y Guipúzcua, cuyas fronteras invadieron los franceses para dar calor á las turbulencias de Castilla; pero las cosas de Italia y las instancias de Roma le obligaron á ponerse luego en camino: dejando el mejor cobro que pudo en las materias de su cargo. Llegó poco despues el emperador á las costas de Cantabria; y tomando tierra en el puerto de Santander, halló sus reinos todavía convalecientes de los males internos que habian padecido. Cesó la borrasca, pero duraba la mareta sorda que suele dejarse conocer entre la tempestad y la bonanza; siendo necesario el castigo de los sediciosos esceptuados en el perdon general, para que acabasen de volver á su centro la quietud y la justicia. Halló tambien no del todo aplacadas las resultas de otra calamidad que padeció España en el tiempo de su ausencia; porque los franceses que ocuparon con ejército improviso el reino de Navarra, aunque fueron rechazados, perdiendo en una batalla la reputacion y la prenda mal adquirida, conservaban Fuenterrabía, y era preciso tratar luego de recuperar esta plaza, porque se disponia para socorrerla el enemigo; pero á vista de estos cuidados y de lo que instaban al mismo tiempo dependencias de Italia, Flandes y Alemania, hizo lugar para los negocios de Nueva España; que siempre le debieron particular atencion. Oyó de nuevo á los procuradores de Cortés; y aunque le hablaron tambien los de Diego Velazquez, como se hallaba con noticia especial de ambas instancias por los informes del Pontífice, confirmó con nuevo despacho la recusacion del obispo de Búrgos, y mandó formar una junta de ministros para la determinacion de este negocio, en la cual concurrieron el gran canciller de Aragon Mercurio de Cantinara: Hernando de Vega, señor de Grajal y comendador mayor de Castilla: el doctor Lorenzo Galindez de Caravajal: y el licenciado Francisco de Vargas, del consejo y cámara del rey; y monsieur de la Rosa, ministro flamenco: y no entró en esta junta monsieur de Laxao, que añadieron á los referidos Bernal Diaz y Antonio de Herrera, porque habia muerto años antes en Zaragoza, y ocupado Mercurio de Cantinara el puesto de gran canciller que vacó por su muerte; pero se conoció en la eleccion de personas tan calificadas, lo que deseaba el acierto de la sentencia; porque no tenia entonces el reino ministros de mayor satisfaccion, ni pudo formarse concurrencia en que se hallasen mejor aseguradas las letras, la rectitud y la prudencia.

Viéronse primero en esta junta los memoriales ajustados, segun las cartas y relaciones que se habian presentado en el proceso; y se halló tanta discordancia en el hecho, y tanta mezcla de noticias encontradas, que se tuvo por necesario mandar á los procuradores de ambas partes que compareciesen á dar razon de sí en la primera junta, porque deseaban todos abreviar el negocio y examinar á cara descubierta, cómo disculpaban ó cómo entendian sus proposiciones, para sacar en limpio la verdad sin atarse á los términos del camino judicial, cuyas disputas ó cavilaciones legales son por la mayor parte difugios de la sustancia, y se debieron llamar estorbos de la justicia.

Vinieron el dia siguiente á la junta unos y otros procuradores con sus abogados, y entre los de Diego Velazquez se dejó ver Andres de Duero que llegó en esta ocasion: y con haber faltado primero á su amo, hizo menos estraño el faltar entonces á su amigo. Fuéronse leyendo los memoriales y preguntando al mismo tiempo á las partes lo que parecia conveniente para ver cómo satisfacian á los cargos que resultaban de la relacion, y cómo se verificaban las quejas ó las disculpas; de cuyas respuestas iban observando los jueces lo que bastaba para formar dictámen. Y á pocos dias que se repitió este juicio, poco mas que verbal, convinieron todos en que no habia razon para que Diego Velazquez pretendiese apropiarse y tratar como suya la conquista de Nueva España; sin mas título que haber gastado alguna cantidad en la prevencion de esta jornada, y nombrado á Cortés por capitan de la empresa; porque solo podria tener accion á cobrar lo que hubiese gastado, haciendo constar que fue de caudal propio, y no de lo que producian los efectos del rey en su distrito; sin que le

pudiese adquirir derecho alguno para llamarse dueño de la empresa el nombramiento que hizo en la persona de Cortés; porque demas de haberse dado este instrumento con falta de autoridad y sin noticia de los gobernadores á cuya órden estaba, perdió esta prerogativa el dia que le revocó; y en cuanto fue de su parte quedó sin accion para decir que se hacia de su órden la conquista, dejando libre á Cortés para que pudiese obrar lo que juzgó mas conveniente al servicio del rey con aquella gente, cuya mayor parte fue conducida por él y con aquellos bajeles, en cuyo apresto habia gastado su caudal y el de sus amigos.

Y aunque se consideró tambien que hubo alguna destemplanza ó menos obediencia de parte de Cortés en los primeros pasos de esta jornada, fueron de parecer que se podia condenar algo á su justa irritacion, y mucho mas á los grandes efectos que resultaron de este principio, cuando se le debia una conquista de tanta importancia y admiracion, en cuyas dificultades se habia conocido su valor incomparable; y sobre todo su fidelidad y honrados pensamientos; por cuya razon le tuvieron por digno de que fuese mantenido por entonces en el gobierno de lo que habia conquistado, alentándole y asistiéndole para que no desistiese de una empresa que tenia tan adelantada; y últimamente culparon como ambicion desordenada en Diego Velazquez el aspirar con tan débiles fundamentos al fruto y á la gloria de trabajos y hazañas agenas; y como atrevimiento digno de severa reprension, el haber pasado á formar y enviar ejército contra Hernan Cortés, atropellando los inconvenientes que podian resultar de semejante violencia, y menospreciando las órdenes que tuvo en contrario de los gobernadores y real audiencia de Santo Domingo.

Este parecer de la junta se consultó al emperador, y con su noticia se pronunció la sentencia, cuya sustancia fue declarar por buen ministro y fiel vasallo de su magestad á Hernan Cortés: honrar con la misma estimacion á sus capitanes y soldados: imponer perpétuo silencio á Diego Velazquez en la pretension de la conquista: mandarle con graves penas que no la embarazase por sí ni por sus dependientes; y dejarle su derecho á salvo en cuanto á los maravedis, para que pudiese verificar su relacion, y pedirlos donde conviniese á su derecho: con que se concluyó este negocio, reservando las gracias de Cortés, la reprension de Diego Velazquez, y las demas órdenes que resultaban de la consulta para los despachos que se habian de autorizar con el nombre del rey.

Dicen algunos que se gobernó este juicio mas por razon de estado que por el rigor de la justicia: no es de nuestro instituto examinar el derecho de las partes. Hemos tocado los motivos y consideraciones de los jueces, y no dejamos de conocer que hubo que perdonar en la primera determinacion de Cortés; pero tampoco se puede negar que fuera suya la conquista, y del rey lo conquistado; sobre cuya verdad y conocimiento pudieron aquellos ministros usar de alguna equidad, sacando este negocio de las reglas comunes, y moderando con la gracia los estremos de la justicia: temperamento á que ayudaria mucho la flaca razon de Diego Velazquez, y lo que se debia reparar en sus violencias y desatenciones. Dicen que vivió pocos dias despues que recibió la reprension del emperador: antiguo privilegio de los reyes tener el premio y el castigo en sus palabras. Confesámosle su calidad, su talento y su valor, que de uno y otro dió bastantes esperiencias en la conquista de Cuba; pero en este caso erró miserablemente los principios; y se dejó precipitar en los medios: con que perdió los fines y vino á morir de su misma impaciencia. Su primera ceguedad consistió en la desconfianza; vicio que tiene sus temeridades como el miedo: la segunda fue de la ira que hace los hombres algo mas que irracionales, pues los deja enemigos de la razon, y la tercera de la envidia, que viene á ser la ira de los pusilánimes.

Tratóse luego de las asistencias de Hernan Cortés, corriendo su disposicion por los ministros de la junta: oyó el emperador á sus comisarios con alegre semblante, pagado al parecer de que tuviesen la justicia de su parte; favoreció mucho á Martin Cortés, honrando en él los méritos de su hijo y ofreciendo remunerarlos con liberalidad correspondiente á sus grandes servicios. Nombráronse algunos religiosos que pasasen á entender en la conversion de los indios: primer desvelo del emperador, porque siempre hicieron mas fuerza en su piedad los aumentos de la religion, que ruido en su cuidado los intereses de la monarquía. Mandóse hacer prevencion de gente, armas y caballos que se pudiesen remitir con la primera flota; y considerando cuánto importaba que no se detuviesen los despachos cuando estaba Hernan Cortés con las armas en las manos y tan receloso de sus émulos, se formaron luego las órdenes reducidas á diferentes cartas del emperador.

Una para los gobernadores y real audiencia de Santo Domingo, dándoles noticia de su resolucion, y órden para que asistiesen á Cortés con todos los medios posibles, y cuidasen de apartar los impedimentos de su conquista: otra para Diego Velazquez, mandándole con toda resolucion que alzase la mano de ella, y reprendiendo sus escesos con alguna severidad: otra para Francisco de Garay, culpando y prohibiendo sus entradas en el distrito de la Nueva España; y otra para Hernan Cortés, llena de honras y favores de los que saben hacer los reyes cuando se hallan bien servidos, y no se dedignan de quedar obligados. Aprobaba en ella no solamente sus operaciones pasadas, sino sus intentos actuales, y lo que disponia para la recuperacion de Méjico. Dábale á entender que conocia los quilates de su valor y constancia, sin olvidar lo bien que se habia portado con su gente y con sus aliados. Hacia breve mencion de las órdenes que se despachaban concernientes á su conservacion y seguridad, y del título que se le remitia de gobernador y capitan general de aquella tierra. Ofrecíale mayores demostraciones de su gratitud, haciendo particular memoria de los capitanes y soldados que le asistian. Encargábale con todo aprieto el buen pasaje de los indios, y que fuesen instruidos en la religion y mirados como semilla posible del Evangelio. Y finalmente le daba esperanzas de breves socorros y asistencias, fiando á su capacidad y obligaciones la última perfeccion de obra tan grande: carta de singular estimacion para su ilustre posteridad, y de aquellas que, así como hacen linaje donde falta la nobleza, dejan esclarecidos á los que hallaron nobles.

Firmó el emperador estos despachos en Valladolid á veinte y dos de octubre de mil quinientos veinte y dos años; y mandó que partiesen luego con ellos los dos procuradores de Hernan Cortés, quedando los otros dos á la solicitud de las asistencias, y á esperar una instruccion que se quedaba formando sobre las advertencias y disposiciones que se debian observar en el gobierno militar y político de aquella tierra. Y aunque dejamos algo atrasada la empresa de Cortés, ha parecido conveniente seguir hasta su conclusion esta noticia por no dejarla pendiente y destroncada con peligro de otra digresion: licencia de que no solo son capaces las historias, sino alguna vez los anales, que se ciñen al tiempo con leyes mas estrechas, como lo practicó en los suyos Cornelio Tácito, cuando en el imperio de Claudio introdujo y siguió hasta el fin las guerras británicas de los dos vice-pretores Ostorio y Didio; teniendo por menor inconveniente faltar á la serie de los años, que incurrir en la desunion de los sucesos.

CAPITULO IX.

Recibe Cortés nuevo socorro de gente y municiones: pasa muestra el ejército de los españoles, y á su imitacion el de los confederados: publícanse algunas ordenanzas militares, y se da principio á la marcha con ánimo de ocupar á Tezcuco.

CORRIAN ya los fines del año mil quinientos y veinte, cuando Hernan Cortés trató de introducir sus armas en el pais enemigo, y esperar en alguna operacion las últimas disposiciones de su empresa. Recibió pocos dias antes un socorro de aquellos que se le venian á las manos; porque le avisó el gobernador de la Vera-Cruz que habia dado fondo en aquel paraje un navío mercantil de las Canarias, que traia cantidad considerable de arcabuces, pólvora y municiones de guerra, con tres caballos y algunos pasajeros; cuya intencion era vender estos géneros á los españoles que andaban en aquellas conquistas.

Pagábanse ya las mercaderías en los puertos de las Indias á precio escesivo; y el interes habia quitado el horror á este género de comercio distante y peligroso: cuya noticia puso á Hernan Cortés en deseo de mejorar sus prevenciones, y envió luego un comisario á la Vera-Cruz con barras de oro y plata y la escolta que pareció suficiente, ordenando al gobernador que comprase las armas y las municiones en la mejor forma que pudiese; y él lo ejecutó con tanta destreza y con tanto crédito de la empresa en que se hallaba su general, que no solamente le dieron á precio acomodado lo que traian, pero se fueron con el mismo comisario á militar en el ejército de Cortés el capitan y maestre del navío con trece soldados españoles, que venian á buscar su fortuna en las Indias: asunto que andaba entonces muy válido, y que dura todavía en algunos que anhelan á enriquecer por este camino, sin que baste la perdicion de los engañados para documento de los codiciosos.

Con este socorro, y los demas que habia recibido Hernan Cortés fuera de toda esperanza, entró en deseo de adelantar la marcha de su ejército; y ya no era posible dilatarla ni esperar á que se acabasen los bergantines, porque iban llegando las tropas de la república y de los aliados vecinos, en cuya detencion se debian temer los inconvenientes de la ociosidad.

Juntó sus capitanes para discurrir sobre lo que se podria intentar con aquellas fuerzas, que mirase al intento principal, entre tanto que se juntaban las que se habian movido para emprender la recuperacion de Méjico; y aunque hubo diversos pareceres, prevaleció la resolucion de marchar derechamente á Tezcuco, y ocupar en todo caso aquella ciudad, que por estar situada en el camino de Tlascala, y casi en la ribera del lago, pareció á propósito para la plaza de armas, y puesto que se podria fortificar y mantener, así para recibir menos dificultosamente los socorros que se aguardaban, como para infestar con algunas correrías la tierra del enemigo, y tener retirada poco distante de Méjico, donde repararse contra los accidentes de la guerra. Consideróse que la gente que habia llegado hasta entonces seria bastante para este género de facciones, y aunque los canales por donde se comunicaban con aquella ciudad las aguas de la laguna, parecian estrechos para la introduccion de de los bergantines, se reservó para despues la solucion de esta dificultad, y quedó resuelto que se abreviase por instantes el plazo de la marcha.

El dia siguiente á esta determinacion pasó muestra el ejército de los españoles, y se hallaron quinientos y cuarenta infantes, cuarenta caballos y nueve piezas de artillería que se hicieron traer de los bajeles. Ejecutóse á vista de innumerable concurso esta funcion, y tuvo circunstancias de alarde, porque se atendió menos á registrar el número de la gente que á la ostentacion del espectáculo, sirviendo al intento de hacerle mas recomendable y lucido la gala de los soldados, el tremolar de las banderas, el manejo de los caballos y el uso de las armas con que se prevenia la reverencia del general; ejecutado uno y otro con tanto brio y puntualidad, que se conoció repetidas veces el aplauso de la muchedumbre, y llevó que aprender la milicia forastera. Quiso despues Xicotencal el mozo, que iba por general de la república, pasar la muestra de su gente, no porque usasen los de su nacion este género de aparato para contar sus ejércitos, sino por lisonjear á Hernan Cortés con la imitacion de sus españoles. Pasaron delante los timbales y bocinas con los demas instrumentos de su milicia: despues los capitanes en hileras vistosamente ataviados, con grandes penachos de varios colores, y algunas joyas pendientes de las orejas y los lábios: las macanas ó montantes con la guarnicion sobre el brazo izquierdo y con las puntas en alto: llevaban todos sus pajes de gineta, con los escudos ó rodelas, en que iban reducidos á varias figuras los desprecios de sus enemigos ó las jactancias de su valor. Cumplieron á su modo con la reverencia de los dos generales, y pasaron despues las compañías en tropas diferentes, que se distinguian por el color de las plumas, y por las insignias tambien de varias figuras de animales, que sobresaliendo á las picas hacian oficio de banderas. Constaria todo el ejército de hasta diez mil hombres de buena calidad; aunque la prevencion de la república era mucho mayor; pero quedó aplicado el resto de sus levas para que asistiese á la conduccion de los bergantines; cuya seguridad era de tanta consecuencia, que recibió el senado como favor lo que pudiera sentir como desvío.

Quiere Antonio de Herrera que fuese de ochenta mil hombres la muestra de los tlascaltecas, en que se aparta de Bernal Diaz y de otros autores: si ya no le pareció que importaba poco incluir en ella la gente de Cholula y Guajocingo, cuyos dos ejércitos estaban acampados fuera de la ciudad; porque no se duda que salió de Tlascala Hernan Cortés con mas de sesenta mil hombres, y esto sin los que remitieron despues al camino y á la plaza de armas las demas naciones confederadas; cuyo movimiento fue tan numeroso, que durante la espugnacion de Méjico llegó á tener debajo de su mano mas de doscientos mil hombres. ¡Notable concurrencia de circunstancias admirables! Porque no se dice que hubiese falta de provision ni discordia entre naciones tan diferentes, ni embarazo en la distribucion de las órdenes, ni menos puntualidad en la obediencia. Mucho se debió á la gran capacidad y singular providencia de Cortés; pero esta obra no pudo ser toda suya; quiso Dios que se redujese aquel imperio; y sirviéndose de su talento, le facilitó los medios que conducian al fin determinado, mandando en los ánimos lo que pudiera mandar en los sucesos.

Publicáronse luego, á fuer de bando militar, unas ordenanzas que habia formado en los ratos de su ociosidad para ocurrir á los inconvenientes en que suele peligrar la guerra, ó perder el atributo de justa. Mandó, pena de la vida, «que ninguno fuese osado á sacar la espada contra otro en los cuarteles ni en la »marcha: que ninguno de los españoles tratase mal »con las obras ó con las palabras á los indios confede»rados: que no se hiciese fuerza ó desacato á las mu»jeres aunque fuesen del bando enemigo: que nin»guno se apartase del ejército ni saliese á saquear los »lugares del contorno sin llevar licencia y gente con »que asegurar la faccion; que no se jugasen los ca»ballos ni las armas en que se habia tolerado alguna »relajacion;» y prohibió, con penas particulares de afrenta ó privacion de honores, «los juramentos y »blasfemias,» con los demas abusos que suelen introducirse á permitidos con título de licencias militares.

Intimáronse despues estas mismas ordenanzas á los cabos de las tropas estranjeras, asistiendo Cortés á la interpretacion de Aguilar y doña Marina, para darles á entender que las penas hablaban con todos, y que los menores escesos de su gente, serian culpas graves militando entre los españoles; con que pasó la voz á los tlascaltecas y á las demas naciones; y fue tan útil esta diligencia, que se conoció de de luego algun cuidado en el proceder menos licencioso de aquellos indios; aunque durante la jornada se desentendieron ó se toleraron algunas demasías en que fue necesario dar algo á la rusticidad ó á su costumbre; pero bastaron dos ó tres castigos que vieron ejecutar, para reducirlos á mejor disciplina, siendo en ellos como enmienda ó parte de satisfaccion, el temor de la pena ó el recato en el delito.

Llegó el dia en que se celebraba la fiesta de los Inocentes, señalado para la marcha; y despues que dijo misa fray Bartolomé de Olmedo, con asistencia de todos los españoles, y se hizo particular rogativa por el suceso de la jornada, mandó Hernan Cortés que se formasen los escuadrones de los indios en la campaña; y puestos en órden segun el estilo, salió con su ejército en hileras, para que viesen cómo se doblaba, y tomasen algo del sosiego que habian menester; siendo uno de sus defectos militares el ímpetu de sus ejecuciones siempre acelaradas y sujetas al desórden.

Llamó luego al general y cabos principales de aquellas naciones, y con sus intérpretes les hizo una breve exhortacion pidiéndoles: «que animasen á su gente con la esperanza del comun interes, pues iban á »pelear por su libertad y la de su patria: que se deshiciesen de todos los que no fuesen voluntarios: que »castigasen con particular cuidado los escesos que se »cometiesen contra las ordenanzas;» y sobre todo, «que les pusiesen delante la obligacion en que se ha»llaban de imitar á sus amigos los españoles, no solo »en las hazañas del valor, sino en la moderacion de »las costumbres.»

Partieron ellos á obedecerle; y vuelto á los suyos que ya callaban, dando á entender que atendian: «no »trato, amigos y compañeros, dijo, de acordaros ni »engrandeceros el empeño en que os hallais de obrar »como españoles en esta empresa, porque tengo co»nocido el esfuerzo de vuestros corazones, y no solo »debo confesar la esperiencia, sino la envidia de vues»tras hazañas. Lo que os propongo, menos como su»perior que como uno de vosotros, es que pongamos »todos con igual diligencia la vista y la consideracion »en esa multitud de indios que nos sigue, tomando »por suya nuestra causa: demostracion que nos ha »puesto en dos obligaciones, dignas ambas de nues»tro cuidado: la primera de tratarlos como amigos, »sufriéndolos, si fuere necesario, como á menos ca»paces de razon; y la otra de advertirlos con nuestro »proceder lo que deben observar en el suyo. Ya lle»vais entendidas las ordenanzas que se han intimado »á todos; cualquiera delito contra ellas tendrá en »vosotros su propia malicia y la malicia del ejemplo. »Cada uno debe reparar en lo que podrán influir sus »trasgresiones, ó será fuerza que reparemos los de»mas en lo que importan las influencias del castigo. »Sentiré mucho hallarme obligado á proceder contra »el menor de mis soldados; pero será este sentimien»to como dolor inescusable, y andarán juntas en mi »la resolucion, la justicia y la paciencia. Ya sabeis la »faccion grande á que nos disponemos: obra será »digna de historia conquistar un imperio á nuestro »rey: las fuerzas que veis, y las que se irán juntan»do, serán proporcionadas al heróico intento. Y »Dios, cuya causa defendemos, va con nosotros, que »nos ha mantenido á fuerza de milagros, y no es po»sible que desampare una empresa en que se ha de»clarado tantas veces por nuestro capitan. Sigámos»le, pues, y no le desobliguemos. Y volviendo á decir: »sigámosle y no le desobliguemos,» acabó su oracion, ó porque no halló mas que decir, ó porque lo dijo todo; y dió principio á la marcha, llevando en el oido las aclamaciones de su gente, y teniendo á buen pronóstico aquel contento con que le seguian, aquella casualidad estraordinaria con que se habian multiplicado sus españoles, y aquel fervor oficioso con que asistian aquellas naciones. Todo lo consideraba como señal oportuna ó como feliz auspicio del suceso; no porque hiciese mucho caso de semejantes observaciones; pero algunas veces se descuida el entendimiento para que se divierta la esperanza con lo que sueña la imaginacion.

CAPITULO X.

Marcha el ejército no sin vencer algunas dificultades· previénese de una embajada cautelosa el rey de Tezcuco, de cuya respuesta, por los mismos términos, resulta el conseguirse la entrada en aquella ciudad sin resistencia.

Caminó aquel dia el ejército seis leguas, y se alojó al caer del sol en el lugar de Tezmeluca; nombre que significa en su lengua el Encinar. Era poblacion considerable, situada en los confines mejicanos y en la jurisdiccion de Guajocingo, cuyo cacique tuvo suficiente provision para toda la gente, y algunos regalos particulares para los españoles. El dia siguiente se continuó la marcha por tierra enemiga, con todas las advertencias que parecieron necesarias. Tuviéronse algunos avisos de que habia junta de mejicanos en la parte contrapuesta de una montaña, cuyos peñascos y malezas dificultaban por aquella parte la entrada en el camino de Tezcuco; y porque se llegó á este paraje algunas horas despues de medio dia, y era de temer la vecindad de la noche para entrar en disputas de tierra quebrada y montuosa, hizo alto el ejército, y se alojó lo mejor que pudo al pie de la misma sierra; donde se previnieron los ranchos de grandes fuegos, que apenas bastaron para que se pudiese resistir sin alguna incomodidad la destemplanza del frio.

Pero al amanecer empezó lo gente á subir la cuesta y á penetrar la maleza del monte al paso de la artillería; pero á poco mas de una legua vinieron los batidores con noticia de que tenian los enemigos cerrado el camino con árboles cortados y estacas puntiagudas embebidas en tierra movediza para mancar los caballos, y Hernan Cortés, que no sabia perder las ocasiones de animar á los suyos, dijo en alta voz hácia los españoles: «no parece que desean mucho estos »valientes verse con nosotros, puesto que nos emba»razan el uso de los pies para que tardemos algo mas »en venir á las manos.» Y sin detenerse mandó que pasasen á la vanguardia dos mil tlascaltecas á desviar los impedimentos del camino. Lo cual ejecutaron con tanta celeridad, que apenas se pudo conocer la detencion en la retaguardia. Pasaron delante algunas compañías á reconocer los parajes donde se podian temer emboscadas, y con el resguardo que pedian aquellos indicios de vecina oposicion, se caminaron dos leguas que faltaban hasta la cumbre.

Descubríase desde lo mas alto la gran laguna de Méjico, y Hernan Cortés acordó á los suyos con esta ocasion lo que allí se habia padecido, sin olvidar las felicidades y riquezas que se poseyeron en aquella ciudad, mezclando entonces los bienes y los males para dar calor á la venganza con los incentivos del interes. Descubríanse tambien algunos humos en las poblaciones distantes que se iban sucediendo con poca intermision; y aunque no se dudó que serian avisos de haberse descubierto el ejército, se continuó la marcha con poco menor dificultad y con el mismo recelo, porque duraban las asperezas del camino y franqueaba poca tierra la espesura del bosque.

Pero vencido este impedimento, se descubrió á largo trecho el ejército enemigo que ocupaba el llano, sin moverse, con señas de aguardar en algun puesto de fácil retirada. Alegráronse los españoles, celebrando como felicidad la prontitud de la ocasion, y sucedió lo mismo á los tlascaltecas, aunque á breve rato se hizo en ellos furor el contento, y fueron necesarias voces de Cortés y diligencias de sus capitanes para que no se desordenasen con el ansia de pelear. Estaban los mejicanos á la otra parte de un barranco grande ó quiebra del terreno que necesariamente se habia de pasar, por donde iba profundando su camino un arroyo que recogia las corrientes de la sierra, y llevaba entonces agua considerable. Tenia por aquella parte una puentecilla de madera para el uso de los pasajeros, la cual pudieran haber cortado con facilidad; pero segun lo que se presumió despues, la dejaron de intento para ir deshaciendo á sus enemigos en el paso estrecho; teniendo por imposible que se pudiesen doblar de la otra parte con tanta oposicion. Así lo discurrieron cuando hacian la cuenta lejos del peligro; pero al reconocer el ejército de Cortés, que no habian considerado tan numeroso, cayeron otras especies menos fantásticas sobre su imaginacion. Faltóles el ánimo para mantener aquel puesto, y deseando afectar el valor ó no descubrir el miedo, tomaron resolucion de irse retirando poco á poco sin volver las espaldas, reconociendo al parecer la diferencia que hay entre fuga y retirada.

Dió Hernan Cortés calor á la marcha, y al reconocer el barranco tuvo á gran fortuna que se hubiese desviado el enemigo; porque aun hallado sin resistencia se pasó con dificultad. Dispuso que se adelantasen veinte caballos con algunas compañías de tlascaltecas á entretener la marcha sin entrar en mayor empeño, hasta que pasando el resto de la gente se asegurase la faccion. Pero apenas reconocieron los mejicanos que se iba doblando el ejército á la otra parte de la zanja, cuando perdieron toda su política y se declararon por fugitivos, desuniéndose á buscar atropelladamente las sendas menos holladas ó el refugio de los montes.

No quiso Hernan Cortés detenerse á seguir el alcance, porque le importaba ocupar brevemente á Tezcuco, y cualquiera dilacion se debia mirar como desvío del intento principal; pero se hizo de paso algun daño en los mejicanos que se hallaban escondidos entre la maleza del bosque. Y aquella noche se alojó el ejército en un lugar recien despoblado, tres leguas de Tezcuco, donde se tomó por cuarteles el descanso, dobladas las centinelas y con las armas casi en las manos. Pero el dia siguiente, á poca distancia de este lugar, se reconoció en el camino una tropa de hasta diez indios, al parecer desarmados, que venian á paso largo con señas de mensageros ó fugitivos, y traian levantada en alto una lámina de oro en forma de bandera que se tuvo por insignia de paz. Era el principal de ellos un embajador, por cuyo medio rogaba el rey de Tezcuco á Cortés que no hiciese daño en los pueblos de su dominio dando á entender que deseaba entrar en su confederacion, á cuyo fin tenia prevenido en su ciudad alojamiento decente para todos los españoles de su ejército y serian asistidos fuera de los muros con lo que hubiesen de menester las naciones que le acompañaban. Examinóle con algunas preguntas Hernan Cortés, y él que no venia mal instruido, respondió á todas sin embarazarse, añadiendo: que su amo estaba ofendido y quejoso del emperador que reinaba entonces en Méjico, porque no habiéndose ajustado á votar por él en su eleccion, trataba de vengarse con algunas estorsiones indignas de su paciencia, para cuya satisfaccion estaba en ánimo de unirse con los españoles, como uno de los interesados en la ruina de aquel tirano.

No dicen nuestros historiadores, ó lo dicen con variedad, si reinaba entonces en Tezcuco el hermano de Cacumatzin, á quien dejamos preso en Méjico por haber conspirado contra Motezuma y contra los españoles. Queda referido como se le dió la corona á su hermano, y el voto electoral á instancia de Cortés; y segun el suceso parece que reinaba el desposeido, siendo muy creible que lo dispusiese así el nuevo emperador, mediando en su restitucion la circunstancia de ser enemigo capital de los españoles, á cuya opinion hace algun viso la desconfianza de Cortés, porque apenas recibió la embajada cuando se apartó del embajador para conferir con sus capitanes la respuesta. Pareció á todos poco segura la proposicion, y que no se debia esperar tanto de un príncipe ofendido; pero que supuesta la resolucion que llevaba de ocupar aquella ciudad por fuerza de armas, se podia tener á buena fortuna que les franqueasen la entrada, cuya primera dificultad escusarian admitiendo la oferta; y una vez dentro de los muros, en lo cual se debia llevar la misma cautela que si se acabara de ganar por asalto, se obraria lo que pidiese la ocasion. Así lo determinaron; y Hernan Cortés despachó al enviado, respondiendo á su príncipe que admitia la paz y aceptaba el alojamiento que le ofrecia, deseando corresponder enteramente á la buena inteligencia con que solicitaba su amistad.

Volvió á marchar el ejército, y aquella tarde se alojó en uno de los arrabales de la ciudad, ó villaje muy cercano á ella, dilatando la entrada para la mañana siguiente, por lograr el dia entero en una faccion que, segun los indicios, no podia caber en pocas horas, siendo uno de ellos el hallarse desamparado aquel pueblo; y otro de no menor consideracion, el no haberse dejado ver el cacique, ni enviado persona que visitase á Cortés; pero no se oyó rumor de armas, ni se ofreció novedad hasta que al salir del sol se dieron las órdenes y se dispuso el ejército para el asalto, que ya se tenia por inescusable, aunque se conoció poco despues que no era necesario, porque se halló abierta y desarmada la ciudad. Avanzaron algunas tropas á ocupar las puertas, y se hizo la entrada sin resistencia. Pero Hernan Cortés, dispuesto á pelear, fue penetrando las calles sin perder de vista las apariencias de la paz entre los recelos de la guerra, y caminó en la mejor ordenanza que pudo, hasta que saliendo á una gran plaza se dobló con la mayor parte de su gente y ocupó con el resto las calles del contorno. Los paisanos, cuya muchedumbre se dejó ver algunas veces en el paso, andaban como asombrados, trayendo en el rostro mal encubiertos los achaques del ánimo, y se reparó en que faltaban las mujeres: circunstancias que se daban la mano con los primeros indicios.

Pareció conveniente ocupar el oratorio principal, cuya eminencia dominaba la ciudad, descubriendo la mayor parte de la laguna; y nombró Hernan Cortés para esta faccion á Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Bernal Diaz del Castillo, con algunas bocas de fuego y bastante número de tlascaltecas. Pero hallando aquel puesto sin guarnicion, avisaron desde lo alto que se iba escapando mucha gente de la ciudad; unos por tierra en busca de los montes, y otros en canoas la vuelta de Méjico, cuya noticia no dejó que dudar en el empeño del cacique. Mandó Hernan Cortés que le buscasen para traerle á su presencia, y por este medio averiguó que se habia retirado poco antes al ejército de los mejicanos, llevando consigo la poca gente que se quiso ajustar á seguirle, que segun lo que decian aquellos paisanos, era de cortas obligaciones, porque la nobleza y el resto de sus vasallos aborrecian su dominio, y se quedaron con pretesto de buscarle despues. Averiguóse tambien que tenia resuelto agasajar á los españoles hasta merecer su confianza, y conseguir su descuido para introducir despues las tropas mejicanas que acabasen con todos ellos en una noche, pero cuando supo de su embajador

las grandes fuerzas con que le buscaba Hernan Cortés, le faltó el ánimo para mantener su estratajema y tuvo por mejor consejo el de la fuga, dejando su ciudad y sus vasallos á la discrecion de sus enemigos.

Dió la felicidad en este suceso cuanto pudieran la industria y el valor. Deseaba Hernan Cortés ocupar á Tezcuco, puesto ventajoso para su plaza de armas y necesario para su empresa; y el ardid intentado por el cacique le franqueó sin disputa las puertas de aquella ciudad: su fuga le desvió un embarazo en que habia de tropezar cada instante la desconfianza ó el recelo: y el descontento de sus vasallos le facilitó el camino de traerlos á su devocion, que cuando se ha de acertar todo es oportuno; y quizá por esta consideracion se puso lo afortunado entre los atributos de los capitanes; en cuyas disposiciones obra el valor lo que ordenó la prudencia, y se halla la prudencia y el valor, sucedido lo que facilitó la felicidad ó la fortuna. Entendió mal ó no entendió la gentilidad este vocablo de la fortuna; dábale su adoracion como á deidad, aunque achacosa y deslucida con sus ceguedades y mudanzas; pero nosotros conocemos por este mismo nombre las dádivas gratuitas de la divina beneficencia: con que vino á quedar mejor entendida la felicidad, mejor colocada la fortuna, y mejor favorecido el afortunado.

CAPITULO XI.

Alojado el ejército en Tezcuco, vienen los nobles á tomar servicio en él: restituye Cortés aquel reino al legítimo sucesor, dejando al tirano sin esperanza de restablecerse.

Puso Hernan Cortés su principal cuidado en que perdiesen el miedo los paisanos. Mandó á los suyos que les hiciesen todo buen pasaje, tratando solo de ganar aquellos ánimos que ya se debian mirar como rendidos; y pasó esta órden con mayor aprieto á las naciones confederadas por medio de sus cabos, cuya obediencia fue mas reparable, porque se hallaban en tierra enemiga, enseñados á las violencias de su milicia, y no sin alguna presuncion de vencedores. Pero respetaban tanto á Cortés, que no contentos con reprimir su ferocidad y su costumbre, trataban de familiarizarse con todos, publicando la paz con la voz y con las demostraciones. Quedó aquella noche el ejército en los palacios del rey fugitivo; y eran tan capaces que hallaron bastante alojamiento en ellos los españoles con alguna parte de los tlascaltecas; y los demas se acomodaron en las calles cercanas, fuera de cubierto, por evitar la estorsion de los vecinos.

Por la mañana vinieron algunos ministros de los ídolos á solicitar el buen pasaje de sus feligreses, agradeciendo el que hasta entonces habian esperimentado; y propusieron á Cortés, que la nobleza de aquella ciudad esperaba su permision para venir á ofrecerle su obediencia y su amistad: á cuya demanda satisfizo, concediendo en uno y otro cuanto le pedian, sin necesitar mucho de afectar el agrado, porque deseaba lo que concedia. Y poco despues llegaron aquellos nobles, en el traje de que solian usar para sus actos públicos, y acaudillados al parecer por un mozo de poca edad y gentil disposicion que habló por todos, presentando á Cortés aquella tropa de soldados que venian á servir en su ejército, deseando merecer con sus hazañas la sombra de sus banderas. A que añadió pocas palabras, dichas con cierta energía y gravedad, que solicitaban la atencion sin desazonar el rendimiento. Escuchóle no sin admiracion, Hernan Cortés, y se pagó tanto de su elocuencia y despejo, sobre lo bien que le sonaba la misma oferta, que se arrojó á sus brazos sin poderse reprimir; pero atribuyendo á su discrecion los escesos del gusto, volvió á componer el semblante para responder menos alborozado á su proposicion.

Fueron llegando los demas, y despues de cumplir con las ceremonias del primer obsequio, se quedó Hernan Cortés con el que vino por su adalid, y con algunos de los que parecian mas principales; y llamando á sus intérpretes averiguó á pocas instancias de su cuidado, todo lo que tenia dispuesto el cacique, por complacer á los mejicanos; el artificio con que ofreció el alojamiento de aquella ciudad á los españoles; la falta de valor con que volvió las espaldas al primer rumor de su peligro; y últimamente, dieron á entender que haria poca falta donde se aborrecia su persona, y se celebraba su ausencia como felicidad de sus vasallos: punto en que los apuró Hernan Cortés, porque le importaba servirse de aquella mala voluntad para establecer su plaza de armas; y halló en la respuesta cuanto pudiera fingir su deseo, porque no sin algun conocimiento del fin á que se iban encaminando sus preguntas, le refirió el mas anciano de aquellos nobles; «que Cacumatzin, señor de Tezcuco, no era »dueño propietario de aquella tierra, sino un tirano »el mas horrible que llegó á producir entre sus mónstruos la naturaleza; porque habia muerto violenta»mente y por sus manos á Nezabal, su hermano »mayor, para echarle de la silla, y arrancar de sus sie»nes la corona: que aquel príncipe, á quien habia to»cado el hablar por todos, como el primero de los no»bles, era legítimo del rey difunto; pero que su corta »edad negoció el perdon, ó mereció el desprecio del »tirano: y él, conociendo el peligro que le amenazaba »supo esconder su queja con tanta sagacidad, que ya »pasaba por falta de espíritu su disimulacion: que »toda esta maldad se habia fraguado y dispuesto con »noticia y asistencias del emperador mejicano que »antecedió á Motezuma, y de nuevo le favorecia el »emperador que reinaba entonces, procurando ser»virse de su alevosía para destruir á los españoles. »Pero que la nobleza de Tezcuco aborrecia mortal»mente las violencias de Cacumatzin, y todos sus pue»blos tenian por insufrible su dominio, porque solo »trataba de oprimirlos, errando el camino de suje»tarlos.»

En este sentir se hizo entender aquel anciano, y apenas lo acabó de percibir Hernan Cortés cuando le ocurrió en un instante lo que debia ejecutar. Acercóse al príncipe desposeido con algo de mayor reverencia, y poniéndole á su lado convocó los demas nobles que aguardaban su resolucion, y les dijo mandando levantar la voz á sus intérpretes: «aquí teneis, ami»gos, al hijo legítimo de vuestro legítimo rey. Ese injus»to dueño que tiene mal usurpada vuestra obediencia, »empuñó el cetro de Tezcuco, recien teñido en la san»gre de su hermano mayor; y como no es dada la ciencia »de conservar á los tiranos, reinó como se hizo rey, »despreciando el aborrecimiento por conseguir el te»mor de sus vasallos, y tratando como esclavos á los que »habian de tolerar su delito; y últimamente con la vile»za de abandonaros en el riesgo, desestimando vuestra »defensa, os ha descubierto su falta de valor, y puesto »en las manos el remedio de vuestra infelicidad. Pu»diera yo, si no fueran otras mis obligaciones, servir»me de vuestro desamparo, y recurrir al derecho de »la guerra, sujetando esta ciudad que tengo, como »veis, al arbitrio de mis armas; pero los españoles nos »inclinamos dificultosamente á la sinrazon; y no »siendo en la sustancia vuestro rey el que nos hizo la »ofensa, ni vosotros debeis padecer como vasallos su»yos, ni este príncipe quedar sin el reino que le dió »la naturaleza; recibidle de mi mano, como le reci»bísteis del cielo: dadle por mí la obediencia que le »debeis por la sucesion de su padre: suba en vuestros »hombros á la silla de sus mayores: que yo, menos »atento á mi conveniencia que á la equidad y á la jus»ticia, quiero mas su amistad que su reino, y mas »vuestro agradecimiento que vuestra sujeccion.»

Tuvo grande aplauso esta proposicion de Cortés entre aquellos nobles. Oyeron lo que deseaban, ó se

hallaron sin lo que temian; porque unos se arrojaron á sus pies, agradeciendo su benignidad, y otros acudiendo primero á la obligacion natural, se adelantaron á besar la mano á su príncipe. Divulgóse luego esta noticia en la ciudad; y empezaron las voces á manifestar el alborozo del pueblo, que tardó poco en significar su aceptacion con los gritos, bailes y juegos de que usaban en sus fiestas, sin perdonar demostracion alguna de aquellas con que suele adornar sus locuras el contento popular.

Reservóse para el dia siguiente la coronacion del nuevo rey, que se celebró con toda la solemnidad y ceremonia que ordenaban sus leyes municipales, asistiendo al acto Hernan Cortés, como dispensador ó donatario de la corona: con que tuvo su participacion del aura popular, y quedó mas dueño de aquella gente, que si la hubiera conquistado, siendo este uno de los primores que le dieron nombre de advertido capitan; porque le importaba en todo caso tener por suya esta ciudad para la empresa de Méjico, y halló camino de obligar al nuevo rey con el mayor de los beneficios temporales, de interesar á la nobleza en su restitucion, dejándola irreconciliable con el tirano, de ganar al pueblo con su desinteres y justificacion; y últimamente de conseguir la seguridad de su cuartel, que por otro medio fuera dudosa ó mas aventurada: quedando sobre todo con mayor satisfaccion de haber hecho en el desagravio de aquel príncipe lo que pedia la razon; porque á vista de lo que importaban las demas conveniencias, daba el primer lugar á esta resolucion por ser mas de su genio, y porque siempre suponian algo menos en su estimacion las operaciones de la prudencia que los aciertos de la generosidad.

CAPITULO XII.

Bautízase con pública solemnidad el nuevo rey de Tezcuco; y sale con parte de su ejército Hernan Cortés á ocupar la ciudad de Iztacpalapa, donde necesitó de toda su advertencia para no caer en una celada que le tenian prevenida los mejicanos.

Quedó Hernan Cortés aplaudido y venerado entre aquella gente: la nobleza se declaró su parcial, y enemiga de los mejicanos: volvióse á poblar la ciudad, restituyéndose á sus casas las familias que se habian retirado á los montes; y aquel príncipe vivia tan dependiente y tan rendido á Cortés, que no solamente le ofreció sus milicias, y servir á su lado en la empresa de Méjico, pero le consultaba cuanto disponia; y aunque mandaba entre los suyos como rey, en llegando á su presencia, tomaba la persona de súbdito, y le respetaba como á superior. Seria de hasta diez y nueve ó veinte años, y tenia capacidad de hombre nacido en tierra menos bárbara, de cuya buena disposicion se sirvió Hernan Cortés para introducirle algunas veces en la plática de la religion, y halló en su modo de atender y discurrir un género de propension á lo mas seguro, que le puso en esperanzas de reducirle; porque se desagradaba de los sacrificios violentos de su nacion, tenia por vicio la crueldad, y confesaba que no podian ser amigos del género humano los dioses que se aplacaban con la sangre del hombre. Entró en estas conversaciones fray Bartolomé de Olmedo, y hallándole tan dudoso en el error como inclinado á la verdad, le tuvo en pocos dias capaz de recibir el bautismo, cuya funcion se hizo públicamente, y con gran solemnidad, tomando por su eleccion el nombre de don Hernando Cortés en obsequio de su padrino.

Trabajábase ya en la obra de los canales, por donde se comunicaba la laguna con las acequias de la ciudad, y este príncipe dió seis ó siete mil indios, vasallos suyos, para que los hiciesen de mayor latitud y profundidad, segun las medidas que se habian dado á los bergantines. Y porque deseaba Hernan Cortés caminar al mismo tiempo en algunas operaciones que parecian necesarias para facilitar la empresa de Méjico, determinó pasar con parte de sus fuerzas á la ciudad de Iztacpalapa, puesto avanzado seis leguas adelante, para quitar aquel abrigo á las canoas mejicanas que se acercaban algunas veces á impedir el trabajo de los gastadores; á cuya resolucion le obligó tambien la conveniencia de traer en algun ejercicio á los indios confederados, que se mantenian quietos en la ociosidad á fuerza del respeto, y no sin alguna fatiga del cuidado.

Estaba situada, como dijimos, la ciudad de Iztacpalapa en la misma calzada por donde hicieron su primera entrada los españoles, y en tal disposicion que ocupando alguna parte de la tierra quedaba el mayor número de sus edificios, que pasarian de diez mil casas, dentro de la misma laguna, cuyas vertientes se introducian por acequias en la poblacion terrestre al arbitrio de unas compuertas que dispensaban el agua segun la necesidad. Tomó Hernan Cortés á su cargo esta faccion, y llevó consigo á los capitanes Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid con trescientos españoles, y hasta diez mil tlascaltecas, y aunque intentó seguirle con sus milicias el nuevo rey de Tezcuco, no se lo permitió, dándole á entender que seria mas útil su persona en la ciudad; cuyo gobierno militar dejó encargado á Gonzalo de Sandoval, y á los dos, como todas las instrucciones que parecieron necesarias para la seguridad del cuartel, y los demas accidentes que se podian ofrecer en su ausencia.

Ejecutóse la marcha por el camino de la tierra, con intento de ocupar la ciudad por aquella parte, y desalojar despues á los vecinos de la otra banda con la artillería y bocas de fuego, segun lo dictase la ocasion. Pero no faltaron noticias de este movimiento al enemigo; porque apenas dió vista el ejército á la plaza cuando se reconoció á poca distancia de sus muros un grueso de hasta ocho mil hombres que habian salido á intentar su defensa en la campaña con tanta resolucion, que hallándose inferiores en número, aguardaron hasta medir las armas, y pelearon valerosamente; lo que bastó al parecer para retirarse con alguna reputacion, porque á breve rato se fueron recogiendo á la ciudad, y sin guarnecer la entrada ni cerrar las puertas desaparecieron arrojándose al lago desordenadamente; pero conservando en la misma fuga los bríos y las amenazas del combate.

Conoció Hernan Cortés que aquel género de retirada tenia señas de llamarle á mayor riesgo, y trató de introducir su ejército en la ciudad con todo el cuidado que pedian aquellos indicios; pero se hallaron totalmente abandonados los edificios de la tierra; y aunque duraba el rumor de los enemigos en la parte del agua, resolvió, con el parecer de sus cabos, mantener aquel puesto y alojarse dentro de los muros sin pasar á mayor empeño, porque iba faltando el dia para entrar en nueva operacion. Pero apenas tomaron cuerpo las primeras sombras de la noche, cuando se reparó en que rebosaban por todas partes las acequias, corriendo el agua impetuosamente á lo mas bajo; y Hernan Cortés conoció á la primera vista que los enemigos trataban de inundar aquella parte de la ciudad, y que levantando las compuertas del lago mayor lo podrian conseguir sin dificultad: riesgo inevitable que le obligó á dar apresuradamente las órdenes para la retirada, en cuya ejecucion se ganaron los instantes, y todavía escapó la gente con el agua sobre las rodillas.

Salió Hernan Cortés asaz mortificado, y mal satisfecho de no haber prevenido aquel engaño de los indios, como si cupiera todo en su vigilancia, ó no tuviera sus límites la humana providencia. Sacó su ejército á la campaña por el camino de Tezcuco, donde pensaba retirarse, dejando para mejor ocasion

la empresa de Iztacpalapa que ya no era posible sin aplicar mayores fuerzas por la parte de la laguna, y traer embarcaciones con que desviar de aquel paraje á los mejicanos. Alojóse como pudo en una montañuela segura de la inundacion, donde se padeció grande incomodidad, mojada la gente y sin defensa contra el frio de la noche; pero tan animosa que no se oyó una desazon entre los soldados; y Hernan Cortés que andaba por los ranchos infundiendo paciencia con su ejemplo, hacia sus esfuerzos para esconder en las amenazas del enemigo el desaire de su engaño, ó el escrúpulo de su inadvertencia.

Prosiguióse la retirada como estaba resuelta con los primeros indicios de la mañana, y se alargó el paso, mas porque necesitaba la gente del ejercicio para entrar en calor, que porque se recelase nueva invasion; pero declarado el dia, se descubrió un grueso de innumerables enemigos que venian siguiendo la huella del ejército. No se dejó la marcha por este accidente; pero se caminó á paso lento para cansar al enemigo con la dilacion del alcance, aunque los soldados se movian con dificultad, clamando por detenerse á tomar satisfaccion, unos de la ofensa y otros de la incomodidad padecida, cada cual segun el dolor que mandaba en el ánimo, y todos con la venganza en el corazon.

Hizo alto el ejército y se volvieron las caras cuando pareció conveniente, y los enemigos acometieron con la misma precipitacion que seguian; pero las ballestas de los españoles, que por venir mojada la pólvora no sirvieron las bocas de fuego, y los arcos de los tlascaltecas detuvieron el primer ímpetuo de su ferocidad, y al mismo tiempo cerraron los caballos haciendo lugar á las demas tropas amigas que rompieron á todas partes por aquella muchedumbre desordenada, y la obligaron brevemente á ceder la campaña con pérdida considerable.

Volvió Hernan Cortés á su marcha sin detenerse á deshacer enteramente á los fugitivos, porque necesitaba de todo el dia para llegar á su cuartel antes de la noche. Pero los enemigos, tan diligentes en retirarse como en rehacerse, le volvieron á embestir segunda y tercera vez, sin escarmentar con el estrago que padecian, hasta que temiendo el peligro de acercarse á Tezcuco, donde tenian su fuerza principal los españoles, se volvieron á Iztacpalapa, quedando con bastante castigo de su atrevimiento, pues murieron en esta repeticion de combates mas de seis mil indios; y aunque hubo en el ejército de Cortés algunos heridos, faltaron solo dos tlascaltecas y un caballo, que cubierto de flechas y cuchilladas conservó la respiracion hasta retirar á su dueño.

Celebró Hernan Cortés y todo su ejército este principio de venganza, como enmienda ó satisfaccion de lo que se habia padecido; y poco antes de anochecer se hizo la entrada en la ciudad, con tres ó cuatro victorias de paso que dieron garbo á la faccion, ó quitaron el horror á la retirada.

Pero no se puede negar que los mejicanos tenian bien dispuesta su estratagema: hicieron salida para llamar al enemigo: dejáronse cargar para empeñarle: fingieron que se retiraban para introducirle dentro del riesgo: dejaron abandonadas las habitaciones que intentaban inundar; y tenian mayor ejército prevenido para no aventurar el suceso. Vean los que desacreditan esta guerra de los indios, si eran, como dicen, rebaños de bestias sus ejércitos; y si tenian cabeza para disponer, puesto que les dejaban la ferocidad para las ejecuciones. Necesitó Hernan Cortés de toda su diligencia para escapar de sus asechanzas, y quedó con admiracion, ó poco menos que envidia, de lo bien que habian dispuesto su estratagema, por ser estos ardides ó engaños que se hacen al enemigo uno de los primores militares de que se precian mucho los soldados, teniéndolos, no solo por razonables, sino por justos, particularmente cuando es justa la guerra en que se practican; pero en nuestro sentir les basta el atributo de lícitos, aunque alguna vez puedan llamarse justos, por la parte que tienen de castigar inadvertencias y descuidos, que son las mayores culpas de la guerra.

CAPITULO XIII.

Piden socorro á Cortés las provincias de Chalco y Otumba contra los mejicanos: encarga esta faccion á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Lugo, los cuales rompen al enemigo, trayendo algunos prisioneros de cuenta, por cuyo medio requiere con la paz al emperador mejicano.

Tenia Hernan Cortés en Tezcuco frecuentes visitas de los caciques y pueblos comarcanos que venian á dar la obediencia y ofrecer sus milicias: súbditos mal tratados y quejosos del emperador mejicano, cuya gente de guerra los oprimia y disfrutaba con igual desprecio que inhumanidad. Entre los cuales llegaron á esta sazon unos mensajeros en diligencia de las provincias de Chalco y Otumba, con noticia de que se hallaba cerca de sus términos un ejército poderoso del enemigo que traia comision de castigarlos y destruirlos, porque se habian ajustado con los españoles. Mostraban determinacion de oponerse á sus intentos, y pedian socorro de gente con que asegurar su defensa: instancia que pareció, no solo puesta en razon, sino de propia conveniencia, porque importaba mucho que no hiciesen pie los mejicanos en aquel paraje, cortando la comunicacion de Tlascala, que se debia mantener en todo caso. Partieron luego á este socorro los capitanes Gonzalo de Sandoval y Francisco de Lugo con doscientos españoles, quince caballos y bastante número de tlascaltecas, entre los cuales fueron con tolerancia de Cortés, algunos de esta nacion que porfiaron sobre retirar á su tierra los despojos que habian adquirido: permision en que se consideró, que aguardándose nuevas tropas de la república, importaria llamar aquella gente con el cebo del interes, y con esta especie de libertad.

Iban estos miserables, trocado el nombre de soldados en el de indios de carga, con el bagaje del ejército; y como reguló el peso la codica, sin atender á la paciencia de los hombres, no podian seguir continuamente la marcha, y se detenian algunas veces para tomar aliento, de lo cual advertidos los mejicanos, que tenian emboscado en los maizales el ejército de la laguna, les acometieron en una de estas mansiones, no solo, al parecer, para despojarlos, porque hicieron el salto con grandes voces, y trataron al mismo tiempo de formar sus escuadrones, con señas de provocar á la batalla. Volvieron al socorro Sandoval y Lugo, y acelerando el paso, dieron con todo el grueso de su gente sobre las tropas enemigas, tan oportuna y esforzadamente, que apenas hubo tiempo entre recibir el choque y volver las espaldas.

Dejaron muertos seis ó siete tlascaltecas de los que hallaron impedidos y desarmados, pero se cobró la presa, mejorada con algunos despojos del enemigo; y se volvió á la marcha, poniendo mayor cuidado en que no se quedasen atras aquellos inútiles, cuyo desabrimiento duró hasta que penetrando el ejército los términos de Chalco, reconocieron poco distantes los de Tlascala, y se apartaron á poner en salvo lo que llevaban, dejando á Sandoval sin el embarazo de asistir á su defensa.

Habian convocado los enemigos todas las milicias de aquellos contornos para castigar la rebeldía de Chalco y Otumba; y sabiendo que venian los españoles al socorro de ambas naciones, se reforzaron con parte de las tropas que andaban cerca de la laguna; y

formando un ejército de bulto formidable, tenian ocupado el camino con ánimo de medir las fuerzas en campaña. Avisados á tiempo Lugo y Sandoval, y dadas las órdenes que parecieron necesarias, se fueron acercando, puesta en batalla la gente, sin alterar el paso de la marcha. Pero se detuvieron á vista del enemigo los españoles con sosegada resolucion, y los tlascaltecas con mal reprimida inquietud, para examinar desde mas cerca el intento de aquella gente. Hallábanse los mejicanos superiores en el número; y con ambicion de ser los primeros en acometer, se adelantaron atropelladamente como solian, dando sin alcance la primera carga de sus armas arrojadizas. Pero mejorándose al mismo tiempo los dos capitanes despues de lograr con mayor efecto el golpe de los arcabuces y ballestas, echaron delante los caballos, cuyo choque horrible siempre á los indios, abrió camino para que los españoles y los tlascaltecas entrasen rompiendo aquella multitud desordenada, primero con la turbacion, y despues con el estrago. Tardó poco en declararse por todas partes la fuga del enemigo; y llegando á este tiempo las tropas de Chalco y Otumba que salieron de la vecina ciudad al rumor de la batalla, fue tan sangriento el alcance que á breve rato quedó totalmente deshecho el ejército de los mejicanos, y socorridas aquellas dos provincias aliadas con poca ó ninguna pérdida.

Reserváronse para tomar noticias ocho prisioneros que parecian hombres de cuenta; y aquella noche pasó el ejército á la ciudad, cuyo cacique despues de haber cumplido con su obligacion en el obsequio de los españoles, se adelantó á prevenir el alojamiento, y tuvo abundante provision de víveres y regalos para toda la gente, sin olvidar el aplauso de la victoria, reducido, segun su costumbre, al ordinario desconcierto de los regocijos populares. Eran los chalqueses enemigos de los tlascaltecas, como súbditos del emperador mejicano, y con particular oposicion sobre dependencias de confines; pero aquella noche quedaron reconciliadas estas dos naciones, á instancia y solicitud de los chalqueses, que se hallaron obligados á los tlascaltecas, por lo que habian cooperado en su defensa; conociendo al mismo tiempo que para durar en la confederacion de Cortés, necesitaban de ser amigos de sus aliados. Mediaron los españoles en el tratado, y juntos los cabos y personas principales de ambas naciones, se ajustó la paz con aquellas solemnidades y requisitos de que usaban en este género de contratos: obligándose Gonzalo de Sandoval y Francisco de Lugo, á recabar el beneplácito de Cortés, y los tlascaltecas á traer la ratificacion de su república.

Hecho este socorro con tanta reputacion y brevedad, se volvieron Sandoval y Lugo con su ejército á Tezcuco, llevando consigo al cacique de Chalco, y algunos de los indios principales que quisieron rendir personalmente á Cortés las gracias de aquel beneficio, poniendo á su disposicion las tropas militares de ambas provincias. Tuvo grande aplauso en Tezcuco esta faccion; y Hernan Cortés honró á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Lugo con particulares demostraciones, sin olvidar á los cabos de Tlascala; y recibió con el mismo agasajo á los chalqueses, admitiendo sus ofertas, y reservando el cumplimiento de ellas para su primer aviso. Mandó luego traer á su presencia los ocho prisioneros mejicanos, y los esperó en medio de sus capitanes, previniéndose para recibirlos de alguna severidad. Llegaron ellos confusos y temerosos, con señas de ánimo abatido, y mal dispuesto á recibir el castigo, que segun su costumbre tenian por irremisible. Mandólos desatar; y deseando lograr aquella ocasion de justificar entre los suyos la guerra que intentaba con otra diligencia de la paz, y hacerse mas considerable al enemigo con su generosidad, los habló por medio de sus intérpretes en esta sustancia.

«Pudiera, segun el estilo de vuestra nacion, y segun aquella especie de justicia en que hallan su razon las leyes de la guerra, tomar satisfaccion de vuestra iniquidad, sirviéndome del cuchillo y el fuego para usar con vosotros de la misma inhumanidad que usais con vuestros prisioneros; pero los españoles no hallamos culpa digna de castigo en los que se pierden sirviendo á su rey, porque sabemos diferenciar á los infelices de los delincuentes: y para que veais lo que va de vuestra crueldad á nuestra clemencia, os hago donacion á un tiempo de la vida y de la libertad. Partid luego á buscar las banderas de vuestro príncipe, y decidle de mi parte, pues sois nobles y debeis observar la ley con que recibís el beneficio, que vengo á tomar satisfaccion de la mala guerra que se me hizo en mi retirada, rompiendo alevosamente los pactos con que me dispuse á ejecutarla; y sobre todo, á vengar la muerte del gran Motezuma, principal motivo de mi enojo. Que me hallo con un ejército en que no solo viene multiplicado el número de los españoles invencibles, sino alistadas cuantas naciones aborrecen el nombre mejicano; y que brevemente le pienso buscar en su córte con todos los rigores de una guerra que tiene al cielo de su parte, resuelto á no desistir de tan justa indignacion, hasta dejar reducidos á polvo y ceniza todos sus dominios, y anegada en la sangre de sus vasallos la memoria de su nombre. Pero si todavía por escusar la propia ruina y la desolacion de sus pueblos, se inclinare á la paz, estoy pronto á concedérsela con aquellos partidos que fueren razonables; porque las armas de mi rey, imitando hasta en esto los rayos celestiales, hieren solo donde hallan resistencia, mas obligadas siempre á los dictámenes de la piedad que á los impulsos de la venganza.»

Dió fin á su razonamiento, y señalando escolta de soldados españoles á los ocho prisioneros, ordenó que se les diese luego embarcacion para que se retirasen por la laguna; y ellos arrojándose á sus pies mal persuadidos á la diferencia de su fortuna, ofrecieron poner esta proposicion en la noticia de su príncipe, facilitando la paz con oficiosa prontitud; pero no volvieron con la respuesta, ni Hernan Cortés hizo esta diligencia, porque le pareciese posible reducir entonces á los mejicanos, sino por dar otro paso en la justificacion de sus armas, y acreditar con aquellos bárbaros su clemencia: virtud que suele aprovechar á los conquistadores, porque dispone los ánimos de los que se han de sujetar, y amable siempre hasta en los enemigos, ó parece bien á los que tienen uso de razon, ó se hace por lo menos respetar de los que no la conocen.

CAPITULO XIV.

Conduce los bergantines á Tezcuco Gonzalo de Sandoval; y entre tanto que se dispone su apresto y última formacion, sale Cortés á reconocer con parte del ejército las riberas de la laguna.

Llegó en esta sazon la noticia de que se habian acabado los bergantines, y Martin Lopez avisó á Cortés que trataria luego de su conduccion; porque la república de Tlascala tenia prontos diez mil tamenes ó indios de carga, los ocho mil que parecian necesarios para llevar la tablazon, járcias, herraje y demas adherentes, y los dos mil que irian de respeto para que se fuesen alternando y sucediendo en el trabajo, sin comprender en este número á los que se habian de ocupar en el trasporte de los víveres para el sustento de esta gente, y de quince ó veinte mil hombres de guerra, con sus cabos que aguardaban esta ocasion para marchar al ejército, con los cuales partiria de aquella ciudad el dia siguiente, resuelto á esperar en la última poblacion de Tlascala el convoy de

los españoles que habia de salir al camino; porque no se atreveria sin mayores fuerzas á intentar el tránsito peligroso de la tierra mejicana. Eran aquellos bergantines la única prevencion que faltaba para estrechar el sitio de Méjico, y Hernan Cortés celebró esta noticia con tal demostracion, que la hizo plausible á todo el ejército. Encargó luego el convoy á Gonzalo de Sandoval, con doscientos españoles, quince caballos y algunas compañías de tlascaltecas, para que unidos con el socorro de la república, pudiesen resistir á cualquiera invasion de los mejicanos.

Antonio de Herrera, dice que salieron de Tlascala con el maderámen de los bergantines, ciento y ochenta mil hombres de guerra: número que de muy inverosímil se pudiera buscar entre las erratas de la impresion. Quince mil dice Bernal Diaz del Castillo: mas fácil es de creer, sobre los que asistian al ejército. Encargó la república el gobierno de esta gente á uno de los señores ó caciques de los barrios, que se llamaba Chechimecal, mozo de veinte y tres años; pero de tan elevado espíritu, que se tenia por uno de los primeros capitanes de su nacion. Salió Martin Lopez de Tlascala, con ánimo de aguardar el socorro de los españoles en Gualipar, poblacion poco distante de los confines mejicanos. Disonó mucho á Chechimecal esta detencion, persuadido á que bastaba su valor y el de su gente para defender aquella conducta de todo el poder mejicano; pero últimamente se redujo á observar las órdenes de Cortés, ponderando como hazaña la obediencia. Dispuso Martin Lopez la marcha, empezando á llevar cuidadosa y ordenada la gente desde que salió de la ciudad. Iban delante los arcos y las hondas, con algunas lanzas de guarnicion, en cuyo seguimiento marchaban los tamenes y el bagaje; y despues el resto de la gente cubriendo la retaguardia, con que llegó el caso de verse puesta en ejecucion la rara novedad de conducir bajeles por tierra; los cuales, si nos fuera lícito incurrir en alguna de las metáforas, que tal vez se hallan en la historia, se pudiera decir que iban como empezando á navegar sobre hombros humanos, entre aquellas hondas que al parecer se formaban de los peñascos y eminencias del camino: admirable invencion de Cortés, que se vió entonces practicada, y al referirse como sucedió, parece soñada la verdad, ó que toman los ojos el oficio de la fantasía.

Caminaba entretanto Gonzalo de Sandoval la vuelta de Tlascala, y se detuvo un dia en Zulepeque, lugar poco distante del camino, que andaba fuera de la obediencia, sobre ser el mismo donde sucedió la muerte insidiosa de aquellos pobres españoles de la Vera-Cruz que pasaban á Méjico. Llevaba órden para castigar ó reducir de paso esta poblacion; pero apenas volvió el ejército la frente para torcer la marcha, cuando los vecinos desampararon el lugar huyendo á los montes. Envió Gonzalo de Sandoval tres ó cuatro compañías de tlascaltecas, con algunos españoles en alcance de los fugitivos, y entrando en el pueblo, creció su irritacion y su impaciencia con algunas señas lastimosas de la pasada iniquidad. Hallóse un rótulo escrito en la pared con letras de carbon que decia: «en esta casa estuvo preso el sin ventura Juan Yuste con otros muchos de su compañía.» Y se vieron poco despues en el adoratorio mayor las cabezas de los mismos españoles maceradas al fuego para defenderlas de la corrupcion: pavoroso espectáculo que conservando los horrores de la muerte, daba nueva fealdad á los horribles simulacros del demonio. Escitó entonces la piedad los espíritus de la ira; y Gonzalo de Sandoval resolvió salir con toda su gente á castigar aquella execrable atrocidad con el último rigor; pero apenas se dispuso á ejecutarlo, cuando volvieron las compañías que avanzaron de su órden, con grande número de prisioneros, hombres, mujeres y niños, dejando muertos en el monte á cuantos quisieron escapar ó tardaron en rendirse. Venian maniatados y temerosos, significando con lágrimas y alaridos su arrepentimiento. Arrojáronse todos á los pies de los españoles, y tardaron poco en merecer su compasion. Hízose rogar de los suyos Gonzalo de Sandoval para merecer el perdon; y últimamente los mandó desatar, y los dejó en la obediencia del rey, á que se obligaron con el cacique los mas principales por toda la poblacion, como lo cumplieron despues, hiciéselo el temor ó el agradecimiento.

Mandó luego recoger aquellos despojos miserables de los españoles muertos para darles sepultura, y pasó adelante con su ejército llegando á los términos de Tlascala, sin accidente de consideracion. Salieron á recibirle Martin Lopez, y Chechimecal con sus tlascaltecas puestos en escuadron. Saludáronse los dos ejércitos, primero con el regocijo de la salva y de las voces, y despues con los brazos y cortesías particulares. Diéronse al descanso de los recien venidos las horas que parecieron necesarias, y cuando llegó el tiempo de caminar, dispuso la marcha Gonzalo de Sandoval, dando á los españoles y tlascaltecas de su cargo la vanguardia, y el cuerpo del ejército á los tamenes con alguna guarnicion por los costados, dejando á Chechimecal con la gente de su cargo en la retaguardia. Pero él se agravió de no ir en el puesto mas avanzado, con tanta destemplanza que se temió su retirada, y fue necesario que pasase Gonzalo de Sandoval á sosegarle. Quiso darle á entender que aquel lugar que le habia señalado era el mejor del ejército, por ser el mas aventurado, respecto de lo que se debia recelar, que los mejicanos acometiesen por las espaldas, pero él no se dió por convencido, antes le respondió, que así como en el asalto de Méjico habia de ser el primero que pusiese los pies dentro de sus muros, queria ir siempre delante para dar ejemplo á los demas; y se halló Sandoval obligado á quedarse con él para dar estimacion á la retaguardia: notable punto de vanidad, y uno de aquellos que suelen producir graves inconvenientes en los ejércitos; porque la primera obligacion del soldado es la obediencia: y bien entendido, el valor tiene sus límites razonables, que inducen siempre á dejarse hallar de la ocasion, pero nunca obligan á pretender el peligro.

Marchó el ejército en su primera ordenanza por la tierra enemiga; y aunque los mejicanos se dejaron ver algunas veces en las eminencias distantes, no se atrevieron á intentar faccion, ó tuvieron por bastante hazaña el ofender con las voces.

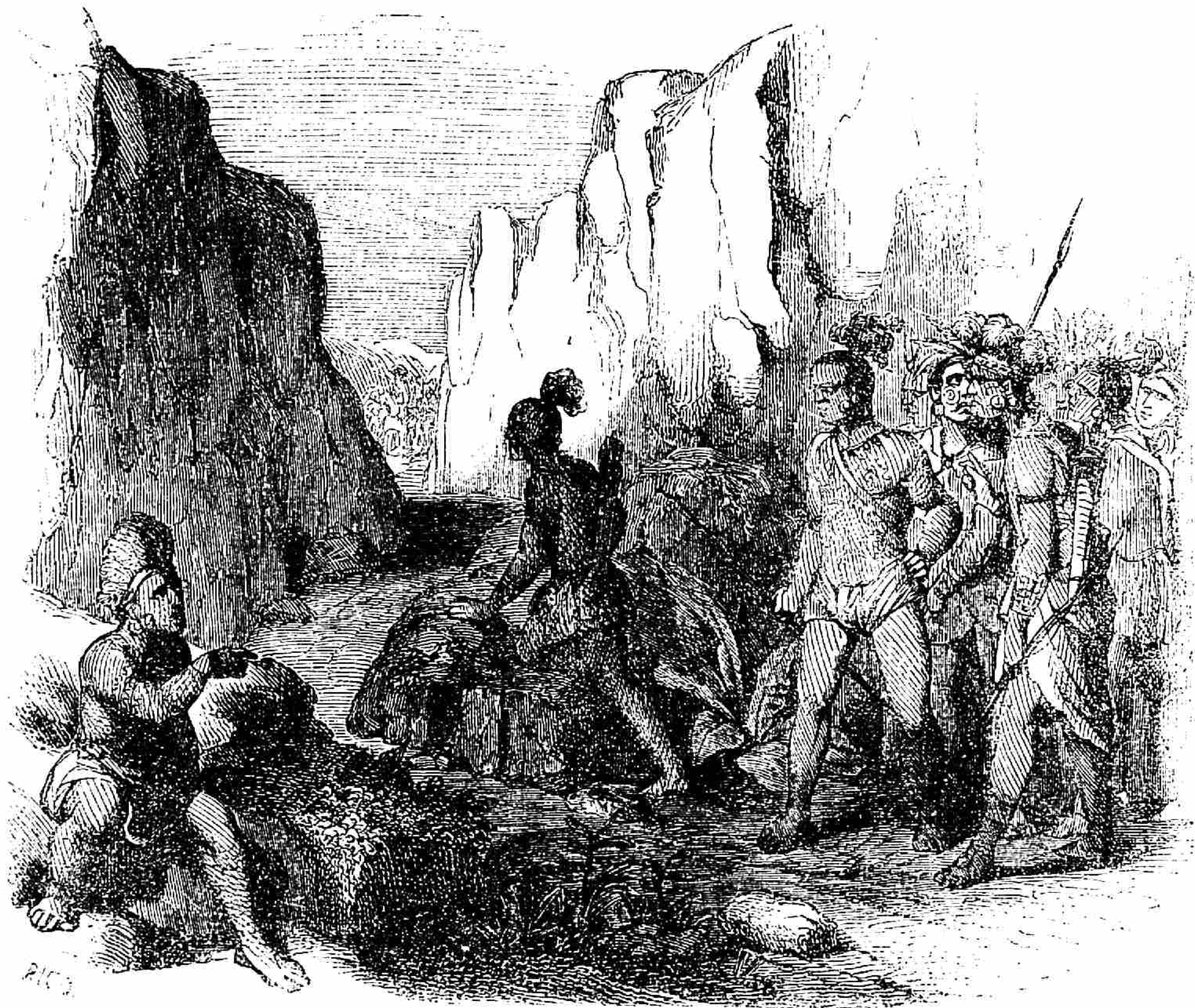
Hízose alto poco antes de llegar á Tezcuco por complacer á Chechimecal, que pidió algun tiempo á Gonzalo de Sandoval para componerse y adornarse de plumas y joyas; y ordenó lo mismo á sus cabos, diciendo que aquel acto de acercarse á la ocasion, se debia tratar como fiesta entre los soldados: esterioridad ó hazañería propia de aquel orgullo y de aquellos años. Esperó Hernan Cortés fuera de la ciudad, con el rey de Tezcuco y todos sus capitanes, este socorro tan deseado; y despues de cumplir con los primeros agasajos y dar algun tiempo á las aclamaciones de los soldados, se hizo la entrada con toda solemnidad, marchando en hileras los tamenes como los soldados. Ibanse acomodando la tablazon, el herraje y demas géneros, con distincion, en un grande astillero que se habia prevenido cerca de los canales.

Alegróse todo el ejército de ver puesta en salvamento aquella prevencion, tan necesaria para tomar de veras la empresa de Méjico, que igualmente se deseaba: y Hernan Cortés volvió su corazon al cielo, que premiaba su piedad y su intencion, con esperanzas ó poco menos que certidumbre de la victoria.

Trató luego Martin Lopez de la segunda formacion de los bergantines, y se dieron nuevos oficiales para las fraguas, ligazon de las maderas y demas ofi-

cios de la marinería. Pero reconociendo Hernan Cortés, que segun el informe de los maestros, serian menester mas de veinte dias para que pudiesen estar de servicio estas embarcaciones, tomó resolucion de gastar aquel tiempo en reconocer personalmente las poblaciones de la ribera, observando los puestos que debia ocupar para impedir los socorros de Méjico, y hacer de paso el daño que pudiese á los enemigos. Comunicólo á sus capitanes, y pareciendo á todos digna de su cuidado esta diligencia, se dispuso á ejecutarla, encargando á Gonzalo de Sandoval el gobierno de Tezcuco, y particularmente la obra de los bergantines. Hallábale siempre su eleccion á propósito para todo, y en lo mucho que le ocupaba se conoce la estimacion que hacia de su valor y capacidad.

Pero al tiempo que discurria en nombrar los capitanes y en señalar la gente que le habia de seguir en esta jornada, le pidió audiencia Chechimecal, y sin haber sabido que se trataba de salir en campaña, le propuso: «que los hombres como él, nacidos para »la guerra, se hallaban mal en el ocio de los cuarte»les, particularmente cuando se habian pasado cinco »dias sin ocasion de sacar la espada, y que su gente »venia de refresco, y deseaba dejarse ver de los ene»migos, á cuya instancia y la de su propio ardimien»to, le suplicaba encarecidamente que le señalase »luego alguna faccion en que pudiese manifestar sus »brios de entretenerse con los mejicanos, mientras »llegaba el caso de acabar con ellos en el asalto de »su ciudad.» Pensaba Hernan Cortés llevarle consigo, pero no le agradó aquella jactancia intempestiva; y poco satisfecho de los reparos que hizo en el camino, cuya noticia le dió Sandoval, le respondió con algun género de ironía: «que no solamente le tenia »prevenida faccion de importancia, en que pudiese »dar algun alivio á su bizarría, pero estaba en ánimo »de acompañarle para ser testigo de sus hazañas.» Cansábase naturalmente de los hombres arrogantes, porque se halla pocas veces el valor donde falta la modestia; pero no dejó de conocer que aquellos arrojamientos del espíritu eran ardores juveniles, propios de su edad y vicio frecuente de soldados bisoños, que salieron bien de las primeras ocasiones, y á pocas esperiencias de su ánimo quieren tratar el valor como valentía, y á la valentía como profesion.



Emboscada de los mejicanos.

CAPITULO XV.

Marcha Hernan Cortés á Yaltocan, donde halla resistencia; y vencida esta dificultad, pasa con su ejército á Tacuba; y despues de romper á los mejicanos en diferentes combates, resuelve y ejecuta su retirada.

Pareció conveniente dar principio á esta jornada por Yaltocan, lugar situado á cinco leguas de Tezcuco, en una de las lagunas menores que desaguaban en el lago mayor. Era importante castigar á sus moradores; porque habiéndoles ofrecido la paz, llamándolos á la obediencia pocos dias antes, respondieron con grande desacato hiriendo y maltratando á los mensajeros: escarmiento en que iba considerada la consecuencia para las demas poblaciones de la ribera. Partió Hernan Cortés á esta espedicion, despues de oir misa con todos los españoles, dando su particular instruccion á Gonzalo de Sandoval, y sus amigables advertencias al rey de Tezcuco, á Xicotencal y á los demas cabos de las naciones que dejaba en la ciudad. Llevó consigo á los capitanes Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid con doscientos y cincuenta españoles y veinte caballos: una compañía que se formó lucida y numerosa de los nobles de Tezcu-

co: y á Chechimeca con sus quince mil tlascaltecas, á que se agregaron otros cinco mil de los que gobernaba Xicotencal; y habiendo caminado poco mas de cuatro leguas, se descubrió un ejército de mejicanos, puesto en batalla, y dividido en grandes escuadrones, con resolucion al parecer de intentar en campaña la defensa del lugar amenazado. Pero á la primera carga de las bocas de fuego y ballestas, á que sucedió el choque de los caballos, se consiguió su desórden, y se dió lugar para que cerrando el ejército, fuesen rotos y deshechos los enemigos con tanta brevedad, que apenas se pudo conocer su resistencia. Escaparon los mas á la montaña, otros á la laguna, y algunos al mismo pueblo de Yaltocan, dejando considerable número de muertos y heridos en la campaña, con algunos prisioneros que se remitieron luego á Tezcuco.

Reservóse para otro dia el asalto de aquel pueblo, y marchó el ejército á ocupar unas caserías cercanas,



Hazaña del alférez Juan Volante.

donde se pasó la noche sin novedad; y á la mañana se halló mayor que se creia la dificultad de la empresa. Estaba este lugar dentro de la misma laguna, y se comunicaba con la tierra por una calzada ó puente de piedra, quedando el agua por aquella parte fácil para el esguazo; pero los mejicanos que asistian á la defensa de aquel puesto, rompieron la calzada, y profundando la tierra para dar corriente á las aguas, formaron un foso tan caudaloso, que vino á quedar el paso poco menos que imposible, ó posible solo á los nadadores. Avanzaba Hernan Cortés con ánimo de llevarse aquella poblacion del primer abordo; y cuando tropezó con este nuevo embarazo, quedó por un rato entre confuso y pesaroso; pero las irrisiones con que celebraban los enemigos su seguridad, le redujeron á que no era posible dejar el empeño sin desaire conocido.

Trataba ya de facilitar el paso con tierra y fagina, cuando uno de los indios que vinieron de Teztuco le dijo, que poco mas adelante habia una eminencia, donde apenas alcanzaria el agua del foso á cubrir la superficie de la tierra. Mandóle que guiase, y movió su gente hasta el paraje señalado. Hízose luego la esperiencia, y se halló mas agua que suponia el aviso; pero no tanta que pudiese impedir el esguazo. Cometió esta faccion á dos compañías de hasta cincuenta ó sesenta españoles, con el número de indios amigos que pareció necesario segun la oposicion que se habia descubierto, y se quedó á la lengua del agua con el ejército puesto en batalla, para ir enviando los socorros que le pidiesen, y asegurar la campaña contra las invasiones de los mejicanos.

Reconocieron los enemigos que se iba penetrando el camino que habian procurado encubrir, y se acercaron á defender el paso con el repetido manejo de los arcos y las hondas, hiriendo algunos y dando que hacer y que resistir á los que peleaban dentro del agua, que por algunas partes pasaba de la cintura. Habia cerca del pueblo un llano de bastante capacidad que dejó descubierto la inundacion; y apenas salieron á tierra las bocas de fuego que iban delante, cuando se retiraron los enemigos al lugar; y en el breve tiempo que tardó en afirmar los pies el resto de la gente, le desampararon, arrojándose al lago en sus canoas tan apresuradamente, que se consiguió la entrada sin género de resistencia. Fue corto el pillaje, aunque se permitió como parte del castigo, porque solo se halló en las casas lo que no pudieron retirar; pero todavía se trasportaron al ejército algunas cargas de maiz y de sal, cantidad de mantas y algunas joyuelas de oro, que no merecieron la memoria, ó merecerian el desprecio de sus dueños. No llevaban los capitanes órden para ocupar el pueblo, sino para castigar á sus moradores; y así esperando lo que pareció bastante para mantener la faccion, repasaron el foso por el mismo paraje, dejando entregados al

fuego los adoratorios, con algunos edificios de los mas principales: resolucion que aprobó Hernan Cortés, suponiendo que las llamas de aquel pueblo servirian al temor de los fugitivos, y alumbrarian de su peligro á los demas lugares.

Prosiguió la marcha, y aquella noche se alojó el ejército cerca de Colbatitlan, villa considerable que se halló el dia siguiente despoblada, en cuyo término se dejaron ver los mejicanos, pero en parte que no trataban de ofender, ni podian ser ofendidos. Sucedió lo mismo en Tenayuca, y despues en Escapuzaco, lugares de la ribera y de gran poblacion, que se hallaron tambien desamparados. En ambos se hizo noche, y Hernan Cortés iba tanteando las distancias, y tomando las medidas para su empresa, sin permitir que se hiciese daño en los edificios, para dar á entender que solo era riguroso donde hallaba oposicion. Distaba de allí poco mas de media legua la ciudad de Tacuba, émula de Tezcuco en la grandeza y en la vecindad, situada en los estremos de la calzada principal, donde padecieron tanto los españoles; y puesto de mucha consideracion, por ser el mas vecino á Méjico entre los lugares de la laguna, y llave del camino que necesariamente se habia de penetrar para el sitio de aquella córte. Pero no se iba entonces con ánimo de ocuparle, por quedar algo distante para recibir los socorros de Tezcuco, sino á reconocerle y considerar desde mas cerca lo que se debia prevenir ó recelar, castigando en el cacique la ofensa pasada, cuyo escarmiento seria tambien de consecuencia para quebrantar su osadía, y facilitar despues la sujecion de aquella ciudad.

Fuese acercando el ejército prevenido con las órdenes para empresa de mayor dificultad; y poco antes de llegar se descubrió en la campaña un grueso de innumerables tropas, compuesto de los mejicanos que andaban observando la marcha, y de los que asistian á la guarnicion de la misma ciudad: los cuales no cabiendo en ella, querian reducir á una batalla la defensa de sus muros. Adelantáronse los enemigos, moviéndose á un tiempo sus escuadrones, y acometieron con tanta ferocidad y tantos alaridos, que pudieran ocasionar algun cuidado si no estuviera ya tan conocida la falencia de sus primeros ímpetus; pero tropezando en la carga de los arcabuces, que siempre los espantaban mas que los ofendian, y despues en el segundo terror de los caballos, se descompusieron con facilidad, dando lugar al resto del ejército para que rota la vanguardia penetrase á lo interior de la multitud, obligándolos á resistir como podian, desunidos y turbados, cuya obstinacion dilató considerable tiempo la victoria; pero últimamente volvieron por todas partes las espaldas, retirándose los mas á la misma ciudad; y otros por diferentes sendas á buscar sin eleccion la distancia del peligro.

Quedó libre la campaña, y se gastó lo que restaba del dia en elegir puesto con algunas ventajas donde pasar la noche; pero al declararse la mañana se dejó ver el ejército enemigo en el mismo paraje, con ánimo de volver á las armas para enmendar el desaire padecido; y Hernan Cortés, dando las mismas órdenes, y siguiendo la misma direccion de la tarde antecedente, los volvió á romper con mayor facilidad, porque los halló con la fuga en la imaginacion, y con el escarmiento en la memoria.

Encerrólos á cuchilladas en la ciudad, y entrando en su alcance con los españoles, y alguna parte de los indios amigos, se mantuvo peleando en lo interior de la ciudad, hasta que acercándose la noche retiró su gente al mismo paraje donde tuvo antes su alojamiento; concediendo á los soldados que llevó consigo, el saco de las casas que se habian ocupado, y dejándolas entregadas al fuego, parte por mostrar en algo su indignacion, y parte por ocupar al enemigo, y ejecutar su retirada sin oposicion.

Cinco dias se detuvo Hernan Cortés á vista de Tacuba, manteniendo aquel puesto donde le buscaba el enemigo todos los dias, volviendo siempre rechazado á la ciudad. Era el intento de Cortés ir gastando en estas salidas la guarnicion de la plaza; y conociendo ya en su flojedad la falta de gente, llegó el caso de mover el ejército para el asalto. Pero al tomar los puestos y repartir las órdenes para los ataques, se reconoció que venia marchando por la calzada un grueso considerable de mejicanos: y siendo necesario romper este socorro para volver á la empresa de Tacuba, resolvió Hernan Cortés aguardarle algo distante de la misma calzada, para cerrar con ellos cuando acabasen de salir á tierra y hacerles mayor daño en el camino estrecho de la fuga. Pero aquellos mejicanos traian órden, y dicen que fue arbitrio de su mismo emperador Guatimozin, para echar delante alguna gente, que dejándose cargar, cebase á los españoles en el alcance, y los procurase introducir en la calzada; lo cual ejecutaron con notable destreza, saliendo algunos perezosamente á la tierra, y doblándose con tanta negligencia, que se persuadió Hernan Cortés á que nacia del temor lo que afectaba la industria. Dejó parte de su ejército para que le guardase las espaldas contra la gente de Tacuba, y marchó á la calzada, suponiendo que podria fácilmente desembarazarse de aquellos enemigos para volver sobre la ciudad. Pero los que habian salido á tierra sin aguardar la carga, huyeron á incorporarse con los demas, y todos se fueron retirando, al parecer temerosos, y cediendo poco á poco la calzada para que la ocupasen los españoles. Siguiólos Hernan Cortés, dejándose llevar de las apariencias favorables, no sin alguna falta de consideracion, porque no estaba lejos el suceso de Iztacpalapa, ni podia ignorar que aquellos indios tenian sus fugas artificiosas, con que solian llamar á sus celadas; pero la repeticion de sus victorias, peligro algunas veces de los vencedores, no le dejó distinguir entonces aquellas circunstancias, en que suelen diferenciarse los medios fingidos y los verdaderos (1).

Repararonse los enemigos, y empezaron á pelear cuando tuvieron á Cortés y á los que le seguian dentro de la calzada; y entre tanto que los procuraban divertir con su resistencia, salieron de Méjico innumerables canoas que ciñeron por ambas partes la calzada, con que se hallaron brevemente los españoles combatidos por la vanguardia y por los dos costados; y conociendo aunque tarde su inadvertencia, fue necesario que se retirasen, deteniendo á los que peleaban en lo estrecho, y haciendo frente á las canoas de una y otra banda. Traian los enemigos unas picas de grande alcance, y en algunas de ellas formada la punta de las espadas españolas, que adquirieron la noche de la primera retirada. Hubo muchos heridos entre los nuestros, y estuvo cerca de perderse una bandera, porque al tiempo que duraba mas encendido el combate, cayó en el lago de un bote de pica el alferez Juan Volante, y abatiéndose á la presa los indios que se hallaron mas cerca, le recogieron en una de las canoas, para llevarle de presente á su rey. Dejóse conducir fingiéndose rendido; y al verse algo distante de las otras embarcaciones, cobró sus armas, y desembarazándose de los que le guardaban, con muerte de algunos, se arrojó al agua, y escapó á nado con su bandera con igual dicha que valor.

Hernan Cortés anduvo en los mayores peligros con la espada en la mano, y sacó á tierra su gente con poca pérdida, dejando bastantemente vengado el ardid con que le llamaron á la calzada, porque murieron en ella y en el lago tantos enemigos, que se pudo tener

(1) Este ardid usado con tanta frecuencia por los indios y muy conocido de Cortés, hace imperdonable la imprevision de este capitan.

á faccion deliberada el engaño padecido. Pero hallándose ya en conocimiento de que seria temeridad volver al empeño de Tacuba con aquella nueva oposicion de los mejicanos, que todavía se conservaban á la vista, trató de retirarse á Tezcuco, y con parecer de sus capitanes, lo puso luego en ejecucion, sin que los enemigos se atreviesen á salir de la calzada, ni á desamparar sus canoas, hasta que la distancia del ejército los animó á seguir desde lejos, contentándose con dar al viento grandes alaridos; á cuya inútil fatiga se redujo toda su venganza. Importó mucho esta salida, tanto por el daño que se hizo á los mejicanos, como por las noticias que se adquirieron de aquel paraje que despues se habia de ocupar. Y por mas que la procure deslucir nuestro historiador, fue de tanta consecuencia para el intento principal, que apenas llegó Hernan Cortés á Tezcuco, cuando vinieron rendidos á dar la obediencia y ofrecer sus tropas militares, los caciques de Tucapan, Mascalzingo, Autlan (1) y otros pueblos de la ribera septentrional: bastante seña de que se volvió con reputacion: ganancia de grande utilidad en la guerra, que suele conseguir sin las manos lo que se concediera dificultosamente á las fuerzas.

CAPITULO XVI.

Viene á Tezcuco nuevo socorro de españoles: sale Gonzalo de Sandoval al socorro de Chalco: rompe dos veces á los mejicanos en campaña, y gana por fuerza de armas á Guastepeque (2) y á Capistlan (3).

La prosperidad de tantos sucesos repetidos era una señal casi evidente de que corria por cuenta del cielo esta conquista; pero algunos que se lograron sin humana diligencia, no parece posible que viniesen de otra mano, tan medidos con la necesidad y tan fuera de la esperanza. Llegó por este tiempo á la Vera-Cruz un navío de mas que mediano porte que venia dirigido á Hernan Cortés, y en él Julian de Alderete, natural de Tordesillas, con el cargo de tesorero por el rey: fray Pedro Melgarejo de Urrea, religioso de la órden de San Francisco, natural de Sevilla: Antonio de Caravajal: Gerónimo Ruiz de la Mota: Alonso Diaz de la Reguera y otros soldados, gente de cuenta, con un socorro muy considerable de armas y pertrechos. Pasaron luego á Tlascala con las municiones sobre hombros de indios zempoales, y allí se les dió convoy que los encaminase á Tezcuco, donde se recibió á un tiempo el socorro y la noticia de su arribada.

Bernal Diaz del Castillo dice, que vino de Castilla este bajel; y Antonio de Herrera, que hace mencion de él, no dice quién le remitió, quizá por huir la incertidumbre con la omision. Parece impracticable que viniese de Castilla, encaminado á Cortés, sin traer cartas de su padre y de sus procuradores, particularmente cuando podian avisarle de los buenos efectos que iban produciendo sus diligencias; cuya noticia, segun estos autores, recibió mucho despues. Con menos repugnancia nos inclinamos á creer que vino de la isla de Santo Domingo; á cuyos gobernadores, como se dijo en su lugar, se dió noticia del empeño en que se hallaba Cortés; y no es argumento de que se induce lo contrario, el venir tesorero del rey: pues era de su jurisdiccion el nombrar personas que recogiesen los quintos de su magestad, y tenian á su cargo todas las dependencias de aquellas conquistas. Como quiera que sucediese no pudo el socorro llegar á mejor tiempo, ni Hernan Cortés dejó de acertar con el orígen de aquellas asistencias, atribuyendo á Dios, no solamente la felicidad con que se aumentaban sus fuerzas, sino el mismo vigor de su ánimo, y aquella maravillosa constancia, que no siendo impropia en su valor natural, la estrañaba como efecto de influencia superior.

Llegaron á esta sazon unos mensajeros en diligencia, despachados á Cortés por los caciques de Chalco y Tamanalco, pidiéndole socorro contra un ejército del enemigo, que se quedaba previniendo en Méjico para sujetar los lugares de su distrito, que se conservaban en la devocion de los españoles. Tenia Guatimozin ingenio militar, y como se ha visto en otras acciones suyas, notable aplicacion á las artes de la guerra. Desvelábase contínuamente su cuidado en los medios por donde podria conseguir la victoria de sus enemigos; y habia discurrido en ocupar aquella frontera, para cerrar la comunicacion de Tlascala, y cortar los socorros de la Vera-Cruz: punto de tanta consecuencia, que puso á Hernan Cortés en obligacion precisa de socorrer aquellos aliados, sobre cuya fé se mantenia libre de mejicanos el paso de que mas necesitaba. Despachó luego con este socorro á Gonzalo de Sandoval con trescientos españoles, veinte caballos, y algunas compañías de Tlascala y Tezcuco, en el número que pareció suficiente, respecto de hallarse aquellas provincias con las armas en las manos.

Ejecutóse la salida sin dilacion, y la marcha con particular diligencia, con que llegó á tiempo el socorro; y los caciques amenazados tenian prevenida su gente, que incorporada con la que llevó Sandoval, formaba un grueso muy considerable. Hallábase cerca el enemigo que se alojó la noche antes en Guastepeque, y se tomó resolucion de salir á buscarle primero que llegase á penetrar los términos de Chalco. Pero los mejicanos con bastante satisfaccion de sus fuerzas, y con noticia de que habian llegado españoles en defensa de los chalqueses, ocuparon anticipadamente unas barrancas ó quiebras del camino para esperar en paraje donde no los pudiesen ofender los caballos. Reconocióse la dificultad al tiempo casi de acometer, y fue necesaria toda la resolucion de Gonzalo de Sandoval y todo el valor de su gente para desalojarlos de aquellos pasos dificultosos: faccion que se consiguió á fuerza de brazos, y no sin alguna pérdida, porque murió peleando valerosamente un soldado español que se llamaba Juan Dominguez, sugeto que merecia la estimacion del ejército por su particular aplicacion al manejo y enseñanza de los caballos. Perdieron gente los mejicanos en esta disputa; pero quedaron con bastante pujanza para volverse á formar en lo llano; y Gonzalo de Sandoval, vencido con poca detencion el impedimento del camino, volvió á cerrar con ellos tan ejecutivamente, que los tuvo rotos y deshechos antes que acabasen de rehacerse. Peleó un rato la vanguardia del enemigo con desesperacion; y pudiera llamarse batalla este combate si durara un poco mas su resistencia; pero desvaneció brevemente aquella multitud desconcertada, perdiendo en el alcance, que se mandó seguir con toda ejecucion, la mayor parte de sus tropas. Quedó Gonzalo de Sandoval señor de la campaña, y eligió puesto donde hacer alto para dar algun tiempo al descanso del ejército, con ánimo de pasar antes de la noche á Guastepeque, donde se habia retirado la mayor parte de los fugitivos.

Pero apenas se pudieron lograr la quietud y el refresco de la gente, de que ya necesitaba para restaurar las fuerzas, cuando los batidores que se habian adelantado á reconocer las avenidas, volvieron tocando arma tan vivamente, que fue necesario apresurar la formacion del ejército. Venia marchando en batalla un grueso de hasta catorce ó quince mil mejicanos, y tan cerca que tardaron poco en dejarse percibir sus timbales y bocinas. Tuviéronse por tropas que venian de socorro á los que salieron delante, porque no era posible que se hubiesen ordenado con tanta brevedad los que se acabaron de romper; ni cabia el venir tan orgullosos con el escarmiento á las

(1) Acaso serán *Tizapan*, *Mexicalzingo* y *Naucalpan*.
(2) *Huastepec*.
(3) Tal vez *Guautithlan*.

espaldas. Pero los españoles se adelantaron á recibirlos, y dieron su carga tan á tiempo, que desconcertadas las primeras tropas pudieron cerrar sin riesgo los caballos y acometer los demas como solian, ejecutando á los enemigos con tanto rigor, que se hallaron brevemente reducidos á volver las espaldas recogiéndose de tropel á Guastepeque, donde se daban por seguros. Pero avanzando al mismo tiempo los españoles, siguieron y ensangrentaron el alcance con tanta resolucion, que cebados en él se hallaron dentro de la poblacion, cuya entrada mantuvieron, hasta que llegando el ejército se repartió la gente por las calles, y se ganó á cuchilladas el lugar, echando á los enemigos por la parte contrapuesta. Murieron muchos porque fue porfiada su resistencia, y salieron tan atemorizados que se halló á breve rato despejada toda la tierra del contorno.

Era tan capaz este pueblo, que resolviendo Gonzalo de Sandoval pasar en él la noche, tuvieron cubierto los españoles y mucha parte de los aliados: hízose mas festiva la victoria con la permision del pillaje, concedida solamente para las cosas de precio que no fuesen carga ni embarazasen el manejo de las armas. Llegó poco despues el cacique y algunos de los vecinos mas principales que dieron la obediencia, disculpándose con la opresion de los mejicanos, y trayendo en abono de su intencion la misma sinceridad con que venian á entregarse desarmados y rendidos. Hallaron agasajo y seguridad en los españoles; y poco despues de amanecer, reconocida la campaña, que se halló sin rumor de guerra por todas partes, estuvo resuelta por Sandoval, con acuerdo de sus capitanes, la retirada. Pero los chalqueses, que tenian mas adelantada la diligencia de sus espías, recibieron aviso de que se iban juntando en Capistlan todos los mejicanos de las rotas antecedentes, y le protestaron que seria el retirarse lo mismo que dejar pendiente su peligro. Sobre cuya noticia pareció conveniente deshacer esta junta de fugitivos antes que se rehiciesen con nuevas tropas.

Distaba Capistlan dos leguas de Guastepeque hácia la parte de Méjico, y era lugar fuerte por naturaleza, fundado en lo mas eminente de una sierra difícil de penetrar, con un rio de la otra banda que, bajando rápidamente de los montes vecinos, bañaba los mayores precipicios de la misma eminencia. Hallóse cuando llegó el ejército puesto en defensa; porque los mejicanos que le habian ocupado tenian coronada la cumbre; y celebrando con los gritos la seguridad en que se consideraban, dispararon algunas flechas, menos para herir que para irritar. Iba resuelto Gonzalo de Sandoval á echarlos de aquel puesto, para dejar sin recelo de nueva invasion á las provincias de la vecindad; y viendo que solo se descubrian otros caminos igualmente dificultosos para el ataque, ordenó á los de Chalco y Tlascala que pasasen á la vanguardia y empezasen á subir la cuesta, como gente mas habituada en semejantes asperezas. Pero no le obedecieron con la prontitud que solian, confesando, con lo mal que se disponian, que recelaban la dificultad como superior á sus fuerzas, tanto que Gonzalo de Sandoval, no sin alguna impaciencia de su detencion, se arrojó al peligro con sus españoles, cuya resolucion dió tanto aliento á los tlascaltecas y chalqueses que, conociendo á vista del ejemplo la disonancia de su temor, cerraron por lo mas agrio de la cuesta, subiendo mejor que los españoles y peleando como ellos. Era tan pendiente por algunas partes el camino, que no se podian servir de las manos sin peligro de los pies; y las piedras que dejaban caer de lo alto herian mas que los dardos y las flechas, pero las bocas de fuego y las ballestas iban haciendo lugar á las picas y á las espadas; y durando en los agresores el valor á despecho de la oposicion y del cansancio, llegaron á la cumbre casi al mismo tiempo que los enemigos se acabaron de retraer á la poblacion, tan descaecidos que apenas se dispusieron á defenderla, ó la defendieron con tanta flojedad, que fueron cargados hasta los precipicios de la sierra, donde murieron pasados á cuchillo todos los que no se despeñaron; y fue tanto el estrago de los enemigos en esta ocasion, que segun lo hallamos referido afirmativamente, corrieron al rio por un rato arroyos de sangre mejicana tan abundantes, que bajando sedientos los españoles á buscar su corriente, fue necesario que aguardase la sed, ó se compusiesen con el horror del refrigerio.

Salió Gonzalo de Sandoval con dos golpes de piedra que llegaron á falsear la resistencia de las armas, y heridos considerablemente algunos españoles: entre los cuales fueron de mas nombre, ó merecieron ser nombrados Andres de Tapia y Hernando de Osma. Las naciones amigas padecieron mas, porque tuvo gran dificultad el asalto de la sierra, y entraron con mayor precipitacion en el peligro.

Pero hallándose ya Gonzalo de Sandoval con tres ó cuatro victorias conseguidas en tan breve tiempo, deshechos los mejicanos que infestaban aquella tierra, y aseguradas las provincias que necesitaban de sus armas, se puso en marcha el dia siguiente la vuelta de Tezcuco, donde llegó por los mismos tránsitos sin contradiccion que le obligase á desnudar la espada.

Apenas se tuvo en Méjico noticia de su retirada, cuando aquel emperador envió nuevo ejército contra la provincia de Chalco; bastante seña de la resolucion con que deseaba ocupar el paso de Tlascala. Supieron los chalqueses la nueva invasion de los mejicanos en tiempo que no podian esperar otro socorro que el de sus armas; y juntando apresuradamente las tropas con que se hallaban y las que pudieron adquirir de su confederacion, salieron á campaña, mejorados en el sosiego del ánimo y en la disposicion de la gente. Buscáronse los dos ejércitos, y acometiéndose con igual resolucion, fue reñida y sangrienta la batalla; pero la ganaron con grandes ventajas los de Chalco, y aunque perdieron mucha gente hicieron mayor daño al enemigo, y quedó por ellos la campaña, cuya noticia tuvo grande aplauso en Tezcuco, y Hernan Cortés particular complacencia de que sus aliados supiesen obrar por sí entrando en presuncion de que bastaban para su defensa. Debióse principalmente á su valor el suceso, y obró mucho en él la mejor disciplina con que pelearon, siendo en aquellos ánimos de gran consecuencia el haberse hallado en otras victorias, perdido el miedo á la nacion dominante, y descubierto por los españoles el secreto de que sabian huir los mejicanos.

CAPITULO XVII.

Hace nueva salida Hernan Cortés para reconocer la laguna por la parte de Suchimilco; y en el camino tiene dos combates peligrosos con los enemigos que halló fortificados en las sierras de Guastepeque.

Quisiera Hernan Cortés que Gonzalo de Sandoval no se hubiera retirado sin penetrar por la parte de Suchimilco (1) á la laguna, que distaba pocas leguas de Guastepeque; porque importaba mucho reconocer aquella ciudad, respecto de haber en ella una calzada bastantemente capaz que se daba la mano con las principales de Méjico. Y como el estado en que se hallaban los bergantines daba lugar para que se hiciese una nueva salida, se tuvo por conveniente aprovechar aquel tiempo en adquirir esta noticia: resolucion en que se consideró tambien la conveniencia de cubrir el

(1) *Xochimilco.* Sustituida por los españoles la primera sílaba de este nombre, con la de *Su*, se aproxima á la pronunciacion que daban los indios á la *X*, como ya se ha dicho en otra nota acerca de lo mismo.

páso de Tlascala dando calor á los chalqueses, que al parecer no estaban seguros de nuevas invasiones. Ejecutóse luego esta jornada, y la tomó Hernan Cortés á su cargo, teniéndola por digna de su cuidado. Llevó consigo á Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado, Andres de Tapia y Julian de Alderete con trescientos españoles, á cuyo número se agregaron las tropas de Tezcuco y Tlascala que parecieron bastantes, con el presupuesto de que hallaban con las armas en las manos al cacique de Chalco y á las demas naciones amigas de aquel paraje.

Dejó el gobierno militar de la plaza de armas á Gonzalo de Sandoval, y el político al cacique don Hernando, en quien duraban sin menoscabo el afecto y la dependencia; y aunque le llamaban siempre su edad y su espíritu á mas briosa ocupacion, tenia entendimiento para conocer que merecia mas obedeciendo.

Eran los cinco de abril de mil quinientos veinte y uno cuando salió Hernan Cortés de Tezcuco, y hallando el camino sin rumor de mejicanos, marchó en tanta diligencia que se alojó en Chalco la noche siguiente. Halló juntos y sobresaltados en aquella ciudad á los caciques amigos, porque no esperaban el socorro de los españoles, y se habia descubierto á la parte de Suchimilco nuevo ejército de los mejicanos que venian con mayores fuerzas á destruir y ocupar aquella tierra. Fueron las demostraciones de su contento iguales al conflicto en que se hallaban: arrojarse á los pies de los españoles y volver los ojos al cielo, atribuyendo á su disposicion, como la entendian, aquella súbita mudanza de su fortuna. Pensaba Hernan Cortés servirse de sus armas, y dejándolos en la inteligencia de que venia solo á socorrerlos, hizo lo que pudo para que se cobrasen del temor que habian concebido; y pasó despues á empeñarios en la presuncion de valientes con los aplausos de su victoria.

Tenian estos caciques adelantadas sus centinelas, y dentro del pais enemigo algunas espías, que pasando la palabra de unas á otras, daban por instantes las noticias del ejército enemigo; y por este medio se averiguó que los mejicanos, con noticia ya de que iban los españoles al socorro de Chalco, habian hecho alto en las montañas del camino, dividiendo sus tropas en las guarniciones de unos lugares fuertes que ocupaban las cumbres de mayor aspereza. Podia mirar á dos fines esta detencion: ó tener su gente oculta y desunida en aquellas eminencias hasta que se retirase Cortés para lograr el golpe contra sus aliados, ó lo que parecia mas probable, aguardar el ejército donde militaban de su parte las ventajas del sitio; y en uno y otro caso pareció conveniente buscarlos en sus fortificaciones por no perder tiempo en el viaje de Suchimilco.

Marchó con esta resolucion el ejército aquella misma tarde á un lugar despoblado cerca de la montaña, donde se acabaron de juntar las milicias de Chalco y su contorno: gente numerosa y de buena calidad que dió cuerpo al ejército y aliento á las demas naciones, que se acercaban al paso estrecho algo imaginativas. Empezóse á penetrar la sierra con la primera luz de la mañana, entrando en una senda que se dejaba seguir con alguna dificultad entre dos cordilleras de montes que comunicaban al camino parte de su aspereza. Dejáronse ver en una y otra cumbre algunos mejicanos que venian á provocar desde lejos; y se prosiguió á paso lento la marcha, desfilada la gente segun el terreno, hasta desembocar en un llano de bastante capacidad, que se formaba en el desvío de las sierras para volverse á estrechar poco despues, donde se dobló el ejército lo mejor que pudo, por haberse descubierto en lo mas eminente una gran fortaleza, cuyo paraje tenian ocupado los enemigos con tanto número de gente, que pudiera dar cuidado en puesto menos ventajoso. Era su intento irritar á los españoles para traerlos al asalto de aquellos precipicios, donde necesariamente habian de peligrar en su resistencia y en la resistencia del camino.

Hirieron dentro del ánimo á Cortés las voces con que se burlaban de su detencion; ó no pudo componerse con la paciencia de sus oidos para sufrir las injurias con que acusaban de cobardes á los españoles; y dejándose llevar de la cólera que pocas veces aconseja lo mejor, acercó el ejército al pie de la sierra, y sin detenerse á elegir la senda menos dificultosa, mandó que avanzasen al ataque dos compañías de arcabuces y ballestas á cargo del capitan Pedro de Barba, en cuya compañía subieron algunos soldados particulares que se ofrecieron á la faccion; y nuestro Bernal Diaz del Castillo que teniendo asentado el crédito de su valor, era contínuo pretendiente de las dificultades.

Retiráronse los mejicanos cuando empezaron á subir los españoles, fingiendo alguna turbacion para dejarlos empeñar en lo mas ágrio de la cuesta; y cuando llegó el caso volvieron á salir con mayores gritos, dejando caer de lo alto una lluvia espantosa de grandes piedras y peñascos enteros que barrian el camino, llevándose tras sí cuanto encontraban. Hizo gran daño esta primera carga; y fuera mayor si el alferez Cristóbal del Corral y Bernal Diaz del Castillo, que se habian adelantado á todos, recogiéndose al cóncavo de una peña, no avisáran á los demas que hiciesen alto y se apartasen de la senda, porque ya no era posible pasar adelante sin tropezar en mayores asperezas. Conoció al mismo tiempo Hernan Cortés que no era posible caminar por aquella parte al asalto; y no sin temor de que hubiesen perecido todos, envió la órden para que se retirasen, como lo ejecutaron con el mismo riesgo. Quedaron muertos en esta faccion cuatro españoles: bajó maltratado el capitan Pedro de Barba, y fueron muchos los heridos, cuya desgracia sintió Hernan Cortés en lo interior como inadvertencia suya: y para los otros como accidente de la guerra, escondiendo en las amenazas contra el enemigo la tibieza de sus disculpas.

Trató luego de adelantarse con algunos de sus capitanes á buscar senda menos dificultosa para subir á la cumbre: resolucion en que le tiraban con igual fuerza el deseo de vengar su pérdida y la conveniencia de no proseguir su viaje dejando aquellos enemigos á las espaldas. Pero no se puso en ejecucion esta diligencia porque se descubrió al mismo tiempo una emboscada que le puso mas cerca la ocasion de venir á las manos. Bajaron los enemigos que andaban por la sierra de la otra banda, y ocupando un bosque poco distante del camino, esperaban la ocasion de acometer por la retaguardia cuando viesen el ejército mas empeñado en lo pendiente de la cuesta, y tenian avisados á los de arriba para que saliesen al mismo tiempo á pelear con la vanguardia: notable advertencia en aquellos bárbaros, de que se conoce cuánto enseña la malicia y el odio con estos magisterios de la guerra.

Movió su ejército Hernan Cortés con apariencias de seguir su marcha, y dando el costado á la emboscada, volvió sobre los enemigos cuando á su parecer los tuvo asegurados; pero escaparon con tanta celeridad al favor de la maleza, que fue poco el daño que recibieron; y reconociéndose al mismo tiempo que algo mas adelante salian huyendo al camino de Guastepeque, avanzó la caballería en su alcance y caminó algunos pasos la infantería: de cuyo movimiento resultó el conocerse que los mejicanos de la cumbre habian abandonado su fortaleza y venian siguiendo la marcha por lo alto de la sierra; con que cesó el inconveniente que se babia considerado en dejarlos á las espaldas, y se prosiguió el camino sin mas ofensa que la importunacion de las voces, hasta que se

halló, cosa de legua y media mas adelante, otra fortaleza como la pasada, que tenian ya guarnecida los enemigos, habiéndose adelantado para ocuparla; y aunque sus gritos y amenazas irritaron bastantemente á Cortés, estaba cerca la noche y cerca el escarmiento para entrar en nuevas disputas sin mayor exámen.

Alojó su ejército cerca de un lugarcillo algo eminente que se halló despoblado y descubria las sierras del contorno, donde se padeció grande incomodidad porque faltó el agua, y era otro enemigo la sed bastante á sobresaltar las horas del sosiego. Remedióse por la mañana esta necesidad en unos manantiales que se hallaron á poca distancia; y Hernan Cortés ordenando que le siguiese puesto en órden el ejército, se adelantó á reconocer aquella fortaleza que ocupaban los mejicanos, y la halló mas inaccesible que la pasada, porque la subida era en forma de caracol descubierto á las ofensas de la cumbre; pero reparando en que á tiro de arcabuz se levantaba otra eminencia que tenian sin guarnicion, mandó á los capitanes Francisco Verdugo y Pedro de Barba y al tesorero Julian de Alderete, que subiesen á ocuparla con las bocas de fuego para embarazar las defensas de la otra cumbre; lo cual se puso luego en ejecucion por camino encubierto á los enemigos, que á las primeras cargas se atemorizaron de ver la gente que perdian, y trataron solo de retirarse apresuradamente á un lugar de considerable poblacion que se daba la mano con la misma fortaleza; cuya novedad se conoció abajo en la intermision de las voces: y al mismo tiempo que se daban las órdenes para el ataque, avisaron de la montaña vecina que los mejicanos abandonaban su fortaleza y se iban desviando á lo interior de la tierra; con que se tuvo por ocioso reconocer aquel puesto que no se habia de conservar, ni era de consecuencia faltando el enemigo que le defendia.

Pero antes de volver á la marcha se descubrieron en lo alto algunas mugeres que clamaron por la paz, tremolando y abatiendo unos paños blancos, y acompañando esta demostracion con otras señales de rendimiento que obligaron á que se hiciese llamada: en cuya respuesta bajó luego el cacique de aquella poblacion, y dió la obediencia no solamente por la fortaleza en que residia, sino por la otra que se dejaba en camino, la cual era tambien de su jurisdiccion. Hizo su razonamiento con despejo de hombre que tenia de su parte la verdad, atribuyendo la resistencia de aquellos montes al predominio de los mejicanos, y Hernan Cortés admitió sus disculpas, porque no era tiempo de apurar los escrúpulos de la razon. Sentia el cacique como disfavor que pasase por su distrito el ejército sin admitir el obsequio de sus vasallos; y por complacerle fue necesario que subiesen con él dos compañías de españoles á tomar por el rey aquel género de posesion que se practicaba entonces.

Hecha con poca detencion esta diligencia, pasó el ejército á Guastepeque, lugar populoso que dejó pacificado Gonzalo de Sandoval; y se halló tan poblado y abastecido, como si estuviera en tiempo de paz, ó no hubiera padecido la opresion de los mejicanos.

Salió el cacique al camino con los principales de su pueblo á convidar con su obediencia y con el alojamiento que tenia prevenido en su palacio para los españoles, y dentro de la poblacion para los cabos de la gente confederada, ofreciendo asistir á los demas con los víveres que hubiesen menester, y de todo se desempeñó con igual providencia y liberalidad.

Era el palacio un edificio tan suntuoso que pudiera competir con los de Motezuma; y de tanta capacidad, que se alojaron dentro de él todos los españoles con bastante desahogo. Por la mañana los llevó á ver una huerta que tenia para su divertimiento, nada inferior á la que se halló en Iztacpalapa, cuya grandeza y fertilidad mereció admiracion entonces, porque no esperaban tanto los ojos; y despues se halla referida entre las maravillas de aquel nuevo mundo. Corria su lonjitud mas de media legua: y poco menos su latitud, cuyo plano, igual por todas partes, llenaba con regular distribucion cuantos géneros de frutales y plantas produce aquella tierra, con varios estanques donde se recogian las aguas de los montes vecinos; y algunos espacios á manera de jardines que ocupaban las flores y yerbas medicinales puestas en diferentes cuadros de mejor cultura y proporcion: obra de hombre poderoso con genio de agricultor, que ponia todo su estudio en aliñar, con los adornos del arte, la hermosura de la naturaleza.

Procuró Hernan Cortés empeñarle con algunas dádivas en su amistad; y porque recibió al entrar en la huerta aviso de que le aguardaban los enemigos en Quatlabaca, lugar del camino que se iba siguiendo, estuvo mal hallado en aquella recreacion, y se puso luego en marcha, no sin alguna desazon de haberse detenido mas que debiera: propia condicion del cuidado divertirse con dificultad, y volver con mayor fuerza si alguna vez se divierte.

CAPITULO XVIII.

Pasa el ejercito á Quatlabaca, donde se rompió de nuevo á los mejicanos; y despues á Suchimilco, donde se venció mayor dificultad, y se vió Hernan Cortés en contingencia de perderse.

Era Quatlabaca lugar poderoso y fuerte por naturaleza, situado entre unas barrancas ó quiebras del terreno, cuya profundidad pasaria de ocho estados, y servia de foso á la poblacion y de tránsito á los arroyos que bajaban de la sierra. Llegó el ejército á este paraje, sujetando con poca dificultad las poblaciones intermedias; y ya tenian los mejicanos cortadas las puentes de la entrada y guarnecida su ribera con tanto número de gente, que parecia imposible pasar de la otra banda. Pero Hernan Cortés formó su ejército en distancia conveniente; y entre tanto que los españoles, con sus bocas de fuego, y los confederados con sus flechas, procuraban entretener al enemigo con frecuentes escaramuzas, se apartó á reconocer la quiebra; y hallándola poco mas abajo considerablemente mas estrecha discurrió y dispuso casi á un mismo tiempo, que se formasen dos ó tres puentes de árboles enteros cortados por el pie, los cuales se dejaron caer á la otra orilla, y unidos lo mejor que fue posible, dieron bastante, aunque peligroso camino, á la infantería. Pasaron luego los españoles de la vanguardia, quedando los tlascaltecas á continuar la diversion del enemigo, y se formó un escuadron del foso adentro que se iba engrosando por instantes con la gente de las otras naciones. Pero tardaron poco los mejicanos en conocer su descuido, y cargaron de tropel sobre los que habian entrado, con tanta determinacion, que no se hizo poco en conservar lo adquirido; y se pudiera dudar el suceso de aquella resistencia desigual, si no llegaran al mismo tiempo Hernan Cortés, Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado y Andres de Tapia, que habiéndose alargado mientras pasaba el ejército á buscar entrada para los caballos, la encontraron poco segura y dificultosa, pero de grande oportunidad para el conflicto en que se hallaban los españoles.

Tomaron la vuelta con ánimo de acometer por las espaldas y lo consiguieron asistidos ya de alguna infantería, cuyo socorro se debió á Bernal Diaz del Castillo, que aconsejándose con su valor, penetró el foso por dos ó tres árboles, que pendientes de sus raices descansaban de su mismo peso en la orilla contrapuesta. Siguiéronle algunos españoles de los que

asistian á la diversion, y número considerable de indios, llegando unos y otros á incorporarse con los caballos al mismo tiempo que se disponian para embestir.

Pero los mejicanos, reconociendo el golpe que les amenazaba por la parte interior de sus fortificaciones, se dieron por perdidos; y derramándose á varias partes, trataron solo de buscar las sendas que sabian para escapar á la montaña. Perdieron alguna gente, así en la defensa del foso como en la turbacion de la fuga, y los demas se pusieron en salvo sin recibir mayor daño, porque los precipios y asperezas del terreno frustraron la ejecucion del alcance. Hallóse la villa totalmente despoblada, pero con bastante provision de bastimentos y algun despojo, en cuya ocupacion se permitió lo manual á los soldados. Y poco despues llamaron desde la campaña al cacique, y los principales de la poblacion que venian á rendirse, pidiendo, con el foso delante, seguridad y salvaguardia para entrar á disponer el alojamiento; cuya permision se les dió por medio de los intérpretes: y fueron de servicio, mas para tomar noticia del enemigo y de la tierra, que porque se necesitase ya de sus ofertas ni se hiciese mucho caso de sus disculpas; porque la cercanía de Méjico los tenia en necesaria sujecion.

El dia siguiente por la mañana marchó el ejército la vuelta de Suchimilco; poblacion de aquellas que merecian nombre de ciudad, sobre la ribera de una laguna dulce que se comunicaba con el lago mayor, cuyos edificios ocupaban parte de la tierra, dilatándose algo mas dentro del agua donde servian las canoas á la continuacion de las calles. Importaba mucho reconocer aquel puesto por estar cuatro leguas de Méjico; pero fue trabajosa la marcha, porque despues de pasar un puerto de tres leguas, se caminó por tierra estéril y seca, donde llegó á fatigar la sed, fomentada con el ejercicio y con el calor del sol, cuya fuerza creció al entrar en unos pinares que duraron largo trecho; y al sentir de aquella gente desalentada, echaban á perder la sombra que hacian.

Halláronse cerca del camino algunas estancias ó caserías ya en la jurisdiccion de Suchimilco, edificadas á la grangería ó á la recreacion de sus vecinos, donde se alojó el ejército, logrando en ellas por aquella noche la quietud y el refrigerio de que tanto necesitaba. Dejólas el enemigo abandonadas para esperar á los españoles en puesto de mayor seguridad; y Hernan Cortés marchó al amanecer puesta en órden su gente, llevando entendido que no seria fácil la empresa de aquel dia, ni creible que los mejicanos dejasen de tener cuidadosa guarnicion en Suchimilco, lugar de tanta consecuencia y tan avanzado; particularmente cuando iban cargados hácia el mismo paraje todos los fugitivos de los reencuentros pasados: lo cual se verificó brevemente; porque los enemigos, cuyo número pudo ser verdadero, pero se omite por inverosímil, tenian formados sus escuadrones en un llano algo distante de la ciudad, y á la frente un rio caudaloso que bajaba rápidamente á descansar en la laguna; cuya ribera estaba guarnecida con duplicadas tropas, y el grueso principal aplicado á la defensa de una puente de madera que dejaron de cortar, porque la tenian atajada con reparos sucesivos de tabla y fagina, suponiendo que si la perdiesen quedarian con el paso estrecho de su parte, para ir deshaciendo poco á poco á sus enemigos.

Reconoció Hernan Cortés la dificultad, y esforzándose á desentender su cuidado, tendió las naciones por la ribera, y entre tanto que se peleaba, con poco efecto de una parte y otra, mandó que avanzasen los españoles á ganar el puente, donde hallaron tan porfiada resistencia, que fueron rechazados primera y segunda vez; pero acometiendo la tercera con mayor esfuerzo, y usando contra ellos de sus mismas trincheras como se iban ganando, se detuvieron poco en tener el paso á su disposicion, cuya pérdida desalentó á los enemigos, y se declaró por todas partes la fuga solicitada ya por los capitanes con los toques de la retirada, ó porque no pareciese desórden, ó porque iban con ánimo de volverse á formar.

Pasó nuestra gente con toda la diligencia posible á ocupar la tierra que desamparaban, y al mismo tiempo, deseando lograr el desabrigo de la otra ribera, se arrojaron al agua diferentes compañías de Tlascala y Tezcuco, y rompiendo á nado la corriente se anticiparon á unirse con el ejército. Esperaban ya los enemigos, puestos en órden, cerca de la muralla; pero al primer avance de los españoles empezaron á retroceder, provocando siempre con las voces y con algunas flechas sin alcance, para dar á entender que se retiraban con eleccion. Pero Hernan Cortés los acometió tan ejecutivamente, que al primer choque se reconoció cuán cerca estaban del miedo las afectaciones de valor. Fuéronse retirando á la ciudad, en cuya entrada perdieron mucha gente; y amparándose de los reparos con que tenian atajadas las calles, volvieron á las armas y á las provocaciones.

Dejó Hernan Cortés parte de su ejército en la campaña para cubrir la retirada y embarazar las invasiones de afuera, y entró con el resto á proseguir el alcance, para cuyo efecto, señalando algunas compañías que apartasen la oposicion de las calles inmediatas, acometió por la principal, donde tenian los enemigos su mayor fuerza. Rompió con alguna dificultad la trinchera que defendian, y reincidió en la culpa de olvidar su persona en sacando la espada, porque se arrojó entre la muchedumbre con mas ardimiento que advertencia, y se halló solo con el enemigo por todas partes cuando quiso volver al socorro de los suyos. Mantúvose peleando valerosamente hasta que se le rindió el caballo, y dejándose caer en tierra le puso en evidente peligro de perderse, porque se abalanzaron á él los que se hallaron mas cerca: y antes que se pudiese desembarazar para servirse de sus armas, le tuvieron poco menos que rendido, siendo entonces su mayor defensa lo que interesaban aquellos mejicanos en llevarle vivo á su príncipe. Hallábase á la sazon poco distante un soldado conocido por su valor que se llamaba Cristóbal de Olea, natural de Medina del Campo, y haciendo reparo en el conflicto de su general, convocó algunos tlascaltecas de los que peleaban á su lado, y embistió por aquella parte con tanto denuedo y tan bien asistido de los que le seguian, que dando la muerte por sus mismas manos á los que mas inmediatamente oprimian á Cortés, tuvo la fortuna de restituirle á su libertad: con que se volvió á seguir el alcance; y escapando los enemigos á la parte del agua quedaron por los españoles todas las calles de la tierra.

Salió Hernan Cortés de este combate con dos heridas leves, y Cristóbal de Olea con tres cuchilladas considerables, cuyas cicatrices decoraron despues la memoria de su hazaña. Dice Antonio de Herrera que se debió el socorro de Cortés á un tlascalteca, de quien ni antes se tenia conocimiento, ni despues se tuvo noticia, y deja el suceso en reputacion de milagro; pero Bernal Diaz del Castillo, que llegó de los primeros al mismo socorro, le atribuye á Cristóbal de Olea; y los de su linaje, dejando á Dios lo que le toca, tendrán alguna disculpa si dieren mas crédito á lo que fue que á lo que se presumió.

No estuvo, entre tanto que se peleaba en la ciudad, sin ejercicio el trozo que se dejó en la campaña, cuyo gobierno quedó encargado á Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado y Andres de Tapia; porque los nobles de Méjico hicieron un esfuerzo estraordinario para reforzar la guarnicion de Suchimilco, cuya defensa tenia cuidadoso á su príncipe Guatimozin; y embarcándose con hasta diez mil hombres de buena ca-

lidad, salieron á tierra por diferente paraje con noticia de que los españoles andaban ocupados en la disputa de las calles, y con intento de acometer por las espaldas: pero fueron descubiertos y cargados con toda resolucion, hasta que últimamente volvieron á buscar sus embarcaciones, dejando en la campaña parte de sus fuerzas, aunque se conoció en su resistencia que traian capitanes de reputacion; y fue tan estrecho el combate, que salieron heridos los tres cabos, y número considerable de soldados españoles y tlascaltecas.

Quedó con este suceso Hernan Cortés dueño de la campaña, y de todas las calles y edificios que salian á la tierra, y poniendo suficiente guardia en los surgideros por donde se comunicaban los barrios, trató de alojar su ejército en unos grandes patios, cercanos al adoratorio principal, que por tener algun género de muralla bastante á resistir las armas de los mejicanos, pareció sitio á propósito para ocurrir con mayor seguridad al descanso de la gente y á la cura de los heridos. Ordenó al mismo tiempo que subiesen algunas compañías á reconocer lo alto del adoratorio, y hallándole totalmente desamparado, mandó que se alojasen veinte ó treinta españoles en el atrio superior para registrar las avenidas, así del agua como de la tierra, con un cabo que atendiese á mudar las centinelas y cuidase de su vigilancia: prevencion necesaria, cuya utilidad se conoció brevemente; porque al caer de la tarde bajó noticia de que se habian descubierto á la parte de Méjico mas de dos mil canoas reforzadas que se venian acercando á todo remo, con que hubo lugar de prevenir los riesgos de la noche, doblando las guarniciones de los surgideros, y á la mañana se reconoció tambien el desembarco de los enemigos, que fue á largo trecho de la ciudad, cuyo grueso pareció de hasta catorce ó quince mil hombres.

Salió Hernan Cortés á recibirlos fuera de los muros, eligiendo sitio donde pudiesen obrar los caballos, y dejando buena parte de su ejército á la defensa del alojamiento. Diéronse vista los dos ejércitos, y fue de los mejicanos el primer acometimiento; pero recibidos con las bocas de fuego, retrocedieron lo bastante para que cerrasen los demas con la espada en la mano, y se fuesen abreviando los términos de su resistencia con tanto rigor, que tardaron poco en descubrir las espaldas, y toda la faccion tuvo mas de alcance que de victoria.

Cuatro dias se detuvo Hernan Cortés en Suchimilco para dar algun tiempo á la mejoría de los heridos, siempre con las armas en las manos, porque la vecindad facilitaba los socorros de Méjico; y el rato que faltaban las invasiones bastaba el recelo para fatigar la gente.

Llegó el caso de la retirada, que se puso en ejecucion como estaba resuelta, sin que cesase la persecucion de los enemigos, porque se adelantaron algunas veces á ocupar los pasos dificultosos para inquietar la marcha; cuya molestia se venció con poca dificultad, y no sin considerable ganancia, volviendo Hernan Cortés á su plaza de armas con bastante satisfaccion de haber conseguido los dos intentos que le obligaron á esta salida, reconocer á Suchimilco, puesto de consecuencia para su entrada, y quebrantar al enemigo para enflaquecer las defensas de Méjico. Pero en lo interior venia desazonado y melancólico de haber perdido en esta jornada nueve ó diez españoles: porque sobre los que murieron en el primer asalto de la montaña, le llevaron tres ó cuatro en Suchimilco que se alargaron á saquear una casa de las que tenia esta poblacion dentro del agua, y dos criados suyos que dieron en una emboscada por haberse apartado inadvertidamente del ejército: creciendo su dolor en la circunstancia de haberlos llevado vivos para sacrificarlos á sus ídolos; cuya infelicidad le acordaba la contingencia en que se vió, cuando le tuvieron los enemigos en su poder, de morir en semejante abominacion, pero siempre conocia tarde lo que importaba su vida, y en llegando la ocasion trataba solo de prevenir las quejas del valor, dejando para despues los remordimientos de la prudencia.

CAPITULO XIX.

Remédiase con el castigo de un soldado español la conjuracion de algunos españoles que intentaron matar á Hernan Cortés; y con la muerte de Xicotencal un movimiento sedicioso de algunos tlascaltecas.

Estaban ya los bergantines en total disposicion para que se pudiese tratar de botarlos al agua, y el canal con el fondo y capacidad que habia menester para recibirlos. Ibanse adelantando las demas prevenciones que parecian necesarias. Hízose abundante provision de armas para los indios: registráronse los almacenes de las municiones: requirióse la artillería: dióse aviso á los caciques amigos, señalándolos el dia en que se debian presentar con sus tropas; y se puso particular cuidado en los víveres que se conducian contínuamente á la plaza de armas, parte por el interes de los rescates, y parte por obligacion de los mismos confederados. Asistia Hernan Cortés personalmente á los menores ápices de que se compone aquel todo que debe ir á la mano en las facciones militares, cuyo peligro procede muchas veces de faltas lijeras, y pide prolijidades á la providencia.

Pero al mismo tiempo que traia la imaginacion ocupada en estas dependencias, se le ofreció nuevo accidente de mayor cuidado, que puso en ejercicio su valor, y dejó desagraviada su cordura. Díjole un español de los antiguos en el ejército, con turbada ponderacion de lo que importaba el secreto, que necesitaba de hablarle reservadamente; y conseguida su audiencia como lo pedia, le descubrió una conjuracion que se habia dispuesto, en el tiempo de su ausencia, contra su vida y la de todos sus amigos. Movió esta plática, segun su relacion, un soldado particular que debia de suponer poco en esta profesion, pues su nombre se oye la primera vez en el delito. Llamábase Antonio de Villafaña, y fue su primer intento retirarse de aquella empresa, cuya dificultad le parecia insuperable. Empezó la inquietud en murmuracion, y pasó brevemente á resoluciones de grande amenaza. Culpaban él y los de su opinion á Hernan Cortés de obstinado en aquella conquista, repitiendo que no querian perderse por su temeridad; y hablando en escapar á la isla de Cuba, como en negocio de fácil ejecucion segun el dictámen de sus cortas obligaciones. Juntáronse á discurrir en este punto con mayor recato; y aunque no hallaban mucha dificultad en el desamparo de la plaza de armas, ni en facilitar el paso de Tlascala con alguna órden supuesta de su general, tropezaban luego con el inconveniente de tocar en la Vera-Cruz, como era preciso para fletar alguna embarcacion, donde no podian fingir comision ó licencia de Cortés, sin llevar pasaporte suyo, ni escusar el riesgo de caer en una prision digna de severo castigo. Hallábanse atajados, y volvian al tema de su retirada sin elegir el camino de conseguirla, firmes en la resolucion y poco atentos al desabrigo de los medios.

Pero Antonio de Villafaña, en cuyo alojamiento eran las juntas, propuso finalmente que se podria ocurrir á todo, matando á Cortés y á sus principales consejeros para elegir otro general á su modo menos empeñado en la empresa de Méjico, y mas fácil de reducir: á cuya sombra se podrian retirar sin la nota de fugitivos, y alegar este servicio á Diego Velazquez, de cuyos informes se podia esperar que se recibiese tambien el delito en España como servicio del rey. Aprobaron todos el arbitrio, y abrazando á Vi-

llafaña, empezó el tumulto en el aplauso de la sedicion. Formóse luego un papel en que firmaron los que se hallaban presentes, obligándose á seguir su partido en este horrible atentado; y se manejó el negocio con tanta destreza que fueron creciendo las firmas á número considerable; y se pudo temer que llegase á tomar cuerpo de mal irremediable aquella oculta y maliciosa contagion de los ánimos.

Tenian dispuesto fingir un pliego de la Vera-Cruz, con cartas de Castilla, y dársele á Cortes cuando estuviese á la mesa con sus camaradas, entrando todos con pretesto de la novedad, y cuando se pusiese á leer la primera carta, servirse del natural divertimiento de su atencion para matarle á puñaladas, y ejecutar lo mismo en los que se hallasen con él, juntándose despues para salir á correr las calles apellidando libertad: movimiento á su parecer bastante para que se declarase por ellos todo el ejército, y para que se pudiese hacer el mismo estrago en los demas que tenian por sospechosos. Habian de morir, segun la cuenta que hacian con su misma ceguedad, Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado y sus hermanos, y Andres de Tapia, los dos alcaldes ordinarios, Luis Marín y Pedro de Ircio, Bernal Diaz del Castillo y otros soldados confidentes de Cortés. Pensaban elegir por capitan general del ejército á Francisco Verdugo, que por estar casado con hermana de Diego Velazquez, les parecia el mas fácil de reducir, y el mejor para mantener y autorizar su partido; pero temiendo su condicion pundonorosa y enemiga de la sinrazon, no se atrevieron á comunicarle sus intentos, hasta que una vez ejecutado el delito, se hallase necesitado á mirar como remedio la nueva ocupacion.

De esta sustancia fueron las noticias que dió el soldado, pidiendo la vida en recompensa de su fidelidad por hallarse comprendido en la sedicion; y Hernan Cortés resolvió asistir personalmente á la prision de Villafaña, y á las primeras diligencias que se debian hacer para convencerle de su culpa, en cuya direccion suele consistir el aclararse ó el oscurecerse la verdad. No pedia menos cuidado la importancia del negocio, ni era tiempo de aguardar la madura inquisicion de los términos judiciales. Partió luego á ejecutar la prision de Villafaña, llevando consigo á los alcaldes ordinarios con algunos de sus capitanes, y le halló en su posada con tres ó cuatro de sus parciales. Adelantóse á deponer contra él su misma turbacion, y despues de mandarle aprisionar, hizo seña para que se retirasen todos con pretesto de hacer algun exámen secreto, y sirviéndose de las noticias que llevaba, le sacó del pecho el papel del tratado con las firmas de los conjurados. Leyóle, y halló en él algunas personas, cuya infidelidad le puso en mayor cuidado; pero recatándole de los suyos, mandó poner en otra prision á los que se hallaron con el reo, y se retiró dejando su instruccion á los ministros de justicia para que se fulminase la causa con toda la brevedad que fuese posible sin hacer diligencia que tocase á los cómplices, en que hubo pocos lances, porque Villafaña, convencido con la aprehension del papel, y creyendo que le habian entregado sus amigos, confesó luego el delito; con que se fueron estrechando los términos segun el estilo militar, y se pronunció contra él sentencia de muerte, la cual se ejecutó aquella misma noche, dándole lugar para que cumpliese con las obligaciones de cristiano; y el dia siguiente amaneció colgado en una ventana de su mismo alojamiento, con que se vió el castigo al mismo tiempo que se publicó la causa, y se logró en los culpados el temor, y en los demas el aborrecimiento de la culpa.

Quedó Hernan Cortés igualmente irritado y cuidadoso de lo que habia crecido el número de las firmas; pero no se hallaba en tiempo de satisfacer á la justicia, perdiendo tantos soldados españoles en el principio de su empresa, y para escusar el castigo de los culpados sin desaire del sufrimiento, echó voz de que se habia tragado Antonio de Villafaña un papel hecho pedazos, en que á su parecer, tendria los nombres ó las firmas de los conjurados. Y poco despues llamó á sus capitanes y soldados, y les dió noticia por mayor de las horribles novedades que traia en el pensamiento Antonio de Villafaña, y de la conjuracion que iba forjando contra su vida, y contra otros muchos de los que se hallaban presentes, y añadió: «que tenia »por felicidad suya el ignorar si habia tomado cuerpo »el delito con la inclusion de algunos cómplices; »aunque la diligencia que logró Villafaña para ocul»tar un papel que traia en el pecho, no le dejaba du»dar que los habia: pero que no queria conocerlos; »y solo pedia encarecidamente á sus amigos que pro»curasen inquirir si corria entre los españoles alguna »queja de su proceder que necesitase de su enmienda, »porque deseaba en todo la mayor satisfaccion de los »soldados, y estaba pronto á corregir sus defectos, »así como sabria volver al rigor y á la justicia, si la »moderacion del castigo se hiciese tibieza del escar»miento.»

Mandó luego que fuesen puestos en libertad los soldados que asistian á Villafaña; y con esta declaracion de su ánimo, revalidada con no torcer el semblante á los que le habian ofendido, se dieron por seguros de que se ignoraba su delito; y sirvieron despues con mayor cuidado, porque necesitaban de la puntualidad para desmentir los indicios de la culpa.

Fue importante advertencia la de ocultar el papel de las firmas para no perder aquellos españoles de que tanto necesitaba; y mayor hazaña la de ocultar su irritacion para no desconfiarlos: ¡primoroso desempeño de su razon, y notable predominio sobre sus pasiones! Pero teniendo á menos cordura el esceder en la confianza que suele adormecer el cuidado á fin de provocar el peligro, nombró entonces compañía de su guardia para que asistiesen doce soldados con un cabo cerca de su persona; si ya no se valió de esta ocasion como de pretesto para introducir sin estrañeza lo que ya echaba menos su autoridad.

Ofreciósele poco despues embarazo nuevo, que aunque de otro género, tuvo sus circunstancia de motin; porque Xicotencal, á cuyo cargo estaban las primeras tropas que vinieron de Tlascala, ó por alguna desazon, fácil de presumir en su altivez natural, ó porque duraban todavía en su corazon algunas reliquias de la pasada enemistad, se determinó á desamparar el ejército, convocando algunas compañías que á fuerza de sus instancias ofrecieron asistirle. Valióse de la noche para ejecutar su retirada; y Hernan Cortés que la supo luego de los mismos tlascaltecas, sintió vivamente una demostracion de tan dañosas consecuencias en cabo tan principal de aquellas naciones, cuando se estaba ya con las armas casi en las manos para dar principio á la empresa. Despachó en su alcance algunos indios nobles de Tezcuco para que le procurasen reducir á que por lo menos se detuviese hasta proponer su razon; pero la respuesta de este mensaje, que fue no solamente resuelta, sino descortés con algo de menosprecio, le puso en mayor irritacion, y envió luego en su alcance dos ó tres compañías de españoles con suficiente número de indios tezcucanos y chalqueses para que le prendiesen; y en caso de no reducirse le matasen. Ejecutóse lo segundo, porque se halló en él porfiada resistencia, y alguna flojedad en los que le seguian contra su dictámen; los cuales se volvieron luego al ejército quedando el cadáver pendiente de un árbol.

Así lo refiere Bernal Diaz del Castillo; aunque Antonio de Herrera dice que le llevaron á Tezcuco, y que usando Hernan Cortés de una permision que le habia dado la república, le hizo ahorcar públicamen-

te dentro de la misma ciudad: lectura que parece menos semejante á la verdad, porque aventuraba mucho en resolverse á tan violenta ejecucion con tanto número de tlascaltecas á la vista, que precisamente habian de sentir aquel afrentoso castigo en uno de los primeros hombres de su nacion.

Algunos dicen que le mataron con órden secreta de Cortés los mismos españoles que salieron al camino, en que hallamos algo menos aventurada la resolucion. Y como quiera que fuese, no se puede negar que andaba su providencia tan adelantada y tan sobre lo posible de los sucesos que tenia prevenido este lance de suerte, que ni los tlascaltecas del ejército, ni la república de Tlascala, ni su mismo padre hicieron queja de su muerte; porque sabiendo algunos dias antes que se desmandaba este mozo en hablar mal de sus acciones, y en desacreditar la empresa de Méjico entre los de su nacion, participó á Tlascala esta noticia para que le llamasen á su tierra con pretesto de otra faccion, ó se valiesen de su autoridad para corregir semejante desórden; y el senado, en que asistió su padre, le respondió: que aquel delito de amotinar los ejércitos era digno de muerte segun los estatutos de la república; y que así podria, siendo necesario, proceder contra él hasta el último castigo, como ellos lo ejecutarian si volviese á Tlascala, no solo con él, sino con todos los que le acompañasen: cuya permision facilitaria mucho entonces la resolucion de su muerte, aunque sufrió algunos dias sus atrevimientos, sirviéndose de los medios suaves para reducirle. Pero siempre nos inclinamos á que se hizo la ejecucion fuera de Tezcuco, segun lo refiere Bernal Diaz, porque no dejaria Hernan Cortés de tener presente la diferencia que se debia considerar entre ponerlos delante un espectáculo de tanta severidad, ó referirles el hecho despues de sucedido: siendo máxima evidente que abultan mas en el ánimo las noticias que se reciben por los ojos, así como pueden menos con el corazon las que se mandan por los oidos (1).

CAPITULO XX.

Echanse al agua los bergantines; y dividido el ejército de tierra en tres partes, para que al mismo tiempo se acometiese por Tacuba, Iztacpalapa y Cuyoacan, avanza Hernan Cortés por la laguna, y rompe una gran flota de canoas mejicanas.

No se dejaban de tener á la vista las prevenciones de la jornada, por mas que se llevasen parte del cuidado estos accidentes. Ibanse al mismo tiempo echando al agua los bergantines: obra que se consiguió con felicidad, debiéndose tambien á la industria de Martin Lopez, como última perfeccion de su fábrica. Díjose antes una misa de Espíritu Santo, y en ella comulgó Hernan Cortés con todos sus españoles. Bendijo el sacerdote los buques: dióse á cada uno su nombre segun el estilo náutico, y entre tanto que se introducian los adherentes que dan espíritu al leño, y se afinaba el uso de las jarcias y velas, pasaron muestra en escuadron los españoles, cuyo ejército constaba entonces de novecientos hombres; los ciento y noventa y cuatro entre arcabuces y ballestas: los demas de espada, rodela y lanza, ochenta y seis caballos, y diez y ocho piezas de artillería, las tres de hierro gruesas y las quince falconetes de bronce con suficiente provision de pólvora y balas.

Aplicó Hernan Cortés á cada bergantin veinte y cinco españoles con un capitan, doce remeros, á seis por banda, y una pieza de artillería. Los capitanes fueron Pedro de Barba, natural de Sevilla: García de Holguin, de Cáceres: Juan Portillo, de Portillo: Juan Rodriguez de Villa-fuerte, de Medellin: Juan Jaramillo, de Salvatierra en Estremadura: Miguel Diaz de Auz, aragonés: Francisco Rodriguez Magarino, de Mérida: Cristóbal Flores, de Valencia de Don Juan: Antonio de Carabajal, de Zamora: Gerónimo Ruiz de la Mota, de Búrgos: Pedro Briones, de Salamanca: Rodrigo Morejon de Lobera, de Medina del Campo; y Antonio Sotelo, de Zamora: los cuales se embarcaron luego cada uno á la defensa de su bajel y al socorro de los otros.

Dispuesta en esta forma la entrada que se habia de hacer por el lago, determinó con parecer de sus capitanes, ocupar al mismo tiempo las tres calzadas principales de Tacuba, Iztacpalapa y Cuyoacan, sin alargarse á la de Suchimilco, por escusar la desunion de su gente, y tenerla en paraje que pudiesen recibir menos dificultosamente sus órdenes: para cuyo efecto dividió el ejército en tres partes, y encargó á Pedro de Alvarado la espedicion de Tacuba, con nombramiento de gobernador y cabo principal de aquella entrada, llevando á su órden ciento y cincuenta españoles y treinta caballos en tres compañías á cargo de los capitanes Jorge de Alvarado, Gutierrez de Badajoz y Andres de Monjaraz, dos piezas de artillería y treinta mil tlascaltecas. El ataque de Cuyoacan encargó al maestre de campo Cristóbal de Olid, con ciento y sesenta españoles en las tres compañías de Francisco Verdugo, Andres de Tapia y Francisco de Lugo, treinta caballos, dos piezas de artillería y cerca de treinta mil indios confederados; y últimamente cometió á Gonzalo de Sandoval la entrada que se habia de hacer por Iztacpalapa con otros ciento y cincuenta españoles á cargo de los capitanes Luis Marin y Pedro de Ircio, dos piezas de artillería, veinte y cuatro caballos, y toda la gente de Chalco, Guajocingo y Cholula, que serian mas de cuarenta mil hombres. Seguimos en el número de los aliados que sirvieron en estas entradas la opinion de Antonio de Herrera, porque Bernal Diaz del Castillo da solamente ocho mil tlascaltecas á cada uno de los tres capitanes, y repite algunas veces que fueron de mas embarazo que servicio, sin decir dónde quedaron tantos millares de hombres como vinieron al sitio de aquella ciudad: ambicion descubierta de que lo hiciesen todo los españoles, y poco advertida en nuestro sentir; porque deja increible lo que procura encarecer, cuando bastaba para encarecimiento la verdad.

Partieron juntos Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval que se habian de apartar en Tacuba, y se alojaron en aquella ciudad sin contradiccion, despoblada ya, como lo estaban los demas lugares contiguos á la laguna; porque los vecinos que se hallaban capaces de tomar las armas, acudieron á la defensa de Méjico, y los demas se ampararon de los montes con todo lo que pudieron retirar de sus haciendas. Aquí se tuvo aviso de que habia una junta considerable de tropas mejicanas, á poco mas de media legua, que venian á cubrir los conductos del agua que bajaban de las sierras de Chapultepeque (1): prevencion cuidadosa de Guatimocin, que sabiendo el movimiento de los españoles, trató de poner en defensa los manantiales de que se proveian todas las fuentes de agua dulce que se gastaba en la ciudad.

Descubríanse por aquella parte dos ó tres canales de madera cóncava sobre paredones de argamasa, y los enemigos tenian hechos algunos reparos contra las avenidas que miraban al camino. Pero los dos capitanes salieron de Tacuba con la mayor parte de su gente; y aunque hallaron porfiada resistencia, se consiguió finalmente que desamparasen el puesto, y se rompieron por dos ó tres partes los conductos y los

(1) Nada dice Cortés en sus relaciones de la traicion ó disidencia de Xicotencal. Tampoco se halla bastante espresa en los historiadores. Herrera y Bernal Diaz atribuyen aquel hecho á miras particulares de interes y de envidia. Débese tener presente la poca aficion de este tlascalteca á los españoles.

(1) O Chapultepec, que significa *monte de conejos*.

paredones con que bajó la corriente, dividida en varios arroyos, á buscar su centro en la laguna; debiéndose á Cristóbal de Olid y á Pedro de Alvarado esta primera hostilidad de agotar las fuentes de Méjico, y dejar á los sitiados en la penosa tarea de buscar el agua en los rios que bajaban de los montes, y en precisa necesidad de ocupar su gente y sus canoas en la conduccion y en los convoyes.

Conseguida esta faccion partió Cristóbal de Olid con su trozo á tomar el puesto de Cuyoacan, y Hernan Cortés, dejando á Gonzalo de Sandoval el tiempo que pareció necesario para que llegase á Iztacpalapa, tomó á su cargo la entrada que se habia de hacer por la laguna para estar sobre todo, y acudir con los socorros donde llamase la necesidad. Llevó consigo á don Fernando, señor de Tezcuco, y á un hermano suyo, mozo de espíritu, llamado Suchel, que se bautizó poco despues, tomando el nombre de Cárlos, como súbdito del emperador. Dejó en aquella ciudad bastante número de gente para cubrir la plaza de armas, y hacer algunas correrías que asegurasen la comunicacion de los cuarteles, y dió principio á su navegacion, puestos en ala sus trece bergantines, y disponiendo lo mejor que pudo el adorno de las banderas, flámulas y gallardetes: esterioridad de que se valió para dar bulto á sus fuerzas, y asustar la consideracion del enemigo con la nevedad.

Iba con propósito de acercarse á Méjico para dejarse ver como señor de la laguna, y volver luego sobre Iztacpalapa, donde le daba cuidado Gonzalo de Sandoval, por no haber llevado embarcaciones para desembarazar las calles de aquella poblacion, que por estar dentro del agua, eran contínuo receptáculo de las canoas mejicanas. Pero al tomar la vuelta descubrió á poca distancia de la ciudad una isleta ó montecillo de peñascos que se levantaba considerablemente sobre las aguas, cuya eminencia coronaba un castillo de bastante capacidad que tenian ocupado los enemigos, sin otro fin que desafiar á los españoles, provocándolos con injurias y amenazas desde aquel pues!o, donde á su parecer estaban seguros de los bergantines. No tuvo por conveniente dejar consentido este atrevimiento á vista de la ciudad, cuyos miradores y terrados estaban cubiertos de gente, observando las primeras operaciones de la armada; y hallando en el mismo sentir á sus capitanes, se acercó á los surgideros de la isla, y saltó en tierra con ciento y cincuenta españoles, repartidos por dos ó tres sendas que guiaban á la cumbre, y subieron peleando, no sin alguna dificultad, porque los enemigos eran muchos y se defendian valerosamente, hasta que perdida la esperanza de mantener la eminencia, se retiraron al castillo, donde no podian mover las armas de apretados, y perecieron muchos, aunque fueron mas los que se perdonaron por no ensangrentar la espada en los rendidos, cuando se despreciaba como embarazosa la carga de los prisioneros.

Logrado en esta breve interpresa el castigo de aquellos mejicanos, volvieron los españoles á cobrar sus bergantines, y cuando se disponian para tomar el rumbo de Iztacpalapa, fue preciso discurrir en nuevo accidente, porque se dejaron ver á la parte de Méjico algunas canoas que iban saliendo á la laguna, cuyo número crecia por instantes. Serian hasta quinientas las que se adelantaron á boga lenta para que saliesen las demas; y á breve rato fueron tantas las que arrojó de sí la ciudad, y las que se juntaron de las poblaciones vecinas, que haciendo la cuenta por el espacio que ocupaban, se juzgó que pasarian de cuatro mil; cuya multitud con lo que abultaban los penachos y las armas, formaba un cuerpo hermosamente formidable, que al juicio de los ojos venia como anegando la laguna.

Dispuso Hernan Cortés sus bergantines, formando una espaciosa media luna para dilatar la frente y pelear con desahogo. Iba fiado en el valor de los suyos, y en la superioridad de las mismas embarcaciones, bastando cada una de ellas á entenderse con mucha parte de la flota enemiga. Movióse con esta seguridad la vuelta de los mejicanos para darles á entender que admitia la batalla; y despues hizo alto para entrar en ella con toda la respiracion de sus remeros, porque la calma de aquel dia dejaba todo el movimiento en la fuerza de sus brazos. Detúvose tambien el enemigo, y pudo ser que con el mismo cuidado. Pero aquella inefable providencia, que no se descuidaba en declararse por los españoles, dispuso entonces que se levantase de la tierra un viento favorable, que hiriendo por la popa en los bergantines, les dió todo el impulso de que necesitaban para dejarse caer sobre las embarcaciones mejicanas. Dieron principio al ataque las piezas de artillería, disparadas á conveniente distancia, y cerraron despues los bergantines á vela y remo, llevándose tras sí cuanto se les puso delante. Peleaban los arcabuces y ballestas sin perder tiro: peleaba tambien el viento, dándoles con el humo en los ojos, y obligándolos á proejar para defenderse; y peleaban hasta los bergantines, cuyas proas hacian pedazos á los buques menores, sirviéndose de su flaqueza para echarlos á pique sin recelar el choque. Hicieron alguna resistencia los nobles que ocupaban las quinientas embarcaciones de la vanguardia: lo demas fue todo confusion y zozobrar las unas al impulso de las otras. Perdieron los enemigos la mayor parte de su gente: quedó rota y deshecha su armada, cuyas reliquias miserables siguieron los bergantines hasta encerrarlas á balazos en las acequias de la ciudad.

Fue de grande consecuencia esta victoria, por lo que influyó en las ocasiones siguientes el crédito de incontrastables que adquirieron este dia los bergantines, y por lo que desanimó á los mejicanos el hallarse ya sin aquella parte de sus fuerzas, que consistia en la destreza y agilidad de sus canoas, no por las que perdieron entonces, número limitado respecto de las que tenian de reserva, sino que se desengañaron de que no eran de servicio ni podian resistir á tan poderosa oposicion. Quedó por los españoles el dominio de la laguna, y Hernan Cortés tomó la vuelta cerca de la ciudad, despidiendo algunas balas, mas á la pompa del suceso que al daño de los enemigos. Y no le pesó de ver la multitud de mejicanos que coronaban sus torres y azoteas á la espectacion de la batalla, tan gustoso de haberles dado en los ojos con su pérdida, que aunque á la verdad eran muchos para enemigos le parecieron pocos para testigos de su hazaña: complacencias de vencedores que suelen comprender á los mas advertidos, como adornos de la victoria, ó como accidentes de la felicidad.

CAPITULO XXI.

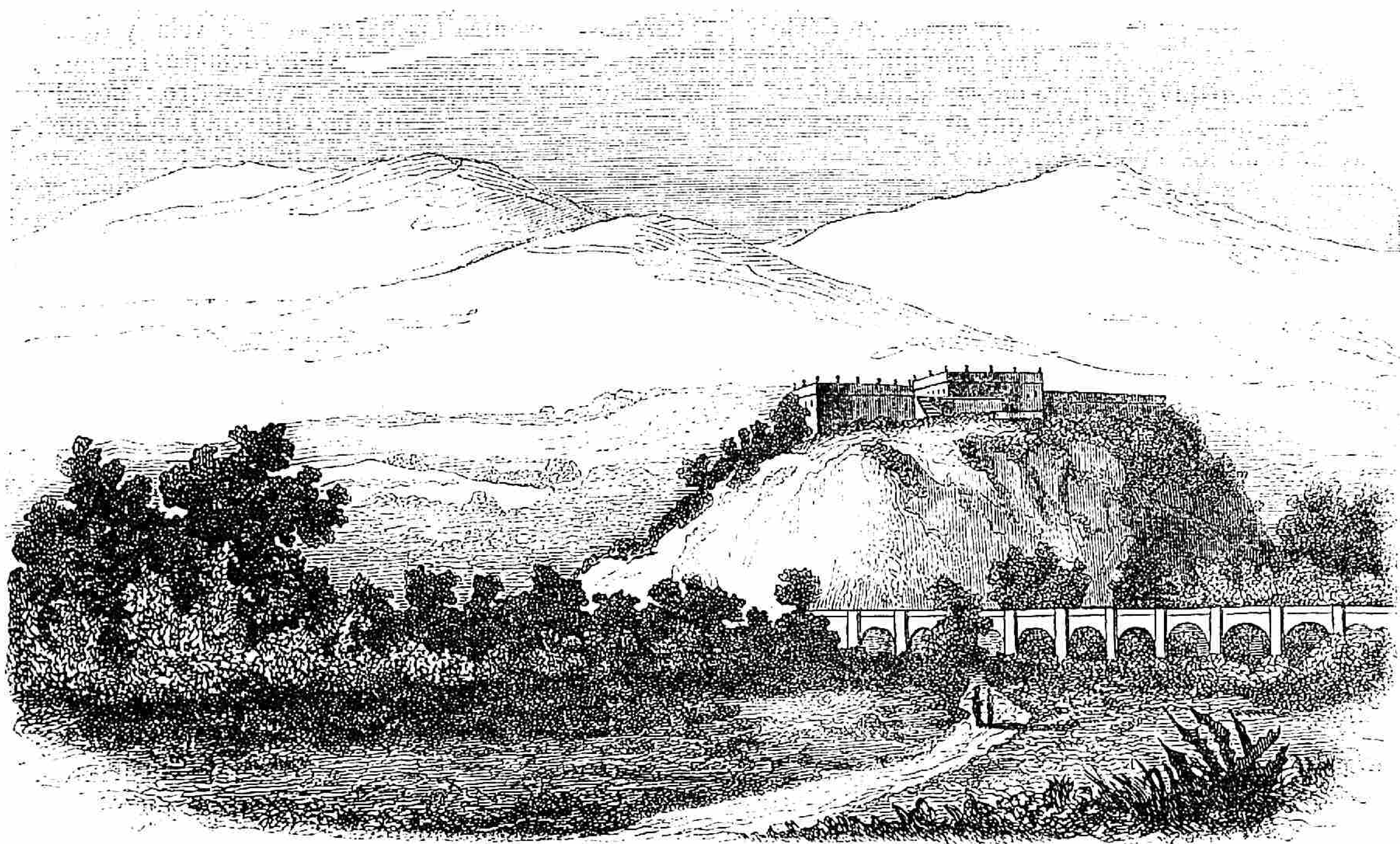
Pasa Hernan Cortés á reconocer los trozos de su ejército en las tres calzadas de Cuyoacan, Iztacpalapa y Tacuba, y en todas fue necesario el socorro de los bergantines; deja cuatro á Gonzalo de Sandoval, cuatro á Pedro de Alvarado, y él se recoge á Cuyoacan con los cinco restantes.

Eligió paraje cerca de Tezcuco donde pasar la noche y atender al descanso de la gente con alguna seguridad; pero al amanecer, cuando se disponian los bergantines para tomar el rumbo de Iztacpalapa, se descubrió un grueso considerable de canoas que navegaban aceleradamente la vuelta de Cuyoacan, con que pareció conveniente ir primero con el socorro á la parte amenazada. No fue posible dar alcance á la flota enemiga, pero se llegó poco despues, y á tiempo que se hallaba Cristóbal de Olid empeñado en la calzada, y reducido á pelear por la frente con los enemigos que la defendian, y por los costados con las canoas

que llegaron de refresco, en términos de retirarse, perdiendo la tierra que se habia ganado.

Enseñó la necesidad á los mejicanos cuanto pudiera el arte de la guerra para defender el paso de las calzadas. Tenian levantados hácia la parte de la ciudad los puentes de aquellos ojos ó cortaduras donde perdian su fuerza las avenidas ó crecientes de la laguna, y aplicando algunas vigas y tablones por la espalda para subir en hileras sucesivas á dar la carga por lo alto, dejaban á trechos formadas unas trincheras con foso de agua, que impedian y dificultaban los avances. Este género de fortificacion habian hecho en las tres calzadas por donde amenazó la invasion de los españoles, y en todas se discurrió casi lo mismo para vencer esta dificultad. Peleaban los arcabuces y ballestas contra los que se descubrian por lo alto de la trinchera, entre tanto que pasaban de mano en mano las faginas para cegar el foso; y despues se acercaba una pieza de artillería, que á pocos golpes desembarazaba el paso, barriendo el trozo siguiente de la calzada con los mismos fragmentos de su fortificacion.

Tenia ganado Cristóbal de Olid el primer foso cuando llegaron las canoas enemigas; pero al descubrir los bergantines, huyeron á toda fuerza de remos las de aquella banda, peligrando solamente las qu pudo encontrar el alcance de la artillería; y porqu



Chapoltepec.

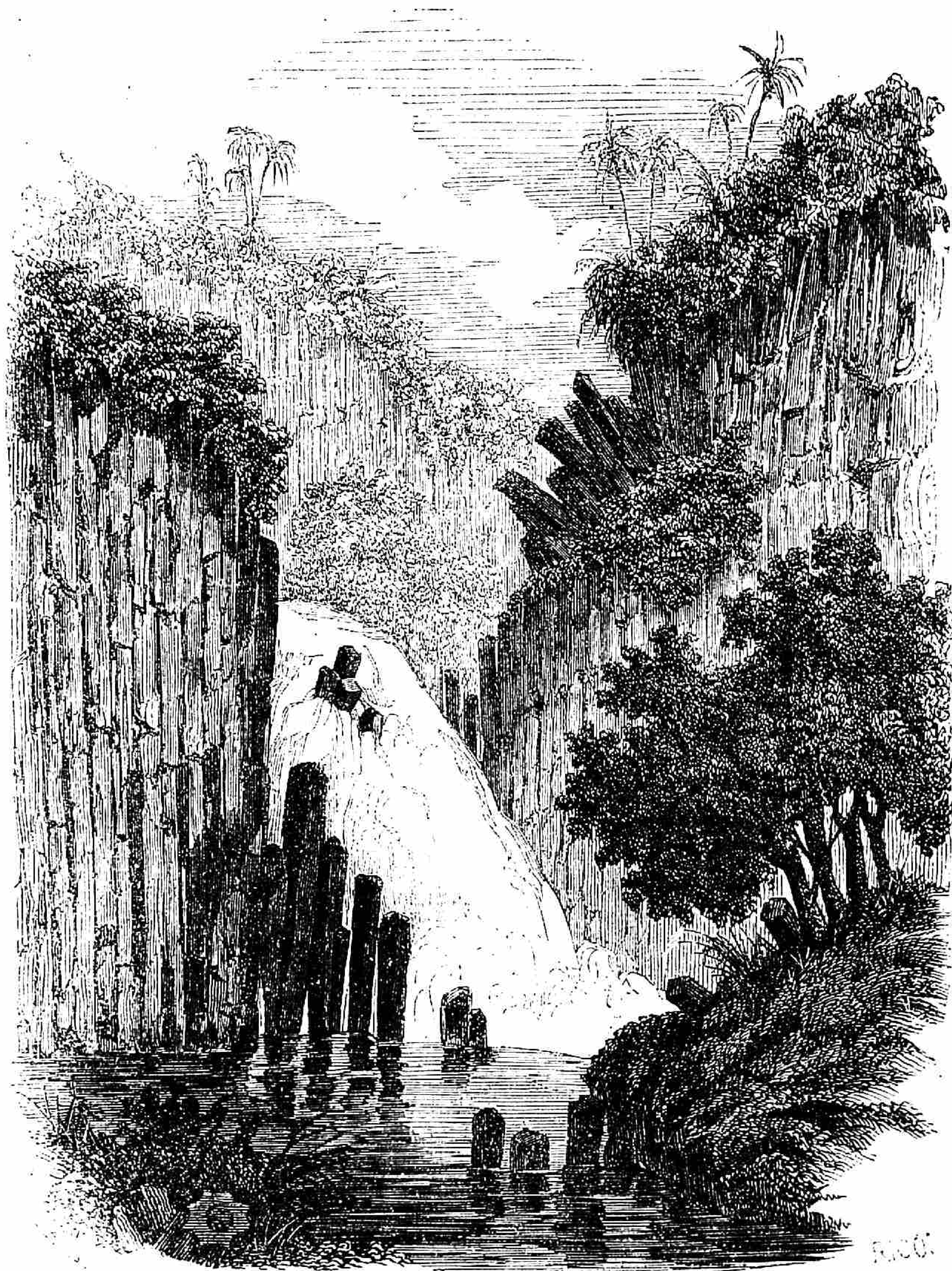
no dejaban de pelear las que á su parecer estaban seguras de la otra parte, mandó Hernan Cortés ensanchar el foso de la retaguardia para dar paso á tres ó cuatro bergantines, de cuya primera vista resultó la fuga total de las canoas; y los enemigos que defendian la puente inmediata, viéndose descubiertos á las baterías de agua y tierra, se recogieron desordenadamente al último reparo vecino á la ciudad.

Descansó la gente aquella noche, sin desamparar el avance de la calzada; y al amanecer se prosiguió la marcha con poca ó ninguna oposicion, hasta que llegando á la última puente que desembocaba en la ciudad, se halló fortificada con mayores reparos, y atrincheradas las calles que se descubrian, con tanto número de gente á su defensa, que llegó á parecer aventurada la faccion; pero se conoció la dificultad despues del empeño, y no era conveniente retroceder sin algun escarmiento de los enemigos. Jugaron su artillería los bergantines, haciendo miserable destrozo en las bocas de las calles, entre tanto que trabajaba Cristóbal de Olid en cegar el foso y romper las fortificaciones de la calzada. Lo cual ejecutado, se arrojó á los enemigos que las defendian haciendo lugar con su vanguardia para que saliesen á tierra las naciones de su cargo. Acercáronse al mismo tiempo las tropas de la ciudad al socorro de los suyos, y fue valerosa por todas partes su resistencia; pero á breve rato perdieron alguna tierra, y Hernan Cortés, que no pudo sufrir aquella lentitud con que se retiraban, saltó en la ribera con treinta españoles, y dió tanto calor al avance, que tardaron poco los enemigos en volver las espaldas, y se ganó la calle principal de Méjico, huyendo por aquella parte hasta la gente que ocupaba los terrados.

Tropezóse luego con otra dificultad, porque los mejicanos que iban huyendo habian ocupado un adoratorio, poco distante de la entrada, en cuyas torres, gradas y cerca esterior se descubria tanto número de gente, que parecia un monte de armas y plumas todo el edificio. Desafiaban á los españoles con la voz tan entera como si acabaran de vencer: y Hernan Cortés, no sin alguna indignacion de ver en ellos el orgullo tan cerca de la cobardía, mandó traer de los bergantines tres ó cuatro piezas de artillería, cuyo primer estrago les dió á conocer su peligro, y brevemente fue necesario bajar la puntería contra

los que iban huyendo á lo interior de la ciudad. Quedó sin enemigos todo aquel paraje, porque los que peleaban desde las azoteas y ventanas, se movieron al paso que los demas; con que avanzó el ejército, y se ganó el adoratorio sin contradiccion.

Fue grande la pérdida de gente que hicieron este dia los mejicanos. Entregáronse al fuego los ídolos, cuyos horribles simulacros sirvieron de luminarias al suceso. Y Hernan Cortés quedó satisfecho de haber puesto los pies dentro de la ciudad. Y hallando el adoratorio capaz de mas que ordinaria defensa, no solo determinó alojar su ejército en él aquella noche, pero tuvo sus impulsos de mantener aquel puesto para estrechar el sitio, y tener adelantado el cuartel de Cuyoacan: pensamiento que participó á sus capitanes, con los motivos que le dictaba entonces la primera inclinacion de su discurso; pero todos á una voz le representaron: «que no sabiendo el estado en »que tenian sus entradas Gonzalo de Sandoval y Pe»dro de Alvarado, seria temeridad esponerse á per»der el paso de la calzada, y con él la esperanza de »los víveres y municiones, de que necesitaban para »conservarse. Que su conduccion no se debia fiar de »los bergantines, porque no cabiendo en las acequias



Cascada de Regla.

»de aquel paraje, necesitaron de hacer su desembar»co con bastante distancia para que no fuese posible »recibirlos ni trasportarlos, sin disponerse á una »batalla para cada socorro. Que los trozos del ejército »debian caminar á un mismo paso en sus ataques »para dividir las fuerzas del enemigo, y darse la »mano hasta en el tiempo de acuartelarse dentro de »la ciudad. Y finalmente, que las disposiciones re»sueltas, con parecer de todos los cabos, sobre la »forma de gobernar el sitio de Méjico, no se debian »alterar, sin madura consideracion, ni entrar en »aquel empeño voluntario, sin mas causa que dar »sobrado crédito á la victoria de aquel dia; no siendo »totalmente seguras las consecuencias de los buenos »sucesos, que á manera de lisonjas solian muchas »veces engañar la cordura, deleitando la imagina»cion.» Conoció Hernan Cortés que le aconsejaban lo mas conveniente, por ser una de sus mejores prendas la facilidad con que solia desenamorarse de sus dictámenes para enamorarse de la razon, y se retiró la mañana siguiente á Cuyoacan, llevando á sus dos lados la escolta de los bergantines; con que

no se atrevieron los enemigos á inquietar la marcha.

Pasó el mismo dia á Iztacpalapa, donde halló á Gonzalo de Sandoval en términos de perderse. Habia ocupado los edificios de la tierra y alojado su ejército, poniéndose lo mejor que pudo en defensa; pero los enemigos, que se recogieron á la parte del agua, procuraban ofenderle desde sus canoas. Hizo considerable daño en las que se acercaban: arruinó algunas casas: rompió dos ó tres socorros de Méjico que intentaron atacarle por tierra; y aquel dia porque los enemigos habian desamparado una casa grande, que distaba poco de la tierra, se resolvió á ocuparla para mejorarse, y desviar las ofensas de su cuartel. Facilitó el paso con algunas faginas arrojadas al agua, y entró á ejecutarlo con parte de su gente; pero apenas lo consiguió, cuando avanzaron las canoas que tenian puestas en celada, llevando consigo tropas de nadadores que deshiciesen el camino de la retirada, por cuyo medio consiguieron el sitiarle por todas partes, ofendiéndole al mismo tiempo desde los terrados y ventanas de las casas vecinas.

En este conflicto se hallaba cuando llegó Hernan Cortés, y descubriendo aquella multitud de canoas en las calles de agua, que miraban á la parte de Méjico, dió calor á la boga, y empezó á jugar su artillería con tanto efecto, que así por el daño que hicieron las balas, como por el miedo que tenian á los bergantines, huyeron todas á un tiempo, con ansia de salir á la laguna por las calles mas retiradas, y con tanto desórden, que cargando en ellas la gente de los terrados, se fueron muchas á pique, y las demas vinieron á caer en el lazo de los bergantines, buscando con la fuga el peligro que procuraban evitar. Hicieron este dia los mejicanos una pérdida que pudo suponer algo en el menoscabo de sus fuerzas; y reconociéndose despues aquella parte de la ciudad que tenian ocupada, se hallaron algunos prisioneros y bastante despojo, no tanto para la riqueza, como para la recreaccion de los soldados. Conoció Hernan Cortés, á vista de las dificultades que habia esperimentado Gonzalo de Sandoval en Iztacpalapa, que no era posible poner en operacion el trozo de su cargo, ni usar de la calzada, sin deshacer enteramente aquel abrigo de las canoas mejicanas, arruinando la media ciudad: detencion que seria dañosa para el estado que tenian las demas entradas, y determinó que se desamparase por entonces aquel puesto, y pasase Gonzalo de Sandoval con su gente á ocupar el de Tepeaquilla, donde habia otra calzada mas estrecha para los ataques; pero de mayor utilidad para impedir los socorros del enemigo, que segun los avisos antecedentes, introducia por aquel paraje los víveres de que ya necesitaba. Ejecutóse luego esta resolucion, y marchó la gente por tierra, siguiendo la misma costa los bergantines, hasta que se ocupó el nuevo cuartel; y hecho el alojamiento con poco embarazo, porque se halló despoblado el lugar, navegó Hernan Cortés la vuelta de Tacuba.

Halló desamparada esta ciudad Pedro de Alvarado, con que tuvo menos que vencer para dar principio á sus entradas. Ejecutó algunas con varios sucesos, batiendo reparos y cegando fosos, de la misma forma que se gobernaba en las suyas Cristóbal de Olid; y aunque hizo muy considerable daño á los enemigos, y alguna vez se adelantó hasta poner fuego en las primeras casas de Méjico, le habian muerto, cuando llegó Hernan Cortés, ocho españoles: pérdida en que se mezcló el sentimiento con los aplausos de su valor.

Consideró Hernan Cortés que no le salia bien la cuenta de sus disposiciones, porque se iba reduciendo el sitio de Méjico á este género de acometimientos y retiradas: guerra en que se gastaban los dias, y se aventuraba la gente sin ganancia que pasase de hostilidad, ni mereciese nombre de progreso: el camino de las calzadas tenia suma dificultad con aquellos fosos y reparos que volvian los mejicanos á fortificar todos los dias, y con aquella persecucion de las canoas, cuyo número escesivo cargaba siempre á la parte que desabrigaban los bergantines; y uno y otro perdia nuevos medios que facilitasen la empresa.

Mandó entonces que cesasen las entradas hasta otra órden, y puso la mira en prevenirse de canoas que le asegurasen el dominio de la laguna; para cuyo efecto envió personas de satisfaccion á conducir las que hubiese de reserva en las poblaciones amigas, con las cuales, y con las que vinieron de Tezcuco y Chalco, se juntó un grueso que puso en nuevo cuidado á los enemigos. Dividiólas en tres cuerpos; y formando su guarnicion de aquellos indios que sabian manejarlas, nombró capitanes de su nacion que las gobernasen por escuadras; y con este refuerzo, repartido entre los bergantines, envió cuatro á Gonzalo de Sandoval, cuatro á Pedro de Alvarado, y él pasó con los cinco restantes á incorporarse con el maestre de campo Cristóbal de Olid.

Repitiéronse desde aquel dia las entradas con mayor facilidad, porque faltaron totalmente las ofensas que mas embarazaban; y Hernan Cortés ordenó al mismo tiempo, que los bergantines y canoas rondasen la laguna y corriesen el distrito de las tres calzadas para impedir los socorros de la ciudad; por cuyo medio se hicieron repetidas presas de las embarcaciones que intentaban pasar con bastimentos y barriles de agua, y se tuvo noticia del aprieto en que se hallaban los sitiados. Cristóbal de Olid llegó algunas veces á poner en ruina los burgos ó primeras casas de la ciudad: Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval hacian el mismo daño en sus ataques; con lo cual, y con los buenos sucesos de aquellos dias, mudaron de semblante las cosas. Concibió el ejército nuevas esperanzas, y hasta los soldados menores facilitaban la empresa, entrando en las ocasiones con aquel género de alegre solicitud semejante al valor, que suele hacer atrevidos á los que llevan la victoria en la imaginacion, porque tuvieron la suerte de hallarse alguna vez entre los vencedores.

CAPITULO XXII.

Sírvense de varios ardides los mejicanos para su defensa: emboscan sus canoas contra los bergantines; y Hernan Cortés padece una rota de consideracion, volviendo cargado á Cuyoacan.

Fue notable, y en algunas circunstancias digna de admiracion, la diligencia con que defendieron su ciudad los mejicanos. Obraba como natural en ellos el valor, criados en la milicia, y sin otro camino de ascender á las mayores dignidades; pero en esta ocasion pasaron de valientes á discursivos, porque necesitaron de inventar novedades contra un género de invasion, cuya gente, cuyas armas y cuyas disposiciones eran fuera del uso en aquella tierra, y lograron algunos golpes, en que se acreditó su ingenio de mas que ordinariamente advertido. Queda referida la industria con que hallaron camino de fortificar sus calzadas, y no fue menor la que practicaron despues, enviando por diferentes rodeos canoas de gastadores á limpiar los fosos que iban cegando los españoles, para cargarlos al tiempo de la retirada con todas sus fuerzas: ardid que ocasionó algunas pérdidas en las primeras entradas. Dieron con el tiempo en otro arbitrio mas reparable, porque supieron obrar contra su costumbre cuando lo pedia la ocasion; y hacian de noche algunas salidas, solo á fin de inquietar los cuarteles, fatigando á sus enemigos con la falta del sueño, para esperarlos despues con tropas de refresco.

Pero en nada se conoció tanto su vigilancia y ha-

bilidad como en lo que discurrieron contra los bergantines, cuya fuerza desigual intentaron deshacer buscándolos desunidos; á cuyo efecto fabricaron treinta grandes embarcaciones de aquellas que llamaban piraguas; pero de mayores medidas, y empavesadas con gruesos tablones para recibir la carga, y pelear menos descubiertos. Con este género de armada salieron de noche á ocupar unos carrizales ó bosques de cañas palustres, que producia por algunas partes la laguna, tan densas y elevadas, que venian á formar diferentes malezas impenetrables á la vista. Era su intencion provocar á los bergantines que salian de dos en dos á impedir los socorros de la ciudad; y para llamarlos al bosque, llevaron prevenidas tres ó cuatro canoas de bastimentos que sirviesen de cebo á la emboscada, y bastante número de gruesas estacas, las cuales fijaron debajo del agua, para que chocando en ellas los bergantines, se hiciesen pedazos, ó fuesen mas fáciles de vencer: prevenciones y cautelas, de que se conoce que sabian discurrir en su defensa, y en la ofensa de sus enemigos: tocando en las sutilezas que hicieron ingenioso al hombre contra el hombre, y son como enseñanzas del arte militar, ó sinrazones de que se compone la razon de la guerra.

Salieron el dia siguiente á correr aquel paraje dos bergantines de los cuatro que asistian á Gonzalo de Sandoval en su cuartel, á cargo de los capitanes Pedro de Barba y Juan Portillo; y apenas los descubrió el enemigo, cuando echó por otra parte sus canoas, para que dejándose ver á lo largo fingiesen la fuga y se retirasen al bosque; lo cual ejecutaron tan á tiempo, que los dos bergantines se arrojaron á la presa con todo el ímpetu de los remos; y á breve rato dieron en el lazo de la estacada oculta, quedando totalmente impedidos y en estado que ni podian retroceder ni pasar adelante.

Salieron al mismo tiempo las piraguas enemigas, y los cargaron por todas partes con desesperada resolucion. Llegaron á verse los españoles en contingencia de perderse; pero llamando al corazon los últimos esfuerzos de su espíritu, mantuvieron el combate para divertir al enemigo, entre tanto que algunos nadadores saltaron al agua, y á fuerza de brazos y de instrumentos rompieron ó apartaron aquellos estorbos, en que zabordaban los buques, cuya diligencia bastó para que pudiesen tomar la vuelta y jugar su artillería, dando al traves con la mayor parte de las piraguas, y siguiendo las balas el alcance de las que procuraban escapar. Quedó con bastante castigo el estratagema de los mejicanos, pero salieron de la ocasion maltratados los bergantines, heridos y fatigados los españoles. Murió peleando el capitan Juan Portillo, á cuyo valor y actividad se debió la mayor parte del suceso; y el capitan Pedro de Barba salió con algunas heridas penetrantes, de que murió tambien dentro de tres dias: pérdidas ambas que sintió Hernan Cortés con notables demostraciones, y particularmente la de Pedro de Barba, porque le faltó en él un amigo igualmente seguro en todas fortunas, y un soldado valeroso sin achaques de valiente, y cuerdo sin tibiezas de reportado.

Tardó poco en venirse á las manos la venganza de este suceso, porque los mejicanos volvieron á reparar sus piraguas, y con nuevas embarcaciones de iguales medidas se ocultaron otra vez en el mismo bosque, fortificándole con nueva estacada, y creyendo menos advertidamente lograr segundo golpe sin dar otro color al engaño. Llegó dichosamente á noticia de Hernan Cortés este movimiento del enemigo, y procurando adelantar cuanto pudo la satisfaccion de su pérdida, ordenó que fuesen de noche á la deshilada seis bergantines á emboscarse dentro de otro cañaveral, que se descubria no muy distante de la celada enemiga, y que usando de su misma estratagema saliese al amanecer uno de ellos, dando á entender con diferentes puntas que buscaba las canoas de la provision, y acercándose despues á las piraguas ocultas, lo que fuese necesario para fingir que las habia descubierto, y para tomar entonces la vuelta, llamándolas con fuga diligente hácia el paraje de la contra-emboscada prevenida. Sucedió todo como se habia dispuesto: salieron los mejicanos con sus piraguas á seguir el alcance del bergantin fugitivo, abalanzándose á la presa, que ya daban por suya, con grandes alaridos y mayor velocidad, hasta que llegando á distancia conveniente, les salieron al encuentro los otros bergantines, recibiéndolos, antes que se pudiesen detener, con la artillería, cuyo rigor se llevó de la primera carga buena parte de las piraguas, dejando á las demas en estado, que ni el temor encontraba con la fuga, ni la turbacion las apartaba del peligro. Perecieron casi todas á la reputacion de los tiros, y murió la mayor parte de la gente que las defendia; con que no solo se vengó la muerte de Pedro de Barba y Juan Portillo, pero se rompió enteramente su armada, quedando Hernan Cortés no sin conocimiento de que aprendió de los mejicanos el ardid ó la invencion de hacer emboscadas en el agua; pero con particular satisfaccion de haber sabido imitarlos para deshacerlos.

Llegaban por entonces frecuentes avisos de lo que pasaba en la ciudad, por ser muchos los prisioneros que venian de las entradas, y sabiendo Hernan Cortés que se hacian ya sentir entre los sitiados la hambre y la sed, ocasionando rumores en el pueblo, y varias opiniones entre los soldados, puso mayor diligencia en cerrar el paso á las vituallas; y para dar nueva razon á sus armas, envió dos ó tres nobles de los mismos prisioneros á Guatimozin: «convidándole »con la paz, y ofreciéndole partidos ventajosos, en »órden á dejarle con el reino, y en toda su gran»deza, quedando solamente obligado á reconocer el »supremo dominio en el rey de los españoles; cuyo »derecho apoyaba entre los mejicanos la tradicion de »sus mayores, y el consentimiento de los siglos.» En esta sustancia fue su proposicion, y repitió algunas veces la misma diligencia, porque á la verdad sentia destruir una ciudad tan opulenta y deliciosa que ya miraba como alhaja de su rey.

Oyó entonces Guatimozin, con menos altivez que solia, el mensaje de Cortés; y segun lo que refirieron poco despues otros prisioneros, llamó á su presencia el consejo de sus militares y ministros, convocando á los sacerdotes de los ídolos que tenian voto de primera calidad en las materias públicas. Ponderó en la propuesta; «el estado miserable á que se hallaba re»ducida la ciudad; la gente de guerra que se perdia; »lo que se congojaba el pueblo con los principios de »la necesidad; la ruina de los edificios; y últimamen»te pidió consejo inclinándose á la paz lo bastante »para que le siguiese la lisonja ó el respeto,» como sucedió entonces, porque todos las cabos y ministros votaron que se admitiese la proposicion de la paz, y se oyesen les partidos con que se ofrecia, reservando para despues el discurrir sobre su proporcion ó su disonancia.

Pero los sacerdotes se opusieron con el rostro firme á las pláticas de la paz, fingiendo algunas respuestas de sus ídolos, que aseguraban de nuevo la victoria, ó seria verdad en estos ministros de la mentira de sus dioses, porque andaba muy solícito aquellos dias el demonio, esforzando en los oidos lo que no podia en los corazones. Y tuvo tanta fuerza este dictámen, armado con el celo de la religion, ó libre con el pretesto de piadoso, que se redujeron á él todos los votos, y Guatimozin, no sin particular desabrimiento, porque ya sentia en su corazon algunos presagios de su ruina, resolvió que se continuase la guerra; intimanddo á sus ministros, que perderia la

cabeza cualquiera que se atreviese á proponerle otra vez la paz, por aprietos en que se llegase á ver la ciudad, sin esceptuar de este castigo á las mismos sacerdotes, que debian mantener con mayor constancia la opinion de sus oráculos.

Determinó Hernan Cortés con esta noticia que se hiciese una entrada general por las tres calzadas, para introducir á un mismo tiempo el incendio y la ruina en lo mas interior de la ciudad, y enviando las órdenes á los capitanes de Tacuba y Tepeaquilla, entró á la hora señalada con el trozo de Cristóbal de Olid por Cuyoacan. Tenian los enemigos abiertos los fosos y fabricados sus reparos en la forma que solian; pero los cinco bergantines de aquel distrito rompieron con facilidad las fortificaciones, al mismo tiempo que se iban cegando los fosos, y pasó el ejército sin detencion considerable, hasta que llegando á la última puente que desembocaba en la ribera, se halló de otro género la dificultad. Habian derribado parte de la calzada para ensanchar aquel foso, dejándole con sesenta pasos de longitud, y cargando el agua de las acequias para darle mayor profundidad. Tenian á la márgen contrapuesta una gran fortificacion de maderos unidos y entablados, con dos ó tres órdenes de troneras, y no sin algun género de traveses, y era innumerable muchedumbre de gente la que habian prevenido para la defensa de aquel paso. Pero á los primeros golpes de la batería cayó en tierra esta máquina; y los enemigos despues de padecer el daño que hicieron sus ruinas, viéndose descubiertos al rigor de las balas, se recogieron á la ciudad, sin volver el rostro, ni cesar en sus amenazas. Dejaron con esto libre la ribera, y Hernan Cortés, por ganar el tiempo, dispuso que la ocupasen luego los españoles, sirviéndose para salir á tierra de los bergantines y de las canoas amigas que los acompañaban, por cuyo medio pasaron despues las naciones, los caballos y tres piezas de artillería, que parecieron bastantes para la faccion de aquel dia.

Pero antes de cerrar con el enemigo, que todavía perseveraba en las trincheras, con que tenian atajadas las calles, encargó al tesorero Julian de Alderete, que se quedase á cegar y mantener aquel foso, y á los bergantines que procurasen hacer la hostilidad que pudiesen, acercándose á la batalla por las acequias mayores. Trabóse luego la primera escaramuza, y Julian de Alderete, con el oido en el rumor de las armas, y con la vista en el avance de los españoles, aprendió que no era decente á su persona la ocupacion, á su parecer mecánica, de cegar un foso, cuando estaban peleando sus compañeros; y se dejó llevar inconsideradamente á la ocasion, cometiendo este cuidado á otro de su compañía, el cual, ó no supo ejecutarlo, ó no quiso encargarse de operacion desacreditada por el mismo que la subdelegaba, con que le siguió toda la gente de su cargo, y quedó abandonado aquel foso, que se tuvo por impenetrable al tiempo de la entrada.

Fue valerosa en los primeros ataques la resistencia de los mejicanos. Ganaróns e con dificultad y á costa de algunas heridas sus fortificaciones, y fue mayor el conflicto cuando se dejaron atras los edificios arruinados, y llegó el caso de pelear con los terrados y ventanas; pero en lo mas ardiente del furor con que peleaban, se conoció en ellos una flojedad repentina que pareció ejecucion de nueva órden; porque iban perdiendo apresuradamente la tierra que ocupaban: y segun lo que se presumió entonces y se averiguó despues, nació esta novedad de que llegó á noticia de Guatimozin el desamparo del foso grande, y ordenó á sus cabos que tratasen de guardarse y conservar la gente para la retirada. Tuvo Hernan Cortés por sospechoso este movimiento del enemigo, y porque se iba limitando el tiempo, de que necesitaba para llegar antes de la noche á su cuartel, trató de retirarse, mandando primero que se derribasen y diesen al fuego algunos edificios para quitar los padrastos de la entrada siguiente.

Pero apenas se dió principio á la marcha, cuando asustó los oidos un instrumento formidable y melancólico, que llamaban ellos *la Bocina Sagrada*, porque solamente la podian tocar los sacerdotes cuando intimaban la guerra y concitaban los ánimos de parte de sus dioses. Era el sonido vehemente, y el toque una cancion compuesta de bramidos que infundia en aquellos bárbaros nueva ferocidad, dando impulsos de religion al desprecio de la vida. Empezó despues el rumor insufrible de sus gritos; y al salir el ejército de la ciudad cayó sobre la retaguardia que llevaban á su cargo los españoles, una multitud innumerable de gente resuelta y escogida para la faccion que traian premeditada.

Hicieron frente los arcabuces y ballestas; y Hernan Cortés con los caballos que le seguian, procuró detener al enemigo; pero sabiendo entonces el embarazo del foso que impedia la retirada, quiso doblarse y no lo pudo conseguir, porque las naciones amigas, como no traian órden para retirarse, y tropezaron primero la dificultad, cerraron con ella precipitadamente, y no se oyeron las órdenes, ó no se obedecieron.

Pasaban muchos á la calzada en los bergantines y canoas, siendo mas los que se arrojaron al agua, donde hallaron tropas de indios nadadores que los herian ó anegaban. Quedó solo Hernan Cortés con algunos de los suyos á sustentar el combate. Mataron á flechazos el caballo en que peleaba; y apeándose á socorrerle con el suyo el Capitan Francisco de Guzman, le hicieron prisionero, sin que fuese posible conseguir su libertad. Retiróse finalmente á los bergantines, y volvió á su cuartel herido, y poco menos que derrotado, sin hallar recompensa en el destrozo que recibieron los mejicanos. Pasaron de cuarenta los españoles que llevaron vivos para sacrificarlos á sus ídolos: perdióse una pieza de artillería: murieron mas de mil tlascaltecas; y apenas hubo español que no saliese maltratado: pérdida verdaderamente grande, cuyas consecuencias meditaba y conocia Hernan Cortés, negando al semblante lo que sentia el corazon por no descubrir entonces la malicia del suceso. ¡Dura, pero inescusable pension de los que gobiernan ejércitos! obligados siempre á traer en las adversidades el dolor en el fondo, y el desahogo en la superficie del ánimo.

CAPITULO XXIII.

Celebran los mejicanos su victoria con el sacrificio de los españoles: atemoriza Guatimozin á los confederados, y consigue que desamparen muchos á Cortés; pero vuelven al ejército en mayor número, y se resuelve á tomar puestos dentro de la ciudad.

Hicieron sus entradas al mismo tiempo Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado, hallando en ellas igual oposicion, y con poca diferencia en los progresos de ambos ataques: ganar los puentes, cegar los fosos, penetrar las calles, destruir los edificios y sufrir en la retirada los últimos esfuerzos del enemigo. Pero faltó el contratiempo del foso grande, y fue la pérdida menor, aunque llegarian á veinte los españoles que faltaron de ambas entradas, sobre los cuales hacen la cuenta los que dicen, que perdió Hernan Cortés mas de sesenta en la de Cuyoacan.

El tesorero Julian de Alderete, á vista de los daños que habia ocasionado su inobediencia, conoció su culpa, y vino desalentado y pesaroso á la presencia de Cortés, ofreciendo su cabeza en satisfaccion de su delito; y él le reprendió con severidad, dejándole sin otro castigo, porque no se hallaba en tiempo de con-

tristar la gente con la demostracion que merecia (1). Fue preciso alzar por entonces la mano de la guerra ofensiva, y se trató solo de ceñir el asedio y estrechar el paso á las vituallas, entre tanto que se atendia con particular cuidado á la cura de los heridos, que fueron muchos, y mas fáciles de numerar los que no lo estaban.

Pero se descubrió entonces la gracia de un soldado particular, llamado Juan Cathalan, que sin otra medicina que un poco de aceite (2) y algunas bendiciones, curaba en tan breve tiempo las heridas que no parecia obra natural. Llama el vulgo á este género de cirugía curar por ensalmo, sin otro fundamento que haber oido entre las bendiciones algunos versos de los salmos, habilidad ó profesion no todas veces segura en lo moral, y algunas permitida con riguroso exámen. Pero en este caso no seria temeridad que se tuviese por obra del cielo semejante maravilla, siendo la gracia de sanidad uno de los dones gratuitos que suele Dios comunicar á los hombres; y no parece creible que se diese concurso del demonio en los medios con que se conseguia la salud de los españoles, al mismo tiempo que procuraba destruirlos con la sugestion de sus oráculos. Antonio de Herrera dice, que fue una muger española, que se llamaba Isabel Rodriguez, la que obró estas curas admirables; pero seguimos á Bernal Diaz del Castillo que se halló mas cerca: y aunque tenemos por infelicidad de la pluma el tropezar con estas discordancias de los autores, no todas se deben apurar, porque siendo cierta la obra, importa poco á la verdad la diferencia del instrumento.

Volvamos empero á los mejicanos, que aplaudieron su victoria con grandes regocijos. Viéronse aquella noche desde los cuarteles coronados los adoratorios de hogueras y perfumes; y en el mayor, dedicado al dios de la guerra, se percibian sus instrumentos militares en diferentes coros de menos importuna disonancia. Solemnizaban con este aparato el miserable sacrificio de los españoles que prendieron vivos, cuyos corazones palpitantes llamando al Dios de la verdad mientras les duraba el espíritu, dieron el último calor de la sangre á la infeliz aspersion de aquel horrible simulacro. Presumióse la causa de semejante celebridad, y las hogueras daban tanta luz, que se distinguia el bullicio de la gente, pero se alargaban algunos de los soldados á decir, que percibian las voces y conocian los sugetos. ¡Lastimoso espectáculo! y á la verdad no tanto de los ojos, como de la consideracion, pero en ella tan funesto y tan sensible, que ni Hernan Cortés pudo reprimir sus lágrimas, ni dejar de acompañarle con la misma demostracion todos los que le asistian.

Quedaron los enemigos nuevamente orgullosos de este suceso, y con tanta satisfaccion de haber aplacado el ídolo de la guerra con el sacrificio de los españoles, que aquella misma noche, pocas horas antes de amanecer, se acercaron por las tres calzadas á inquietar los cuarteles, con ánimo de poner fuego á los bergantines, y proseguir la rota de aquella gente, que no sin particular advertencia, consideraban herida y fatigada; pero no supieron recatar su movimiento, porque avisó de él aquella trompeta infernal que los irritaba, tratando á manera de culto la desesperacion; y se previno la defensa con tanta oportunidad, que volvieron rechazados, con la diligencia sola de asestar á las calzadas la artillería de los bergantines y de los mismos alojamientos, que disparando al bulto de la gente, dejó bastantemente castigado su atrevimiento.

(1) Ignoramos los datos que tendria Solís para apoyar este relato. Véase lo que anteriormente hemos dicho en otra nota.

(2) Bernal Diaz dice que carecian de aceite, supliendo esta falta, en la cura de sus heridas, con grasa de los indios muertos en combate: el mismo autor se contradice en otra parte sobre este particular.

El dia siguiente dió Guatimozin, por su propio discurso, en diferentes arbitrios de aquellos que suelen agradecerse á la pericia militar. Echó voz de que habia muerto Hernan Cortés en el paso de la calzada, para entretener al pueblo con esperanzas de breve desahogo. Hizo llevar las cabezas de los españoles sacrificados á las poblaciones comarcanas, para que acabándose de creer su victoria, tratasen de reducirse los que andaban fuera de su obediencia; y últimamente, divulgó, que aquella deidad suprema entre sus ídolos, cuyo instituto era presidir á los ejércitos, mitigada ya con la sangre de los corazones enemigos, le habia dicho en voz inteligible: que dentro de ocho dias se acabaria la guerra, muriendo en ella cuantos despreciasen este aviso. Fingiólo así, porque se persuadió á que tardaria poco en acabar con los españoles, y tuvo inteligencia para introducir en los cuarteles enemigos personas desconocidas que derramasen estas amenazas de su dios, entre las naciones de indios que militaban contra él: notable ardid para melancolizar aquella gente, desanimada ya con la muerte de los españoles, con el estrago de los suyos, con la multitud de los heridos, y con la tristeza de los cabos.

Tenian tan asentado el crédito las respuestas de aquel ídolo, y era tan conocido por sus oráculos en las regiones mas distantes, que se persuadieron fácilmente á que no podian faltar sus amenazas, haciendo tanta batería en su imaginacion el plazo de los ocho dias, señalado por el término fatal de su vida, que se determinaron á desamparar el ejército; y en las dos ó tres primeras noches faltó de los cuarteles la mayor parte de los confederados, siendo tan poderosa en aquellas naciones esta despreciable aprension, que hasta los mismos tlascaltecas y tezcucanos se deshicieron con igual desórden, ó porque temieron el oráculo como los demas, ó porque se los llevó tras sí el egemplo de los que le temian. Quedaron solamente los capitanes y la gente de cuenta, puede ser que con el mismo temor; pero si le tuvieron; fue menos poderosa en ellos la defensa de la vida que la ofensa de la reputacion.

Entró Hernan Cortés en nueva congoja con este inopinado accidente, que le obligaba poco menos que á desconfiar de su empresa, pero luego que llegó á su noticia el orígen de aquella novedad, envió en seguimiento de las tropas fugitivas á sus mismos cabos para que las detuviesen, contemporizando con el miedo que llevaban, hasta que pasados los ocho dias, señalados por el oráculo, llegasen á conocer la incertidumbre de aquellos vaticinios, y fuesen mas fáciles de reducir al ejército: diligencia de notable acierto en el discurso de Hernan Cortés; porque pasados los ocho dias, llegó á tiempo la persuasion, y volvieron á sus cuarteles con aquel género de nueva osadía que suele formarse del temor desengañado.

Don Hernando, el príncipe de Tezcuco, envió á su hermano por los de aquella nacion, y volvió con ellos y con nuevas tropas que halló formadas para socorrer el ejército. Los tlascaltecas desertores, que fueron de la gente mas ordinaria, no se atrevieron á proseguir su viaje, temiendo el castigo á que iban espuestos; y estuvieron á la mira del suceso, creyendo que podrian unirse con los fugitivos de la rota imaginada; pero al mismo tiempo que se desengañaron de su vana credulidad, tuvieron la dicha de incorporarse con un socorro que venia de Tlascala, y fueron mejor recibidos en el ejército.

De este aumento de fuerzas con que se hallaba Cortés, y del ruido que hacia en la comarca el aprieto de la ciudad, resultó el declararse por los españoles algunos pueblos que se conservaban neutrales ó enemigos: entre los cuales vino á rendirse y á tomar servicio en el ejército la nacion de los otomíes, gente, como dijimos, indómita y feroz, que á guisa de fie-

ras se conservaba en aquellos montes que daban sus vertientes á la laguna: rebeldes hasta entonces al imperio mejicano, sin otra defensa que vivir en paraje poco apetecible por estéril y despreciado por inhabitable, con que llegó segunda vez el caso de hallarse Cortés con mas de doscientos mil aliados á su disposicion; pasando en breves dias de la tempestad á la bonanza, y atribuyendo, como solia, este poco menos que súbito remedio al brazo de Dios, cuya inefable providencia suele muchas veces permitir las adversidades para despertar el conocimiento de los beneficios.

No estuvieron ociosos los mejicanos el tiempo que duró esta suspension de armas, á que se hallaron reducidos los españoles. Hacian frecuentes salidas, dejándose ver de dia y de noche sobre los cuarteles; pero siempre volvieron rechazados, perdiendo mucha gente, sin ofender ni escarmentar. Súpose de los últimos prisioneros que se hallaba en grande aprieto la ciudad; porque la hambre y la sed tenia congojada la plebe y mal satisfecha la milicia. Enfermaba y moria mucha gente de beber las aguas salitrosas de los pozos. Los pocos bastimentos que podian escapar de los bergantines ó entraban por los montes, se repartian por tasa entre los magnates, dando nueva razon á la impaciencia del pueblo, cuyos clamores tocaban ya en riesgos de la fidelidad (1). Llamó Hernan Cortés á sus capitanes para discurrir con esta noticia lo que se debia obrar, segun el estado presente de la ciudad y del ejército.

Hizo su proposicion, con poca esperanza de que se rindiesen los sitios á instancia de la necesidad, por el odio implacable que tenian á los españoles, por aquellas respuestas de sus ídolos con que le fomentaba el demonio; y se inclinó á que seria conveniente volver luego á las armas por esta probable conjetura, y porque no se deshiciesen otra vez aquellos aliados: gente de fáciles movimientos, y que así como era de servicio en los combates, peligraba en el ocio de los alojamientos, porque siempre deseaban la ocasion de llegar á las manos; y no se hacian capaces de que fuese guerra el asedio que se practicaba entonces, ni ofensas del enemigo aquellas suspensiones de la cólera militar.

Vinieron todos en que se continuara la guerra sin desamparar el asedio y Hernan Cortés, que acabó de conocer en el suceso antecedente lo que padecia en aquellas retiradas, espuestas siempre á los últimos esfuerzos de los mejicanos, resolvió que reforzando la guarnicion de los cuarteles y de la plaza de armas, se acometiese de una vez por las tres calzadas para tomar puestos dentro de la ciudad: los cuales se habian de mantener á todo riesgo, procurando avanzar cada trozo por su parte hasta llegar á la gran plaza de los mercados que llamaban el Tlateluco, donde se unirian las fuerzas para obrar lo que dictase la ocasion. Estuviera mas adelantada la empresa, ó conseguida enteramente, si se hubiera tomado en el principio esta resolucion: pero es tan limitada la humana providencia, que no hace poco el mayor entendimiento en lograr la enseñanza de los malos sucesos, y muchas veces necesita de fabricar los aciertos sobre la correccion de los errores.

CAPITULO XXIV.

Hácense las tres entradas á un tiempo, y en pocos dias se incorpora todo el ejército en el Tlateluco: retirase Guatimozin al barrio mas distante de la ciudad, y los mejicanos se valen de algunos esfuerzos y cautelas para divertir á los españoles.

Prevenidos los víveres, el agua y lo demas que pareció necesario para mantener la gente dentro de una ciudad donde faltaba todo, salieron los tres capitanes de sus cuarteles el dia señalado al amanecer; Pedro de Alvarado por el camino de Tacuba; Gonzalo de Sandoval por el de Tepeaquilla; y Hernan Cortés con el trozo de Cristóbal de Olid por el de Cuyoacan; llevando cada uno sus bergantines y canoas por los costados. Halláronse las tres calzadas en defensa, levantadas las puentes, abiertos los fosos, y con tanta sobra de gente como si fuera este dia el primero de la guerra; pero se venció aquella dificultad con la misma industria que otras veces, y á costa de alguna detencion llegaron los trozos á la ciudad con poca diferencia de tiempo. Ganáronse brevemente las calles arruinadas, porque los enemigos las defendian con flojedad, para retirarse á las que tenian guarnecidos los terrados. Pero los españoles trataron el primer dia de formar sus alojamientos, fortificándose cada trozo en su cuartel lo mejor que fue posible, con las ruinas de los edificios, y fundando su mayor seguridad en la vigilancia de sus centinelas.

Causó esta novedad grande turbacion y desconsuelo entre los mejicanos, desarmóse la prevencion que tenian hecha para cargar la retirada: corrió la voz engrandeciendo el peligro y apresurando los remedios: acudieron los nobles y ministros al palacio de Guatimozin, y á instancia de todos se retiró aquella misma noche á lo mas distante de la ciudad. Continuáronse las juntas, y hubo diversos pareceres desalentados ó animosos, segun obedecia el entendimiento á los dictámenes del corazon. Unos querian que se tratase desde luego de poner en salvo la persona del rey sacándole á paraje mas seguro; otros que se fortificase aquella parte de la ciudad que ocupaba la córte, y otros que se intentase primero desalojar los españoles, obligándolos á ceder la tierra que habian ocupado. Inclinóse Guatimozin al consejo de los mas valerosos; y escluyendo el desamparar la ciudad, con resolucion de morir entre los suyos, ordenó que al amanecer se acometiese con todo el resto á los cuarteles enemigos. Para cuyo efecto juntaron y distribuyeron sus tropas con ánimo de aplicar todas sus fuerzas al esterminio de los españoles. Y poco despues que se declaró la mañana se dejaron ver de los tres alojamientos; donde llegó primero el aviso de sus prevenciones; y la artillería que mandaba las calles hizo tan riguroso estrago en su vanguardia, que no se atrevieron á ejecutar la órden que traian, antes se desengañaron brevemente de que no era posible su empresa; y sin llegar á lo estrecho del ataque dieron principio á la fuga con apariencias de retirada: cuyo movimiento, espacioso y remiso por la frente, dió lugar á los españoles para que avanzasen hasta medir las armas, y sin mas diligencia que la que hubieron menester para seguir el alcance, quedó roto el enemigo, y mejorado el alojamiento de la noche siguiente.

Entróse despues en mayor dificultad, porque fue necesario caminar arruinando los edificios, batiendo los reparos, y cegando las aberturas de las calles; pero en uno y otro se procuró ganar el tiempo, y en menos de cuatro dias se hallaron los tres capitanes á vista del Tlateluco, á cuyo centro caminaban por líneas diferentes.

Fue Pedro de Alvarado el primero que llegó á poner los pies dentro de aquella gran plaza, donde intentaron doblarse los enemigos que llevaba cargados; pero no se les dió lugar para que lo consiguiesen, ni era fácil pasar á la operacion desde la fuga; y al primer combate desampararon el puesto, retirándose confusamente á las calles de la otra banda. Reconoció entonces Pedro de Alvarado que tenia

(1) Dice Bernal Diaz, que Cortés tomó el consejo que le dió el cacique auxiliar Suchel, de sitiar por hambre á los mejicanos. A esa arma poderosa debió Cortés la rendicion de Méjico: y á ella debiera acudir desde el principio para acelerar el éxito, y economizar la sangre de sus soldados.

cerca de sí un grande oratorio, cuyas gradas y torres ocupaba el enemigo; y con deseo de asegurar las espaldas, envió algunas compañías para que le asaltasen y mantuviesen; lo cual se consiguió sin dificultad, porque los defensores trataban ya de retirarse con el ejemplo de los suyos. Redujo luego á un escuadron toda su gente para disponer su alojamiento, y mandó hacer en lo alto del adoratorio algunas ahumadas para dar aviso á los demas capitanes del paraje donde se hallaba, ó para solicitar con aquella demostracion el aplauso de su diligencia.

Llegó poco despues el trozo que gobernaba Cristóbal de Olid y mandaba Hernan Cortés; y la multitud que desembocó en la plaza huyendo el avance de su gente, dió en el escuadron que formó con otro intento Pedro de Alvarado, donde perecieron casi todos combatidos por ambas partes; y sucedió lo mismo á los que rechazaba en su distrito Gonzalo de Sandoval, que tardó poco en arribar al mismo paraje.

Los que se habian retraido á las calles que miraban al resto de la ciudad, viendo unidas las fuerzas de los españoles, huyeron desalentados á guardar la persona de su rey, creyendo que se hallaban ya en el último conflicto, con que se pudo tratar del alojamiento sin oposicion; y Hernan Cortés aplicó alguna gente á la defensa de las calles que se dejaban atras para tener seguras las espaldas; y dispuso que los bergantines con sus canoas cuidasen de correr el distrito de las tres calzadas, avisando en diligencia de cualquiera novedad que mereciese reparo.



Prision de Guatimozin

Fue menester al mismo tiempo desembarazar la plaza de los cadáveres mejicanos, para cuyo efecto señaló algunas tropas de indios confederados que los fuesen echando en las calles de agua mas profundas, con cabos españoles que no los dejasen escapar con la carga miserable para celebrar aquellos banquetes de carne humana que daban la última solemnidad á sus victorias; y con todo este cuidado no fue posible atajar por la raiz el inconveniente, pero se remedió el esceso y se pudo componer la tolerancia con la disimulacion.

Vinieron aquella noche diferentes cuadrillas de paisanos, poco menos que difuntos, á dar su libertad por el sustento; y aunque se llegó á sospechar que venian arrojados como gente inútil que no podian sustentar, hicieron compasion á todos: y Hernan Cortés, que ya no esperaba del asedio lo que se prometia de sus manos, ordenó que se les diese algun refresco para que saliesen á buscar su vida fuera de la ciudad.

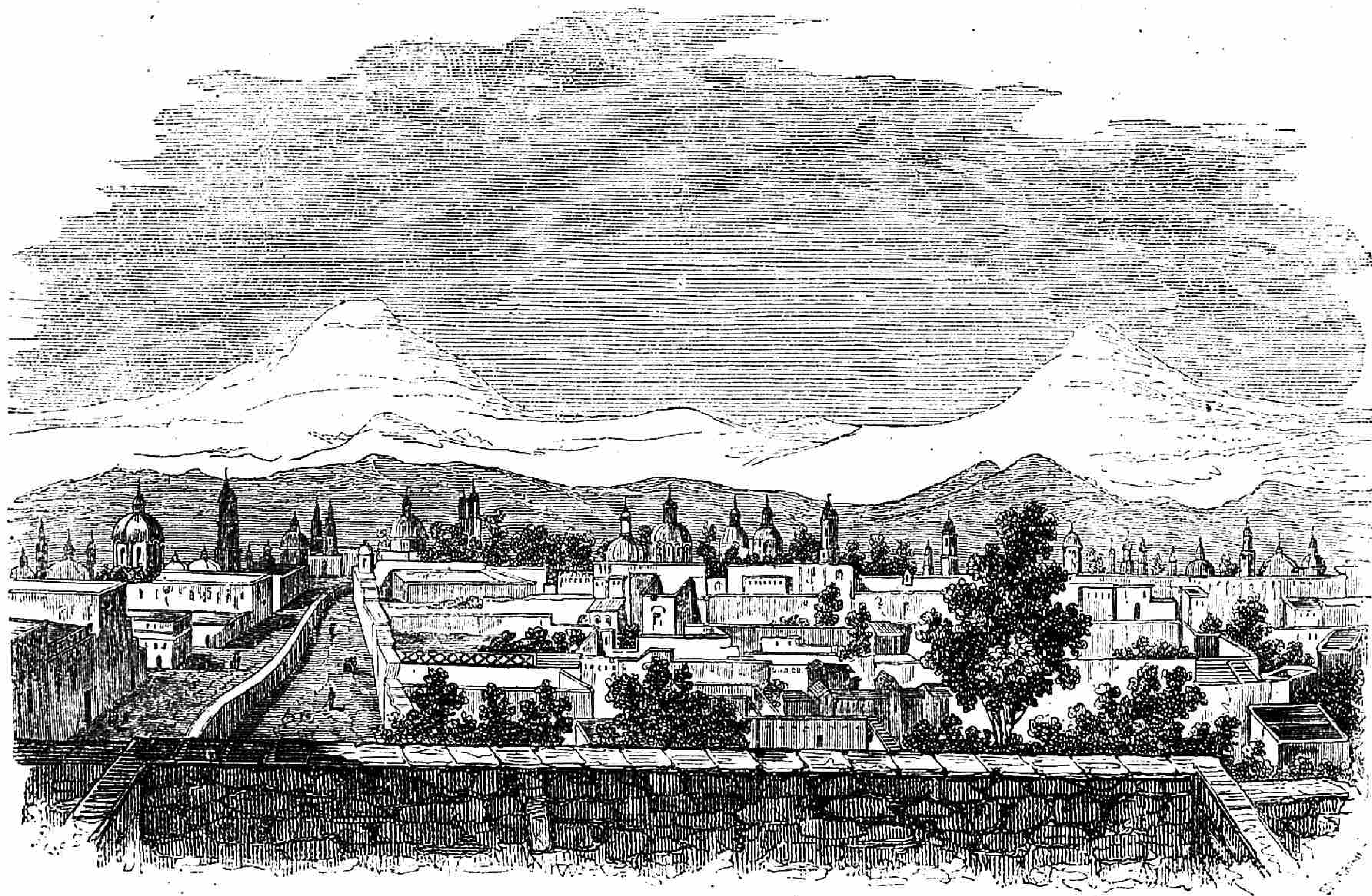
Por la mañana se vieron llenas de mejicanos las calles de su distrito; pero vinieron solamente á cubrir el trabajo de otras fortificaciones en que habian discurrido para defender la última retirada; y Hernan Cortés, viendo que no acometian ni provocaban, suspendió la entrada que tenia resuelta porque deseaba repetir la instancia de la paz, teniendo entonces por verosímil que se rindiesen á capitular, ó conociesen por lo menos que no era su intento destruirlos, pues ofrecia partidos unida su gente, y teniendo á su disposicion la mayor parte de la ciudad. Llevaron esta embajada tres ó cuatro prisioneros de los mas principales, y se aguardó la respuesta, no sin otra esperanza de que hacia fuerza la proposicion, porque se retiró enteramente la multitud que solia concurrir á la defensa de las calles.

Era el distrito que ocupaba Guatimozin con sus nobles ministros y militares, un ángulo muy espacioso de la ciudad, cuya mayor parte aseguraba la vecindad de la laguna; y por la otra, que distaba poco de Tlateluco, tenian cerradas todas las avenidas, con una circunvalacion de paredes ó murallas de tablazon y fagina que se daban la mano con los edificios, y tenian delante un foso de agua profundo que abrieron casi á la mano, haciendo cortaduras en las calles de tierra para dar corriente á las acequias. Entró Hernan Cortés el dia siguiente con la mayor parte de los españoles á reconocer el paraje que desamparó el enemigo, y llegó á vista de sus fortificaciones, cuya línea se halló coronada por todas partes de innumerable gente; pero con señas de paz, que se reducian á callar el toque de sus instrumentos y la irritacion de sus voces. Repitióse otras veces esta diligencia de

acercarse los españoles sin ofender ni provocar; y se conoció que tenian ellos la misma órden; porque bajaban siempre las armas, dando á entender con el silencio y la quietud, que no les eran desagradables los tratados que ocasionaban aquel género de tregua.

Pero al mismo tiempo se hizo reparo en los esfuerzos con que procuraban esconder la necesidad que padecian, y ostentar que no deseaban la paz con falta de valor. Poníanse á comer en público sobre los terrados, y arrojaban tortillas de maiz al pueblo para que se creyese que les sobraba el bastimento; y salian de cuando en cuando algunos capitanes á pedir batalla singular con el mas valiente de los españoles; pero duraban poco en la instancia, y se volvian á recoger, tan ufanos del atrevimiento como pudieran de la victoria.

Uno de estos se acercó al paraje donde se hallaba Hernan Cortés, que parecia hombre de cuenta en los adornos de su desnudez, y eran sus armas espada y rodela, de las que perdieron los españoles sacrificados. Insistia con grande arrogancia en su desafio; y cansado Hernan Cortés de sufrir sus voces y sus ademanes, le hizo decir por su intérprete: «que trujese »otros diez como él, y permitiria que pasase á bata»llar con todos juntos aquel español,» señalando á su paje de rodela. Conoció el indio su desprecio; pero sin darse por entendido, volvió á la porfía con mayor insolencia; y el paje, que se llamaba Juan Nuñez de Mercado, y seria de hasta diez y seis ó diez y siete años, persuadido á que le tocaba el duelo como señalado para él, se apartó del concurso disimuladamente, lo que hubo menester para lograr su hazaña sin que le detuviesen; y pasando como pudo el foso, cerró con el mejicano, que ya le aguardaba prevenido; pero recibiendo en la rodela su primer golpe, le dió al mismo tiempo una estocada con tan briosa resolucion, que sin necesitar de segunda herida, cayó muerto á sus pies: accion que tuvo grande aplauso entre los españoles, y mereció á los enemigos igual admiracion. Volvió luego á los pies de su amo con la espada y la rodela del vencido; y él, que se pagó enteramente de su temprano valor, le abrazó repetidas veces, y ciñéndole de su mano la espada que ganó por sus puños, le dejó confirmado en la opinion de valiente, y admitido á las veras de otra edad en las conversaciones del ejército.



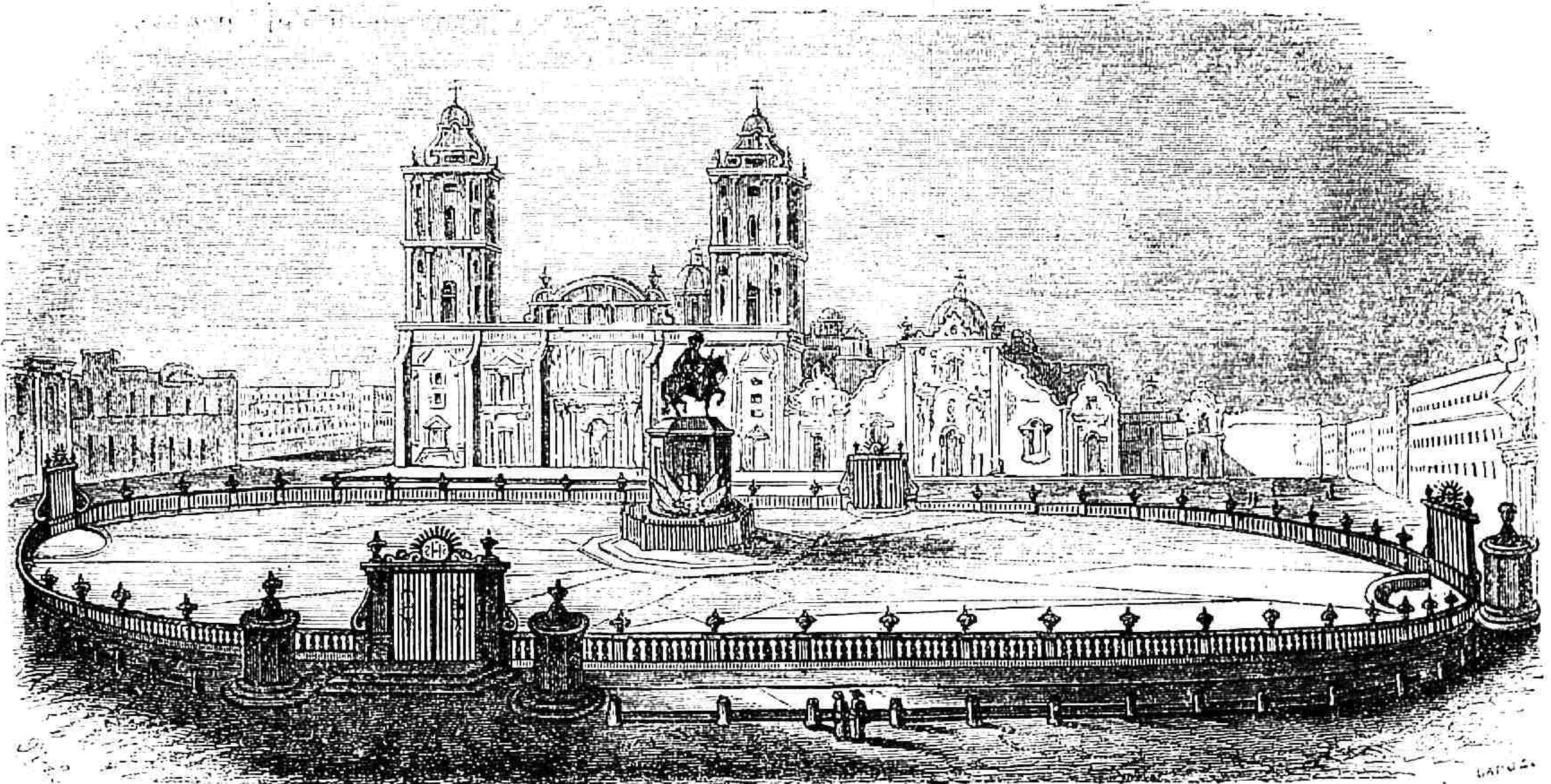
Vista de Méjico.

En los tres ó cuatro dias que duró esta suspension de armas, hubo frecuentes conferencias entre los mejicanos sobre la proposicion de la paz. La mayor parte de los votos queria que se admitiesen los tratados, conociendo el estado miserable á que se hallaban reducidos; y algunos clamaban por la continuacion de la guerra, fundado interiormente su parecer en el semblante de su rey; pero aquellos sacerdotes inmundos que votaban, mandando como intérpretes de sus dioses, fortalecieron el bando menor, mezclando las ofertas de la victoria con misteriosas amenazas, dichas á manera de oráculos; por cuyo medio encendieron los ánimos haciéndolos partícipes de su furor: con que votaron todos á una voz que se volviese á las armas; y Guatimozin lo resolvió en la misma conformidad, calificando su obstinacion con la obediencia de los dioses. Pero mandó al mismo tiempo, que antes de romper la tregua saliesen todas las piraguas y canoas á una ensenada que hacia la laguna por aquella parte de la ciudad, para tener prevenida la retirada caso que se llegasen á ver en el último aprieto.

Ejecutóse luego esta órden, y fueron saliendo á la ensenada innumerables embarcaciones, sin otra gente que la necesaria para los remos: de cuya novedad avisaron á Hernan Cortés los españoles de la laguna, y él conoció luego que hacian aquella prevencion los mejicanos para escapar con la persona de su rey, dejando pendiente la guerra, y litigiosa la posesion de la ciudad. Nombró con este cuidado por general de todos los bergantines á Gonzalo de Sandoval, para que sitiase á lo largo la ensenada, tomando por su cuenta los accidentes de aquella surtida; y poco despues movió su ejército con ánimo de acercarse á las fortificaciones, y adelantar la resolucion de la paz con

las amenazas de la guerra. Pero los enemigos tenian ya la órden para defenderse; y antes que llegase la vanguardia, publicaron sus gritos el rompimiento del tratado. Dispusiéronse al combate con grande osadía, y á breve rato se conoció que iba desmayando su orgullo, porque al esperimentar el destrozo que hicieron las primeras baterías en aquella frágil muralla que tenian por impenetrable, se desengañaron de su peligro; y segun parece avisaron de él á Guatimozin, porque tardaron poco en hacer llamada con lienzos blancos, repitiendo á voces el nombre de la paz.

Dióseles á entender por los intérpretes que podrian acercarse los que tuviesen que proponer de parte de su príncipe; y con esta permision se presentaron á la otra parte del foso cuatro mejicanos en traje de ministros, los cuales, hechas con afectada gravedad las humillaciones de su costumbre, dijeron á Cortés: «que la magestad suprema del poderoso Guatimozin, »su señor, los habia nombrado por tratadores de la »paz, y los enviaba para que, oyendo al capitan de »los españoles, volviesen á informarle de lo que se »debia capitular en ella.» Respondió Hernan Cortés: «que la paz era el único fin de sus armas; y aunque »pudieran ellas dar entonces la ley á los que tardaban »tanto en conocer la razon, venia desde luego en abrir »la plática para que se volviese al tratado; pero que »materias de semejante calidad se ajustaban dificul»tosamente por terceras personas; y así era necesa»rio que su príncipe se dejase ver, ó por lo menos se »acercase con sus ministros y consejeros, por si hu»biese alguna dificultad que necesitase de consulta; »puesto que se hallaba con ánimo de venir en cuan»tos partidos no fuesen repugnantes á la superior au»toridad de su rey: á cuyo fin le ofrecia con empeño »de su palabra,» y añadió la fuerza del juramento, «que por su parte no solo cesaría la guerra, pero se »procurarian lograr en su obsequio todas las atencio»nes que mirasen á la seguridad y al respeto de su »persona.»



Plaza principal de Méjico.

Retiráronse con este mensaje los enviados, satisfechos al parecer de su despacho, y volvieron aquella misma tarde á decir: «que su príncipe vendria el dia »siguiente con sus criados y ministros á escuchar »desde mas cerca los capítulos de la paz.» Era su intento entretener la conferencia con varios pretestos hasta que se acabasen de juntar sus embarcaciones para ejecutar la retirada que ya tenian resuelta: y así volvieron á la hora señalada los mismos enviados, suponiendo que no podia venir Guatimozin hasta otro dia por un accidente que le habia sobrevenido: alargóse despues el plazo con pretesto de ajustar algunas condiciones en órden al sitio y á la formalidad de las vistas; y últimamente se pasaron cuatro dias en estas interlocuciones, y se conoció mas tarde que debiera el engaño. Pero Hernan Cortés creyó que deseaban la paz, gobernándose por el estado en que se hallaban, tanto que tuvo hechas algunas prevenciones de aparato y ostentacion para el recibimiento de Guatimozin; y cuando supo lo que pasaba en la laguna, quedó avergonzado interiormente de haber mantenido su buena fé sobre tantas dilaciones, y prorumpió en amenazas contra el enemigo, sirviéndose de la cólera para ocultar su desaire; y hallando, al parecer, alguna diferencia entre las dos confesiones de ofendido y engañado.

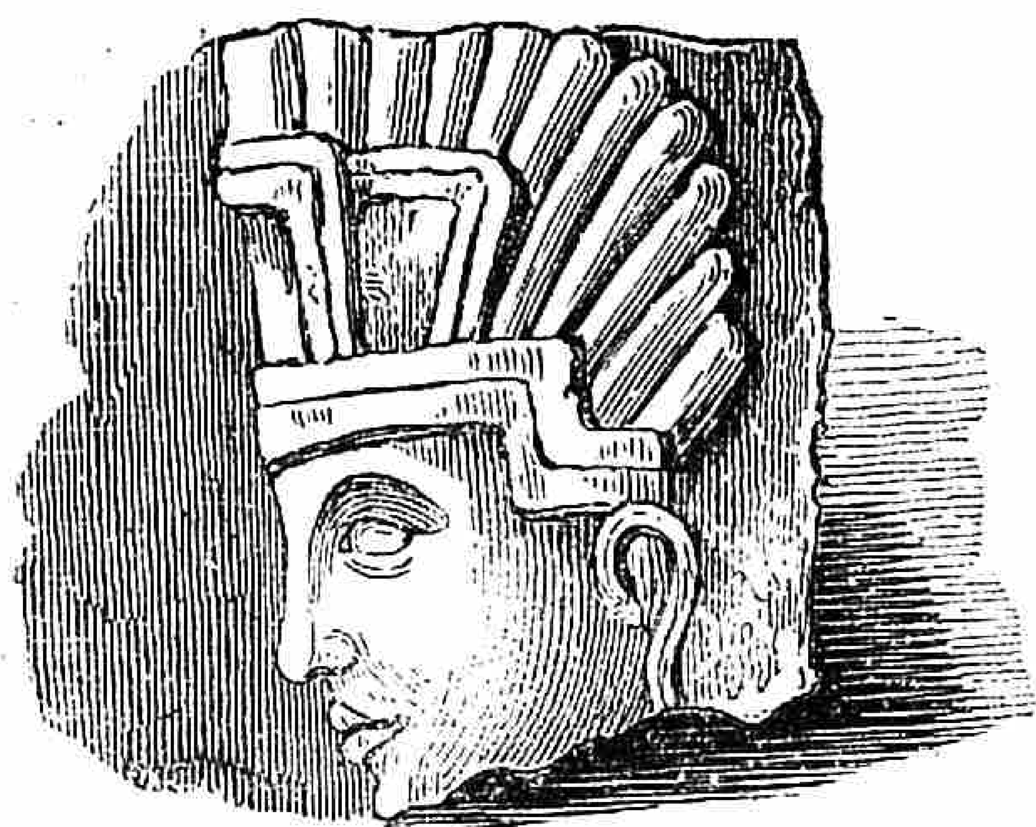
CAPITULO XXV.

Intentan los mejicanos retirarse por la laguna: pelean sus canoas con los bergantines para facilitar el escape de Guatimozin; y finalmente se consigue su prision y se rinde la ciudad.

Llegó el dia que señaló Hernan Cortés por último plazo á los ministros de Guatimozin, y al amanecer reconoció Gonzalo de Sandoval que se iban embarcando con grande aceleracion los mejicanos en las canoas de la ensenada. Puso luego esta novedad en la noticia de Cortés; y juntando los bergantines que tenia distribuidos en diferentes puestos, se fué acercando poco á poco para dar alcance á su artillería. Moviéronse al mismo tiempo las canoas enemigas en que venian los nobles y casi todos los cabos principales de la plaza; porque traian discurrido hacer un esfuerzo grande contra los bergantines, y mantener á todo riesgo el combate, hasta que retirada la persona de su rey, entre tanto que duraba esta diversion de sus enemigos, pudiesen apartarse despues á seguirle por diferentes rumbos. Así lo ejecutaron acometiendo á los bergantines con tanto ardimiento, que sin detenerse al estrago que hicieron las balas en lo distante, se acercaron muchos á recibir los golpes de las picas

y las espadas. Pero al mismo tiempo que duraba el fervor de la batalla, reparó Gonzalo de Sandoval en que iban escapando á toda fuerza de remo seis ó siete piraguas por lo mas distante de la ensenada; y ordenó al capitan García de Holguin que partiese á darlas caza con el bergantin de su cargo, y procurase rendirlas con la menor ofensa que fuese posible.





Esculturas mejicanas.

Nombró entre los demas capitanes á García de Holguin, tanto por lo que fiaba de su valor y actividad, como por la gran ligereza de su bergantin: diferencia que consistiria en el vigor de los remeros, ó en haber salido el buque mas obediente á los remos: circunstancias que suele dar el caso en este género de fábricas. Y él, sin detenerse mas que á tomar la vuelta y alentar la boga, puso tanto calor en su diligencia, que á breve rato ganó alguna ventaja para volver la proa, y dejarse caer sobre la piragua que iba delante, y parecia superior á las demas. Pararon todas á un tiempo, soltando los remos al verse acometidas: y los mejicanos de la primera dijeron á grandes voces que no se disparase, porque venia en aquella embarcacion la persona de su rey; segun lo interpretaron algunos soldados españoles que ya sabian algo de su lengua, y para darse á entender mejor, bajaron las armas, adornando el ruego con varias demostraciones de rendidos. Abordó con esto el bergantin, y saltando en la piragua, se arrojaron á la presa García de Holguin y algunos de sus españoles. Adelantóse á los suyos Guatimozin; y conociendo al capitan en el semblante de los otros, le dijo: «yo soy »tu prisionero, y quiero ir donde me puedes llevar: »solo te pido que atiendas al decoro de la emperatriz »y de sus criadas.» Pasó luego al bergantin, y dió la mano á su mujer para que subiese á él, tan lejos de la turbacion, que reconociendo á García de Holguin cuidadoso de las otras piraguas, añadió: «no tienes »que discurrir en esa gente de mi séquito, porque »todos se vendrán á morir donde muriere su príncipe:» y á su primer seña dejaron caer las armas, y siguieron el bergantin como prisioneros de su obligacion.

Peleaba entre tanto Gonzalo de Sandoval con las canoas enemigas; y se conoció en su resistencia la calidad de la gente que las ocupaba, y el grande asunto de aquella nobleza que tomó á su cargo la resolucion de facilitar á costa de su sangre la libertad de su rey. Pero duraron poco en la batalla, porque tuvieron brevemente la noticia de su prision; y pasando en un instante de la turbacion al desaliento, se convirtieron los alaridos militares en clamores y lamentos de mas apagado rumor. No solo se rendian con poca ó ninguna resistencia; pero hubo muchos de los nobles que hicieron pretension de pasar á los bergantines para seguir la fortuna de su príncipe.

Llegó entonces García de Holguin, despachando primero una canoa en diligencia con el aviso á Cortés, y sin acercarse demasiado al bergantin de Sandoval, le dió como de paso cuenta del suceso; y viéndole inclinado á encargarse del gran prisionero, continuó su viaje, temiendo que pasase á ser órden la primera insinuacion, y se hiciese delito de su obediencia la razon de su repugnancia.

Continuábanse al mismo tiempo los ataques de la muralla dentro de la ciudad; y los mejicanos, que se ofrecieron á defenderla para divertir por aquella parte á los españoles, pelearon con admirable constancia y arrojamiento, hasta que sabiendo por sus centinelas el fracaso de las piraguas en que iba Guatimozin, se retiraron atropelladamente, volviendo las espaldas con mas señas de asombrados que temerosos.

Conocióse luego la causa de aquella novedad, porque llegó entonces el aviso que adelantó García de Holguin, y Hernan Cortés levantando los ojos al cielo, como quien reconocia el orígen de su felicidad, mandó luego á los cabos de su ejército que se mantuviesen á vista de las fortificaciones sin pasar á mayor empeño hasta otra órden; y enviando al mismo tiempo dos compañías de españoles al surgidero para que asegurasen la persona de Guatimozin, salió á recibirle cerca de su alojamiento, cuya funcion ejecutó con grande urbanidad y reverencia, en que obraron mas que las palabras las señas esteriores; y Guatimozin correspondió en la misma lengua, procurando esforzar el agrado para encubrir el despecho.

Cuando llegaron á la puerta se detuvo el acompamiento, y Guatimozin entró delante con la emperatriz, afectando que no rehusaba la prision. Sentáronse luego los dos, y él se volvió á levantar para que tomase Cortés su asiento, tan dueño de sí en estos principios de su adversidad, que reconociendo á los intérpretes por el puesto que ocupaban, rompió la plática diciendo: «¿qué aguardas, valeroso capitan, »que no me quitas la vida con ese puñal que traes al »lado? Prisioneros como yo siempre son embarazosos »al vencedor. Acaba conmigo de una vez, y tenga »yo la dicha de morir á tus manos, ya que me ha »faltado la de morir por mi patria.»

Quisiera proseguir, pero se dió por vencida su constancia, y dijo lo demas el llanto, llevándose tras sí las cláusulas de la voz y la resistencia de los ojos: siguióle con menos reserva la emperatriz, y Hernan Cortés, necesitó de negarse á las instancias de su piedad para no enternecerse. Pero dejando algun tiempo al desahogo de ambos príncipes, respondió á Guatimozin: «que no era su prisionero, ni habia »caido en semejante indignidad su grandeza; sino »prisionero de un príncipe tan poderoso que no tenia »superior en todo el orbe de la tierra, y tan benigno »que de su real clemencia podia esperar, no sola»mente la libertad que habia perdido, sino el imperio »de sus mayores, mejorado con el título de su amis»tad: que por el tiempo que tardase la noticia de sus »órdenes, seria respetado y servido entre los espa»ñoles, de manera que no le hiciese falta la obedien-

»cia de sus mejicanos.» Y quiso pasar á consolarle con algunos ejemplos de coronas infelices; pero estaba muy tierno el dolor para sufrir los remedios, y temió la empresa de reducirle, sin mortificarle, porque no se hicieron los consuelos para reyes desposeidos, ni era fácil buscar la conformidad en el ánimo cuando faltaba Dios en el entendimiento.

Era Guatimozin mozo de veinte y tres á veinte y cuatro años, tan valeroso entre los suyos, que de esta edad se halló graduado con las hazañas y victorias campales, que habilitaban á los nobles para subir al imperio. El talle de bien ordenada proporcion: alto, sin descaecimiento, y robusto sin deformidad. El color tan inclinado á la blancura, ó tan lejos de la oscuridad, que parecia estranjero entre los de su nacion. El rostro, sin faccion que hiciese disonancia entre las demas, daba señas de la fiereza interior, tan enseñado á la estimacion agena, que aun estando afligido no acababa de perder la magestad. La emperatriz, que seria de la misma edad, se hacia reparar por el garbo y el espíritu con que mandaba el movimiento y las acciones: pero su hermosura, mas varonil que delicada, pareciendo bien á la primera vista, duraba menos en el agrado que en el respeto de los ojos. Era sobrina del gran Motezuma, ó segun otros, su hija; y cuando lo supo Hernan Cortés repitió sus ofrecimientos, dándose por nuevamente obligado á reconocer en su persona lo que veneraba la memoria de aquel príncipe. Pero le tenia cuidadoso la necesidad de volver á su ejército para que se acabase de rendir aquella parte de la ciudad que ocupaban los enemigos, y cortando la conversacion se despidió cortesanamente de sus dos prisioneros. Dejólos á cargo de Gonzalo de Sandoval con la guardia que pareció suficiente; y antes de partir le avisaron que le llamaba Guatimozin, cuyo intento fue interceder por sus vasallos. Pidióle con todo encarecimiento: «que no los maltratase ni ofendiese, pues bastaria »para reducirlos la noticia de su prision.» Y estaba tan en sí, que conoció á lo que se apartaba Hernan Cortés, cabiendo entre sus congojas este noble cuidado verdaderamente digno de ánimo real. Y aunque le ofreció cuidar de que se les hiciese todo buen pasaje, dispuso tambien que le acompañase uno de sus ministros, mandando por este medio á la gente de guerra y al resto de sus vasallos, que obedeciesen al capitan de los españoles; pues no era justo provocar á quien le tenia en su poder, ni dejar de conformarse con el decreto de sus dioses.

Estaba el ejército en la misma disposicion que le dejó Cortés, sin que se hubiese ofrecido novedad; porque los enemigos, que se retiraron al primer asombro en que les puso la prision de su rey, se hallaban sin aliento para defenderse, y sin espíritu para capitular en la forma de rendirse. Entró delante á verse con ellos el ministro de Guatimozin; y apenas les intimó la órden que llevaba, cuando se acomodaron á lo que deseaban, haciendo que obedecian.

Ajustóse, por la misma interposicion de aquel ministro, que saliesen desarmados y sin llevar indios de carga: lo cual ejecutaron tan apresuradamente, que ocuparon poco tiempo en la salida. Hizo admiracion el número de la gente militar que tenian despues de tantas pérdidas. Cuidóse mucho de que no se les hiciese molestia ni mal pasaje; y eran tan respetadas las órdenes de Cortés, que no se oyó una voz descompuesta entre aquellos confederados que tanto los aborrecian.

Entró despues el ejército á reconocer por aquella parte lo último de la ciudad, y solo se hallaron lástimas y miserias que hacian horror á la vista y miedo á la consideracion, impedidos y enfermos que no pudieron seguir á los demas, y algunos heridos que pretendian la muerte, acusando la piedad de sus enemigos. Pero nada fue de mayor espanto a los españoles que unos patios y casas yermas, donde iban amontonando los cuerpos de la gente principal que moria peleando, para celebrar despues sus exequias, de que resultaba un olor intolerable que atemorizaba la respiracion; y á la verdad tenia poco menos que inficionado el aire, cuyo recelo apresuró la retirada. Y Hernan Cortés, señalando sus cuarteles á Gonzalo de Sandoval y á Pedro de Alvarado fuera de aquel paraje sospechoso, y dadas las órdenes que parecieron convenientes, se retiró con sus prisioneros á Cuyoacan, llevando consigo el trozo de Cristóbal de Olid, entre tanto que se limpiaba de aquellos horrores la ciudad, donde volvió dentro de pocos dias, para tratar de lo que parecia necesario en órden á mantener lo conquistado, y atender á las demas prevenciones y cuidados, que ya se venian al discurso, como consecuencias de aquella felicidad (1).

Sucedió la prision de Guatimozin, y la total ocupacion de Méjico, á trece de agosto en el año de mil y quinientos y veinte y uno, dia de San Hipólito, en cuya memoria celebra hoy aquella ciudad la fiesta de este insigne mártir con título de patron. Duró el sitio noventa y tres dias, en cuyos varios accidentes prósperos y adversos, se deben igualmente admirar el juicio, la constancia y el valor de Cortés: el esfuerzo infatigable de los españoles: la conformidad y la obediencia de las naciones amigas: concediendo á los mejicanos la gloria de haber asistido á su defensa y á la de su rey, hasta la última obligacion del espíritu y la paciencia.

Preso Guatimozin y rendida la ciudad, cabeza de aquel vasto dominio, vinieron á la obediencia, primero los príncipes tributarios, y despues los confinantes: unos á la opinion y otros á la diligencia de las armas; y se formó en breve tiempo aquella gran monarquía, que mereció el nombre de Nueva España; debiendo el Máximo Emperador Cárlos V á Fernando Cortés no menos que otra corona digna de sus reales sienes. ¡Admirable conquista! ¡y muchas veces ilustre capitan! de aquellos que producen tarde los siglos, y tienen raros ejemplos en la historia.

(1) Segun Cortés, los mejicanos muertos y prisioneros pasaron de cincuenta mil; y de hambre y enfermedades murieron otros tantos ó mas durante el sitio. La guarnicion, ascendia próximamente á doscientos mil hombres.

FIN.

INDICE

DE LOS CAPITULOS DE ESTA OBRA.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

LIBRO QUINTO.



VOCABULARIO ALFABETICO

DE LA

HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉJICO

POR

D. ANTONIO SOLIS.

La página en que figura el vocablo está indicada por el número árabe, y la columna por el romano.

A.

B.

C.

Ch.

D.